4/4 y-19

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE MALAGA
MICROFILMADO
FECHA
14-5-97
CENTRO DE MICROFILMACIÓN

1141

1.50

REVISTA
semanal
PINTORESCA
DEL
Avisador Malagueño.

COLECCION DE LECTURAS
DE
literatura, historia, ciencias, viajes y novelas.

1846.

MALAGA.

IMP. DE MARTINEZ DE AGUILAR,
CALLE DEL MARQUES
ns. 10 y 12.



REVISTA SEMANAL
PINTORESCA
DEL
AVISADOR MALAGUEÑO.
COLECCION DE LECTURAS
DE INSTRUCCION Y RECREO.

LOS CAZADORES
DE LOS ALPES.

La Rupicabra, conocida generalmente por el nombre de gamuza, es una cabra montés que habita las partes mas inaccesibles de las grandes montañas de Europa. Si todas las cabras tienen el poder de balancear el cuerpo, la gamuza excede á todas las demas especies. La extension y precision de sus saltos, es maravillosa; del canto de una roca, ó de la mas pequeña proyeccion, salta á otro filo de roca, con inerrable acierto; otras veces se arroja desde veinte á treinta varas de alto para caer sobre el borde de un precipicio que apenas tiene espacio bastante para sentar las patas; de modo que se hallan unidas en la cabra las dos habilidades, de ojo y equilibrio; por la vista mide le distancia con tanta precision que jamás se engaña, y por el equilibrio se inclinará á cualquiera parte sin perder el balance. Estas son facultades de instinto, y por tanto la poseen desde su nacimiento; si fueran adquiridas por práctica, no podrian las crias seguir á sus madres en sus correrias como lo hacen. Las gamuzas paren en Mayo, y las crias saltan desde que ven la luz. Las chiquitas son estremamente lindas y muy mansas, porque no se asustan de que las agarren, pero las grandes son sumamente ariscas. Se crian fácilmente en las casas, pero no pueden sufrir el calor de las caballerizas en invierno. Se conoce la edad de cada individuo por el número de círculos en los cuernos, añadiendo un nuevo círculo cada año. Su alimento en invierno es musgo, ó la corteza de los pinos, esto es por lo que frecuentan los parajes de bosques. Otras veces perciben con el olfato la yerba debajo de la nieve, y escarvando con las patas y manos remueven la nieve á

lo largo de las laderas de los montes. Las gamuzas criadas en los montes son generalmente mas grandes y mas gordas que las que habitan las cumbres.

Los cazadores de gamuzas deben tener una constitucion excelente, para poder soportar el frio estremo de los montes despues de su ejercicio, dormir sobre un suelo húmedo, sufrir hambre y sed, con otras privaciones y trabajos. Deben tener mucha fuerza muscular, para trepar por parajes casi inaccesibles, con un fusil bien pesado, municiones y provisiones, llevando á cuestas los trofeos del dia. Por último deben tener una vista aguda, una cabeza serena, un pie firme, y una paciencia igual á su valor.

Los cazadores se preparan para su tarea, en primer lugar, con su fusil y municiones, y otros varios utensilios, como una azadita para cortar escalones en la nieve, garfios para los zapatos, un baston con punta de hierro, un anteojo de larga vista, pan, queso y aguardiente. Con estas preparaciones parten al caer el dia para los montes, para pasar la noche en alguna de las chozas hechas con este objeto, y á donde procuran tener leña seca para hacer fuego; de modo que puedan estar al amanecer en el lugar de la caza, porque la gamuza pace solo al aclarar el dia y al anochecer.

Cuando el cazador llega al lugar donde espera encontrar caza, registra el campo con su anteojo, y si no descubre gamuzas, sube á mayor distancia y vuelve á espiar. Luego que descubre alguna manada, va trepando y acercándose á los animales, lo que requiere el mayor cuidado para no ser visto, ni sentido por el olfato, por lo que es necesario que vaya contra el viento. Como todo está cubierto de nieve, lleva el cazador una camisa limpia sobre la ropa, y si sospecha que las gamuzas han percibido su movimiento se queda por media hora sin moverse. Cuando ha llegado tan cerca, que pueda distinguir los cuernos, los cuales son cortos y encorvados por la punta, toma la punteria á una distancia de doscientos á trescientos pasos, descansando el fusil sobre alguna roca, tomando por blanco la gamuza de color mas oscuro, porque son siempre las mas gordas. Estos cazadores yerran rara vez el tiro, porque aquel no es oficio de chapetones ó maturrangos, sino de gauchos montañeses. Si por casualidad yerra el tiro, no se asustarán las gamuzas con la esplosion, si no han visto al cazador, y tiene lugar de disparar el otro cañon, si su fusil es doble, y aun de volver á cargar. Si ha caido alguna gamuza corre luego á agarrarla, la acaba de matar si tiene todavia vida, y luego piensa como volverse á su casa; si la distancia es corta carga con ella entera, si está lejos y malo el camino, le saca todos los intestinos para que pese menos; y si se ha retirado mucho y el camino es muy escabroso, se contenta con desollarla y llevarse la piel.

Cada manada tiene una centinela, y esta entre las gamuzas es una hembra, ningun macho tiene este oficio; y mientras todos están tendidos, vela la guardia con tanto zelo, que suele subir á una roca para espiar si hay enemigos cerca. Si sospecha que hay por allí algun cazador, hace un ruido entre dientes mientras mira con mas cuidado; y si está cierta de que hay enemigo, grita de un modo peculiar, se levantan todas mágicamente, y en un abrir y cerrar de ojos están fuera de vista. Entonces principian los trabajos del cazador; vistas las gamuzas una vez, se exita tanto su deseo que no es fácil se vuelva. El atraviesa por la nieve, desprecia los peligros, salta por los precipicios, y se mete hasta en los pasos mas dificultosos de los montes, hasta que cayendo el dia, y no pudiendo volverse

pasa la noche de 18 horas, al cielo descubierto, sobre una roca, ó medio enterrado en la nieve, y sin mas alimento que un pedazo de pan de cebada y un poco de queso. Acabada su comida, que le ha de servir tambien de cena, procura una piedra, antes que oscuresca, la pone por almohada, y luego queda dormido, soñando con las gamuzas. La brisa fresca de la mañana lo despierta, y antes que el sol ilumine las altas cumbres, se echa el zurron y fusil á cuestas, y de precipicio en precipicio camina en busca de caza.

Los peligros de estos cazadores son mas temibles por el desamparo en que se hallan, porque les es imposible hallar socorro, sobre todo cuando van solos, que es lo mas frecuente; un resbalon desgraciado le precipita en un abismo, y un paso inconsiderado le pone en situacion de no poder avanzar, ni volver, ni subir, mientras que mira á sus pies un tajo perpendicular de centenares de varas. Esta vida de continuo peligro, los sufrimientos que padecen, la soledad con que marchan todo un dia, y ocupada esclusivamente su mente poco instruida, en el animal que se les escapó ó el que intentan matar, hacen á estos cazadores tan taciturnos é insociables, que en su habla y acciones parecen ser otra raza de hombres.

Sin embargo de estos peligros y desventajas, la caza de gamuzas es objeto de una pasion predominante entre aquellos montañeses. El viajero Saussure conoció á un hermoso jóven del distrito de Ghamouni, que estaba para casarse, y hablando con él sobre su ocupacion, le respondió este cazador aventurero en estas palabras: «Mi abuelo se mató en la caza de gamuzas, mi padre tuvo la misma suerte, y yo estoy cierto que me sucederá lo mismo; por esto llamo yo al zurron que llevo á la caza mi mortaja, porque estoy seguro que no he de tener otra. Sin embargo yo no cambiaria mi oficio de cazar gamuzas por ningun otro en este mundo." Saussure refiere despues, que acompañó á este jóven á la caza algunas veces, y que su lijereza y fuerza eran admirables, pero que su temeridad era mayor todavia: y concluye diciendo, que pasando dos años despues por aquel lugar, preguntó por el dicho jóven, y le dijeron que habia encontrado el fin que habia previsto, habiéndole faltado un pie al saltar un precipicio. No es el valor de la presa lo que mueve á estos hombres, sino la caza misma, la constante alternativa de esperanza, temor y satisfaccion; es el continuo exitamiento, y hasta los peligros mismos, lo que hace á los cazadóres de gamuzas insensibles á todo otro divertimiento. Es la misma pasion de aventuras peligrosas que hace la vida de los soldados y marineros de profesion.

En tiempo de verano, cuando el ganado sube á pacer á lo mas alto de las faldas, suele haber gamuzas entre las vacas, y los cazadores entonces practican algunos ardides. Se mete un cazador por entre una manada caminando á gatas, y la espalda cubierta de sal; las vacas son muy mansas, y cuando ven la sal, á la que están acostumbradas, se arriman á lamer la espalda del hombre, y este camina tan rodeado de los animales, que puede acercarse à las gamuza,s y tirarles con mucho acierto. Otras veces que el cazador es descubierto por las gamuzas, mientras estas sospechan al enemigo, clava este su palo en la nieve, y poniendo el sombrero en el tope, marcha agachado dando una vuelta, y mientras que las gamuzas están mirando con asombro aquel objeto estraño, el cazador que les ha tomado el flanco, ó por detrás, les dispara el tiro mortal.

¿Quien imaginaría que la entrada de

los Franceses, durante la revolucion, habia de ser ruinosa á las gamuzas en los ventisqueros de los Alpes? Pues así sucedió; porque abolidas las restricciones que habia establecidas para su preservacion, en pocos años fueron casi aniquiladas: aunque estos animales no procrean mucho, se veian manadas de cuarenta y cincuenta, pero ahora rara vez se ven mas de diez ó doce juntas; y si las restricciones no hubieran sido restablecidas, quizas la especie estaria ahora estinguida totalmente.

Estudios históricos.

BIOGRAFIA DE

D. ANTONIO DE LEYVA.

Hasta en la fama de los hombres grandes se halla entremetido el capricho de la fortuna. El general mas hábil y valiente del siglo XVI, bajo quien los victoriosos caudillos de las triunfantes armas Españolas servian con respeto, el célebre capitan de cuya compañía quizo hacerse, y en efecto se enlistó como soldado, el gran emperador Cárlos V, apenas es conocido de los estrangeros, ó por los españoles mismos, y su nombre es mencionado solo como de paso en las historias. Condecorado con los mayores honores y mas ilustres títulos que pueden los soberanos conceder á los héroes, jamás se encuentra su nombre condecorado con ellos, quizas por que su solo nombre bastaba en su tiempo para distinguirle. Pregúntense nuestros lectores unos á otros quien fue el conde de Monza, el marques de Atela, el duque de Terranova, el príncipe de Ascoli? Con dificultad hallarán quien responda, y diga el nombre de aquel grande de España, aquel generalísimo de los ejércitos aliados, y lugar-teniente del César en Italia, que reunia todos estos honores. Pues este hombre fue don Antonio de Leyva, de quien nos proponemos dar aquí algunas noticias.

Nació este ilustre hombre, en 1480, en una villa de la Rioja llamada Leyva, á dos leguas de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, sacando desde su cuna los dotes y requisitos que califican un escelente general. Fue su padre don Juan Martinez de Leyva, Señor de dicha villa y su estado, Capitan general de los Reyes Católicos en el ejército del Rosellon; y su madre Doña Constanza de Mendoza y Guzman, cuyas ilustres casas denotan lo esclarecido de su origen. Sin embargo, enlistado en las milicias que pasaban á Nápoles como simple soldado, sirvió por tiempo considerable en todos los grados inferiores antes de obtener el mando de una brigada, y á esta circunstancia debemos atribuir, que los historiadores franceses é italianos, digan que Leyva era de un nacimiento oscuro, y que de simple soldado se elevó por sus talentos al mando en gefe de todas las tropas de Italia.

En 1501 principió su servicio en la caballeria, y ya era capitan en la batalla de Ravena, cuando las tropas españolas fueron derrotadas por los franceses, mandados por Gaston de Foix, el que murió en la accion; Leyva tuvo dos caballos muertos y salió herido, contribuyendo con sus esfuerzos al órden en la retirada. En la batalla de Rebec ya mandaba una brigada, y á su valor se atribuyó la gloria de aquella jornada. En 1523, partió con una division de tropas al socorro de Milan, y arrojó el ejército frances, mandado por

Bonnivet, de todo el milanés, pero su mayor gloria le estaba reservada en Pavia. Caminando hácia esta ciudad todo el ejército frances mandado por Francisco I en persona, Leyva previó la intencion del rey frances, y conociendo la importancia de aquella plaza, se arrojó á ella con seis mil veteranos españoles, resuelto á defenderla á todo trance. Francisco I, en efecto, hizo todos sus esfuerzos para rendir á Pavía, y con los ataques mas desesperados, cuando supo que las tropas españolas que mandaba el marqués de Pescara se aproximaban, pero el valor y constancia de Leyva frustró los esfuerzos de los franceses. Llegado el ejército español se dió aquella célebre batalla en que el Rey Francisco quedó prisionero, y su ejército destruido. No solo habia Leyva entretenido al enemigo por largo tiempo, reparando las brechas que abria la artillería enemiga, resistiendo los repetidos asaltos, hasta sufrir las mayores privaciones, sino que en lo mas crítico del conflicto entre los combatientes, salió con sus tropas, y cayendo al improviso sobre la retaguardia de los franceses, los puso en tal desórden, que causó aquella triste pérdida para la Francia, y el mayor triunfo del reinado de Cárlos V.

Nombrado despues gobernador de Milan partió para aquel ducado, en 1527; arrojó á Francisco Sforza de Marignan, tomó la plaza de Casal, cuya guarnicion fue pasada á cuchillo, y apoderado de Milan, no pudieron desalojarle los esfuerzos reunidos de tantas potencias como formaron liga contra su poder; antes tomando la ofensiva, sorprendió con una marcha forzada al general conde de Saint-Pol, le hizo prisionero, y libró el ducado de enemigos.

Mostró su pericia y prudencia cuando acompañó á Cárlos V en la jornada de Viena contra Soliman, en 1529; acompañando despues al emperador en su espedicion á Africa, como su primer general y consejero. Suscitada otra vez la guerra en Italia, en 1533, y formada la liga entre España, Venecia y Roma, Leyva fue elegido de comun acuerdo por generalísimo de las tropas. Los franceses, durante las espedíciones de Cárlos V contra Turquía y Africa, se habian apoderado de la Lombardía y Monferrato, pero Leyva les hizo una guerra tan activa, que los arrojó á viva fuerza, no solo fuera de Italia, sino que tambien los persiguió hasta dentro de Francia.

Era cosa singular que en las últimas campañas hubiese mantenido Leyva su mando, estando constantemente aflijido de la gota y otras enfermedades; de modo que entre los dolores que sufria en la cama, formaba el plan de sus ataques, é incapaz de montar á caballo, se hacia conducir en una litera por las filas, durante la batalla, dando sus órdenes con serenidad, y obteniendo siempre la victoria.

Las contínuas fatigas de cuerpo y mente agravaron tanto sus dolencias, que ya no estuvo en poder de la naturaleza el resistir el término de su disolucion; y una fiebre que esterminaba su ejército rindió en los campos de Aix, y á la edad de 56 años, al ilustre caudillo, que honrado con mas victorias y títulos que ningun otro general de España, no es conocido sino de pocos, y solo por el nombre que sacó de su casa antes de entrar en el servicio, don Antonio de Leyva.

Su actividad y talento en el trance de una batalla, no conocieron competidor. El Gran Capitan, que era su primo, tuvo otro teatro para sus hazañas, mandando siempre sus ejércitos, mas como un Rey absoluto, que como un general dependiente de un soberano, de una corte, y de ministros envidiosos; así sus victorias fueron mas

espléndidas, y mas celebradas sus conquistas; pero Leyva estaba bajo la vista de un gran emperador, grande político y gran general. Es verdad, que este le honraba cuanto podia, pero la presencia de un astro no permite brillar mucho á sus satélites. Leyva tenia en el ejército una compañia privilegiada, la primera que habia mandado en su servicio, y se gloriaba de pasarla en revista como su compañía particular. Un dia que desfilaba delante de Cárlos V, tomó este un mosquete y se incorporó en la fila, mandando al Comisario general que escribiese en el libro: «*Cárlos de Gante, Soldado en la compañía del Señor Antonio Leyva.*" Quien tuvo tal nombre inscrito de esta suerte, no necesitaba títulos para ser despues distinguido. Este recluta dió mas honor á su capitan, que los mas numerosos ejércitos á sus generales.

Una educacion meramente militar, una vida pasada entre los horrores de la guerra, y un sufrimiento de continuas enfermedades, habian engendrado cierta aspereza en su trato, de la que se valian sus émulos para motejarle de cruel, de despótico, y aun de impío. Cruel, porque era inflexible en la disciplina militar, sin la cual no puede haber ejércitos; despótico, porque se hacia obedecer, sin lo cual no se pueden obtener victorias; é impio, porque hablaba las verdades desnudas, sin consideracion á la conciencia ni malicia de otros. Cárlos V se propuso hacer una conquista, injusta como todas las que hacen los reyes y las repúblicas, y hablando un dia con Leyva sobre el asunto, preguntó el Emperador al general, cuál seria el mejor medio para asegurarla sin que se rebelase. Leyva le respondió, que el medio mas seguro era el decapitar á los príncipes que tenian posesiones en aquel territorio. «¿Y qué será de mi alma?" dijo el emperador con sorpresa. «Ah! Señor!" respondió enfáticamente Leyva, «si Vuestra Magestad tiene un alma, déjese de conquistas y váyase á su palacio."

LORENZO LAMPORICCHI.

Una de aquellas tibias noches de otoño, tan comunes en el bello clima de Italia, contaba un pastor de Albano su historia á un jóven pintor, discípulo de Rafael, y llamado Antonio Boltraflio.

El pastor era hombre singular: llevaba un traje de condotiero: un manto negro á la florentina, flotaba sobre sus hombros como una bandera desgarrada, y su espesa cabellera negra estaba sujeta por un sombrero de fieltro, adornado con una pluma: en vez de cayado llevaba una enorme espada de dos cortes, y del hombro pendia una especie de lira de una cuerda.

Este hombre de elevada estatura y noble fisonomía se espresó en estos términos:

«Nací en Roma: mi padre ejercia en la capital del mundo la profesion de médico, y por su buena reputacion consiguió el título de primer facultativo del papa Inocencio VIII. Una fortuna considerable fue el resultado del favor y los beneficios del soberano pontífice. A la edad de quince años me enviaron á estudiar á la universidad de Pádua, y estaba concluyendo la filosofía, cuando la muerte de mi padre me obligó á volver á Roma. No permitiéronme las leyes entrar inmediatamente en el disfrute de mis bienes, se encargó de la tutoría el señor Agettino Chigi, rico banquero, y el amigo mas antiguo de la familia.

«Era entonces la casa de Agettino el punto de reunion de la sociedad mas brillante de Roma, y alli contraje rela-

ciones con los jóvenes de las primeras casas, con artistas y poetas de todos los puntos de Italia. Con furor me abandoné á los placeres, y me dejé arrastrar por el torrente de las pasiones; esto era en el pontificado de Alejandro VI.

«A Dios gracias, no se me pueden achacar acciones vergonzosas; y la providencia quiso que en medio de mis mayores estravíos jamas olvidase los saludables preceptos que desde la infancia se grabaron en mi corazon: pero roto el freno, no hubo goce que yo no apurase hasta las heces. Por una debilidad fatal, me puso entonces Agettino en posesion de mi hacienda; y tan inestinguible llegó á ser mi sed de deleites, que mis locas prodigalidades, mis orgías infernales, mi lujo, asombraron á Roma.

«A pasos ajigantados marchaba por la senda de perdicion cuando la casualidad me deparó una doncella de rara belleza. Maria Palacci, asi se llamaba, era huerfana y no tenia otro amparo que un tio, prelado sabio y distinguido á quien acababa de nombrar el sumo Pontífice, consultor del Santo Oficio. Ver y amar á Maria perdidamente fue para mí una misma cosa. Abandoné los fáciles placeres que hasta entonces me ocuparan esclusivamente, y me entregué á este primer amor con todo el fuego, con toda la abnegacion de que es capaz un pecho de 22 años.

«Este amor me salvó de no pocos peligros; el alma cándida y pura de mi amada reflejaba en la mia sus dulcísimas virtudes, y fuí otro hombre enteramente distinto. La orgía, ese ídolo de lodo y oro de la juventud, perdió sus atractivos para mí: la púrpura de las cortesanas, las punzantes tentaciones del juego me causaban tedio, y mis camaradas iban sin mí á embriagarse en las tabernas de Tívoli y Tibur. Una sonrisa, una mirada de Maria compensaba la pérdida de estos pérfidos placeres, y me creia morador del paraiso cuando de sus pudicos labios se escapaban tímidamente estas palabras: Lorenzo, yo os amo!

«Dueño del corazon de mi querida, no anhelaba sino el momento de unir su suerte á la mia. Resolví, pues, pedir su mano á su tio, y participé á Maria mi determinacion.

—Qué vais á hacer? me dijo: no tengo bienes, Lorenzo, y dependo de un tio, que ciertamente no consentirá en este enlace. Vuestra fortuna era considerable, pero habeis disipado escandalosamente los tesoros apilados por vuestro padre, y tan solo os queda una renta mezquina que apenas bastaria para sostener una familia. No es mi intento casarme para ser infeliz, y lo seria ciertamente, porque apetezco el fausto, los placeres, y á pesar de todo vuestro amor, no podriais proporcionarme esta dorada existencia á que aspiro. Sois jóven, Lorenzo, bien nacido, teneis talento, y no os faltan amigos ni protectores: entrad pues con el influjo de vuestros Mecenas en la carrera de los cargos públicos, conquistaos una alta posicion social, y entonces, os lo juro, mi mano y mi corazon serán vuestros.

—María, la dije, necesitais oro? le tendreis: dadme tres años de término y si en este espacio no puedo colmar vuestros deseos, decid que mi amor no es verdadero.

«Corrí en busca de Agettino Chigi, mi tutor, y le conté lo que me acababa de pasar. Agettino que presenciara con sentimiento el desenfreno de mi vida, me felicitó por tan loable cambio.

—Bien sabia, dijo, que un amor puro te salvaria al fin de esos culpables placeres que han absorbido tu fortuna. La sobrina del sabio prelado tiene razon; lánzate en los negocios públicos, que me tendré por muy dichoso en superar las primeras dificultades que se presenten. Pero, amigo mio, tienes antes que instruirte en el estudio de las leyes, por-

que sin él nada puede hacerse.

—Dispuesto estoy á sentarme de nuevo en los bancos de una escuela, respondí á mi tutor; indicadme la ciudad mas esteril en placeres, y la mas célebre por la doctrina de sus maestros.

—Pisa, contestó Agettino.

—Sea pues Pisa. Ocho dias despues estaba establecido en esta ciudad, donde comencé con un celo y asiduidad incansables los cursos de los jurisconsultos y lejistas mas consumados.

«Escribíame Agettino con frecuencia, y me aconsejaba que hiciese alguna escapatoria á Roma; pero trabajaba yo con demasiado ahinco para ceder á sus instancias. Habia renunciado al mundo, y me proponia no entrar en Roma sino con el aparato de un cargo ilustre. Llegó por fin el deseado dia de mi exámen; mantuve con el mayor brillo las tesis sobre derecho romano, y me concedieron ante una asamblea compuesta de los hombres mas sábios de Italia la borla de doctor.

«Corrí en seguida á Roma, y Agettino me presentó al cardenal Julian de la Rovera, que debia subir pocos dias despues á la silla de San Pedro, porque Pio III que la ocupaba murió al mes de su pontificado.

—Sé los triunfos que acabais de conquistar en Pisa, me dijo el cardenal, y vuestros amigos de Roma, los Borghese y los Aldini, me han hecho mil elogios de vuestra persona: tened un poco de paciencia, y os ofrezco un puesto digno de vuestro mérito y talentos.

«El dia 1.° de noviembre de 1503, era Papa el cardenal, y el 15 del mismo mes estaba yo nombrado intendente general de la provincia de Umbria, con el título de consejero del patrimonio de San Pedro. Este eminente destino me aseguraba una renta de treinta mil escudos romanos.

«Volé á casa de María, á quien encontré mas bella, mas graciosa que nunca.

—Démonos el parabien, querida mia, la dije, ya nada se opone á nuestra felicidad. El Santo Padre nos ha hecho dichosos, porque estoy nombrado intendente general de Umbría.

«Esta noticia no causó la mas ligera sensacion á mi amada, y sus facciones permanecieron frias, impasibles.

—Cómo! la dije, asi recibis la nueva de nuestro himeneo, que deseábais tanto como yo? Compré con tres años de esclavitud y asiduos trabajos una posicion brillante, envidiada; voy á nadar en ese oro que anhelábais, y veo que acogeis friamente la certidumbre de nuestra opulencia y elevacion. Qué es esto, María? esplicadme tan singular suceso, ó decidme por piedad si me amais todavia.

—No se han cambiado mis sentimientos, replicó María: os amo, Lorenzo, os amo aun; pero los caprichos de las mugeres son cosa bien ligera. Lorenzo, cuando el Papa Julio II os proclamaba intendente de Umbría, nombraba cardenal á mi tio...

—Cardenal!

—Si, con el título de Santa Bibiana: hé aqui pues alcanzada esa fortuna que yo apetecia, esas riquezas que ambicionaba. Ya soy sobrina de un cardenal, sobrina quizá de un Papa, porque Dios solo sabe lo que puede suceder.

Ya no os pido, Lorenzo, la ventura que da el oro, el fausto de las riquezas, sino la gloria, la fama, un nombre rico en trofeos; un nombre que el pueblo acate, que las naciones admiren.

—Me pedísteis, le dige á mi vez, una vida espléndida, placeres, oro, me empeñé en satisfaceros y lo he conseguido, porque un trabajo obstinado todo lo vence. Ahora buscais la gloria, y para adquirirla, María, es forzoso ser hombre de genio; mas el genio es un don magnífico de Dios, un don raro y

sublime.—Y donde quereis que halle la gloria?

—La gloria es como la fortuna, replicó María, se presenta al que la busca con perseverancia; buscadla, y mi mano será el premio de vuestros esfuerzos.

—¡Terrible tirania! pero mi pasion era loca, y obedecí.

—Tal vez, le dije, en lugar de la gloria hallaré la muerte; mas qué importa? Al menos llevaré á la tumba la fe de un amante, y la resignacion de un mártir.

«Inmediatamente hice dimision de mi destino, y me dispuse á salir de Roma por segunda vez.

«Sostenia entonces la república de Venecia una guerra desastroza contra el feroz Mahomet II, Emperador de los turcos. Los ejércitos y armadas de la república habian sufrido grandes pérdidas, y la isla de Candía estaba á punto de caer en manos de las tropas otomanas. Dirigíme á Venecia, me presenté al Dux, y la confianza que inspiré al senado fue tal que se me encargó el mando de una division esclavona, que debia disputar á las armas de Bayaceto el territorio de ultramar de la república.

—Cómo! interrumpió bruscamente el pintor, sois aquel Lorenzo Lamporicchi, aquel célebre capitan, cuyas hazañas repetian las cien trompas de la fama?

—Sí, respondió con dignidad el pastor: en vuestra presencia teneis al hombre que pasaba por uno de los mas intrépidos defensores de la cristiandad.

«Dios protege las armas de los cristianos: diez y seis combates empeñé con los capitanes de Bayaceto, y diez y seis veces ondeó victorioso el estandarte de San Marcos sobre los campos de batalla: Candía se salvó, y el ejército turco fue lanzado de todas las posesiones venecianas.

«Deposité á los pies del senado los trofeos de mis victorias. Venecia entera se agolpó á saludar al que apellidaba su libertador, y me hizo la república un don de treinta mil cequies, mandando inscribir mi nombre en el libro de oro, al par de los nombres de los príncipes, de los poetas y de los Reyes.

«Terminada parecia mi mision; habia encontrado la gloria, pero no pude resistir á las instancias del Dux que quiso confiarme el mando de una nueva espedicion. Se trataba de limpiar las islas del Archipiélago de un número prodigioso de piratas que arruinaban el comercio de Venecia. Mi desgracia quiso que aceptase, y menos favorecido por el mar y los vientos que el gran Pompeyo no pude estirpar enteramente la lepra maldita.

«No dejaron de aprovechar mis envidiosos esta circunstancia para manchar mi crédito y reputacion. Acusóseme en pleno senado de inteligencias con los bandidos, y de haber recibido sumas considerables de sus gefes para inutilizar la espedicion. En la rada de Siracusa supe tan terribles noticias, y dejando el mando inmediatamente, me dí á la vela para Venecia, pidiendo, asi que puse el pie en tierra, prision y jueces.

«El consejo de los Diez instruyó mi proceso, y despues de largos trámites fue reconocida y proclamada mi inocencia á la faz del pueblo.

—Señor Lorenzo Lamporicchi, me dijo el Dux despues de pronunciar mi absolucion, la república os restituye su confianza y su aprecio.

—Y yo, señor, contesté, la devuelvo su oro, y recobro mi nombre.

«Y al mismo tiempo desparramé sobre el suelo ducal los treinta mil cequies, y borré con la otra mano mi nombre del libro de oro.

«Qué mas he de deciros, señor huesped? Volví á Roma, ví á Maria, y apenas me reconocieron Roma ni Maria. Le traia la gloria que me habia pedido, y fingió no verla, ó mas bien se imagi-

nó que las calumnias habian empañado su brillo y se creyó dispensada de recompensarme. Mis amigos imitaron el ejemplo de mi querida ; apenas me reconocieron , y los hombres que antes se envanecian de las mas frívolas muestras de interes del general veneciano , volvian los ojos por no saludar al amigo cuya espada se habia enmohecido con el impuro aliento de la calumnia.

«Tantas ingratitudes , tantas perfidias y decepciones destrozaron mi corazon ; pero invoqué el auxilio de Dios , y Dios me envió las dos santas compañeras de los desgraciados y afligidos , la resignacion y la paciencia : las acogí con amor y las conservé en lo íntimo de mi alma como en un tabernáculo impenetrable.

«He recogido los restos de mi fortuna paterna , y he comprado en estas cercanías una pequeña granja donde me establecí. Tengo viñadores para mis viñas , y peones para mis cosechas , reservándome el cuidado del ganado para poder meditar todas las noches sobre la tumba de Ascanio , como en otro tiempo Mario sobre las ruinas de Cartago.

«Procuro esplicarme á mí mismo el origen , el porvenir de ese todo inmenso que se llama mundo. La soledad es el refugio de las almas heridas , de los corazones ulcerados ; me quejo en medio de la calma de la noche , y las maravillas de la creacion tienen para mí voces armoniosas que el oido del vulgo no puede apreciar. Así marcho á la tumba sin pesar y sin terror , apoyado en el desprecio del mundo y en la esperanza de una vida gloriosa mas allá de los límites de este valle de miserias y de lágrimas , de angustias y de corrupcion. »

Detúvose el pastor algunos momentos , y pasándose la mano por la frente surcada de prematuras arrugas , acabó así :

«Ya os dije que mi traje era un mito : fáltame esplicárosle. El manto negro representa la inutilidad de las pasiones de la juventud : vuelan como han volado mis deseos : al menor soplo de viento se hincha como una vela , murmura como un viento irritado , y vuelve á caer como una mortaja. Esta gorra adornada de una pluma verde es la imágen de la ciencia que me esforcé en adquirir: acrece mi cuerpo algunas líneas , como la ciencia ensancha mi inteligencia algunos grados : pero sobreviene el aquilon , cae la gorra llega la muerte , la inteligencia se desvanece , y ciencia y gorra se pierden en el océano sin fondo. La espada..... oh ! esta espada recuerda el orgullo de los dias de victoria , la humildad de los dias de amargura ; tinta aun en sangre musulmana , ha sido como yo prisionera de los decenviros de Venecia : como mi fama , cubierta de un velo fúnebre , se enmoheció en los calabozos de la república : su hoja está hoy pegada á la vaina como el alma de un cobarde á su cuerpo. Pero resuene en el capitolio un grito de libertad é independencia , despierte la Italia entera para reconquistar el cetro del mundo , y la espada saldrá de la vaina , y se presentará radiante á la cabeza de las legiones romanas entre el águila de Rómulo y el lábaro de Constantino. »



ESCURSIONES

A LAS MARGENES DEL RHIN.

EL RHIN.—LOS NOVIOS HOLANDESES.—EL ROLANDSECK.

Es imposible para los estranjeros comprender la profunda veneracion que los alemanes tienen hácia el Rhin. Es para ellos una especie de divinidad protectora que encierra bajo sus ondas ondinas y náyades, genios diversos ó maléficos que la imaginacion poética de sus habitantes ve de dia al traves de sus azuladas aguas, y por la noche ya inmóviles, ya errantes por sus márgenes. Para ellos el Rhin es emblema universal: el Rhin es la fuerza, la independencia, la libertad. El rio tiene pasiones como un hombre, ó mejor dicho, como un dios; para los unos sus aguas son el dulce lecho de algas y de rosas, donde el anciano padre de los rios, coronado de flores lo espera para festejarlo; para otros es un abismo sin fondo, poblado de horribles mónstruos, y parecido al profundo remolino que se tragó al pecador de Schiller. Pero de cualquier modo que se le considere, es un objeto de temor ó de esperanza, símbolo de ódio ó de amor, principio de vida ó de muerte. Para todos es una fuente de poesia.

Entre Colonia y Maguncia es donde principalmente se hallan guardadas sus numerosas tradiciones, porque en el espacio comprendido entre estas dos ciudades, el Rhin presenta los mas opuestos contrastes, los puntos de vista mas graciosos y los mas terribles. Ya vencedor de esas colinas que parece se mantienen respetuosamente alejadas de él, se estiende límpido y perezoso como un lago, ya vencido, estrechado y como encadenado por sus montañas de granito, contra las que inútilmente se quiebran sus olas, se retuerce, se replega como la serpiente que lucha, y en su impotencia, obligado á huir, amenaza huyendo. Compréndese bien que los pescadores, cuyas barcas acaricia ó destroza, le miren cual un dios tutelar, ó como un genio maléfico; y le ensalcen como un padre, ó lo imploren como un enemigo.

Nada mas bello, nada mas poético que el navegar al traves del Rhin, cuyas márgenes son una especie de panorama, sobre el cual apenas la vista tiene tiempo de estasiarse; lleno de ciudades, de aldeas, de ruinas, de castillos feudales, de templos de todas edades, de sitios en fin que cada uno guarda un recuerdo de historia ó de poesia. En el vapor en que yo viajaba además de varios ingleses, de estudiantes alemanes que con su pipa en la boca y su Kœuer bajo el brazo van de pueblo en pueblo haciendo su peregrinacion por la Alemania, unas veces á pie, otras en una mala barquilla por el rio, habia un holandés que segun la costumbre de su pais, viajaba con su prometida. Es ciertamente una escelente costumbre de la Holanda el permiso que los novios obtienen de sus padres para viajar con el objeto de su cariño. Como el viaje es la situacion de la *vida* en que se desarrollan mas libremente los buenos ó malos hábitos, los futuros esposos, navegando por el Rhin desde Oimega á Strasburgo conocen su carácter respectivo, cual si diez años hubiesen vivido juntos. Si se arreglan, vuelven á casa de los padres enlazadas las manos, y aquellos les echan su bendicion nupcial. Si no se convienen se separan, y cada uno vuelve en su barca, hasta que vuelven á viajar, el novio con una nueva prometida, la novia con un futuro esposo. Resulta de

esta combinacion que es muy raro que al séptimo ú octavo viaje, las dos mitades de almas que se buscan en este mundo, segun Platon, no consigan encontrarse. Es verdad que una vez casados los holandeses no vuelven á viajar.

Nuestros prometidos verificaban su peregrinacion al Rolandsech ó á las ruinas de Roldan, peregrinacion que es una necesidad para las almas tiernas de los que viven á corta distancia de las orillas del Rhin. Si hemos de creer la tradicion fue en este sitio donde Roldan subiendo el rio para contestar al llamamiento de su tio, pronto á marchar á combatir los sarracenos de España, fue recibido por el viejo conde Raymundo. Este, sabiendo el nombre del ilustre paladin que habia tenido el honor de recibir en su castillo, quiso fuese servido en la mesa por su hija la bella Hildegonda. Poco importaba á Roldan la persona del servidor, con tal que la comida fuese abundante y copioso el vino. Presentó por lo tanto su vaso, abrióse entonces una puerta, y una bella jóven teniendo un jarro de plata en sus manos, se adelantó hácia el caballero. A mitad del camino las miradas de Hildegonda y Roldan se encontraron, y cosa estraña, ambos empezaron á temblar de tal manera, que la mitad del vino cayó en el suelo, tanto por falta del convidado como por la del bello copero.

Roldan debia marchar al dia siguiente, pero el anciano conde Raymundo insistió en que pasase ocho dias en el castillo. Roldan conocia bien que su deber lo llamaba á otra parte, pero Hildegonda fijó en él sus hermosos ojos, y el caballero consintió en quedarse.

Al cabo de estos ocho dias los dos amantes no se habian hablado de su amor, y sin embargo, la tarde del octavo dia Roldan cogió de la mano á Hildegonda y la condujo á la capilla. Llegados ante el altar se arrodillaron, y Roldan dijo: «No tendré en el mundo mas esposa que Hildegonda:» Hildegonda añadió: «Dios mio, acoged el juramento que hago de consagrarme á vos si no soy de él.»

Roldan partió; pasóse un año. Roldan hizo maravillas y el rumor de sus proezas resonó desde los Pirineos hasta las márgenes del Rhin; despues repentinamente oyóse hablar vágamente de una gran derrota, y se pronunció el nombre de Roncesvalles.

Una tarde un caballero vino á pedir hospitalidad al castillo del conde Raymundo; venia de España, á donde habia seguido al Emperador Carlomagno. Hildegonda se atrevió á pronunciar el nombre de Roldan, y entonces el caballero contó de qué manera en las gargantas de Roncesvalles, cercado de sarracenos y viéndose solo contra 100, habia tocado su cuerno para llamar al Emperador en socorro suyo, y esto con tal fuerza, que aunque estaba á mas de legua y media el Emperador, habia querido volver atras; pero Gannaloz se lo habia impedido, y el ruido del cuerno se habia ido apagando, porque era el último esfuerzo del héroe. Entonces habia visto si podia romper contra las rocas su buena espada Durandal, para que no cayese en manos de los infieles; pero acostumbrada Durandal á romper el acero, habia roto la piedra y fue preciso que Roldan metiendo la hoja en una hendidura de la piedra la quebrase apoyándose en su empuñadura. Despues cubierto de heridas habia caido al lado de los pedazos de su espada, murmurando el nombre de una muger, que se llamaba Hildegonda.

La hija del conde Raymundo no derramó una lágrima, ni lanzó un grito; levantóse solo pálida como la muerte, y aproximándose al conde: «padre mio, le dijo, sabeis lo que Roldan me habia prometido, y lo que yo habia ofrecido á Roldan: mañana con vuestro per-

miso entraré en el convento de Nounenwertch. »

El padre miró á su hija sacudiendo tristemente su cabeza, porque se decia á sí mismo : ¡ Roldan..... entonces era todo para ella y yo no era nada ! Despues recordando que era cristiano antes de ser padre, respondió : hágase en un todo la voluntad de Dios. Al dia siguiente, Hildegonda entró en el convento, y como tenia afan por tomar el velo, pues le parecia que cuanto mas separada estuviese de la tierra, mas cercana estaba de Roldan, obtuvo del Obispo, que èra tio suyo, qne el tiempo de las pruebas se redujera á tres meses ; y al cabo de estos tres meses Hildegonda pronunció sus votos.

No se habian pasado ocho dias, cuando un caballero pedia la hospitalidad en el castillo del conde Raymundo; el conde bajó á su encuentro ; el caballero se detiene y le mira con admiracion, porque en los tres meses que llevaba separado de su hija, el conde habia envejecido mas de diez años. Entonces el caballero levanta la visera de su casco y le dice : « Padre mio, he cumplido mi palabra : ¿ Hildegonda me ha guardado la suya ? » El anciano lanzó un grito doloroso. Este caballero era Roldan ; las heridas que habia recibido eran profundas pero no mortales, y despues de una larga convalescencia se habia puesto en camino para unirse á su prometida.

El anciano se apoyó en la espalda de Roldan, y despues recobrando su valor lo condujo sin responderle una sola palabra á la capilla, y allí haciéndole señal de que se arrodillase, y arrodillándose al lado suyo le dijo : «Oremos»

—¿Ha muerto ? murmuró Roldan.

—Ha muerto para tí y para el mundo. ¿ No habia prometido ella no ser mas que tuya ó de Dios ? Pues bien, ha cumplido su juramento.

A la mañana siguiente Roldan salió á pie, dejando su caballo y sus armas en el castillo del anciano conde ; metióse en lo profundo de la montaña, y por la noche llegó á la cima de una de las colinas que dominan el rio. A sus pies se estendia sobre una verde isla el convento de Nounenvertch. En aquel momento las novicias cantaban la salve, y en medio de todas aquellas voces que se elevaban al cielo hubo una voz que se dirijia derechamente á su corazon.

Roldan pasó la noche echado sobre la roca ; á la mañana siguiente al nacer el alba las novicias cantaron los maitines y escuchó de nuevo aquella voz que hacia vibrar todas las cuerdas de su alma. Entonces resolvió construir una hermita en la cima de esta montaña, para no alejarse á lo menos de la que amaba, y se puso á trabajar. A las once las novicias salieron y se esparcieron en la isla, pero una de ellas se alejó de sus compañeras y vino á sentarse á la sombra de un sauce á orillas del rio. Llevaba un velo y el mismo vestido que las otras religiosas, y sin embargo Roldan reconoció á Hildegonda.

Durante dos años, Roldan, oyó mañana y noche, por entre las voces de las otras religiosas, esta voz que le era tan querida ; durante dos años, todos los dias y á la misma hora, la misma solitaria religiosa venia á sentarse en el mismo sitio, aunque cada dia caminaba hácia él mas lentamente. Al fin, una noche faltó la voz ; á la mañana del dia siguiente la voz faltó tambien. Sonaron las once y Roldan esperó inutilmente. Las religiosas se esparcieron como de costumbre ; pero ninguna de ellas vino á sentarse á la sombra del sauce á orillas del agua. Hácia las cuatro, cuatro religiosas reemplazándose unas á otras, abrieron un hoyo cerca del sauce, y cuando el hoyo fue bastante profundo, Roldan oyó de nuevo los cánticos, en los que faltaba

la mas dulce y la mas bella de las voces, y la comunidad entera salió escoltando el féretro, sobre el cual estaba reclinada una virgen, llevando la frente coronada de flores y el rostro pálido y descubierto. Era la vez primera despues de dos años que Hildegonda levantaba su velo.

Tres dias despues, un pastor que habia perdido su cabra consiguió subir á la cima de la montaña y encontró allí á Roldan sentado, apoyada su espalda contra la pared de su hermita y su cabeza inclinada sobre el corazon. Estaba muerto. . . . . .

Los dos jóvenes novios holandeses de que antes he hablado dejaron el vapor en la aldea de Rolandswertch y antes de doblar el vapor la punta de Unkelbach los vimos subir amorosamente enlazados á la cima de Rolandseck.

ALEJANDRO DUMAS.

Costumbres Andaluzas.

LOJA Y SU FERIA.

No puede presentarse al observador curioso una ocasion mas oportuna para conocer á fondo el carácter de los hijos de esta bendita porcion de tierra llamada Andalucia, que la permanencia en algunas de aquellas poblaciones, á quienes está concedido el privilegio de celebrar una feria ó mercado anual. Para esta celebridad se han elegido generalmente los dias festivos de algun santo notable, que se procura sea el patron ó patrona del pueblo; y esto hace, que el cumplimiento de los deberes religiosos en las personas que conservan puros los sentimientos de piedad, la inclinacion á la holganza en otras, y el deseo de bullicio y concurrencia que para muchas es sinónimo de diversion, suspenda todos los quehaceres para asistir á la feria y ocuparse únicamente de ella. Como acontecimiento tan fausto se verifica una vez al año y en dia fijo, hay tiempo de formar cálculos anticipados, que se procuran realizar entonces. El dia designado para la feria reúnense en el pueblo, como en un centro de atraccion, labradores y pelentrines, cosecheros y ganaderos, abastecedores y marchantes de todas las comarcas inmediatas. Tambien acude muchedumbre de mercaderes ambulantes, cuyos fondos están reducidos á una variada coleccion de menudencias que caben muy holgadamente en una cesta ó arquilla. Estos se instalan en algun sitio público y concurrido, pregonan con voces desentonadas sus mercancias y llaman la atencion de campesinos y muchachos con toda aquella riqueza mueble colocada simétricamente sobre una mesa. De mas tráfico y comercio otros improvisan en el paraje señalado por el Ayuntamiento una tienda ó casilla fortalecida con tablas, que revisten interiormente de lienzos, y sobre estos despliegan sus manufacturas con aparato y ostentacion, no sin ojeriza de los comerciantes del pueblo, que ven aquellos géneros y novedades rivalizar con los de su tienda, que se considera aquel dia como postergada.

Pero la parte integrante, esencial, animadora de las ferias es una coleccion de todos esos majos y matones, portadores de catalinetas y ruedas de fortuna, tahures, chalanes, gitanos, vagos, truhanes y caballeros de industría, que por la misericordia de Dios viven y medran en nuestro pais y son el sur-

tidero inagotable de calabozos y presidios. Estos descargan periódicamente sobre el pueblo de la feria á manera de nube de langosta. Como en las ferias circula plata, que á despecho de moralistas estóicos y filósofos rancios es codiciada universalmente, toda esta gente acude con la misma golosina, que el enjambre de moscas al panal de miel. Las ferias son su elemento: allí pueden ejercitar la diversidad de sus ingenios y artificios: son su vendimia, su cosecha de Agosto.

Estos concurrentes son los que pueblan los garitos y tabernas; los que estafan á los incautos campesinos; los que ofreciendo un duro por un ochavo en juegos de azar, manejan á su arbitrio á la diosa inconstante; los que recogen el aguinaldo de viejas y muchachos, enseñando por el lente de una catalineta las escenas del diluvio universal y resurreccion de la carne, las proezas del encantador Merlin, y los ejércitos de Carlomagno conquistando las Californias; son, en fin, los que dan gustoso entretenimiento á corchetes y alguaciles, que se desviven por aprisionar á gente de tal ralea, contra la cual tienen concebida enemistad y antipatía tan vehemente, como la del gavilan hácia las aves de menos pujanza y valentía. Tambien concurren personas á quienes agrada trocar, durante algunos dias, el aristocrático frac por la chaqueta andaluza, el sombrero de copa por el de ala, el corbatin por el pañuelo de sortija, y el baston de sociedad por la vara de feria. Con esta transformacion es grato mezclarse entre la muchedumbre, y observar de cerca las costumbres del pueblo, que mal podrá conocer quien viva siempre en el torbellino de las grandes poblaciones y en el seno de sus placeres.

Celebrándose la feria de Loja el dia 28 de Agosto, y acudiendo á ella numeroso gentío como á las nombradas de Ronda, Ecija y Mairena, nos tentó el diablo por aumentar el número de ciudadanos concurrentes; y decimos que nos tentó el diablo, porque no lejos de aquella ciudad y al borde de un precipicio, dieron en la flor de quedarse dormidos el mayoral y el zagal del carruaje, donde íbamos con inocente confianza once viajeros: volcó la estupenda máquina, y faltó poco para que no hubiésemos continuado todos nuestra espedicion en un ataud. Dimos gracias á Dios de no habernos matado, y heridos unos, contusos y magullados otros, llegamos á Loja.

Esta es una de las ciudades mas ricas y notables de la provincia de Granada. Asentada en la garganta que forma la cortadura de dos sierras que corren de Norte á Sur, es el principal punto por donde comunica la provincia de Granada con la de Málaga y reino de Sevilla. El Genil, caudaloso por los muchos riachuelos que desde su nacimiento hasta Loja van perdiendo sus nombres, sale por este punto de la espaciosa llanura que se estiende desde la falda de la Sierra Nevada hasta la misma ciudad. Si así no fuese, todas las aguas que descienden á la vega de Granada se estancarian, formando en este magnífico anfiteatro un estenso lago. El rio divide la poblacion en dos barrios que se comunican por medio de un sólido y hermoso puente de construccion antigua, reedificado á últimos del siglo anterior bajo la direccion de D. José Martin Aldezuela, entendido arquitecto que concluyó el gran puente del tajo de Ronda. El interior de la ciudad se reciente del triste aspecto de las ciudades morunas: casi todas las calles son tortuosas, angostas y de un piso incómodo, como formadas en las pendientes mismas de la sierra; pero este inconveniente se neutraliza con la abundancia de aguas purísimas que brotan por toda la superficie, y esparcen con sus corrientes el frescor y la verdura.

Domingo 18 de Enero.

Los contornos de Loja son amenísimos; las corrientes que se desprenden de sus montes, conducidas por acequias, y canales abiertos por los moros, riegan huertas y verjeles, y hermosean su dilatada campiña. Los bosques de álamos á orilla del rio, la verdura de hortalizas y frutales, los ricos olivares y viñedos, las encaladas y risueñas habitaciones que sobresalen entre las arboledas y frescuras, presentan desde algunas eminencias de Loja un paisage encantador y pintoresco.

Pocas ciudades habrá en la provincia de Granada que puedan presentar mayores timbres históricos que Loja. Algunos han conjeturado que es la Illípula que mencionan Plinio y Tolomeo; y si asi fuese, el epiteto de *Magna* que le da este último, y el de *Laus* con que la califica Plinio, inducen á creer que seria poblacion considerable en tiempo de los romanos. En esta suposicion, pronto arraigaron en ella las semillas del cristianismo, como lo indica la asistencia de su presbítero Restituto al concilio Iliberitano. El P. Sanchez Sobrino se inclina á creer que es Lacibis, tambien nombrada por los dos geógrafos arriba citados. Cuando Loja adquiere renombre é importancia, es en la historia de los árabes. Durante las guerras que los mozárabes granadinos sostuvieron contra los Califas Omiades de Córdoba, el Rey Abdalá avanzó con su ejército á la vega de Granada, y dispuso que su guardia fortificase las rocas aisladas que se elevan en el centro de Loja, sobre las cuales se conservan aun muros y torres desmanteladas. Los analistas árabes, Ben-Hayan, Ben-Alkattib, Ben-Alabar, refieren prolijos detalles de esta contienda que hemos contado en nuestra *Historia de Granada*. Los mozárabes habian elegido por caudillo á Zaide, hermano del poeta Soliman, que poseia las diez prendas de un caballero: era bondadoso, valiente, modesto, gentil, poeta chistoso, fuerte, diestro en la espada, firme en la lanza, y certero en la flecha. Los dos hermanos provocaron al Rey en los campos de Loja. «La caballería de Abdalá aprovechó la ocasion de batirse en campo abierto, acometió á las huestes de Zaide y las dispersó sin grande resistencia. Los risueños campos de Loja, los pintorescos llanos, que nombran vega de Huetor, quedaron cubiertos de peones alanceados. El mismo Zaide, embestido por una compañía contraria, ensangrentó su lanza en el pecho de algunos enemigos, pero al fin tuvo que rendirse. El Rey ordenó abrasarle los ojos con un hierro candente, cuya operacion bárbara practicó un verdugo; se conservó la vida del prisionero durante tres dias, para que devorase su dolor agudo, y al cabo de ellos, su cabeza fue remitida á Córdoba con la noticia de la victoria.» *Historia de Granada, tomo* 2.° *cap.* 9. San Fernando incendió en una de sus correrías á Loja, cautivó á los vecinos, y degolló su guarnicion. El príncipe Abul-Wand-Ismael, hijo del alcaide de Málaga, que lanzó del trono de Granada á su tio Nazar, se fortificó en Loja, y desde aquí atizó el fuego de la discordia. En el último período de la dominacion de los árabes cuando las huestes castellanas ocupaban á Archidona y á Alhama, Loja se hallaba bloqueada, y sus vecinos vivian en un estado de zozobra permanente.

Con pocos esfuerzos por parte de los cristianos hubiera sucumbido sin la energía de su bizarro alcaide llamado Aliatar. Era este un moro nobilísimo, que aunque agobiado con el peso de los años, conservaba en su espíritu la energía y el brio de un mancebo. Al frente de una escasa pero escogida hueste de caballería no daba un momento de respiro á los cristianos: hacía incursiones en las tierras vecinas, talaba los campos, incendiaba las mieses, esparcia el terror

y la muerte por las aldeas y alquerias comarcanas, y antes que acudiesen los caballeros fronterizos estaba de vuelta en Loja con ricas presas de ganado y gente.

La rendicion de esta plaza importaba á los cristianos, que la consideraban como la puerta para penetrar en la vega de Granada. Así, en consejo real celebrado en Córdoba y al cual asistió la Reina Católica, se acordó convocar gente y combatir á Loja. Esta campaña, que dirijió el Rey en persona, tuvo un resultado funesto. A fines de Junio de 1482 salió de Córdoba D. Fernando con 8000 infantes y 5000 ginetes, entre los cuales se contaban varios caballeros de bravura esperimentada en escalamientos y brechas y en batallas campales. Cuando el ejército llegó á la vista de Loja, Aliatar habia recibido refuerzos de Granada. Los cristianos sentaron sus reales en los olivares y cerros inmediatos, pero tan distantes unas compañías de otras, que en un rebato no podian socorrerse con prontitud. El alcaide, que conoció esta imprevision, cargó furiosamente y desordenó algunas estancias. Los caballeros acudieron á contener el desórden, y el Rey mismo, combatiendo en el trance mas peligroso, gritaba en vano á algunos cobardes que huian; «*tened, caballeros, tened.*» El maestre de Calatrava D. Rodrigo Tellez Giron, corrió con algunos de los suyos á hacer frente á un escuadron de moros, que subian por la cuesta de Albokacen, sedientos de sangre cristiana. Allí animaba al puñado de valientes que osaron seguirle con el grito de *Santiago*, y descargaba golpes mortales, metido en lo mas recio de la pelea; pero no tardó en caer exánime del caballo con el pecho atravesado de un saetazo. Esta muerte fue amargamente sentida por toda la nobleza, por sus amigos y vasallos, que vieron desaparecer á los 24 años de edad á un jóven intrépido, á un cumplido caballero, que á no haber fallecido en la flor de su vida jamás de campeon alguno

Hubiera oido mas lances
Castilla en sus romances.

Su hermano el Conde de Ureña y D. Alonso de Aguilar, hicieron aquel dia prodigios de valor. El Rey se adelantó demasiado y corrió muy arduo peligro; al verle apurado, caballeros y peones acudieron á salvarle, señalándose en aquellos momentos D. Juan Rivera, señor de Montemayor, el Marques de Cádiz, el Duque de Medina-Celi, que cayó del caballo y estuvo en riesgo de ser cautivado, y el Conde de Tendilla, que recibió varias heridas. El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres y entre ellos muchos de hidalgos y caballeros de cuantía. La soldadesca atemorizada y perseguida por los lanceros de Loja no paró de correr hasta guarecerse en los montes de Archidona y bosques del Cantaril y algunos mas cobardes se refugiaron á la peña de los Enamorados.

Este desastre quedó vengado cumplidamente en la primavera del año 1486. Aleccionados los cristianos con la anterior derrota, adoptaron un plan mas acertado. Presentóse el ejército en las inmediaciones de la ciudad y provocó á los moros á la pelea: salieron los que componian la guarnicion, guiados por un caudillo de singular fiereza llamado Hamet-el-Zegry. Los gefes cristianos, que ardian por vengar el anterior desastre, corrieron al encuentro y á botes de lanza hicieron á los infieles encerrarse en la fortaleza. Algunos castellanos entraron revueltos con los enemigos y ocuparon el arrabal conocido hoy con el nombre de barrio de san Francisco. Mandó el Rey entonces combatir las murallas con la artillería, y jugó esta con tal acierto, que pronto quedaron desmanteladas.

«E desque los moros, dice el M. «S. de Bernaldez, capítulo 79, vieron «esto, diéronse al Rey á partido, que «les dejase ir con lo suyo que pudie- «sen, e el Rey asi se lo otorgó, e se «fueron, e le dejaron la villa, e pi- «dieron por merced al Rey que los en- «viase á Granada seguros, con el Mar- «ques de Cádiz, porque no los robasen «e matasen en el camino, e él ansi lo «fizo, que envió al Marques por capi- «tan e guarda de ellos con otros caba- «lleros e mucha gente, fasta que los pu- «sieron en salvo; los cuales moros e «moras iban haciendo muy grandes «llantos e amarguras.»

Las armas que adoptó la ciudad consisten en un castillo de oro sobre puente de plata que es el de Genil, y dos sierras ó montañuelas á los lados con una cadena al través y en sus estremos dos llaves pendientes, como muestra de haber sido aquella poblacion entrada segura de los Reyes para conquistar toda la tierra comarcana.

Sometida Granada por los Reyes católicos, Hernan Perez del Pulgar, el de las hazañas, vivió en Loja; y en la misma ciudad teatro de sus primeros triunfos devoró el Gran Capitan las amarguras con que la ingratitud de D. Fernando el Católico acibaró sus postreros dias: en ella reside hoy la familia de una notabilidad contemporánea.

No son únicamente recuerdos de combates y combatientes los que nos ofrece la historia de Loja: tambien ha sido esta ciudad patria de hombres dedicados á carreras útiles, quienes la han honrado con su aplicacion y laboriosidad. En ella nació el médico árabe Isa-Ben-Mohamad-Aben-Muza, que escribió en Granada una obra en tres tomos titulada *Clave para conservar la salud;* fue físico de los Reyes Nazar y Abul-Walid Ismael, y falleció el año 728 de la égira, 1327 de J. C. Alkalitb, el mas elocuente, fecundo y ameno de los escritores árabes granadinos, descendia de una familia ilustre, establecida con mucha hacienda en Loja. Despues de la conquista han florecido algunos ingenios. Andres de Barrionuevo Montiel, presbitero del siglo XVII, estudió con notable aprovechamiento teologia y cánones en el colegio del Sacromonte, se retiró á Loja, su patria, en donde continuó sus lecturas y estudios y compuso un libro de la *Misa rezada*, este fue un ensayo ó bosquejo del que publicó en 1625 bajo el título de *Espejo de sacerdotes*. Nació tambien en ella Juan de Valencia, humanista que compuso en versos exámetros un poema titulado *Pyrene*, cuyo argumento está deducido de un episodio del lib. 1.° de Silio Itálico. Este poeta abrazó la carrera eclesiástica y obtuvo una prebenda en la catedral de Málaga, en cuya ciudad gozó de mucha estimacion por su sabiduria. Es Loja asi mismo patria de Miguel Yelgo de Vazquez, que escribió la obra política-moral *Estilo de servir á príncipes, con ejemplos morales para servir á Dios*: impresa en Madrid en 8.° en 1614. Este libro, relleno, como casi todos los de su época, de una erudicion indigesta, contiene preceptos morales y sus citas suponen una vasta lectura.

Aunque estos recuerdos se nos venian á la mente al entrar en Loja, el ruido y la animacion nos hicieron acudir al paraje de la feria. Esta se divide en dos secciones; una en la plaza principal y calles colaterales: otra en una espaciosa alameda á orillas del rio. En la primera se venden utensilios domésticos y trages y juguetes para chiquillos. Aqui es de ver á un imberbe campesino, aproximarse á una tienda, contemplar los géneros, pedir el precio de un pañuelo con mil colores, y despues de rebajar su mérito y regatear con el tendero decidirse á comprarle. En su complacencia y en el esmero y delicadeza con

que lo guarda, se deja conocer que es un recuerdo destinado al objeto de sus sencillos amores.

En otra, una graciosa aldeana vestida con tanta sencillez como pulcritud compra enseres y una estampa de la Vírgen y el Niño para adornar su modesta habitacion. Un robusto jóven con la frente tostada del sol, y la mano endurecida en la esteva, abona el precio con afable solicitud. Nadie se equivoca al verlos: es un jóven labrador recien casado, que conduce por la vez primera á su inocente compañera á la feria y se desvive por complacerla. Ella como esposa que es ya, y con el instinto de la maternidad, y atendiendo al arreglo del hogar doméstico, compra una estampa emblema de la felicidad de una madre, é invierte en cosas útiles las cantidades que le regalara el esposo para galas, buenas para aquel tiempo en que se engalanaba para aparecer bonita en la feria del domingo, y en que el novio le cantaba jácaras en la ventana.

En otro puesto, un maduro padre, perdido ya aquel gesto risueño y agradable que suelen adoptar los maridos mientras dura el pan de boda, se acerca con tres ó cuatro pimpollos á un vendedor de trompetas, timbales y chicharras. En vano procura el autor de sus dias disuadirlos del empeño de comprar aquellos ruidosos muebles; en vano entabla con el *artista* una polémica sobre la carestía y fragilidad de aquellas baratijas: entretanto los niños se han apoderado de los mas estrepitosos, improvisando una sinfonía capaz de engendrar una jaqueca mortal en las sienes del Convidado de piedra.

La segunda seccion de la feria, que es el mercado de animales, presenta una decoracion distinta. Millares de mulas, asnos y caballos, rebaños de ovejas y ganado vacuno, multitud de cerdos, cabras, cabritos y animales de asta, de cuyo nombre no quiero acordarme, se ven acampados en las márgenes del rio y en medio de su frondosa alameda. Allí es donde despliegan vendedores y chalanes toda su persuasiva y elocuencia: allí el escuchar los donaires y sales andaluzas y ver á la gente *crua* abrirse paso por las estrechuras, y dar codazos y empujones y voces, y requebrar á las buenas hembras, y remojar la palabra en esta taberna, y cantar una copla en otra, y bailar en la de mas allá, y promover dispustas, algazaras y broma, y admirar tambien á algun imperturbable marido que aplica merecidos palos á su muger.

Aquí se ve á un grupo de gitanos celebrar el genio manso, la firmeza, la calidad de un rocin indómito que desea comprar un buen hombre de gruesa estampa y ancha faz; no bien han acabado el discurso apologético del animal, empieza éste á disparar coces á diestro y siniestro con notable admiracion de los vendedores, que aseguran no haber hecho jamás cosa igual, y que aquello es un comprobante de su bondad y mero vicio y fortaleza; y prueban allí mismo que es mejor y mas brioso que el Babieca del Cid.

Allá tres ó cuatro chalanes desconocidos, haciendo el papel de incautos ó inespertos procuran engañarse mútuamente: van, como el diablo, asomando poco á poco las uñas, hasta que conociéndose se dan la mano de amigos, se rien del chasco recíproco, y ratifican su nueva amistad en la próxima taberna.

En otra parte..... nó, no es posible referir todo lo que pasa en una feria. Quien padezca de humor atrabiliario y quiera curarse, acuda á una feria andaluza, mézclese entre la muchedumbre, observe, y la risa asomará á sus lábios.

MIGUEL LAFUENTE ALCANTARA.

BIOGRAFIA

DE

D. JUAN LOPEZ PINTO.

Don Juan Lopez de Pinto nació en Cartagena el 16 de diciembre de 1788. Muy jóven todavia empezó su larga carrera militar de artilleria en el antiguo colegio de Segovia, donde brilló entre sus compañeros por su talento, juicio y aplicacion, siendo su maestro el venerable general Vergara, conocido por su saber, sus buenas ideas y los amargos padecimientos que ellas le acarrearon. Promovido el jóven Lopez Pinto á subteniente de artilleria en Enero de 1808, el primer estreno de su carrera fue el dos de mayo en la capital, de donde perseguido por el gobierno que obraba bajo la influencia de Murat, tuvo que fugarse á Cartagena, en cuya plaza tomó una parte activa, aunque secundaria por sus pocos años, en el pronunciamiento contra la agresion francesa. Habiendo servido con distincion en toda aquella memorable guerra, la revolucion del año 1820 en favor de la Constitucion, le halló de profesor segundo del colegio de artilleria, despues de haber pasado por los destinos de mas preferencia en su distinguido cuerpo. Muy luego su opinion y vastos conocimientos lo llevaron de real órden á auxiliar los trabajos de la comision de instruccion pública de las Córtes; y en 1822 fue nombrado gefe superior político de Calatayud. En esta provincia de nueva creacion fue donde Lopez Pinto desplegó sus raros talentos en la ciencia administrativa, su prodigiosa actividad, su firmeza como magistrado, y su valor y profundos conocimientos como militar. Teniendo que habérselas con unos pueblos por lo general en mal sentido, y divididos en la parte sana por los diferentes bandos políticos: supo conciliarse á la vez el amor y el respecto de todos los habitantes. Dos veces fue atacado en su misma capital por las numerosas facciones que desolaban el Aragon, y dos veces encerrado con los nacionales en el recinto de un convento que habia fortificado, consiguió defenderlo y rechazar los enemigos. Su entusiasmo era tan grande, que habiendo dejado á Calatayud á la aproximacion de las tropas del duque de Angulema, segun las instrucciones que tenia del gobierno, y habiendo sabido que el pueblo sublevado destruyó la lápida de la Constitucion, volvió á entrar en él, puso órden, en medio de mil peligros, y con su misma sangre hizo inscribir en el lugar de la lápida *Plaza de la Constitucion*. Los habitantes de Calatayud, por quien sabemos este hecho, lo recuerdan aun con admiracion. Incorporado al 2.° ejército de operaciones con un gran número de patriotas de la provincia, que lo acompañaron, llegó á Cartagena, donde recibió el nombramiento de ayudante general del estado mayor con destino al ejército de Cataluña. Mas el desenlace de aquella funesta crisis, se acercaba ya, y en dicha plaza capituló con su amigo el general Torrijos. Emigrado en Francia, en la Bélgica y en Inglaterra, su amor á la libertad y sus ardientes deseos de servir á su patria, le hicieron establecerse en la ciudad de Pau, en el primero de aquellos paises, desde donde conservaba comunicaciones con el general Mina y con el interior de España. Cuando el general Torrijos salió de Inglaterra para Gibraltar, escribió á Lopez Pinto, y él tan fiel á la amistad como á sus antecedentes políticos, no titubeó un momento en consagrar su persona, cuando se le llamaba á nombre de la patria y de la libertad, renunciando

al estudio, á la gratitud y á otros goces y esperanzas que le ofrecia su mismo destierro. Abordo muchas veces de los buques de la bahia de Gibraltar, encerrado otras en estrechas habitaciones dentro de la plaza, sufriendo toda clase de privaciones, incomodidades y disgustos, y perseguido siempre como sus desgraciados compañeros por la policia inglesa y los agentes de Calomarde, aguardó la señal para inmolarse en las aras de su pais, de la libertad y de su acrisolado honor y patriotismo. Preso por la mas horrible de las combinaciones que pudo crear el génio del mal, y fusilado en Málaga el 11 de Diciembre de 1831 con el general Torrijos, Flores Calderon, Golfin y hasta 49 españoles, su último aliento fue por la libertad.

Lopez Pinto practicó en un grado heróico muchas virtudes públicas y privadas, tenia un gran ingenio para todo. Su prematura muerte fue una verdadera pérdida para su familia, para sus amigos, y para el benemérito cuerpo de artilleria que le conserva una honrosa memoria.

Las siguientes palabras de una carta que escribió poco tiempo antes de verificarse la infausta empresa que le costó la vida, son sublimes.

«.....*si la suerte coronase nuestros esfuerzos tendremos la dicha de haber contribuido con cuantos sacrificios han estado á nuestro alcance al triunfo de la libertad; y si la fatalidad quisiera lo contrario, moriremos con honra, y la posteridad nos hará justicia.*

Estas palabras revelan hoy la grandeza de su alma y el conocimiento que tenia de los hombres y de las revoluciones políticas. La memoria y las cenizas de las gentes virtuosas y pensadoras, desaparecen muy frecuentemente, holladas por los intereses y las pasiones del dia. La demasiada agitacion arranca la mayor parte de los hombres á la mas bella y mas rara de las recompensas, á la gratitud debida á los talentos y á las virtudes de los valientes que se han consagrado á la salud de la patria comun. Ni los instrumentos ciegos que le arrebataron su preciosa vida, ni lo que es mas, sus mismos compañeros de principios y desgracias le han hecho aun cumplida justicia. La posteridad se la hará.

PEQUEÑAS CAUSAS CÉLEBRES.

LOS DULCES.

Delante de la iglesia de uno de los pueblos de la Lorena, y sobre una verde y angosta alfombra de yerba, separada del cementerio por una tapia de mampostería habia sentadas dos jovencitas que estaban arreglando ramilletes de flores, con las que habian cogido en la pradera que estaba allí cerca. Este cuadro era gracioso y al mismo tiempo algo triste. La perspectiva se mostraba risueña y encantadora; árboles seculares sombreaban los cerros; pero la iglesia amenazaba ruina, los espinos crecian junto al cementerio, y la yerba que entapizaba aquel campo estaba agostada y no poco escasa. Las dos niñas descalzas de pie y pierna, con manga corta, y la cabeza y el cuello al aire, tenian la tez morena y abrasada por los ardores del sol: á los cuatro años ya estaban marcadas con el sello de la pobreza, que tantas criaturas empiezan á padecer desde el vientre de su madre, para no acabar de esperimentarla hasta exhalar el postrer suspiro.

Catalina y Magdalena eran hijas de dos hermanas. La madre de Magdalena que enviudó de veinte años, habia muerto poco tiempo despues que su esposo, no teniendo mas sentimiento al perder la vida que el de desamparar á su hija, á quien dejó muy recomendada á Margarita, tia de la niña, y hermana muy querida de la desconsolada é infeliz moribunda. Magdalena, huérfana á los dos años, no era capaz de sentir la grandeza de su desgracia, y por lo tanto se ahorró la pena que trae consigo el mas amargo de los pesares, y pasó de los brazos de su madre á los de su tia, sin distinguir cuales la mecian mas suavemente.

En las grandes poblaciones, en que el tiempo y el espacio están señalados, donde el trabajo, y los deberes de cada uno absorven los dias, apoderándose tambien de las noches, donde la multitud y cuidado de los negocios, y la necesidad de llegar á ser ricos, hacen al corazon insensible, mete mucho ruido el que adopta por hijo algun niño desamparado. En nuestras estrechas habitaciones, resguardadas del frio con puertas de cristales, y amuebladas con lo mas sucinto, es un estorbo una cuna: y es un acto de virtud muy recomendable el que encuentre una tia un rincon en que colocar á una sobrina que se halla huérfana.

En las aldeas y lugares pequeños no sorprende tanto un hecho tan digno de elogio. La hermana entierra á la hermana, toma en brazos la huerfanita, la lleva á su casa, la pone al lado de su hija, y queda todo acabado; nadie lo estraña; ninguno se admira; el asunto es demasiado sencillo; no es mas que recoger el fruto del árbol que se desploma.

Asi lo habia puesto en práctica Margarita, y su marido Miguel, infeliz artesano, al volver por la noche á su casa despues de concluir su trabajo, no manifestó sentimiento ni asombro al ver á las dos niñas juntas sobre las rodillas de su muger; para él no tenia el suceso nada de particular, porque no se apartaba del rumbo ordinario y comun de las cosas.

Desde aquel dia hasta la época en que comienza esta historia iban transcurridos dos años. Catalina y Magdalena se parecian mucho; juntas habian articulado sus primeras palabras; juntas habian dado sus primeros pasos, agarrándose de la mano, y adelantando en el camino de su existencia; llenas de sencillez, y solo ocupadas en los juegos propios de la infancia, tenian la dicha de gozar la envidiable tranquilidad que produce la ignorancia de lo que nos aguarda mas adelante.

Despues de pasearse por la pradera, y haber llenado de flores sus delantales, se sentaron junto á la iglesia, y ataron sus ramilletes con largos tallos de yerba que habian recogido en el campo. En este trabajo, que requeria un poco de habilidad, no estaba Magdalena tan diestra como su prima; fácilmente lo conoció, y la primera semilla de envidia brotó dentro de su corazon en el mismo instante. Despues de nuevos ensayos, que fueron infructuosos por el mal humor que tenia, se desesperó, miró á hurtadillas á Catalina que estaba concluyendo ya su tarea, se colocó cerca de los manojitos que tenia ya amontonados, y se ocupó en desatarlos, desparramándolos junto á ella, á escepcion de uno solo que escondió entre su delantal. A vista de tal estrago, se levantó Catalina, y Magdalena hizo otro tanto; la una ciega de cólera con razon, y la otra ciega de vergüenza. En los ímpetus de su enfado faltó la voz á las niñas, como les falta en caso igual á los héroes; no se hablaron una palabra, se fueron una á otra con los brazos abiertos; sus manos se encontraron, y forzajeando á

cual mas podia, cayeron sobre la yerba, lanzando unos gritos desaforados. Esta escena no tuvo testigo alguno; habia media hora que despues de haber oido misa la gente del pueblo, por ser domingo, se volvió cada cual á su casa. Solamente el cura párroco que estaba cerrando las puertas de la iglesia oyó las esclamaciones de las dos niñas, se dió prisa, y se dirigió adonde estaban para ver qué era aquello. Catalina alterada le contó la mala obra de que era víctima. Durante esta relacion, no se habia puesto aun en pie Magdalena, que tendida sobre la yerba, y con la cabeza apoyada sobre su codo, miraba por entre el triángulo que formaba el brazo, que tenia doblado, la cara respetable, del sacerdote; con aquel disimulo que gastan los débiles que estan á merced de los que son mas fuertes, observaba la apostura del párroco para conformar á ella la suya. Cuando vió que arrugaba la frente, y fijaba en ella sus iracundas miradas, metió la cabeza bajo la yerba, y lloró en silencio su grave falta. El sacerdote la dejó entregarse á esta primera espiacion de su culpa, y dar rienda suelta á sus lágrimas, y despues levantando á la arrepentida niña con sus dos manos, la dijo con la mayor dulzura:

»Dos pecados acabas de cometer, Magdalena; has sido envidiosa y tambien ladrona. Dios ha criado las flores del campo para todos indistintamente; pero el que las recoge tiene derecho á ellas. Repara tu falta; vuélvete á sentar, arregla otra vez los ramilletes que has desatado, ponlos en manos de Catalina, y el Señor te perdonará gustoso.»

Los niños nunca dudan de que Dios los perdona, cuando los perdonan los hombres; así es que al oir Magdalena tan cariñosas palabras en vez de la reprension que esperaba, conoció que habian penetrado en su corazon como un fresco y delicioso rocío; llena de alegría levanto la cabeza, miró á su prima, se arrojó entre sus brazos, y en seguida, resignada y sumisa recogió una por una las flores, hizo montones con ellas, se sentó despues, y volvió á hacer muchos mas ramilletes para Catalina, que los que habia desparramado durante de su rabieta.

Tal fue la primera leccion de moral que aprendió Magdalena, y como era tan justa la comprendió fácilmente y nunca se olvidó de ella.

Entretanto iba haciéndose una muger; la niñez no es demasiado larga en los pueblos; la suya fue mas corta que la de otras. Ella veia que sus tios no adquirian el pan de que la daban parte sino á costa de su continuo trabajo. Desde este momento no fue la tierra para Magdalena la magnífica habitacion en que Dios derrama la luz, las aguas, las tinieblas, y las flores; sino un sol avaro y ardiente que obliga á labrarla y desmenuzarla sin interrupcion, para obtener unos frutos escasos y áridos. A los ocho años, desde el amanecer, y cansada todavia de las fatigas de la víspera, iba al campo, y no volvia hasta por la noche, para ir de nuevo á la mañana siguiente.

Es un hecho innegable que en todos los paises poco civilizados las mugeres están encargadas de los trabajos mas recios; y hay pueblos en que la agricultura se tiene por cosa degradante para los hombres, y en su consecuencia las mugeres únicamente son las que tienen que dedicarse á los trabajos del campo.

Mas, para no hablar sino de las naciones civilizadas, como por ejemplo de la Francia, público y notorio es que las mugeres toman parte en las mas penosas faenas de la labranza. Y esto es una ignominia para una nacion tan culta; porque en España y muchos pueblos de Alemania, Dinamarca, Hannover y Holanda las mugeres solo se ocupan en aquellos oficios á que las destina su secso,

es decir, en coser, hilar, y ser caseras, en vez de serlo los poltrones ilotas, que pasan semanas enteras sin trabajar, muy recostados en su casa.

Ni Dios tampoco ha criado la muger para que se afane en tan molesta tarea, sino para ser la encantadora compañera del hombre. Por eso la dijo; que sean atractivos tus ojos, para que tu mirada, embelese; tu mano torneada y ligera para enjugar el sudor de la frente; tus mejillas frescas y sonrosadas, para que sonrian cuando te miren los hombres; que tu talle sea garboso y esbelto, tus cabellos sedosos y largos; que tus lábios sean el cáliz en que beban con ansia para reanimar sus postradas fuerzas, y entonar cánticos de alabanza en elogio del Criador!

Hombres, qué es lo que haceis con vuestras compañeras? Yo no las he criado para ser esclavas, pero vosotros las habeis reducido á la triste condicion de las bestias de carga; jadeando bajo el peso de enormes fardos, quemándose con los rayos abrasadores del sol, y arrecidas con los hielos insoportables del crudo invierno, sus ojos han perdido su brillo, sus manos estan llenas de callos, sus mejillas pálidas, y su cintura es basta y desaliñada: cuando sus cabellos no son ásperos y encrespados, los poneis en venta como los bellones de vuestros ganados; sus lábios descoloridos no inspiran pasion alguna. Nacidas las mugeres para ser felices, vosotros sois causa de sus desgracias; destinadas á hermosear vuestras casas, habeis hecho que sirvan para afearlas: justo castigo para vosotros que apreciais mas al jumento y al buey que pueblan vuestros establos, que á la muger con quien partís vuestro tálamo!»

Seria injusto abrir un proceso sobre esta materia contra todos los habitantes del globo. Sin embargo hay una razon para sostener esa ley constante y universal que fija el destino de la muger. Y esa razon, la mas deplorable é imperiosa de todas, es la pobreza. Sí; á la necesidad, á la pobreza y al hambre, á este minotauro que habita en el enredado laberinto del mundo, ha sido necesario dar en pasto en tantos miles de años, millones de jóvenes, vírgenes agraciadas, que Dios habia dispuesto viesen la luz del dia para desplegar las gracias de que las dotó, y que por desgracia no permiten los hombres que hagan alarde de sus seductores encantos.

Margarita y Magdalena eran dos casos prácticos de esta triste necesidad; una en el verano, y otra en la primavera de su vida, habian ya perdido su lozanía y su robustez; ya no agradaban á la vista, terrible desgracia para estas flores, marchitas antes de tiempo, porque los ojos son los admiradores mas elocuentes, son la guia del corazon, que no late nunca si no le estimulan las miradas agenas ó propias.

Por desgraciada que fuese esta pobre familia, vivia, ya que se llama vivir el no estar muerto; sus esfuerzos todos reunidos apenas bastaban para atender á lo mas preciso; pero asi que la salud de cualquiera de ellos sufria el menor quebranto, ó se quedaban sin hallar donde trabajar por algunos dias, aunque fuesen muy pocos, todo el año sufrian las consecuencias fatales de este desastre; y únicamente á costa de las privaciones mas duras, y de los sacrificios mas dolorosos podian restablecer al cabo de mucho tiempo el perdido equilibrio. Catalina no podia ayudarlos á nada, porque siendo de cuatro años dió una caida, y de sus resultas se quedó manca. Con inmenso trabajo podia ocuparse en algunas haciendas de las de la casa; y era como suele decirse una criatura gravosa, que solo servia para comer.

Estos infelices al dirijir á Dios sus mas fervorosas súplicas, era solo para pedir el pan para el dia siguiente, esto es, salud y trabajo. Un triste acaeci-

miento vino á privarles de las dos cosas.

Magdalena iba á cumplir quince años, se estaba en la mitad del invierno, tiempo no de descanso, sino de trabajos mas tolerables. Cuando el cierzo ha endurecido la tierra de modo que la mano no es suficiente para romperla, la tierra misma da vacaciones á los que la labran. Entonces, sentados sobre la paja que se apila, en montones se hila el cáñamo; á la luz clara y resplandeciente de las llamas que levantan los leños que arden, se calientan los dedos, y el corazon, el corazon, sí, esa víscera, que gusta de toda clase de incendios, y que es por sí misma la mas pura de las llamas. Durante algunas semanas, puesta al abrigo de las inclemencias, y resguardada del calor y del frio, recobró Magdalena las gracias de su edad florida; su cútis estaba mas blanco, sus manos menos desfiguradas, su talle era mas airoso; sus pies, que durante el dia no tenian que sostener la pesada mole de un cuerpo rendido de cansancio, estaban mas ágiles; Margarita, al verla tan linda, se acordaba de su difunta hermana, que se hubiera tenido por muy dichosa si hubiese visto á su hija tan adelantada y robusta. Los poetas cuentan la edad de las jóvenes por sus primaveras; en Francia seria mas acertado contarla por sus inviernos; para ellas, la primavera no tiene rosas.

Se estaba en la Pascua de Navidad; principiábase la velada, y estaban haciendo labor Catalina y Magdalena su prima; Margarita preparaba la cena para su marido, que hacia quince dias que estaba arando en una posesion que distaba media legua escasa del pueblo. A la hora de costumbre llegó á su casa, pero pálido y arrecido de frio; quiso cenar, pero sus dientes castañeteaban, y rehusaban los alimentos; por cuya causa se fue á acostar para ver si podia tener descanso, que es el remedio mas apetecido de los pobres. Margarita le ayudó á meterse en la cama, de la cual no debia levantarse mas. Al salir de la hacienda, en la que por acabar una tarea que le habian dado, habia trabajado con todas sus fuerzas, iba sudando á mares, y habiéndose espuesto de repente al aire con el pecho poco abrigado, le dió un pasmo. Durante tres meses velaron junto á su cabecera, y dirigieron al Ser Supremo las oraciones mas fervorosas por su salud; pero inutilmente, porque murió al fin.

La muerte de un marido ó de un padre es bien sensible para vosotras esposas ó hijas que vivis en las ciudades; largo tiempo llorais su pérdida; vuestros negros velos atestiguan el luto de vuestros corazones, y la pena que los oprime. Pero es sin comparacion mas amarga la muerte del padre de una infeliz familia del campo. En los salones de las ciudades apenas el moribundo ha espirado, cuando cubre su rostro el aparato fúnebre; vuestros amigos os sacan de la casa mortuoria, sollozan en vuestra compañia, ó mitigan vuestras angustias. Despues de muchas semanas volveis á entrar en vuestras habitaciones; nada ha cambiado; todas las apariencias lúgubres se han quitado de vuestra vista; la casa está ventilada; el órden, la elegancia y aseo ocultan la presencia de la desapiadada muerte.

En la choza del pobre, ah! y qué diferente cuadro! Vedle allí, tendido y ecsánime; su muger y sus hijos tienen que estarse á pie quieto junto al cadáver; y allí, y siempre firmes allí, asisten á su agonía; allí están cuando el sacerdote exhorta al enfermo á que mire al cielo; allí están cuando el alma se aparta del cuerpo; sus manos piadosas, por una fatal y dura necesidad, hacen la mortaja, último trage con que cubren los yertos miembros del que ha espirado; durante veinte y cuatro horas estan allí con el espectáculo de la muerte ante sus ojos y en sus corazones. Comed, hijos

mios, dice la afligida madre, Dios querá que vivamos; y los huérfanos comen; y sus labios se abren para tomar un bocado entre lágrimas, y conservar su existencia, á tres pasos de distancia del atahud; y por última despedida el ruido del cadáver que cae en el cajon, y del martillo que lo clava, de los enterradores que le llevan al campo-santo; y por largo rato el cántico funeral que entonan los sacerdotes, y se percibe á lo lejos, lastiman el corazon de los afligidos dolientes, que en los ecos religiosos del oficio mortuorio advierten que se prolonga sin término la eternidad lamentable de sus dolores. Y despues? un asilo desprovisto y hediondo: id, hijas mias, id á la fuente por agua; llenad los cántaros para lavar la última ropa de vuestro padre; y por la noche, desconsolada viuda, si no te se ha vuelto el juicio, si Dios no te ha llevado consigo, acuéstate en esa cama, en esas sábanas nocivas á tu salud, y trata, si puedes, de quedarte dormida. No lo conseguirás; á falta de sentimiento, el hambre vendrá á desvelarte;.... al trabajo! sobre la tierra es preciso trabajar! cuando estés enterrada, entonces descansarás!

El trabajo, el valor y la resignacion no bastaron á Margarita para conservar los pocos bienes que la habian quedado, y tuvo que hacer nuevos sacrificios para ganar el sustento de Catalina, que no podia atender á su subsistencia; tuvo que separarse de Magdalena, de la hija de su difunta hermana, de aquella otra huérfana que la muerte habia traido tiempo atrás á su casa. La larga enfermedad de Miguel habia empobrecido la casa; la cruz de plata se puso en venta; los zarcillos de oro, y la sortija nupcial estaban empeñados; el año habia sido estéril; de todos los cortijos despedian gente; la huérfana estaba demas en el campo y en el lugar.

Margarita tenia una prima cocinera en París, dichosa, muy dichosa; ganaba anualmente de salario trescientos francos, que enviaba, casi sin tocarlos, á su familia del pueblo. Los dias que tenia harina para amasar no pensaba Margarita en la prima que tenia en París, pero cuando la artesa estaba vacía, le venia á la imaginacion el proyecto de confiar al cuidado de la cocinera á la desdichada y huérfana Magdalena. La necesidad, esa mala consejera, que hace acelerar los proyectos mas desatinados, y abre camino á las mas amargas resoluciones, iba siendo cada dia mayor, y siempre mas ejecutiva, de manera que fue preciso decidir el viage. Quedó decretado que Margarita iria con Magdalena á Paris, y la llevaria á casa de su prima la cocinera, para que esta la acomodase donde pudiese. En seguida emprendieron el viage.

A dos leguas del lugar, las pobres mugeres se hallaban ya en otro mundo desconocido. Para los habitantes de las aldeas, la patria no es una gran comarca, llámese Francia ó Alemania, ni la provincia, de la cual frecuentemente no saben cómo se llama la capital, y á la que solo conocen de oidas algunos; su patria es la casa del Ayuntamiento del lugarcillo en que habitan, el techo de su miserable casilla, la iglesia y plazuela en que está situada, y las cruces del campo-santo. Su patria es la estension que se ve por entre las rendijas de la puerta de la calle, que está entornada, desde donde se descubren cerros, árboles y arroyuelos. Cuanto mas infelices son los de los lugares, mas aprecian lo poco que tienen. Los ricos ven muchas cosas, comparan, juzgan y olvidan; los pobres siempre estan en un ser, recorren continuamente un círculo idéntico, y no salen de él sin esperimentar sentimiento; todo lo que no está inscrito dentro de su circunferencia les es exótico. Asi como de un libro no entienden maque las frases vulgares, de la misma mas

nera el libro de la naturaleza está cerrado para ellos, que no llegan nunca á entenderle, ni saben leer otras páginas que las que desde niños tienen constantemente ante sus ojos.

Catalina acompañó á su madre y á Magdalena hasta el camino real. Allí se despidieron las dos jóvenes primas que nunca se habian apartado una de otra, y pusieron entre ambas el espacio y el tiempo.

He aquí pues á las dos viajeras, caminando sin mas amparo que el favor de Dios, vestidas de telas bastas, calzadas con unos zapatos que lastimaban sus pies, y provistas de unas alforjas de arpillera gris, en las que llevaban únicamente algunos guiñapos, un pan malo y moreno, y algunas frutas secas y desabridas. Hélas aquí en un camino muy pasagero, espuestas á los rayos del sol, cubiertas de polvo, sufocadas de cansancio, yendo á paso tardo, y apoyándose en sus bordones, en esas desconsoladoras ayudas que da lástima ver empuñadas por los ancianos. Y adonde van? Ni aun ellas mismas lo saben; van huyendo de la pobreza y del hambre; van á París, como si allí no entrase la miseria por sus sesenta barreras.

De fatiga en fatiga, de ruego en ruego, llegaron á algunas leguas de París, pero sus fuerzas estaban ya exhaustas; poco acostumbradas á hacer viages largos, no podian dejar de estrañarlos, ni de advertir que sus pies se hinchaban de resultas de tanto andar y de la incomodidad que las producia lo tosco de su calzado. Magdalena, mas que su tia, echaba de ver que la faltaba el aliento. Margarita llevaba un poco de dinero, ó seanse quince francos, que habia tomado prestados, contando para pagarlos con los futuros salarios de Magdalena, este era su caudal. Era preciso llegar, descansar y volverse.—Vamos al hospital, dijo Margarita, se compadecerán de nosotras, y reposaremos siquiera un dia.—Pero en el hospital solo admiten á los enfermos, y el dolor que corroe, la desesperacion que perturba, no se reputan por enfermedades.—Mañana ya estaré enferma, mañana tendré calentura, mañana me moriré! recibidme hoy, y podré curarme.—No; aguardad á mañana.

Margarita no se detuvo á mas; tenia prisa para despachar cuanto antes su comision, y por ello tomó dos asientos en una diligencia, y aquella misma tarde llegaron tia y sobrina á París. Apeáronse del carruage en medio del patio de la posada en que estaba el despacho de diligencias, ya cerca de anochecer. Fue pues preciso renunciar por aquella noche al gusto de ir en busca de su prima la cocinera, y se recogieron en la posada mas miserable, y en la habitacion mas pobre de ella. Magdalena fue la única que durmió, porque á Margarita la dió una calentura furiosa, una calentura maligna, de cuyas resultas murió á los dos dias, quedándose Magdalena destituida de su postrer esperanza, y sin poder recordar el nombre de los amos á quienes servia su prima.

Metida en el mas oscuro rincon de su cuarto, y abismada Magdalena en un mar de amarguras por su nueva desgracia, creyó que estaba soñando al ver desocupar la faltriquera de su difunta tia, llegar dos hombres vestidos de negro para llevársela, y subir un momento despues una muger que puso en la cama sábanas limpias, y la señaló con la mano la puerta. La infeliz jóven salió de allí, y hétela aqui en medio del tumulto, del tropel, y de un bullicio inmenso, que subia y bajaba. Magdalena no reparaba en lo que pasaba á su alrededor. ¿Por qué tanta gente, tanta algazara, pasos tan precipitados, ojos que nada miran, torbellino tan destructor? Allí todo va de prisa, el comer-

cio de los difuntos, y el de las casas de huéspedes. Los cadáveres se sepultan, la miseria se ahuyenta.

Magdalena anduvo errante por la ciudad no poco tiempo; caminaba sin objeto ni idea fija. Al mas desgraciado no le falta jamas un deseo ni una esperanza, que haga dar mil vueltas á su cabeza. A Magdalena la dió un deseo vehemente de pronto; el recuerdo de su lugar se presentó á su imaginacion, y fuera de sí corrió sin sentido, y alargó sus brazos para estrechar entre ellos á Catalina; Catalina, nombre mágico que era para Magdalena el compendio de toda su vida y de todo el mundo.

Pasado este paroxismo, quedaron postradas sus fuerzas, sus rodillas flaquearon, y reclinó su cabeza sobre su pecho; se apoyó contra la pared, y un torrente de lágrimas vino á refrescar su cabeza demasiado caliente, pudiendo entonces comprehenderse á sí misma. Apenas podia andar. A fuerza de repetidas preguntas pudo conseguir el volver á encontrar la parada en que estaba la diligencia que la habia conducido á París; pidió un asiento, y la ecsijieron el pago, que no pudo hacer por estar sin dinero. El administrador, pobre diablo, que acaso dentro de poco se quedaría sin el empleo, y que quizá no tendría dinero de sobra, se burló de la infeliz Magdalena, que salió del despacho confusa y avergonzada. Al pisar el escalon de la puerta, miró á todas partes, se acobardó, y no se atrevió á meterse otra vez en París, ciudad que tan pronto habia dado en tierra con su cariñosa tia; miró con ojos llenos de lágrimas aquel patio del que ella hubiera podido salir para abrazar á su Catalina: con unos cuantos francos podia conseguirlo, pero no reunió ni siquiera uno, á pesar de sus tiernas y reiteradas súplicas; quedóse, pues en el patio escondida tras de un carruage, y la noche la sorprendió en aquel sitio. Se cerró la puerta, y luego se cerraron las cuadras; el silencio la animó algun tanto; estaba pasmada de frio, y empezó á andar muy quedito, temiendo que la sintiesen y echasen fuera. En medio del patio se habia quedado un coche de camino; largo rato estuvo mirándole Magdalena, hasta que se decidió á dar una vuelta junto á él; vió que estaba abierta la portezuela, y fluctuó sin saber qué hacerse; pero en aquellos almohadones dormiria tan bien! Estaba tan traspillada de debilidad, y tenia tanta precision de entregarse al descanso! Por fin, subió al coche, cerró la portezuela, y Dios que velaba por ella la envió un apacible sueño para que recobrara sus fuerzas.

Dos dias despues el dueño del coche tenia que emprender un viage, y antes de ponerse en camino fue á registrarle, y al abrir la portezuela se encontró en él una jóven dormida. Al punto sospechó lo peor; registró las arquillas, y tuvo la prueba mas evidente de lo que se imaginaba: tres cartuchos de dulces que habia dejado en ellas, estaban desocupados. Sin perder momento la llamó: despertó Magdalena, se la preguntó acerca del paradero de los dulces, y confesó francamente que se los habia comido, porque estaba rendida y hambrienta, sin tener donde recogerse. No hay duda, dijo para sí el dueño del coche, esta maula es una vagabunda ladrona: fue á buscar á la guardia, y Magdalena fue llevada á la cárcel.

Llegó el dia señalado para ver la causa. Por la mañana temprano la hicieron entrar en un coche cerrado, y á las diez la depositaron en un corredor oscuro, donde al cabo de dos horas aguardaba ella que se le abriese el santuario de las leyes, que por fin la franqueó sus puertas: bajáronla en medio de dos gendarmes, y la hicieron que se sentase en un banco hasta que llegase su turno. Diez causas se senten-



Enero de 1846.

Modas de Paris

ciaron antes que la suya, desde el banco en que estaba vió á muchos hombres degenerados, envilecidos por su miseria, y todavia mas por sus desenfrenos, con el pelo despeinado, y la vista desordenada; todos habian delinquido mas de una vez, los unos manifestaban una cínica indiferencia, los otros una altanera serenidad: estos eran los condenados del mundo, que aceptaban el castigo, y se preparaban á la venganza.

Despues de ellos tocó la vez á la pobre Magdalena, vaga y ladrona. Los asesinos son raros; pues esponen su vida. Los vagos son muchos, y juegan su libertad por un pedazo de pan; son muy temidos, porque sus necesidades, rara vez satisfechas, renacen á cada paso. Al despertarse en los caminos públicos, el frio y el hambre les aconsejan: preciso es pues que la sociedad se guarde porque muchos de sus hijos no tienen que comer.

Se hizo el interrogatorio de Magdalena, ¿Y los jueces podrán juzgar con acierto cuando todos los dias se les presentan mas de treinta arcanos que sondear? Estos hombres á quienes hay que compadecer por tener que fallar en el corto tiempo de un cuarto de hora sobre la vida ó la muerte de los reos que comparecen, y cuyas sentencias deciden de la suerte del inocente y del criminal, ¿por donde pueden venir en conocimiento de la verdad? ¿Les servirá de norte la declaracion del propietario del carruaje que vió á Magdalena dormida dentro del coche? ¿Un solo minuto que ha estado junto á la huerfana, bastará para hacerle conocer sus inclinaciones? ¿Será un testigo digno de crédito el administrador de la diligencia, á quien Magdalena pidió lo único que ella necesitaba y él podia otorgarla? ¿Merecen entera fe los dichos de tres soldados que la aprisionaron, condujeron y vieron encerrar en la cárcel?

Todo se acreditó legalmente; el delito *in fraganti*; las declaraciones, y la confesion de la parte. Y qué; si un juez por milagro, ó por revelacion hubiera adivinado la inocencia que se escondia bajo las pruebas que acreditaban en forma legal la culpabilidad supuesta de Magdalena ¿qué hubiera debido hacer? Absolverla! eso seria volverla á echar á la calle, arrebatarla el sustento que encontraria en la cárcel, privarla acaso de la piedad de sus compañeras de encierro é infortunios, que hoy se enternecerán de las desgracias que les aguardan para mañana. Por otra parte la fortuna de estos jueces no es suficiente para sostener estas necesidades, hay pocos de ellos y millares de desvalidos, por tanto es tener piedad de ellos el dar el abrigo de la prision á los que carecen de asilo en que guarecerse.

Magdalena fue sentenciada, y encerrada como una oveja enferma, que es necesario separar del rebaño. Entre ella y la sociedad pusieron gruesas barras de hierro, y todos los dias al amanecer se miraba si Magdalena las habia limado. La fiera indómita que estaba enjaulada era una desventurada jóven cuya historia y vida se encierra en estas palabras: «Pobre, huérfana, jóven de quince años, dulces, prision!"

MODAS.

Desde que el invierno pasado los papamoscas y los elegantes noveles que hacen prueba de las primeras modas en honra y provecho de los sastres, adoptaron los pantalones sin tra-

villas y de pernil ancho; los chalecos, bajando hasta el vientre, los frac de cola de pato y con talle indefinible, y los pequeños sombreros ingleses, último esfuerzo de imaginacion hácia el ridículo; un hombre de talento, amigo nuestro, esclamó al verlo: He aquí una moda que alcanzará un éxito colosal, por que es la mas absurda que se ha imaginado de muchos años á esta parte. ¡Nuestro amigo era un profeta!

A la hora en que escribimos este artículo, los jóvenes mas distinguidos y elegantes tienen absolutamente la misma facha que tenian sus criados dos años ha, y para que en nada les falte el parecido llevan á guisa de baston un pequeño junquito muy propio para sacudir la ropa. Esperamos sin embargo que este desbarajuste *vestimental* no se prolongará mas allá del carnaval. Ya los frac se alargan timidamente, los chalecos se acortan poco á poco, y los sombreros empiezan á recobrar la figura humana; los pantalones sin embargo se obstinan en proscribir las trabillas, lo cual á lo menos tiene alguna razon, pues si bien es muy feo, es tambien seguramente mas cómodo. Por lo demas las corbatas largas ceden su puesto á las corbatas cortas. Los chalecos de corte derecho, y de piqué blanco bordados ó lisos, son los que obtienen mas voga en sociedad.

Hablemos ahora de las señoras, es decir de la parte bella y graciosa del género humano, en la que hasta los caprichos mas excéntricos de la moda encuentran un encanto que los disculpa. Los sombrerillos á la Pamela ya han dejado de existir..... *seales la tierra ligera*. Sin embargo sus sucesores han guardado su forma rebajada y algo de su pequeñez. ¿Han hecho en esto bien ó mal? no seremos nosotros los que daremos nuestro parecer en materia tan delicada. Las capotas en raso gris con adornos de colores vivos son muy usadas por la mañana, asi como los redingots abiertos, con una camiseta bordada debajo. Hay á mas dos innovaciones en extremo importantes: es la primera las *grulletas* de mañana, en terciopelo, con faldillas pequeñas y redondas; y la segunda, las mantellinas de visita; pero es menester en cuanto á estas hacer algunas distinciones; hay la mantellina griega, escotada en el cuello, con largas mangas adornadas de trencilla, la cual es de muy graciosa vista. Tambien hay otra clase á que se da el nombre de peregrina, ajustada al cuerpo y con cuello grande; bastante desairada. Y finalmente se usa tambien la mantellina rusa, sin talle ni cintura, con mangas, con adornos de color vivo como los del cuerpo de la mantellina; estas son muy magestuosas. En todo esto los adornos de trencilla y los botones dominan hasta el exceso. Pero en cuanto á elegancia es menester no dejar pasar desapercibida una nueva *amazona* á la Luis XIII, con cintura adornada de pequeñas faldillas. Esta simple variacion ha hecho de la *amazona* un trage encantador, y sobre todo si se le añade el sombrerillo rodondo con anchas alas dobladas hácia arriba, y adornado de una pluma flotante. ¿Quereis, amables lectoras, un magnífico trage de sociedad, ó de baile? Escojedlo de muaré blanco y guarnecido con una greca, ó bien de gasa adornada de encages; y ya sea uno ú otro, con talle bajo, y con grandes faldillas sobre las caderas.

Los trages mas elegantes de niños son los siguientes: los niños, la chupa redondeada por delante, con adornos de trencilla, y sombrerito redondo con las alas vueltas: las niñas, redingot igual al de sus madres, ó la mantellina rusa, y el sombrerillo de pelo de cabra de color gris ó celeste.

VIAJES.

LA ISLA DE LA MADERA.

La dificultad de los viajes disminuye cada año, y el número de viajeros crece en la misma proporcion; estos dos hechos están íntimamente unidos, de suerte que no puede decirse cual de los dos dimana del otro. Los sabios de la comision de Egipto se indignan al ver que cualquier badulaque, con solo gastarse cien luises y cien dias, puede sentarse en el sepulcro de Amenofis: el Océano pacífico esta surcado de mas buques que hace cien años cruzaban el Atlántico. Hay, pues, en la actualidad poco mérito en recorrer el mundo; pero con el tiempo le darán la vuelta nuestros nietos jugando, y se reirán de nosotros y de nuestras fatigas. Apresurémonos á dejar algunas huellas de nuestros pasos, y hablemos de los paises lejanos antes que sean tambien trillados como la Inglaterra y la Italia.

Hay muchas especies de viajeros, y me seria difícil decir á cual de ellos pertenezco; pues no tengo objeto comercial, ni destino científico, ni mision del gobierno, ni del instituto, ni del jardin de las plantas; mis ideas me pertenecen todas, y á nadie mas que á mí solo; no llevo honrosas cadenas á bordo de una prision flotante; no tengo resolucion alguna tomada, como los viajeros especiales que saben de antemano todo lo que van á ver, y para quienes cada objeto es la conclusion de un sistema. Yo soy un viajero aparte, soy ese hombre errante, hecho de ojos y oidos, á quien llaman vagabundo en el buen sentido de la palabra; soy aquel que marcha á la ventura segun su capricho, y se detiene igualmente cuando le viene en gana, que buscando por todas partes pasto para sus miradas y su espíritu, se queda donde lo encuentra bueno, y corre á otra parte cuando le parece malo: soy pues un vagabundo, si soy alguna cosa, y reclamo los privilegios del oficio. Téngaselo el lector por dicho, y sígame si le place, pues voy á trasportarlo conmigo hácia los 30 ° de latitud, en la altura de Maderas, ahorrándole el viaje, la tempestad y hasta la descripcion de Lisboa.

Nos hallábamos en el mes de noviembre en aquellos mares felices, con un viento y una temperatura que desearíamos siempre para una persona amada; presentiamos los primeros ardores del cielo, y entreveíamos el alba de los trópicos. Parecíónos la mañana encantadora y la tarde deliciosa. A medida que la estrella polar declinaba hácia el horizonte, nos parecia que se levantaba otro mundo delante de nosotros. Los primeros peces voladores habian caido sobre nuestra cubierta; los marsopas brincaban en el agua bonancible, y los mantillos color de rosa inflaban sus trompas con la brisa; el viento nos impelia sin sacudimiento, y no nos acordábamos de la tierra; disposicion de espíritu rara y corta en el Océano. Una aparicion graciosa y esperada se levantó delante de nosotros al SE., un puntito aguzado apareció en aquella mañana, creció durante todo el dia, y se transformó hácia la tarde en altas cimas coronadas de árboles; nos hallábamos en frente de la isla de Madera.

Indudablemente es un gran placer hallarse en plena mar con las condiciones con que nosotros nos hallábamos; pero lo es mucho mayor pasar revista á una costa bella y elevada, y entrever en la ilusion de una corta distancia los objetos de que pronto hemos de gozar mas cerca. Entonces todo el mundo abre los ojos, flecha los anteojos, y la excitacion de los pasageros es el enfado de los marinos, que ven un peligro donde los otros no ven mas que un pla-

cer. Llegóse á nosotros un piloto portugues y se sentó en el timon; á cada uno que le preguntaba sobre la hora de nuestro arribo, contestaba grave é imperturbablemente: «Pronto llegaremos»; pero una sonrisa imperceptible asomaba á sus labios; porque sabia por esperiencia que es muy comun amainar el viento al aproximarse á la costa, y que seria preciso antes de la noche variar de direccion y alejarse.

Esto es lo que he visto suceder casi constantemente con gran indignacion de los viajeros novicios, que no dejan de acusar siempre de pusilanimidad al capitan. Mucho antes de amanecer habiamos vuelto á tomar nuestro rumbo, y los rayos del sol naciente presentáronse á nuestros ojos reflejados en mil facetas en las vidrieras de los balcones y ventanas de Funchal. Todos los viajes escritos por los ingleses están llenos de su admiracion cuando cambian sin transicion sus brumosas costas por el espléndido espectáculo que les ofrece Madera. El que ha visto mucho, y que por consiguiente ha dejado en cada objeto un poco de su facultad de gozar, la siente revivir dentro de sí delante de Madera, y todavia admira comparando. Si alguna cosa cuesta trabajo trasladar de la memoria al lenguaje, es la hermosura de las cosas naturales; la descripcion será siempre para el que la lee una figura de Daguerreotipo, sin color y sin fisonomía.

Funchal está construida en una rada abierta, lo que constituye la mitad de su hermosura. Jamás consideraré como poblaciones verdaderamente marítimas las que no tienen delante de sí mas que un puerto negro y cerrado, como Marsella y Liorna, y mucho menos las que por todo mar tienen la marea como Burdeos, Londres, Lisboa, etc.; sino solamente aquellas ante las cuales se presenta el agua azul en toda su estension, que se levantan sobre el espacio, y bañan sus pies en la inmensidad. Estas poblaciones bañadas por las olas siempre claras reciben las primeras y últimas miradas del sol; pero no pueden hallarse en seguridad contra la mar que las decora, sino en las latitudes pacíficas, donde es rara la tempestad, y no viene sino de un solo lado. Funchal está defendida del viento de oeste, único temible, su rada semicircular la abriga tambien un poco del lado del norte y del sur, y hállase solamente abierta á las brisas del este, rotas ó absorbidas por el Atlas y las arenas del Africa; esto en cuanto al puerto.

Respecto á la ciudad es una reunion poco compacta de casas sembradas sobre la pendiente de la montaña, y mirando todas la mar como las quintas de Provenza, pero tan frescas y tan abrigadas, como aquellas son desnudas y empolvadas; es como un jardin sembrado de fábricas; solo que este jardin, casi vertical, tiene una legua de largo sobre una pendiente de sesenta grados. Todas las casas están sumergidas en esta cascada de verdura; la una muestra apenas su cabeza al través de los árboles frutales; la otra, mas velada todavia, hace brillar su ojo bajo el manto de las florestas. Las iglesias blancas parecen mas bien reir que orar. Nada mas fresco, mas encantador, mas reposado, que esta ciudad campestre, que parece tener al sol solamente para su placer y no para su daño. Millares de arroyuelos se lanzan serpenteando desde las altas cimas; cada jardin coje una vena de él al paso, cada árbol tiene su parte, y cada flor toma su gota.

Bajamos al puerto, y no fue poca nuestra sorpresa al ver que lo verificábamos sin aduanas, sin pasaportes y sin patentes de *sanidad*. Ni un curioso, ni un importuno nos estorbó el paso con sus ofertas interesadas, porque la altivez natural del portugués no se presta al locuaz servilismo del italiano. No

hallamos ni un solo guia en toda la ciudad, y como alli no se ven muestras de tiendas, como las calles están casi despobladas durante las horas de *siesta*, y ninguno de nosotros hablaba portugués, anduvimos errantes largo tiempo, y solos como en el palacio del cuento de las Hadas. A la caida de la tarde, la poblacion se despertó un poco, y hallamos una posada bastante pasadera, semi-fonda y semi-hosteria, pues de todo tenia; al cabo de dos horas nos sirvieron una comida bastante *confortable*, y empleo esta palabra, porque habiamos caido en medio de la Inglaterra; mesas, sillas, bajilla, manteles, vasos, todo tenia la palabra *patem*, impresa ó en relieve. Todo, hasta la comida era *engliks importation*, eceptuando los vinos profusamente derramados en vasos semejantes á copas antiguas.

Jamás esmeraldas mas brillantes han sido encerradas dentro de un cristal; jamás ha pasado un licor mas traidor en su sencillez por labios humanos; aconsejamos á todo estranjero que desconfie de este sol potable que comprometerá su inesperiencia. Al llegar la noche, quisimos retirarnos á descansar, y aqui principiaron nuestros apuros, porque las camas parecen género de contrabando en Funchal; porque los naturales se acuestan al aire libre ó sobre alfombras. En las piezas destinadas para dormir no se veia ni una silla; asi es que sin ningun género de embarazo se pusieron á fregar muy bien los suelos con agua de jabon, lo que causó una sublevacion general de toda clase de insectos, turbados en su posesion; en seguida trajeron gergones de hoja de maiz, y á peticion nuestra clávos para fijarlos en la pared y colgar en ellos nuestra ropa, y nos acostamos en aquellas camas de nuevo género para nosotros, pero en las que como buenos viajeros dormimos mejor de lo que esperábamos.

Los españoles y los portugueses se han disputado largo tiempo la posesion de Madera, y con razon, porque ¡qué colonia mas digna de un combate! Ahora los ingleses la poseen sin victoria y sin gastos de ocupacion. Está situada precisamente en la latitud en que todo hombre querria vivir si pudiera escojer al nacer, y si Dios no escogiese por él. Su temperatura es una primavera perpetua, mas ó menos templada, pero siempre deliciosa, Cerca del mar nacen muchas producciones de los trópicos, y en su feracisimo terreno podrian aclimatarse todos los frutos del mundo desde el círculo polar hasta el ecuador; pero su principal riqueza agrícola consiste en sus innumerables viñas, cogiéndose todos los años hasta 30,000 pipas de vino, de mas de 200 azumbres cada una, y de las cuales sobre 4,000 van á Inglaterra, Rusia y Alemania. Puede decirse, que toda la isla de Madera es una gran viña cercada por el mar.

Tiene esta isla cerca de 100 leguas cuadradas y 80,000 habitantes, la mayor parte pequeños propietarios. En tiempo de la conquista, el territorio se hallaba en poder de algunos señores por concesion de Portugal; pero esta nobleza, como todas las demas, se ha perdido por la ociosidad, las tierras se han deslizado de sus manos á las del pueblo, único poseedor inamovible; la comunidad ha ganado en el cambio, y la agricultura ha florecido á medida que menguaban las familias antiguas. Estas familias forman todavía la aristocracia, en la que si bien se halla honradez y formalidad, en vano se la pediria movimiento y luces. Los aristócratas de este pais hacen sus visitas á caballo, único medio que tienen de andar, y ese no sin peligro, porque las calles estan todas llenas de pendientes y barrancos. Las mugeres se sirven tambien de caballos, aunque con mas frecuencia de sillas de mano; respecto á coches, no aseguraré que no los hay, pero no he

visto ninguno.

En todas las reuniones reina la sobriedad; el juego, reservado á los hombres, es la unica cosa que enciende un poco sus pálidas figuras. Los libros les son casi desconocidos, la caza no existe; sus periódicos son una gaceta semanal, amenizada con algunas noticias de Lisboa y traducciones de folletines franceses. La política no los altera enmedio de su Atlántico, y viven en una quietud perfecta; por último, concluiré diciendo que Madera es un pais encantador por su cielo, delicioso por su temperatura, y el mas á propósito para inspirar á un poeta, y para Eden de los enamorados; pero jamás un frances podrá habitarlo sino por un momento, porque el estado de fiebre en que está acostumbrado á vivir, y que ha llegado á ser para él crónico, le deja inhábil para gustar los bienes con que se conforma la mitad del mundo, y el régimen y el reposo lo matarian infaliblemente.

El poder del Marido.

I.

Mlle. Dartenay cuenta diez y siete años: decir que es hermosa, fuera demasiado; llamarla graciosa, no seria bastante. En qué consistirá que una blancura escesiva parece indicio de candor y de pureza? La razon no se sabe, pero el hecho es cierto. Mlle. Dartenay tiene los cabellos rubios como un niño, y la tez de tal transparencia, que se ve, por decirlo así, circular la sangre bajo su rosada piel. Sus rasgados ojos azules, lijeramente húmedos, que de cuando en cuando se levantan rápidamente para entornarse en seguida, la dan á la par un aspecto inspirado y tímido: es uno de esos séres lánguidos y suaves que necesitan amar por ternura y por flaqueza, y que nos representamos siempre como ciertas figuras antiguas marchando apoyadas en un hombre amigo. Una sola de sus prendas es poderosa y profunda, el pudor: el pudor en ella no es solamente una gracia, la flor del fruto..... es un sentimiento.

Mlle. Dartenay se llama Maria, hija de un rico magistrado de Mompeller, y acaba de casarse esta misma mañana con el jóven marques de Valery. Mucho ha chocado este enlace en el gran mundo del marques y en el pequeño de M. Dartenay: en el primero por desden, en el segundo por envidia. Pero cuando aparecieron en la iglesia las gracias virginales de Maria, cuando se conoció la noble reputacion de probidad de M. Dartenay y su inmensa fortuna, el gran mundo aprobó la resolucion de M. de Valery; desapareció el desden, pero afortunadamente quedó la envidia suficiente para lisonjear la vanidad de M. Dartenay.

Por la noche hubo baile, y á las doce, segun costumbre, se llevó Mad. Dartenay á su hija, y entraron en la alcoba nupcial. Es un motivo de universales zumbas esta postrera conferencia de una madre con su hija cuando la conduce al límite estremo de su vida de soltera, y la deja trémula y anegada en lágrimas en el umbral de una existencia nueva: paréceme sin embargo que no hay en el mundo un instante mas solemne: pero, triste es confesarlo, nuestras costumbres le han hecho el mas cruel, el mas horrible, el mas contrario á la dignidad del alma y al respeto de las virtudes púdicas. Cierto que es una usanza de salvages arrebatar así á una doncella en todo su candor,

en toda su inocencia, y arrojársela á un hombre como la presa á una fiera. Un mes há no se habia pronunciado aun delante de ella la palabra *amor*; hace un dia, una hora, un segundo que decia aun á aquel hombre: *Señor*; pasa el segundo y ya tiene derecho para reposar su cabeza junto á ella: ya le pertenece..... Ah! todo, todo lo profanamos! lo que el amor tiene de mas delicioso, sus divinos exordios son para nosotros una conquista brutal: quitamos al dia su aurora, la primavera al año, su flor á la ternura: escribimos *derecho* y *fuerza*, donde pusiera Dios *abandono* y *pasion*.

Maria, sola con su madre, temblaba, sin saber por qué; pero temblaba. La inocencia puede ruborizarse, la inocencia tiene sus instintos de terror, como el amor materno tiene sus instintos de prevision: los matices mas delicados del alma humana no se aprenden. Sentada en un sitial, con los brazos enlazados en el cuello de su madre, teniala Maria oprimida contra su seno, y aunque Mad. Dartenay trataba de levantarse, sus brazos la apretaban con temerosa angustia.

—Un instante, mamá, aguarda un instante mas.

—Es preciso que yo salga, hija mia.

—Mañana te marchas á Mompeller... aguárdate,

—Dios mio! esclamó Mad. Dartenay, con terror, por ventura no amas á M. de Valery?

—Creo que le amaba ayer, contestó la jóven con divina confusion; pero hoy no amo sino á tí.

Dió la una de la madrugada Mad. Dartenay se levantó con viveza, y sin despedirse de su hija, sin abrazarla, sin mirarla, huyó llorando, y la doncella se quedó sola.

A los pocos instantes, se abrió una puerta y entró M. de Valery. Tenia veinte y nueve años: sus facciones eran delicadas y finas, pero gastadas, su elegancia singular.

Se acercó, y á su aspecto María se cubrió el rostro con las manos: él de pie, con una bugia en la mano, la contempló algunos instantes con estraña sonrisa; su fisonomia era fria y casi sarcástica: dió otro paso mas hácia el sitial donde María temblaba.

—Qué terror! señora, la dijo sonriéndose; qué temeis?

Apenas le escuchaba la esposa.

—No me contestais?

Hizo un movimiento hácia ella, pero ella retrocedió con viveza.

—Ah! no retireis la mano, os juro que no correis ningun peligro.

Parecíale á Maria que no era aquella la misma voz que habia dicho *sí* por la mañana.

—Vamos á ver, qué temeis? que mi mano mancille esa mano virginal, que mis lábios empañen la pureza de esa hermosa frente, que mi amor reclame el vuestro? Es esto lo que temeis? pues bien, escuchadme y serenaos. Si os digese que dentro de pocos instantes no estaré aquí, si os prometiese que no solo hoy sino siempre respetaré ese gracioso pudor, os juzgariais dichosa? Confesadlo, es eso lo que deseais?

En medio de su turbacion, ni aun á pensar acertaba María.

—Vuestro silencio es suficiente respuesta. Pues bien, comienze desde ahora vuestra dicha..... por amor á vos... os dejo..... A dios, *Madlle. Dartenay*.

Y se alejó con la risa en los lábios.

María permaneció un momento inmóvil y estupefacta: bajo aquellas irónicas palabras, presentía una desgracia eterna, é hincando la rodilla, esclamó: Madre! madre! Ah! pobre niña, ya no tienes madre, ya ningun poder tiene sobre tí la protectora de tus primeros años: te resta solo un señor, un marido.

II.

A la mañana, cuando despertó María, halló á su cabecera á Mad. de Dartenay que iba á despedirse: á su presencia y antes de haber tenido tiempo para recordar la escena de la víspera, se arrojó la desdichada sollozando al cuello de su madre: no recordaba aun distintamente cual era su desgracia, pero sabia que era alguna, y sin embargo no dijo nada.... nada, porque su dolor era solo un presentimiento; lo que hábia ocurrido entre M. Valery y ella no era mas que un enigma, y en fin, un secreto sentimiento de pudor la prohibia quejarse aun á su madre de la conducta de su esposo. Mad. Dartenay, con el corazon despedazado de dolor, esplicó la desesperacion de su hija por la suya propia y no la interrogó, quizá por el mismo instinto de reserva comun á entrambas.

Vió María alejarse á su padre y á su madre sin que nada indicase á estos su terror, como no fuesen los mudos abrazos, las lágrimas silenciosas que parece que solo revelan pena.

Cuando hubieron partido, cuando no oyó el ruido de sus pasos en la escalera, cuando se desvaneció el postrer rumor del coche y se vió sola con él, sola para siempre, oprimiósele el corazon á su pesar: acercóse él entonces y dijo lacónicamente.

Señora, hoy os presentaré una amiga de mi familia, que deseo lo sea vuestra: es Mad. de Cangis, y esta noche nos acompañará á la ópera.

Pronunciadas estas pocas palabras, y sin aguardar respuesta, salió.

A las seis entró M. de Valery con Mad. de Cangis. Habíase levantado María para salirla al encuentro; pero al mirarla, espiraron en sus labios las afectuosas palabras que preparaba, y no pudo darla la mano que ya habia alargado. Y sin embargo, aquella muger era una beldad rara: alta, esbelta, cabellos negros y relucientes, tez morena y tostada por el sol de los trópicos, nariz recta, fina, la boca algo larga, y lo que es notable en sus pocos años, tenia los lábios pálidos, indicio seguro de pasiones ardientes: los ojos magníficos por su forma, por su brillo, por su color, pero apartados, y animados de un fuego que ruborizó á María: no creia que una muger pudiese tener aquel modo de mirar: añádase á esto cierta singularidad, y recargado esmero en el vestir, que avergonzaba á la jóven para presentarse en público con ella: por último, su conversacion mordaz, la familiaridad de sus modales, y cierto punto de odio que se ocultaba bajo sus mas afables propósitos, acabaron de inspirar á María un desagrado que casi rayaba en tédio: sentíase junto á aquella muger, en una atmósfera que la sufocaba.

Al dia siguiente por la tarde la llevaron un pliego cerrado. Le abrió, y bajo el sobre iban dos cartas: en la una no habia mas que esta palabra: *Leed*. La otra era dirigida á Mad. Cangis, y firmada por M. de Valery: la leyó y cayó desmayada en un asiento.

III.

Vicioso, jugador, despilfarrado, M. de Valery, que disipara en pocos años un patrimonio considerable, ocultaba bajo la mas agradable apariencia, un alma verdaderamente cruel: hacia daño por aficion al mal, por desahogar su cólera, y porque haciendo daño desplegaba libremente su genio sarcástico y burlon. A los veinte y cinco años se relacionó con una criolla jóven, viuda, pobre, astuta, de infernal belleza, seductora hasta la embriaguez, apasionada como él, y como él depravada, pero mas fuerte de carácter: la amó, y en su corazon fue el amor un vicio mas: brotó entre ellos una de esas pasiones ardientes, furiosas, envenenadas; pasiones que nacidas de

nuestros vicios, tienen todo el calor febril de la corrupcion, que alimentan nuestras malas inclinaciones, nuestros perversos instintos, y tienen la depravacion por origen, por sosten y por término.

El arruinado, ella pobre, no pudieron casarse, y Monsieur de Valery buscó en otro enlace un dote para su querida; en su muger una víctima que inmolarla. La mañana de la boda, Mad. de Cangis solicitó que dejase sola á Maria en el tálamo nupcial: él iba á proponérselo, y su placer de reunirse fue tanto mas vivo cuanto que era un insulto á lo que lleva el nombre de deber y de virtud.

La carta de M. de Valery enviada á María por una mano oculta, la puso al corriente de toda esta vergonzosa historia, y con mil pormenores tan injuriosos para ella que habiéndose aparecido en aquel momento Mad. Cangis, se dirigió la jóven á ella impávidamente, y por única reconvencion la alargó la carta. Ambas se hallaban frente á frente, mudas y pálidas cuando entró M. de Valery.

—Qué es eso? dijo con su ironia habitual; apenas amigas y ya reñidas?

—Qué es? respondió Maria, que quiero que esa mujer salga al punto de mi casa.

—Ah! ah! replicó Mr. Valery, y recogiendo la carta añadió: pues yo quiero que se quede; y la ruego que venga todos los dias.

Herida en lo mas puro de su alma, una santa indignacion se apoderó de Maria, su honradez se convirtió en energía, y con la generosa imprudencia de la juventud, dijo llamando á un criado:

—Os mando que echeis á esa muger.

M. de Valery se puso lívido, una espuma de rabia asomó en sus labios.

—Desdichada! esclamó, no sabeis lo que habeis hecho! Y dirijiendose á Mad. Cangis, cuyos ojos chispeaban en la oscuridad como los de una víbora: volvereis aqui, señora, yo os lo prometo: volvereis! y no seré yo quien vaya á buscaros, sino, ella, ella que por esta ofensa irá á pediros perdon de rodillas y no le alcanzará!

Maria, con el entusiasmo de su honor vengado contestó á esta amenaza con un gesto que equivalia á decir: *salid!* Mad. Cangis salió en efecto; pero lanzando á la jóven una mirada que fue su sentencia.

Desde entonces empleó M. de Valery toda la fuerza de su voluntad perversa, toda la tenacidad de su genio maléfico para cohibir á su muger á doblegarse ante su querida. Resistió Maria; mas ay! nadie era menos á propósito para la resistencia. La hubiera sido absolutamente imposible alargar la mano á aquella muger á quien despreciaba; pero tambien le era imposible contrarestar firmemente á su marido: semejante á Hamlet que debiendo vengar el asesinato de su padre, no tiene ni el valor de la venganza, ni la cobardia de la clemencia; Maria, condenada por sus virtudes á un papel superior á sus fuerzas, demasiado noble para aceptar semejante yugo, pero tambien demasiado débil para romperle, se consumia la infeliz en aquella lucha entre su alma y su caracter, víctima á la par de M. de Valery y de si misma.

Hay hombres á quienes solo falta un trono para ser Calígulas, y M. de Valery habia nacido verdugo. No pudiendo seducir á Maria, resolvió castigarla. Aguijado por su infernal querida, se persuadió de que debia vengarse de su muger: pero un obstáculo detenia su venganza; el temor de una separacion. Separarse era perder el dote: perdiendo el dote, perdia su querida; asi es que se dedicó á estudiar la ley; aprendió minuciosamente todos sus derechos como déspota, y organizando un sistema de venganzas inatacables delante de la

justicia comenzó á atormentar á su víctima con el código en la mano.

No hubo una de sus virtudes que él no pusiese en juego para martirizarla. Era piadosa, y la obligó á suspender todo deber de piedad. Un marido es administrador de los bienes de su muger!..... hirió su delicadeza, sometiéndola á mil privaciones; hirió su dignidad, obligándola á pedir real á real lo que se le debia de derecho; su orgullo, esponiéndola con negativas de pago á las dudas injuriosas de los artesanos. No hay mayores tormentos que los suplicios de todos los dias. Habiendo adivinado el esquisito pudor de Maria, la atacó por este lado, enseñándola el mal, obligándola á oir el lenguaje de la corrrupcion, cercándola, como á Clara Harlowe, de una sociedad perversa, y complaciéndose en sumirla en aquella amarga tristeza que da á la juventud el espectáculo del vicio.

Jamas Mad. Cangis pasaba veinte y cuatro horas bajo el mismo techo que él... el testo de la ley previene este caso; pero la veia todos los dias, se lo decia á Maria, la leia sus cartas, obligándola á ser la confidenta de su amor. El adulterio no es crímen de parte del marido, sino cuando tiene á la querida en la casa comun: pero no basta que entre, que sea sorprendida en ella, es preciso que el marido la tenga allí.

Ni una sola violencia material..... los malos tratamientos son causa de separacion: pero mil insultos rebozados, mil crónicos sarcasmos en lo cual sobresalia..... Delante de los criados, ni una sola palabra reprensible, ni un gesto de enemistad..... Si llegaban personas estrañas en mitad de uno de sus arrebatos, calmaba su cólera por encanto, y prodigaba á su muger las espresiones mas selectas de aprecio, los obsequios mas delicados: pues él tenia un tino maravilloso para circunscribirse á la legalidad del crímen.

Entretanto M. Dartenay, inquieto por el silencio de Maria, (M. de Valery interceptaba todas las cartas) partió de Mompeller, llegó temblando á Paris, y corrió á casa de su hija: al hallarla viva, bendijo al cielo; pero al verla tan desmejorada, se estremeció.

—Ah! al fin venís, esclamó la pobre niña arrojándose en sus brazos.

Era la primera vez en tres meses que descansaba su cabeza sobre un seno protector. Le contó todo, y apenas acababa, se abrió la puerta y apareció su marido..... impávido, desembarazado, con su habitual espresion de ironia..... A vista de aquel hombre, M. Dartenay, olvidando sus setenta inviernos, su flaqueza, su nimiedad de caracter, exhaló un grito de indignacion, y á pesar de los esfuerzos de su hija que le detenia del brazo le dijo:

—Nos veremos las caras, caballero.

—Que veo! querido suegro! Vaya, teneis la cara desencajada, la voz trémula, la señora está llorosa: sabeis ya el cuento.

--Sí, lo sé todo.

--Debe haber sido chistosa la esplicacion de la correspondencia, siento no haberla presenciado.

--No os esforceis por reir, porque maldita la gana que teneis: no esperábais hallarme?

- Qué ingratitud, suegro mio! he venido porque sabia vuestra llegada.

--M. de Valery, ¿qué habeis hecho de la felicidad de mi hija?

--Qué tono tan solemne traeis! y ¿por donde ha de comenzar el interrogatorio?

--Verdugo vil!

--Bien, convengo en que soy verdugo, y despues?

--Al instante, al instante vais á firmar el acta de separacion, y si os negais.....

--Un desafio! ay, señor suegro, como ha de ser capaz una mano filial....

--Sois muy cruel, y no es estraño que

seais cobarde: so pretesto de que yo soy viejo y vos jóven, vos fuerte y yo débil, rehusareis el combate, y casi hareis virtud de la cobardia? Pero haré mas que mataros, os deshonraré, acudiré á la justicia, y delante de los tribunales os arrancaré la máscara y libertaré á mi hija.

--Muy bien, suponed que os presentais al procurador del Rey, y ¿qué habeis de decirle?

--Le diré lo que he visto, lo que esa desdichada me ha contado, le diré que sois.....

--Suprimid mis cualidades que uno y otro las conocemos. Y cuando háyais dicho todo eso, reclamareis una separacion?

--Y la obtendré.

--Una separacion? qué niño sois? una separacion y el dote. Oh? me gustan mucho, los dotes y en cuanto al de vuestra hija, os prometo que no le soltaré tan facilmente.

--Otro vicio mas: la codicia.....

--Sí por cierto, el interés, el vil interés, que me impele á no dejar que me roben mi muger, y otro sentimiento mas, la venganza! Pero volviendo á nuestro asunto: cuando háyais conmovido al procurador del Rey con vuestra patética querella, os pedirá pruebas, y cuáles presentareis?

--Mandaré citar á todos vuestros criados.

--No saben nada.

--Daré toda mi fortuna por una carta de esas en que descubrís vuestro culpable amor.

--Cartas? os daré las que querais gratis.

--Una prueba que habeis deshonrado el lecho conyugal.

--Nadie lo sabe, escepto la señora.

--Oh! encontraré testigos! sí, apelaré á cuantos os ven, que viven en esta casa, en esta calle, y descubriré alguno que os haya sorprendido; y si no descubro ninguno, iré al tribunal, solo con mi hija, mostraré en su rostro las huellas de la desesperacion y de la vergüenza, se lo contaré todo, todo!, y si entre ellos hay alguno que sea padre, sereis condenado.

--Oh! qué mal sabeis vuestro oficio, señor legista! Dice el código civil en el libro..... artículo.....: Si se presenta un testigo acusador, y este testigo es pariente de la parte contraria, el reo puede recusarle. Asi es, caro suegro, que cuando os presenteis para acusarme os recuso, y punto concluido.

—Bien! esclamó Dartenay exasperado: mi vida ó la vuestra! y se tiró á él para pegarle; pero M. de Valery, jóven y vigoroso, le asió del brazo, y bajándosele con fuerza le dijo:

—Sentaos, señor suegro, á vuestra edad fatigan los movimientos violentos.

M. Dartenay cuyos momentos de energía eran pasageros, cayó sobre un asiento diciendo desesperado:

—Dios mio! ni un solo medio de confundir á este malvado.

—Ni uno: si fuérais el romano Bruto, ya mudaba de especie: pero siendo pacificador por estado, debeis ser pacífico por caracter, y no me pareceis hombre capaz de esponeros á un cadalso por deshaceros de mí.

María que arrancára un grito de terror al ver la accion de su padre, besaba la frente de este con ternura.

—Escuchad, dijo Valery: me parece que estareis convencido de la impotencia de vuestra ternura y de vuestro odio: nada podeis hacer contra mí; ni acusarme porque la ley me absolveria, ni llevárosla, porque la ley me la devolveria: no podeis provocarme por anciano, ni insultarme: soy el único dueño, el Rey, el marido! y os lo pruebo permitiéndoos que os quedeis á su lado... Predicad la obediencia: ha insultado á una muger á quien amo, que la pida

perdon, que la haga volver á la casa de donde tuvo la audacia de desterrarla, que la trate con decoro..... y entonces, quizá olvidaré mi cólera. De lo contrario, por lo pasado os podeis formar idea del porvenir. A Dios, M. Dartenay.

Padre é hija se quedaron estáticos y mudos de terror.

V.

Pasaron algunos dias despues de esta escena, y ya no quedaba esperanza á M. Dartenay: habia visto á los magistrados, á los abogados, y todos le habian contestado: son sin duda crímenes suficientes para deshonrar diez hombres, pero no bastan para atacar á un marido. M. de Valery embotaba la justicia conformándose con la ley: un solo acto de violencia, mil veces menos culpable sin duda que todas esas vilezas, bastaria como base de acusacion contra él, pero la justicia necesita un pretesto para ser justa, le decian, bastaba que otro viese lo que vos, oyese lo que ois. Mas con razon ha dicho que vos solo nada podeis deshacer!

M. Dartenay con el corazon desgarrado lloraba los suplicios de su hija, cuando se le vió una mañana hablar con calor á un hombre en la calle donde habitaba Valery, entrar despues en la casa y dirijirse lleno de júbilo al aposento de su hija situado en el piso bajo: no la halló en él y se entró en el cuarto de la labor á donde llevó papel, tintero y pluma, y abrió y cerró otra vez la ventana que daba á la calle. En seguida mandó llamar á su hija, y apenas la hubo abrazado:

—Dónde está tu marido? preguntó.

—Ha salido.

—Sin duda á casa de Mad. Cangis.

—No, ella es la que se haya aqui como siempre á estas horas, y le está aguardando.

—En qué pieza?

—En el gabinete de mi marido.

—Pues sube, dijo M. Dartenay con resolucion; mándala en presencia de los criados que salga de tu casa, y vuélvete aqui.

—Oh cielos! todos mis males proceden de una órden semejante.

—Es preciso.

—Qué pensais hacer?

—Lo sabrás!

—Se exasperará Valery.

—Asi lo espero.

—No puedo! no puedo!

—Te repito que es preciso.

M. Dartenay pronunció estas palabras con tal acento de autoridad, que María temblando salió por una escalera interior para obedecer, y bajó en seguida espantada de su atrevimiento.

—He obedecido.

—Qué ha dicho?

—Se ha negado á salir, y aguarda á M. de Valery para pedirle satisfaccion de esta afrenta.

—Bien. Y volverá pronto?

—Dentro de un cuarto de hora.

—Ah! él caerá.

—Qué pensais?

—Tengo un plan, ya verás.....

Apenas habian transcurrido algunos minutos, se oyó un ruido de pasos: era M. de Valery. María oprimió á su padre con terror.

—No tengas miedo.

Entró M. de Valery: estaba pálido, tenia los labios contraidos y ajaba en la mano algunas flores. Miró en torno suyo y se acercó á María con una fisonomía risueña y gracioso tono:

—Ah, querida María, os andaba buscando.

—Y para qué, repuso M. Dartenay.

—Para qué? Es mediodia, hoy no he visto aun á María, y ¿ preguntais por qué la busco?

M. Dartenay le miró con sorpresa..... Qué cambio de lenguage! dijo. Pero M. de Valery sin darse por entendido y ca-

da vez mas afable: tomad, María, estas flores cogidas por mi mano.

María confusa temblaba como una azogada, y se figuraba estar soñando.

—Si no sabrá nada? pensó M. Dartenay, y dirigiéndose á él resueltamente: habeis visto á Mad. Cangis? le preguntó.

—Mad. Cangis? repitió Valery haciéndose de nuevas: Mad. Cangis!... no recuerdo... Ah! sí, una viudita, no mal parecida... ojos negros... Sí, la he encontrado poco há.

—Y no os ha dicho nada?

—Si por cierto; me ha dicho que ha visto á María, y que María como suele, ha estado afabilísima con ella..... Nuestra María es un ángel.....

Padre é hija estaban estupefactos, y mientras tanto Valery se acercó al cuarto de la labor y abrió la puerta diciendo: salid, caballero, os sofocareis de calor en ese gabinete.

Salió un hombre, y Maria, aterrada, dió un chillido.

—Es un amigo de vuestro padre, segun presumo, querida mia... Nos quiere tanto á entrambos... que quiere eternizar el recuerdo de nuestras dulces conferencias, y habia apostado á ese caballero para taquigrafiar nuestras palabras, ¿no es cierto, señor suegro?

—Desdichado! murmuró M. Dartenay, todo se ha perdido!

M. de Valery dirigiéndose entonces al desconocido:

—Supongo que lo habreis escrito todo y podeis retiraros, porque siempre escucharéis lo mismo, siempre protestas de ternura... de amor...! somos muy dichosos!

Abrió la puerta en seguida, despidió al sugeto, y avanzando hácia Maria y M. Dartenay, esclamó poseido de furor:

—Ahora nos veremos las caras! me haceis espiar! desdichados!... señora! gabeis osado insultar de nuevo á la muher que adoro... ay de vos! Mi venganza será atroz, inestinguible! Me llamais verdugo vuestro, y juro merecer este renombre! Vos podeis despediros de vuestra hija: os empeñásteis en echar á Mad. Cangis, y ahora os echo yo fuera de mi casa!

VI

Desde aquel dia la crueldad se trocó en furor: asombra hasta dónde puede llegar la maldad humana atizada por el odio de una muger. M. de Valery dominado por aquel demonio de belleza y depravacion que iba siempre tras él metiendo cizaña, M. de Valery se convirtió en encarnizada fiera. Un marido tiene derecho para obligar á su muger á que le siga á todas partes, y llevaba á la delicada jóven en mitad del invierno á las cacerias, y la dejaba muchos dias seguidos en algun desmantelado castillo, sola, casi sin criados: sin luz, sin fuego, medio muerta de miedo, de frio y de privaciones: de noche entraba de pronto en su aposento, con un puñal en la mano y una antorcha en la otra, la arrancaba del lecho diciendo que era Otelo y ella Desdemona, y que iba á matarla. No podia ver á nadie, ni hablar con nadie; en su derredor se habia trazado un círculo de hierro. Pensaba la infeliz á veces en huir, en salvarse, ¿pero donde? A los diez y ocho años, los hábitos, el sexo la encadenaban; porque las mugeres tienen dos servidumbres, la de la costumbre y la de la ley, y todos los medios de romper un yugo estan en favor del tirano y no del esclavo. Fuerza era permanecer en aquella prision, y consumirse y morir en ella.

—Era una pobre oveja encerrada en una jaula con un lobo que la destroza cruelmente, sin acabar nunca de matarla.

Un mal horrible se apoderó entonces de ella, el miedo. No era miedo, estremecimiento pasagero que tanto hace padecer, sino un miedo, estado habitual

del alma ! Las apariciones nocturnas , la soledad , el secreto , comenzaron á dar á cuanto la rodeaba una apariencia fantástica. Cuando Mad. Cangis con sus ojillos negros y brillantes , cuando , M. de Valery con su rostro pálido é irónico , pasaban juntos por delante de ella, parecíala ver dos seres de otra naturaleza que la suya , dos espíritus malignos ; sentia desquiciarse su organizacion... Por entonces la presentó su marido y sentó á su mesa hombres que jamas habia visto , y totalmente distintos de los que estaba acostumbrada á ver; hombres de semblantes graves , severos que parecian jueces , y se observaban entre sí. Débil ya de cabeza : aquella inquisicion muda acabó de turbarla , y para sacudir tal influencia se esforzaba por reir , por hablar , empero estos esfuerzos decian lo bastante ; á su pesar se le escapaban frases contradictorias , palabras vacias de sentido : lo notaba, y crecia su turbacion , se apoderaba de ella la desesperacion y solia terminar una narracion chistosa ó una carcajada con un diluvio de lágrimas ; entonces veia cruzarse entre aquellos hombres miradas de inteligencia , espresion de lástima que la parecian mil veces mas siniestras que el odio infernal de Mad. Cangis..... Entonces se apoderó de ella el mas horrible temor ; el de volverse loca ó parecerlo.

Una mañana , estaba en su habitacion , abatida por la mala noche , pues el terror habia invadido hasta su sueño, cuando entró M. de Valery. Bajo la máscara de fria ironía, bajo aquellos pliegues que el hábito del sarcasmo grabara en los dos ángulos de su boca , veíase una fisonomia séria , agitada y que traslucia una lucha interior ; por la primera vez hallaba María en su rostro algo de humano. El alma mas criminal y que sigue mas osada la senda del crímen , tiene un momento de pesar , aquel en que encaramada en el último grado y dispuesta á pasarle , abraza de una ojeada todo lo pasado y todo el porvenir, y titubea , asustada , ante el paso supremo que no consiente retroceso. Veíase en Valery al hombre que medita una cosa que aun no habia hecho jamas , y que temia hacer. Achuchaba en las manos un papel , y fue á sentarse en un sitial sin hablar , sin mirar á María , que temblaba agoviada de su siniestro presentimiento. Siguió un instante de silencio... silencio terrible ; el uno sin atreverse á hablar , la otra sin atreverse á preguntar.

Levantóse al fin resueltamente el marido , y dijo con brusco acento.

—Cuántas veces , señora habeis deseado mi muerte?

—Yo ! esclamó la esposa espantada.

—Sí ; vos ! no ignoro que me aborreceis , y con motivo.

—Dios os juzgará , señor , yo solo he deseado mi propia muerte.

—Qué , no me aborreceis?

—Si hubiera sabido aborrecer..... habria sabido defenderme.

—Sí , me aborreceis... ofensas como las que yo os he hecho no se borran jamas... se transforman en maldiciones eternas en el corazon que las ha sufrido. Pero vos tambien me habeis martirizado , me habeis hecho infeliz ! vuestros insultos á la persona que posee todo mi cariño me han exasperado : la habeis abrevado de desprecios y ultrajes , la habeis tratado ignominiosamente , la habeis arrojado de mi casa , y os habeis perdido , os habeis suicidado!

—Y ella , ella no echó á mi madre?

—Decis que no sabeis aborrecer , repuso M. de Valery con cruel regocijo, y solo con hablar de Mad. Cangis , se alteran vuestras facciones , palideceis al escuchar su nombre.

—Oh ! por piedad , no le pronuncieis! arrancariais de mi corazon palabras que no quiero pronunciar : su presencia me daña..... su nombre me horroriza.....

harto hago con aguantarla.

--Oh ! si el pensamiento , añadió M. de Valery , examinando á su muger , sí el pensamiento , si un deseo concebido en lo mas íntimo del corazon pudiera matar , cómo os habriais vengado de Mad. Cangis!

—Harto castigo la espera despues de la vida !

—Sí; la habriais asesinado , lo leo en vuestro rostro.

Y atizaba de esta suerte M. de Valery , como si tomase á empeño despertar la cólera: semejante á D. Juan que daba un luis á un pobre por hacerle pronunciar una blasfemia , parecia que necesitaba arrancar una maldicion de aquella boca que la casta esposa contenia reluchando consigo misma.

—Qué significa este interrogatorio? le dijo , dejadme..... Pero él implacable , encendia el fuego del odio , irritándola con repetir sin cesar el nombre de Mad. Cangis. No pudiendo por fin resistir mas :

--Lo quereis! esclamó ; pues bien, hablaré! Sí, me ha enseñado un sentimiento que no conocia , que no creia, me ha enseñado á aborrecer ! La aborrezco como se aborrece á un verdugo , á un demonio ! Quién os ha dado ese valor atroz para martirizar á una pobre criatura de diez y seis años que no se defendia? Oh ! ni vosotros mismos sabeis lo que habeis hecho. Mirad mi rostro qué alterado está ! mis ojos abrasados por las lágrimas ! mis megillas marchitas por el dolor ! pues todo esto no es nada en comparacion del estado de mi alma ! Yo era pura , llena de ilusiones, amante , sí , porque os amaba , os creia noble , generoso..... Y vos , qué habeis hecho ? desgarrarla , envilecerla , inficionarla ! Esa amarga ciencia del mal que envenena el corazon , que Dios nos envia gota á gota y en muchos años , la habeis derramado toda en mí de un solo golpe..... Fui entregada á vos con el cielo en el corazon , y vos me revolcásteis en los tormentos y vicios de los condenados ! Hasta mi razon ha sido turbada! Y cuál ha sido la causa de tantos crímenes ? Quién el Satanás de este infierno ? Mad. de Cangis ! Ella ha hecho de vos lo que sois ; ella la que ha abierto un abismo entre nosotros ; ella la que os ha aconsejado y me ha perdido! Y me preguntais si la aborrezco ! si odio á la criatura miserable que se ha atrevido á echar á mi virtuosa madre ! porque ella para tantas infamias no tiene ni aun la escusa de la crueldad , la venganza; ni aun la escusa de la venganza , la pasion ; se ha hecho verdugo , no por celos , que fuera demasiado noble , no por malignidad , que tambien lo seria , sino... sino por dinero ! porque no creais que os ama..... no ; ama á mi dote ! y como sus viles pasiones necesitan oro , os ha convertido en instrumento de su impúdica codicia. Oh ! teneis razon ; ese nombre debe alterar mi semblante ; porque conozco que mi alma , al pensar en ella se trastorna toda..... comprendo el placer de zaherir , de hacer daño ; me avergüenzo de llevar el nombre de muger porque ella tambien lo lleva..... Su presencia produce en mí el mismo efecto que la de los animales venenosos , asco y horror á la par , y en fin , en fin , á nadie deseo la muerte , porque la Religion y la piedad me lo prohiben , pero , si me viera condenada á verla siempre , ó consentir en su sentencia..... diria que muriera!.....

Aqui se mantuvo María con la frente erguida , los lábios trémulos , abrumada por la dicha de haberse vengado en un instante de quince meses de sufrimientos. No era ya la débil muger que aceptaba humillada el papel de víctima..... estaba grande y sublime , y su persona respiraba el triunfo como en el rostro del dios vencedor de Piton despues de esterminar á la serpiente. Empero habria temblado si su exalta-

cion la hubiera permitido examinar la fisonomía de M. Valery: habiála escuchado con siniestro regocijo: cada palabra de vilipendio para su querida reflejaba en su rostro una espresion de contento..... Y poco á poco se fue disipando la nube que turbara por un momento su irónica calma..... los dos pliegues de su boca aparecieron con su inflexibilidad ordinaria y cuando cesó Maria despues de su imprecacion, la miró sonriéndose y la dijo con aquella voz zumbona y casi metálica que le era peculiar:

--Quede pues sentado que si vuestra religion y piedad lo consintiesen, casi desearíais la muerte de Mad. Cangis. Pues dadme las gracias porque he hallado medio sin arriesgar vuestra salvacion ni su vida, de libraros para siempre de su vista.

--Qué decis?

--No la volvereis á ver, yo os lo prometo. Mirad este papel, en él traigo vuestra libertad.

--Ese papel! hablad.....

--Vaya, adivinad..... bajo qué forma imaginais vuestra ventura?....

--Tiemblo sin saber por qué. Qué contiene ese papel?

--Ya lo he dicho: habria entre Mad. Cangis y vos una barrera eterna.

--Es alguna carta que la acusa?....

--No, es una órden de la autoridad.

--Una órden! dijo María arrebatada, una órden de destierro!

--No, esclamó M. Valery mudando de tono y con un gozo atroz, una orden para encerraros en una casa de locas!

Lanzó la desdichada un grito del corazon, y cayó de rodillas diciendo: perdon!

--Ah! ahora invocais perdon!

--Si, se lo pediré á Mad. Cangis, la recibiré, la amaré...

--Ya es tarde, van á venir por vos dentro de una hora.

--Haré cuanto me mandais, seré vuestra esclava.

--De qué me servís ya? con esta órden me libro de vos y conservo vuestros bienes.....

--Oh! matadme, matadme, pero no me lleveis..... voy á perder la razon.....

--Dentro de una hora!

Y empujándola salió de la habitacion y se retiró á la suya para hacer los últimos preparativos. A poco entró un criado diciendo que solicitaba hablarle un caballero.

--Su nombre?

--Dice que el señor marques no le conoce; pero que viene para un asunto importante.

--Qué trazas tiene?

--Jóven, bien portado, aunque algo desordenado el vestido como si viniese de alguna francachela.

--Pase adelante.

Introdujo el criado al desconocido y se alejó. Acercóse el tal á Valery con firmeza é ironia: una risita burlona le daba un aspecto insolente: tenia los cabellos negros, espesos y lacios: sus ojos eran negros y brillantes.

--Es el señor marqués de Valery con quien tengo el honor de hablar?

--Si señor: puedo saber con qué objeto.....

---Si señor, con mucho gusto. Vengo á levantaros la tapa de los sesos!

--Como! esclamó Valery encolerizado: pero viendo que no se la habia con un malhechor, y recobrando su sangre fria habitual: De verás! continuó, pareceis aficionado á la broma, y lo celebro porque á mí me sucede lo mismo. Tomad asiento.

--No se trata de broma, y os lo probaré si quereis dispensarme cinco minutos de atencion.

--Media hora, si os da gana; el comienzo promete demasiado para que os deje escapar: magnífica entrada de parte de un hombre á quien no he visto en mi vida!

--Yo tampoco á vos y hasta esta ma-

ñana jamás habia oido pronunciar vuestro nombre : pero deseo saltaros los sesos.

--Cosa original! continuad, amigo mio.

--Continúo. Aqui donde me veis, señor marqués, he tenido cien mil libras de renta, que he despabilado alegremente.

--En eso nos parecemos asombrosamente : yo me he comido el doble.

--Ayer murió mi postrer billete de mil francos.

--Haced lo que yo : se busca una muchacha rica, y al avío.

--No me agrada el comercio, ni quiero venderme : en eso no nos parecemos. Muchas veces he dicho : cuando no tenga mas que cinco luises, compro dos pistolas y cuatro balas, y me entero de si existe el otro mundo. Una vez resuelta una cosa no me apea nadie : asi es, que cuando ayer vi desparecer el último billete, entré en mi casa, tomé los cinco luises que tenia apartados, y fui á la tienda del armero.

--Bien; bien; pero hasta ahora.....

--Esperad al fin y os parecerá digno del principio. Estaba esta mañana en la fonda almorzando por última vez con unos amigos, porque no quiero presentarme allá arriba muerto de hambre: se habló de mugeres desgraciadas, de maridos infames, y salisteis vos á relucir.

--Ah! ah!

--Entonces entró un anciano; era vuestro suegro, el que instado por uno de los nuestros, refirió vuestra historia. De repente, á manera de relámpago, se me ocurrió un pensamiento. Magnífica ocasion! dije para mí, mi vida no ha sido muy pura que digamos, ni mi conciencia está demasiado sobrecargada de beneficios..... es preciso antes de morir hacer una buena accion, y voy á matar á ese tuno.

—Brabo! soberbio! y cómo pensais componeros?

—Toma! de una manera muy sencilla.

—Permitid que os haga una pregunta: ¿estais acaso enamorado de mi muger? decidlo, pórque para eso no habria necesidad de matarnos.

--Yo jamás la he visto, ni la conozco; el caso es solo un asunto de conciencia; me parece que esta accion me ha de servir de algo allá arriba, y que hago una cosa buena matándoos; para los asesinos hay el verdugo; para los pueblos depravados la peste, el cólera; para los criminales..... de vuestra estofa, inventa Dios un azote particular, y yo soy el vuestro..

--Al menos me permitireis que dé algunas órdenes.

--Muy justo.

Tiró el marqués de la campanilla, y dijo al criado que se presentó:

—Llama á José y echad á este hombre á la calle.

—Señor marqués, mal correspondeis á mi franqueza : permitidme que os diga dos palabras.

—Decid.

Acercóse el desconocido al marqués, y asomando una pistola, añadió en voz baja : mandad á ese criado que se marche y cierre, ó de lo contrario os mato como un perro.

--Qué! osareis.....

—Cualquier cosa. Soy breton, soy testarudo, y estoy resuelto á morir hoy. Despedid á ese hombre, ó si nó.....

El marqués amedrentado obedeció!

—Ahora bien! repuso el otro asi que estuvieron solos. No perdamos tiempo... Si teneis que escribir algo ó tomar algunas disposiciones, despachad..... son las doce y cuarto, y antes de las doce y media estais de camino para el otro mundo. Y montó una pistola.

--Como! dijo el marqués, quereis asesinarme?

—A esto lo llamais asesinar? bien..... yo lo llamo ajusticiar!

—Pero un duelo! al menos un duelo!

—Ca! os dejaba la probabilidad de vivir

y tengo echadas mis cuentas de otro modo.

—Pues bien, tu serás quien muera! esclamó M. de Valery, avalanzándose á él: pero en el mismo instante salió el tiro, y cayó diciendo: soy muerto!

El desconocido se inclinó á él:

—Al momento soy con vos, amigo mio, que esta otra pistola es para mí!... Pobre muger! qué contenta se vá á poner!

METEOROLOGIA.

TRUENOS Y RELAMPAGOS.

De todos los fenómenos atmosféricos no hay ninguno tan imponentemente súblime, como los truenos y relámpagos. Ocioso seria tratar de citar las opiniones de los filósofos de la antigüedad acerca de su naturaleza y de sus causas, porque todos nuestros conocimientos verdaderos acerca de ellos se derivan de los descubrimientos modernos, y particularmente de los de la electricidad. El doctor Franklin estableció la teoria de la identidad del relámpago y de la electricidad; desde entonces la atencion de los filósofos se ha dirigido á hacer investigaciones acerca de cómo el flúido elèctrico circula desde la tierra al aire, volviendo otra vez á la tierra; por qué medios se levanta á la atmósfera; cómo viene á ser redundante, y cómo finalmente vuelve á su punto de partida. El vapor acuoso, ó el vapor de la atmósfera aparece ser el vehículo. Los flúidos elásticos, secos y permanentes como no conductores de la electricidad, no tienen mas que hacer que obstruir su paso en la atmósfera. Cuando el agua está evaporada toma una cantidad de electricidad y de calor mayor que la que tenia antes; esto es, la capacidad del vapor para la electricidad es mayor que la del agua. Este hecho ha sido observado por muchos de los que en los últimos años se han dedicado cuidadosamente á los fenómenos eléctricos. Cuando el vapor está condensado, en el agua hay una redundancia de electricidad y de calor, y las gotas de agua ó la nube formada se electrizan positivamente. La electricidad de la atmósfera es casi universalmente positiva; si durante una tempestad y en otras ocasiones da señales de electricidad negativa, esto debe atribuirse á la accion de una nube superior que estando positivamente electrificada hace negativa á la otra, ó al aire que la rodea con arreglo á las leyes reconocidas de la electricidad. La razon, por qué la atmósfera no puede ser negativamente electrificada, es que en el curso ordinario de la naturaleza no puede tener lugar la evaporacion del agua aislada de la atmósfera, pues que la evaporacion originalmente procede de la superficie de la tierra. Nosotros hemos observado que las nubes frecuentemente se disuelven en el aire, pero entonces estas nubes aisladas tienen un exceso de electricidad á su alrededor, y de consiguiente no quitan á la atmósfera la elasticidad que naturalmente le corresponde. Conforme á estas observaciones nosotros podemos establecer como principio que la elasticidad de cada nube á su formacion es positiva. Solo queda pues explicar bajo este supuesto cómo se comprenden los fenómenos del trueno y del relámpago. Preséntase desde luego una cuestion muy obvia; si la electricidad de una nube puede descargar sobre la tierra violentamente, lo que no sucede con demasiada frecuencia ¿por qué razon los truenos y los relámpagos no son tan fre-

cuentes como las nubes y las lluvias?

Antes de contestar á esta cuestion es menester hacerse cargo de las circunstancias que comunmente acompañan á los truenos y relámpagos. Debe concederse que su frecuencia es mayor en la proporcion de la cantidad de vapor acuoso que hay en la atmósfera, ó lo que viene á ser lo mismo, á la temperatura del aire. Los truenos son muy raros en invierno, casi desconocidos durante las heladas, mas frecuentes en la primavera y en el otoño, pero en los meses de Mayo, Junio, Julio, Agosto y Setiembre es cuando nosotros esperamos y tenemos que recordar tempestades de alguna consecuencia y duracion. De estos meses, el de Julio que es el que está en el medio, como el mas caloroso de todos, parece el mas apropósito para las tempestades. Debe tambien observarse que cuando truena en el invierno, es cuando el barómetro está bajo, y el estado de la atmósfera es mas caliente que de ordinario, y que cuando en el verano hay tempestades viene despues á resfrecarse la atmósfera. Con relacion á otros climas se sabe que el trueno es frecuente y violento en las latitudes bajas, y en todos aquellos lugares en que se sienten los estremos del calor y de la humedad, pero nosotros no oimos hablar frecuentemente de sus efectos en las latitudes altas, en donde ni el calor ni la humedad duran por mucho tiempo. Cuando quiera que el vapor se precipite de la atmósfera la cantidad será tanto mas grande, cuanto mas sea la cantidad del vapor acuoso de la atmósfera; esto proviene del aumento del vapor que está en progresion geométrica con el de la temperatura, que lo está en progresion aritmética. Se ha observado tambien que las nubes están mas altas ó elevadas sobre la superficie de la tierra en verano que en invierno. Combinando estas observaciones, nosotros podemos dar una respuesta satisfactoria de por qué el trueno no acompaña á las nubes y aguaceros: en invierno las nubes están mas bajas, menos densas y menos eléctricas que en verano; su electricidad va silenciosa, lenta y clandestinamente á ocultarse al seno de la tierra. En verano la intensidad de la electricidad es doble, y estando mas remotas de la tierra ó aisladas por su superior altura, sucede que su fuerza puede ser aumentada hasta vencer la resistencia del aire.

Hay ademas otras circunstancias que tienen probablemente una influencia considerable para dar al aire vaporizado altamente este carácter que propende al trueno. Esto es que admite diferentes capas ó nubes colocadas unas detras de otras, que operan como séries de planchas en la pila voltáica, aumentando la intensidad de su carga eléctrica. Esta disposicion no puede ocurrir bien en el invierno como que el aire mas alto es demasiado falto de vapor para economizar una cantidad suficiente para el efecto.

Un carácter muy digno de observacion en el trueno no ha sido suficientemente discutido por los filósofos, que es la larga continuacion de su estruendo. Puede asegurarse que este es próximamente de veinte segundos, aunque en muchas ocasiones es de mayor tiempo. Ahora bien, como el relámpago es instantáneo, no tenemos ningun método racional de explicar la continuacion del sonido sino suponiendo que la descarga se extiende por considerable número de millas; si el sonido continua medio minuto, la descarga no puede ser menos qne en el espacio de siete millas, y aun dos ó mas veces mayor. ¿Cómo pues puede ser explicada esta grande extension? Para resolver esta cuestion observaremos que el aire claro es un mal conductor de la electricidad, pero que cuando está nublado, posée

una especie de cualidad media de no ser buen ni mal conductor. Suponemos que la misma fuerza eléctrica que hace un camino de cien varas en tiempo claro es capaz de hacerlo de diez mil si está densamente nublado. De aquí nosotros inferimos la larga continuacion del trueno, suponiendo que la electricidad de las nubes superiores hiere á las inferiores en el punto mas inmediato, y corre despues por cierto número de millas: el sonido llega al oido desde el punto mas cercano, y despues sucesivamente de los mas remotos, ocasionando asi la continuacion del sonido. Este punto de vista se corrobora por la observacion de que cuando se supone que un trueno está cercano, ó que sucede inmediatamente al relámpago, es referido el hecho de una manera semejante por la mayor parte de los habitantes de una gran poblacion, aunque estén unos de otros situados á algunas millas de distancia.

El trueno puede ser oido á distancia de diez ó mas millas; esto se asegura por el cálculo de la velocidad del sonido atendido el intervalo que hay entre él y el relámpago en una noche obscura. Es incierta la distancia á que puede alcanzarse á ver el relámpago; nosotros le vemos algunas veces de noche sin llegar á ver las nubes; en este caso es necesario que esté á muy larga distancia, quizá á uno, dos ó mas miles de millas. Cuando esto sucede, se observa que son mas frecuentes los relámpagos, que cuando el trueno está cerca, lo cual parece indicar que en el último ejemplo nosotros no vemos todos los relámpagos de la tempestad.

POESÍA.

LEYENDA
DEL JUDIO ERRANTE.

(De F. C. Schubart.)

I.

Poblado Cristo de la cruz al peso,
el maltratado pie paró rendido,
de Ashavero á la puerta, y con esceso
de dureza por él fue despedido.
Ni un solo instante de reposo el fiero
le quiso consentir;
y déjale caer bajo el madero,
¡y el rostro en polvo hundir!
Pero en la noche al bárbaro judío,
fue á despertar un ángel tenebroso,
y díjole: «¡Rehusástes, hombre impío,
al Nazareno un punto de reposo!
¡Pues tú tampoco le hallarás, y sabe
que con mi enojo en pos,
te arrastrarás hasta que el mundo acabe,
y vuelva el Hombre-Dios!
Un infernal espíritu impeliendo
irá tus pasos donde el pie movieres,
tierras y climas cruzarás gimiendo,
desesperado al ver que nunca mueres.
Abandonado irás de tierra y cielo,
errante y sin solaz;
no te dará la muerte su consuelo,
ni la tumba su paz.»

II.

Los años pasan, y Ashavero dura;
y cerca de dos mil pasaron ya,
desque la antigua y mísera criatura
de una en otra region errante va!
Miradle entre las cumbres del Carmelo
de una espelunca lóbrega salir,
alzar los ojos cóncavos al cielo,
y su empolvada barba sacudir.

Entre los huesos do la planta oculta,
un cráneo aferra con la enjuta mano,
y con la furia que á la muerte insulta
botando le arrojó del monte al llano.

Saltó en pedazos el despojo hueco:
« ¡Era mi padre!» murmuró el judío;
luego otro cráneo carcomido y seco,
y otros siete ademas, lanzó con brio.

Van por las peñas ásperas saltando
y aullidos lanza, y « ¡eran mis esposas!»
grita Ashavero, con dolor girando
sus miradas, de ruina y muerte ansiosas.

Y hácia el valle despues rodando fueron
mas y mas cráneos, y Ashavero esclama:
« ¡Eran mis hijos, ay, ellos murieron!..»
Y una abrasada lágrima derrama.

« ¡Y yo no moriré! ¡Sobre mi frente
sentencia justa y furibunda pesa;
y para mí en la vida no hay corriente,
y no hay cabida para mí en la huesa!

¡Cayó Jerusalen! Con ira tanta
entre sus llamas me lancé afanoso,
que al párvulo en su cuna holló mi planta,
é insultos hice al vencedor glorioso.

¡Mas ay, la maldicion era mi escudo!
y asióme del cabello el ángel fuerte,
pues por venganza de Jehová sañudo,
me libra de la saña de la muerte.

Roma anunciaba su espantosa ruina;
yo corrí á sepultarme en los escombros
del techo y la columna palatina;
¡y la mole detúvose en mis hombros!

Entré bajo la maza de la guerra,
que las naciones hunde y pulveriza;
¡y yo solo quedé vivo en la tierra
cuándo su faz yermó fuego y ceniza!

Yo desde el tope de eminente roca
que rasga el tul de ráfaga volante,
cuando encrespado el mar las nubes toca
al hondo abismo me arrojé anhelante;

¡Y el torbellino me lanzó espumoso
á la alta costa, cual flotante caña!...
y el dardo de la vida ponzoñoso
volvió á cebarse en mi rasgada entraña.

Yo del Etna en el cráter abrasado
diez lunas esperé la mar de fuego,
mezclando mi rugir desesperado
con los mugidos del gigante ciego;

¡Mas ay! el Etna vomitó en torrent
llamas y lava y me arrojó con ellas;
¡y yo entre su ceniza nuevamente
ví brillar en la noche las estrellas!

Un bosque ardió; cual tigre cuando brama,
corro al incendio; el gotear recibo
de la resina hirviente; voraz llama
mis carnes consumió... ¡mas quedé vivo!

Me uní con los verdugos de la tierra,
y al vértigo feroz de las batallas.
y al Galo y al Germano: ¡guerra, guerra!
grité; triunfante hollé cascos y mallas;

¡Y como en terso escudo diamantino
las lanzas en mi cuerpo se quebraron:
saltó en mi cráneo el hierro damasquino,
las balas en mi pecho se estrellaron!

En vano el elefante poderoso
pasó sobre mi espalda, en vano al alto
me lanzó con tronido estrepitoso
la reventada mina de basalto:

En medio de cien muertos, al violento
golpe quedé del monte en el derribo
tendido, ya sin sangre y sin aliento,
cual cuerpo muerto ¡pero siempre vivo!

Dormí con las serpientes venenosas,
herí al dragon en su sangrienta cresta,
recibí mordeduras dolorosas.....
¡nunca del sol perdí la luz funesta!

La furia provoqué de los tiranos,
y *verdugo* á Neron, llamé atrevido,
y *verdugo* á Cristian, y lengua y manos
contra Muley moví, ¡mas vano ha sido!

Para mí los tiranos inventaron
tormentos cuales nunca el mundo ha visto,
mas nunca de la vida me libraron,
ni del suplicio vengador de Cristo.

¡Ah! ¡no poder morir! Ni un solo instante
en tamaña fatiga hallar reposo!
¡y sin pasar jamás la huella errante,
ir arrastrando este esqueleto odioso!

¡Y siempre ver delante de los ojos
de la uniformidad el mónstruo ciego.
y el tiempo, ansioso siempre de despojos,
engendros dar, y devorarlos luego!

¡Ah! ¡no poder morir! ¡Señor, que sellas

la tumba para mí, si haber pudiera
sentencias mas crueles, caigan ellas
cual rayo sobre mí con tal que muera!
¡Haz que deshecha tempestad me arroje
por la pendiente abajo del Carmelo,
y que sus rocas con mi sangre moje,
y muerto me hunda de su falda el suelo!
« ¡ Mátame ya ! »=Del mísero judío
los ojos de tinieblas se cubrieron:
y cual muerto cayó : velo sombrío
las alas de un espíritu le hicieron.
Llevóle al despuntar la blanca aurora
el ángel vengador á la caverna,
y díjole : «Ashavero , duerme ahora;
la cólera del cielo no es eterna.
Al despertar verás, en esa altura
eterna luz y gloria fulgurando,
al que vertió por tí su sangre pura,
al que murió las culpas perdonando!»

PEDRO DE MADRAZO.

NAPOLEON Y DAVID.

De desear hubiera sido que el pintor mas célebre de nuestros tiempos se hubiese contentado con este título; pero, por desgracia de las artes, las turbulencias civiles condujeron á formar parte de una sociedad política á aquel espíritu ardiente, á aquella alma entusiasta. Las opiniones mas exageradas encontraron cabida en David, cuya imaginacion llenaban los recuerdos de Bruto y de Scévola, y cuyo talento aspiraba á la feroz independencia de los mas austeros republicanos. Se ha pretendido por algunos, que algun tiempo antes del 18 de Fructidor, en la época en que el partido monárquico amenazaba á los patriotas, Napoleon, entonces general en gefe del ejército de Italia, concibió el laudable proyecto de sustraer el artista á las persecuciones que tarde ó temprano debia sufrir, y que para lograrlo, encargó á su ayudante de campo Julien, el mismo que fue asesinado por los árabes en Egipto, que le propusiese se trasladara á su campamento para pintar en él las batallas que se diesen: dícese tambien que David se negó á ello por no separarse de sus amigos en el momento en que se preparaba una crisis importante. En breve fue detenido y preso en el Luxemburgo, como muchos otros que habian abrasado y sostenido su causa, y solo salió de la prision para ser vigilado por la policia. Desde este momento concluyó en el interes de las artes, la vida política de David. Entregado enteramente á su genio llevó á cabo en la pintura aquella revolucion que debia asegurarle para siempre el título de restaurador y de gefe de la escuela francesa.

Ya en dicha época estaba fijada su reputacion. *Belisario*, los *Horacios*, *la muerte de Sócrates* y otros muchos cuadros, se habian espuesto á la vista del público, cuando Bonaparte, despues de haber conquistado la Italia, volvió á Paris, de cuya capital habia salido casi desconocido, y en la que entraba de nuevo cubierto de una gloria inmensa. Nombrado poco tiempo despues miembro del Instituto nacional, quiso conocer á su cólega David, á quien todavia no habia visto, y con motivo de haberle invitado á comer á su casa el secretario del Directorio, Lagarde, le contestó:

—Iré, pero con la condicion de que asista tambien David.

El secretario general fue, pues, á convidar al artista y este se apresuró á aceptar la invitacion. Al punto que Napoleon le vió salió á su encuentro,

y en breve se empeñó entre ambos una conversacion amistosa. Entre otras cosas dijo David á Bonaparte:

—Voy á retrataros, ciudadano general, con la espada en la mano y en el campo de batalla.

—No hagais tal, contestó Napoleon: no es con la espada en la mano como se ganan las batallas: quiero que me representeis sereno y tranquilo, montado en un caballo fogoso.

Esta idea no quedó perdida.

Algunos años despues habia pintado el artista aquel retrato del primer Cónsul: tranquilo sobre un caballo fogoso y trepando el monte San Bernardo, Napoleon está retratado de tamaño natural, embozado en un largo capote, cuyos pliegues flotan á merced del viento, y en actitud de mandar á su ejército que pase los Alpes: en los peñascos del primer plan se hallan inscritos los nombres de Aníbal y de Carlo-Magno. A lo lejos se divisan grupos de soldados y trenes de artilleria. Cuando se presentó este cuadro al primer Cónsul, éste, despues de haber admirado aquel trabajo, tan notable por la grandiosidad y vigor de la ejecucion, y despues de haber tributado al artista los elogios que merecia, le dijo, con motivo de los grupos de pequeños soldados:

—Pero, ciudadano David, qué hacen allá abajo esos tres ó cuatro bobalitones tan grandes como las herraduras de mi caballo? ¿No parece que va á aplastarlos debajo de sus pies?

—No deja de ser justa vuestra observacion, ciudadano primer Cónsul: sin embargo, creedme; es necesario que esos *bobalitoncillos* (David recargó esta palabra) se queden ahí: ayudan al efecto de la obra.

—Nada deseo mas que eso, contestó Napoleon sonriéndose, tanto mas cuanto que esos buenos muchachos me han sacado de mas de un mal paso durante la travesía; y quiero dividir con ellos la gloria de esta campaña: pero hubiera deseado que los hubieseis pintado mas grandes y en mayor número, con lo cual hubierais hecho de mi retrato un verdadero cuadro de familia. Por lo demas, venid á verme uno de estos dias: tengo aquí (y Napoleon se tocaba la frente) la idea de un gran cuadro que será único en su género: os la comunicaré, pues he contado con vos para que la trasladeis al lienzo.

Al decir estas palabras, los ojos de Napoleon brillaron de un modo extraordinario, y su fisonomía se animó con una expresion sublime.

Proclamado Napoleon Emperador, comprendió que era de su deber proteger á las artes y los artistas, tanto, al menos, como á las ciencias y á los sabios. Asi, pues, nombró á David su pintor de cámara, y segun sus instrucciones, el ministro del interior M. de Champagny le mandó que pintase seis grandes cuadros que debian adornar uno de los salones del Louvre, y entre ellos el de la coronacion.

Semejantes trabajos no agradaban á David, pues segun decia, se entibiaba su entusiasmo á la vista de aquellos trajes de corte que necesitaba copiar: su pincel pedia el desnudo. ¡Cuantas veces se le vió indignarse por los obstáculos que oponian á su genio las botas y los uniformes de nuestros soldados! La repugnancia que sentía á representar personages vestidos con los trages modernos se manifestó particularmente con motivo del cuadro de la coronacion. En dicho cuadro, el cardenal Caprara, que era uno de los asistentes del Papa, estaba pintado sin peluca y con la cabeza calva, existiendo la mayor semejanza entre la copia y el original. Poco sensible el cardenal á este favor, suplicó á David que le pusiese su tocado, pero el artista se hizo el sordo. «Si yo pusiera una peluca sobre esta cabeza, dijo, no dejarian de decir mis

cofrades que le sentaba tan bien como un pelo en la comida.» El cardenal creyó que debia dirigirse á M. de Talleyrand, á la sazon ministro de negocios extrangeros, quien declinó su incompetencia en materia del arte: entónces el príncipe de la Iglesia apeló á la misma Emperatriz Josefina, la cual llamó á su presencia al artista y al diplomático, á fin de arreglar amistosamente aquel grave asunto. El calor con que el cardenal se expresaba tenia un origen singular: habia oido decir que no habia habido ningun Papa con peluca, y, renunciando á la suya, temia aparentar pretensiones á la silla de San Pedro, en el caso que quedase vacante la Santa Sede. David no habia cedido á ninguna de estas consideraciones.

—Su Eminencia, dijo á M. de Talleyrand, debe reputarse feliz, porque solo le haya quitado su peluca.

—Ay! Dios mio! contestó M. de Talleyrand; bien se os puede apostar que no teneis otra cosa mas notable que quitarle. Por otra parte, ¿que mas os da tener en vuestro cuadro una peluca de mas ó de menos? devolvedle la suya, y no sea esto un motivo de disgusto.

—Justamente por eso se quedará la cabeza tal cual está, contestó David que habia comprendido perfectamente las palabras maliciosas del ministro.

Por último, Napoleon, á quien Josefina refirió aquella misma tarde tan estraña respuesta, aprobó en cierto modo la conducta de su primer pintor, diciendo con frialdad á la Emperatriz:

—Las razones de su Eminencia no tienen pie ni cabeza.

El cardenal quedó decididamente representado sin peluca.

El cuadro de la *coronacion de Napoleon*, es segun se dice, el mayor de todos los que se conocen. (1) La mayor parte de las figuras de aquella admirable composicion son retratos fieles de los personages mas célebres de aquella época. La disposicion y arreglo de los grupos es tanto mas exacta, cuanto que se proporcionó á David una tribuna colocada por encima del altar mayor de la iglesia de Ntra. Señora, desde la cual pudo ver perfectamente el conjunto y los pormenores de la ceremonia. El artista habia preparado de antemano un plano del coro de la basílica, y con la ayuda de un programa que contenia los nombres de todos los actores de importancia de aquella escena, señaló con puntos los varios grupos que se ofrecian á su vista. Embargada su mente con lo que habia visto, al volver el artista á su casa trazó el bosquejo que debia guiarle en la ejecucion (2). Tres años empleó en concluir su obra, casi siempre contrariado por los deseos, exigencias y susceptibilidades de los eminentes personages que tenia que representar, los cuales hubieran querido elegir á su gusto el sitio y la actitud que mas les lisonjeaba. Finalmente, en la primavera de 1808, sabiendo el Emperador que estaba concluido el cuadro, señaló un dia para ir á verle antes de la exposicion pública, y mandó que se anunciase á David su visita. En efecto, acompañado de la Emperatriz, de varias damas de palacio,

(1) Tiene 30 pies de largo y unos 19 de alto. El cuadro de *las Bodas de Caná* de Pablo Veroneso, que se cita por su tamaño extraordinario, solo tiene 28 pies de largo y 16 de alto. Una copia del cuadro de la coronacion hecha á la vista de David, y retocada por él, pasó a Inglaterra en 1814 á la vuelta de los Borbones, y despues á la América, quedando reducida á cenizas en un incendio.

(2) Este primer bosquejo hecho á la pluma y sombreado con tinta de China, fue puesto en venta, y comprado por un aficionado en 1200 francos. Dicho bosquejo tiene 16 pulgadas de largo y 9 1/2 de alto.

de algunos gentiles hombres y de los principales oficiales de su servidumbre civil y militar, se dirigió despues del mediodia al taller del pintor, situado en la plaza de la Sorbona. El ministro del Interior y M. Denou, director del Museo, acompañaban á David para recibir á SS. MM.

Napoleon, atento y silencioso, contempló aquella hermosa composicion que reunia todo género de méritos. El pequeño número de personas que habian podido ver aquel cuadro, habian censurado mucho que el pintor hubiese hecho de la Emperatriz la heroina del cuadro. « Esta no es la coronacion del Emperador, habian dicho, sino la de la Emperatriz. » Sin embargo, debian haberse figurado que el artista, no pudiendo presentar á la vez el momento en que Napoleon toma del altar la corona y se la coloca en la cabeza, y el en que ciñe la frente de Josefina con la diadema imperial, solo habia elejido entre aquellas dos acciones enteramente distintas, despues de haber recibido las instrucciones del Emperador. Por lo tanto, Napoleon creyó deber dar una brillante aprobacion á la disposicion del argumento, tal cual estaba concebido.

—Eso está bien, dijo, está muy bien, David!..... *Hasta diria que no está mal!* (1) Habeis desenvuelto completamente mi idea. Me habeis hecho caballero frances; y os agradezco el haber asi transmitido á los siglos venideros la prueba de afecto que he querido dar á la que divide conmigo el peso y las penas del gobierno.

(1) Esta locucion de Napoleon, casi parecerá una simpleza á los que no conozcan ni su lenguage familiar ni los giros que daba á sus frases usuales, y, no obstante, semejante locucion era de su parte el *non plus ultra* del elojio y de la satisfaccion. Asi es que la empleaba muy de tarde en tarde, porque ya se sabe cuan parco era en tributar alabanzas y cumplimientos.

David se mostró muy lisonjeado al oir al Emperador nombrar unos despues de otros los principales personajes representados, pues tan prodijiosa era la semejanza que tenian con los originales.

Continuando el Emperador examinando minuciosamente el cuadro, elogió principalmente el grupo que formaba el clero italiano colocado cerca del altar, episodio inventado por el autor para ayudar al efecto general: despues repuso:

—La única crítica que me atrevo á hacer, querido David, es el que no hayais representado al Papa en una accion mas directa: hubiera preferido que estuviese dando su bendicion, y que el cardenal legado tuviese en la mano el anillo que yo debo colocar en el dedo de mi esposa.

En aquel momento una de las damas de la servidumbre de Josefina, no creyendo que nadie la oyese, dijo en voz baja á otra que tenia á su lado, que David habia rejuvenecido bastante á la Emperatriz. David entendió la observacion, y volviéndose con disimulo hácia la dama le dijo á media voz, y de modo que solo ella lo oyese:

—Sin embargo, señora, no me atreveria á comprometeros á que se lo dijerais.

La visita del Emperador se habia prolongado, y la caida del dia le advirtió que era tiempo de retirarse. Conforme estaba Napoleon contemplando el cuadro con la cabeza cubierta, retrocedió de pronto tres pasos, y tomando un aire de dignidad se dirigió á David que se encontraba entónces algo retirado, y le dijo en voz alta quitándose el sombrero:

—David! yo os saludo.....

—Señor, contestó al punto el artista profundamente afectado con aquel homenage; recibo el saludo de V. M. en nombre de todos los artistas franceses;

reputándome dichoso y honrado por ser al que V. M. se digna dirigirlo.

Josefina contribuyó á aumentar la emocion de David dirigiéndole algunas de esas palabras encantadoras que con tanta gracia sabia decir y tan á tiempo. En seguida, asistido el artista del Ministro y de Denon, acompañó á SS. MM. hasta su carruage, que estaba estacionado en la plaza de la Sorbona, y rodeado de una inmensa multitud que habia acudido de todas partes con la esperanza de ver al Emperador y á la Emperatriz. Antes de partir dijo de nuevo Napoleon á David con la mayor afabilidad.

—Gracias, querido David, gracias; espero que en breve me devolvereis mi visita: á Dios.

Y mientras que David se inclinaba respetuosamente en señal de adhesion, resonó un prolongado grito de *¡viva el Emperador!* el mismo que fue siguiendo al carruage que ya se habia perdido de vista.

David estaba íntimamente unido con Cánova; y cuando éste se hallaba en Paris se veian muy á menudo. Ambos iban algunas veces al palacio á la hora en que el Emperador se desayunaba. Gustaba mucho á Napoleon oirlos hablar, y á veces tomaba parte en la conversacion en un lenguaje festivo; pero cuando aquellos hablaban formalmente acerca de su arte, cuando su ardiente imaginacion se exaltaba, ya no eran los mismos hombres, tomaban mayores proporciones, y se identificaban con aquellos héroes de la antigüedad, que tan bien sabian resucitar el pincel del uno y el cincel del otro. Entónces Napoleon los escuchaba atentamente, y muy á menudo adoptaba sus ideas para embellecer la capital. Un dia, que en una de dichas conferencias el Emperador censuraba sonriéndose al príncipe de los escultores modernos, porque era un perezoso, Cánova le contestó:

—Señor, los que quieren dejar tras sí alguna cosa duradera, conciben rápidamente, pero ejecutan con lentitud.

—Es verdad, dijo Napoleon, pues mas de una vez tendriais que culparos el haber dado un golpe con demasiada ligereza: el mazo debe caer con mucha lentitud; pero, añadió, cómo habeis podido inventar formas tan divinas?

—Señor, yo no invento nunca; copio la naturaleza, y solamente la ayudo cuando no se halla en armonia con mi idea; y tan cierto es esto, que no podria esculpir una uña sin tener el original á la vista.

—Vamos! vamos! exclamó el Emperador con incredulidad.

—Señor, dijo David queriendo sostener la opinion de su amigo; Cánova tiene razon, yo mismo no puedo hacer nada sin modelo.

—Vamos! vamos! exclamó de nuevo Napoleon, que, sin duda, queria divertirse algo á costa de David; de modo, que segun eso no os atreveriais á pintar el mango de una escoba, sin tener á la vista la de vuestro cocinero; vamos, vamos, eso es gana de decir.

—No tal, señor, contestó David con la mayor formalidad.

—Los mangos de escoba, pueden estarse quietos, cuando se les retrata, repuso Napoleon con la misma sangre fria; para esto están ociosas: en cuanto á mí me seria imposible, y sobre este punto sería como mi hermana Paulina; es decir, que no tendria paciencia.

—Hé ahí el motivo, señor, porque nosotros no nos hemos atrevido á pedir á V. M. semejante favor.

—Y han hecho bien los señores artistas en no solicitar tal cosa.

—Sin embargo, señor, hay entre ellos quien puede lisonjearse de haber reproducido con bastante fidelidad vuestras facciones.

—Sí, á la manera de las figuras de

cera que presenta Curtius en la feria de Saint-Cloud, dijo Napoleon con alegria.

--Precisamente asi, no, señor, contestó Cánova contento á su vez de vengar á su amigo de los sarcasmos del Emperador, sino á la manera de David, pintor de cámara de V. M.

--Bah! dijo Napoleon con aire asombrado, dirigiendo á David una mirada interrogadora; mucho me alegraria, caballero, ver eso; siempre y cuando esta peticion mia no sea indiscreta, añadió haciendo un pequeño saludo que tenia algo de sardónico.

--Señor, repuso David inclinándose con respeto; mañana quedareis satisfecho.

--Vos lo habeis dicho, David: *satisfecho* es la palabra, y estoy persuadido.

Napoleon habia acompañado estas últimas palabras con un gesto y una sonrisa encantadora: los dos artistas se retiraron.

Un año antes, el marqués de Douglas habia pedido á David un retrato de Napoleon. El artista habia pintado al Emperador en pie, de tamaño natural; y en el acto de levantarse de su bufete despues de haber pasado la noche trabajando, como lo indican las bugias casi del todo consumidas. De todos los retratos del Emperador este fue el mas alabado, al menos por el parecido de la cabeza. Antes de entregarle á su comprador, David le presentó á Napoleon, el cual quedó entusiasmado.

--Me habeis comprendido, perfectamente, mi querido David, dijo despues de haberle dirijido los cumplimientos mas lisonjeros: durante el dia me ocupo de la felicidad de mis súbditos, y por la noche trabajo para la gloria de la Francia! Pero me parece que me habeis puesto los ojos como fatigados; y este es un error, querido, pues el trabajar de noche me es provechoso en vez de fatigarme. Jamas tengo la tez mas fresca por la mañana que cuando no he dormido la noche antes. Pero, para quién es este retrato? añadió con curiosidad; creo que yo no os lo he mandado hacer.

--Señor, está destinado al marques de Douglas.

Al oir este nombre hizo el Emperador un brusco movimiento, y frunció el entrecejo:

--Cómo, David!.... es para un ingles?

--Señor: es para uno de los admiradores de V. M.....

--Bien puede ser, pero no lo creo, le interrumpió secamente Napoleon.

--Para el hombre que mas aprecia á los artistas franceses, continuó David.

--Despues de mí, caballero, le interrumpió de nuevo Napoleon con mas aspereza. David, repuso con un tono de voz mas calmado, yo os compro ese retrato.

--Señor, está vendido.

--David, dijo Napoleon con dulzura, yo quiero ese retrato, y os doy por él 30,000 francos.

--Señor, no puedo cederlo á V. M.

Y bajando los ojos hizo el pintor un gesto que significaba que ya habia recibido el precio de su obra.

--David, dijo de nuevo el Emperador animándose cada vez mas; yo no quiero que ese retrato vaya á Inglaterra; lo entendeis. Y no irá. Yo devolveré á ese marques su dinero.

--Señor, balbució tímidamente David, V. M. no querrá deshonrarme.

A estas palabras púsose pálido el Emperador, y sus labios se crisparon.

--No, no os deshonraria aunque el hacerlo estuviera en mi poder; pero tampoco quiero que los que se glorian de ser enemigos de la Francia, puedan jamas vanagloriarse de tenerme en

su poder, ni aun retratado..... No, no tendrán este retrato, os lo aseguro!

Y al mismo tiempo asestó un fuerte puntapié al cuadro, y rompió el lienzo, repitiendo con una especie de exasperacion:

--No lo tendrán!

Despues salió del salon sin añadir una palabra mas, dejando asombrados á todos que se hallaban presentes (1).

A los dos dias despues de la escena que hemos referido, se invitó á David á que se presentase al desayuno del Emperador. Al punto que Napoleon vió á su pintor de cámara se levantó, y saliendo á su encuentro le tomó la mano estrechándosela sin pronunciar una palabra. David, que adivinó todo el pensamiento de su soberano, solo contestó aplicando los labios en la mano que el Emperador le abandonaba.

--Mi querido David, aseguradme que no me guardais ningun resentimiento, dijo en voz baja y conmovida.

--Ah! señor!..... Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar el artista, pues las lágrimas le impidieron continuar.

Calmada su emocion, Napoleon le habló de varios proyectos que habia concebido: Deseaba, sobre todo, reunir en el Museo todos los cuadros que David habia pintado hasta aquella fecha.

--La Italia, añadió, posee la galeria de Rafael, y la de Miguel Angel: yo quiero que la Francia me deba la galeria de David.

--Despues de haber dado David las gracias que merecia el Emperador por semejante introduccion, le contestó:

—Señor, creo que es imposible formar dicha coleccion; mis obras están en varias manos, y pertenecen á aficionados demasiado ricos para que quieran deshacerse de ellas. Por ejemplo, yo se que el propietario de la *muerte de Sócrates*. M. Trudaine, tiene un grande empeño en conservar dicho cuadro.

---Nosotros lo obtendremos cubriéndole de oro. ¿Cuánto os dió por él?

---Veinte mil francos, señor.

--Ofrecedle 40,000, y si es preciso subid hasta 200,000; yo os los daré.

Este cuadro se habia ajustado en 12,000 francos, pero M. Trudaine habia dado 20,000, para manifestar al autor cuan satisfecho se hallaba. El propietario rehusó el ofrecimiento de los 40,000 francos, no siendo mejor acojida la proposicion que se le hizo de darle 60,000.

--Semejante negativa, me lisonjea mucho; le dijo David, pero debo insistir pues tengo órden del Emperador de ofreceros hasta 100,000 francos.

--No los admito, le contestó friamente M. Trudaine, y os ruego que manifesteis respetuosamente al Emperador, que aprecio vuestra obra mas que todos los ofrecimientos que puedan hacérseme, aunque se me ofrezca un millon. Por otra parte, si yo hiciese el sacrificio de este cuadro á S. M. seria para regalárselo; pero.... no puedo.

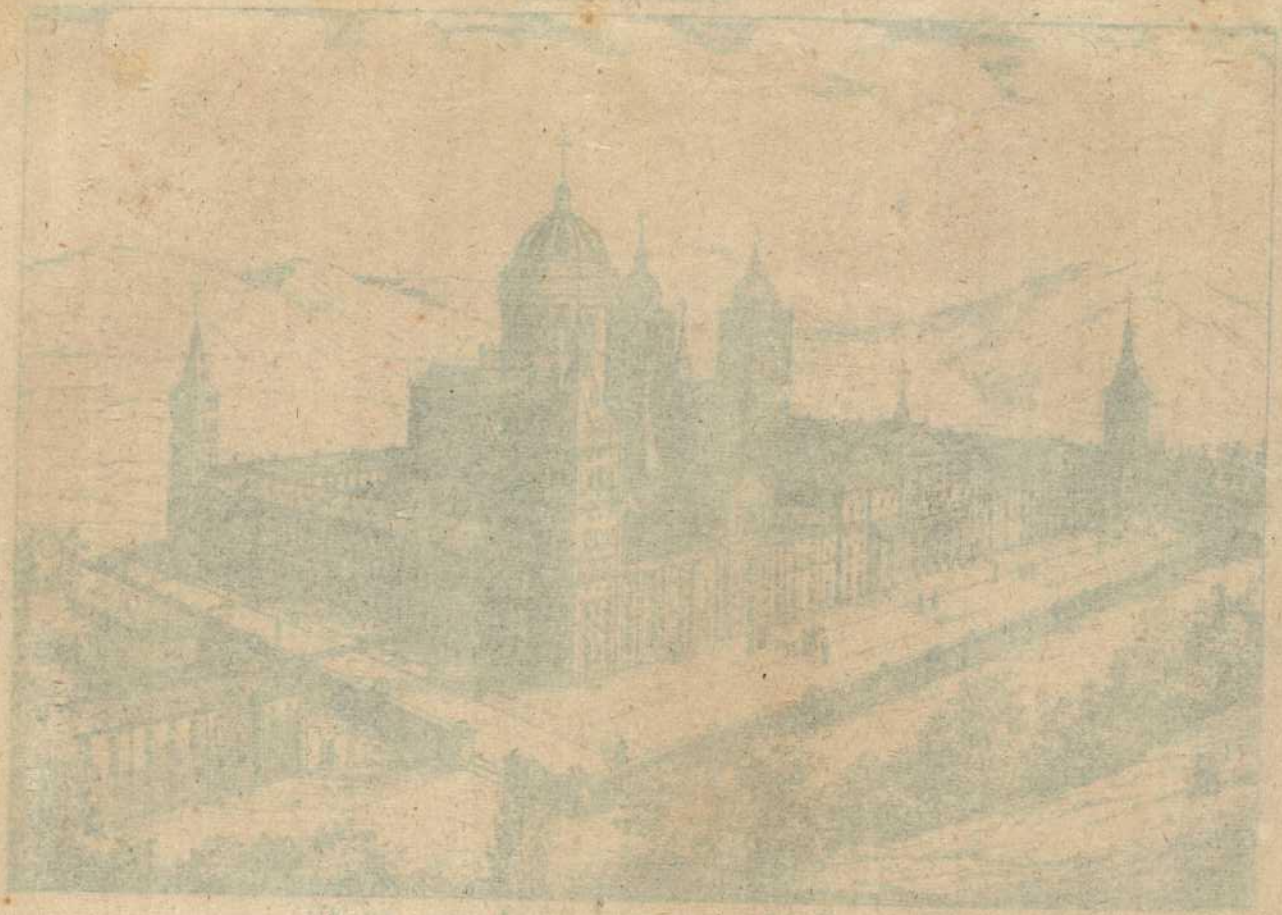
David dió cuenta á Napoleon de lo inútil que habian sido sus tentativas. Entonces, el Emperador haciendo uso de aquellos modales é inflexion de voz á los cuales nadie podia resistir, le dijo:

--Decidle que yo se lo ruego, y que será para mi un placer que me ceda vuestro Sócrates por 300,000 francos.

--Señor, contestó David con timidez, estoy seguro que se negará á ello.

--Decis que no lo admitirá? preguntó Napoleon agitándose en su asiento.

(1) Dicho cuadro compuesto y restaurado por el mismo David, se halla en Inglaterra en poder del marques de Douglas, quien lo recibió algo mas tarde que deseaba. Antes de entregarlo sacó el pintor cuatro copias: una de ellas se halla en Paris, y es propiedad de M. Huybens.



Vista general del monasterio del Escorial



Vista general del monasterio del Escorial.

Entonces, exclamó con voz tonante y levantándose con ímpetu, decidle que yo lo quiero!

Estas palabras fueron acompañadas con un gesto y una mirada imposibles de describir.

--Entonces, dijo á su vez David con energia y con toda la dignidad de un grande artista, él dirá que no quiere!...

El pintor, inclinándose, se disponia á salir, cuando Napoleon le detuvo por el brazo, y pasando la mano por su frente, como para ahuyentar una idea desagradable, dijo á David con tono de conviccion:

--Es cierto, amigo mio, y yo no tengo razon; iba á empezar de nuevo la escena del otro dia. Pero, qué quereis? soy celoso de la gloria de los artistas franceses, y quisiera que solo yo y mi Museo pudiéramos poseer vuestras obras maestras. Por lo demas, os agradezco que me háyais recordado que yo debo saber mejor que nadie respetar la propiedad. Adios, David: olvidemos ambos todo esto.

Esta primera dificultad impidió á Napoleon ejecutar su proyecto; pero al siguiente dia de aquella conferencia, recibió David el diploma de comendador de la Legion de Honor, con el título de baron del Imperio, y tomó por armas las mismas que el Emperador habia indicado: una paleta negra sobre campo de oro, con el brazo del viejo Horacio teniendo las tres espadas que destina á sus hijos.

Enmedio de tanta gloria, colmado de honores por Napoleon, su protector y su amigo; exaltado por la admiracion nacional, la política inexorable de la restauracion le sorprendió é hirió á la vez. Dijo á Dios á su pais, y pasó á una tierra extrangera para concluir en ella sus dias. Refugiado en Bruselas, pudo ver desde el lugar de su destierro los nuevos límites impuestos á su pais; y por una feliz ilusion de su alma patriótica pudo creerse habitante todavia de aquella Francia á quien habia ilustrado!..... Napoleon murió mas desgraciado que él.

EMILIO MARCOS DE SAINT-HILAIRE.

EL ESCORIAL.

Con dificultad se hallará un ejemplo que muestre mas claramente, cuanto puede la envidia y preocupacion cegar la razon humana, como la historia y descripcion del Escorial. Esta estupenda estructura, que no tiene igual sobre la superficie de la tierra, ya sea con respecto al plan y magnitud, ya con respecto á hermosura y riqueza, fue erijida por Felipe II para perpetuar la memoria de la célebre victoria que ganaron sus armas, á presencia suya, en los campos de San Quintin en el dia de San Lorenzo el diez de Agosto 1557. Los españoles, no sin razon, la han llamado la octava maravilla, mientras que algunos escritores estrangeros la han descrito como una inmensa pila de materiales amontonados sin orden, sin gusto, y bajo un plan ridículo. La envidia causada por el poder de aquel monarca, el odio excitado por el terror de sus armas, y la enemistad concebida contra su persona por la inflexibilidad de su caracter, han caido sobre este suntuoso edificio, condenando su situacion, representándole como defectuoso, y considerando su planta como una idea pueril por ser semejante á unas parrillas. En cuanto á su situacion, la decision no solo fue juiciosa, mas necesaria; el lugar del Es-

corial es el mas saludable de toda España, el aire el mas puro, y la abundancia y calidad de las aguas sin igual en Europa. Está edificado en un retiro, porque su institucion principal es un monasterio de heremitas, y levantado al pie de la misma montaña de donde se sacaron las piedras y mármoles de que se compone; materiales en tanta cantidad que hubiera costado diez veces mas el removerlos á Madrid. En cuanto á su planta es el mas magnífico cuadrángulo que jamas delineó el arte arquitectónico, y el resalte del palacio real al lado de los jardines, la única circunstancia que sujiere la idea de las parrillas, produce un efecto grandioso. En cuanto á su construccion, bastará mostrar la inconsecuencia de los críticos franceses é italianos; aquellos pretenden que un arquitecto de su nacion, cuyo nombre no aseguran por no haber existido, fue el autor de la fábrica; mientras que estos atribuyeron el diseño y ejecucion á tres ó cuatro célebres arquitectos de Italia, sin fijarse en ninguno porque ninguno de ellos pasó jamas á España; asi pretenden estas dos naciones la gloria de haber dado nacimiento al grande genio que trazó el plan, y dirijió la ejecucion de una obra que tanto desestiman; pero en España está bien autenticado que Juan Bautista de Toledo, y Juan de Herrera, dos célebres artistas de aquel siglo, fueron los arquitectos del Monasterio del Escorial.

La planta de este augusto edificio es un cuadrángulo de 740 pies por dos lados, y 580 por los otros dos en linea recta; y toda la fábrica es de piedra de grano, cuyos cortes son de admirable artificio. El principal frontispicio ó fachada del edificio es el que representa la estampa que va al frente de este artículo, mirando al poniente; tiene 740 pies de largo, y sesenta de alto hasta la corniza que va al rededor de toda la fábrica; hay dos torres en las esquinas de mas de 200 pies de elevacion, y el número de ventanas en este lienzo llega á 247 en cinco órdenes. En esta fachada hay tres portadas; la de en medio, que es la principal y de una fábrica suntuosa, tiene 140 pies de largo y 145 de alto. Consta de dos cuerpos; el primero en donde está la puerta, es de orden dórico con ocho colunas, cuatro á cada lado, y pareadas de dos en dos, sirviendo de pedestal á todas un zócalo de una vara de alto. En los intercolunios hay cuatro nichos: y lo demas son ventanas; la altura de este primer cuerpo es de 56 pies desde el zócalo hasta el cornizamento, cuyo adorno es correspondiente al orden dórico, con sus triglifos y metopas en el friso. El segundo cuerpo es de cuatro columnas jónicas con pedestales; sientan sobre las cuatro interiores del cuerpo dórico, y rematan en un frontispicio triangular, sobre el cual hay tres globos con sus pedestales. Hay ademas cuatro obeliscos en este segundo cuerpo, cuyos pedestales cargan sobre el vivo de las cuatro colunas dóricas exteriores. En el intérvalo de las colunas del primer cuerpo está la puerta principal, la cual tiene doce pies de ancho y veinte y cuatro de alto; con la circunstancia que las jambas, lintel y sobrelintel, son todas piezas enteras, cortadas de una misma piedra, de peso tan enorme, que parece increible su conduccion allí desde la cantera. Encima de la puerta hay una ventana grande, y á cada lado unas parrillas grandes relevadas de piedra. En el claro del segundo orden están las armas reales esculpidas de buen relieve en la piedra; y sobre las armas hay un nicho de quince pies de alto, donde está colocada una hermosa figura del patron San Lorenzo, vestido de diácono, con parrillas de bronce dorado en la mano derecha y un libro en la izquierda. Es de escojida piedra berroqueña, y la cabeza, pies y manos de rico marmol blanco. Las otras

dos portadas de este lienzo son menores, y solo tienen cien pies de alto; las puertas son de diez pies de ancho y veinte de alto; la de la mano derecha sirve de entrada á la hospedería del convento y á la enfermería; la de la izquierda pertenece al colegio y al seminario; ambas puertas rematan en frontispicio como la principal.

El lienzo oriental de esta fábrica tiene 740 pies en linea recta, pero contando los resaltes que hace el palacio real y la capilla mayor hácia los jardines, se reputa todo de 1,100 pies; este lienzo es sumamente magestuoso, tiene cinco puertas y 366 ventanas, con dos torres en los estremos correspondientes á las de la fachada principal.

El lienzo de mediodia parece á la vista el mas hermoso de todos, y mira á los jardines como el antecedente. Tiene de torre á torre 580 pies, con 306 ventanas en cinco órdenes.

El lienzo del norte tiene la misma estension que su opuesto, pero no tiene mas de 170 ventanas, á causa de los recios vientos á que está espuesto este lado. Tiene tres puertas, las dos sirven de entrada al palacio y la otra al colegio. El número de ventanas en los cuatro lienzos es 1,110, divididas en cinco órdenes, las de los dos órdenes bajos son de nueve pies de alto y cinco y medio de ancho; la plaza que circunda el cuadro tiene 200 pies de ancho, y todo el suelo está enlosado con losas grandes, y rodeado con un antepecho de piedra berroqueña. La altura desde el zócalo hasta la corniza en las fachadas del norte y occidente es 60 pies, pero en los lienzos del oriente y mediodia que están en los jardines, tienen 75 pies hasta la corniza, por estar el suelo de los jardines quince pies mas bajo. Tal es la vista exterior de este edificio maravilloso.

Por la puerta principal del occidente, se entra en un pórtico, que divide el colegio y convento, cuyo ancho es de treinta pies, y el largo ochenta y cuatro, adornado de arcos, pilastras y lunetas, con una puerta en cada estremo y encima una ventana. Tres grandes arcos dan entrada al patio de los Reyes, el cual tiene 136 pies de ancho, y 230 de largo hasta el pórtico de la iglesia que está en frente. Las paredes de los lados que cierran este patio, verdaderamente magnífico, están adornadas de pilastras entre las ventanas que están dispuestas en cinco órdenes; la altura de los lados hasta la corniza es de 60 pies. Cuarenta pies antes de llegar al pórtico se suben siete escalones estendiéndose todo el ancho del patio, lo que da mas magestad al prospecto grandioso que se presenta. El pórtico y fachada de la iglesia tiene cinco arcos, y todo este cuerpo está trabajado perfectísimamente con los ornatos correspondientes de triglifos, &c. Sobre el vivo de sus colunas sientan en el segundo cuerpo seis pedestales, sobre los que hay seis estatuas de 17 pies cada una. Estas estatuas representan seis Reyes de Judá, cuyas coronas y demas insignias son de bronce dorado al fuego, y cada una tiene en su pedestal la inscripcion que le corresponde;—David, Salomon, Ezequias, Josias, Josafath, y Manases. El restante adorno de este cuerpo son seis pilastras relevadas medio pie. Dos torres de hermosísima arquitectura, 260 pies de alto, adornan los lados de este pórtico; rematando ambas en cúpulas sentadas sobre un pedestal, y sobre las cúpulas tienen linternas de ocho varas de alto, y cubiertas con otras cupulillas, sobre las cuales hay agujas con sus globos encima, y luego una cruz. En una de estas torres están las campanas y el relox del uso del convento; y en la otra al lado del colegio hay otro relox con 32 campanas templadas en otras tantas notas de música, las cuales tocadas con un teclado á manera de un organo hacen

muy buena armonía.

Entremos en la iglesia, á la que dan entrada nueve puertas con rejas de bronce de hechura esquisita. Las naves mayores de la iglesia tienen 53 pies de ancho, y las de los lados 30. La altura de aquellas hasta la clave de los arcos es 110 pies, y la de estas 60. Los pilares distan entre sí por las bases 53 pies, y su circunferencia 30. Sobre los cuatro arcos del medio se levanta una gran porcion de la fábrica á la altura de 28 pies, cuadrada por defuera, de 110 pies de largo en cada lado, y sirve de pedestal en que sienta la ostentosa cúpula, cuya circunferencia esterior es 295 pies, la interior 207. La cúpula tiene ocho grandes ventanas al rededor, y entre ellas medias cañas de orden dórico pareadas, con un nicho en cada intercolunio; y sobre la corniza corre otro antepecho y balaustre como el de abajo. Todo lo restante está adornado con fajas resaltadas hasta la linterna en la cual hay otras ocho ventanas, y sobre la cupulilla se levanta la aguja en el remate de la cual hay una bola de bronce dorado de siete pies de diámetro, su peso treinta y cuatro quintales; y sobre esta bola está la cruz, de treinta y un pie de largo, y diez y ocho quintales de peso. Desde el suelo de la iglesia hasta el centro de la bola hay 300 pies, y 31 mas hasta el remate de la cruz. Todo el suelo de esta Basilica es de losas de marmol pardo y blanco con curiosos compartimientos y lazos que la hermosean con variedad y lucimiento. La iglesia contiene cuarenta altares, con pinturas de los mas célebres maestros. Hay cuatro órganos magníficos, dos en los dos coros, y otros dos en medio del cuerpo de la iglesia, cada uno con treinta y dos registros, y dos órdenes de teclas. Otros tres menores hay en tres balcones de la iglesia, y uno portatil todo de plata; siendo ocho los órganos que hay en ella. Ademas de este augusto templo, llamado la Capilla Real, hay otra bella iglesia esclusivamente para el colegio y seminario, donde se hacen los oficios divinos todos los dias, á los que asisten los colegiales y seminaristas; y en el palacio hay otra iglesia para la casa real, en donde concurren los empleados y criados de palacio cuando reside allí la corte.

Pero lo mas admirable de todo el Escorial es el Panteon donde están enterrados los Reyes y Reinas. Se baja á él por una escalera de cincuenta y nueve escalones de jaspe, los que conducen á una bóveda de treinta y seis pies de diámetro, y treinta y ocho de alto; y desde el pavimento hasta el remate de la bóveda está todo revestido de los jaspes mas esquisitos, y ricas obras de bronce dorado; contiene veinte y seis urnas de finisimo marmol. Antes de entrar en este mausoleo hay otra bóveda espaciosa con cincuenta y un nichos abiertos en la pared, donde se sepulta á los infantes é infantas.

Hasta aqui solo hemos descrito el esterior, el tránsito desde la puerta principal hasta la iglesia y la arquitectura de esta, todo en una linea, la que divide el monasterio del colegio y seminario; la casa real estando hácia los jardines; y no nos es posible continuar dando aqui la descripcion de las divisiones y repartimientos del interior de este cuadro, verdaderamente admirable, por la elevacion, igualdad, riqueza y hermosura de los patios, claustros y aposentos alli contenidos; bastará decir que esta estupenda fábrica contiene dentro del cuadrángulo con el resalte hacia los jardines, un vasto convento con todos los servicios necesarios para una comunidad de ciento á doscientos monjes; un colegio para la enseñanza de las ciencias, con las aulas y acomodamientos necesarios para profesores y estudiantes; un seminario con escuelas y habitaciones para 50 jóvenes, y un magnífico palacio para

acomodar, durante la estacion, los soberanos de la monarquia Española, con toda la familia real y séquito correspondiente. Asi, pues, nos ceñiremos á dar un resumen de sus partes, el cual dará una idea, aunque imperfecta, del todo.

El edificio del Escorial contiene 3 iglesias, 11 patios, 13 claustros, 3 salas capitulares, 6 escuelas, y espaciosos aposentos para todos los individuos y criados que componen los varios establecimientos para que ha sido construido. Los techos de todas las habitaciones estan cubiertos con pizarras; la iglesia mayor y claustros principales están cubiertos con plomo. Las puertas que dan entrada al edificio en los cuatro lienzos son 16. Las torres que sobresalen en esta fábrica son 8; las mas bajas tienen 200 pies de alto, las otras 260, y el cimborio tiene de elevacion 331 pies. En las dos torres que sirven de campanario y relox hay 59 campanas. Las estatuas que adornan la fábrica son 51, de las cuales trece son de marmol, y treinta y ocho de bronce; sus dimensiones son de seis á diez y siete pies de alto. Las escaleras para la comunicacion interior son 80. Las fuentes que surten de agua dentro del edificio y en los jardines son 86, por las que corre constantemente abundancia de agua conducida alli desde las montañas vecinas. Las ventanas en el esterior de la fábrica son 1,110; y las que franquean la luz en el interior 1,578; total de ventanas 2,688, y todas de gran capacidad. Hay tres grandes librerias; dos para el uso del convento, colegio y seminario, y la otra es la real, celebrada por el número é importancia de los antiguos manuscritos alli depositados. Las piezas grandes pintadas al fresco son 12. Los cuadros pintados al olio y que hermosean la iglesia, el palacio, monasterio y colegio son 1622; casi todos obras originales de Rafael, Ticiano, Velasquez, Murillo, y otros célebres artistas estrangeros y nacionales.

Los jardines á la parte oriental y de mediodia del edificio son de una belleza singular, habiendose hecho en ellos cuanto el arte pudo sugerir para imitar los famosos jardines de Babilonia, en terraplenes, corredores galerías y glorietas. Hay ademas dos huertas espaciosas, y otras vastas arboledas, todo cercado con murallas; y para mayor grandeza hay en estos jardines cuatro estanques: dos de 900 pies en contorno, el tercero tiene 4,000 pies de rodeo, y el cuarto, que comunica con el anterior tiene 5,200 pies de circunferencia, todos rodeados de muralla de canto. En ellos se recoje el agua superabundante de las fuentes, de las lluvias, y de los conductos fabricados en la montaña vecina; siendo tanta la cantidad de agua alli contenida, que en años de seca, se riega la campiña adyacente dándole salida de los estanques, habiéndose hecho comunicar entre sí los dos grandes con este objeto.

La fábrica del Escorial duró treinta y ocho años sin interrupcion, durante los reinados de Felipe II y Felipe III, cuando la España habia subido al cenit de su mayor poder, riqueza y gloria. Y el costo de la estructura con la compra de terrenos, segun averiguó el P. Santos, por las cuentas de los pagadores y recibo de los contadores que halló archivados, ascendió á poco mas de seis millones de ducados; pero si se considera que no entra en aquella suma lo que los soberanos contribuyeron por sí mismos, los presentes hechos por los vireyes en tan estensa monarquía durante dos largos reinados, la ventaja de tener los materiales á la mano, y el valor del dinero ahora tres siglos, la suma empleada en el Escorial debió ser inmensa.

Algunos estrangeros preocupados, como el italiano Caimo, sordos á lo que dicta una razon imparcial, y ciegos á la evidencia, llamaron hiperbólica, la des-

cripcion del Escorial hecha de órden del Rey por el P. Santos, de la que hemos formado este estracto; mas aunque Caimo mismo contó despues cada ventana, fuente, estatua y cuadro, no pudo hallar una sola equivocacion ni en la suma, ni en las unidades de los guarismos; y esta asercion comprobada, esperamos desvanecerá en nuestros lectores toda sospecha de exageracion en el resúmen hecho arriba.

LOS DOS CAPITANES.

Difícil seria ver los despachos en virtud de los cuales Gerónimo Harbour (á quien en adelante llamaremos Rana, para conformarnos con las tradiciones locales) tomaba y hacia que le dieran el título de capitan. En toda la costa del canal de la Mancha desde Cherburgo hasta Saint Valery, y mucho mas alla, nadie conocia á Gerónimo Harbour: pero ¿quién no ha oido hablar del capitan Rana? Su tio que era un honrado tejedor de Vannes le dijo en sus últimos momentos. « Te dejo veinte mil francos ganados honradamente; pero con la condicion de que los emplees en el comercio de cáñamo ó en el de lienzos, ó en el de...» El anciano tio murió antes de haber podido acabar la retahila de claúsulas condicionales, de modo que el sobrino se creyó autorizado en conciencia para no observar ninguna, y para dar á sus veinte mil francos un destino mas de su gusto. Aunque Gerónimo Harbour no tuviese á la sazon mas que veinte y cuatro años contaba catorce de navegacion. Habia empezado su carrera por ser grumete, ascendió despues á marinero, y marinero permanecia. Habíase detenido en este punto estremo, casi insuperable para los marinos que no unen la teoria á la práctica, no porque su familia no le hubiese instado en mil ocasiones á que aprendiese matemáticas para presentarse en exámenes; sino porque habia siempre buscado pretestos para no emprender ningun estudio sério. No era pues mas que un marinero: pero marinero en toda forma, que habia viajado en todas las latitudes, y resistido á todas las variaciones de clima, soportando con valor las fatigas y las privaciones de la navegacion, y tan duro para la pesca de la ballena en los hielos del polo, como capaz de lanzarse al abordage con el hacha en una mano, y la pistola en otra.

Cuando decimos que era un cumplido marinero, solo hablamos de su fuerza física, de sus conocimientos prácticos y de su valor; pero graves defectos empañaban estas pocas buenas cualidades. Jugaba mucho; todo lo que no perdia al juego y todo lo que ganaba lo empleaba en beber, y tenia ademas el peor defecto que puede tener un marino; era poco afecto á la subordinacion, y se horrorizaba á la idea de obedecer. La palabra capitan, le despedazaba la boca, y se llevaba con despecho la mano á su sombrero de hule cuando incluido por fuerza en el rol de la marina militar, se veia obligado á saludar á los gefes. ¡Cuántas veces estuvo arrestado por haberles faltado al respeto, ó por haberlos desobedecido! Los marinos en su concepto eran los marineros, los demas nada valian. ¿Quién riza las velas, decia, en medio de la tempestad? quién sube y baja por las cuerdas? ¿quién da vueltas á la rueda del cabrestante? ¿quién arranca el ancla del fondo del mar? ¿quién tiene con mano firme la manga del timon? ¿no es el marinero? Hubiera sido completamente inútil hacerle entender que

sin la inteligencia del capitan, las velas, las cuerdas el timon y el ancla obrarian sin objeto y sin utilidad; porque no habria escuchado ni querido comprender. Si hubiera comprendido, se veria obligado á someter su capacidad á la de otro, á reconocer superioridades, y en reconociéndolas, á obedecer, cosa que era precisamente la enfermedad incurable de su carácter.

En la época en que heredó de su tio el tejedor de Vannes los veinte mil francos, suma enorme en Bretaña y en Normandía, era en 1800 cuando la Francia estaba en guerra con casi todo el mundo, y el momento no era el mas apropósito para dedicarse al comercio: ademas nuestro héroe no gustaba mucho de este ejercicio, ni era apropósito para él. Qué habia pues de hacer con su dinero?

Libre ya del servicio no tenia que temer la conscripcion, ni la leva de los marineros. Al año de permanecer en tierra empezó á fastidiarse de la vida de los desocupados, tanto mas cuanto que el número de sus compañeros de ociosidad disminuia cada dia, porque los unos se iban al gran ejército á batirse con los austriacos, y los otros tomaban plaza en los barcos de guerra.

Como vivia en un puerto de mar, oia hablar á todas horas de las numerosas presas que los corsarios ingleses nos hacian, y de las que hacian los corsarios franceses en las costas de la Mancha. Todas estas relaciones inflamaban su imaginacion: batir á los ingleses! tomarles muchos barcos, y cubrir la playa de mercancias preciosas tomadas á mosquetazos! ¡qué buena vida! decia.

En efecto, era muy buena prescindiendo de toda moralidad, la que hacian los corsarios en tiempo de aquella terrible guerra con los ingleses. Desde el estremo del mediterráneo hasta la China, estaba el mar cubierto de barcos ligeros que atacaban con audacia inaudita, y con la prontitud y la voracidad del tigre á las embarcaciones cargadas de pimienta, de café, de telas, de azúcar, de concha y de oro, y despues de haberlos apresado los remolcaban con gritos de alegria detrás de alguna roca donde se dividian entre los vencedores. Cuando el capitan añadia á su título el de armador tenia una tercera parte de la presa; la tripulacion tomaba otra, y la restante no siempre la recibia el Estado. El barco apresado se echaba á pique ó se quemaba, y la tripulacion se iba donde podia. Cuando las presas se hacian cerca de costas amigas era prisionera ó se la desembarcaba en la primer playa que se presentaba, de miedo de alimentar por mucho tiempo á gente que era inútil, ó temible por su número. Esta era la clase de guerra que se hacia.

Esta es sin duda la ocupacion que me conviene, la vida de corsario. Si la emprendo no voy contra la voluntad de mi tio, puesto que entornó el pico el buen hombre antes de acabar la lista de las profesiones, entre las cuales deseaba que yo eligiese. Estoy decidido.

Para ejercer esta peligrosa industria no procuró adquirir un barco hermoso y nuevo. Presentar poco costado y mucha longitud, cortar las olas con facilidad, calar poca agua para ir siempre cerca de la costa, y atracar en la playa en caso necesario, tales eran las cualidades esenciales del barco que habia de llenar sus miras. En aquel tiempo de agonía comercial los barcos costaban poco, los puertos estaban llenos, y allí se podrian á fuerza de no moverse. Gerónimo, pues, se decidió por uno de bastante buena apariencia y no muy viejo, muy bueno por lo tanto para salir al mar con alguna esperanza de buen éxito: era una goleta desmesuradamente larga puntiaguda como la cabeza de un pez, y tan ligera que un niño la hacia balancear apoyando un dedo en uno de sus costados. Ajustóla fácilmente con su due-

ño que era un antiguo armador arruinado por la guerra, y la compró en quince mil francos. Mientras que se ocupaba en obtener una patente, es decir, el título legal para ser corsario y no pirata, hizo rebajar la goleta, bajar el puente medio pie, y variar la arboladura. La goleta cuando le quitaron un palo y su nivel quedó transformada en un falucho de prodigiosa ligereza, á quien los ingleses dan el nombre de *Cutter* que quiere decir *Cortador*, porque con estos barcos se corta el agua, nombre que espresa muy bien su estraordinaria ligereza.

Esa rapidez casi fabulosa que se dió al barco de Gerónimo Harbour tenia tantos inconvenientes como ventajas. Aun estando el mar en calma, el *Cutter* estaba destinado á navegar entre dos aguas, por cuya razon el puente nunca estaria seco, y completaba ademas su estraña construccion con un velamen que espantaba á los mas osados marinos. Este velamen consistia en una vela triangular que tendria la altura de un quinto piso y que cuando se desplegaba hacía inclinar el barco á uno y otro lado en medio del puerto, como una cuna. Este bello modelo de arquitectura naval merecía por todos títulos el sobrenombre con que lo bautizaron los marinos inteligentes: llamáronla con una ironía significativa la *Rana*, y esperaban que la Rana no tardaria en bajar al fondo del agua.

--Bueno, yo la llamaré tambien la Rana esclamó Gerónimo Harbour, é hizo escribir en la popa del buque con grandes letras blancas sobre fondo negro: La *Rana*: hizo poner una gran rana pintada de verde en el bauprés, y el mismo Gerónimo Harbour quiso que no se le volviese á dar otro nombre que el de Capitan Rana. En esto habia ya llegado su patente, y se comenzó á ocupar en reclutar una tripulacion.

Cada época tiene sus tipos, que rompe la que le sucede para ver despues rotos los suyos. El fin de la guerra con los ingleses hizo desaparecer aquellos marinos, á los que se parecen tan poco los de nuestra época, aunque de la misma profesion; y en verdad que la falta de analogía no es muy sensible.

Gerónimo Harbour, que conocia muy bien todos los sitios donde podria encontrar marineros de su agrado, fue de taberna en taberna haciendo sonar en la copa de su sombrero una buena cantidad de monedas de plata. ¿Quién quiere venir conmigo á una romería? decia, la Rana se da esta tarde á la vela.

—¿Quién eres? iba preguntando uno por uno á todos los que el ruido del dinero atraia.

—Un padre de familia que busca trabajo.

--Nada de padres de familia, no los quiero, porque siempre están temiendo dejar viudas, y huérfanos: quédate en tu casa. Y tú?

--Los ingleses han matado á mi hermano.....

--Bien! bien! basta, pasa á popa. Te recibo por marinero de la Rana. ¿Y tú que no estás manco?

--No estoy muy bien con el gobierno.

--Sin duda que eres desertor.

--Si, capitan Rana.

--Nada mas que desertor?

--Nada mas por ahora.

--Toma cuarenta francos, y marcha á bordo.

--Y tú que tienes un parche en un ojo?

--Capitan, le temo á la gota serena de la policía.

--Eres refractario?

--Sí, capitan.

--Vamos, cordero, pasa de babor á estribor en mis mejillas, y recibe la acolada. Tienes el honor de ser marinero de la Rana. Y tú qué sabes ha-

cer, y por qué estás ahí tan serio?

--Yo era contador en un barco del Estado, cuando unos picaros me acusaron.....

--Eso nos lo contarás despues. Por ahora irás á ejercer tus funciones á bordo de la Rana; mas en cuanto añadas á un cero una cola para convertirlo en un 9, yo te cortaré la cabeza para convertirte en cero. Espero que no darás lugar á ello.

--Todas las botellas, todos los frascos y vasos temblaron con la formidable risotada que saludó como una descarga de artilleria la aritmética del capitan Rana.

Su espedicion por las tabernas de la ciudad le proporcionó, mucho antes de acabar el dia, una tripulacion digna de la alta empresa á que estaba destinada.

Cuando estuvieron á bordo todos aquellos marineros, de los cuales el mas dulce podia intimidar á un oso, los hizo formar en círculo y les habló de esta suerte: Os he dado dinero: pero en conciencia nada os debia; ya sabeis que los marineros que estan embarcados á bordo de un corsario no estan pagados mas que por la Providencia, que es una é indivisible. Quien toma tiene, quien tiene posee, y buen provecho le haga al que tenga. Vuestros gages serán la parte que teneis en las presas: las presas estan en el mar, y es preciso ir á cojerlas. Sin embargo, en consideracion á vuestra miseria tan poco merecida os he gratificado con dinero para comprar tabaco, aguardiente y otros efectos, sin los cuales es imposible que viajen gentes como vosotros. Este barco es vuestra casa; allí está vuestro jardin que está verde como un prado: sobre este puente os batireis, hareis fortuna ú os hareis matar, hoy, mañana ó cuando Dios quiera.

--Larga la vela! gritó en seguida el capitan Rana.

--¿La proa al Este, ó al Este-cuarto al Oeste? preguntó el gigantesco timonel, cuyos pies desnudos parecian adherirse sobre el puente como las garras de los leones de un mueble pesan sobre el pedestal.

--La proa al oro! respondió el capitan Rana, á quien esta respuesta atrajo un millar de aplausos, regados con buenos tragos de aguardiente.

Como hacia un viento fuerte en el momento en que el *Cutter* apareció en la rada para tomar el largo, toda la poblacion acudió al muelle atraida por la curiosidad. Todo el casco del buque pasaba y volvia á pasar por debajo del agua como la lanzadera del tejedor corre entre dos órdenes de hilos, y la vela, aquella enorme vela cogia un espacio tan grande, que su sombra se estendia mas de un cuarto de legua sobre el mar. Los espectadores temblaron de terror cuando vieron pasar cerca de ellos y á poca distancia de las rocas en que estaban de pie al *Cutter* para tomar la última bordada á que los marinos llaman la buena.

Casi todo el casco iba debajo del agua y solo se conocía el puente por que los marineros iban de pie sobre él. Si estendian las manos tocaban al agua cuya espuma habia mojado una buena parte de la vela. Aquellos hombres no obstante fumaban y hablaban tranquilamente con la barba apoyada sobre el cascabel de los cañones.

Un antiguo teniente de navio, viendo al barco burlarse asi del viento, del agua y de las rocas le gritó poniéndose las manos en hueco sobre la boca. Camaradas, no os confiaria mi perro ni por una sola noche!

Al dia siguiente volvieron al puerto remolcando un bergantin ingles cargado de azúcar y de tabaco.

--Si vuestro perro hubiera estado á bordo, dijo el capitan Rana al teniente de navio que se burló de él la víspera desde las rocas, tomeria hoy mil francos por su parte de presa.

Por espacio de tres años la Rana salió bien de sus empresas, siendo el terror de los enemigos, sobre todo de los ingleses, pues cuando le ponia á la proa á un barco mercante se le escapaba rara vez. Tan ágil en atacar como en huir, evitaba la persecucion de los barcos de guerra con una destreza sorprendente. Si conocia la imposibilidad de luchar con alguna fragata que le daba caza, trataba de ponerse fuera del tiro de sus cañones, durante el dia, y por la noche variando de rumbo se perdia entre la niebla ó se refugiaba entre las rocas donde no podia llegar la fragata. Cuando habia pasado el peligro volvia á tentar fortuna.

Hasta aqui los beneficios de la profesion no se habian interrumpido por ninguna desgracia, salvo algunos balazos en las velas, ó alguna rociada de metralla cuando huian; pero ¿qué era esto en comparacion de los goces ilimitados que proporcionaba? ¿Cómo pintar la vida de aquella tripulacion, cuando habia cambiado por buenos escudos ó por monedas de oro su parte de botin? A su vez se trocaba el oro por vinos de todas clases y de todos los paises; nada encontraban que les pareciera demasiado bueno ni demasiado caro; y cuando los corsarios de vuelta de una espedicion bajaban á tierra, se instalaban en alguna taberna y juraban no salir de ella mientras quedase un solo jamon en la despensa, ó una gota de vino en la bodega. Los ingleses pagaban, y todo está dicho.

El capitan Rana, que era de sangre normanda pura, sintió desenvolverse en él un cierto amor á la propiedad; á medida que se enriquecia con el comercio. Compró unos pocos de bienes, como dicen sus compatriotas, y despues no dejó de hacerles agregaciones: á una huerta de frutales añadia unas tierras de pan llevar, y se iba redondeando á medida que se iba enriqueciendo. De la propiedad al órden no hay mas que un paso, y amó el órden, pero como lo ama un corsario: su esperanza, su deseo, su ambicion cuando daba casa algun inofensivo barco mercante, era procurarse con el fruto de sus victorias un buen molino, algun pedazo de tierra para sembrar cebada, y una docena de vacas. Estos pensamientos redoblaban su temeridad: un corsario económico debe ser un terrible fenómeno: el capitan Rana era este fenómeno; pero estaba escrito que esta prosperidad no seguiria un curso regular hasta el fin.

No eran los franceses la sola nacion que armaba corsarios: los ingleses se lanzaron tambien sobre las costas de Francia. Entre los corsarios ingleses que daban mas malos ratos á nuestros negociantes bretones, se distinguia uno cuyo nombre merece ir unido en la historia de aquella época al del capitan Rana. Por desgracia este nombre es un apodo como el de nuestro capitan, cuyo nombre verdadero nos fue al menos conocido. El apodo del corsario ingles correspondia perfectamente al nombre de la goleta que mandaba. El nombre de la goleta era la *Hambre (Hunger)* capitan Andrajo.

Si los corsarios franceses no eran el mas perfecto modelo de disciplina y de buenas costumbres, no por eso merecian librarse de toda comparacion con los corsarios ingleses cuyas tripulaciones ofrecian una reunion estraña y discordante de hombres poco á propósito para estar juntos, aunque eran dignos los unos de los otros. Es cosa establecida que todo inglés es marino, paradoja á que la Gran-Bretaña y la América deben la ventaja de ser las dos naciones que cuentan anualmente mas barcos perdidos por naufragio: por esta razon la tripulacion de un corsario inglés se componia de contrabandistas, de ladrones, de jugadores arruinados, de comerciantes quebrados, y entre ellos

habia tambien algunos marineros. El capitan Andrajo habia sido abogado; pero debemos decir en conciencia que abandonó muy pronto esta profesion para que no perjudicase en adelante á su condicion de corsario, y gracias á sus estudios de leyes sabia usar de una notable sagacidad en ciertos lances del oficio, como pronto veremos.

Ya se podrá calcular con qué deseo de presas registrarian todos los rincones de la costa estos hombres desechados de la sociedad inglesa, para buscar dinero ó con qué hacerlo, cayendo sobre todo lo que veian flotar sobre la superficie, como los tiburones que todo lo devoran. A los barcos mercantes les robaban el dinero, los vinos, los licores y las cosas de precio; á los pescadores el pescado fresco; á los barcos que hacian el comercio en las costas, la manteca, los huevos, las legumbres, los frutos, y aumentaban los vicios que tienen comunmente los de su clase con su propension al asesinato. Las gentes del capitan Andrajo, sobre todo, no se apoderaban jamás de un barco francés sin hacer algun asesinato.

Con estas y otras fechorías; el capitan Andrajoso era el único que rivalizaba con el capitan Rana, y no obstante, estos dos hombres nunca se habian visto. Bien es verdad que ninguna razon tenian para buscarse; pues á pesar del proverbio *dos lobos no se muerden*, si llegaban á encontrarse, debia manifestarse la antipatía de las dos naciones con un combate terrible. El capitan Rana no era hombre de rehusarlo, y la tripulacion de la *Hambre* lo hubiera aceptado sin titubear, aunque fuera contra la voluntad de su capitan.

Puesto que ambos personages se han presentado en la escena, tiempo es ya de dar alguna idea de ellos. Rana era un hombre pequeño y regordete, con los brazos muy cortos y ancho de espaldas, que en nada se parecia á los piratas tan esbeltos y tan poéticos de algunas novelas modernas. Apenas podia verse los pies que se perdian bajo la rotundidad de su vientre, que era desmesurado aunque no habia cumplido treinta años. Su nariz corta; su boca pequeña, y sus ojos azules se perdian en la inmensa estension de su cara. A pesar de esta obesidad precoz no estaban embotadas sus facultades intelectuales, y su inteligencia y su voluntad lo hacian dueño de sus compañeros aunque eran mas ágiles y ligeros que él. Cuando mandaba, era forzoso obedecerle, y si habia entre los marineros alguno que levantara la voz ó el brazo, lo llamaba á su cámara, le echaba un baso de rom del mas añejo, y despues le decia con mucha dulzura: «Te suplico que te portes mejor con un compañero que te quiere. Ya lo ves, no estoy enfadado, ni tengo ningun rencor y todo lo olvido; pero, amigo mio, si vuelves á hacer lo mismo me veré obligado á castigarte, y tú no querras, ¿no es verdad, viejo mio? me veré obligado á levantarte la tapa de los sesos con esta pistola: ya que lo sabes, vaya otro vasito, y vuelve á tu trabajo.»

El capitan Rana conocia muy bien el efecto que surtian estas exhortaciones, porque ya varias veces habia manifestado que no tenia inconveniente en unir el ejemplo á esta sencilla esplicacion si lo precipitaban á ello.

Salido el capitan Andrajo de una clase menos oscura, conservaba solo de sus buenos estudios, lo flaco de un estudiante, lo derrengado de un subprofesor de Oxford, y muy particularmente el trage negro y la corbata de raso torcida. No era de mas estatura ni de mas edad que el capitan Rana. En un combate su fria bravura dejaba de parecerse al valor, tan escluida parecia de toda participacion de su voluntad. Bebiendo ginebra sin cesar cuando mandaba el fuego, y cada vez mas pálido á medida

que el ardiente licor fermentaba en su pecho, quedaba al fin del combate en un éstasis terrible con las manos crispadas y los ojos abiertos; pero esta fantasma inmóvil todo lo habia hecho. Su mirada, su mano, su silencio, su sangre fria, su embriaguez observadora, habian concebido y ganado la victoria. Despues del combate entraba al momento en una terrible postracion, y ya no era mas que una torcida empapada de aguardiente: echábanlo en una hamaca, y necesitaba tres dias para volver en sí.

La primer vez que el capitan Andrajo y el capitan Rana se encontraron en las mismas aguas fue en el cabo de la Hogue por una circunstancia muy singular. El corsario inglés daba caza á toda vela desde por la mañana á un bergantin francés que hacia los mayores esfuerzos para entrar en el puerto de Cherburgo, y ya los cañonazos anunciaban la crisis de que el bergantin queria escapar. De repente el círculo líquido en que los dos barcos se agitaban se abrió en el punto opuesto del horizonte á poco menos de tres leguas para dar paso á otros dos buques cuyas maniobras inquietaron al capitan Andrajo: de aquellos dos puntos negros partia tambien el sordo ruido del cañon. A no dudar, una de las dos velas corria sobre la otra con intenciones hostiles, y en aquellos parajes dos velas en hostilidad significaban la colision de un barco inglés y un barco francés. El capitan Andrajo no por eso dejó de perseguir al bergantin francés en direccion del grupo que se iba aumentando haciéndose fuego. Al cabo de una hora se encontraron los cuatro barcos; el corsario francés la *Rana* tratando de cortar á un buque inglés de tres palos, y el corsario la *Hambre*, estrechando al bergantin medio rendido. ¿Qué iba á resultar ahora del encuentro de los dos corsarios sorprendidos el uno y el otro en el momento de apresar, éste un bergantin francés, aquel una fragata inglesa? En qué ocasion tan apropósito para irritar su antipatia se veian cara á cara estos dos reyes del mar, estos dos representantes de dos naciones que se aborrecen y que siempre serán enemigas por mas que se haga?

El fuego cesó al mismo tiempo en los dos corsarios como si ambos hubiesen obedecido una misma órden. El capitan Andrajo, y el capitan Rana emplearon los primeros momentos de trégua en hacer una reflexion exactamente igual, y hé aqui lo que ambos pensaron.

—Si abandono mi presa para batirme con el corsario enemigo, la presa se aprovechará de la ocasion y se escapará. El barco cuyo pabellon tengo que sostener se irá igualmente, y yo me habré arriesgado así á perder mi barco para salvar otro que en todo caso no vale para pagar mi averia?

Razonamiento muy de los corsarios, que por lo regular quieren mejor apresar un barco enemigo que salvar uno de su nacion: lo mejor que puedo hacer, dijeron como si se hubieran puesto de acuerdo, es considerar el golpe como inútil, y fingir que no lo he visto.

Para cerciorarse de si el capitan Rana era de su opinion, el capitan Andrajo hizo con mucha circunspeccion una maniobra significativa. Abandonó el bergantin frances, presa que tenia segura un momento antes, y navegó á lo largo: en el momento que vió esto el capitan Rana ejecutó una maniobra semejante, de modo que ambos corsarios se alejaron de sus presas por un movimiento simultáneo para hacer vela en direccion opuesta. Por una y otra parte habia hasta aqui inteligencia, y buena fe: pero cuando habian andado un cuarto de legua, el inglés describió una curva, cuyo estremo prolongándose debia acabar muy cerca del corsario francés, que al ver este movimiento se puso en facha,

abrió sus baterias y esperó. Se arrepiente, dijo. Misericordia con los pescadores. Artilleros á las piezas.

Cuando ambos corsarios estuvieron á tiro de pistola, la *Hambre* echó al mar una chalupa en que entró el capitan Andrajo solo con un marinero. No es mas que una sencilla esplicacion, dijo el capitan Rana, el bote al agua.

El bote y la chalupa estuvieron á poco uno cerca de otro, y ambos capitanes parlamentaron.

No debemos decir cómo se entendieron siendo uno inglés y francés el otro: sabido es que los habitantes de ambas costas del estrecho se habian familiarizado con una lengua mista que bastaba para sus relaciones.

--No os temo, dijo primero el inglés al francés.

--Ni yo tampoco; respondió este.

--Si nos batimos, será asunto largo, capitan Rana.

--Muy largo, capitan Andrajo.

--Uno de nosotros apresará al otro y los dos barcos mercantes se irán entre tanto. Si yo venzo, capitan Rana, qué he de hacer con la canalla de vuestros marineros. No valen tres libras esterlinas?

--Y yo que he de hacer de esos ladrones vuestros por quien no daria dos sardinas?

--Hagamos como que no nos hemos visto, ¿quereis?

--Bueno.

--¿Quereis otra cosa mejor?

--Hablad, capitan Andrajo.

--Tengo algun interés en salvar de vuestras manos capitan Rana, diez barcos ingleses que son esperados con ansia por los tenderos de la *City*. He aqui el interés que tengo en esto, los dueños de ellos me han ofrecido mil libras esterlinas que hacen veinte y cinco mil francos de vuestra moneda por cada barco que llegue al puerto, escoltado, defendido ó salvado por mi.

--Os escucho, capitan Andrajo.

--Entre todos los corsarios no sois el menos temible, y si esos barcos caen en vuestras manos, tengo pocas esperanzas de tomar la gratificacion. ¿No teneis por vuestra parte ningun barco francés que recomendarme? Tendré con ellos las mismas atenciones que tengais con mis protejidos.

--Ese es un buen negocio, dijo el capitan Rana. No sé por qué los comerciantes franceses no me han de asegurar los mismos beneficios por sus barcos, garantizándoles yo que entran salvos en el puerto.

--Muy buen negocio, replicó el capitan Andrajo, y sobre todo muy fácil. Cada vez que encontreis con uno de los diez barcos ingleses cuyos nombres estan en esta lista los dejareis pasar sanos y salvos, y si yo encuentro alguno de los diez barcos franceses que me designeis, usaré los mismos miramientos. Dadme vuestra lista, capitan Rana.

--Esto es asegurar el pan para la vejez, dijo el capitan Rana dictándole al otro los nombres de los diez barcos franceses comprendidos en este tratado concluido de buena fe, poniendo por testigo al cielo y al agua en presencia del horizonte.

--Vengan esos cinco, capitan Rana. La mano de este se apoyó en la del capitan Andrajo.

Por lo que toca á los otros buques que no entran en el tratado.....

--Duro en ellos; capitan Rana, que es negocio vuestro.

--No me descuidaré.

--Os encargo, capitan Rana, el mayor secreto.

--Si no lo guardára seria fusilado.

--Y yo ahorcado, añadió el capitan Andrajo, lo cual basta á dos hombres de honor.

--Alejáronse las dos embarcaciones y se hicieron á la vela los dos corsarios en direcciones opuestas. Tal fue la entre-

vista de los dos gefes que los mandaban.

Por una y otra parte se observaron los tratados fielmente por espacio de seis meses: el capitan Andrajo dejó en paz cuatro buques franceses de que pudo apoderarse, y el capitan Rana no hizo daño alguno á diez barcos ingleses que en otras circunstancias le hubieran merecido muy distinto tratamiento. Seis buques de ventaja llevaba el capitan Andrajo, pero esto era pura casualidad. Sin violar la letra del tratado comercial ajustado con el capitan Andrajo, tenia el otro derecho para continuar, como lo hacia, sus felices correrias contra los buques ingleses no incluidos en los límites del convenio. El y sus marineros estaban llenos de oro; pero mientras que la tripulacion echaba á manos llenas el dinero sobre la mesa de la taberna, el capitan aumentaba considerablemente sus adquisiciones; edificaba casas, rompia terrenos, y labraba sus tierras. Agradábale mucho la antigua quinta de un emigrado situada cerca de las posesiones que habia comprado, pero valia cien mil francos y no los habia podido reunir. Los buscaré del bolsillo de los ingleses, dijo: con tres ó cuatro espediciones al canal podré comprar el castillo.

Los cálculos del corsario no salieron á medida de su deseo como vamos á verlo. Habia ya recorrido cuarenta ó cincuenta leguas de costa sin encontrar nada que valiese la pena de tomarlo, cuando vió en las últimas líneas del horizonte un buque de buenas dimensiones, y cuya apariencia era inofensiva. ¿Qué buque será ese? dijo. ¿Tendremos que hacerle una visita de política? Vamos, es menester hacerle el honor de entrar al abordaje. La proa sobre aquella cara, mandó entonces.

Cuanto mas se acercaba el corsario al punto á que se dirigia, mas se reia de la tranquilidad de aquel barco que habia reconocido un grumete, y que no se movia como si fuera una isla. Quizá será una ballena dormida ó una gran tortuga; no importa, nos la comeremos para cenar. No sentiria que fuese un barco de la compañia de las Indias atestado de té ó de canela.--El té se vende en Francia á 100 francos la libra, y la canela se paga al precio del oro. Durante el curso irónico de todos estos propósitos, en que se veia el espíritu particular de todos los corsarios, la *Rana* caminaba á toda vela con viento largo y una mar serena sobre aquel barco que ya creian echado á pique. Su actitud no habia variado: aunque las velas estaban hinchadas; parecia inmóvil segun la rapidez con que el corsario iba sobre él.

El corsario cargó sus velas, porque era lástima llegar á él con mas fuerza de la que ya llevaba. No veo sobre cubierta mas que un marinero con gorro blanco y un perro, esclamó el capitan Rana cuando estuvo á poca distancia. Há del barco! gritó con la bocina; ¿quién de los dos es el capitan?

—Yo soy el capitan, gritó el hombre del gorro blanco, yo soy el capitan Andrajo, y ocho piezas de artillería y cien mosquetes dispararon á un mismo tiempo contra el corsario, cuyo puente quedó cubierto de sangre y de astillas. Un ataque tan inesperado no dejaba esperanzas de resistencia; porque los marineros que no habian muerto estaban heridos, y los demas habian perdido su presencia de espíritu. Otra descarga de metralla dió cuenta de los demas. El capitan Rana no tuvo el dolor de rendirse, porque una bala que le entró por el ojo izquierdo, lo habia derribado sin conocimiento sobre el puente, y cuando abrió el derecho se encontró en Plymouth prisionero de los ingleses.

Entonces poniendo un dedo con mucha espresion sobre el solo ojo que le quedaba, pronunció estas palabras en buen normando:

—Perdono al marino porque es un valiente! pero mi consocio me la pagará. No, no lo perdono.—

Entre los prisioneros franceses que mas se distinguian por sus esfuerzos, su destreza, y su paciencia en buscar medios para salir de los calabozos, el capitan Rana era el mas osado, y para prueba de ello citaremos dos casos relativos á su prision en Plimouth. Uno y otro manifiestan el grado de crueldad con que eran tratados los prisioneros de guerra.

Todas las semanas venia á visitar la prision un comisionado especial para ver si los prisioneros franceses estaban tan mal tratados como de costumbre, si las camas eran bastante duras, el pan bastante negro y las legumbres bastante malas. Despues de haberse cerciorado de todo, y de haber contado el número de los enfermos y de los muertos, daba su parte, y se marchaba. Este comisionado, que sin duda debia ser individuo de alguna sociedad filantrópica, iba siempre acompañado de dos soberbios lebreles de Escocia, y uno de esos grandes mastines de cabeza redonda, con un collar de puntas de hierro. Nada de lo que venia de fuera pasaba desapercibido á la vista de los prisioneros. ¡Con qué envidia miraban aquellos opulentos animales, aquellos perros, grandes señores, gordos, lustrosos, libres, y que comian bien! ¡Cuan felices eran aquellos seres ininteligentes mientras que ellos, hombres útiles y valientes, hombres en fin, no podian ni aun saciar su apetito!

Esta reflexion los indignaba, y los perros habian llegado á irritarlos hasta tal punto que los detestaban tanto como al comisionado. El capitan Rana prometió á los prisioneros que le acompañaban tomar venganza de la prosperidad insultante de los perros. Los numerosos patios de la prision de Plimouth estaban separados por paredes de seis pies de altura, y de igual anchura, sobre las cuales se paseaban los centinelas y vigilaban durante las horas de recreo que se concedian á los presos. Estas murallas eran el camino por donde solia pasar el comisionado, cuando queria ver de una sola mirada á los presos que estaban en los diversos patios.

Llegó en fin el dia que esperaban los actores de la conspiracion tramada contra los tres perros. Cada uno estaba en su puesto cuando se presentó el comisario en la estremidad de la pared desde donde solia inspeccionar vestido con su túnica roja, sujeta con un ceñidor verde con pasamanos de oro y seguido de sus tres perros. Llegó en fin al punto céntrico donde se dividia la pared, y desde alli examinó á los presos que estaban á uno y otro lado. Detras de él y mientras iba andando, lanzan de una parte á otra de la muralla una cuerda muy delgada casi imperceptible, en la cual se enreda el soberbio mastin, cae y rueda de la muralla abajo, sin dar un solo ladrido. Vuelven á tender la cuerda, y los dos lebreles que iban acollarados se enredan tambien y caen juntos con la mayor velocidad sin saberse quien los recibe, ni cómo ahogan sus ladridos. Sabido es que los prisioneros de guerra estan dotados no solo de la segunda vista, sino de la tercera mano, de aquella mano con que los ladrones, esos hombres de ingenio, abren todas las puertas, y sin cáñamo, sin lana, y sin nada hacen cuerdas para bajar de lo alto de las mas altas torres.

Concluida su inspeccion echó menos el comisario á sus tres perros: llamólos á todos tres por sus nombres, con sus sobrenombres mas cariñosos, les silvó de todos modos; pero ninguno de los tres acudió. Entonces el comisario, que era muy amante de sus perros, mandó que se hiciera un registro general en los calabozos. Como esta broma no le agradaba mucho se enfadó y habló de castigo como si se pudiera aumentar el

que sufrian los prisioneros franceses; pero su cólera fue inútil. Furioso por la pérdida de sus hermosos lebreles, y de su soberbio mastin, iba en fin á marcharse cuando uno de los carceleros se llegó á él trayendo en una mano los tres collares, y en la otra una cesta llena de huesos blancos como el marfil.

--Hé aquí lo que vuestra señoría puede recoger de sus tres perros, le dijo tristemente el carcelero.

--¡ Se los han comido ! esclamó el comisario.

--Si, señor comisario, y asados.

En el espacio de una hora el capitan Rana y sus compañeros habian cogido, matado, desollado, asado y comido á los tres perros del inspector de las prisiones.

Estaba prohibido bajo penas severas que los prisioneros tuvieran instrumentos cortantes como cuchillos, tigeras y aun agujas, temiendo que pudieran procurarse los medios de una sublevacion y de fugarse; asi que, era imposible á los prisioneros procurarse ni un solo clavo.

El capitan Rana con el auxilio de diez de sus compañeros habia cavado con las uñas en su calabozo, un camino de cuatro pies de ancho, y ochenta de largo; este camino subterráneo pasaba por debajo de la prision é iba á salir á veinte pasos mas allá de la centinela esterior. Cuando el carcelero entraba, ocultaban con una manta la entrada de aquel camino qne habian ahondado durante la noche.

El capitan Rana habia resuelto una inmensa dificultad antes de emprender este admirable trabajo, una dificultad en que habia venido á embotarse y á morir la energía de todos los que antes de él habian tenido la sabida idea de escaparse por un camino subterráneo. La dificultad solo estaba en desembarazarse de la tierra que sacaban, y saber donde la habian de echar.

Dos veces cada dia iban los presos á aquel patio tan fatal para los perros del inspector, y antes de ir el capitan Rana y sus diez complices se llenaban los bolsillos de tierra, y cuando estaban en aquel patio la dejaban caer con disimulo, y volvian á comenzar su operacion, evitando siempre el estar reunidos.

Seis meses se gastaron en este trabajo que siempre estaba á punto de ser descubierto. En fin una noche de invierno, fria y nebulosa, los once prisioneros se fugaron de la prision de Plymouth, y llegaron sin peligro á la orilla del mar donde los esperaba un pescador inglés que los llevó á las costas de Francia. Solo despues de su evasion se vió que el piso del patio en que los presos iban á pasearse dos veces al dia, habia adquirido tres pies mas de elevacion, siendo esto debido á la reunion de los puñados de tierra que habian sacado grano á grano de su agujero.

El capitan Rana no habia visto en tres años sus queridos manzanos de Normandía que habian florecido dos veces: sus sembrados lo esperaban tambien, y de todo se le dió cuenta exacta. Se halló muy rico, y hubiera podido ser feliz con los caidos de que entró en posesion. Sus amigos le instaban á que se casara; pero él decia : No ! tengo todavía un negocio que despachar. Pensaba sin cesar en la pieza que le habia jugado el maldito capitan Andrajo, y la cólera es como el café, que debe servirse caliente para que no pierda el aroma. Dejó pues su aldea, sus molinos, sus tierras y la buena familia en que habia elegido una esposa, arregló todos sus asuntos, hizo su testamento y se marchó á Brest. Esto sucedia á principios de 1814. El capitan Rana no era ya el jóven indeciso entre muchos proyectos, sino que iba derecho á su objeto. Compró un bergantin goleta que los corsarios franceses habian tomado á los ingleses, lo equipó en pocos dias, y con el auxilio de algunas

pinceladas *del duque de York* quedó convertido en la *Rana de* 1814.

En ninguna época habian sido los ingleses tan odiados de los marinos franceses, que empezaban á hacerles pagar caros los triunfos casuales que habian obtenido durante la época de la república, cuando los estúpidos representantes del pueblo, los burros tricolores se abrogaban el mando de las escuadras, y cifraban su heroismo en arrastrarlas al fondo del mar. Cuerpo á cuerpo los barcos franceses triunfaban de los ingleses en todas partes, como triunfarán siempre con fuerzas iguales, y recuperaban poco á poco las ventajas perdidas por la ignorancia salvage de la Convencion y del Directorio. Aquellas odres llenas de ginebra, aquellos innobles defensores de la patria, aquellos marineros reclutados á latigazos en los sitios mas malos de Lóndres, no podian sostenerse contra los marinos franceses, que siendo á un mismo tiempo sábios, soldados y marineros, son hoy Suffien y mañana Bougainville ó Durville.

Por esta razon no se ponia mucho cuidado en elegir los hombres para tripular los barcos corsarios. Sus campañas no eran largas ni difíciles; eran una caceria en que solo se trataba de matar muchos ingleses con el arpon ó con el fusil, una batida de algunas horas en un lago infestado de cuervos. El único pensamiento de nuestro capitan que ocultó cuidadosamente á los marineros que recibió, no era como otras veces poner en contribucion á los barcos mercantes de la Gran-Bretaña. Siendo ya muy rico, su mas cara esperanza, su mayor ambicion, lo que le hacia arriesgar su fortuna, su libertad y su reposo era el deseo de descubrir, de provocar, de esterminar aquella serpiente marina, el infernal capitan Andrajo, aunque para ello tuviese que ir sin comer ni beber hasta el fin del mundo. Saltaba de alegria considerando que no tendria que ir muy lejos para encontrarlo; pues sabia por noticias seguras que continuaba cruzando en el canal de la Mancha, y esto le bastaba. Colocado entre un galeon español tan fácil de coger como una tortuga dormida bajo el sol del Ecuador, y la vieja Carcasa del capitan Andrajo, por la cual no hubiera dado diez francos un vendedor de leña, aunque le dieran ademas al capitan Andrajo y su tripulacion, es de creer que no titubearia en dejar el galeon para acometer al corsario inglés.

A fines de Enero *la Rana* de 1814 estuvo en estado de salir al mar, y no podía perder el tiempo. A los que mostraban á nuestro capitan el cielo cargado de negras nubes y el mar embrabecido, solo respondió izando su bandera de corsario, y no pudo oir las demas reconvenciones porque ya iba navegando al largo. Por espacio de tres dias fue cortando con el bauprés las nieblas amontonadas de una parte á otra del estrecho. El tiempo era malo, la mar trabajosa, y á cada balance parecia que la mitad del barco se separaba de la otra mitad. No se distinguian los hombres desde popa á proa, tal era la niebla espesa que pesaba sobre cubierta, donde dejaba una capa de nieve fina y resvaladiza, y la voz apenas resonaba, ahogándose en aquel aire espantoso. Decir con exactitud en qué parte del estrecho navegaba la *Rana*, seria dar un mentis á la brújula, al cuarto de círculo y á la corredera: variábase continuamente de ruta; el cuarto de círculo servia tanto como la rueda de un asador, y el mismo diablo no hubiera lanzado y sostenido la corredera en el mar. La cuarta noche arreció la tempestad, y el corsario corrió á palo seco y con viento de popa, el mas hermoso y el mas terrible espectáculo que se puede ver.

A las dos de la madrugada se sintió un terrible estremecimiento en el

corsario, que retrocedió, crugió y se hundió en la espuma. Con este choque el palo de mesana cayó sobre el bauprés, lo rompió, y uno y otro cayeron enredados en las cuerdas en medio del puente que comenzó á hundirse. El capitan Rana que estaba en pie dió un salto, y creia soñar; pero no soñaba, y su buque se hundia cada vez mas en el agua. Habia embestido á otro barco, con tanta fuerza, que las vergas del uno y del otro se cruzaron, y las cuerdas de uno y otro se enredaron de tal suerte, que solo se podian desenlazar picándolas. Trabajo inútil; el otro barco se iba tambien á pique; ambos estaban ya no mas que á dos pies del nivel del mar que habia ya inundado con una repentina invasion á los que dormian en el entrepuente.

--La chalupa al mar! gritó el capitan Rana, ó vamos todos á beber en el vaso grande.

Los ocho marineros del cuarto vigilante picaron las amarras de la lancha y saltaron á ella seguidos del capitan y de diez marineros del otro barco sumergido.

--Están todos? preguntó el capitan Rana, y saltó tambien á la chalupa. Los dos barcos se hundieron al mismo tiempo y poco despues la barca con los veinte y cuatro náufragos estuvo para ser arrastrada tras de ellos á causa del movimiento de las aguas. El resto de la noche guardaron el mayor silencio unos y otros, ocupándose sin cesar del cuidado mas urgente que era desaguar la chalupa. El capitan Rana estaba acostado envuelto en una manta, y juraba como un pagano por no estar en estado de consumar su venganza. Al amanecer se levantó por causa del frio, miró al rededor, y grande fue su sorpresa cuando una voz le dijo:

--Buenos dias, capitan Rana. El capitan Andrajo era quien le dirigia este saludo.

El corsario normando cogió el hacha de un marinero y quiso herir al inglés; pero los marineros se lo estorbaron poniéndose en pie y levantando los brazos.

La reflexion restableció la calma entre aquellos hombres tan interesados unos como otros en ayudarse con todas sus fuerzas y con todo su valor para salir del trance peligroso en que se hallaban. Cada uno volvió á su puesto: el capitan Andrajo ofreció un asiento á su lado al capitan Rana; pero este lo rehusó secamente, y pasó al otro estremo de la chalupa.

--¿Teneis vizcocho? le preguntó algunas horas despues el capitan Andrajo.

--Nada tenemos, le respondió el capitan Rana.

--Lo mismo os ofrezco dijo el otro; pero daria todo el vizcocho de la tierra aunque tengo hambre, y todo el vino de Borgoña aunque me muero de sed, por un cigarro.

--Me quedan dos, dijo el capitan Rana: uno me lo pongo en la boca para presentarme al Padre Eterno, y el otro quiero dárselo á un tiburon mejor que á tí. Revienta, perro: y diciendo esto lo arrojó al mar. El capitan Andrajo sacó entonces de su bolsillo una cuerda entera de tabaco, cortó un razonable pedazo, y se lo metió tranquilamente en la boca.

--Ladron! murmuró el capitan Rana, tenia tabaco y me ha hecho que tire el que me quedaba.

--Al grano! meditemos, dijo despues el capitan Andrajo: nos hallamos entre la isla de Guernesey y Cherburgo, entre la Inglaterra y la Francia; pero mas cerca de Guernesey que de Cherburgo; mi opinion es picar al oeste y dirigirnos á la isla inglesa.

Tu opinion es que yo sea otra vez prisionero de la Inglaterra? Boga al este, gritó el capitan Rana, la proa á Francia.

--Donde yo seré el prisionero ¿ no es esto ? replicó el capitan Andrajo.

--Asi lo espero !

--Al oeste!

--Al este.

--A Cherburgo.

--A Guernesey.

--No.

--Tengo dos hombres mas que vos , dijo el capitan Andrajo, y seis de ellos traen sus pistolas á la cintura ; los vuestros solo traen hachas , el partido no es igual.

--A mí marineros , gritó el capitan Rana , y mueran esos perros si no quieren bogar hácia Francia !

Los marineros ingleses habian pasado todos á la popa ; los franceses se habian reunido en la proa , y un choque terrible iba á cortar la cuestion.

--Una palabra , dijo el capitan Andrajo.

--Detrás de aquella nube veo un barco : aguardad , se dirige á nosotros.

En aquel momento se oyó un cañonazo.

--Ah ! nos ha visto , gritó el capitan Rana , es un navio frances ; vas á bailar allí , capitan.

Al contrario es un barco ingles , capitan Rana , si gustais volvereis á vuestro aposento de Plymouth.

En esta alternativa hubo suspension de armas : amigos y enemigos no apartaban los ojos del navio que habiéndolos visto en aquel conflicto venia á socorrerlos. Cuando estuvo á tiro de pistola se puso al pairo , y desplegó la bandera holandesa.

La cuestion de libertad y salvacion no se hallaba mas adelantada para el uno que para el otro de los dos capitanes , porque en aquella época no se conocian muy bien las simpatias de la Holanda que comprendida en el sistema de bloqueo continental recibia no obstante á dos manos las mercancias inglesas.

¿ Cuál de los dos es prisionero del otro ? preguntaron los dos audaces capitanes al llegar al navio holandes.

No sois prisioneros de nadie , se les respondió. Napoleon ha dejado de reinar , y la Francia ha firmado una paz perpétua con Inglaterra.

--Hé aquí una noticia , dijo el capitan Rana que estaba yo muy lejos de esperar.

--Habeis oido ? dijo Andrajo, una paz perpétua ! Vuestra mano.

--Perpétua ! replicó Rana retirando su mano , esperaré.

Ambos desembarcaron en Dunkerque.

Un año despues el capitan Andrajo envió al capitan Rana en nombre de la sociedad de Naufragos de Lóndres una medalla de oro en que estaban grabadas estas palabras.

«Dada al capitan frances Rana por »haber salvado á pesar de la guerra al »capitan inglés nombrado capitan An»drajo.

Por el otro lado de la medalla se leia.

«Dada al capitan Andrajo por haber »libertado la vida á pesar de la guerra »al capitan frances Rana.

En el cordon de la medalla se leia:

«Amistad eterna entre estos dos hom»bres y estas dos naciones.

El capitan Rana ya es muy viejo ; pero tiene tres hijos sirviendo en la marina.



HOMBRES célebres contemporáneos.

Mr. GUIZOT.

Corrian los peores tiempos de la revolucion francesa, y acababa de consumarse la victoria de Robespierre sobre Danton y sus compañeros, cuando el 8 de abril de 1794 se levantaba en Nimes la guillotina para un abogado distinguido, sospechoso de resistencia á las voluntades del triunvirato parisiense. La mas horrible desolacion abrumaba á su desgraciada familia, compuesta de su viuda y de dos hijos de corta edad, el mayor de los cuales, que no tenia aun siete años cumplidos, ofrecia ya en su rostro grave, y meditabundo, los signos precoces de una razon desarrollada. El infortunio le recibia en sus brazos casi al nacer, y le engrandecia desde la infancia con su santidad. Ese niño de seis años se llamaba Francisco Pedro Guillelmo Guizot.

Nacido de padres protestantes, el 4 de octubre de 1787, bajo el imperio de una legislacion que les rehusaba hasta los derechos de familia, hasta el nombre legítimo, hasta la condicion civil, Mr. Guizot veia al mismo tiempo en la revolucion que dominaba una amalgama horrible de crueldad y de beneficios para él. Ya tenia nombre, ya tenia estado, ya era individuo de la sociedad; pero al mismo tiempo le hacia pagar semejantes bienes con la horfandad y el desamparo. Quizá pudiera encontrarse en este hecho, en esas fuertes impresiones de una edad tan tierna, el primer gérmen de la constante antipatia que ha distinguido á este hombre público, por un lado contra las monarquias absolutas, por otro lado contra las democracias.

A consecuencia del triste suceso que acabamos de indicar, dejó á Nimes Mad. Guizot, para buscar en Ginebra consuelo entre sus parientes, y educacion para sus hijos. El que nos ocupa en estos apuntes fue colocado en el gimnasio de aquella ciudad, y se lanzó en el estudio con pasion. Sus únicos juguetes en aquella edad tiernísima fueron los libros mas severos, y al cabo de cuatro años leia ya en sus respectivos idiomas á Tucídides, á Tácito, á Dante, á Schiller y á Shakspeare. Fuerte ya en las humanidades y en las lenguas, emprendió con ardor el estudio de la filosofía, y su talento, dotado por la naturaleza de un carácter particular de fuerza y de lógica, que llegaba á hacerle brusco, aspero, punzante, se avenia maravillosamente con las tradiciones de aquella pequeña república, cuya fisonomia ha conservado el sello erudito é inflexible de su apóstol Calvino.

En 1805 pasó el jóven Guizot á París para comenzar sus estudios de leyes. La revolucion habia hecho desaparecer las antiguas clases de derecho, y esta ciencia se cursaba entonces en pequeños grupos, y en la soledad de privadas enseñanzas. La anarquia de las creencias y de los sentimientos dominaba aun con toda su irregularidad, sus desigualdades y sus peligros. El órden moral se balanceaba en aquellos instantes, porque el órden material no habia tenido tiempo de echar todavia hondas raices. Las costumbres y las ideas no podian venir á sentarse sino poco á poco despues del desbordamiento general que habian esperimentado.

La naturaleza severa y rigida del estudiante ginebrino le libertaron intelectual y moralmente del contagio de París. Aislóse de todo punto en medio

de la sociedad: replegóse sobre sí mismo, y continuó sus estudios con un ánsia incansable.

Al año siguiente entró como preceptor en casa de Mr. Stapfer, antiguo ministro de Suiza, donde encontró una hospitalidad casi paternal, y tesoros de ciencia filosófica, propios á desenvolver y dirigir su entendimiento. Estas nuevas relaciones le facilitaron la admision en la sociedad de Mr. Suard, en la que se reunian los primeros talentos de la época, y donde vió primeramente á la muger que debia ejercer en su vida tan noble y provechosa influencia.

Conócese generalmente la circunstancia un poco romántica que preparó el matrimonio de Mr. Guizot. Héla aquí para los que la ignoren.

Oriunda de una familia distinguida, pero arruinada por la revolucion, habia tenido la señorita de Meulan que recurrir á su instruccion y su talento para sostener su familia, y se habia lanzado en la carrera del periodismo. Redactaba, pues, el *Publicista*, en aquella sazon, cuando una enfermedad grave, nacida del esceso de trabajo, le obligó á interrumpir sus ocupaciones que la eran tan necesarias. Iba á encontrarse ya en una posicion crítica y dolorosa, cuando recibió una carta anónima en que la rogaban que se tranquilizase, y en que la ofrecian llenar sus deberes todo el tiempo que continuase enferma. Acompañaba á la carta un artículo perfectamente escrito, y cuyo estilo é ideas se encontraban ser los mismos de la señorita de Meulan. Vivamente conmovida esta, lo aceptó, lo publicó, y continuó recibiendo otros semejantes hasta su convalescencia. El hecho fue referido con el aplauso consiguiente en el salon de M. Suard sin que á nadie ocurriera fijar su vista en el jóven pálido y severo que casi desapercibido lo escuchaba. Tambien el diario lo refirió á su vez, rogando encarecidamente se descubriera al autor de tan buena obra. Entonces Mr. Guizot no tuvo obstáculo en presentarse en casa de la periodista; y cinco años despues esta se llamaba Mad. Guizot.

Estos cincos años habian sido para aquel jóven una época plenamente literaria. En 1809 publicó su primer libro, que fué un *Diccionario de sinónimos*, brillante estudio de filosofía y lengua francesa. Vieron la luz en seguida las *Vidas de los poetas franceses*, á que siguió una traduccion de *Gibbon* enriquecida con notas históricas del mayor interés, y posteriormente otra traduccion de una obra de Rehfus, titulada *España en* 1808, que se publicó hácia el mismo tiempo.

No tenemos espacio para dar una idea de esas primeras producciones que han hecho olvidar despues tantas otras mas importantes. Diremos solo, y esto servirá para que se juzgue al autor, que todas ellas se habian publicado antes que cumpliese los veinte y cinco años de su edad.

Asi, era bastante conocido en 1812 para que Mr. de Fontanes le agregase á la universidad de Francia, nombrándolo sustituto en una cátedra de historia. Poco despues se le confirió la propiedad de la misma, en la que ha dejado tan ilustres recuerdos. Alli se formó su amistad tan íntima con Mr. Royer-Colard, que esplicaba entonces la historia de la filosofia; amistad que tuvo despues tanta importancia en el órden político.

Los acontecimientos de 1813 y 1814 hallaron á Mr. Guizot en la ciudad de Nimes, donde habia pasado á ver á su madre despues de una larga ausencia. A su vuelta de aquel viaje debió á la amistad de Monsieur Royer-Colard el ser escojido para secretario por el abate de Montesquieu, ministro de lo interior de Luis XVIII. Este fue su primer paso en la vida política.

Aunque colocado en una situacion al parecer bien secundaria, débese decir que su incontestable talento le concedia una influencia de primer órden en los actos administrativos de la época. Los partidarios del liberalismo le echaron principalmente en cara el haber contribuido á la formacion de una ley severísima contra la prensa de 1814, y de haber tomado parte en la comision censoria al lado de Mr. Frayssinous. Los ultra-realistas, por el contrario, se indignaban á su vez de considerar cómo un pobre plebeyo, un profesor, un protestante, se mezclaba en los negocios públicos al lado del ministro, hablaba de equilibrio constitucional, y procuraba conciliar las ideas monárquicas con los intereses creados por la revolucion. A los ojos de unos hacia mucho, y muy poco á los ojos de otros.

Vinieron en esto los cien dias, y ausentes los Borbones, emprendió de nuevo Mr. Guizot su curso en la facultad de letras. Dos meses despues, cuando era ya evidente la caida de Napoleon, fue comisionado por los realistas constitucionales para pasar á Gante á defender la causa de la carta, y á solicitar la separacion del duque de Blacas, gefe del partido retrógrado. Por lo menos asi lo dicen el mismo Guizot y sus amigos, contestando á las acusaciones que se le han hecho por ese viaje. Y efectivamente, al volver á Francia Luis XVIII, separó al duque de Blacas, y publicó el manifiesto de Cambray reconociendo las faltas que anteriormente habia cometido.

En este principio de la segunda restauracion, M. Guizot desempeñaba el encargo de secretario general del ministro de Justicia. Entonces combatia como todos sus amigos las tendencias reaccionarias de los hombres del antiguo régimen, y la mayoria de la cámara de 1815. Entonces publicó su primer obra política *Del gobierno representativo y del estado actual de Francia*, y se colocó al lado de Royer-Colard, Pasquier, Camilo Jordan, Serres, y otros hombres á la vez de reforma y de gobierno, á los cuales se principió á calificar con el epiteto de *doctrinarios*. Este apodo merece esplicacion.

Antes de 1789 habia en Francia una congregacion religiosa destinada á la enseñanza, y conocida con ese nombre de los *doctrinarios*. Mr. Royer-Colard habia sido educado en uno de sus colegios, y aun tenido un pariente superior ó rector en él. Su espíritu lógico le hacia reasumir las discusiones en la cámara bajo formas dogmáticas, y frecuentemente empleaba la palabra *doctrina* en sus discursos. Un dia, pues, debió de hacerlo con mas repeticion, y cierto diputado de la mayoría hubo de esclamar: «véase ahí á los *doctrinarios*.» La palabra fue juzgada ingeniosa, y quedó desde luego como definicion absoluta, ya que no clara, del partido político que inspiraba entonces Mr. Royer-Colard.

En cuanto al sentido verdadero del nombre, pocos ha habido mas ensalzados y mas vituperados á la vez. Para unos significa virtud y sabiduria; para otros corrupcion y locura. Quizá si alguna vez pudo significar algo, desde la coalicion de 1839, en realidad no significa nada.

Volvamos á M. Guizot. Caido que fue el ministerio Decazes en 1820, y habiéndose entrado en la reaccion de M. Villéle, los partidarios del sistema constitucional hubieron de salir de los negocios públicos. Aquel salió como todos ellos, y como todos se lanzó en la oposicion. Muy jóven aun para ser diputado (necesitábanse entonces 40 años de edad) servia su causa por medio de la prensa con un ardor y un talento notables. No es posible analizar aquí todos sus escritos; pero indicaremos que mientras en uno defiende al ministerio de Decazes, combatido por revolucionario, discute en otro la causa de las conspiraciones, que examina con un ánimo hostil

al gobierno, y en un tercero, ocupándose *de la pena de muerte en delitos políticos*, demuestra hasta la mayor evidencia el interes de la autoridad en abstenerse de esa terrible arma, que transforma en perseguidores á los poderes públicos, y en mártires y en santos á los que hiere con su rigor. Este opúsculo, y otro de la misma época titulado. «*De los medios de oposicion y de gobierno en el estado actual de Francia*" son sumamente notables. El primero deberia ser meditado imparcialmente en estos tiempos de intolerancia y revoluciones; el segundo manifiesta el secreto del autor, y descubre su unidad política. La oposicion de M. Guizot es una oposicion *sui generis*, que desprecia los medios comunes. Jamás se olvida del gobierno, y en sus mayores ataques á los ministros aparece siempre como hombre de la autoridad, y destinado á ejercerla.

En lo mas fuerte de su lucha con el ministerio de Mr. Villéle esplicaba Guizot en su cátedra, en medio de aplausos estraordinarios la *Historia del gobierno representativo en Europa*. El ministerio, empero, quiso vengarse en el profesor, de los ataques del publicista, y su curso fue cerrado en 1825.

Entonces volvió nuevamente y con mas ardor á los trabajos literarios. Era pobre á pesar de los destinos que habia desempeñado, y tanto por gusto como por necesidad tenia que ocupar sus talentos. Datan de esta época su *coleccion de memorias relativas á la revolucion de Inglaterra*; los dos primeros tomos de la *historia de esta revolucion*: la *Coleccion de memorias relativas á la historia antigua de Francia*; y en fin sus *Ensayos sobre la historia de Francia*, obras todas de inmensa erudicion, y de admirable talento. Y al mismo tiempo daba tambien al público *noticias históricas sobre Shakespeare* y sobre *Calvino*, una *traduccion del teatro del primero*, y gran número de artículos de alta política comprendidos en la *Revista francesa*.

Habíase pues convertido de ese modo en una oficina de ciencia la modesta casa de Monsieur Guizot, cuando en 1827 vino la muerte á arrebatarle aquella esposa querida, cuya alta razon y cuya fuerza moral le habian sostenido en todos los trabajos de su carrera. Debió ser una escena tan grave como tierna la despedida de aquellas dos almas, cuando Mr. Guizot adormecia los dolores de la agonizante, leyéndola con su voz grave y solemne una de las mas bellas pájinas de Bossuet, la oracion fúnebre de la Reina de Inglaterra.

Poco tiempo despues entraba en la sociedad pública de *ayúdate, y Dios te ayudará*, cuyo objeto era defender la legalidad de las elecciones contra las influencias del ministerio de Villéle.

Caido que fue este ministerio, y ascendido al poder el de Martignac, Mr. Guizot volvió á ocupar su cátedra, pronunciando en ella al ruido de aplausos unánimes las bellas *lecciones sobre la historia de la civilizacion*, conocidas de todo el mundo. Algun tiempo despues, y gobernando ya la Francia el príncipe de Polignac, entraba por fin en la camara, á donde le habia enviado el colegio de Lisieux, y tomaba posesion de la tribuna, defendiendo el célebre Mensaje de los 221, tan hostil á aquel ministerio.

Vino en seguida la revolucion de julio, y Mr. Guizot tuvo una parte muy activa en ella. El 26 llegaba á Paris de vuelta de Nimes, y el 27 redactaba la protesta de los diputados contra los decretos reales; protesta mas respetuosa que hostil, y que revelaba el temor y no el deseo de las revoluciones. Pero la corte la encontró sediciosa, y el pueblo debil: llegó en seguida la lucha, y dió la razon al pueblo con su resultado.

Era ya el dia 29, y los diputados se encontraban reunidos en casa de Laffitte. La mayor parte de ellos se entre-

gaban á la alegria del triunfo, sin ocuparse de la nueva organizacion de la sociedad política, cuando M. Guizot, preocupado siempre de la idea de gobierno, se levantó el primero de todos á proponerles que se constituyera inmediatamente una comision municipal, para el restablecimiento y la conservacion del órden. El dia 30 era nombrado por esta comision ministro provisional de instruccion pública; y el 31 leia á la cámara la proclama que confirió al duque de Orleans el cargo de lugar-teniente general del reino. Seguidamente fue trasladado al ministerio de lo interior, puesto el mas difícil en aquel cambio político, en que era menester remover y organizar tanto al mismo tiempo. Su actividad fue entonces universalmente reconocida y celebrada.

Pero el gabinete de la revolucion no podia durar. Habíasele formado sin otra unidad ni otra idea que la de resistencia á los decretos de Carlos X. Las disidencias personales olvidadas un momento ante la grandeza de la situacion, aparecieron mas vivas cuando se trató de ordenar la obra que tan impensadamente se habia ejecutado. Hubo la lucha que era necesaria entre los hombres del movimiento y los de la resistencia: los primeros debian triunfar aun, y Mr. Guizot hubo de retirarse.

Mas pasó tambien su tiempo al ministerio de Laffitte, y las ideas gubernativas volvieron á renacer bajo Casimiro Perier. Era ya por Marzo de 1831; y por primera vez desde la revolucion se formó en el seno de la cámara una mayoria compacta, resuelta y permanente. Este ejército numeroso, indisciplinado y confuso antes, se dividió en tres cuerpos distintos, movidos por principios diversos, si bien bajo el influjo de una sola idea. Componian el ala izquierda una fraccion considerable de los liberales de la antigua oposicion, unidos de buena fe á la monarquía de Luis Felipe, y dirigidos ahora por Mr. Thiers, uno de sus mas distinguidos hombres de Estado: el ala derecha estaba formada por los antiguos realistas constitucionales, y obedecia el impulso de Mr. Guizot, en cuanto al centro que era la agregacion de los irresolutos é indecisos de todos los gobiernos, era de admirar cómo se dejaba guiar por M. Dupin, el mas escéntrico y singular de todos los hombres de Estado.

Con la ayuda de esta triple falange pudo marchar á sus fines el ministerio de Casimiro Perier; hacer frente á la oposicion en la asamblea; vencer al motin en las calles; plantar la bandera francesa en Ancona, y consolidar el sistema de julio, salvándole de la exajeracion de sus propios principios.

Despues de la muerte de Casimiro Perier hubo un momento de disputa sobre quiénes serian sus sucesores; pero al cabo coligáronse el ala izquierda y el ala derecha; diéronse la mano Mr. Thiers y Mr. Guizot, y se formó el gabinete de 11 de octubre de 1832, el mas duradero de cuantos ha habido en Francia desde la revolucion de julio. La influencia del elemento *doctrinario* casi siempre fue en él preponderante; y desde su modesto ministerio de la instruccion pública, tuvo Mr. Guizot una parte muy principal y decisiva á veces, en todos los grandes negocios del pais. La alabanza y la censura recayeron siempre en primera línea sobre él, porque sus ideas eran las que gobernaban.

Solo en su departamento particular fue precisamente donde jamás se le censuró, y donde siempre se le colmó de elogios. Sobre todo, no cesan jamás los franceses de encomiar la ley del 28 de junio de 1833 sobre instruccion primaria, como una de las mas nobles y bellas creaciones de los tiempos modernos: la enseñanza y educacion popular han comenzado por ella á ser verdades.

Once mil pueblos, es decir, la cuarta parte de la Francia, privados hasta entonces de esa educacion, han visto elevarse al lado del humilde presbíterio la modesta escuela, á donde acude el hijo del pobre á buscar la luz del espíritu, que le ilumine y le sostenga en la vida. Podrian formarse tomos enteros con las instrucciones minuciosas dirigidas por M. Guizot, á causa de esta ley, para los prefectos, los rectores, los alcaldes y las comisiones de exámen: todas ellas son modelos de precision y de claridad. No creemos que haya en parte alguna una obra, en esta especie, como la circular de Mr. Guizot á todos los maestros de Francia. En aquellas pocas páginas hay quizás tanta verdadera elocuencia como en los libros mas brillantes de nuestro tiempo. La caridad, la templanza, la uncion, la modestia con que habla el ministro, la mansedumbre patriarcal de sus palabras, no tienen modelo en ningun documento gubernativo de nuestra orgullosa civilizacion.

»No hay seguramente, dice Guizot en este escrito, fortuna que ganar, no hay apenas renombre que adquirir en las penosas obligaciones que debe llenar el maestro. Destinado á pasar su vida en un trabajo monotono, á encontrar con frecuencia en derredor de sí la injusticia ó la ingratitud de la ignorancia, se entristeceria sin duda, y sucumbiría tal vez, si no derivase su fuerza y su valor de otros principios que de la perspectiva de un interés inmediato y puramente personal. Es necesario que le sostenga y le anime un sentimiento profundo de la importancia moral de sus trabajos; que el austero placer de haber servido á los hombres, y contribuido secretamente al bien público, sea para él un digno salario satisfecho por su conciencia. Consista su gloria en no pretender nada mas allá de su oscura y laboriosa condicion, en multiplicar sus sacrificios, apenas notados por los que se aprovechan de ellos, y en trabajar en fin para los hombres, no esperando sino de Dios la recompensa."

Volvamos á la historia ministerial. Despues de cuatro años de existencia, disolvióse definitivamente el gabinete de 11 de Octubre. Pasados los peligros, creyóle la cámara demasiado resistente; y al mismo tiempo nacieron discusiones en su interior, que rompieron su facticia unidad. Formóse el presidido por Mr. Thiers en 22 de Febrero de 1836, respecto del cual se condujo Mr. Guizot con cortés indiferencia. Caido este por la cuestion de España, nació el de 6 de Setiembre del mismo año, coalicion imposible entre el mismo Mr. Guizot y el conde Molé. Gabinete con dos cabezas y sin moderador alguno, que habia de venir á tierra en la primera dificultad. Sucedió esta en efecto con la propuesta de la ley de disyuncion, y Mr. Guizot fue el despedido, porque tenia la opinion de mas inflexible. El espíritu público se inclinaba entonces hácia un género de templanza, que se esperaba con mas fundamento de su colega.

Llega aqui una de las faces de la vida del hombre público, de que nos ocupamos, mas diversamente apreciada y juzgada. Tal fue la coalicion de 1839. ¿Cuál era el verdadero motivo de Mr. Guizot al arrojarse en ella, uniéndose con el centro izquierdo, con la izquierda, y aun con los legitimistas, y combatiendo á los que habian seguido su bandera, y debian mirarle como uno de sus gefes? ¿Cual era la historia real, la esplicacion íntima y secreta de este nuevo Coriolano, que llevaba los estrangeros al asalto del Capitolio? Cada uno lo ha espresado segun sus ideas, celebrando ó vituperando el hecho: nosotros creemos que pudo haber causas de las dos especies, dignas á la vez de elogio y de vituperio. Parécenos en efecto que el poder decaia algun tanto en la situacion en que se le colocaba; y pa-

récenos asimismo que hubo pasion y resentimiento, y cólera y despecho personal en la oposicion que se le dirigió. Los hombres de mas mérito estan sujetos á estas debilidades, y no ha sido ni será aquella la única ocasion en que se presenten de ello ejemplos muy deplorables.

Triunfante la coalicion no pudo formarse un ministerio con ninguno de sus gefes, y se formó el 12 de Mayo, donde sus tenientes los representaban. Mr. Guizot no le sostuvo con calor, pero le miró con benevolencia. Caido este, y ascendido Mr. Thiers, tampoco manifestó hostilidad hácia su sistema, si bien indicó desconfianza. Habia sido nombrado algun tiempo antes Embajador en Lóndres, y en aquella capital se mantuvo hasta que convocadas las Cámaras con motivo de la cuestion egipcia, volvió á París para tomar asiento en ella. Era esto en los momentos críticos en que se balanceaba la guerra y la paz, inclinándose á la primera el ministerio de Thiers. Guizot estaba por la segunda: el Rey le nombró ministro de negocios estrangeros: la Cámara le asistió con su mayoría, y la paz se ha conservado. Por lo demas: estos sucesos son demasiado recientes para que haya necesidad de referirlos.

Concluiremos este artículo, tratando de reasumir nuestras ideas sobre un hombre tan notable. El puede ser considerado bajo cuatro aspectos; como hombre privado, como escritor, como historiador, y como hombre político. De cada una de estas faces diremos algunas palabras.

La virtud del hombre privado no ha sido jamas puesta en duda: sus adversarios políticos mas constantes se han hecho un deber de reconocerla.—« ¿Por qué no he de confesar, dice Cormenin, que Mr. Guizot tiene costumbres ríjidas y puras, y que por la alta moralidad de su vida y sus sentimientos es digno de la estimacion de todos los hombres de bien? »

Como escritor, Mr. Guizot posee un estilo que se hace distinguir entre todos. Las ideas brotan bajo su pluma, y su marcha es firme y resuelta hácia el objeto que se propone. No está exento de alguna tirantez, y afecta demasiado una terminolojia abstracta; pero si la espresion es oscura á veces, el pensamiento es siempre clarísimo, y siempre hiere y brilla con su fuego y su viveza.

Historiador, sábese bien por todo el mundo los inmensos servicios que ha prestado á la ciencia; y que ha sido uno de los gefes de la escuela moderna que nos ha enseñado á salir de lo presente para juzgar lo que fue, no midiendo á los hombres y á las cosas de otros siglos con las medidas vulgares de este.

Orador, por último, Mr. Guizot tiede un ademan noble y severo. Pequeño y débil en su vulgar estatura, es alto y fiero en sus oraciones; su voz es imponente y sonora; su palabra, grave ó vehemente, siempre es pura y correcta; con mas enerjia que gracia, con mas conviccion que persuacion, con cierto carácter de maestro, de catedrático, que no agrada quizá, pero que domina y concluye. Por supuesto que cuando él habla nadie queda indiferente: se aplaude ó se vitupera, pero se escucha.

Se ha hablado, y se habla aun todos los dias de la versatilidad política y de las bruscas variaciones de Mr. Guizot; de su oposicion antigua, y de su servilismo moderno. Nos abstenemos sin embargo de dar nuestro parecer sobre esto porque la conducta de los hombres públicos es dificil de ser juzgada durante su vida, en medio de las alabanzas interesadas de sus amigos ó partidarios, y de las acusaciones apasionadas de sus enemigos.

—

ASAMBLEA GENERAL

DE LOS CABALLEROS Y DAMAS DE TRIANA, Y TOMA DE HABITO EN LA ORDEN, DE CIERTA RUBIA BAILADORA.

Incluimos con gusto el siguiente extracto de un folleto asi titulado, escrito por el distinguido literato compatriota nuestro, que bajo el seudónimo de *El Solitario* ha enriquecido la literatura española moderna con tan graciosos y bellísimos cuadros de costumbres nacionales, relatados en ese puro y castizo lenguaje que tan raro se va haciendo entre los escritores modernos. Este folleto ha sido escrito con motivo del inmenso interés que ha producido en Madrid la célebre bailarina Mad. Guy-Stephan, al presentarse en los bailes nacionales, reproduciéndolos con toda su gracia y originalidad.

Carta de vecindad y albalá de naturalizacion Trianesca que en son de Real Ejecutoria firme y valedera, y en favor y gracia de cierta bailadora, que se pinta sola por alto y por bajo en la ciudad del Olen-del-Oclaye (Madrid) *ha librado y despachado el cónclave una, dos y tres veces respitable, de la gente legítima, buena y rigular, grandes y chicos, granados y menudos, ellos y ellas, cantadores y cantadoras, convocados para el caso en lugar aparente, y mediando las ceremonias, chasca, utensilios y boato que en tanta y tal* solemnidad *es requerible* y precisa: *atencion y sonsoniche.*

«Estando en las entradas de costumbre, juntos en uno en consejo abierto, convocado á son de campana y jarro tañido, en dia diputado y señalado para el caso segun es antiguo fuero y usanza, en el pueblo y república de los hombres de verdad y mugeres de carne y hueso, tacto y contacto: puesto por cabecera y presidencia, en lugar de previlegio el Señor Planeta, conde y príncipe de la Cofradía, rey de los dos polos, é imperante en los *calis de Sese,* acompañado y rodeado de todos sus chambelanes, senescales; maestresalas, mayordomos, escuderos, gentiles-hombres y demas tropa y gabilla, y puesto todo á punto, é instruidos y bien cerciorados de lo que se trata, y con asesoramiento de personas de ciencia y de conciencia, larga vida, mucho visto, mas oido y aprendido, de muchas entradas y salidas, y de infinitud de noticias, historias, casos y sucedidos, todas con su propia boca, dijeron: que sa les ha hecho buena y circunstanciada relacion, leal, legítima y de á ojos vistas y de innegable certinidad, sin mas dudar en ello, por viandantes, peregrinos, pasajeros, gente que vá y viene, que oye, escucha y entiende, peritos en la materia, y rematados en el arte, de haber aparecido en los *Madriles del Rey*, cierta bailadora hija del aire, nietezuela del fuego, mapa del mundo, crema del licor, flor de la canela, y remate de lo bueno, que por alto y por bajo, por liso y raso, por menudo y repicado, por lo cabriolin y trenzadillo y por los quiebres, y requiebres, provocaciones y tentaciones de su cuerpecillo y cintura, es maravilla de la naturaleza, asombro de los nacidos, estimulante de la vida, y sabroso montificante de la carne; que vuela sin plumas, que quema sin candela, que aparece y desaparece ligera como el pensamiento, triscadora, impalpable, aérea, divina, celestial, y etc.»

Y dichos señores, no dejándose llevar de voces vanas, ni de pronto y súpito, antes bien dando tiempo al tiempo, consultando, interrogando é inquiriendo, segun la importancia del caso requiere, siempre salia y remanecia lo mismo, pintiparado, á saber: que la

dicha bailadora era cosa rica y grande, y no contentos con ello nombraron personas diputadas y señaladas de su seno y grey, para que se llevasen ellas á sí mismas, y en brazos ó en piernas se trasportasen y porteasen al sitio y lugar en donde se parecia y mostraba tanta maravilla, para que dieran informe por escrito y de palabra, de lo que viesen y entendiesen, resultando de todo mayor canonizacion, gloria y edificacion; por todo lo cual, mirando, considerando y contemplando esto, aquello, lo otro y lo de mas allá, dichos señores dijeron: «Que por cuanto dicha bailadora tiene la estampa y el corte legítimo de la tierra, retrepada y echada atras, con sus debidos dares y tomares, y sus altibajos correspondientes en el cuerpecillo, cinturilla de anillo, pie de mentirilla, pantorilla de mucha verdad, y de allí á los cielos, y á que los brazos son si los despliega las alas en la paloma, y si los enarca las armas del dios Cupido, el pecho búcaro de claveles, y el cuello y la cabeza como los de la garza, si mira al sol y luego á la tierra; atendiendo á que mide el suelo y hiende el aire con la magestad de corregidora, la gracia y sabiduría de la Gitanilla de Menfis; á que suena y tañe, pica y repica los palillos, con rigor y brio, salero y compás como bailadora deputada de rifas y festejos, á que lleva y trae el mundillo con vendabal y riguridades con sus correspondientes temblores, molinete, estremecimientos y serenidades, á que da el paseo y hace la procesion con el boato y misma gala que la jura del Rey y la festividad del Corpus Christi; á que sube y baja su zaranda como Dios manda, pidiendo á voz en grito harina y mohina para su zarandillo y cedazo; á que se coje y encoje, dilata y desliza como anguila en el agua; teniendo en cuenta su manera de navegar y tomar y soltar rizos, que se empavesa y arrisca echando juanetes y escandalosa con flámulas y gallardetes, llegándose hasta los cielos, amainando y arriando de súpito, quedando en facha, desafiando con bandera de guerra potentados de la tierra y de los mares; considerando que aquel braceo es de todo recibo, como de jardinera que coge rosas y flores, ó gitanilla que lucha y baila con su propia sombra; mirando muy en ello aquellos disparos y estalles de pies, que no los alcanzan los ojos, ni puede divisarlos el pensamiento del alma; á que con los susodichos pies escribe en el aire, y pinta en la misma luz, tirándolos como cosilla perdida hácia los cuatro ángulos de la tierra, trayéndolos empero á su voluntad como rayos que tiene *un debel* en la mano á su verdadero centro y asiento debido; á que los juega y esgrime como maestro de espada prieta, que los escarcea y engaratuza, los baraja, vibra y ondea como el escardillo y sus resplandores en la pared; á que los teje y trenza como bolillos en manos de la encajera; á que fija el uno en la tierra tan firme cuanto el polo antártico, levanta el otro y se hace chapitel de torre que el viento revuelve, ó lo recoge y se convierte en el pájaro que hace la letra Y, ó lo estiende y se hace reloj que señala desde las seis á las siete, y en fin, á que los bate y despliega como sus álas las aves y las mariposas, y su abanico las mozuelas y las viudas; contemplando que en todos los trances, pasos y accidentes del baile, pone cuanto condimento y especias son convinientes sin omitir el comino y la alcarabea; á que toma tierra con gracia y aseo; á que es pernera, chazadora, galopante y lomo levantado; á que lleva los jaeces con rumbo y á que todos los arreos los sacude con gala y aire, dejando ver mucho y adivinar mas: dichos altos señores y atemorizadores de hombres fallaron en toda regla que debian declarar

y declararon á la referida bailadora, muger legítima de la tierra, serrana líquida y trianera, apurada por todos cuatro costados, y que por tal la señalan y fallan una, dos y tres veces, y las demas necesarias en derecho, sin que nadie pueda venir en contrario, y que por lo mismo se la inscriba en el número de las primeras y decuriones de la hermandad, señalándosele aposento en el barrio de Triana como feligresa y colegiala, y haciéndosele ya repartimiento de sal por su derecho de vecindaje; entendiéndose que este repartimiento de sal no es el que pagan los *Romanés de Sesé* por firman de la capataz *Mon*, sino que es el donativo de sandunga y salero que dan diariamente al mundo las mugeres de nuestro bando para que se rocie por todas partes y no mueran de desaborimiento los hombres, y que á esta se la cargue la mano, que tiene mina de sales, y si dá mucho mas le queda; se declara asimesmo que su personilla es la estampa de lo bueno, y cortada de molde para la historia de nuestros bailes, y que ni pizca mas ni pizca menos fuera tan de recibo cuanto al presente lo es en propia esencia y potencia: que las vueltas, revueltas y mudanzas que finge, las carrerillas que hace, los encuentros y golpes que dá y las suertes que saca es que lo pinta soberanamente. Y se declara que de cintura á la zaga es la Reina de todos los movimientos. Se declara tambien que cual ninguna pinta la Chacona y la Gambada, las Campanelas y la Gallarda, y que el Vigia de Cádiz no tiene mas señales ni levanta mas en alto que ella los perniles y *pinreles*: que si mata la araña con todo conocimiento y tilin, con gran primor y aseo y valiéndose de la punta, luego con el calcaño desmenuza el mundo y trocára en cibera los perdigones; que hace el *bien parado* y que juega á guardas y metedores como nadie, que finge el capeo con el trapo de sus zayas, que gallea, cita al torillo, entra y sale en jurisdiccion, pone arponcillos siempre, rematando y sin enfrontilarse ni quedando en embroque, sino cuando lo quiere y es su gusto; que llama los pollitos como la clueca moñona, que llamaba uno y salian veinte»

«Y se declara asimismo que da las pavitas de Roma como page de cardenal; que su paso es callado, corto, cuco y cortés, pulido, prusiano, perdido y puntero, segun y conforme es útil y se necesita al caso; que su cuerpecillo es tunante, picarillo, muy pitero, y con mucho gancho en la retrechería; que en el cuneo parece que va al calacuerda, y que es sonsacador, provocativo, cudicioso y con mucha juerza de chupe; que hace la tijera con soberano poder como en flábica de cravos, y capaz de cortar á cercen la cabeza de una criatura, y esto aunque tenga turbante; que tiene el mareo muy suave, y que no hay mas que tenderle la manta; y por final y postre se afirma, falla, sentencia y ratifica, que en la *sota de bastos* es para matarla, y que en el *remangue* parece la Rial de España que iza bandera; que en la culebrita y sierpe enreda y ciñe al prógimo por la cinturilla arriba con los huesesillos y coyunturas, y que si se regocija y rebulle y toca á aleluya, parece sábado de gloria, que hará repicar todos los campanarios del mundito y disparar toditas las baterías del sentiiiiido.

Se le previene á la dicha bailadora que de hoy mas se tenga por tal serrana líquida, y trianera recocida, haciéndose guardar las franquezas y privilegios de tal, sin sufrir cosa en contrario, mirándose obligada á vestir siempre zaya corta, justillo ceñido y mantellina blanca ó negra, cogida por la oreja con aire recio y de desenfado: se le advierte que ha de confirmarse el nombre tomando el de *Malena*, *Lola*, *Currilla*, *Trini*, *Carmela* ú otro por el

estilo, de nuestra propia cosecha y trapio, calendario y alminaque y martilogio, pues el de *Virgina* es de mal agüero, y siempre acaba en mal, amonestándola que si toma D. Cuyo no se llame *Pablo* que suena á bobon y para poco, sino que se nombre *Paco, Coro, el Chano, Jusepon, Tobalo* ú otro asi, que con los de esta laya podrá accidentarse pero nunca ahogarse; se la hará entender que por su buen derecho, propia autoridad y saludable efecto de esta declaracion, puede andar y campar sola por toda la jurisdiccion de Sevilla, entrando como ama y saliendo como Reina en *Torre-blanca*, venta de *Eritaña*, *Macarena*, *Tomares* y demas sitios famosos de este cerco de tierra, recibiendo agasajos, tomando yantares y desperdiciando bebía y licores sin estar obligada á pago alguno de ostelaje, peazge y pontazgo, haciendo sobrada satisfaccion con echar dos riales de sus movimientos, si es que se los piden y ella viene en ello por voluntariedad de su gustito, que tal ha sido, es, y será siempre el privilegio y juro que en esta banda tienen los cuerpecillos buenos y recocidos. Cuando vaya á Mairena, Rocio y feria de Santiponce será la primera en romper el baile, y será llevada y trasladada en las carretas endoseladas al lado de la médica y de la mayordoma de la Hermandad; se pregonará y hará entender á todo hombre de camino, ya vaya franco ó ya de carguío, que la dé grupas siempre que las pida, llevándola como en urna y bajo dosel adonde ella quiera y señale, pagándola el gasto y siempre con mucho miramiento y muchísimo aquel, sin atropellarse en nada y siempre por la buena, y si ella observa mano oculta y mar de fondo, que largue un bofeton de categoría, y arremeta á la cara trayéndose leña entre las manos y siga el camino, que si el terremoto arrecia y ella dice *¡favor á Carmela!* las aristas del campo se trocarán en jaurías de hombres armados como erizos que la harán mas sigura que en el Consistorio. Y se la amonesta que componga la boca en esto del habla, que por las malas compañas en que ha andado de gringos y de gavachos suele tropezar y salen á medio bautizar las palabrillas, y para que en esto entre en ringla y pauta, se dá comision en forma al *Solitario* para que la arregle y concuerde la lengua como en tales casos acontece encargándole al delegado que la ejercite y adiestre en la acentuacion de la jota y en la pronunciacion de aquellas palabras mayúsculas que son la llave maestra del idioma: que en desempeñar su comision con buen fruto y lucimiento, adelantará en merecimientos mucho el delegado y se le tendrá en cuenta, y esto aparte de los emulumentos, gages y adealas personales que ella quiera satisfacer, hecho el ajuste cuerpo á cuerpo sin mediar chalan ni corredor. Y últimamente se manda que de esta ejecutoria y albalá de fallo definitivo, se saquen copias y testimonios derramándolas por el universo mundo para edificacion de los nacidos y cudicia de aquellos y aquellas que tengan buena sangre y quieran venirse á nuestra banda. Y se enviarán copias en pergamino á nuestros hermanillos de Xerez, los Puertos, Utrera y Cádiz, Córdoba, Málaga y Ronda para que al propio tiempo de hacerse en la materia y de curtirse, la archiven en lugar correspondiente, poniéndolas siempre á salvo de las garfias de los señores de la Amortizacion por si viene chubasco de supresiones, desarmes y esas cosas que andan. En fuerza de lo cual así lo dijeron y firmó el que supo en la ciudad de Sevilla, orillita del rio, vispera de Señora Santa Ana. De todo lo cual yo el secretario de esta Gobernacion y escribano de esta cámara doy fé.»

—



Oh! tierna autora de la vida mia,
¡Madre querida, á quien amaba tanto!
Recibe el voto ardiente que te envia
Mi triste pecho en dolorido canto.

Cuando la luz de mi existencia eras
¿Cómo te olvidaré, madre querida?
Tú enjugaste mis lágrimas primeras,
Ese infausto rocio de la vida.

De Dios es el espíritu que enciende
Mi mente con su llama alumbradora,
Pero es tuyo el cerebro que comprende,
Y el pecho altivo y frente pensadora.

Debo á Dios de la vida el don precioso,
Pues la antorcha encendió de mi existencia;
Pero aquel tu regazo cariñoso
De nuevo me mostró su providencia:

Y al mismo tiempo que á mi lábio dabas
El primer dulce nectar de la vida,
Al corazon pequeño le inspirabas
La virtud que en tu alma pia anida.

No anhelo de brillante joyería
De tu pecho jamás turbó la calma,
Sino que el hijo que era tu alegria
Fuese de recta y elevada alma.

Asi un tiempo admiraba la gran Roma
La madre de los Gracos virtuosa,
Cuando caprichos mugeriles doma,
Sublime como madre y como esposa:

Mostrábanle joyeles muy preciados
Otras matronas con encomio necio,
Pero ella á sus hijos adorados
Les presenta cual prendas de mas precio.

Y tendiendo radiantes sus miradas;
Estas mis joyas son, dice orgullosa,
Estas las galas de mi pecho amadas;
Ved si puedo tener mas bella cosa.

Asi tú siempre á mi ventura atenta,
Elevar mi razon solo anhelabas:
No era tu amor el que el capricho inventa,
Era que como sabia tú me amabas.

Del árbol tierno que crecia á tu amparo
Cortabas sin dudar la enferma rama;
Que al corregir prudente al hijo caro
Mostrabas de tu amor la pura llama.

Abriéronse tus lábios, y mi oido
De virtud y de honor oyó lecciones;
Palabras de piedad al desvalido;
La norma de justicia en las acciones.

Siempre tu amor templaba en el consejo
La adusta rigidez con tierno aliño,
Dándole el grato gusto y aparejo
Que convenía al corazon aun niño.

Asi mi infancia transcurria contenta,
¡Tiempo de paz!..... entre el materno abrazo;
Rica de dichas, de dolor exenta,
Reclinaba mi frente en tu regazo.

Oh! ¡que gozo tan sumo disfrutabas,
A mi alma colmando de embeleso;
Cuando en mis tiernos lábios estampabas,
Con inefable amor tu puro beso!...

Huyeron, ¡ay! tan venturosos años,
Con su dicha, su paz y su contento,
Y envuelta en ilusiones y en engaños,
La ardiente juventud me dió su aliento.

Lágrima amarga tus maternos ojos
Derramaron al ver mi incierta planta,
En la senda de males y de abrojos
Que al alma candorosa desencanta.

Salí del mundo al torbellino impío,
De lealtad y de amor el pecho lleno;
En él buscaba el pensamiento mio

Lam.

Domingo 22 de Marzo.

Afecto puro de perfidia ageno.

Yo miraba á los hombres como her-
(manos
Y burlarse los ví de mi inocencia;
Al ver su falsa fe y odios insanos
Sentí perder mi candorosa esencia.

Indignada se alzó la alma inocente,
Y humilló con sarcasmos la ironía,
Tiró á los necios en su imbécil frente
De rango ú oro la exencion vacia;

Y aunque el fiero pesar el pecho enerva,
De ira impelido, y de dolor acaso,
Jamás retrocedió en la lucha acerba
El jóven corazon ni un solo paso.

Pero la vida de ilusion privada,
Perdió á mis ojos su atractivo tierno;
Vacia de afectos la miré trocada
En lid eterna y en dolor eterno.

Humillarse ví el mundo al poderoso,
Hollando indiferente al desvalido,
Y enzalzar el laurel ignominioso
Con crimen, sangre y falsedad nutrido.

Ví de hipócrita máscara cubiertos
Los que de justos la opinion ansiaban;
En corazon aleves, en fe inciertos,
De la virtud en su interior mofaban.

Maldije en mi furor la raza humana,
A quien el mal por alimento plugo;
Perfidia y crimen sin piedad hermana,
Víctima haciendo al que no es verdugo.

Mas cuando en medio á mi locura impía,
De fé, de amor, y de virtud dudaba,
Al volver junto á tí, oh! madre mia,
La fé, el amor y la virtud hallaba.

Puerto de paz abrianse tus brazos
Al caro hijo, que hácia tí volviera,
Ellos cercaban con amantes lazos
El tierno cuello que el dolor rindiera.

Cada pesar del corazon doliente,
Y cada angustia de la jóven alma,
Consuelo hallaba en tí, perenne fuente
De afecto puro y de apacible calma.

De otra mansion pacífica me hablabas,
Llena de amor y de placer henchida,
Donde no mandan las pasiones bravas,
Ni mal, ni engaño, ni dolor se anida.

Vuela allí alegre sin temor alguno
La paloma inocente en la floresta,
Y no le tiende artera red ninguno,
Ni dirije en su mal fatal ballesta.

Pace la oveja en el florido prado
Segura ya de lobos carniceros;
Ni allí el rugir sangriento es escuchado,
Sino el tierno balar de los corderos.....

Mientras que asi tus lábios desplegabas,
Erguias sublime la serena frente,
Tu diestra alzando el cielo me mostrabas
Con fe divina, con piedad ferviente.

Escuchábate el alma embelesada
De sí arrojando dudas ominosas:
¿Cómo dudar ante tu faz amada
Y oyendo tus palabras fervorosas?.....

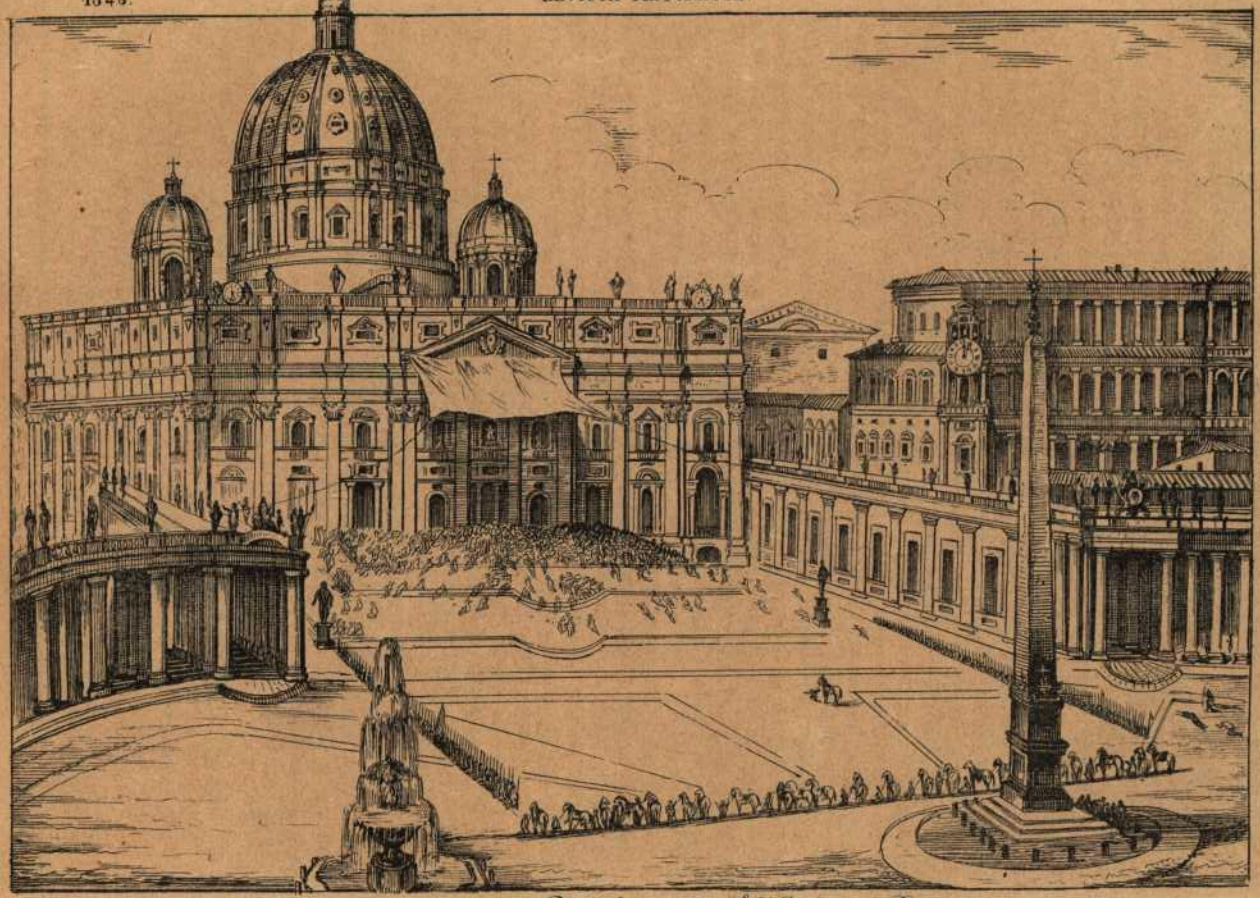
Ahora que pisas la celeste altura,
Tambien da oidos al lamento mio;
Mira mi pecho, presa de amargura,
Y mi mente, de acerbo desvarío.

Mira mis brazos hácia tí extendidos,
Que ya no estrechan tu materno cuello:
Mira mis ojos de llorar transidos,
En que el fiero pesar marcó su sello.

Apiádate del mal que me atormenta,
Y del clamor que el corazon te lanza,
Y al hijo que perdida te lamenta,
Dale un rayo siquiera de esperanza.

José Martinez de Aguilar.





Vista esterior de la Basilica de S.n Pedro en Roma.

DESCRIPCION

DE LA

BASILICA DE SAN PEDRO

EN ROMA.

Roma, la ciudad de los monumentos, contiene los restos mutilados de su sin igual grandeza antigua y los magníficos templos y palacios que forman la Roma cristiana, no menos asombrosa que la gentil en cuanto al arte, aun cuando le es tan inferior en poder y grandeza. Pero hay un edificio en la Roma moderna, el cual por su magnificencia ha eclipsado, no solo las fábricas antiguas sino tambien todas cuantas se han levantado sobre la superficie de la tierra: este es la Basilica de San Pedro.

Habiendo sido Constantino el Grande, el primer monarca que abrazó la religion Cristiana, fue tambien el primero que erijió un templo para el culto de la Religion de Jesucristo; pero aunque grande en sus dimensiones, estaba destituido de aquella elegancia que la arquitectura no puede dar sino en su mas alto grado de perfeccion. Este edificio de Constantino, despues de haber servido para su objeto por cerca de doce siglos, amenazaba ruina, y varios Pontífices intentaron repararle, mas no lo pusieron en obra confusos entre la variedad de planes que fueron sucesivamente propuestos, hasta que Julio II, Pontífice de un genio elevado, y de grande energia de carácter, resolvió, en 1503, erijir un nuevo templo y bajo un plan magnífico en el mismo lugar que ocupaba el antiguo, sobre el monte Vaticano, escena de los triunfos de los antiguos conquistadores de la tierra.

Bramante Lazzari fue el arquitecto preferido, y su plan era erijir la iglesia en la forma de una cruz Griega. Bramante murió poco despues de haber echado los cimientos, y la direccion de la obra pasó al famoso Miguel Angelo Buonarotti, el que dió al edificio el carácter peculiarmente sublime que posee, siguiendo, sin embargo, el plan original con respecto á la cruz griega. Por diez y ocho años estuvo este grande artista enteramente ocupado en la fábrica, pero no vivió bastante para verla completa. Los sucesores de Miguel Angelo no estaban dotados del genio sublime de este artista inmortal, que comunicaba grandeza á cada parte del edificio, y el sucesor de Julio, por una manía, muy comun entre los soberanos que continuan las obras de sus predecesores, hizo alterar el plan original, sostituyendo la forma de la cruz latina á la griega, mudanza cuyos defectos consiguientes no pudieron evitar ni aun los genios mas esclarecidos.

Por cualquiera direccion que el viajero se acerca á Roma, vé elevada á una altura prodigiosa la sublime cúpula que realza principalmente el esplendor de este edificio suntuoso, considerada como el triunfo de la arquitectura moderna y del genio italiano. A una vista mas cercana, aunque el templo pierde mucho de su hermosura á causa de la pesada estructura de la fachada que oculta gran parte de la cúpula y hace perder la armonía del todo, la escena es singularmente espléndida. El grabado que va al frente de este artículo presenta una idea general del plan y forma del edificio en el fondo de un noble y espacioso anfiteatro, formado por una columnata espléndida que en forma elíptica se estiende en cuatro hileras de columnas hasta el número de cerca de trescientas; y encima de los arcos que descansan sobre las columnas y pilastras hay ciento noventa y dos estátuas de dos varas de alto. Un estupendo obelisco egipcio de mármol negro, de ochenta pies de alto, y sobre un pedestal de treinta

pies mas, colocado en el centro de este magnífico atrio, contribuye mucho á la magnificencia de la perspectiva.

Este obelisco que pesa mas de 963,000, libras romanas ofreció para su colocacion inmensas dificultades. Nicolao V. tuvo la ambicion de plantearlo delante del Vaticano, y la muerte le sorprendió antes de realizar su proyecto. Mas tarde Miguel Angel fue invitado por Paulo III, para verificarlo, pero tampoco llegó á efectuarse. En fin Sisto V., el Papa de las empresas gigantescas, quiso que en los siglos futuros brillase su memoria en la cúspide del coloso egipcio. Convocó á todos los arquitectos del mundo, y eligió al jóven Domingo Fontana.

El diez de setiembre de 1596 Fontana se presentó en la plaza de San Pedro con 800 obreros, 150 caballos y 70 máquinas. Sisto V, el Papa terrible en sus rigores, asistia en persona á las maniobras mandadas por el arquitecto. Como era necesario un silencio profundo para que se oyesen las órdenes del artista clara é instantáneamente por el ejército de operarios; á fin de obtener de un modo indudable el silencio, hizo promulgar que seria castigado con la muerte el que profiriese la menor palabra. El cadalso se hallaba levantado á un lado, el verdugo era tambien uno de los espectadores, y el Pontífice era inflexible.

La maniobra habia comenzado: el coloso se elevaba lenta y pausadamente de la tierra. Jamás en medio de tan inmensa multitud reinó tanto silencio. Todos sabian que la muerte estaba pendiente sobre sus cabezas.

El anciano Papa echaba su mirada sombria y severa sobre las 66 máquinas, y sobre el pueblo que temblaba de impaciencia. Fontana de pié sobre el tablado, mandaba las maniobras con la ansiedad de un hombre que ejecuta casi un imposible en presencia de su soberano, y delante de un pueblo entero atento á sus menores movimientos. El obelisco, que lentamente se levantaba del suelo, se detiene de repente, las cuerdas no estaban tirantes para poder concluir la ereccion del sublime granito, entonces de enmedio de aquella inmensa y muda muchedumbre alzóse una voz estentorea, vibrante, sonora, arrojando este grito: *Acqua alle funi! Mojad las cuerdas!* Era la voz de un marino que conocia el efecto que produce el agua sobre las cuerdas. Fontana sigue el consejo del desconocido, y el obelisco, perpendicular, descansa al fin sobre su pedestal, y el cañon, las campanas, los aplausos de la muchedumbre ansiosa de romper el silencio, anuncian el feliz éxito. Fontana corre al trono del terrible Sixto V para obtener la vida del desconocido que tan generosamente se habia ofrecido á la muerte, por el interés de su obra á él como artífice, y por la gloria de Roma al Pontífice.

A pesar de su severidad, Sixto V no solo perdonó al jóven marino, sino que le ofreció concederle cuanto le pidiese. *Forma un deseo y lo verás cumplido.* Pudo haberle demandado ser capitan de las galeras pontificias, un palacio, riquezas; pero el marino no pensó en abandonar el mar que sus hijos aman como una patria, no pensó sino en su pobre familia establecida en S. Remo, pequeña poblacion de Génova. *Santo padre*, le dijo, *yo sé que las iglesias de Roma consumen el Domingo de Ramos una multitud de palmas, mi padre posee en la costa de Génova un bosque de palmeras: pido por único favor que mi padre y todos sus descendientes gocen perpétuamente el privilegio esclusivo de vender las palmas á las iglesias de Roma para la solemnidad del Domingo de Ramos.*

La multitud se admiró de esta peticion, Sixto V estrañó la modestia de

su deseo, y concedió en el acto el privilegio. No era por cierto tan corta la ambicion del jóven marino; algunos años mas tarde ya eran poderosos los propietarios de las palmeras de S. Remo. El beneficio que deja esta venta renovada todos los años es incalculable. Hasta hoy dura este privilegio, y todos los años los propietarios, ya millonarios, dirijen á Civitavechia una flotilla cargada de palmas, de que se hace en Roma un consumo inmenso.

Hay tambien en el atrio dos fuentes hermosísimas á los dos lados con tres tasones á distancias proporcionadas, el primero de treinta pies de diámetro, y por el centro del pilar que los sostiene, un surtidor de agua arroja el torrente á la elevacion de setenta pies del pavimento, cayendo el agua de tason en tason, y formando una triple catarata. El efecto de estas fuentes, corriendo perennemente, es sumamente hermoso, en particular para aquellos que no están acostumbrados á ver estas obras primorosas. Las dos grandes columnatas se estienden por el espacio de cuatrocientos y ochenta pies, juntándose en el vestíbulo de la iglesia.

El interior de esta iglesia maravillosa corresponde á la grandeza y hermosura del esterior, aumentándose el efecto á proporcion que se va entrando en sus naves. Todos los viajeros han observado, que la primera impresion causada al entrar en el templo no corresponde á la idea previamente formada en su imaginacion; sensacion que Madama de Stael atribuye, no á la diminucion de los objetos, sino al engrandecimiento de las facultades del espectador cuando se halla dentro del sagrado recinto. Las naves laterales, con las numerosas capillas que rodean toda la iglesia, han sido criticadas por algunos, pero todos convienen en que la nave mayor es infinitamente grande y sublime. Su altura es de ciento cincuenta y dos pies, y su anchura ochenta y nueve. Una bóveda semicircular, estremamente enriquecida con entrepaños de madera, esculturas y ornamentos dorados de varias especies, todo á lo largo de la nave, produce el efecto mas espléndido de que es capaz el arte. Al fin de esta nave se ve en lo alto aquella parte del edificio que es incomparablemente mas magnífica que la nave, siendo la corona del todo, el alma de la composicion, el esfuerzo del genio de Miguel Angelo, la cúpula formada en su mente y erijida por su direccion.

« Esta cúpula, dice un viajero ingles en su descripcion, es gloriosa; ya se examine en su diseño, ya en su altura ó en sus decoraciones, encanta la vista, satisface al gusto, y ensancha el alma. El aire hace desaparecer la dimension colosal y hasta la idea de lo material, dejando á los sentidos absortos en la sublimidad; una sublimidad peculiar del genio de su inmortal arquitecto, y que no se puede comprender sino allí mismo." Puesto el espectador en el pavimiento de la iglesia, exactamente bajo el vasto cóncavo, y mirando hacia arriba por el continuado espacio de cuatrocientos y doce pies de altura, el efecto parece exceder la comprehension de los sentidos, y el observador se siente como reducido á un átomo bajo esta obra maravillosa del poder humano. La arquitectura no puede jactarse de produccion alguna tan sublimemente impresiva como esta. Toda la superficie cóncava, dividida en compartimientos, está enriquecida con figuras magestuosas de santos en mosáico, y otras obras grandes del arte; y en el centro del crucero, á donde cae un mar de luz desde las ventanas de la cúpula, está el sepulcro de San Pedro, constantemente alumbrado con cien lámparas. Ciento y treinta estátuas adornan esta basílica, siendo la mas notable

la de San Pedro, fundida, segun se dice, del bronce de la estátua de Júpiter Capitolino. Al fin de la iglesia, está la silla de San Pedro, contra la pared y á una elevacion moderada, cubierta con una representacion de la gloria, angeles y otros emblemas, todo de bronce, formando un ornamento noble y costoso, habiéndose gastado en ella mas de ciento veinte mil pesos fuertes. El pavellon del altar mayor, que está bajo la cúpula es, con justa razon, el mayor ornamento de toda la iglesia, es una obra extraordinaria, y sumamente magnífica. Está soportado por cuatro pilares de bronce de Corinto, adornados con festones y follages del mismo metal: y todo dispuesto de una manera muy agradable á la vista.

Es enteramente imposible describir en un compendio, como nos hallamos precisados á seguir aquí, ni los pormenores de la arquitectura, ni las maravillas del arte en pintura, escultura y mosaicos contenidas en esta gran basílica, puesto que cada uno de estos asuntos requeriria un tratado particular. No hay duda en que se descubren algunos defectos tanto en el exterior como en el interior de esta fábrica, y esto no es estraño, porque la perfeccion absoluta no es don de la naturaleza humana; ademas, que este edificio no es la obra completa de un gran talento, sino los esfuerzos de muchos arquitectos en sucesion, pocos de los cuales poseian el ingenio y gusto de Miguel Angelo, apartándose cada uno mas ó menos del plan primitivo para la ereccion. Sin embargo, en su estado actual, la vista de este augusto templo produce el placer mas esquisito, elevando aun el alma del espectador mas insensible. Es un espectáculo cuya vista diaria no cansa los sentidos, hallándose siempre cosas que admirar; y toda idea de exageracion desvanecerá, si se considerare que por muchos siglos, y en muchos pontificados, se han estado añadiendo al templo nuevas riquezas de las bellas artes, tanto en cuadros como en mosáicos, asi en marmol como en bronce.

La piedra fundamental de la iglesia fue colocada por el Papa Julio II en 1506, y el frontispicio fue acabado en 1622, durante el pontificado de Paulo V, el décimo séptimo sucesor de Julio; de modo que con todos los recursos pecuniarios que la influencia de la gerarquia Romana en aquellos tiempos podia facilitar, se necesitaron ciento diez y seis años para concluir el estupendo templo de San Pedro. A la conclusion del frontispicio el costo habia ascendido á la enorme cantidad de cincuenta millones de pesos fuertes; y despues se han empleado trece millones mas en los adornos para su mayor magnificencia.

Las dimensiones mas exactas de esta basílica, averiguadas últimamente por un viajero, son las siguientes, reducidas á pies de Castilla.

El largor interior de la iglesia es de seiscientos sesenta y cinco pies; y el ancho por el crucero tiene cuatrocientos ochenta pies. La altura mayor desde el nivel de la plaza, frente del templo, hasta el ápice de la cruz, es de cuatrocientos noventa y ocho pies. La distancia desde la estrema línea de la elipsis de las columnatas hasta los portales de la iglesia comprende novecientos setenta y cinco pies; y agregando el largor esterior de la iglesia con sus vestíbulos, resulta la prodigiosa distancia de mas de mil y setecientos pies.

La cantidad de piedra empleada en el templo y obras accesorias debe haber sido inmensa, porque la profundidad de los cimientos, y el grosor enorme de la estructura baja, ha requerido mas material del que actualmente vemos sobre la superficie del terreno.

PADRE Y MADRE,

NOVELA POR

MARIA AYCARD.

M. de Lorges entreabrió la puerta de su gabinete, y con la mano hizo una señal al lacayo que se hallaba de planton en la antecámara:

—Decidle al criado de mi hijo que suba.

Momentos despues, un lacayo adornado con una rica librea, se presentó con aire bastante embarazado.

—John, habeis ensillado el caballo de mi hijo? pregunto M. de Lorges al lacayo.

—Pero, señor..... yo no se..... todavia no..... M. Cárlos no ha vuelto.

—Ni volverá: el caballo de M. Cárlos está ensillado y tambien el vuestro.... pero esta noche montaré yo en él..... vos me seguireis, John..... iremos.... donde sabeis.

John enredó la punta de su látigo alrededor del mango, y no contestó nada.

—Vamos, pues, dijo M. de Lorges.

Esta escena tenia lugar el año de gracia de 1828, hácia fines del mes de Julio: durante el dia habia hecho un calor insoportable, pero la noche estaba serena y fresca. En breve piafaron los caballos en el patio de la casa; y M. de Lorges iba ya á montar en el de M. Cárlos, cuando John le detuvo.

—Pero, señor, qué dirá M. Cárlos?

—A caballo, John; ya os he dicho que M. Cárlos no vendrá.

Obligado á obedecer, el lacayo presentó el estribo á M. de Lorges, y montando en el otro caballo, siguió á su señor. Este dejó atrás el arrabal de S. German, atravesó la plaza de la Revolucion y la calle Real, y partió al galope por el camino de San Mauro.

—Está visto! Mi amo lo sabe todo, dijo para sí John, metiendo espuelas á su caballo y siguiendo al padre, puesto que la fortuna se declaraba contra el hijo.

En efecto, M. de Lorges lo sabia todo: y este todo era la historia eterna de los jóvenes de veinte años.

M. de Lorges era hombre de unos cuarenta y cinco años, que hacia tiempo estaba viudo, y que, segun decia, no habia vuelto á casarse por amor á su hijo, y algo tambien por amor á los placeres y á la libertad. M. Cárlos, su hijo único y querido, acababa de salir de manos de su preceptor, y era uno de los mas elegantes guardias de corps de la compañia del Luxemburgo, cuando su padre supo que el colegial de la víspera descuidaba su servicio, y que en vez de dormir tranquilamente debajo de techado, salia todas las noches á caballo, seguido de un criado y no volvia hasta el dia siguiente. En tales casos, un padre, jóven todavia, y cuyos gustos son mas jóvenes que él, sabe perfectamente á qué atenerse. M. de Lorges hizo seguir á su hijo, y con facilidad supo lo que pasaba. A la sombra de los bosques de San Mauro y en las orillas ondulantes del Marne se oculta una casita de campo, rodeada de robles y de álamos: en ella vivia una viuda y su hija, cuyo apellido era el de Mareuil. M. de Lorges no habia oido hablar de estas señoras: no conocia ni su fortuna ni sus relaciones, pero se recordaba aunque de un modo vago y confuso, de un tal M. de Mareuil que habia muerto en la emigracion. Sin embargo, su hijo Cárlos habia visto á Mlle. Anaïs de Mareuil, se habia enamorado de ella, y, segun se decia, la veia todas las noches en las alamedas del par-

que de la casita de San Mauro; bien entendido, sin que la madre supiese nada de ello. Todo esto era muy grave al parecer de M. de Lorges, porque, ó Mad. de Mareuil era una muger respetable y pertenecia á una familia honrada, y en este caso no se debia dejar entregada la jóven á la peligrosa pasion de un calavera; ó estas señoras eran dos aventureras, en cuyo caso todo el peligro recaia sobre su hijo, que seria seducido con facilidad por los encantos de la hija y los artificios de la madre. Advertir á Cárlos era inútil, porque, ¿quién ignora que el amor venda los ojos, y ciega á sus víctimas? Asi, pues, Mr. de Lorges resolvió juzgar por sí mismo antes de tomar ningun partido. Al efecto, vió al capitan de la compañia en que servia Cárlos, y como no era dificil hallar en falta al jóven guardia de corps, hizo que le detuviesen por espacio de doce horas; y despues, seguro de que nadie le habia de incomodar en su proyecto acudió tranquilamente á la cita en reemplazo de su hijo.

—John, dijo al lacayo cuando ya se hallaban cerca de San Mauro; está cercado el parque?

—Si señor.

--Creo que á la derecha de la tapia hay una brecha: no es así?

--Si señor.

--Pues ya hemos llegado.... Guardad los caballos.

Y al hablar asi, M. de Lorges echó pie á tierra, y sin armar ningun ruido se introdujo por la brecha con el ardor de un jóven de veinte años. M. de Lorges era un hombre muy bien parecido y habia conservado todas las ventajas exteriores de la juventud, asi como el ardor y los gustos. La entrevista que iba á tener, le ofrecia mil atractivos..... pues conceptuaba que al principio se equivocaria la jóven y le tomaria por el hombre á quien amaba.....

--Si esa maldita luna, pensaba, hubiera salido algo mas tarde, Mlle. Anaïs no me reconoceria al pronto, y saldriamos bien del primer paso.

No obstante, la oscuridad era bastante grande debajo de los árboles, para que la jóven se engañase por un momento, con lo cual habia tiempo de tranquilizarla: adelantóse, pues, con mucha cautela, tropezando ya con un árbol, ya con un banco, hasta que al fin, en una especie de llano circular distinguió un vestido blanco, y creyó ver un sombrerillo de paja.

--Psit!

--Psit!

--Sois vos, caballero?

--Yo mismo.

--Acercaos, pues.

M. de Lorges se adelantó; tomó una mano que le tendian, y como la sintiese muy suave y fina, la besó á todo riesgo.

--Sabeis que es muy digno de censura este paso que doy? le dijo una voz temblorosa, y á la cual la emocion quitaba algo de su frescura ordinaria..... Mucho habeis tardado.

--Mi padre me ha detenido.... os juro que ha sido á pesar mio: no he podido dejarle antes, y.....

--Vos no sois M. Cárlos de Lorges, le interrumpieron; esto es una traicion, una infamia..... Oh! caballero, cualquiera que seais.....

--En nombre del cielo! señorita, tranquilizaos..... hablad mas bajo..... mas bajo..... yo os lo suplico..... si vuestra madre os oyera..... si se sospechara de..... de la dicha..... quiero decir, de la casualidad que.....

--La casualidad? caballero.....

--Pues bien, señorita, escuchadme... Me desesperaria si os creyéseis un momento en peligro á mi lado, y si sospecháseis alguna traicion de parte de mi hijo.....

--Vuestro hijo, caballero!

--Si señorita; Cárlos es mi hijo, y

yo soy M. de Lorges.... Vamos, señorita, no bajeis la cabeza, ni lloreis asi; os lo suplico: tranquilizaos, pues estais con el padre del hombre á quien amais.

—Oh! señor..... dijo la jóven con una voz al parecer quebrantada por los sollozos.

—Acaso no le amais?..... No ha sido bastante feliz para inspiraros una de esas pasiones profundas que influyen en toda la vida..... Hé ahí lo que yo temia por vos, y sobre todo por él. Cárlos es jóven: tiene una figura graciosa y hasta interesante; pero todavia es un niño, que necesita tener cinco ó seis años mas antes de poder apreciar el amor que se le tenga. Cuando supe su dicha, temblé por vos..... Pensé que una jóven tan distinguida como vos merecia que la ilustrasen sobre la posicion de mi hijo, ates de que se comprometiese mas.

—Pero, caballero...., vuestro hijo va á venir.

—No temais; está detenido.

—Detenido!

—Solo por doce horas; mañana temprano saldrá en libertad.

M. de Lorges lisonjeó á la jóven que se hallaba entregada á él, la tranquilizó, y logró saber cuanto queria acerca de su madre y de su posicion. Mad. Mareuil era viuda segun hemos dicho, y poseia una fortuna mediana: ese M. de Mareuil muerto en la emigracion y conocido de M. de Lorges era el hermano mayor de su marido. Mlle. Anaïs parecia llena de talento y de gracias. Un rayo de la luna, deslizándose por medio de las ramas de los árboles, permitió ver á M. de Lorges, su figura y su persona: distinguia una cabellera rubia, una frente blanca, y un talle perfecto; era una muger de una belleza poco comun. No se sabe qué percepcion confusa le hizo creer al mismo tiempo, que, asi como lo habia dicho al acaso, su hijo no habia inspirado un amor violento, sino mas bien un deseo que una pasion. Entonces tomando un tono de voz paternal, añadió con dulzura:

—Ya veis, señorita, á los peligros que os esponeis: una cita secreta, misteriosa, solicitada y concedida contra la voluntad de vuestra madre, y la mia.... Y quién os ha dicho que Mad. de Mareuil querrá hacer á mi hijo el honor de aceptarlo por yerno?.... Por lo que hace á mí, dijo con galantería, si tuviera la ventaja de conocer á una persona tan distinguida como vos, no hay duda que tendria otros deseos que el de que fuera mi hija política. Pero dejemos las cuestiones personales, y volvamos á mi hijo. Yo soy rico; me aproveché de mis riquezas para casarme, hace veinte años, con una muger que nada poseia: este es el privilegio de la fortuna. Mi hijo no puede hacer otro tanto; porque, al fin, todavia soy jóven y puedo volverme á casar, tener hijos; y si vos, señorita, admitis esta hipótesis posible, el patrimonio de Cárlos puede ir á menos todos los años. Ademas, tengo demasiada prudencia para permitir que mi hijo se case tan jóven. Un subteniente no puede hacerse cargo de una muger: es menester que antes se vea establecido.

Esta declaracion no produjo, al parecer, el mayor efecto sobre la jóven: caminaba despacio y silenciosamente sobre el césped húmedo, asida del brazo de M. de Lorges. Hubo un momento de silencio entre ambas personas. Entretanto el padre de Cárlos hacía estrañas reflexiones: el silencio de la noche, el olor embalsamado de los árboles, la dulce sencillez de su compañera, y esa vanidad del hombre que toca al otoño de la vida y se cree todavia en la primavera, todo le causaba cierta emocion, fugitiva al pronto, pero que, renovándose á medida que con-

tinuaba la conversacion, dió por último otro giro á sus ideas. Dos cosas, pues, se habian fijado en su imaginacion: Mlle. Anaïs de Mareuil era un partido conveniente, y como quiera que su hijo no podia casarse antes de ocho ó diez años, Mlle. Anaïs no esperaría tanto tiempo para establecerse, y Cárlos tendría que renunciar á ella. Faltábale saber si él no era hombre de mucha edad para la jóven, y se hallaba batallando en tan grave cuestion, cuando Mad. de Mareuil dejó de pronto su brazo.

—Me abris los ojos, caballero, le dijo; me haceis reconocer mi falta; nunca olvidaré el servicio que acabais de hacerme..., voy á buscar á mi madre, me arrojaré á sus pies, y.....

—Hacedme el gusto de deteneros un momento.

—No señor; cada momento que pasa agrava mi falta..... sobre todo ahora que ha acabado todo.... no, ya no tendria disculpa.... Permitid, caballero....

—Nada de eso, señorita, nada de eso: convengo que una entrevista con mi hijo, aqui, á esta hora, presentaria mil peligros, pero conmigo es diferente.

—De verdad, caballero?

M. de Lorges empleó todos los recursos de su ingenio para sostener tan dificil tésis: en efecto, no era muy fácil probar que una entrevista nocturna bajo los árboles de un parque entre una jóven de diez y seis años y un hombre de cuarenta y cuatro ó cuarenta y cinco, era la cosa mas inocente y regular del mundo; pero en semejantes casos no se trata de dar buenas razones, sino dar muchas, cualesquiera que sean. M. de Lorges no lo ignoraba; se valió de este medio, y la jóven contestó, y se entró en discusion; una vez obtenido este punto, el hombre hábil creyó segura su victoria; y en efecto, tuvo bastante arte para prolongar la entrevista, y conducirla á su modo hasta el punto de hacer olvidar á su jóven rival, y presentarse él mismo bajo el aspecto mas ventajoso. Anaïs parecia haber olvidado lo intempestivo de la hora y del sitio; sin excitacion de ninguna clase habia vuelto á tomar el brazo de M. de Lorges; el recuerdo de M. Cárlos estaba muy léjos; poco á poco la jóven habia ido contestando á las dulces palabras de su nuevo seductor, y oia los elogios de M. de Lorges, sonriéndose á los graciosos cuadros que le presentaba. Hay, decia aquel, seres destinados á amarse: ignoran por mucho tiempo si existen, marchan uno al lado del otro sin verse, sin encontrarse, mas al fin, una circunstancia inesperada viene á ponerlos en contacto, su corazon se abre entonces, rebosa con los sentimientos, largo tiempo experimentados, el sueño de su vida se convierte en realidad, y la dicha se les presenta tanto mas dulce cuanto que ha sido esperada por largo tiempo. Tal era la historia de M. de Lorges, al menos segun lo aseguraba él: habia vivido poco tiempo con su primera muger; y hacia veinte años que el recuerdo fugitivo de aquel amor se habia borrado de su imaginacion, veinte años en los cuales su vida no habia sido mas que una decepcion continua, una sucesion fatigosa de dias perdidos en busca de un sentimiento que á la sazon experimentaba de un modo tan vivo que le parecia sentirlo por la primera vez. No habia hecho mas que entrever el contorno de un rostro gracioso, un bucle rubio, un talle divino; pero el timbre de una voz melodiosa, el delicioso contacto de una mano tersa y fina como el armiño, todo le hacia conocer que seria el mas desgraciado de los hombres, si el amor que habia sentido de repente no era participado. Demasiado hombre de mundo para envanecer á la jóven arrojándose

á sus pies, M. de Lorges se contentó con tomar su mano y estrecharla dulcemente contra sus labios, repitiendo los mas fervientes juramentos de amor.

En el mes de Julio, las noches son cortas, y media poco tiempo desde que el sol se oculta hasta que vuelve á aparecer: hacia algunos instantes que el horizonte se aclaraba, y una luz mas igual y mas viva sucedia á la dudosa de la luna. Sin embargo, nada disipaba el encanto que dominaba á M. de Lorges, ni tampoco parecia turbar la seguridad de su compañera, cuando ésta se estremeció:

—Oh! caballero, esclamó; acaban de abrir la verja del parque..... el jardinero está levantado.

—Tan pronto, señorita! Me voy, no temais nada, yo me deslizaré á través de los árboles, y nadie me verá: pero yo os volveré á ver; mi dicha no se disipará con la noche, y volverá con ella: no es verdad?

Hablando asi M. de Lorges; queria separar el velo verde del sombrero de Mlle. Anaïs, con el cual se habia cubierto el rostro al aproximarse el dia; pero el galope de un caballo llamó su atencion, y casi al mismo tiempo su hijo Cárlos se presentó ante él: al verle M. de Lorges no pudo impedir el ruborizarse algo.

—Cómo! ¿sois vos? le dijo.

Entónces Mad. de Mareuil se levantó; se alzó por sí misma el velo, y adelantándose hácia el jóven que acababa de bajarse del caballo, le dijo:

—M. Cárlos; aqui teneis á vuestro padre, que no quiere que os desposeis con mi hija; las razones que me ha dado para ello son excelentes..... Desde que tengo el placer de estar á su lado solo hemos hablado de vos.

Entretanto, M. de Lorges no se cansaba de considerar aquella muger con quien acababa de pasar horas tan dulces y tan fugitivas. No era ninguna jóven, ni tenia quince años, es verdad; pero aunque habia pasado en uno ó dos años el doble de aquella edad, el observador mas maligno no le hubiera echado mas que veinte y ocho. Su frente blanca y tersa, sus labios sonrosados, sus hermosos cabellos rubios, cuyos ondulantes bucles se escapaban por debajo de su sombrerillo, y su talle esbelto y delicado, todo atestiguaba que las gracias de la juventud estaban muy lejos de haber dejado á la madre de Mlle. Anaïs. M. de Lorges, confuso de su error, no sentía disminuir en su corazon los sentimientos que acababa de expresar; al contrario, una nueva esperanza se apoderó de él.

—Oh! señora! dijo.

—Despues, dirigiéndose á su hijo: añadió:

—Mad. de Mareuil os ha dicho la verdad, Cárlos; me pareceis muy jóven para casaros, y yo, yo mismo quiero tomar de nuevo estado antes que vos.

—Vos, padre mio!

—Si, yo: ojalá se digne esta señora aceptar mi fortuna y mi mano, y despues nos ocuparemos de la felicidad de nuestros hijos.

Dieronse en seguida las explicaciones necesarias: el jóven contó cómo habia seducido al cancerbero que le guardaba en la prision, y Mad. de Mareuil, dijo de qué modo una doncella que tenia, que era la que hablaba todas las noches con M. Cárlos de Lorges, habia prometido á este una cita á la cual no habia logrado atraer á su jóven señora, y como, en fin, instruida ella por su misma hija, se habia decidido á dar un paso, cuyo resultado acabamos de referir. El sol se levantó, y cuando la jóven Anaïs llegó aquella mañana á abrazar á su madre, se halló que tenia ademas un padre político y un esposo.

LA SEMANA SANTA EN ROMA. (*)

DOMINGO DE RAMOS.

Nada hay mas hermoso que el llegar este dia al galope de dos caballos entre una multitud de seiscientos coches á la inmensa plaza que precede al templo de San Pedro, esa maravilla del mundo, apearse en la doble y gigantesca columnata que la circunda, al ruido de las dos fuentes colosales, cuyas aguas arrojadas á grande altura bajan convertidas en blanquísimo vapor. Allí se vé la magnífica fachada de la Basílica, á que se sube por una porcion de escalones de piedra con espaciosos descansos, y cuyo peristilo guardan eternos centinelas, las estátuas ecuestres de Constantino y Carlomagno, ostentándose en medio de la inmensa plaza el obelisco de Heliópolis, traido á Roma por Calígula, y alzado allí magestuosamente por Fontana en el pontificado de Sisto V. Empresa grande vanamente intentada por otros Papas.

Atravesamos la magnífica plaza, miramos el soberbio obelisco, y pasando el suntuoso peristilo de S. Pedro, levantamos la inmensa y pesada cortina que pende delante de la puerta del templo, encontrándonos de repente en el suelo de la nave sublime, donde el alma esperimenta una série no interrumpida de sorpresas y encantos que se complace en resucitar como el mas hermoso de sus recuerdos, pero que la palabra no puede desenvolver y esplicar.

La bendicion de las palmas se verifica por el Papa en la capilla sixtina, y despues comienza la procesion: nosotros no asistimos á este acto porque queriamos gozar del magnífico y sorprendente espectáculo de esta al entrar en la iglesia para ir á la capilla paulina. Una hora haria que estábamos en la iglesia cuando oimos abajo hácia el pórtico los primeros rumores y despues el gran ruido que anunciaba la proximidad de la procesion. Viene esta procesion cantando palabras que aunque hemos oido muchísimas veces, allí en San Pedro parecen tener otro sentido y significacion.

«Abrios, abrios, puertas eternales y entrará el Rey de la gloria.»

Asi cantaban los sacerdotes detenidos sobre el umbral de la iglesia; respondianles los de adentro:

«¿Quièn es este Rey de la gloria?»

Replicaban las voces de afuera:

«El Señor fuerte y poderoso, el Dios terrible, invencible en los combates. Abrios, abrios, ó puertas eternales, y dejad entrar al Rey de la gloria.»

Ciertamente que es bello y sublime este diálogo bajo el pórtico del primer templo del mundo.

Las palabras de *puertas eternales* y de *Rey de la gloria* producen un efecto mágico en esta mansion, que parece edificada para toda la eternidad, y llena solo de la gloria del Altísimo: pero la emocion que produce ese religioso cántico, se aumenta considerando que en todo el mundo católico se verifica igual diálogo, y que estas palabras de *puertas eternales* y *Rey de la gloria*, que resuenan delante de la primera basílica del mundo, resuenan á igual hora delante del humilde pórtico de la modesta iglesia de las mas pobres aldeas, en donde son tan verdaderas y tan magníficas como en Roma.

(*) El presente artículo es un extracto de la bella y poética descripcion de la Semana Santa en Roma, publicada por don Jose Muñoz Maldonado.

Entra despues la procesion cantando el himno que refiere el triunfo de Jesus en Jerusalen.

«Los niños de los hebreos iban delante del Señor con ramas de olivo, clamando: Hosanna, salud y gloria en lo mas alto de los cielos!

En tanto que resonaban estos cánticos en las inmensas bóvedas del templo, veíase venir por medio de su gran nave, por entre una calle de regimientos escalonados, la brillantísima procesion donde están representadas todas las gerarquias del mundo católico y todos los títulos de la corte pontificia. Escuderos, procuradores generales, capellanes secretos, abogados consistoriales, camarlengos, abreviadores, los auditores de la Rota, los generales de todas las Ordenes religiosas, el cuerpo diplomático lleno de brillantes condecoraciones, los Cardenales diáconos, presbíteros y Obispos con los ornamentos de su correspondiente órden, blancos, bordados riquísimamente de oro, llevando en la mano una mitra blanca lisa; los oficiales de la guardia suiza, vestidos á la antigua con espada de dos manos, los Conservadores, el Senado romano, el gobernador de Roma y los dos primeros maestros de ceremonias delante de la silla del Pontífice, llevando las hermosas vestiduras que la Iglesia recibió de los primitivos pueblos, y cuya forma recuerda la patria de Licurgo y de Zoroastres, y la de los magos de Suza y Ecbatane.

Llevado por doce escuderos vestidos de encarnado, que se llaman *bussolanti*, sobre una especie de andas donde está colocada la silla, y bajo un magnífico pálio que sostienen ocho Obispos, el Padre supremo de los fieles domina toda la procesion, y enseña su venerable cabeza, que inclina al peso de la tiara con su triple corona, y á la que aparentan dar sombra dos ricos abanicos de pluma, figurando los ojos de una cola de pabo real, que llevan al lado de su silla con una larga vara dorada dos sacerdotes. Detrás marcha el decano de la Rota, los Obispos existentes en Roma, el tesorero, el mayordomo mayor, los protonotarios de honor, y cierran tan magnífica pompa los guardias de Corps y la guardia noble, compuesta toda de brillante juventud, y con el mas elegante uniforme militar.

Despues cantaron:

Cum appropinquasset Jesus Jerosolimam, &c.....

«Aproximándose Jesus á Jerusalen, envió dos de sus discípulos diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y en ella encontrareis una asna atada, desatadla y traédmela. Si alguno os dijere algo, decidle que el Señor la necesita. Los discípulos fueron é hicieron lo que Jesus les habia mandado; trajeron la borrica y poniendo sobre ella sus vestidos, Jesus se sentó en ella. Gran multitud del pueblo tendia sus vestidos en el camino, otros cortaban ramas de árboles y las echaban por donde habia de pasar, y todos los que iban delante, como los que le seguian, gritaban diciendo: *Hosanna*, bendito sea el que viene en nombre del Señor!"

En cualquiera parte es admirable este cántico, que pinta la entrada del Rey de Israel en la ciudad de Sion, modesto triunfo en que el vencedor entra sentado sobre una pollina, en medio de una multitud que arroja palmas por donde pasa; profundo milagro que de esta pompa indigente ha hecho una pompa eterna en todo el universo, renovada anualmente hace diez y ocho siglos; pero esta admiracion es mayor en Roma, testigo de tantas orgullosas obaciones y soberbios triunfos, cuyo ruido aturdió un dia al mundo.

La misa duró cincuenta y cinco minutos. La pasion, este dramático poema de S. Mateo, es cantado por tres

músicos sacerdotes que representan el uno el historiador, el otro el pueblo, y el tercero á Jesus. Estan revestidos de alba y estola de diáconos.—Antes de comenzar se postran á los pies del Papa, y besan su pie.—Despues, y mientras que alternativamente cantan los últimos dolores y padecimientos del Hijo del Hombre, todos los asistentes y el Papa mismo permanecen de pie, con las palmas bendecidas en la mano. ¡ Qué hermoso espectáculo es este inmenso bosque de palmas que cubren las cabezas de la multitud religiosa !—En algunos momentos las voces del coro se levantan para unirse á la del músico que representa el pueblo hebreo.

Cuando les oiamos repetir aquellas palabras del sagrado testo:

«Crucifícale, crucifícale, y que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos," pensábamos en el arco de Tito por donde habiamos pasado dias antes, y en el que habiamos visto recuerdo de la gran matanza de la raza judía, de la toma y destruccion de Jerusalen, y de la dispersion eterna de su pueblo. El arco de Tito es uno de los monumentos mas bien conservados de la antigua Roma, y los descendientes del pueblo hebreo han conservado de siglo en siglo tal horror y aversion á este monumento, que no pasan jamás cerca de él, sin volver la vista á otro punto.

Sin embargo, en la hora misma que semejantes observaciones ocurren al pensamiento, la multitud inmensa que acude al templo de S. Pedro, presenta un cuadro de escándalo contra el que han clamado diversos escritores. En vano al ver tanta concurrencia, y de gentes de diverso culto espera uno alguna confusion, es escandaloso, indecente, el modo con que se asiste á los mas graves misterios en el templo mas santo, y delante de la asamblea mas augusta del mundo.

A los dos lados del altar se colocan inmensas graderías, que ocupan las señoras. Hay otras galerias ocupadas por las familias de los príncipes y personages residentes ó de paso en Roma, y los embajadores con todos sus agregados; el resto del templo, es decir, la parte que la ceremonia deja desocupada, es donde se coloca el pueblo y demas espectadores menos favorecidos. En todas las graderias y tribunas se observa la misma falta de órden. En una parte damas menos atentas á las ceremonias que á los brillantes uniformes de sus vecinos; de otra, grupos de poderosos funcionarios vestidos con todo el lujo de sus condecoraciones, y segun el gusto de las naciones que representan, hablando de sus negocios. Allí un tropel que se estrecha y da de codazos, y rie, y habla en todos los idiomas del globo. Mientras un luterano ó calvinista lanza un epígrama contra los cardenales; un francés dirige un requiebro á una bella italiana; dos españoles hablan y ponderan las procesiones de la Semana Santa de Sevilla; y unos suizos se citan para ir á beber terminada la funcion. Jamás á espectáculo profano, á teatro alguno, se ha asistido con menos compostura.

MIERCOLES SANTO.

A las cuatro de la tarde fuimos á las tinieblas que se cantan en la capilla sixtina. Esta magnífica capilla se llama asi, del nombre de su fundador Sixto IV, y adquirió una eterna fama en tiempo de Paulo III, por el fresco en que Miguel Angel pintó el juicio final.

Imponente es el momento en que uno se encuentra por primera vez en presencia de esta obra colosal del arte. Allí contempla uno estremecido la sombría pared sobre la que el genio del mas severo de los artistas, trazó con

mano maestra la escena mas terrible y formidable que puede presentarse á la imaginacion del hombre.

Alli se admira el poder del artista, que superior á las fuerzas humanas, ha luchado contra las invencibles dificultades que ofrecia arrojar sobre una pared inmensa la pintura mas terrible que concibió jamás el genio de la pintura. Cuando la vista, reposando del efecto que produce el conjunto del cuadro, estudia los detalles de la composicion, se encuentran en ella un carácter que jamás presentó pintura alguna; un carácter de inspiracion furiosa, de improvisacion ardiente, que parece el resultado de una concepcion fenómeno. Diriase al ver este cuadro, que un gigante de los primeros dias del mundo, un artista ante-diluviano pasó un dia por esta capilla, y bosquejó esta vision apocalíptica, esta escena de terror en cuatro grandes pinceladas, en un cuarto de hora de inspiracion.

El cuadro inmenso de Miguel Angel lleva un marcado carácter de precipitacion, ó por decirlo asi, de improvisacion. Encargado de las obras artísticas de todo un siglo, de todo un pais, en los tres ramos de pintura, escultura y arquitectura, Miguel Angel no podia emplear en la confeccion de ese fresco las condiciones ordinarias de una pintura hecha con descanso. Asi es que se deja notar la impaciencia del pintor: muchas de las figuras del último término son solo bocetos, y para distraerse y escitarse á concluir su obra, recurrió el pintor á su fantasía. El fresco de la capilla sixtina es mitad obra del arte, mitad caricatura. Dios, la Vírgen, los ángeles, los santos, los demonios, el barquero Caron, el paraiso, el infierno, grupos de figuras grotescas y obscenas, hombres que hacen gestos y contorsiones espantosas, un Cardenal precipitado en las llamas en medio de diablos y serpientes, son retratos de críticos envidiosos, de quienes Miguel Angel se vengó con su pincel, como el Dante se habia vengado de los suyos con la pluma.

Cuéntase que quejándose de Miguel Angel el Cardenal alli retratado á Paulo III, porque le habian colocado entre los condenados, y pintado con tal exactitud que todos le reconocieron á primera vista, Paulo III, que era grande amigo del artista, no queriendo mandar quitar el retrato de aquel, y echar un gran borron sobre esta grande obra maestra, le contestó, que si al menos Miguel Angel le hubiese colocado en el purgatorio, le sacaria de él, pero que al infierno sabia no llegaba su potestad, y que *nulla erat redemptio*. El retrato del Cardenal existe, y era el del mayordomo del Pontífice, y el motivo de tan cruel venganza cuentan fue la mezquindad con que aquel regateaba al grande artista el precio de sus excelentes obras.--Para cubrir algunas figuras de chocante desnudez, encargó despues Paulo IV á *Daniel Volterre* distribuyese en el inmenso fresco con el mayor cuidado una gran cantidad de hojas de parra.

En la bóveda de la capilla Sixtina colocó Miguel Angel Buonarotti los Profetas y las Sibilas, que parece atestiguan la verdad de su terrible pintura.

Teste David cum sybilla.

Es una lástima que esta capilla, á que tanto concurren en las funciones de Semana santa los estrangeros, solo pueda recibir en su recinto de quinientas á seiscientas personas; es preciso pues, ó procurarse recomendacion para entrar antes de que se abra la capilla al público, ó resignarse á aguardar una ó dos horas para tomar puesto en la sala Ducal, ó en el peristilo del Vaticano. Es preciso ir vestido de toda etiqueta, y los suizos alabarderos son inflexibles con las levitas.

De cuatro á cinco de la tarde van

llegando los cardenales con capas moradas, el Papa entra el último, con capa encarnada y mitra de sarga del mismo color, cuyas borlas y bandas sostienen dos Obispos asistentes al solio pontificio, en el que despues de una ligera oracion se sienta. Los cantores entonan la antífona *Zelus domui tuæ* &c, y el verso de los maitines, sobre un tono rápido y uniforme. No hay en la capilla del Pontífice instrumental alguno. Despues el Papa se levanta, descubre su cabeza y dice el *Pater noster*. Profundamente se siente uno conmovido en el momento en que el Gefe del catolicismo, el representante de Dios, el augusto anciano á quien el mundo llama Santísimo Padre, levanta su voz para dar él mismo este nombre de *Padre* á aquel de quien es imágen y representante entre los hombres. En seguida se cantan las lamentaciones. Entonces reina un profundisimo silencio, y se ejecutan con estremecimiento aquellos cánticos de desolacion, compuestos por el mas triste de los profetas, y que un grande artista, Gregorio Alegri, ha revestido de toda la melancolía de su alma.

La composicion de estos cánticos, que se recitan á cuatro voces, se llama *acróstica* porque las letras iniciales de cada estrofa siguen el órden del alfabeto hebreo, *aleph*, *beth*, *ghimel*: pero como en la traduccion latina no se podia conservar el mismo órden, ha querido la Iglesia que cada versículo vaya precedido de la letra hebrea con que comenzaba en el testo original. El canto de estas letras, pertenecientes á una lengua primitiva, produce en todas partes un efecto maravilloso: pero en donde la ilusion es completa, es en la capilla sixtina, cuya bóveda está toda poblada de las imágenes de aquellos ancianos hebreos, animados por el pincel de Miguel Angel.

Persuádese uno, en medio del silencio de la concurrencia, que aquellos acentos de dolor, proferidos en un lenguage misterioso, salen de la boca misma de los Profetas de Buonaroti. Parece que Isaias y Jeremías, saliendo de su tumba, vuelan sobre la multitud muda, congregada en la capilla, y que despues de tantos siglos de silencio, vuelven á alzar su voz para repetir al mundo sus aflictivos poemas, en que tan terriblemente anunciaron la destruccion y ruina de Sion.

« ¡Oh! ¿Cómo esta ciudad, antes tan populosa, se halla tan desierta y triste?

« ¿Cómo la reina de las naciones, la que los pueblos venian desde muy lejos á admirar, se asemeja á una ciudad desolada? ¿Cómo la soberana de tantas provincias es hoy tributaria de los estrangeros?

« No cesa de llorar toda la noche, y su continuo llanto y sus lágrimas han surcado sus pálidas megillas:....

«Las calles de Sion lloran su soledad; nadie acude ya á las solemnidades del templo. Su suelo está desierto, rotas sus puertas, consternados de dolor los sacerdotes.....

« Oh! Cómo la ciudad antes tan populosa se halla al presente tan desierta y triste?"

Imposible es cuando se oyen en Roma estas palabras de luto sobre la antigua capital de Judea, no echar una mirada á la ciudad donde uno se halla, sobre Roma que tambien fue tan horriblemente destruida por los ejércitos victoriosos.

Aun estaba embebido en estas meditaciones cuando un coro colocado en la tribuna, entonó el *Miserere*, este famoso cántico de Alegri que goza tanta reputacion en el mundo filarmónico, reputacion justamente merecida. Jamás el genio del dolor inventó un signo mas meláncolico y lamentoso. Elévanse al principio algunas voces sordas que parecen formular apenas una angustia

confusa y sin objeto; despues se desarrolla, y el murmullo se convierte en sollozo, y el sollozo se transmuta despues en fuerte clamor, presentando una no interrumpida sucesion, siempre creciente de lastimeras notas que se aglomeran y precipitan. Al principiar con los sordos gemidos de un tempestuoso lago, luego se oyen las lamentaciones inmensas de un oceano agitado por los vientos: al principio es la voz de un alma aislada refiriendo á sus hermanos su misteriosa pena, luego es el concierto de la humanidad entera repitiendo los remordimientos de lo pasado, y anunciando los temores del porvenir.

Semejante música no es digna de resonar sino delante del juicio final de *Miguel Angel*. No es dado describir el efecto que produce en el alma delante del fresco apocalíptico. Parece que esta pintura es el lienzo que cubre un gran misterio, y que esta música es la sinfonia del último dia, y que al perderse el eco de la última nota, desaparecerá el fresco como el telon de un teatro para dejarnos ver la vision del mundo venidero!

A medida que los cantores acaban de suspirar las últimas notas del *Miserere*, apagadas las luces todas, escepto las seis hachas colocadas sobre la verja que divide el recinto de la capilla, y cuya llama hacia temblar el aire que entraba por las ventanas entornadas, á esta vacilante claridad, los ojos distinguian apenas vagamente el colegio de cardenales, que postrados todos en tierra tocaban el suelo con sus encanecidos cabellos ó sus calvas frentes. En la bóveda, las figuras de los ángeles y de los biblicos ancianos, parecia que tomaban cuerpo al reflejo de estas luces opácas, indecisas, misteriosas. Confundíase entonces la ficcion con la realidad, y dudaba uno si los ancianos tendidos sobre el mármol eran séres de este mundo, y si los fantasmas de la bóveda eran vivientes suspendidos en el aire sobre la cabeza de los fieles, en las sombras del crepúsculo y entre nubes de incienso. Al terminarse las tinieblas salimos de la capilla sixtina, fuimos á dar un paseo, y al atravesar el *Forum* lleno de templos antiguos arruinados, columnas, pórticos desgastados, repetiamos involuntariamente y en voz baja, las palabras que habiamos oido una hora antes.

Oh! cómo esta ciudad en otro tiempo tan populosa, está hoy tan triste y solitaria!!!

JUEVES SANTO.

En medio de la tristeza de la Semana santa, semana de penitencia y de luto, el Jueves santo es como un dorado rayo que brilla al través de oscuras nubes.

En este dia el cardenal Justiniani celebró la misa. El altar y la cruz estaban cubiertos con un velo blanco: los cirios encendidos eran del mismo color.

Los oficios se celebran en la capilla sixtina. El Papa asiste con mitra de moaré de oro, capa blanca cerrada por el *formale*, que representa un Espíritu-Santo en relieve, guarnecido de brillante pedrería.

Antes de la elevacion, doce escuderos vestidos de encarnado, salen de la sacristía, con hachas, y se colocan de rodillas, seis á cada lado del altar.

Cuando el cardenal celebrante se lava las manos, un gentil-hombre del Papa le echa el agua.

Se consagran este dia como en todas las iglesias dos hostias. El celebrante consume la una, y se reserva la otra para el dia siguiente en un cáliz consagrado á este efecto, que el diácono cubre con la patena: el cáliz es de cristal de roca, rodeado de esmalte; está adornado con los doce apóstoles cincelados en vermeill, y dos ceroos de perlas le guarnecen: en medio de la

patena se halla representada la figura del Salvador rodeado de rayos.

Despues de la elevacion, dos maestros de ceremonias distribuyen las velas á los que deben asistir á la procesion. Concluida la misa, el celebrante se retira á la sacristia, y no sale ya ni aun para la procesion. Los cardenales, que estan sentados en unos bancos elevados en la capilla sixtina, tiene cada uno á sus pies, sentado en el suelo, un sacerdote, que se llama *Caudatario*, porque su principal cargo se reduce á sostener la cola del manto de estos, y en la parte de fuera de la capilla tienen igualmente un gentil hombre cada uno, el que les lleva los ornamentos, que se revisten en el mismo asiento, recogiendo el manto; lo que produce alguna confusion, pues entran á la vez cincuenta, cargados con las vestiduras. Los Patriarcas, los Arzobispos, Obispos y Abades mitrados se presentan vestidos con capas blancas. Al *Pater noster* los auditores de la Rota, los clérigos de cámara, los votantes de la signatura y los abreviadores salen inmediatamente de la capilla sixtina, y se colocan á lo largo de la escalera que conduce á la basílica. La procesion sigue el mismo órden que la del Domingo de Ramos.

En el momento en que la cruz, cubierta de un velo blanco, pasa de la balaustrada que divide la capilla, los coristas entonan el himno *Pange lingua*. Los cardenales se adelantan de dos en dos pausadamente llevando en una mano un cirio, y en la otra la mitra blanca, en la que colocan el solideo encarnado por respeto á la santa Eucaristía, que el soberano Pontífice lleva á pie y con la cabeza descubierta hasta la capilla paulina, bajo un pálio magnífico cuyas varas llevan ocho Obispos con las mitras en la mano. Quinientos sesenta y siete grandes candelabros iluminan la magnífica capilla, en la que al momento que entra el Papa canta el coro la estrofa *Verbum caro*. Al llegar al altar, el primer cardenal diácono monseñor Rivarolas, doblando la rodilla, tomó el cáliz de manos del Papa, y acompañado de dos escuderos con hachas, subió á colocarlo á lo alto del magnífico monumento, construido por los dibujos de Bernin. La hostia se encierra en una caja que lleva el nombre de Sepulcro.

Esta caja, abierta unos cuantos minutos antes, queda espuesta á la adoracion de la concurrencia; el Papa, á quien el decano de los cardenales presbíteros, monseñor Oppizioni, Arzobispo de Bolonia, presenta el incensario, se pone de rodillas en las gradas del monumento, é incensa al Santísimo Sacramento; en seguida se cierra el sepulcro, entregándose su llave al cardenal gran penitenciario, que debe oficiar el Viernes santo.—Con el mismo órden, y sin mas diferencia que la de subir el Papa á la silla gestoria, en la que es llevado en hombros de 12 *boussolanti*, pasa la procesion á la tribuna de la bendicion, que es el balcon del centro de la fachada de San Pedro, llamada asi, porque desde de allí el Pontífice bendice á la ciudad y al mundo, *Urbi et Orbi*. Ocho prelados refrendarios cubren al Papa con su magnífico pálio, distinto del que sirvió para conducir la Eucaristía. Llegado á la tribuna, que se halla colgada de damasco encarnado, y sobre la que flota un inmenso pabellon, da el Pontífice su triple bendicion entre el estruendo de los cañones del castillo de S. Angelo, el ruido de las campanas y las músicas militares de los regimientos y escuadrones formados en batalla en la inmensa plaza del Vaticano, llena toda de millares de personas que doblan la rodilla silenciosos al presentarse el Papa en el balcon; ceremonia interesante, de grande efecto, y que describiremos al hablar del Domingo de Pascua, que es el dia de mas festividad en Roma.

Procédese en seguida al lavatorio ó *mandato*. El Papa, llevado sobre su silla, pasa á una sala ricamente adornada, y que decora especialmente un magnífico tapiz representando la cena de Leonardo de Vinci.

El trono del Papa está debajo de un gran dosel; dos taburetes hay reservados fuera de las gradas para los dos cardenales asistentes. Una multitud de criados traen palancanas, flores, jarras de plata, y tohallas y se situan en un lugar inmediato al trono. El Papa baja de su trono, dos cardenales le ciñen en la cintura un delantal de batista, primorosamente rizado y guarnecido de encaje, y sube sobre el tablado donde están los trece Apóstoles. Estos apóstoles son sacerdotes ó diáconos, y están vestidos de una sotana de lana blanca, con un gorro en forma de capuchon; tienen descalzo y enteramente desnudo el pie derecho. El Papa de rodillas lava el pie de cada apóstol en una gran palancana de vermeill, lo enjuga con el delantal, y lo besa. Acto contínuo, de un barreño de plata que lleva uno de los camareros con trece ramos de flores, toma el Papa uno y lo dá al apóstol. El tesorero que va detrás del Pontífice, vestido con capa, lleva una bolsa de terciopelo carmesí y distribuye á cada uno dos medallas, una de oro y otra de plata. Terminado el lavatorio, Gregorio XVI se lavó las manos, y el príncipe de Gravina, como uno de los mas ilustres seglares de la concurrencia, le sirvió el agua en una palancana de oro, manteniéndose de pie delante de él con la tohalla al hombro.

Esta ceremonia es muy bella, desplegándose un lujo oriental: y encanta el efecto que produce. Es inmensa la concurrencia; se entra con billetes concedidos por favor, y hay galerias al rededor de la sala para colocar á las damas romanas y estrangeras que se presentan con el mayor lujo y riqueza, y no son el menor adorno de tan bello cuadro.

Los trece apóstoles pasan despues á uno de los salones del Vaticano donde se les sirve una suntuosa comida. El Papa fue tambien, y antes de que los convidados se sentasen á la mesa bendijo el festin. En seguida poniéndose un delantal distribuyó á los apóstoles diversos platos que muchos prelados le iban presentando de rodillas. El Papa mismo echó de beber á los convidados. Un capellan secreto de su Santidad leia en un libro piadoso durante la comida, pero esto apenas se percibia por el rumor de la concurrencia. Al salir del banquete los apóstoles guardan para sí los cubiertos de plata que les han servido, y toda la vajilla, la que es de loza alemana, como regalo que se les hace. Concíbese que semejante honor y semejantes privilegios son muy apetecidos. Los embajadores de Francia, de Austria, de España, de Portugal, el cardenal secretario de Estado, el cardenal Camarlengo, el mayordomo mayor y el capitan de los suizos, tienen derecho de nombrar cada uno un apóstol. Nombra otros dos el cardenal prefecto de la Propaganda, y últimamente otros dos de entre los armenios el cardenal protector de esta nacion.

Todo el mundo se conmovia al ver en el lavatorio de rodillas y en la mesa sirviendo un Anciano augusto y venerable, á jóvenes sacerdotes muy tranquilamente sentados en magníficos sillones. Entre ellos habia un sacerdote etíope de la Propaganda, y formaban gran contraste sus crespos cabellos, color de ébano y aplastada nariz, con lo blanco de su vestido.

Otro banquete mucho mas espléndido se sirve este dia en el Vaticano á los cardenales. Siéntanse á la mesa con *mozzetta* morada; el condestable de Co-

lonna, y el príncipe de Gravina tienen el honor de ser admitidos en la misma mesa, pero en asientos mas bajos como príncipes asistentes al solio pontificio, y gefes de los varones romanos. La mesa está adornada de magníficas fuentes de plata y oro en donde están representados en relieve diversos pasages de la santa Escritura. Los maestros de cámara y los escuderos están de pie cerca de la mesa, y sirven á sus amos. El Papa no asiste á este banquete, pues es de rigurosa etiqueta el que coma siempre solo.

Finalizada la comida, los cardenales vuelven á tomar sus capas moradas, que son las que gastan toda la cuaresma, y pasan á la capilla sixtina en donde como el dia anterior se cantan los maitines.

En la basílica de San Pedro hay constantemente todo el dia diversos penitenciarios de todas las naciones, sentados en sus confesonarios, sobre los que hay escrito la nacion á que pertenecen. *Pro lingua Itàlica, pro lingua Hispànica, Ilírica, Anglica*; es decir, para la lengua italiana, española, ilírica, inglesa, y todas las demas del orbe cristiano. Estos penitenciarios que tienen todas las facultades delegadas por el Papa, tienen cada uno una larga caña á imitacion de la de los pescadores con la que tocando ligeramente en la cabeza á los penitentes les aplican la indulgencia. En la tarde del Jueves santo el cardenal gran penitenciario, acompañado de todos los prelados, entra por la gran puerta en la basílica del Vaticano, va á orar delante del santo sepulcro, y pasa desde alli á su tribunal donde toca con su vara á todos los que se presentan delante de él para obtener el perdon de sus pecados. Preciso es verlo para formar una idea de cómo las gerarquias de toda clase, las edades, los sexos se atropellan y confunden bajo las bóvedas del gran templo, apresurándose, con una especie de fanatismo, mugeres del pueblo y duquesas, pastores y príncipes, para que los toque con su larga caña el gran penitenciario.

Los mismos maitines que se cantan en la capilla sixtina, se cantan tambien con grande aparato en una de las capillas laterales de San Pedro. Las lamentaciones y el Miserere no ceden en lo esquisito de la música al de la capilla sixtina.

Otra ceremonia muy bella se verifica tambien en San Pedro la tarde del Jueves santo, y que concurren á ver muchos estrangeros, el lavatorio del grande altar. Hay preparados para este objeto siete grandes vasos de plata, *amphoras* llenas de vino, siete toallas de lienzo y siete esponjas. Doce canónigos de la Basílica vienen de seis en seis, unos despues de otros, á lavar los lados y la base del altar. Durante este tiempo enseñan á la multitud las reliquias de la verdadera cruz, el lienzo de la santa Verónica, y la lanza sagrada con que fue atravesado el costado de Cristo, cuyos preciosos objetos se guardan en cuatro tribunas situadas en los cuatro ángulos de los pilares que sostienen la grande cúpula. Despues de la manifestacion de estas santas reliquias se retira el clero, y el grande altar permanece desnudo y descubierto hasta el dia siguiente por la mañana.

En otro tiempo en la noche del Jueves santo se suspendia delante del altar mayor y en frente de su grande é inmenso dosel la *cruz de fuego*, llamada asi por ser una gigantesca cruz de metal dorado iluminada con trescientas cuarenta candilejas, cuya cruz despedia sus resplandores á toda la iglesia, y hasta el estremo de la gran plaza. En 1824, Leon XII hizo cesar este espectáculo á causa de las graves irreverencias que se cometian, convirtiéndose la iglesia en un paseo y punto de cita donde iban las gentes á hablar de sus ne-

gocios ó de sus placeres.

El Jueves santo por la tarde, asi como el Sábado santo y Domingo de Pascua, hay gran concurso en la iglesia de la Trinidad de los Peregrinos. Una piadosa y generosa institucion hace que todo el año los viajeros pobres reciban gratuitamente en este convento y hospicio, por tres dias posada y alimento.—Pero durante estos dias santos esta hospitalidad toma un carácter de grandeza y magnificencia que no se conoció en la antigüedad.—Los peregrinos en número de tres mil, sentados en largas y estrechas mesas colocadas en los inmensos claustros ó galerías de la Trinidad, son allí servidos por los Obispos, prelados y personages de la nobleza romana. Al considerar el contraste de tan ilustre opulencia sirviendo tantas oscuras miserias, recordábamos los pasados tiempos de la fe católica, cuando la caridad iluminaba la tierra, cuando los grandes y poderosos del mundo empleaban sus tesoros en levantar por todas partes esos magníficos hospicios y fundaciones donde hallasen asilo los ancianos y huérfanos errantes, asilos que hoy estan abiertos, que pertenecen á todas las naciones, y que en Roma nunca carecen de pobladores.

VIERNES SANTO.

Este dia es el del gran luto de la Iglesia, el de la fiesta de la muerte del Hijo del hombre; fiesta siempre triste, lúgubre, sombría, á que acompaña la desnudez de los altares, el silencio de la ciudad eterna, y el duelo de sus moradores. Aunque fúnebre la pompa que se celebraba este dia, no atraia menos concurrencia de estrangeros á la capilla sixtina que la solemne y brillantísima del dia anterior. *Affretiámosi, signor mio.*

Despachémonos, señor, nos decia uno de los capellanes de San Pedro, que hacia el favor de acompañarnos, al atravesar con paso lento la bella columnata de la plaza de San Pedro para dirigirnos á la capilla sixtina.

—*Gli inglesi avranno tutto ocupato!* Los ingleses se habrán apoderado ya de todos los puestos, continúo acelerando siempre el paso. De todos los estrangeros que visitan la ciudad de Roma, los ingleses son sin disputa los que con mas apresuramiento y constancia asisten á las interesantes ceremonias del culto católico. Por despreciadores que se muestren al *papismo*, como ellos llaman á la Religion Católico-Romana, su corazon educado en un culto árido y frio, saborea por primera vez emociones desconocidas, delante de las imponentes ceremonias de un rito celebrado con pompa y magnificencia superior á la de los reyes. ¿Qué significan, pues, todas esas grandes declamaciones contra el culto, y el apelar á una religion especulativa reducida á teorémas geométricos? ¿No es el culto natural al hombre? ¿Cómo esplicar sinó esa invencible inclinacion de todos los pueblos á un culto pomposo y magnífico? Los pueblos mas civilizados, los mas instruidos, se distinguieron siempre por el brillo y la poesía de su culto. Los egipcios, los babilonios, los griegos, los antiguos romanos, los mismos indios desplegaron la mayor suntuosidad, el mayor fausto en sus ceremonias religiosas. El lujo en el culto es el lenguage natural á todos los hombres para entenderse con su Dios. Llegamos á la sala real y nos confundimos entre una multitud de gentes de todas las naciones: monges, guardias de corps, grandes señores, prelados, suizos, ingleses, franceses, italianos, españoles, alemanes, todo estaba allí revuelto; los mas impacientes empezaban á abrirse paso á fuerza de empujones y codazos y llegaban hasta los guardias suizos armados como los caballeros de la edad media que están

delante de la puerta de la capilla, para preguntarles en mal italiano cuándo se abririan las puertas para comenzar *la sagra funzione*; estos curiosos impacientes eran ingleses.

Abriéronse al fin las puertas; precipitóse como un torrente hácia un abismo la multitud impetuosa.—*Piano! piano! gli uni dopo gli altri!* Poco á poco, unos despues de otros, gritaban en vano los guardias suizos, atravesando en las puertas sus alabardas y espadas de dos manos.—Entramos en la capilla arrastrados por la onda popular. —Los músicos ocupaban su tribuna, algunos príncipes estrangeros, entre ellos la Reina viuda de Cerdeña, y D. Miguel, ex-Rey de Portugal, ocupaban lo reservado á las personas reales, los guardias de corps estaban en sus puestos, y cada cual ocupaba su sitio en la capilla absolutamente llena, desde nuestras imperceptibles personas entre la turba de espectadores, hasta el primer Cardenal Obispo.—El colegio de cardenales estaba vestido con mantos morados, y los *caudatarios* sentados á sus pies.

El altar, despojado enteramente, solo contenia la cruz cubierta de un velo negro entre seis velas de cera amarilla apagadas. Apareció al fin el Pontífice, no con la tiara como en el dia anterior, porque era la fiesta de la muerte de Jesus, y todo ornamento sentaria mal sobre la cabeza de aquel que representa sobre la tierra al Hijo del hombre por quien la Iglesia estaba vestida de duelo, y cubierta de dolor. Llevaba una mitra blanca, lisa, sin adorno ni bordado alguno, y una capa negra. El Pontífice se colocó en su trono, del que se habia hecho desaparecer todo adorno.—Los cardenales fueron uno á uno á prestarle la obediencia, cuya ceremonia consiste en besar su sandalia.—En los oficios, lo mas notable despues del canto de la pasion de San Juan en los mismos términos que la de S. Mateo del Domingo, es la adoracion de la cruz por el Papa y los cardenales. Esta ceremonia es tan solemnemente lúgubre é interesante, que es imposible hacer comprender las emociones que se esperimentan al ver al Gefe supremo de la cristiandad acompañado de todos los príncipes de la Iglesia, descalzos los pies, postrarse y adorar al Madero santo, signo de la redencion del género humano. —La procesion para retirar la Santa Eucaristia del monumento es en todo igual á la del Jueves santo.

En este dia los capuchinos, los recoletos y los jesuitas predican la pasion en diversas calles y plazas de Roma. Un capuchino, levantando sobre su cabeza una cruz de madera con un Cristo, y precedido de un muchacho tocando una carraca, atraviesa por los mercados, y á este ruido vulgar, y á la vista del signo santo del cristianismo, á esta aparicion fortuita del fraile mendicante, toda la multitud del pueblo se descubre la cabeza, calla repentinamente como en otro tiempo para oir un decreto del Senado, abre paso al muchacho, y sigue al religioso de calva frente, barba erizada, pies descalzos, y vestido de un tosco y grosero sayal. ¿Dónde vá este hombre con este acompañamiento que abandona el mercado, y que se aumenta á medida que transita por las calles? Va á predicar al *Coliseo*. El pueblo romano no seguia con tanto ardor á su palacio al cónsul Ciceron, que despues de haber ordenado la muerte de Cétego y demas cómplices de Catilina, vino á decir al pueblo en el mismo foro, hoy mercado: *Vivieron: Vixerunt!* Monosílabo que salvó la patria.

El coliseo permanece en pie sobre sus propias ruinas, presentando enteramente intactos sus cuatro pisos de arquitectura, coronando la triple bóveda de sus galerias. Atleta gigante victorio-

so, aunque mutilado en la lucha del tiempo, de los hombres y de los elementos, testigo inmortal de la Roma de Júpiter y de Cristo. El circo Flavio, *coliseum*, por la parte que mira al monte Esquilino, conserva toda su altura de 157 pies, su circunferencia esterior es de 1,650 pies, y la interior ó la de la arena es de 285 pies de largo sobre 182 de ancho.

Vespasiano, vencedor de los judios edificó este coloso, haciendo trabajar en él á 12,000 israelitas cautivos. Tito, que acabó de esterminar esta nacion, terminó este monumento, dedicándolo al pueblo romano con juegos solemnes que duraron cien dias, presentando en el anfiteatro 5,000 leones, tigres y elefantes, á los que hizo combatir con 3,000 gladiadores, que mezclaron su sangre alegremente con la de los mónstruos de Africa para divertir al César y á su pueblo. Diocleciano presentó despues á los cristianos esponiéndolos á las fieras, y la sangre de los mártires corrió á torrentes en el coliseo.

Cada dia de matanza este Emperador era allí aplaudido por 200,000 mil espectadores, y entre ellos estaban las vestales! Por muchos siglos fue teatro de los sangrientos placeres del pueblo romano. En la edad media, y durante las guerras, fue fortaleza; en el siglo XVI los franceses, y los Barberini, sobrinos de los Papas, para edificar sus magníficos palacios, acabaron la destruccion de la parte meridional de el coliseo, que durante mil años fue entregado á la devastacion, habiéndose construido con sus materiales muchos de los palacios mas magníficos de Roma. Clemente X y Benedicto XIV consagraron el coliseo y protejieron sus ruinas contra la codicia de los grandes, fundando al rededor del *podium* catorce pequeños altares ó estaciones de la pasion, en medio de los cuales y en el centro de la arena, se levanta una cruz de madera pintada de verde. Sobre una de las gradas del anfiteatro se colocó el capuchino, y predicó largo rato á las turbas que le seguian. Apenas habia concluido, vino otro religioso tambien con su cruz de madera, y luego las procesiones de penitentes blancos, negros y grises, cubiertos desde el cabello al pie y sin mas que unos agujeros para poder ver, en el largo antifaz pendiente de un enorme cucurucho que llevan en la cabeza. Visitaron las estaciones y predicaron tambien. Tanto el capuchino como los demas daban grandes gritos, á que correspondia con la mayor agitacion la muchedumbre clamando perdon! misericordia! Infeliz del que allí hubiese intentado perturbar esta escena de agitacion religiosa. El terrible monosílabo de Ciceron hubiera resonado bien pronto en el coliseo como en el foro. *Hubiera* vivido!

Uno de los lugares mas concurridos en la tarde de este dia, es la *Scala sancta*, situada á una estremidad de la plaza de San Juan de Letran.

Debajo de un hermoso pórtico, obra de Fontana, construido por Sixto V, se encierra entre dos escaleras que están en la misma línea una tercera colocada en medio de estas y que fue transportada de Jerusalen. Es la escalera del palacio de Pilatos, que Jesucristo subió y bajó diversas veces. Esta es la *Scala sancta*. La tradicion de su transportacion á Roma es indudable; ignórase la época.

Tiene 28 escalones de mármol blanco revestidos de planchas de bronce, ya desgastadas por el contínuo roce de la multitud que diariamente los sube de rodillas, único modo con que es permitido llegar á ellos. Al final de esta escalera hay una gran plataforma, á donde van á dar tambien las dos escaleras laterales que sirven para bajar los que subieron de rodillas por la *Scala sancta*, ó para subir los que no quieren

practicar esta piadosa devocion en la del centro.

Sixto V que en cinco años de pontificado hizo tantas cosas grandes, transportó sobre esta plataforma, desde el palacio de Letran la capilla de San Lorenzo que era la capilla doméstica de los Papas. Se ve sobre su fachada un riquísimo mosaico del siglo VIII. La capilla encierra la imágen mas antigua y venerada que se conoce de Jesucristo, de altura de seis pies. Este oratorio no está como las demas iglesias de Roma abierto á la piedad ó curiosidad de los fieles y de los viajeros; es el santuario de un lugar mas santo aun y mas misterioso, construido detrás de la capilla, tapiado, que nadie ha visto, temible sin duda, á la manera de aquellos cryptos sagrados é impenetrables de las antiguas religiones, y por esta razon por una denominacion bíblica se llama *Sancta Sanctorum*, lo que sin duda quiere decir que la entrada de este tabernáculo secreto seria vedada aun á los mismos santos. Es tal el terror religioso que inspira este arcano aun hoy dia, que con trabajo se hallaría en Roma un anticuario cuyo fanatismo arqueológico fuese bastante fuerte para osar penetrar en él si hubiese una brecha practicable en su pared.

La *Scala sancta*, aun fuera de los dias de la semana de penitencia, se halla muy concurrida siempre, y á todas las horas vénse todos los dias multitud de hombres y mugeres subiendo penosamente de rodillas sus escalones, habiendo desgastado los escalones de bronce, que en su centro tienen una grande abertura que deja ver y contemplar los sagrados escalones que guardan. Este es el monumento mas sagrado y completo de la Roma cristiana.

SABADO SANTO.

Este dia de fiesta y de alegria que sucede á la desolacion del Viernes Beicida, y anuncia las brillantes pompas del Domingo victorioso, exige un desarrollo incompatible con los estrechos límites de un artículo de periódico á que destinamos estos ligeros apuntes.--Todo lo que se hace, todo lo que se canta en el mundo católico y principalmente en Roma el dia del Sábado santo está revestido de gran poesia.--Asunto digno de un poéma, y del que nosotros nos vemos precisados á escribir un ligero ánalisis.

Los oficios divinos se celebran este dia como los anteriores por la córte del Papa en la capilla sixtina, pero la gran funcion es en la basílica de San Juan de Letran, y á ella concurre la inmensa multitud de espectadores.

Al llegar á la famosa plaza de San Juan de Letran, se presentó á nuestros ojos el mas grande obelisco que salió jamas de las canteras de Egipto, de 143 pies de altura. Es el mas antiguo monumento del mundo. Su antigüedad es de cerca de 2600 años. Contemporáneo, segun cuentan, de la guerra de Troya. El bárbaro Cambises, especie de Mahoma persiano, que no respetó ni los Reyes ni los dioses de Egipto, estendiendo su bárbara proscripcion á los palacios y á los templos, y tambien sobre los obelíscos, admirado de la belleza del gran monolitho de Tebas, lo perdonó dejándolo en pie reinar sobre las ruinas de la ciudad de cien puertas. El Emperador Constantino lo hizo bajar por el Nilo á Alejandria, y su hijo Constancio lo trasladó á Roma, y lo colocó en medio del Circo máximo, donde cuatrocientos mil espectadores se sentaban á su sombra. Los bárbaros, en una de sus invasiones, derribaron el obelisco gigante, y lo quebraron en tres pedazos. Estos trozos gigantescos permanecieron profundamente sepultados entre las ruinas del circo, hasta que en el pontificado de Sixto V el

célebre Fontana los desenterró y colocó delante de la basílica de Constantino que lo habia arrebatado á las ruinas de Tebas. Qué soberbio edificio el de la iglesia de San Juan de Letran!!! Situada escéntricamente, aunque dentro de la nueva Roma, como en medio de una vasta soledad separada de toda habitacion. Esta antigua basílica ha atravesado tantos siglos, ha visto pasar millares de generaciones, que se han dispersado como el ligero polvo que levanta el aire, ha contenido en su sagrado recinto cuatro Concilios generales, sirviendo de sepulcro á la mayor parte de los venerables Obispos que los compusieron.—La iglesia de San Juan de Letran es la catedral de Roma, y en ella tiene su silla el Papa como Obispo de Roma: es la iglesia primera de los cristianos; y asi se lee sobre su fachada, sobre sus puertas, sobre todos los bancos. *Basilica Lateranensis, mater, et caput omnium ecclesiarum.* La basílica de Letran, madre y gefe de todas las iglesias.

Llámase iglesia de San Juan de *Letran* por haber sido construida en el año 324 por órden de Constantino sobre las ruinas del palacio de *Lateranus* uno de los senadores que hizo perecer Neron por una de las conspiraciones tramadas contra su vida.

Tiene cinco naves divididas por cuatro filas de trescientas cinco enormes columnas acanaladas, de mármol precioso, y de rara belleza; en nichos adornados de columnas de verde antiguo están las estátuas colosales de los doce Apóstoles.

El Cardenal Vicario de Roma, asistido del clero de San Juan de Letran, celebra en esta iglesia los divinos oficios, y revestido de capa morada procede á la bendicion del agua, del fuego nuevo, y de los cincos granos de incienso destinados al Cirio Pascual. En seguida este Cirio llamado tambien *Arbor paschalis* recibe con los ritos de costrumbre los granos simbólicos, que marcan imágenes misteriosas, colocado cerca del altar mayor en un candelabro colosal parece á uno de los obeliscos tan numerosos en Roma, y cuya cúspide habia sido adornada por los sacerdotes del antiguo Egipto con alegóricos caracteres que encubren un sentido misterioso.—Durante la primera parte de la ceremonia estan apagadas las velas del altar y las lámparas de la basílica. La iglesia ha querido significar asi las sombras del sepulcro en que la Víctima del Calvario durmió durante las horas de su muerte.

Pero el luto, las tinieblas, los cánticos de dolor cesan de pronto, y son reemplazados por las galas, la claridad y los himnos de alegria. Hay un momento en el Sábado santo en que se ejecuta de repente la mas brillante peripecia. Caen entonces los velos morados que cubren los altares; los ornamentos blancos riquísimamente bordados brillan en todas partes; enciéndense entonces millares de luces; los sacerdotes postrados ante el ara, tendidos sobre el marmol del templo, levantan la cabeza; las campanas de la ciudad, mudas por tres dias, comienzan todas á la vez y sobre mil diversos sones el sublime cántico de bronce; este momento es el del *Gloria in excelsis.*

Es preciso estar en Roma para asistir á esta resurreccion triunfante. En Roma, á quien Rabelais llamaba la *Isla tonante*, Roma, la ciudad de las magníficas basílicas, de las trescientas iglesias, de los mil conventos, es donde se oye á esta hora del *Gloria* una armonía de campanas que no tiene igual en el mundo.

El concierto de las campanas crecia de momento á momento. Un ruido de bronce atronaba toda la ciudad; estas voces metálicas resonaban en todos

los diapasones, roncas y lentas las unas, vivas y rápidas las otras; terribles como el trueno estas, dulces y alegres aquellas, resultando de su conjunto una música aérea, profunda, bulliciosa, infinita, la sola digna de traducir en sonidos terrestres el himno que los ángeles cantan en el cielo: *Gloria in excelsis Deo!*

A aquella misma hora en todos los paises del mundo resonaba el mismo concierto, sí, en todas partes, del Sur al Septentrion, del Occidente á la Aurora, en todas partes las campanas bendecidas arrojaban al viento el cántico de gloria y de triunfo.

En los oficios de este dia, y antes de celebrar la misa, el clero de la basílica de San Juan de Letran va al baptisterio, que es un edificio aislado á la inmediacion de esta iglesia, y en el que Constantino fue bautizado. Hermosa y elegante es su construccion interior. Cuatro ligerísimas columnas sostienen una bóveda cuadrada pintada al fresco por *Andres Sachi;* despues una cúpula sostenida por ocho columnas tambien muy ligeras describiendo una rotonda en cuyo centro hay una gran pila de pórfido. El Cardenal Vicario del Papa bendijo segun el rito la fuente bautismal, administrando despues el sacramento del bautismo á un judio que asistió á la procesion. El catecúmeno estaba vestido de una especie de toga ancha de lienzo blanco, y esta ceremonia es imponente y edificante; siendo de notar en ella que el bautismo se administra segun la costumbre antigua de la Iglesia, por inmersion.

Una ceremonia particular se celebra en la noche del Sábado santo.—A las siete de la tarde el Patriarca de los armenios católicos celebra una misa solemne en la iglesia de esta nacion. Nada mas hermoso, bello é imponente que sus ornamentos orientales, y los de los sacerdotes que le asisten, y lo hermoso y respetable de sus ceremonias. Cada nacion del oriente del rito católico está representada en Roma por su Patriarca, ó por un Obispo, y tiene una iglesia en donde celebra las grandes solemnidades en su propia lengua, y con ceremonias y ritos particulares.

Al salir de la iglesia de los armenios, pudimos observar en las principales calles el movimiento y la alegría que toman los romanos en la celebracion de la fiesta de la Pascua, cuya víspera solemnizaban arrojando en las calles bombas artificiales, disparando tiros y petardos, atronando los oidos de los que pasan, y esponiéndolos aun á algo mas.

En celebracion del fin de la Cuaresma, todas las tiendas de tocinería y salchichería estan perfectamente adornadas, colocando en gradas y entremezclados de flores, jamones, chorizos, morcillas y otras piezas de salchichería; y en el fondo de la tienda, brillantemente iluminadas con muchas velas, un altarito con un santo ó santa, y mas frecuentemente con una pequeña imágen de la Vírgen, á cuyo culto y devocion son muy dados los romanos.

Párase á las puertas la multitud á contemplar este espectáculo, y aun algunos coches se detienen delante de estas tiendas, en cuyo adorno hay grandes rivalidades todos los años, y fundan todo su orgullo los tratantes en carnes y géneros de salchichería.

DOMINGO DE PASCUA.

El Domingo de Pascua de Resurreccion en Roma es el mas hermoso dia del año en la primera de las ciudades del mundo. Desde muy temprano las campanas de todas las iglesias saludan en las regiones del aire la aurora del dia triunfal. Roma entera se despierta entonces, y corre á San Pedro. Por mu-

chas horas de la mañana las calles que conducen á la basílica parecen otros tantos torrentes, por donde pasan con la mayor confusion multitud de ciudadanos y estrangeros, millares de carruages de todas formas y colores, carretelas descubiertas con familias enteras inglesas; landós con personages diplomáticos; carrozas con Cardenales, pesadas, macizas, pero cubiertas de adornos dorados, y blasones de color encarnado, y en los caballos plumeros del mismo color, cargadas de un pueblo de lacayos pomposamente vestidos, de regimientos y escuadrones que tocando marchas marciales se dirigen á la plaza del Vaticano. En medio de este torbellino de gentes, coches, soldados, peregrinos, frailes y mugeres, se llega á la plaza delante de la cúpula de San Pedro, que en este dia parece alzarse al cielo mas sublime y magestuosa que nunca.

Entramos en la magnífica iglesia de S. Pedro dos horas antes de comenzarse los oficios, y ya una multitud incalculable llenaba la mayor parte del inmenso edificio. Ya las guardias suizas con su pintoresco trage y armas de la edad media se hallaban colocadas en dos filas á lo largo de la nave principal que estaba enteramente despejada para dejar libre el paso á la comitiva del Papa. Habian levantado con maderos cubiertos de ricos tapices una tribuna en el trascoro para los músicos, y colocado el número de banquetas suficiente para las personas de la córte pontifical, entre la silla de San Pedro y el altar mayor. A los dos lados de este se habian construido dos anfiteatros esclusivamente para las señoras, y á los que se entraba con billetes que da el *Maestro de la Cámara*, es decir, el mayordomo mayor del Papa. Sucesivamente van llegando las congregaciones de penitentes blancos, y de penitentes negros en número de trescientos aproximadamente. A las once todas las miradas se fijan sobre la capilla de la *Pietá*, inmediata á la puerta principal. Alzase la enorme cortina que cubre la puerta, ábrense sus dos hojas de bronce, y penetra por ella la guardia suiza de gran uniforme al compás de armoniosas músicas; siguen los prelados que llevan la Cruz y los candeleros, pues ni en Francia ni en Italia se usan ciriales, precediendo el cuerpo de monseñores, de auditores de la Rota, de camareros y demas miembros de la córte pontificia; siguen despues los canónigos de San Pedro y de San Juan de Letran, despues dos Obispos griegos y un Patriarca armenio, con hábitos pontificales abriendo la marcha del cuerpo episcopal, estos tres ancianos con sus mitras en forma de corona, guarnecidas de piedras preciosas, con sus magníficos ornamentos orientales, distintos de los de la Iglesia latina, con su venerable barba blanca, y su cabellera flotando sobre la espalda con un aire de magestad y grandeza que inspira respeto. Siguen los veinte y ocho Arzobispos y Obispos de todas naciones, con mitra dorada y capas riquísimamente bordadas.

Vienen despues cuarenta y dos Cardenales revestidos segun sus títulos, de diáconos, sacerdotes ú Obispos, de la dalmática, casulla, ó capa, y todos con brillantes mitras. En fin, el soberano Pontífice, con la tiara en la cabeza y los mas ricos ornamentos, entra llevado sobre una magnífica silla sobre unas andas cubiertas de terciopelo encarnado recamado de oro. Dos grandes abanicos de pluma en unas varas doradas de seis pies de altura dan sombra á su cabeza, llevados por dos prelados. Los guardias de corps rodeaban la silla del Papa. Cerraban la brillante comitiva el senador y los conservadores con sus vestidos de la edad media, rodeados de sus pages y guardias particulares.—Seguia inmediatamente el cuerpo diplo-

mático con sus brillantes uniformes, y todos los Príncipes y Duques romanos. Nada mas brillante y magestuoso é imponente que la entrada del venerable Gefe del cristianismo, en medio de esta pompa incomparable, en el mas grande y bello templo del mundo.

Dobla la rodilla el soberano Pontífice delante del altar mirando á la puerta principal del templo, por estar construido el altar segun el uso de la primitiva Iglesia vuelto al oriente. Hace una corta oracion, y comienza la misa, que dura con la música de la capilla y todo solo cincuenta y cinco minutos. El decano del sacro-colegio se coloca á la derecha del Pontífice, el primer Cardenal presbítero á su izquierda con casulla, y los siete Cardenales diáconos con dalmáticas detras de él.—Poco despues el hombre dos veces Rey, ceñida la frente con la triple corona, marcha á sentarse en un espléndido trono, y desde él, alzando la vista al cielo y con los brazos levantados, entona con voz firme y clara el hymno divino: *Gloria á Dios en los cielos*, y *paz á los hombres en la tierra!!!*....

La misa va á concluirse: el Papa, despues de consumir en el altar el Pan eucarístico, vuelve á colocarse en el trono, y el primer cardenal diácono le trae el sagrado cáliz. El Papa puesto en pie bebe de él, y el decano de los cardenales presbíteros acaba de consumir en el altar lo que resta en el cáliz, y concluye en lugar del Papa la misa.

Terminada esta, todo el mundo sale apresuradamente del templo á situarse fuera, porque el Padre comun de los fieles debe ser llevado procesionalmente á la tribuna esterior para dar desde allí la solemne bendicion *Urbi et Orbi*.

Cerca de ochenta mil espectadores ocupaban la magnífica é inmensa plaza del Vaticano. Regimientos de infantería, escuadrones de caballería con banderas y estandartes desplegados forman en batalla al rededor del obelisco de Sesóstris frente á la basílica, las galerias de la doble é inmensa columnata se cubren de innumerables grupos de hombres, mugeres y niños, en todos los balcones, en todas las ventanas, sobre todos los techos de las casas inmediatas se ven agrupadas un enjambre de cabezas.

Aquello es ver una aglomeracion, un hacinamiento de seres vivientes, que produce el efecto de una verdadera Babilonia. Ni los poderosos príncipes y duques, cuyos pechos resplandecen con la rica pedreria de sus condecoraciones, ni el cuerpo diplomático, ni las hermosas damas francesas é inglesas, adornadas elegantísimamente, son las figuras que llaman mas la atencion en este indescribible cuadro. Son sí los pobres peregrinos que han acudido de las provincias inmediatas, las mugeres de todas las poblaciones de los Estados Romanos, cada una con el trage pintoresco y gracioso de su pais; peinadas las unas simple y sencillamente con sus ricas y pobladas trenzas negras, donde brillan flores de plata, ó las doradas cabezas de los alfileres; cubiertas otras de un blanquísimo velo aplastado sobre la frente; estas con corpiños de terciopelo escarlata, que marcan voluptuosas formas; vestidas aquellas con anchas y flotantes ropas, á manera de las antiguas estátuas sus magestuosos modelos, y todas bellas, hermosas, graciosísimas, ostentando el tipo que concedió el cielo solo á las hijas de su querida Italia; unos ojos dispuestos siempre á espresar el amor, una boca dulce y encantadora, una talla real y un modo de andar airoso y lleno de magestad, que recuerda las Octavias y Cornelias.

Mil confusos rumores se levantan de este torbellino humano, y mil sonidos armoniosos pueblan á la vez el aire: á las voces de las gentes se mez-



El papa en el balcon del Vaticano dando la bendicion.

cla el ruido de los coches, el redoble de los tambores, las sinfonias de las músicas, y la atronadora vibracion de las campanas de San Pedro.

A una señal desaparece todo este inmenso ruido, y sucede un silencio sepulcral, el silencio de la media noche en medio de un desierto.

Gregorio XVI se ha presentado en el balcon de la basílica!

El Papa colocado en medio de la tribuna, en la silla gestoria, en que ha sido llevado en hombros de ocho prelados, recita una larga oracion, y levantándose de su silla, designa con la mano trémula tres cruces sobre el pueblo, despues alza los brazos al firmamento, y se vuelve á los puntos cardinales del cielo, y replegando luego sus manos sobre el pecho, se sienta. El Papa estaba visiblemente conmovido, y algunos de los que estaban á nuestro lado aseguraban que corrian lágrimas por sus mejillas.

Inmenso, profundo era el silencio de tan innumerable concurrencia; comprendian todos que alguna cosa divina pasaba en los aires, y que el espíritu del Altísimo animaba las palabras del anciano. Descendian estas sobre la arrodillada muchedumbre lentas, y sonoras en medio del universal silencio. Ningun ruido se elevaba en el aire donde resonaban, mas que el relincho de algun caballo, y la perpétua armonia de las dos fuentes de la plaza, que se oian murmurar en la mitad del dia, y en medio de la multitud como en las noches silenciosas se oyen resonar las cascadas en el desierto.

A la hora en que el cañon de Sant-Angelo anuncia la bendicion papal, todos los habitantes de los contornos vecinos se prosternan para recibir esta bendicion que se dirige hácia los cuatro puntos del cielo y sobre todos los horizontes.

El Papa se retira. Desde la misma tribuna un Cardenal arroja al pueblo billetes impresos donde se espresa el número de años de indulgencia que Su Santidad concede á todos los que han presenciado esta ceremonia, de que es dificil formar una idea sin haberla visto.

La noche del dia de Pascua se da al pueblo romano un espectáculo, que no por ser una simple diversion es menos maravilloso. Se ilumina de repente la cúpula de la iglesia de San Pedro, su fachada y la doble columnata del Vaticano. Los *sampietrini*, especie de habitantes de las alturas de la basílica, donde se crian y educan, acostumbrándose desde la infancia á medir los abismos de su altura, á reparar, limpiar y adornar la obra de Miguel Angel, á fin de que constantemente sea digna de la divinidad que la habita; por medio de poleas invisibles, suspendidos por la cintura á una cadena de cuerdas, nadando por decirlo asi entre el cielo y la tierra, son los que disponen la mas grande iluminacion, que puede concebir la imaginacion humana.

A la señal de un cañonazo, tres mil ochocientos faroles designan verticalmente las líneas de la cúpula. A otra señal seiscientas noventa luces cortan horizontalmente estas mismas líneas con el mas brillante resplandor.

La rapidez, la mágia de este cambio de decoracion repentino hecho á la vista del pueblo escede á toda ponderacion. A un tercer cañonazo, mientras la casa de Dios resplandece con luces verdaderamente sobrenaturales, un volcan se lanza desde el Mausoleo de Adriano, hoy castillo de Sant-Angelo, bajo el nombre de *Girandola*, llenando los aires de una horrorosa detonacion, y de amenazadores fuegos, que parece oponer la alegria del infierno á la celeste claridad del paraiso.

La *Girandola* que se dispara desde lo mas elevado del castillo de Sant-Angelo, es un inmenso artificio de pól-

vora que consta de diez y seis lados y cada uno de ellos se compone de cuatro mil quinientos cohetes. Es de corta duracion pero ruidosísimo. Calcúlese la esplosion de setenta y dos mil petardos á la vez!!!

La gran basílica repentinamente iluminada en medio de las tinieblas de la noche, aparece uno de esos palacios encantados del oriente, que solo se encuentran en los cuentos fantásticos.

La gran Semana ha terminado: las fiestas religiosas, cuyo esplendor y pompa eclipsa á cuanto nos refieren los libros bíblicos de la magestad y riqueza del templo de Salomon, han concluido: la inmensa multitud de estrangeros que de todas las partes del globo habia acudido á la ciudad sagrada, se dispone á tornar á sus hogares y á dar el último á Dios á la ciudad de eternos recuerdos!

Nosotros nos preparamos tambien á continuar nuestros viages por la hermosa Italia. Quisimos aun visitar á Roma despues de Pascua á la claridad de la luna: la noche estaba magnífica. Ningun viagero deja de hacer esta espedicion nocturna. Nosotros conociamos toda Roma. Habiamos visitado á la luz del sol la ciudad; pero las ruinas, los monumentos, el paisage aparecian ahora modificados por los accidentes de la sombra. Creiamos asistir á la vision de otro mundo, contemplando al través de las sombras de los siglos el espectáculo de la Roma antigua despues de haber contemplado en toda su realidad el de la Roma moderna.

UNAS MÁSCARAS.

1814.

I.

Paso redoblado, muchachos!.... quitad las sillas á los caballos..... vamos á reirnos.....

Reir; nuestros padres, sin duda, eran gente muy baladí. ¿Qué son sus gracejos, la república y el imperio, en comparacion de la comedia de quince años? El sainete que se representa delante de nuestros ojos no es sino muy sério. La Francia que acometió la empresa de la revolucion era muy acreedora á su antigua reputacion de poco juiciosa; era frívola y loca en comparacion de la Francia moderna, de la Francia estóica, que asiste con gravedad á la ruina de una empresa tan fútil! Pueblo de sabios gobernados por filósofos! Por ventura los gustos mismos de nuestra época no son dignos de sus magestuosas costumbres? El placer ha llegado á ser imposible; todo, hasta el carnaval, ha tomado un aspecto respetuoso. Fuera los *Jacobinos*, y los *Chauvins!* Vivan los héroes de *Gavarni!* La *Caramañola*, ese baile en que el cañon llevaba el compás, tenia acaso la noble dignidad del *cancan?* ¡O ilustrado siglo de sofistas! tú nunca sabrás desdeñar bastante la época despreciable de los *sans-culottes* (descamisados)! Envanécete, siglo no menos racional que lleno de filantropía! la rigidez de los jóvenes actuales prefiere á la casaca del *húsar* el trage del trabajador.

Yo no me atrevo apenas á principiar mi relato, recuerdo ridículo de los antiguos franceses, piadosa anécdota patriótica, tradicion necia de gloria nacional, que me temo no vaya dis-

frazada competentemente bajo el título de *las máscaras*. Si al menos pudiera yo por el buen influjo de una *ilustracion* (*) halagar al austero público que tanto se complace con los dibujos que han inmortalizado y hecho popular el nombre de Moliére y de la Fontaine, escritores satíricos, no menos célebres por su ingenio, que por sus críticas! Entonces puede ser que miráseis sin tanto desden mis personages, grabados sobre madera, soldados de á pie y de á caballo, ejércitos tontos, tropa aturdida, que, por defender á su patria, corria ciegamente al combate..... trasladaos, si es que podeis, al año 1814... Mis héroes eran bastante humanos; mas es preciso decir que entonces, y por la segunda vez, contando desde 1789, las naciones, hermanas nuestras, habían venido á talar la Francia á sangre y fuego. Los cosacos y los panduros (cierta clase de soldados de Hungria) eran unos respecto á la libertad de los pueblos; y asi se verificaba la mezcla de todas las castas en nuestra patria, en la hoguera encendida en que la confederacion echaba nuestros despojos, los escombros de nuestras aldeas, y el bronce de nuestras victoriosas conquistas.....

Allí se estaba fraguando la estátua de la restauracion; pero he aquí que un dia cuando ya ella pesaba gravosamente sobre todos aquellos que minaban sus débiles fundamentos, los esbirros legitimistas invadieron la casa de un sedicioso, cómplice de Mr. Merilhou. Allí, pues, vieron una cosa, sobre la cual conviene hoy hacer algunas esplicaciones, cosa que les dió muy mal rato, y que consistia en una careta de carnaval, medio rota, y toda llena de fango; una careta pintada y amoldada desaliñadamente sobre la mas burlesca fisonomia de borracho, con la boca abierta, y el talante risueño, colgada de la pared, encima de un sable y de una espada puestos en cruz y sujetos con un lazo de crespon negro, metido en las dos pupilas vacias de la máscara. Una doble correa, destinada á sujetar la careta al rededor de la cabeza, caia á lo largo de la pared, horadada por dos clavos, en estremo mohosos.

(*) Adorno de dibujos grabados, intercalados en el texto, á que se da este nombre.

II.

Este raro objeto pareció á los esbirros tanto mas sospechoso, cuanto que queriendo tomarlo uno de ellos, fue violentamente rechazado por el sugeto, cuya casa acababan de registrar. Pero he aquí, en sustancia, el fondo de nuestra historia..... trasladaos al año 1814, y suponeos que en esta página está intercalada una estampa á la moda, que representa mi asunto. Este rio, es el Sena, todavia asustado de los gritos de guerra que han resonado de pronto en sus pacíficas márgenes. A la orilla izquierda, y por ese puente de madera, pábulo de las llamas, avanzan los franceses por entre las balas y el fuego no interrumpido del enemigo, que á viva fuerza está apoderado de Méry-sobre-el-Sena, pequeña aldea de la antigua Champaña, y cabeza de partido del territorio del departamento del Aube. He aquí la artilleria de la guardia; esa misma es la que cuatro dias ha, ó sea el 18 de Febrero, ha derrotado tan completamente en Montereau al ejército austriaco. Mas á lo lejos, los formidables dragones de España del general Treilhard, llegados el 16 á las llanuras de Guignes á tiempo que el Emperador acababa de detener los primeros batallones austriacos que se dirigian á Paris por los afluentes del Sena, como habia arrollado en Vauxchamps

á las divisiones prusianas, que iban ganando terreno, marchando por los del Marne. Esta infantería, que se abre paso por el puente que está ardiendo, formaba parte de la brigada Gruyére, que estaba por cabeza de columna de la division de la guardia mandada por Boyer, edecan de Oudinot. Allí se descubre al Emperador, que sale para Troyes, parado delante de Saint-Mery, sin adivinar el motivo de la resistencia que se opone á su ejército; porque la retirada de los austriacos, que destrozó en persona se graduaba como una completa derrota desde la antevíspera. En ocho dias Schwartzemberg habia retrocedido sesenta leguas; y Blücher, obligado á dispersarse junto á Chalons, en 14 de Febrero, se habia separado de los dos regimientos de York y de Sacken, derrotados tres dias antes que él, y acosados cerca de Aisne por las tropas del duque de Treviso.

Mientras nuestros zapadores disputaban el puente de Mery á la voracidad de las llamas, estas se habian apoderado de las casas de la poblacion. El incendio penetró en ellas en union de nuestra tropa de infantería, y unas enroscadas espirales de fuego oscurecieron los resplandores de los disparos de la artillería que tronaba furiosamente en ambas orillas. Los dragones esperaban que la infantería les facilitase el paso: estas huestes veteranas vieron algun con ceño formar cerca de ellas pelotones de hombres, cuya mayor parte llevaba chupas ó blusas, eran estos dos batallones de guardias nacionales movilizados en los departamentos del centro y del occidente, que formaban las divisiones de Pacthod y de Amey... Los dragones de España podian reirse; pero estas divisiones compuestas de siete mil paisanos sacados de sus labores el dia anterior, debian antes de concluir la campaña arrostrar por cinco horas en campo raso las cargas de una innumerable caballería, y los asaltos de cuatro regimientos enemigos sostenidos por ochenta cañones. Todos perecieron en este sangriento combate cinco dias antes de que se tomase á París. Habiendo atravesado por medio de las filas compactas del enemigo y llegado hasta el principio de las cuestas de *La Fére champenoise*, todos murieron sin querer rendirse, y es estraño que dure el recuerdo de su heroismo.

III.

Los dos batallones de guardias nacionales que acababan de tomar posicion á la izquierda de los dragones mandados por Treilhard, en la direccion del puente de Méry, formaban uno de los cuatro regimientos de la division que mandaba Pacthod. Habian sido formados ambos por el departamento de Eure y Loir, riñon de la antigua Gaula, en la Beauce, que no es solamente fecunda en doradas mieses. Encargados de escoltar un convoy que salia de Nangis para Troyes, se encontraron estos valientes con las avanzadas del ejército imperial que habia hecho alto delante de Mery-sobre-el-Sena. Llegaron por último..... «Con que nos han enviado á los enemigos!" Esta fue la primera vez que los vieron; y si ellos hacian el ejercicio muy mal, tambien se batieron heróicamente, y no faltaban entre ellos muchos veteranos que sabian su oficio.

Mientras los dos batallones aguardaban impacientemente su turno, y se animaban á la vista del combate sangriento que sostenian las tropas de Gruyère, un jóven paisano salió de las filas, y se encaminó á los dragones. Este jóven iba mejor portado que la mayor parte de sus camaradas; su bella fisonomia hubiera infundido orgullo en el corazon de un magnate. Todavia se le

notaban ciertos rasgos de la niñez mezclados con una espresion de tristeza que revelaba un lazo de crespon negro, que llevaba en el brazo izquierdo: el novel soldado llevaba su fusil con mas arrogancia que habilidad. Fuese en derechura á la cabeza de un escuadron, y despues de haber mirado con detencion el número del regimiento, grabado sobre la chapa de la pechera, puso con cuidado en el suelo su arma, levantó por un lado su blusa, y registró las faltriqueras de su vestido.

—Hola! *muchacho*, le dijo un soldado de á caballo echándose de pechos sobre la silla, buscas tu pasaporte?

—Mi pasaporte! respondió el mozuelo tomando otra vez su fusil, aquí está..... y yo estaré tambien, antes que vuestro caballo, al lado opuesto del puente, señor intrèpido..... Busco, añadió poniendo una carta que sacó del pecho entre la baqueta y la caja de su fusil, busco.....

—Quieres ponerte en salvo? esclamó el dragon.

—Una granada de obus acababa de caer á pocos pasos del voluntario que guiñando los ojos, la miró sin cejar hácia atrás. Al estallar la granada hirió á dos caballos, y un ginete. El paisano aunque algo sério, respondió con tono muy sosegado:

—Busco á Simonet, teniente de vuestro regimiento. Esta carta es para él: ¿donde podré encontrarle?

—Dentro del patio, á la izquierda, replicó el otro sonriéndose..... mira, zagal, busca la hilera que está á la cabeza del regimiento; á la derecha de la compañia de preferencia, que lleva gorras de pelo, verás un oficial que monta un hermoso caballo negro; ese oficial es el teniente á quien buscas.

—Gracias, dragon.

—A Dios, lugareño, memorias á tu ama de leche.

IV.

El voluntario llegó airosamente hasta la primera compañia, se fue en busca del oficial que le habian indicado, y le presentó el arma con la carta que llevaba en ella.

El oficial le miró con sorpresa.

—Qué te se ofrece?

—Tomad, le dijo el jóven paisano con voz alterada. Despues, agarrándose de pronto á la pierna del oficial que alargaba la mano, para tomar la carta, es de nuestro pobre padre, esclamó el paisano apoyando su frente en la rodilla del militar de á caballo; hermano mio Thibaut, qué dicha la mia la de hallarte aquí ahora!

Esta esclamacion, esta carta, que llevaba una oblea negra, este hermano, que era pequeñito cuando el teniente entró en el servicio; todo esto dejó atónito al oficial, que no pudo proferir por el pronto ni una sola palabra.

—Vamos! esclamó á poco, ¿qué haces tú aquí, hermano Roberto? ¿cómo está padre?... . pero ese crespon fúnebre que llevas en el brazo..... qué quiere decir esto? añadió con no pequeña turbacion. Entretanto el cañon arrojaba balas á las mil maravillas, y el humo de la pólvora mezclándose con el del incendio, oscurecia con un velo de luto y desolacion el horizonte, triste de suyo de un dia de invierno.

El teniente Simonet dejó caer la mano con que empuñaba el sable sobre la cabeza de su hermano, siempre apoyada sobre su rodilla, y obligándole á que la levantara un poco vió asomarse las lágrimas á los ojos del jóven paisano, y rodar en seguida por sus mejillas.

Lee, hermano, le dijo; nuestro pobre padre murió hará cosa de unos tres meses, con gran sentimiento por no haberte visto de nuevo; antes de morir te escribió esta carta para recomendarme

Domingo 19 de Abril.

á tu proteccion. Se hubiera dado por muy contento de estar con nosotros, ahora que por fin te he encontrado de vuelta de España!

El oficial se preparaba para apearse, pero de pronto se afirmó en los estribos, y metiéndose en el pecho la carta de su padre, exhaló un suspiro profundo, que hizo moverse la cruz que llevaba en el pecho.

—Ahora, dijo con amargura, no es ocasion oportuna para llorar á los muertos.

V.

El oficial se quedó mudo por algunos instantes, pensando en sí mismo, y sin acordarse de sus dragones. Despues, volviendo en sí de repente, y mirando el fusil, que llevaba su hermano, dijo:

—Dime, Roberto, como es que tú te hayas aquí? Porqué no has permanecido en Chartres al lado de nuestro tio? Por ventura, estás loco?

Nuestros vecinos, contestó Roberto, han ido todos á aumentar el ejército. Yo estaba solo en aquella hacienda tan grande, y he salido de allí para hacer lo mismo que ellos, lo mismo que tú; y bien conocerás que he tenido razon en obrar de este modo, porque asi te he encontrado aquí. Yo quiero que me nombren oficial; Thibaut, quiero tambien batirme con esos perros cosacos: ahora mismo lo vas á ver!

Llévete el diablo, pícaro rapazuelo, esclamó el teniente golpeando su muslo con la empuñadura del sable; te quieres ir á la escuela? Dragones, mirad este monigote, que quiere jugar á los soldados, añadió con un tono en que se mezclaban el desagrado, el amor fraternal, y una secreta satisfaccion por el prematuro valor del jóven paisano que ni siquiera tenia la edad de los reclutas de *Maria Luisa* (*). So botarate! cómo quieres salir de esta empresa? tus vecinos han hecho una buena cosa! mejor para ellos; pero la buena voluntad no es bastante: y han hecho muy mal en consentir que tú vengas. Vamos, Roberto, añadió el oficial, oyendo silvar cerca de él multitud de balas; deja ese diablo de fusil, y ponte á la cola del regimiento; allí encontrarás ....

—Tienes gana de divertirte conmigo? respondió el voluntario haciendo bailar su arma sobre la birola de la culata. Estarme hecho un haragan, cuando todos pelean! Me ha recomendado á tí nuestro padre, para que me des consejos tan perniciosos como este? Pues qué, te figuras que solos vosotros sois los valientes? Cuídate tú si te place, añadió tomando su fusil y echándoselo al hombro; Thibaut, ¿escuchas á los de la Beauce? pronto verás qué clase de gente es. A Dios, hermano!..... á Dios, militares!..... Camaradas, allá voy volando.. .. viva el Emperador! soy con vosotros!

Antes que el teniente tuviera lugar para detenerle, Roberto se habia unido á las filas de los batallones del departamento de Eure y Loir, que de repente habian llenado los aires de gritos, diciendo: viva el Emperador! viva la Francia! adelante! adelante!

El Emperador habia pasado á lo largo de la columna, sin decir palabra, y mirando con seriedad á la tropa; despues mirando al lado del puente, por el cual se replegaban en buena formacion nuestros soldados, habia dejado escapar las palabras siguientes: « Es necesario honrar á estos valientes. Guardias nacionales, esclamó levantando la voz, he aquí lo que deseábais. El ejército os observa, y yo necesito pasar al momento. »

(*) Apodo que daban á los jóvenes reclutas de 1814.

—Y pasareis, señor, os lo juro, contestó un veterano del ejército de la república á quien habian nombrado sargento de granaderos. Viva la nacion! Estamos listos? Vamos, hijos de la patria, ya llegó el dia de nuestra gloria.....

En este momento un balazo derribó en tierra al intrépido veterano.

—Ah! bien te conozco, dijo con un tono desfallecido.. .. Avanzad siempre, compañeros mios..... viva la república!

—»Señores, dijo el Emperador gravemente, volviéndose hácia su estado mayor, esa voz de guerra es la misma que se daba en Marengo.....»

VI.

A despecho de las llamas, y de la vigorosa resistencia del enemigo la brigada del general Bruyère habia conseguido desalojarle de Mery-sobre-el-Sena, y se habia acampado en una llanura. Allí sé encontró rodeada de todo el ejército de Silesia, mandado por Blücher, á quien se creia aun cerca de Chalons, ocupado en rehacerse de su derrota.

En efecto, despues de la batalla de Vauxchamps, el generalísimo prusiano, retirado á Chalons, no sabia que hacerse, ni qué presumir del paradero de York, y de Sacken, cuya pérdida habia debido ocurrir en Soissons. De repente sus dos ayudantes se le reunieron con muchas divisiones rusas y prusianas, llegadas de Bélgica con el general Woronsoff, mientras que otras marchaban por la Lorena con direccion á Chalons. Al tiempo que York y Sacken se presentaban junto á Soissons, perseguidos por el duque de Treviso, acababa de rendirse dicha ciudad á las tropas de Woronsoff. Blücher, engruesando mas y mas su ejército con los nuevos refuerzos, apoyado por los cuerpos de Langeron y de Saint-Pries, emigrados franceses, se encontró á la cabeza de 60,000 combatientes. Púsose en camino para unirse de nuevo á Schwart-Zemberg, cuya pronta retirada á Troyes supo con sentimiento. Este era el general prusiano, que habia ocupado á Mery-sobre-el-Sena, el martes de carnestolendas, 22 de febrero, á tiempo que el Emperador se habia presentado con la menor parte de las tropas, que iban en persecucion del gran ejército de Bohemia. Al encontrarse de frente con el ejército de Silesia, las tropas del general Bruyère no habian titubeado en ser las primeras en acometer; pero eran muy inferiores en número; su gefe quedó fuera de combate, y tuvieron que replegarse á la orilla izquierda del Sena.

Entonces fue cuando los dos batallones del departamento del Eure y Loir, se precipitaron sobre los prusianos, que se habian apoderado otra vez de la poblacion. Allí entraron á bayoneta calada por medio de las casas que todavía estaban ardiendo, y parecian antorchas encendidas para alumbrar aquel sangriento espectáculo. Un furor indecible redoblaba el valor de aquellos intrépidos ciudadanos. Mataban y herian con entusiasmo: y un jóven paisano, que se hallaba entre ellos, lleno de alegría marcial, desató el lazo de crespon negro que llevaba en el brazo izquierdo. La sangre, sudor del soldado, brotaba de sus pechos, y corria á torrentes de las heridas de los cadáveres, en las calles y en las casas; parecia que los combatientes se embriagaban con los vapores de tan horrorosa vendimia. El enemigo en fin fue arrollado muy lindamente, y poco tiempo despues, habiendo cobrado aliento los nuestros le persiguieron hasta las afueras de Mery-sobre-el-Sena, sostenidos por la infantería y caballería que marcharon tras ellos guiados por el estruendo de los cañonazos..... Entonces el enemigo vió un estraño espectáculo.

VII.

—Mayor, qué diantres es eso? dijo un general ruso que observaba con el anteojo los movimientos de la vanguardia francesa: hombres vestidos con blusas? tratará acaso el gran Napoleon de enviarnos en contra compañias de carreteros?

—Esos carreteros son, le respondió su ayudante de campo, los que han hecho correr en Montereau á los austriacos.

—A los austriacos sí; pero á nosotros! Oh! Mayor, exclamó el general, mirad, mirad qué rareza! qué uniformes tan estravagantes! mirad allá abajo; verdaderamente no atino qué podrá ser aquello.

El ayudante tomó el anteojo, hizo la punteria, le dejó caer, limpió con cuidado los lentes, y volvió otra vez á mirar.

—Mi general, dijo por fin, ó yo estoy borracho, ó son unas máscaras las que vienen hácia nosotros.

—Unas máscaras! Qué estais diciendo? A ver.....

—Oh! si! en efecto, hoy es el tercer dia de carnaval. Estos franceses tienen caprichos originales! Me acuerdo que en 1812 escoltábamos un convoy de prisioneros, que eran de París; nosotros le habiamos dado unas zaleas de carnero para que se abrigaran, cuando héte aquí que se pusieron á balar delante de la puerta de una posada, un dia que nuestros cosacos querian hacerles que fuesen mas léjos, á fuerza de latigazos. Qué pueblo!

—Qué carneros! dijo el general viendo á los franceses que lo arrollaban todo; pero, no, no, teneis razon, Mayor, es una mascarada inmensa. En ella creo reconocer los trages de carnaval que en 1811 vi llamar la atencion en los baluartes de la ciudad de París..... Sí por cierto, los arlequines, los cómicos, los polichinelas, los volatineros, los turcos! Ved allí uno que va vestido de pastora. La cabeza de esta columna está dispuesta para el baile de ferias. Estas gentes se quieren burlar de nosotros? Esto es muy original y bastante ridículo. Mayor, decid al capitan Moviaref, que haga una descarga.

Nada mas cierto que estos disfraces de los franceses que combatian en Mery-sobre-el Sena. Habiendo encontrado en las tiendas de dicha villa un surtido de trages, y una inmensa multitud de caretas preparadas para el carnaval, los soldados se habian disfrazado, y celebraban el mártes de carnaval en las mismas barbas del enemigo. Roberto, que habia advertido que su careta no cubria del todo sus lábios, escogió una entre las varias que habia, cuyo aspecto burlesco tenia mayor realce por unos enormes bigotes que la adornaban. Lo demas de sus atavíos no era tan militar, porque se habia puesto un vestido de pastora. Roberto no cambió su fusil por el cayado, pero quitó á este las cintas de colores con las que adornó su bayoneta, en la cual se advertian algunas gotas de *sangre impura*. Roberto estaba desconocido, y cuando volvió á su puesto, le dijo riéndose el cabo de escuadra:

—Dime, cómo diantres te llamas? Muy velluda eres, jovencita.

Roberto que necesitaba disfrazar su voz, porque no la tenia de muger, respondió adelgazándola:

—Aciértalo, gran tunante, que has venido á hacerme la corte asi que me has visto.

Allí se hallaba tambien entre los soldados, el maestro de primeras letras del pueblo, que habia venido como los demás á hacer sus estudios de legionario.

—Cabo de escuadra, dijo mostrando

en el trage pastoral de Roberto las señales de una cuchillada del enemigo, cómo preguntas eso? No ves á Juana de Arc?

VIII.

Esta festiva y marcial ocurrencia de celebrar las carnestolendas en medio de un campo de batalla llegó al instante á noticia del ejército entero, y le dió bastante que reir.

—Vamos á matar el buey gordo, decian los soldados señalando las filas compactas del enemigo.

Representando todos con sus ademanes los papeles diversos de sus disfraces, se acercaron nuestros valientes impávidos á las tropas de Blücher. Las columnas se batian con rabia, y la sangre corria por todas partes. Los batallones del departamento de Eure y Loir, llevándose demasiado del ímpetu de su encono estuvieron por un momento sobremanera apurados. Fácil es discurrir la inquietud con que el oficial Simonet habia seguido con su vista los movimientos de aquella fuerza; y cuando la vió metida entre las huestes de los rusos, conocia que su corazon latia con una fuerza á que no estaba acostumbrado.

Los dragones de España recibieron la órden de dar una carga para socorrer á los dos batallones. Esta afamada tropa tenia una clase de fisonomia feroz que la distinguia de todos los demas cuerpos de que se componia el ejército. Nunca manejaron las bridas de los caballos de guerra hombres mas aguerridos, ni mas pacientes; cuando se dejaban ver entre las columnas se oia decir de fila en fila con admiracion; esos son, esos son!

Los dragones hicieron su evolucion con lentitud, sin dar el menor grito; despues acelerando cada vez mas el paso, se pusieron á galope, á poca distancia de un cuadro formado para recibirlos. Entonces únicamente fue cuando á la voz de viva el Emperador desenvainaron todos á un tiempo sus sables, deslumbrando con el resplandor de las hojas los ojos absortos del enemigo.

La infantería rusa, sin embargo de su firmeza, tuvo que torcer la línea, en figura de arco, pero sin desordenarse; fue necesario por lo tanto hacer añicos á aquellos hombres en sus posiciones. Los batallones de guardias nacionales fueron socorridos, y ganando terreno, dejaron tras si muchos de sus compañeros muertos. El oficial Simonet no tuvo tiempo de buscar con sus ojos á su jóven hermano; los dragones siguieron la carga, que sostenida por los esfuerzos de todos nuestros valientes, decidió la retirada de Blücher; este fue herido en aquella refriega; porque jamás hubo general en gefe, que mirára menos por su pellejo, que este anciano húsar de los prusianos.

Habiendo tomado posiciones el ejército despues de una accion tan interesante, el oficial Simonet salió en busca de su jóven hermano, y no encontrándole entre los vivos fue á buscarle entre los cadáveres, al sitio en que los dos batallones se habian batido. Allí se veian aun hombres tendidos por tierra con lindos atavios, y las caretas puestas sobre el rostro..... Habreis por ventura visto á la bajada de las barreras gentes enmascaradas, revolcándose en fango? pero aquí aun el fango era noble, y esta era la embriaguez de los vencedores que se habian dormido en el seno de una gloriosa muerte.

El teniente se inclinó hácia uno de los cadáveres, cuyo aspecto le recordó confusamente á Roberto. Se aproximó, y le quitó la careta bañada de sangre; pero no era el que buscaba.

IX.

El Emperador escribia á Mr. de

Fontanes en 20 de Diciembre de 1813. «Si yo contára con otra cabeza en esta nacion, no hubiera accedido á las pretensiones de paz que los confederados presentan. Pero esta cabeza está sin honor y sin dignidad. No encontraré energía sino en las masas, y las masas que no son capaces de conocer el alma de los negocios, no pueden ser removidas sin graves inconvenientes. Las formas monárquicas no permiten que se hable con mucha libertad á las pasiones del pueblo.»

Nadie duda, en efecto, de la impotencia de la monarquia en las grandes crisis del bienestar de los pueblos, y la caida del imperio es la prueba mas relevante! Pero lo que hay que admirar es esto! Napoleon todavia mas que la monarquía, era el que hablaba con mas calor á la imaginacion de las masas, porque él pudo aprovecharse de su energia, sin otros inconvenientes que no descubrirlas el *alma de los negocios*. Por otra parte, el zelo popular en 1814 iba delante del Emperador, y la vehemencia espontánea de los habitantes de todos los pueblos le impulsó por último á organizar sus operaciones por un decreto publicado en Fismes; pero esto no sucedió hasta el 5 de Marzo! En la época que ahora narramos, acababan de penetrar en el territorio francés los ejércitos estrangeros, cuando el alzamiento simultáneo de todos los pueblos obligó á su generalísimo á imponer desde el 8 de Enero, pena de muerte á todo paisano armado que no se presentase con uniforme, y á fulminar sentencia de pegar fuego á las poblaciones que se defendiesen.

Esta determinacion fue causa de que para evitar tan feroces amenazas, presentasen los ministros del gobierno imperial la blusa, como el uniforme que segun se decia era el verdaderamente nacional, y propio de los franceses, como el antiguo trage de los galos, conocido con el nombre de *sayo*. La ley de la invasion no fue menos llevada á efecto, y el valor de las poblaciones del este, los cupos de guardias nacionales movilizados que aprontaron los departamentos del oeste y del centro, y el alistamiento general para la milicia, dieron ocasion á los enemigos para arrasar en todas partes á sangre y fuego cuanto encontraban al paso. Aquella fue una irrupcion de incendiarios y de verdugos.

Por esto el teniente Simonet no se atrevió á alegrarse al ver que su hermano no parecia entre los cadáveres, y tuvo por cierto que habria caido en manos del enemigo..... Al otro dia de la refriega de Mery-sobre-el Sena, yendo los dragones camino de Troyes, vieron en un foso un cadáver disfrazado con vestido de muger, y cuyo rostro ocultaba la careta que tenia puesta. Thibaut, se apeó del caballo, y quiso reconocer sus facciones, que por esta vez, presagiaba anticipadamente de quien serian. La careta se resistia á sus manos..... Los bárbaros habian clavado las dos correas que la sujetaban, en el cráneo ensangrentando del jóven paisano.

He aquí porque la careta, con los dos clavos mohosos, pendia de la pared del cuarto del oficial Simonet, por encima de sus armas.



BIOGRAFIA.

ESTANISLAO AUGUSTO-PONIATOWSKI, ULTIMO REY DE POLONIA.

Nació este príncipe en Wolczin de Lituania el 17 de enero de 1732. Fueron sus padres el conde Estanislao, castellano de Cracovia, y la princesa Constanza Czartorynska. Aunque Estanislao-Augusto descendia por las líneas paterna y materna de los condes de Guastalla y de los duques de Lituania, poseia personalmente una fortuna menos que mediana, pues era el séptimo de sus once hermanos. Sin embargo, su hermosa figura, su talento, y mas que nada su desmesurada ambicion dieron á conocer á su padre y tios todo el partido que de él se podia sacar, y los determinaron á hacerlo viajar por Francia, Alemania é Inglaterra.

Vuelto á su pais el jóven Poniatowski, salió al poco tiempo para San Petersburgo, encargado de solicitar la corona de Polonia para el príncipe de Czartoryski, su pariente por parte de madre; pero Estanislao valiéndose en su provecho de la influencia que ejerció al momento sobre Catalina II, perdidamente enamorada de él, la pretendió para sí. La augusta soberana, encantada con la idea de colocar una diadema en la frente de su amante, se valió de su omnímoda influencia, para hacer que recayese en él la eleccion. Sucedió asi en efecto y fué proclamado Rey de Polonia en la llanura de Wota el 7 de setiembre de 1764, y coronado el 25 de noviembre bajo el nombre de Estanislao-Augusto.

Portóse al principio con la mayor cordura y moderacion, y aun protegió á los mismos que se habian opuesto á su elevacion; pero mostró á muy poco la mas vergonzosa debilidad en las diferentes cuestiones políticas y religiosas, que agitaron fuertemente el reino y dieron márgen á su ruina.

Protegidos los protestantes por los embajadores de Rusia y Prusia, reclamaron el cumplimiento del tratado de 1660, en virtud del que debian gozar derechos políticos como los católicos, y abiertamente imploraron el auxilio de la Emperatriz. Reunida la dieta de 1766 empezaron furiosos debates entre los disidentes y el clero católico, que llegó hasta echar en cara al Rey la proteccion que dispensaba á los enemigos del estado. Durante estas conferencias, tan funestas á la patria, el ejército ruso se aproximó á las puertas de Varsovia, y hasta entonces no conoció la dieta el eminente peligro en que estaba la Polonia. Pero los partidos, lejos de calmarse, se dividieron mas y mas. Los católicos formaron un ejército para oponerse á la invasion extrangera, y despues de frustrada la tentativa de robar al Rey, fueron derrotados en diferentes encuentros por las tropas rusas, que bien pronto se apoderaron de todo el reino.

Al poco tiempo de haber firmado la primera division de Polonia y perdido la confianza de su patria, el pusilánime Estanislao-Augusto fue á hacer una visita á Catalina II, que se hallaba en Kanief á su paso para la Crimea. Desabrida en estremo estuvo la entrevista, pues la Emperatriz recibió con frialdad á su antiguo amante, y trató con altanería al Rey, cuya debilidad despreciaba; de modo que Poniatowski solo pudo obtener promesas vagas de proteccion y la órden para que saliesen del territorio algunos regimientos rusos, que lo desolaban. Dirigióse entonces el monarca á José II y le espuso los recelos que tenia de que volviera á tratarse de una nueva particion de la Polonia; pero este príncipe le dió seguridades completas sobre este punto, y aun se comprometió con una solemne

promesa, que muy luego fue violada por uno de sus sucesores.

Efectivamente, la nueva y bien conocida revolucion del 91, y las desgracias que trajo consigo, debidas en su mayor parte á la falta de energía de Estanislao, dieron lugar al último reparto y á la ruina de la desgraciada Polonia. En el mes de noviembre de 1795 envió el príncipe de Repnin, general ruso, una carta de Catalina á Estanislao, cuyo contenido era en sustancia: «Que segun el arreglo hecho por ella, debia cesar la autoridad real en Polonia; y que por consiguiente dejaba á su discrecion juzgar la conveniencia de que abdicase.» Cediendo entonces á los deseos, ó mas bien dicho, á las órdenes de la Emperatriz, firmó el acta de renuncia de un trono, que ciertamente la debia, pero que no supo defender ni conservar contra ella.

Confinado en Grodno el ex-rey de Polonia, donde vivia entregado á la indolencia de una vida oscura, recibió una módica asignacion de las tres cortes copartícipes, hasta el tiempo de Pablo I que le convidó á la ceremonia de su coronacion en Moscou y le dió para vivir el palacio de mármol de San Petersburgo, donde murió el 1.° de abril de 1796 á los 65 años de edad.

Estanislao-Augusto poseia cualidades mas á propósito para brillar en la sociedad particular que para sostener el peso de una corona. Era instruido, tenia talento y hablaba perfectamente los siete principales idiomas de Europa. «Estanislao, dice un autor moderno, entusiasmado un momento al ver á algunos polacos que se indignaban contemplando á su patria bajo el yugo estranjero, pareció revestirse de la energía necesaria para salvar el pais ó morir honrosamente defendiéndolo; pero, atemorizado bien pronto por la Rusia, no hizo mas que apresurar su ruina intentando algunos de esos esfuerzos inútiles, que siempre son perjudiciales cuando no hay la bastante fuerza para sostenerlos. Por último, dominado y rechazado á su vez por todos los partidos estranjeros y nacionales, sucumbió sin escitar ningun sentimiento en su favor, ni aun la compasion; y fue una nueva prueba de esta verdad corroborada por una larga esperiencia: «Sobre el trono la debilidad y la indecision son y han sido siempre los peores vicios.»

COLOR DE LOS NEGROS.

La Religion y la razon nos enseñan que todos los hombres descienden de un tronco, y un exámen filosófico de la especie humana muestra claramente que los europeos, por su mas perfecta organizacion y elegancia de sus miembros, son los que mas se asemejan á aquel tronco primordial que debemos suponer como perfecto en su naturaleza. En todos los siglos se ha observado la superioridad de la raza llamada blanca, y ahora es incontestable que los europeos rijen todo el mundo, puesto que si hay algunas naciones en las partes mas orientales del Asia, ó en el Africa, libres de su imperio, es porque razones políticas detienen su subyugacion, ó porque la naturaleza del clima haria de poca importancia su conquista.

El color y conformacion de las otras cinco razas humanas (lapones, tártaros, indios, americanos y negros) son debidos al clima y método de vida, no por impresiones prontas, sino por grados imperceptibles, los que trasmitiendose

de generacion en generacion llegan á quedar caracteres fijos de una raza, segun las latitudes habitadas, siempre que la superficie de la tierra no contraría el efecto.

El pellejo del hombre está dividido en tres tejidos: el epidermis ó cutícula, el *rete mucosum*, y el cutis ó pellejo verdadero, que es el mas interior. La cutícula y el cutis son igualmente blancos y trasparentes en todos los hombres, asi pues, la diferencia del color resulta de la sustancia coagulada del *rete mucosum* casi pegada á la retícula. El rubor súbitamente producido, la palidez causada en el desmayo, asi como el azul de las venas, prueban la trasparencia de la retícula; y la variacion del color del *mucus*, en diferentes sonas, prueba que solo este es el lugar del color. En conclusion: el color del blanco procede de una sustancia del mismo color esparcida en una capa delgada por todo el esterior del cuerpo entre el pellejo; el color de las castas cobrizas procede de la misma capa de aquel color; y el color del negro procede de la misma capa que por su espesura y calidad impide al epidermis trasmitir color ninguno, y por consecuencia parece negro. A excepcion de esta capa interior del pellejo, todas las demas partes del cuerpo son exactamente iguales en las razas blanca, negra y cobriza. Se ven hijos blancos de padres negros y de las otras razas, pero no hay un ejemplar de un hijo negro, cobrizo, ni cetrino de padres blancos, á no ser que haya habido alguna mezcla clandestina.

En cuanto á la forma de las caras creemos que la variedad es producida por causas accidentales, asi como la formacion del cráneo; una familia de cabezas anchas y aplastadas, sin mezcla de otra alguna, y reducida al ejercicio de las necesidades animales y sentimientos comunes, vendrá á quedar privada de los sentimientos morales, y facultades intelectuales, á punto de ser incapaz de civilizacion. Asimismo las deformidades artificiales, practicadas por largo tiempo, forzarán la naturaleza á conformarse á la violencia, y la deformidad vendrá á ser hereditaria.

El color del cabello en los hombres, y del pelo y plumas de los animales, es efecto del humor escrementicio de los cuerpos, accidental en algunos individuos, ó hereditario en algunas especies.

DOLORA.

NADA DE NADA:
NADA POR NADA.

I.

Nada me importa. Al sentimiento estraño,
ni en el bien gozo, ni en los males peno;
si ahogo en el « *no importa* » el propio daño;
sepulto en un « *¡paciencia!* » el daño ajeno
Esperando mi mal, mi bien engaño;
paso lo malo, en aguardar lo bueno;
y asi, el alma en sí misma sepultada,
da á habido y por haber «*nada de nada.*»

II.

Me es todo igual. Nada el placer me importa;
ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida corta,
prorrumpo sin rencor: « *estaba escrito.*»
Cuando sus iras mi destino aborta,
«*buen semblante á mal tiempo,*» me repito;
y asi, cerrando á la pasion la entrada,
grabé en mi corazon: « *nada por nada.*»

Domingo 26 de Abril.

III.

Nada me importa. Que daré no ignoro,
sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
el tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusion templa mi lloro:
amarga mis delirios la esperiencia:
y, de afectos en lid tan encontrada,
es lema de mi fe: « *nada de nada.* »

IV.

Me es todo igual. Como insaciable hiena
me hiere el desengaño carnicero;
pero en mi herida, sin placer ni pena,
sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
pues os debo esta fe desesperada,
« *nada de nada* » os doy « *nada por nada.* »

RAMON DE CAMPOAMOR.

UNAS ELECCIONES EN NUEVA-YORK.

(IMPRESIONES Y RECUERDOS DE MIS VIAJES.)

Hallábame en mi cuarto número 42 de Adelphy hotel el 8 de Abril leyendo uno de los primeros números del *Amigo del Pueblo* (Peoplès friend), periódico que se habia empezado á publicar el 1.° del mismo mes, con objeto de adquirir prosélitos á M. James T. Verplank, candidato para la plaza de Corregidor (major) de Nueva-York, cuando entró M. Cleverfellow, rico comerciante americano, á quien fuí recomendado.—«Good morning, mi querido Don, me dijo, vengo á buscar á V. para ir al meeting (reunion) del parque.—Meeting en el parque! Yo creí que no habia mas meetings que en los templos de los cuáqueros, ¿Y á qué se reduce esa reunion? No me acordaba que hace poco ha llegado V. y que nuestras costumbres son tan diversas de las de su pais. Ahora estamos en las cercanias de las elecciones de Corregidor y Ayuntamiento: dos partidos, designados por whigs y torys, (porque aunque lo queramos negar, no podemos prescindir de imitar en todas nuestras cosas á los ingleses) se disputan la mayoria de los votos. Los torys, vendidos infamemente á la administracion Jackson, tachados de todos los vicios, y ocupados en los oficios mas viles están empeñados en sacar de Corregidor á ese bribon de Mr. Thomas Lawrence, rico senador; los whigs, por el contrario, animados de nobles sentimientos, y siendo los mas de ellos de clases respetadas generalmente, hacen una oposicion vigorosa al gabinete dirigido simultàneamente por el hipócrita Van-Buren, y tienen puestos los ojos para Corregidor en el honrado James T. Verplank, abogado, cuyo solo patrimonio son sus virtudes. Es verdad que en Inglaterra los torys y whigs son lo contrario que aqui; pero esto supone poco. (Escusado es decir á que partido pertenecia mi amigo). ¿Y qué sé cree generalmente? ¿Cual de los dos ganará?—Los whigs sin duda. No nos hemos descuidado; todo lo tenemos previsto; mas de diez mil ejemplares diarios se tiran desde el 1.° del mes del *Amigo del Pueblo* á costa de los comerciantes; en las varias juntas que hemos tenido en estos dias acordamos llamar cada uno á sus dependientes, tanto á los del escritorio, como á los de la calle,

carreteros, trabajadores del muelle, mozos de tiendas, en una palabra, á todos los que viven de nuestro salario, entregarles las papeletas de Mr. Verplank, que son rosadas, y amenazarlos con despedirlos si no votan por él.— Pero en verdad que eso es oprimir la voluntad de los míseros dependientes. Esto se llama aqui eleccion liberal?— Qué quiere V.: cuando los proletarios tienen voto igual á los acaudalados, es menester valerse de todos estos arbitrios, para impedir que nos domine la canalla. Seria muy original que ellos que reciben de mí su subsistencia no me diesen gusto en una cosa insignificante. Pero vamos, que ya son las diez, hora en que se empieza el *meeting* y debe ser muy interesante."

Dirijímonos entonces al punto de la reunion sin hablar en todo el camino mas que de las elecciones. Cuando llegamos, habria en el parque mas de 10,000 personas: delante de la casa del Estado (City Hall) habian puesto una gran mesa, sobre la cual se colocó un orador, el que con el mayor entusiasmo habló asi: «Señores, el hombre que por sus proezas militares se atrajo tanta popularidad, que le elevaron sus compatriotas á la alta dignidad de presidente, el general Andres Jackson ha correspondido tan mal á la confianza que en él se depositó, que despues de haber causado mil calamidades á su pais, se atrevió á trasladar los depósitos del Estado del banco de los Estados-Unidos á otros bancos que no tienen capital bastante para responder de ellos, con el solo objeto de destruir aquel banco, causando la ruina de comerciantes respetables, y privando de subsistencia á mil desgraciados que de él dependian, y todo esto ¿por qué? porque el banco y los comerciantes, amantes exaltados de su pais, y padres cariñosos del pobre pueblo, se opusieron con enerjia á los ambiciosos proyectos del devastador de la Florida, quien hace tiempo está intentando coronarse Rey." (Grande alboroto, aplausos al orador, murmullos y trompadas á lo lejos.) «Si, señores, de Rey de los americanos, para ello ha reunido á su rededor una multitud de hombres corrompidos, que solo aspiran á obtener un empleo para vivir á costa del pueblo, y á formar una perjudicial *aristocracia* (á esta voz todos se conmueven). Pero el sensato pueblo de América conoce bien sus intereses y defenderá sus derechos; y como uno de los que mas los repetan, es el honrado M. Verplank, me atrevo á....."

Aquí habia llegado el enérgico whig, cuando el ruido que hacía rato se estaba oyendo de *miente el charlatan, abajo los whigs*, etc., se acercó de repente; gran número de torys, penetra hasta el orador, los whigs los repelen, pero en vano; quedaron vencidos, y de cuatro trompadas fueron el orador y la mesa á rodar por el suelo. Levantada la última, ocupóla uno de los vencedores con ánimo sin duda de ensalzar al insultado presidente, y denigrar al propuesto para Corregidor; pero antes de empezar se rehicieron los whigs, atacaron á los torys, corre la sangre en abundancia de las narices y bocas, los derrotan, cae el nuevo orador, repónese la tribuna, mas humilde aun que la republicana, y ocupándola otro whig por haberse el primero abierto la cabeza en el descenso, continuó elogiando á su candidato, insultando al de los contrarios, llamándole senador venal, borracho, y hombre de mala fe. A las doce concluyó el discurso, diéronle grandes aplausos, gritaron con todas sus fuerzas, y se retiraron.

Por la noche hubo otras reuniones, como esta en varios puntos, tanto de un partido como de otro; los discursos, los gritos y las trompadas duraron hasta mas de las once de la noche. El go-

bierno permaneció neutral é impasible: es verdad que no hubo mas desgracias que algunas narices y bocas rotas.

Llegado el 10, mi amigo Mr. Cleverfellow y yo, á pesar de estar lloviendo fuimos á ver las elecciones de nuestro barrio.

Delante de la puerta de una tiendecita de víveres en William-Street, habia una mesa que obstruia la entrada; sobre ella estaban dos jarras de hoja de lata, y al lado el padron del barrio, en el que estaban apuntados todos los vecinos, su ocupacion, su edad, las contribuciones que debia pagar cada uno, quienes las habian pagado y quienes no. Dentro de la tiendecita estaban pegados á la mesa el inspector del barrio, encargado del padron, dos regidores cuidando de las jarras, y dos vecinos honrados auxiliándolos. Por fuera habia á cada lado unos cuantos de cada partido para cerciorarse de la legalidad de las votaciones, y contribuir, como veremos ahora, al triunfo de sus protejidos: algo mas lejos habia grandes grupos de pueblo. A poco de haber llegado nosotros se acercó, ó mejor dicho, quiso acercarse á la mesa un elegante dandy que empuñaba una papeleta azul que era el color de Mr. Lawrence. Apenas lo advirtieron los rosados empezaron á impedirle que llegara hasta las jarras; ya se agrupaban para no dejarle paso, ya le empujaban hácia atras; bien le derribaban el sombrero fingiendo que era por distraccion, bien le hacian mil preguntas para ver si se marchaba aburrido; pero el carácter americano es impertérrito; sin embargo, la papeleta es sagrada, nadie se atrevió á arrebatársela, ni aun á tocarla. Los azules por su parte no se descuidaban, le impelian adelante, le abrian paso, daban de trompadas y las recibian de sus adversarios: al fin, llegó nuestro elector á las jarras y ya se creyó en puerto de seguridad, cuando un rosado que estaba allí cerca, gritó: «*el señor no puede votar.*" (Para tener voto, solo se requiere ser natural ó naturalizado, tener veinte y un años, haber pagado su correspondiente tributo, y no ser soldado). En el instante cerraron las jarras, y preguntó el inspector ¿por qué? —*Porque no ha pagado las contribuciones.* Preguntó el inspector su nombre, y mientras buscaba en el libro si era cierto, se armó una pelotera de trompadas y empujones, que hicieron que el pobre elector fuese á dar cinco ó seis varas de donde se hallaba; de modo que cuando se hubo visto el padron, y se averiguó que habia pagado y tenia todos los demás requisitos para votar, el votante no pudo hacerlo por estar muy distante y haber ocupado otro su lugar, despues de haber pasado los mismos tropiezos que él, aunque por el otro partido: los azules eran esta vez los agresores, tacharon al rosado de que era un soldado vestido de paisano, creyendo que mientras veian el libro podrian hacer con este lo que sus contrarios con el anterior; pero por mas reyertas que tuvieron, el rosado se agarró á un pie de la mesa, y aunque llevó algunos golpes, se mantuvo firme, y declarado hábil depuso en una de las jarras su voto rosado. Aparecióse un tercero que llevaba una papeleta blanca: aquí fue Troya. Será un aliado? Será enemigo? se preguntaban los dos partidos, y en esta incertidumbre se propusieron ambos hostilizarlo: pero él era robusto, y aunque de los dos lados le empujaban, le tiraban por la casaca y lo aburrian, con intrepidez pudo llegar á la mesa: pero le faltó tino, y en vez de caer la papeleta en la jarra cayó en el suelo, lo cual causó una gritería universal. En esto se armó una pendencia de mas de treinta personas, que se dieron con tal furia que tres murieron á las pocas horas.

Al ponerse el sol se suspendieron las elecciones, y entonces dividida la mayor parte de la poblacion activa, los azules en Tammany hall (sala de Tammany, nombre de un indio célebre por su valor y virtudes), y los rosados en Massonic-hall (sala de los masones), se colocaron tres individuos en cada balcon, porque estos dos edificios están poco distantes uno de otro, y de cada barrio venia un mensagero con la noticia de los votos que habia obtenido cada candidato. Al momento uno de los tres lo repetia en alta voz, y el pueblo que estaba en la calle gritaba vivas á su respectivo protegido cuando obtenia mayoría. A las diez ya se tenia noticia de todos los barrios; y de ellos resultaba que de 15,000 votantes, habian tenido M. Verplank y los suyos 9,000, y el resto los de M. Lawrence. Los azules no pudieron ver esta derrota parcial con indiferencia, y creyéndose ya perdidos suspendieron su sesion: se presentaron delante de Massonic-hall, cayeron á pedradas y rompieron los cristales; los rosados viéndose bloqueados salieron, embistieron á sus agresores, derramóse bastante sangre, pero solo á puñetazos; y cuando se cansaron se fue cada partido por su lado, gritando el uno *vivan los whigs y Henry-Clay, abajo el rey Andres I, y muera el viejo flaco; y* los otros *viva el padre del pueblo, el héroe de la New-Orleans, muera el banco de los Estados-Unidos y los whigs.* Viéndose el partido del gobierno perdido en 3,000 votos aunque faltaban dos dias mas de elecciones, intentó valerse de un ardid y era so pretesto de estar alterado el órden, despues que ellos fueron los perturbadores, armar las milicias para aquietar al pueblo; y como la Constitucion previene terminantemente que si se prueba que en los dias de elecciones ó en los quince anteriores se ha presentado en la ciudad la mas pequeña partida de tropa, aunque sea para pasar una revista, sean nulas, pues se sospecha que la fuerza armada ha impuesto cierta restriccion á la libertad de los ciudadanos; demorándolas quince dias, podian tomar mas precauciones para atraerse la mayoria; pero temieron una catástrofe, viendo á la generalidad del pueblo del partido de M. Verplank.

El segundo dia fue igualmente turbulento, iguales desórdenes se cometieron, juntáronse del mismo modo por la noche á contar los votos y del mismo modo se vió la minoria de parte del gobierno: de 12,000 votantes solo 5,200 eligieron á M. Lawrence. Esta noche en vez del ataque de la pasada, se quedaron los torys deliberando de qué arbitrio se valdrian para evitar su derrota, porque, aunque contaban con la casi totalidad de los votos del siguiente dia por haberlos comprometido ya con ofertas, ya con amenazas, y tambien con ardides, como el de vestir de paisanos á muchos soldados, de traer vecinos de los otros Estados inmediatos, y otros varios, determinaron meterse los menos conocidos entre los whigs, y fingiendo ser del mismo modo de pensar repartirles papeletas con el letrero de James P. Verplank, pues ellos no repararian en la variacion de la T. en P. ó quizá no sabrian si tenia tal letra entre los dos nombres. Ayudóles la fortuna y pudieron repartir mas de dos mil papeletas de estas fraudulentas en aquella noche. Llegó el tercer dia y de 8,000 votantes, 5,300 fueron favorables á los torys; apesar de eso la mayoria de Verplank era escesiva. Notábase que los torys estaban muy alegres, cosa rara habiendo perdido la votacion; pero ellos decian que era muy diferente contar los votos por noches y estrajudicialmente á contarlos con la legalidad que debia hacerse el dia siguiente. Los gritos fueron mas estrepitosos, hubo serenatas de ambos partidos, porque

los dos creian haber ganado, hubo fuertes apuestas, borracheras y trompadas.

A la mañana siguiente vino á buscarme M. Cleverfellow, su semblante demostraba el gozo de su corazon.—«Vencimos, amigo mio, me dijo apretando fuertemente mi mano; la derrota ha sido completa.—Todavia no se pueden VV. fiar de las apariencias; cuidado como se vuelven las tornas."

El lugar destinado para el escrutinio era un almacen en frente de la bolsa, estaban encargados de hacerlo el Corregidor saliente, dos regidores, dos inspectores de barrio y dos sujetos de cada partido.

El gentío era inmenso en las gradas de la bolsa, en las calles, en las casas inmediatas: todos estaban con el mayor silencio esperando con ansiedad el resultado. De cuando en cuando solian algunos que llegaban tarde y entraban por la otra puerta de la bolsa, empujar á los de arriba y descendian ocho ó diez sobre los de las gradas, que cayendo sobre los de mas abajo obligaban á estos á ir á dar á la calle. Con este motivo habia sus trompadas; pero duraban poco, y pronto se restablecia el órden.

Yo que nunca habia visto elecciones populares, al notar el encarnizamiento de los partidos, la efervescencia y entusiasmo de los electores, temí que cuando se decidiese la mayoría hubiese una fatal revolucion; manifesté mis temores á Mr. Cleverfellow; pero éste me tranquilizó en parte.

Entre tanto los escrutadores se encontraron con la dificultad de las papeletas fraudulentas que los torys habian repartido alterando la letra del candidato whig; pero la ley estaba terminante: «Siempre que haya, decia, alguna duda la mas lijera sobre la verdadera persona del elejido, deséchense estos votos, ó si hubiere muchos iguales cuéntense como de otro candidato.» Dos mil ciento y ochenta papeletas tenian el nombre James P. Verplank y el candidato whig era James T. Verplank. Realmente muy poca duda tendria nadie en que no eran dos personas; pero las leyes en los Estados-Unidos no se interpretan, sino que se sigue su testo literalmente, por lo tanto escluidas estas papeletas salió electo M. Lawrence por 16,500 votos contra 16,320 que tuvo M. Verplank. Cuando se publicó la eleccion hubo gritos, disputas, pendencias; pero se sosegaron para escuchar el resultado de las del Ayuntamiento: en estas fueron mas felices los whigs, pues las tres cuartas partes salieron de su partido.

Al momento se disolvió la multitud yéndose cada uno á sus quehaceres, puesto que decidida la mayoría por la ley nada habia que replicar, y á las doce horas nadie se acordaba ni de las elecciones, ni de los candidatos, ni de los partidos.

L. F. y H.

EL VALLE DEL LIRIO.

Residia en Chartres, ciudad no muy populosa de la vecina Francia un anciano llamado M. Delcros, quien despues de pasar los primeros cincuenta años de su vida en el ejercicio de Agente de negocios se habia jubilado y casádose con una niña que apenas contaba diez y nueve primaveras. Solía él decir para cohonestar tan desigual enlace, que el esceso de edad estaba mas que compensado por el esceso de fortuna, y que mas fácil era acostumbrar á su método de vida á una mucha-

cha de pocos años, sin esperiencia de mundo y pobre de hacienda, que á una muger corrida y avezada á los goces de la sociedad.

Pero el mundo estima en poco las cosas que no se calculan por metálico; asi es que no se tuvo en cuenta la juventud de Nancy de Salornay, su belleza, la dulzura de su voz, la melancolia de sus miradas, ni aun el sacrificio de su bonito nombre por el prosaico de Mad. Delcros. En particular las madres que tenian hijas casaderas declararon solemnemente que M. Delcros habia hecho un grandísimo disparate. «Cáspita! esclamaban á porfia, ¿qué tiene de particular esa Madlle. de Salornay para calzarse con un partido tan ventajoso? Es jóven, como cualquiera otra, como mi hija, por ejemplo..... Es hermosa, y aun en eso habrá sus mas y sus menos, si consultamos los distintos gustos. Yo encuentro en ella un aire de vanidad, una tez tan enfermiza..... y sobre todo la belleza desaparece como un relampago, y M. Delcros podia aspirar á un partido mucho mejor bajo todos conceptos, porque al fin y al cabo no es ningun setenton. Un hombre jamas es viejo, y mas si se mantiene bien conservado. ¿Qué edad podrá tener? al rededor de cincuenta años, de los cuales puede suprimir diez sin que lo conozcan. A la verdad que los hombres son todos locos de atar, y M. Delcros ha demostrado que á todas edades pueden cometerse errores."

Tal era el coro de las madres de familia, y las jóvenes privadas de voto en el particular se contentaban con decir entre sí: qué lástima!

Pero los esposos á quienes se daba un ardite de aquellas bachillerías habian tomado el partido mas prudente en casos semejantes, el de ser felices ó aparentarlo por lo menos. El pan de la boda se consumió sin que fuese acibarado por el menor disgusto, y parecia imposible ser mas obsequioso, mas tierno que M. Delcros lo era con su esposa. Mostrábase envanecido de poseerla, encantado de su belleza, de sus triunfos; y aunque algunos le tachaban de celoso, era mas bien por inducciones sacadas de su carácter, que por pruebas positivas.

Y aquí diremos, á guisa de paréntesis, que solo en este punto no se habia equivocado la opinion pública. Delcros debia ser celoso. Era un hombre bilioso, rechoncho, y muy blanco de facciones: la falta casi completa de barba daba á su semblante un aspecto afeminado que no desmentia el resto de su persona, y que confirmaba una voz aguda, chillona, que jamas producia un tono grave. Sus ojos pardos tenian tal movilidad, que no se podia acusarle ciertamente de que no miraba á la cara, porque miraba á todas partes.

Ya que como fieles historiadores nos es forzoso consignar los misteriosos sentimientos del pecho de aquel hombre, diremos tambien que la franqueza no era su virtud dominante, suponiendo que poseyese alguna. Las sonrisas eran falsas, las palabras brotaban de sus lábios, mas no de su corazon. Casi siempre podia comparársele con un cómico encargado de traducir impresiones que no le pertenecen, y aun á veces se advertía singular discordancia en el tono y ademanes: sonaba su voz afectuosa, serena, seductora, al paso que la accion era escasa y fria: asi como otras veces eran sus modales obsequiosos sin que su voz tuviese nada de cariñosa.

Tal era el esposo que Madlle. Nancy habia aceptado por orden de su anciano padre, y hasta la fecha en que comienza nuestra relacion no habia tenido motivo para arrepentirse de su sumision. Por ventura, ¿no era la muger mas envidiada? ¿No la colmaba M. Delcros de atenciones? ¿Quien se atreverá á negarlo, cuando el amor es quizá la única

cosa en que el Agente de negocios no usa de disimulo?

Tres meses llevaban juntos, y ni un solo dia se habian separado. El 2 de julio, un negocio imprevisto le obligó á quedarse en casa; pero, como marido galante, no consintió que su esposa renunciase á una partida de placer concertada tiempo hacia. Era la fiesta local de Maintenon, y Mad. Delcros habia organizado en union con unas cuantas amigas una escursion á dicho pueblecito.

El ex-Ajente de negocios insistió en que su esposa no faltase á la cita; y despues de una amorosa porfia, hubo de partir la jóven á la fiesta por complacer á su esposo.

Pero el importuno negocio que detuviera á M. Delcros en casa, terminó mas pronto de lo que esperaba, y antes de las tres de la tarde estaba completamente desembarazado. Pensó salir al encuentro de su muger que volvia de Chartres por la tarde, pero muy pronto desistió de este pensamiento. M. Delcros consideró que podria interpretarse desfavorablemente este paso, y desagradar á su señora; un modo de obrar semejante revelaria gérmenes de celos: y aunque tales defectos son escelentes á su tiempo, es preciso saber beneficiarlos en secreto y no lucirlos en público donde siempre son ridículos.

En consecuencia, no salió; y para engañar el tiempo fue á encerrarse en la alcoba de su esposa. Rara vez y nunca solo, habia entrado de dia en aquel púdico santuario: al penetrar ahora, sintió el anciano que cometia una profanacion: tal es el perfume que las cosas sagradas exhalan. Con la cabeza inclinada y como á hurtadillas se introdujo en aquella casta morada: ni un ladron se hubiera presentado con mas timidez. Dueño de la plaza que no oponia otra defensa que su santidad, respiró el Agente de negocios los perfumes de que estaba impregnado el femenino retrete, y una de sus rápidas miradas le bastó para registrar sus mas misteriosos rincones. Admiró primero su frescura y correcta simetria: se acordó del alma serena que animaba un cuerpo tan presumido.

—Esta estancia, dijo para sí, es el mas fiel trasunto de mi Nancy. A cuanto toca, á cuanto se le acerca comunica la gracia de su persona y la paz de su corazon! Dios omnipotente! ¿por qué no me diste tambien esa paz interior sin la cual no existe verdadera felicidad? Qué imprudencia la mia de poner la suerte de mi vida en las frágiles manos de una niña! Y sin embargo me he atrevido á hacerlo, y hasta ahora he sido generosamente recompensado. Mas, el porvenir... ¿quién me asegurará contra el porvenir!

Y mientras revolvia en su cabeza reflexiones de esta naturaleza, proseguia M. Delcros su minucioso inventario. Un reclinatorio de caoba incrustado de un filete de nácar estaba colocado en un estremo. Abrió la parte superior que formaba pupitre y de la cual tenia á su disposision el cajon inferior, á pesar de que faltaba la llave. Diferentes veces hundió Delcros la mano en los archivos de la jóven esposa, y sacó diversas chucherías, versos, flores marchitas, y otras reliquias, cuyo valor solamente comprende quien las posee. Cartas muy inocentes salieron tambien de la cartera para ser pasadas en revista por el ojo suspicaz del celoso: y ya estaban terminadas las pesquisas y puestas las cosas en su lugar, cuando escudriñando por postrera vez la mano del anciano en el fondo de aquel escondite, tropezó con un objeto muy suave que al simple tacto le pareció una bolsa de terciopelo. Inmediatamente salió á luz y fue desatada: contenia algunas hojas de papel muy arrugadas en las que se trazaran de paso fechas y líneas

sin título alguno, todo de letra de Nancy.

A primera vista conoció el Agente de negocios que era una coleccion de apuntes de viage, y para cerciorarse leyó el tal documento que comenzaba á interesarle demasiado. Decia asi:

4 de Julio de 1838. —Salí con mi padre de Chartres para Bigorre en los Pirineos.

10. —Llegamos al término de nuestro viaje. Nos alojamos en la fonda del Norte, y ocupé el cuarto número 15.

13. —Encuentro casual de un jóven moreno, de gallarda presencia que me ha mirado mucho, y á quien yo he mirado un poco.

16. —El jóven del otro dia nos ha saludado esta mañana con afectuosa cortesanía.

17. —Nada de particular.

18. —He sabido su nombre por la criada de la fonda que me sirve de doncella. Se llama Aquiles de Estourmel, artista..... debe ser de buena familia.

Imagínese el que pueda con que mortales angustias sorprenderia M. Delcros *in fraganti* esta esplícita espresion de los sentimientos de su esposa. A pesar de que sus ojos se cubrian de un velo, á pesar de que sus dedos se agitaban crispados estrujando el papel acusador, una curiosidad irresistible le incitó á pasar adelante.

19. —M. de Estourmel ha entablado conversacion con mi padre en la sala de juego.

20. —No le he visto..... Fastidio. Tiempo nublado.

21. —Fiesta en Wauxhall.—Me ha sacado á bailar.

22. —No he asistido en mi vida á baile mas agradable.—M. Aquiles valsa perfectamente.—Me ha parecido que temblaba su mano al estrechar la mia.

23. —Paseo de una cabalgata de bañistas á la gruta de Campan.—Desayuno campestre.—El tambien estaba, y en casi todo el dia ha hablado con nadie mas que conmigo.—Paisaje lleno de atractivos, valle encantador.

24. —Mi padre ha dispuesto salir inmediatamente de Bigorre.—Volveremos á ver á M. Aquiles?—Por la noche he dicho á la criada que ibamos á Canterets: si se acordará de interrogarla?

25. Llegamos á Canterets.—Alojados en la fonda de Europa, en la habitacion del salon Lila sobre el terrado.—A las dos horas de llegar, oigo el trote de un caballo, me acerco al balcon.—qué regocijo! es M. Aquiles: me ha divisado al instante: me ha saludado y yo he correspondido á esta amistosa fineza. Le he visto apearse en la fonda frontera.—Empiezo á creer que me ama; Canterets es preferible á Bigorre.

26 —Un billete en el ramo que tengo al balcon.—Qué imprudencia y qué audacia!—Estoy segura de que me ama... Con tal de que no nos marchemos otra vez!...

27. —Nada. Mi padre no se alivia y se cansa: yo igualmente.

28. —Aquiles ha cantado conmigo; tres veces ha recogido mi pañuelo del suelo y me ha apretado la mano.

30. —Mañana quiere partir mi padre á Bagnéres de Luchon.—Haré que Aquiles lo sepa.—Los caprichos de los enfermos son inaguantables.

Bagnéres de Luchon, 2 de Agosto. —Al fin hemos llegado despues de un penoso viage.—Mi padre ha elegido la fonda de Francia, y habito en el cuarto núm. 13. Número fatal! Tengo vistas deliciosas al paseo de los baños: Luchon es triste.

3 de Agosto. —Siento miedo á un tiempo y alegria.

Nos ha seguido.—Dios mio! protejedme, porque le amo.

4. —Aquiles de Estourmel ha venido á informarse de la salud de mi padre, quien le ha acogido con alguna frialdad.—He hablado un instante con él en el jardin y me ha pintado su amor

Domingo 3 de Mayo.

con los mas vivos colores. Pobre jóven! Pesar me dá haberle escuchado con tanta tibieza!

5. —He visto á Aquiles en el baile: no estaba enfadado.—Al separarnos me ha hecho jurar que le concederia mañana temprano mientras duerme mi padre una hora de entrevista para una esplicacion de que pende su vida. Me ha faltado valor para negarme.

6. —Dia funesto. Desde el alba nos aguardaban dos caballos. Aquiles me ha suplicado de rodillas que le acompañase al Valle del Lirio y he cedido ó su irresistible ascendiente. Mi pobre padre ignora mi corta ausencia. Por la noche no me he atrevido á besar su respetable rostro. Cuánto deseo ser esposa de Aquiles: me lo ha prometido, me lo ha jurado á la faz de Dios...

7. —Si fuese perjuro Aquiles!..... Qué he hecho, Dios mio! qué delirio haberme fiado de él tan ciegamente!

8. —Ingrato! en todo el dia le he visto. Me abandona. Oh! no, despues de sus protestas, de sus juramentos, es imposible!..... Bien decia yo, me ha escrito para escusarse: pero una carta glacial..... hubiera preferido su silencio.

10. —Estoy perdida: el infame me engañaba! se ha marchado esta noche, á toda prisa, sin avisarme. No me amaba. Si pudiera quejarme!... . Oh! que tormentos hay que igualen á las penas que sufro!

12. —He convencido á mi padre para que vuelva á Chartres. Al fin me veré libre de estas horribles montañas: ¿me libraré tan facilmente de mis remordimientos?

Despues de un corto espacio blanco, acababan las notas con esta:

8 de Abril de 1839.—Me han casado con M. Delcros, escelente sugeto á quien debo hacer feliz. Entro en una vida nueva: muera lo pasado. Quiero arrepentirme y olvidar!

El ex-agente de negocios leyó de cabo á cabo esta terrible relacion, pero solo con los labios: le abandonó el uso de su razon, flaquearon sus piernas y cayó exánime sobre un sitial, mirando con estúpidos ojos las páginas que estrujaba entre sus dedos. Hervia un volcan en su abrasada cabeza, volcan horrible alimentado por las siniestras chispas de los celos y la venganza.

Se levantó furioso; y mas bien que andar, saltaba lanzando espumarajos de cólera, mientras que en su boca se confundian amenazas inarticuladas, imprecaciones y blasfemias.

Cediendo al primer ímpetu de su resentimiento, dió M. Delcros algunos pasos para salir, resuelto á armar un escándalo; pero de repente se detuvo meditando un plan que en aquel momento se le ocurriera. Inmóvil, con los ojos clavados en un punto, daba vueltas en su mente á la naciente idea, abriendo y cerrando los dedos á la manera que las aves de rapiña ensayan las garras: en seguida una sonrisa infernal surcó sus labios, arrugando su amarilla frente. En efecto, acababa de surjir en aquel desordenado cerebro un plan de venganza atroz.

Arrancó M. Delcros algunas hojas de su cartera y se inclinó sobre el reclinatorio para copiar el diario acusador de Nancy, que acaso en aquel instante cojeria flores ó cantaria alegremente en medio de sus compañeras, mientras se formulaba su sentencia de muerte.

Reiterados esfuerzos costó en verdad á M. Delcros terminar su tristísima tarea. Sus dedos se entorpecian, la pluma enborronaba el papel, y mas de una vez hubo de apoyar la abrasada cabeza entre sus manos, á fin de comprimir la agitacion febril que en él despertaba el aspecto del funesto manuscrito.

Apenas hubo acabado, recobró algun tanto su serenidad; encerró en su cartera la copia que tan cara había comprado y dando al orijinal los dobleces

primitivos, lo guardó en la bolsa de terciopelo de donde le sacará, y dejó cada cosa en su lugar: despues de lo cual y de tender una mirada para cerciorarse de que no dejaba señal alguna de su visita, salió M. Delcros de la alcoba de su esposa.

Una hora despues invadia la bulliciosa cuadrilla la casa del Agente de negocios, y M. Delcros se afanó por recibir como correspondia á tan alegre comitiva. Sus móviles facciones no conservaban el menor vestigio del terrible y reciente descubrimiento: por el contrario jamas se habia mostrado mas contento. Abrazó afectuosamente á Nancy, la preguntó con tierna solicitud si se habia divertido; y encantado de los pormenores que ella le referia, la prodigó tales y tantos elogios, que mas de una vez hicieron salir los colores á la cara de la jóven esposa, decidiendo entre tanto la reunion por unanimidad que M. Delcros era el modelo de todos los maridos. Para fomentar en los concurrentes tan lisonjera opinion, el maquiavélico anciano, al despedirse citó para el dia siguiente á todas las señoras que gustasen de presenciar una agradable sorpresa que preparaba á su adorada Nancy.

Al dia siguiente reinaba el tumulto en el domicilio de M. Delcros, tan pacífico ordinariamente: era una vida, un movimiento insolitos en aquella casa: cada cual iba, volvia, y daba cien vueltas con afanado aspecto, y á no dudarlo semejante agitacion denotaba los preparativos de algun acontecimiento doméstico.

Los curiosos, incitados por la promesa de la víspera, y los amigos mas íntimos no faltaron á la cita. Mad. Delcros les salió al encuentro y arrojándose en los brazos de una de sus amigas favoritas:

—Querida, la dijo aplaudiendo con las manos en señal de regocijo, ¿á que no adivinas por qué estoy tan contenta?

—Qué sé yo?

—Oh! yo lo creo que no lo sabes, pero voy á decírtelo. Estamos en la estacion de los baños y mi marido me lleva á los Pirineos.

—A los Pirineos? dos años seguidos!

—Oh! es delicioso. Me gustan tanto los Pirineos! me alegraré tanto de verlos! Aquellos torrentes, aquellas chozas, aquellos picos, aquellas nieves..... Qué magestad! qué audacia! qué sencillez!

—Sí, será hermoso, pero yo no los conozco.

—Lo siento: querida, porque es cosa digna de verse.

—Y yo envidio tu fortuna; pero ¿cuando partís?

—Esta tarde, al punto, contestó M. Delcros que entraba en aquel momento. La silla de posta aguarda en el patio, y solo nos faltan los caballos.

—Qué felicidad! esclamaban todos á una, dejar á Chartres que es tan triste, huir del fastidio, de la monotonia de nuestra ciudad, para viajar! ¡Quien pudiera hacer otro tanto!

Nancy se escapó furtivamente de la reunion y con un pretesto se retiró algunos momentos á su alcoba; abrió el cajon del reclinatorio y sacó la bolsa de terciopelo. Debo borrar, dijo para si, todos los vestigios de una pasion culpable que procuraré olvidar. Sí, quiero ser digna del amor que me profesa mi esposo!

Fortalecida con este pensamiento, encendió la jóven una bujia; pero en el momento de entregar á las llamas sus notas de viaje, se sintió sin valor, y quiso leerlas por la vez postrera, antes de destruirlas para siempre.

Durante esta lectura, exhaló Nancy algunos suspiros, se enjugó algunas lágrimas, derramadas en memoria de las impresiones de que era depositario el frágil papel, lágrimas que fueron aun

mas tristes al reflexionar que precisamente aquel mismo dia en el año anterior habia partido con su padre para el mismo viaje. Esta coincidencia la dió en que pensar un rato; pero en seguida incendió denodadamente la sencilla historia de su primer amor.

— Mi corazon ha ardido como este papel, dijo: ojalá pueda mi funesta pasion estinguirse como él!

Apenas habia terminado el auto de fe conyugal cuando los cascabeles de los caballos y el látigo del postillon anunciaron el momento de echar á andar. Inmediatamente se presentó Nancy, á quien ya estaban aguardando, y despues de dar y recibir multitud de abrazos y de besos cariñosos, alargó la mano á su esposo para subir á la silla de posta.

Rompió á andar el carruaje, se ajitaron los pañuelos de una y otra parte y todo desapareció.

Los pacíficos ciudadanos de ambos sexos, reunidós para despedirse de los esposos, se dispersaron en seguida reflexionando con amargura sobre la fatalidad de que sucediese con los Pirineos lo que con la antigua Corinto, á donde no era lícito ir á todo el mundo. Unánimes fueron los votos en afirmar que el ex-agente, de negocios y su muger eran los privilegiados de la dicha, ó por mejor decir, para emplear una espresion usual, que habian hallado el secreto de *gozar de la vida*. Nosotros, empero, que alcanzamos un poquito mas que los sencillos provincianos, vemos con pena al matrimonio emprender una escursion lejana.

Cuando hubieron terminado las faenas que animan el prólogo de un viaje, cuando quedó muy detras la bulliciosa escolta de amigos, cuando Nancy por fin se vió sola al lado de su compañero de camino, una melancolía oculta penetró en su alma, y la hizo estremecer una impresion de frio y aislamiento. M. Delcros, ocupado con sus reflexiones, guardaba profundo silencio, y en vano intentó Nancy distraerle dirigiéndole la palabra, pues su interlocutor se limitaba á contestar sin hacer á su vez pregunta alguna: por lo cual hubo de callar la jóven y dar curso á sus ideas sin producirlas esteriormente.

Seis dias duró esta situacion sin acontecimiento notable; y en honor de la verdad debemos decir que insensiblemente se disipó el humor taciturno de M. Delcros. Mas este fenómeno moral ofrecia la particularidad de que cuando Nancy cedia á la natural melancolía de su caracter, el ex-agente de negocios afectaba una alegria loca para distraerla: pero luego que la jóven se abandonaba á estas placenteras impresiones, soltaba M. Delcros alguna reflexion desagradable, algun gesto severo para reprimir el desahogo de aquella alma inocente: parecia que aquel hombre se habia propuesto mantener en el estado moral de su compañera un temperamento que no se aviniese con la tristeza ni con la alegria. Empero esta influencia que destruia la espontaneidad de las impresiones, no podia menos de ofender el carácter franco y espansivo de la linda Nancy; y apenas habia salido de su casa cuando ya se arrepentia de haber accedido al viaje.

Hasta llegar á Tarbes no supo Mad. Delcros el punto fijo donde se dirigia su larga caminata: con la fingida mania de preparar sorpresas á cada paso, conservaba su marido la mas rígida discrecion y con este sistema, el menor acontecimiento tenia un aspecto dramático que duplicaba su efecto.

El 10 de Julio de 1830 llegaron los esposos á Bagneres de Bigorre. M. Delcros prefirió la fonda del Norte; y aquella noche se alojo Nancy en el cuarto núm. 13 dispuesto para recibirla.

Natural era que asombrase á la jóven una coincidencia semejante, y con

disgusto hizo la observacion. No solamente las fechas sino tambien los parages eran los mismos que recorriera el año anterior. Esta conformidad completa la turbó : pero como siempre en nuestros pesares se abre paso la esperanza , reflexionó que todos los dias estaban sucediendo casualidades aun mas estraordinarias. Imaginó , para motivar la preferencia dada á Bigorre , que ella misma se lo habria elogiado á su marido, y que siendo la fonda del Norte una de las pocas de la poblacion y la mas á mano para los viajeros , la habria elegido su esposo por los mismos motivos que un año antes decidieron á su padre á alojarse en ella. Puesta ya á ver las cosas de este modo , el número 13 embarazaba poco : ¿por ventura no era una de las habitaciones mas cómodas de la casa ? No obstante la verosimilitud de estos razonamientos , surgió la inquietud en el alma de Nancy , pensó mucho tiempo y se durmió por fin con agitado sueño.

Al dia siguiente de madrugada entró á saludarla su marido , quien observando la palidez de sus facciones, la preguntó con interés y sentimiento, qué tenia. La esposa , agradecida á tanto afecto , atribuyó á las fatigas del viage el abatimiento momentáneo que muy pronto desapareceria con los paseos y los baños.

M. Delcros aparentó quedar satisfecho con esta esplicacion, y su semblante risueño tranquilizó algun tanto á la jóven sobre sus temores de la víspera.

Este estado de cosas duró algunos dias , al cabo de los cuales se desvanecieron casi totalmente las sospechas de Nancy. El 23 dispusieron los bañistas una escursion á la gruta de Campan.

Mad. Delcros que asistió con su esposo , no sabia que celebraba un aniversario : la fecha del año precedente se habia borrado de su imaginacion y para fijar dudas , no podia consultar el diario que quemara antes de partir. Por esta razon hizo poco caso de aquella circunstancia : una visita á la gruta y una comida de campo , eran accidentes demasiado usuales en la vida de los bañistas , para que Nancy quisiese darles un sentido particular. Sin embargo como la pobre mujer no halló ninguna de las personas que encontrara la primera vez, se creyó abandonada : brotaron en su mente los recuerdos en tropel , y la amargura de su corazon se desahogó con algunas lágrimas que enjugó en secreto.

En seguida regresó á la aldea , disimulando penosamente una melancolía invencible. El ex-agente de negocios pasó la noche acompañando á su muger al lado de la lumbre , porque en los Pirineos se calienta la gente en todas estaciones.

Antes de despedirse de la hermosa afligida , la miró M. Delcros hipócritamente:

—Estas enferma ? la dijo.

—No , no lo creas , repuso la jóven con un tono que desmentia sus palabras.

—En vano pretendes engañarme : he notado que estos parages te desagradan, ó cuando menos te fastidian.

—Algo , un poco , si he de decir la verdad , replicó Nancy haciendo por sonreirse.

—Ya lo sabia yo. Por ventura se me puede ocultar á mí alguna cosa ? prosiguió Delcros con una intencion que nosotros solos estamos en el caso de interpretar. Te fastidias..... si , y por eso he resuelto que mañana marchemos á otro punto.

—Nos vamos ! me alegro , esclamó Nancy. Qué bueno sois ! prevenís mis deseos , los adivinais..... Pero dónde vamos , á Chartres?

—Mañana lo sabrás!

—No , mañana no , hoy : decídmelo ahora mismo.

—Nancy , eres demasiado curiosa, y debo resistir á tus exigencias.

—Sí, soy curiosa como todas las mugeres, replicó Mad. Delcros: me gustan las cosas previstas, que se me avise de antemano. Cierto que vuestras intenciones son escelentes, pero no soy aficionada á las sorpresas.

—Ello vendrá, querida, dijo M. Delcros con tono incisivo: no accedo á tus caprichos. Adios.

Y se retiró el ex-agente despues de estampar un beso en la mano de su esposa.

Mad. Delcros pasó una pésima noche: el sueño huyó de sus párpados, y la insólita severidad de su esposo la atormentó sin cesar. Al fin pudo calmar algun tanto sus inquietudes, diciendo que era preciso respetar las manias de las personas lo mismo que las virtudes, que no era culpa de M. Delcros que su sistema no agradase á su muger, y en último resultado, que habia de tener en cuenta, no sus actos sino sus intenciones.

Al dia siguiente, 24 de Julio, Mad. Delcros, notablemente afectada por su reciente insomnio, ocupó con su esposo la silla de posta que los habia traido de Chartres. A que punto se dirigian los viajeros? Nancy hubiera deseado saberlo, pero el respeto humano heló su lengua pronta á interrogar á los criados. Temia revelar su humillante ignorancia, temia que fuera prescrita por su esposo, en cuyo caso habria de obtener la triste respuesta: *el amo nos ha prohibido decir donde vá.*

Nancy tuvo ceño con su compañero de viage, quien no se dió por entendido, y leyó algunos números de un periódico. Figurósele á Mad. Delcros entrever que habia ofendido á su esposo con las instancias de la víspera, y se propuso reparar con algunos agasajos esta ligera falta. Pero la manera friamente cortés con que fué acogida, desconcertó á la jóven que volvió á su mudez y á su melancolía.

Iba á anochecer; trepaba el carruage con trabajo por una pendiente cuesta, y Mr. y Mad. Delcros se habian bajado para andar un rato y aliviar á los caballos. Nancy divisó á una vieja que cogia leña en el borde del camino, y aflojó el paso.

—Buena muger, la dijo, teneis la bondad de decirme á donde conduce este camino?

—Mejor que yo lo sabeis, respondió la vieja enojada.

—Mas quedo, interrumpió Mad. Delcros, os aseguro que lo ignoro. Qué os cuesta?.....

—Nada: pero si tratais de burlaros, Dios os castigará. De aqui á Canterets falta una legua.

—A Canterets! repuso la señora estremeciéndose, Gracias, gracias, rogad á Dios por mí.

Al mismo tiempo puso una moneda en la mano de la vieja, estupefacta de tanto miedo, tanto misterio y generosidad.

Nancy que acababa de ver alumbradas las tinieblas de sus dudas con aquella luz horrible y repentina, sintió exánime su pobre corazon, cruzaban ideas de muerte por su debilitado cerebro; todo cuanto la rodeaba daba consejos de suicidio, el precipicio que se abria á sus pies, el torrente que bramaba invisible en el fondo del abismo, el agudo viento que se encajonaba en las gargantas de la montaña: pero aquella naturaleza salvaje, aquellas gigantescas sombras que surjian de los valles la amedrentaron; circuló un temblor convulsivo por su cuerpo, y aceleró el paso para alcanzar el carruage junto al cual la aguardaba ya su esposo para subir.

Llegó Nancy bañada de sudor: quiso escusar dulcemente su tardanza, pero sin contestar una palabra, abrió M. Delcros la portezuela, alargó á Nancy una mano helada, y la infeliz subió penosamente el estribo como un reo que ca-

mina al suplicio. Retiróse á un rincon, y dió gracias á la noche porque tendia su velo ocultando el trastorno de su fisonomía á las penetrantes miradas de M. Delcros. Reinaba siempre el mismo silencio que la jóven esposa no se atrevia á romper: para quien se siente culpable ¿ hablar no es descubrirse?

Cuanto la sucedia, tenia traza de encantamento. Era un enigma que temia adivinar; mas poco á poco le pareció menos siniestra la revelacion de la villana. ¿ No es Canterets una de las residencias favoritas de bañistas y viajeros? Por otra parte ningun indicio tenia de que su marido pensase detenerse en aquel punto. Con estas reflexiones ocupaba su imaginacion, cuando la silla de postas comenzó á pisar el desigual piso de la poblacion. Los paseantes se arrimaban á las casas, los vecinos salian á sus puertas, y el postillon agitaba el látigo como un gefe de orquesta que marca los compases con rápida medida. De repente dió un embion el coche y se paró.

—Gracias á Dios que llegamos! dijo estregándose las manos el ex-agente de negocios.

Esta palabra, primera que pronunciaba despues de un silencio de muchas horas, hizo estremecer á Nancy. Quedóse inmóvil, petrificada, y fue preciso que M. Delcros la agitase para hacerla volver en sí y apearse.

Acudieron los criados de la fonda con luces, y á favor de la claridad pudo Mad. Delcros leer en la muestra: *Fonda de Europa*. Vacilaron sus rodillas, y hubiera caido cuan larga era á no apoyarse en el brazo de una criada que la ayudó á arrastrarse hasta una habitacion.

—La señora se siente indispuesta, observó la sirvienta mirándola con interés.

—Un poco, pero no vale la pena, contestó una voz, la de M. Delcros que marchaba detras. Tendrá frio, llevarla á su habitacion y que enciendan buena lumbre. Apruebas, querida? añadió acercándose á Nancy y estrechándola la mano delante de aquellas gentes que admiraban el esceso de su cariño.

Dejóse Nancy conducir á un cuartito del piso bajo; le examinó y brilló en su frente un relampago de dicha. No era el aposento que ocupara el año anterior y esta ligera infraccion del triste itinerario que se la hacia seguir con una puntualidad cruel, le pareció de escelente agüero: sucedió á la pobre muger lo que á los soldados habituados á reveses, que la menor ventaja es para ellos un glorioso triunfo. Nancy se imaginó libre de la fatalidad que pesaba sobre ella, creyó roto el encanto.

M. Delcros se habia presentado para hacerla compañía y cenar con ella; pero la desdichada apenas tomó un caldo, y tuvo el dolor de observar que su esposo á quien nada costaban caricias y agasajos en público, se hacia privadamente tan reservado que degeneraba en grosero.

Acabada la cena, quedó sola á la lumbre Mad. Delcros, recordando los sinsabores de su funesto viaje. Sea Dios loado! dijo por fin para consolarse. Esta habitacion me tranquiliza; mis temores eran infundados: solo la casualidad ha coordinado estos sucesos!

Al mismo tiempo se abrió la puerta y Mad. Delcros se levantó sobrecogida. Desde que vivia la jóven bajo aquel régimen de recelos y ocultos terrores, el ruido mas leve la hacia estremecer, y su sistema nérvioso habia adquirido una susceptibilidad estremadamente irritable.

La persona que entró era la dueña de la fonda.

—Señora, dijo saludando con respeto, perdonad que me haya visto en la precision de recibiros en este cuarto.

—Qué! interrumpió Nancy asustada con aquel exordio: estoy perfectamente.

—Señora, millones de gracias por

tanta indulgencia : pero vuestro esposo que se desvive por vos , no quiere teneros tan estrecha. Aceptó este aposento provisionalmente , y por fortuna el que os destinaba se ha desocupado mas pronto que yo creia , y si lo permitís, os acompañaré á él.

—Repito que aqui estoy bien, y deseo no mudar de habitacion.

—Estareis infinitamente mejor : no tiene comparacion : piso principal , vistas magníficas al terrado.

—Al terrado ! esclamó Mad. Delcros cayendo sobre un sitial.

—No hago sino ejecutar las órdenes de vuestro señor esposo.

—De mi esposo ! repitió Mad. Delcros : pues contestadle de mi parte que tendré un grandísimo disgusto si se me obliga á mudar de habitacion. Esta me agrada mucho ! Adios.

Retiróse la fondista con la cabeza baja, reflexionando cuán triste cosa era que un caballero tan cumplido como M. Delcros tuviese sobre sí á una muger tan antojadiza.

Bien conoció la pobre Nancy que acababa de intimársele una sentencia irrevocable , y su marido , que apareció á poco rato, produjo en ella el efecto del verdugo que se presenta á egecutar una sentencia.

Acompañaba la huéspeda á M. Delcros : este se revistió de cariñosos ademanes , y se acercó á su esposa que se aferró á los brazos de la silla.

—Cómo , querida mia ? la dijo con voz melosa : ¿ me hacias la injusticia de suponer que yo iria á alojarte en un cuarto tan modesto?

Nancy no respondió ni se movió , y M. Delcros frunció el seño imperceptiblemente.

—No quiero que pases aqui la noche por ningun estilo! Ademas, creo que la patrona ha dispuesto ya de esta habitacion.

Nancy miró á la patrona , quien hizo una señal de asentimiento.

Entonces se puso la infeliz ambas manos sobre el corazon para contener sus latidos sin perder por eso su actitud pasiva. M. Delcros la abrazó , la levantó por fuerza , la asió de la mano y la obligó á seguirle. Nancy se dejó arrastrar como una víctima en pos de su marido y de la posadera. Llegados que fueron al nuevo aposento, demasiado conocido para Nancy , la hizo sentar su esposo cerca de la chimenea. Lo ves, loca ? cuánto mejor estarás aquí ? y se retiró despues de prodigarla mil ternezas que encantaron al testigo de aquella escena conyugal.

Quedó por fin sola , y se arrojó vestida sobre el lecho donde de buena gana hubiera buscado la muerte , y donde solo halló insomnio y desesperacion.

La desventurada imaginaba que su desconsuelo no podia ser mayor , y se engañaba : en las aflicciones escesivas siempre se busca un motivo de esperanza aun en su mismo esceso. Se lisonjea el paciente de que han vibrado ya todas las cuerdas del sufrimiento; empero el mal con una habilidad inaudita sabe descubrir aun cuerdas desconocidas que dormian dentro de nosotros, y cuyo secreto no se nos revela hasta sentirlas pulsadas por la mano del dolor.

Esta última esperiencia habia sido la mas penosa para Nancy ; cerrado tenia el refugio de la duda ; mas aunque no le era lícito ver en su lento martirio la mano ciega de la casualidad , tampoco se atrevia á reconocer la vergonzosa intencion de una venganza implacable. Estaba aquella muger harto poco instruida en la ciencia del mal para penetrar las hondas raices que echa en el espíritu humano. De las cosas que dan la muerte , conocia no mas que las materiales , ignorando que hay venenos espirituales , puñales invisibles que pasan por el alma para destruir el cuerpo.

Asi Mad. Delcros en presencia de pruebas tan concluyentes no podia creer que su marido no estuviese minuciosamente informado de todos los pormenores del primer viaje. Pero ¿ quièn le habria instruido tan perfectamente ? no podia ser otro que su padre.

Esta probabilidad que deseaba creer, estaba aun muy indecisa ; pero tomó consistencia cuando Nancy se esforzaba en demostrarse á si misma la imposibilidad del encuentro de su diario de viaje. ¿ No le habia hallado al destruirle en el mismo estado y en el mismo sitio donde le escondiera ? Ademas ¿ se habia quitado un solo instante del cuello la llave del discreto cajon ? Jamas.

Aun suponiendo que su esposo hubiera habido á las manos el tal documento, de seguro habria echado en cara á su muger su feo delito y abrumádola con justas recriminaciones para condenarla quizá á una separacion eterna. Ninguna de estas consecuencias inevitables se verificaba, y el diario habia aparecido intacto. Otra hipótesis restaba aun para renovar sus inquietudes, la indiscresion de M. Aquiles Estourmel. El hombre capaz de abusar de la inocencia de una doncella, lo es tambien de acusarla ; pero falta Nancy de algun hecho para fundar esta suposicion, combatida por mil angustias, flotaba la pobre muger en un mar de dudas y desconsuelo.

Asi gemia sordamente aquella víctima oscura, y decaia por momentos. Si por acaso columbraba un fulgor de esperanza, era para hundirse mas : semejante á aquellos pájaros encerrados en un aposento que seducidos por un rayo de sol se lanzan y toman vuelo para ir á dar de cabeza contra el vidrio que los rechaza aturdidos al fondo de su prision.

Para saber alguna cosa cierta, se aventuró Mad. Delcros á interrogar á su esposo.

--Decidme, le preguntó bajando los ojos y muy encarnada, ¿ os habló mi padre de nuestro viaje á los Pirineos?

--No recuerdo, respondió M. Delcros arrugando la frente y clavando en seguida una punzante mirada en la infeliz : ¿ á qué viene esa pregunta ? dijo.

--Oh ! á nada, repuso Nancy temblando como una azogada : por pura curiosidad.

Aun no hacia una semana que los dos esposos estaban establecidos en Canterets. Nancy se acordaba de que el año anterior, la enfermiza inconstancia de su padre no habia consentido que se prolongase su residencia en aquel punto mas que cinco dias. Aguardaba pues con perplejidad este término que debia ser para ella un consuelo ó un nuevo dolor. La noche del quinto dia, entró M. Delcros en el cuarto de su esposa y la dijo con tono decidido.

--He notado, querida, que te desagradan estos parages.

--A mí ? no por cierto : con gusto pasaria toda la estacion. Canterets es hermoso.

--Me habré equivocado, replicó M. Delcros con despecho.

--Tal vez, y yo agradezco el buen deseo, contestó Nancy sonriéndose y alargando la mano á su esposo.

Pero este, sin darse por entendido de aquel amistoso ademan, continuó sin tomar la mano:

--Si eso es cierto, probará que nuestros gustos y genios en nada estan acordes, como sucede, añadió soltando un suspiro, con esos matrimonios que por irrision sin duda se llaman de conveniencia. A mí me fastidia este pueblo y desearia perderle de vista cuanto antes.

--Pero si acabamos de llegar, observó Mad. Delcros. ¿ De qué procede tan repentina aversion?

--Qué sé yo ! de los mismos motivos que te hicieron salir de Bigorre con tanto placer : de que ya estoy harto.

Mad. Delcros bajó los ojos.

Domingo 10 de Mayo.

--Asi, pues, prosiguió el marido, como entre dos que se quieren, las concesiones deben ser mútuas, he reflecsionado que ya que yo te sacrifiqué á Bigorre, tu no dudarás en perder por mí á Canterets. ¿No es verdad?

--Sí, murmuró la jóven, consentiré en partir muy pronto, dentro de algunos dias.

--Dilacion! ¿la opuse yo á tu primer antojo? replicó secamente M. Delcros. Ruego pudiendo mandar; manifiesto deseos cuando puedo dar órdenes: á la verdad que me harás arrepentirme de mi absurda condescendencia. Mañana partimos.

Y acabó con tono agridulce: ya lo sabes, querida, haz tus preparativos.

Mad. Delcros corrió hácia él para detenerle:—Al menos esclamó, llevadme á Chartres. Este clima me perjudica, me mata.

--Eh! te moriste el año pasado? se necesita mucho mas para matar á una muger. Y terminó estas palabras con una espresion siniestra.

--A Chartres! á Chartres por piedad!

--Qué os importa donde estemos? respondió M. Delcros que poseido de su cólera cesó de tutearla. Una muger está siempre bien al lado de su esposo.

--Si! á cualquier parte, dijo Nancy fuera de sí, á cualquier parte! escepto á Bagneres de Luchon. Prometédmelo.

Hizo el marido como que no entendia, y volvió las espaldas repitiendo; mañana, estad dispuesta.

No nos detendremos á pintar las dolorosas sensaciones de este nuevo viaje. En su lucha de resistencia indecisa, habia consumido Mad. Delcros todo el vigor juvenil de que Dios la dotara, y desprovista de todo asomo de fuerzas, de toda voluntad propia, no sentia dentro de sí, ni repugnancia ni deseos.

Ninguna queja nueva articuló al verse en Bagneres de Luchon; no profirió un gemido al entrar en la fonda de Francia, y casi de por sí se encaminó al cuarto número 13, que su marido pidiera para ella de antemano. Desde aquel momento parecia aquella muger complacida en su infortunio y nada intentaba para conjurarle. Desesperada de haberse asido en vano á las ramas para amortiguar su caida; se empujaba á sí misma para precipitarse de una vez en el abismo.

El ex-agente de negocios por su parte, continuó en Bagnéres el sistema, cuyo buen éxito tenia ya esperimentado. Unicamente modificó las falaces apariencias de su amor y se mostró como una víctima sacrificada á los caprichos de una muger enferma, pero adorada. Contó llorando sus recelos y esperanzas, dijo la inconstancia de su itinerario para ensalzar el cariño que le hacia condescender con los mas pueriles antojos de su mujer. Midióse la intensidad de su amor por los prodijios que producia, y todo el mundo admiró en Bagneres y compadeció á aquel honrado caballero, cuya felicidad consistia en una sombra vana que por momentos se debilitaba.

Nancy no salió de su habitacion, y una sola vez consintió despues de reiteradas instancias en acompañar á su esposo, quien por este modo trataba de preparar los ánimos para el desenlace que premeditaba.

Una noche, entró M. Delcros rebosando alegria en la sala donde acostumbraban á reunirse los forasteros. Preguntado por la causa de este insólito regocijo:

--Es, dijo, que mi muger se siente algo mas aliviada: y mañana para distraerse, trata de dar un paseo á caballo conmigo.

--Y habeis consentido?.....

--Buena pregunta! he pedido caballos.

--Cuidado no sea peor!

--Eh! no querais asustarme, repuso M. Delcros con fingida pesadumbre. Es un deseo de Nancy: conoce sus fuerzas

y yo jamas tendré valor para desobedecerla. Voy pues á avisarla de que está complacida.

Y el ex-agente, saludó á la reunion y corrió al aposento de su esposa.

La halló recostada en un almohadon y enteramente oculto el rostro entre las manos. Ardia una lámpara en la chimenea y un fuego moribundo brillaba en el hogar. La llegada del marido no alteró la postura de la jóven; pero cuando entró, alzo Nancy lentamente la cabeza y abrió con pena los bellos ojos fatigados por la luz.

--Qué! comenzó sin mas preámbulo, sigues desazonada?

--Un poco, dijo Nancy llevándose la mano al corazon.

--A la verdad, añadió Delcros con indiferencia, que casi no importa estar algo indispuesto y tener que permanecer en casa porque aqui nada curioso hay que ver.

A esta reflexion siguió un silencio de pocos instantes, roto al fin por M. Delcros.

--Es decir, añadió, hay una curiosidad que elogian mucho y de que me olvidaba hacer mencion.

--Cuál? preguntó la jóven con repentina ansiedad.

M. Delcros contestó negligentemente: El valle del Lirio.

—El valle del Lirio!!

Esta palabra fue un tósigo para la desventurada: un rubor momentáneo cubrió sus enflaquecidas mejillas, y el mismo esfuerzo convulsivo que hizo para levantarse la sostuyo en pie.

—Al fin, esclamó, al fin hallo una realidad. En ella sin duda va á destrozarse mi frente; pero al menos tocaré esa verdad que me mataba.--La buscaba, si, y horrible como se presenta, la acepto con toda mi alma. Lo sabeis todo?

Un vigor estraordinario animára de pronto aquel cuerpo tan frágil, pero era el fulgor de un relámpago, la llamarada mas viva de una lámpara que se apaga. Pronunciada la enérgica apóstrofe de una tirada, cayó Nancy sobre un sitial, y cuando M. Delcros, armado de sus últimas palabras, «lo sabeis todo» --se cuadró delante de ella diciendo: qué es lo que sé, señora? La pobre muger maldijo su valor intempestivo, y esquivo una esplicacion.

--Con que existe un secreto que yo ignoro? insistió el marido con fingida naturalidad.

--No, ninguno, murmuró Nancy. No me escuches, estoy loca!...

—Si, por vida mia, replicó Delcros, loca debeis de estar para exasperaros de esa suerte, porque pronuncio el nombre, tan grato al oido, del valle del Lirio.

Y continuó fingiendo que no advertia el estremecimiento que causó la repeticion de este nombre.

--Con mujeres de tu calaña, no hay medio de entenderse. Vengo á hacer una escelente propuesta y se me recibe de esa manera; ni siquiera me has dejado esplicar el objeto de mi visita.

—La sé, interrumpió Nancy vivamente.

—Vamos á ver si eres buena adivina? dijo el marido con traidora afabilidad.

—Oh! matadme de una vez, matadme por piedad, pero no me hagais sufrir suplicios tan horribles.

--Tú deliras! matarte... líbreme Dios: yo que te dí mi nombre, mi fortuna, yo que te he colmado de bienes y de placeres, he de matarte? matarte hoy cuando mañana pienso conducirte al delicioso valle del Lirio?

--No iré, no iré esclamó Nancy.

--No grites tan fuerte, mujer, eso es de muy mal tono, y yo soy enemigo del ruido y del escándalo. Con que quedamos convenidos, hasta mañana.

Al dia siguiente, al amanecer, M. Delcros, ñel á su amenaza, se presen-

tó en el cuarto de su esposa, á quien encontró arrodillada, y que por las señas debia haber pasado toda la noche en oracion.

--He oido los terribles preparativos, dijo la víctima, pero confio en que no tendreis la barbarie de arrancarme de aqui: os juro que me siento muy mala.

--Os equivocais, señora, respondió con dureza aquel hombre, que entraba armado de botas, espuelas y látigo. Hace un dia admirable y vais á seguirme.

—Compadeceos de mí: será preciso arrastrarme á la fuerza.

--Si no hay otro remedio, se hará asi, interrumpió Delcros con voz furiosa.

Y sin mas dilacion la levantó en sus brazos, la ayudó á echarse un vestido de amazona, la puso el sombrero, y la ató un látigo en la mano.

--Que pálida estas! dijo mirándola despues de vestida. No puedes salir asi! Y estendió un poco de colorete sobre las cadavéricas mejillas de la enferma.

--Ahora echemos á andar.

Y tomó del brazo á su muger hasta donde les aguardaban los caballos: la sentó en la silla con precauciones infinitas, en tanto que decian los criados testigos de aquella escena:

--Véase un hombre loco por su muger: menester es complacencia y amor para prestarse asi á todos los antojos de una enferma!

Entretanto la madrugadora pareja seguia el camino que costea los lados de la montaña y conduce entre agradables arboledas al valle del Lirio. El sol naciente iluminaba las nevadas crestas, mientras el valle estaba envuelto aun en aquella sombra fluida y blanca, postrer velo de la noche y el mas diáfano de todos, que cede el puesto con sentimiento á la claridad del dia.

M. Delcros, con ficticio buen humor no cesaba de elogiar lo pintoresco del sitio, la frescura del paisage, la discrecion de los bosques que sombrean el camino. Aqui, decia, todo convida á las tiernas sensaciones: este silencio, esta oscuridad, esa melodia que canta la cascada y que acompaña el arrullo de los árboles. Aqui ha desplegado la naturaleza todas las seducciones, y parece que se ha esforzado en dar un carácter sentimental á este valle: observa de qué modo se divide el torrente al comenzar su caida y se reune en la estremidad formando un corazon.

Ni una sola palabra habia pronunciado Nancy, y apenas escuchaba las reflexiones cuya intencion secreta, y amarga ironia no debia desconocer.

Contra una de las escarpas formadas por la garganta existe una quesera aislada que habita una cabrera. Instruido Delcros de que los curiosos solian ir á descansar en aquella agreste mansion, so pretesto de beber leche, quiso visitarle tambien.

Una vieja recibió á los esposos. Nancy tenia el velo echado; pero comprendiendo el marido los motivos de aquella precaucion levantó el tejido protector. En seguida cruzó las manos la villana y retrocedió atonita de sorpresa.

Dios mio! Señora, qué mudada estais en un año! casi, casi no os reconocia.

Esto hubiera preferido Nancy, porque la tal confrontacion llenaba la medida de sus sufrimientos; quiso mudar de conversacion, pero M. Delcros no soltó la presa.

Calle! la visteis el año pasado?

Sí; señor, y no venia sola: ah! perdonad, me parece que no habré sido indiscreta en decirlo á vos que debeis ser su padre.

M. Delcros afirmó con la cabeza, y yendo Nancy á protestar contra tan imprudente mentira, quedó helada y sin voz con una mirada que la lanzó su esposo.

Ya conocí que erais su padre, continuó la charlatana vieja, porque los

jóvenes hablaban mucho de vos el año pasado. Pero dónde está *él*, vuestro yerno, porque entendí que iban á casarse al dia siguiente?

—Ya vendrá, le estamos aguardando, contestó M. Delcros sin cortarse.

Nancy muda, lívida, se apoyaba en su desfallecida mano para no desmayarse.

—Pobre hombre! qué alegre estaba! la queria tanto! ahora me acuerdo de que con un cuchillo gravó no sé qué en la corteza de este plátano que hay delante de mi puerta.

M. Delcros se acercó y leyó:

—«6 de Agosto de 1838!» Calle! hoy precisamente cumple el año; vaya, hija mia, alegrémonos que hoy es el aniversario de aquel dia de infamia!

Nancy no pudo mas, y cayó sin sentido sobre el duro suelo: corrieron su marido y la vieja á socorrerla, pero inútilmente; no era una crisis, era una agonía. M. Delcros medio aturdido, pensó si podria su muger tenerse á caballo; pero dudándolo, corrió á escape en busca de un coche, y á las pocas horas fue Nancy trasladada moribunda á la fonda de Francia, al mismo cuarto número 13, que justificaba esta vez la influencia que la supersticion supone á este número fatal.

Aquella misma noche se alojó en la fonda de Tolosa un jóven elegante, moreno de facciones, que se apuntó en el registro de viajeros con el nombre de Aquiles D'Estourmel.

El recienllegado, como es usanza, se puso pronto al corriente del personal de los bañistas, y no le faltaron ciertamente pormenores sobre la ejemplar conducta de los esposos Delcros. Las mugeres referian con entusiasmo las delicadezas conyugales del ex-agente de negocios: era una especie de bello ideal, cuya imitacion predicaban. Los maridos, un tanto picados del tentador modelo, quisieron vengarse por medio del ridículo del hombre que tan onerosa hacia la carga; pero su ensayo de sátira no tuvo eco, y fue preciso aprobar como los demas.

Desde que Nancy guardaba cama, Delcros la servia de enfermero, velaba todas las noches á su cabecera, y de dia se apartaba lo menos posible, dejando á su lado una vieja, la única persona á quien era lícito acercarse á aquel lecho de dolor.

Las raras horas de distraccion que el ex-agente de negocios tomaba con remordimiento, segun decia y solo por obedecer á las instancias de su esposa, las empleaba en ofrecer á los ojos del público el espectáculo de su desolacion.

Asi que M. Delcros supo la llegada de M. Aquiles D'Estourmel, trató de trabar relaciones con aquel jóven melancólico como él. Los que los vieron juntos atribuyeron al iman del dolor, á la conformidad de sentimientos la union de los dos afligidos. Pero si para el uno era esta realmente la causa de la naciente inclinacion, sabemos que en el otro estaba dictado por las combinaciones del mas odioso cálculo.

Pronto creció aquella recíproca aficion; y los momentos que M. Delcros robaba á su muger, iba á pasarlos en compañía de su jóven amigo.

D'Estourmel creyó deber recompensar esta asiduidad con la mas completa confianza: contó á M. Delcros la historia de aquel amor de que hartas noticias tenia, y aun tuvo este el descaro de escuchar la relacion demostrando un interés, una compasion que arrancaron lágrimas de los ojos del jóven amante.

Aquiles estrechó con efusion la mano de su amigo.

--Vos solo me habeis comprendido, le dijo.

--Ay! es que yo tambien amo y sufro como vos, suspiró Delcros.

—Yo habia engañado á aquella infeliz, continuó D' Estourmel fingiéndome libre cuando era casado. Oh ! bien me ha castigado Dios por esta vil mentira.

«Al dia siguiente á aquel de inefable ventura, de delirio, ó por mejor decir al dia siguiente de mi crímen, recibí una carta en que me decian que mi muger estaba peligrosamente enferma. Qué habia de hacer ? luchando entre mi corazon y mi deber, dos dias pasé en duda, al cabo de los cuales escribí una escusa cualquiera á la inocente á quien abandonaba tan brutalmente, y salí de Bagnéres de noche, en secreto como un asesino.

«Habia muerto mi muger antes de que yo llegará..... restituyéndome la libertad. Ya podia ser fiel al juramento que imprudentemente empeñara: mas ay ! los respetos humanos me impedian toda pesquisa, é ignoraba en qué paraje residia la amada de mi corazon. Nos habiamos encontrado en estas montañas á donde acude gente de remotas provincias; y subyugado por mi pasion no me habia acordado de inquirir el sitio que habitaba la muger que, á mis ojos, llenaba el universo.

«Esta ignorancia me acongojaba. Apenas sabia su nombre que á nadie he citado temeroso de comprometerla.»

Perfectamente, interrumpió en tono de aprobacion M. Delcros; esa conducta salva pasados deslices, y no seré yo ciertamente quien os pida que violeis en mi favor ese secreto.

Gracias, generoso amigo, gracias! no sé si hubiera tenido fuerzas para guardar misterio con vos.

Seria una imprudencia, objetó Delcros: ese secreto no os pertenece y debeis callarle.

Oh! que bien comprendeis la generosidad, repuso D'Estourmel. Aquel nombre quedó grabado en lo mas íntimo de mi corazon. Habia oido decir al padre que volveria este año á los baños de Bagnéres, y hé aqui esplicado el objeto de mi venida. Un mes hace que recorro estas montañas, pero en vano: mas de cuatro veces me he estremecido al divisar un talle esbelto, una forma graciosa, angelical; pero el deseo me engañaba, y la ilusion se deshacia como un relámpago. Me creereis ? casi temo dar con ella: quién sabe si se habrá casado ! oh ! preferiria no volver á verla.

—No desespereis, amigo mio, dijo M. Delcros con fingida conmiseracion. Tened mas confianza, que al cabo la hallareis ! Y el perverso dió á esta asercion un acento de siniestra profecia, que D'Estourmel no advirtió: tan absorto estaba en sus melancólicas meditaciones,

—Ea, añadió Delcros cordialmente, no hay que dejarse abatir: valor ! resolucion ! Tomad ejemplo de mí, que en verdad soy algo mas desdichado que vos. Si supieseis cuan doloroso y cruel es asistir á todas horas á la lenta agonia de una muger idolatrada, presenciar los progresos del mal, tener sin cesar delante una muerte inminente, pronta á arrancaros la joya mas preciosa que poseeis ! Oh ! si conocieseis estas angustias, no os atreveriais á quejaros delante de mí!

—Cierto, amigo mio, que hago mal: perdonadme, respondió el jóven para aplacar su dolor. ¿Tanto amais á vuestra esposa?

—¿Si la amo ? repuso Delcros; tanto como vos amábais á la doncella de que me habeis hablado. ¿Si la amo? vos juzgareis. No tenia nada, y yo no he titubeado en darla mi nombre y mi fortuna. Jamas muger alguna encontró en su marido mas deferencia, mas asiduidad, mas amor: jamás ha deseado en vano una cosa realizable: he satisfecho todos sus antojos, sus menores deseos eran hechos, sus caprichos órdenes cumplidas tan pronto como concebidos. ¿Si la amo? sabed que antes de casarse, Mad. Delcros habia tenido otros amores.

Involuntariamente hizo Aquiles un movimiento de sorpresa.

—No os asusteis, dijo Delcros notando aquel ademan. No era un amor criminal como el vuestro: era un amorcillo de lance, una inclinacion casta y pura como todos los sentimientos de esa muger; de ese ángel que está agonizando. No obstante, las impresiones son tan profundas y duraderas en los primeros años, que Mad. Delcros ha conservado un vivo recuerdo de aquella decepcion infantil, porque como podeis presumir, el infame que encendiera la llama, no volvió á acordarse de su *eterna pasion* y al poco tiempo abandonó á la acongojada amante. Me olvidaba deciros que todo esto sucedió en los Pirineos á donde Mad. Delcros solia venir todos los años con su familia. Si yo hubiera amado menos á Mad. Delcros, habria procurado inquirir el nombre del *ingrato*; pero no lo he hecho. Os digo estas menudencias para probaros la ciega confianza que me ha inspirado siempre mi muger, á quien jamas he dirigido la mas leve pregunta sobre el particular. Mas ya me olvidaba..... corro á su lado. A dios, hasta mañana..... si vive todavia.

Y al mismo tiempo se arrancó el exagente dos lágrimas, que cuidó de enjugar en presencia de su enternecido interlocutor.

Pensó el jóven que era demasiado violento aquel dolor para admitir un consuelo: por otra parte no juzgaba prudente apartar su pensamiento de una desgracia casi segura, pues valia mas dejarle habituarse á aquella afliccion, y quizá de este modo, teniendo previsto el golpe, le seria menos sensible. Pero para no dejar ir á su amigo sin una palabra de conmiseracion, M. d' Estourmel recurrió á una vulgaridad.

—Demasiado pronto os desconsolais, le dijo, ¿quien sabe? mientras hay vida hay esperanza. Adios.

Acompañó hasta la escalera á M. Delcros, quien le apretó la mano en testimonio de su reconocimiento, y le rogó no se molestase mas.

Por discresion no insistió M. Aquiles, y se retiró muy afligido á su habitacion. Al dia siguiente no pareció su amigo, y supo que Mad. Delcros habia muerto aquella noche. Celebráronse las exequias con la pompa y ostentacion que era natural, y á D' Estourmel cupo el triste honor de acompañar á M. Delcros, quien sin duda por hacer pública su afliccion no se quiso apartar hasta la tumba de la muger ahogada por él lentamente con el peso de su cobarde y atroz venganza.

Pocas horas despues de la fúnebre ceremonia en cuya celebracion no habia ahorrado Delcros ni lágrimas ni sollozos, vió D' Estourmel entrar en su aposento al inconsolable amigo: corrió á él el jóven, le estrechó en sus brazos y le hizo sentar, confundiendo sus lágrimás con las del hipócrita viudo.

Un rato duró esta escena muda; pero de pronto Delcros despojándose del abatimiento que le privaba del uso de la voz, comenzó en estos términos á pesar de los sollozos que embargaban sus palabras.

—Amigo mio, jamás olvidaré el fraternal afecto con que me habeis asistido en esta deplorable situacion: sabeis compadecer el infortunio porque habeis sufrido.

—Oh! si; todavia sufro, replicó el jóven poniéndose las manos sobre el corazon: pero no os haré la injuria de comparar mi afliccion con la vuestra.

—Escelente jóven, prosiguió Delcros estrechándole la mano; perdonad que aun venga á pediros un favor que espero sea el último.

—Pedid cuanto querais, respondió Aquiles con afan; disponed de mí y bendeciré con toda mi alma la ocasion que se me presente de serviros. Hablad,

que ya os escucho.

—Gracias, millones de gracias por tanta bondad. Despues de la irreparable desgracia que acaba de descargar sobre mí, ya conocereis que no tardaré mucho en huir de estos sitios donde á cada paso y bajo distintas formas, se renovará el dolor que me agovia. Ya tengo hechos los preparativos y me aguarda el coche.

—Tan pronto! esclamó el jóven. Y en seguida añadió: no haré ningun esfuerzo para deteneros: pero necesito deciros que esa partida me aflige, y que solo la desgracia que la prescribe impone silencio á mi amistad egoista.

—He contado con vos, continuó Delcros, para una dolorosa mision que quiero confiar á manos seguras. Es mandar grabar sobre la tumba de la que lloro una inscripcion que designe su postrer asilo á sus inconsolables amigos.

—Cumpliré piadosamente vuestros deseos, dijo Aquiles compunjido: dictadme la inscripcion.

—Héla aquí, replicó Delcros. Una cosa sencilla, porque el dolor aborrece la ostentacion.

Y mirando fijamente el ex-agente á Aquiles, sacó del bolsillo un papel donde estaba escrito este epitafio que leyó en alta voz:

«Aquí reposa Nancy de Salornay, esposa de M. Delcros!»

—Como! esclamó el jóven arrebatando el papel para confirmar con los ojos lo que no se atrevia á creer por los oidos. Nancy de Salornay! Nancy muerta aquí, bajo este techo! y yo no he oido su agonía y la he acompañado friamente al cementerio. Dios mio! socorredme.

Y corria M. d' Estourmel como un frenético por el aposento, desencajados los ojos y asiéndose la cabeza con las manos.

De pronto se detuvo delante de M. Delcros.

—La conociais? preguntó este con un acento que dejaba traslucir severidad y terror.

D' Estourmel negó con la cabeza.

—Pero conociais al jóven que la amó! insistió Delcros.

Vió Aquiles en este subterfugio un recurso para salvar su secreto, porque descubrirle valia tanto como decir á aquel hombre. «La muger cuya pérdida llorais, ni era digna de vuestra confianza ni merece ahora el dolor con que la honrais. Esa muger que creiais pura, sin tacha se arrojó en vuestros brazos despues de haber sentido é inspirado una pasion criminal. Yo arranco á esa desdichada víctima, el amor, el respeto que la consagrais, y me atrevo á agitar sus cenizas calientes todavia para arrojarlas al viento del desprecio.»

Sí, era decir esto, porque Delcros no ignoraba ninguna circunstancia del culpable amor de Aquiles, y una palabra bastaba para dar horrible luz al único anónimo que este último habia conservado milagrosamente en su narracion. El espediente inesperado que le ofrecia M. Delcros lo esplicaba todo, y á nadie comprometia: asi pues Aquiles recurrió á él, y á la pregunta de:

—Conociais al jóven que amó?

—Si, contestó impetuosamente: es mi mejor amigo.

—Ah! le conoceis, repuso M. Delcros con sordo acento y enardecidos ojos. Pues entonces voy á revelaros lo que os oculté hasta aquí. Decidle á vuestro amigo que Nancy le amaba todavia!

—Gran Dios! no acabeis por piedad, esclamó D'Estourmel abatido, sin fuerzas para resistir el peso de aquella palabra terrible.

—Y qué ¿os importa? ¿teneis algo que ver en esta cuestion, amigo mio? observó Delcros con un tono cargado de sarcasmo y amargura.

—Cierto que no, murmuró el jóven doblando la cabeza sobre el pecho.

—Decidle que Nancy le amaba, decidle

aquel amorcillo que él tomára como pasatiempo, ha producido los funestos resultados de que sois testigo.

—Oh! imposible, no puedo creeros. Lo juro, añadió M. Delcros con solemne ademan. Ese amor ha asesinado á Nancy, lo atestiguo á la faz del cielo. La desdichada no tomó á juego aquella niñeria, y al verse tan vilmente abandonada ha sufrido su constitucion un trastorno que ha acabado con su vida.

—No, no, él la amaba y morirá por ella, esclamó el jóven, arrastrado á su pesar.

—Ya es tarde, añadió Delcros irrisoriamente, ¡despues de muerta!

—Muerta, si muerta! Y se golpeaba la frente Aquiles con desesperacion. Debe haber sufrido cruelmente ¿no es verdad?

—Si, ha padecido mucho, replicó este. La memoria de su primer amor la perseguia sin cesar: de él hablaba en su delirio, con él soñaba en su agonia. Ha muerto de desesperacion.

—Oh! callad! callad! dijo Aquiles con voz ahogada y poniendo la mano sobre los labios de aquel hombre implacable: callad, que me arrancais el alma!

Y al mismo tiempo, palideció, sus piernas se doblaron, y cayó cuan largo era.

Recogió Delcros el inanimado cuerpo, le agitó para volverle la vida, pues por cuanto hay en el mundo no hubiera querido que se hayase á D' Estourmel en aquel estado. Pero los auxilios no obtenian resultado y comenzaba el ex-agente á concebir serias inquietudes. Como pudo, le levantó, le sentó en una silla, y llamó para pedir socorro, dando un pretesto muy plausible para esplicar aquel síncope. A poco dió el jóven algunas señales de vida, abriéronse sus ojos, volvió paulatinamente de su largo desmayo, y la primera palabra que pronunció fue un gemido. Nancy! Nancy! pero nadie podia comprender el misterio que encerraba aquel nombre: nadie, escepto M. Delcros que permanecia de pie, inmóvil, aguardando el término de la crisis.

Asi que estuvo el jóven bastante sereno para poder comprender, tomó Delcros la mano de su rival, dándole la hoja de papel con el epitafio:

--Amigo mio, le dijo enternecido, os suplico que no olvideis el triste encargo que os dejo encomendado: adios!

D' Estourmel tomó el papel é inclinó la cabeza.

--Adios, generoso amigo; añadió Delcros, y se alejó sofocado por los hipócritas sollozos. Cada cual se apartaba para dejar paso á aquel sublime dolor: el coche estaba enganchado, y M. Delcros hubo de apoyarse en un criado para montar.

Luego que estuvo dentro, corrió las persianas, y viéndose sin testigos se enjugó los ojos, se estregó las manos: tendió las piernas sobre el sitio ocupado poco antes por Nancy, y dijo para sí con satánico regocijo:

Cumplí mi palabra. Ya estoy solo, libre y vengado!

ESTUDIOS HISTORICOS.

GUERRA CIVIL

DE LA SUIZA.

Las diferencias de opiniones religiosas han agitado frecuentemente los ánimos en todos los paises, de que ha estado desterrada la tolerancia. Si á esto se han agregado celos políticos y enemistades locales, los resultados han

sido frecuentemente sangrientos. Así ha ocurrido estos últimos años en la Suiza. Agitada por el espacio de diez años, mas de una vez hemos visto que parte de sus ciudadanos ha tomado las armas contra otra, ó bien que toda la nacion ha estado en el caso de prepararse á resistir la amenaza de una intervencion extranjera. Ha corrido la sangre en estas querellas, y los mismos acontecimientos nos presentan en toda su desnudez hasta qué punto habian llegado los odios y las rivalidades, y nos muestran á un país colocado en el centro de la Europa envuelto en las calamidades de la guerra civil.

Como esta cuestion puede tomar una importancia europea creemos que no será desagradable á nuestros lectores que tracemos un ligero cuadro de la presente situacion de la Suiza.

La Suiza bajo diferentes puntos de vista es un pais de diversa índole que los otros: corto en extension, está poblado por tres distintas razas, que hablan tres diferentes idiomas. Su mayor ciudad, que es Ginebra, aunque no tiene mas que treinta mil habitantes, sin embargo ocupa un importante lugar en la historia, mas por el carácter de sus habitantes, que por los recursos materiales con que cuenta. La casa de Haspbourg, representada hoy por los Emperadores de Austria, en vano trató de subyugar la parte, que se rebeló contra su dominacion; los imperiales una y otra vez fueron derrotados por los montañeses, que dieron al mundo ejemplos de virtud, de valor, y de patriotismo. Mas desgracido aun fue en sus empresas Cárlos el Atrevido, porque derrotado en muchas batallas perdió su corona y sus tesoros con la vida. Grabado está aun en la memoria del pueblo el recuerdo de estos hechos; los trofeos de las guerras de la edad media enriquecen los arsenales y museos del pais, y el viajero contempla los despojos de los caballeros que perecieron en los campos de Sempach y Morat. El espíritu guerrero de los suizos no ha degenerado del de sus padres: cuando el poder de Napoleon destruia cuanto le oponia resistencia, los suizos no sucumbieron sin pelear..... Armados todos, disciplinados todos, al menor amago de intervencion ó de dominio extranjero pueden reunir un ejército formidable en sus fronteras.

Cuando la Francia en 1838 exigió la expulsion de Luis Bonaparte, y en vista de negarse los suizos á retirarle su proteccion, las tropas francesas amenazaban invadir el territorio, las montañas de Jura fueron ocupadas bien pronto por las fuerzas suizas, y si las cosas hubieran llegado adelante, el encuentro habria sido terrible y sangriento, aunque no puede creerse que pudieran largo tiempo hacer resistencia á cualquiera de las grandes potencias por que se hallan rodeados. A este valor y energia, á estar armados todos los habitantes, á la union de voluntad y de medios de accion debe atribuirse su prontitud para volar á la guerra, que si bien es la fuerza del país en el caso de un ataque dado por enemigos exteriores, es un elemento fatal para alimentar las discordias intestinas. Las divisiones, las animosidades, y los celos entre estado y estado son un mal para la Suiza, tanto mayor cuanto mas grande es su fuerza en un pais tan corto y tan subdividido, porque esto á su vez aumenta las diferencias y hace mas violentos los conflictos de la opinion. La idea que generalmente se forma de la Suiza es la de una república federal compuesta de diferentes cantones, pero no es tan sabido que la constitucion política de cada uno de ellos varia muy esencialmente. Los cantones católicos se diferencian de los protestantes, y los protestantes se diferencian entre sí: unos son democráticos, otros absolutos: en uno ó dos se percibe todavia el elemento aris-

tocrático aunque casi destruido, y el de Neuchatel presenta la anomalía de pertenecer á una república al mismo tiempo que reconoce sumision á la Prusia. Estas diferencias políticas bastantes por si mismas para paralizar toda unidad y aun para destruirla, se han venido á complicar de un modo violento por las disensiones religiosas. La creencia protestante es en general la que domina, pero en algunos cantones los católicos tienen mayor influencia. Desgraciadamente para el pais cada partido, cuando llega á apoderarse del mando, persigue al otro como nos enseña la historia que hacian las facciones de las antiguas repúblicas de Italia. Libres nosotros de las pasiones, que los agitan, conocemos las causas, las preocupaciones y los errores de ambos partidos. Los liberales, que son los mas numerosos, estan dirigidos por la influencia de antiguos odios contra los eclesiásticos y los jesuitas, y preocupados con las ideas que la revolucion francesa esparció por todo el mundo, cada vez las arraigan mas y mas en sus convicciones. Esta intolerancia trasciende á las cuestiones políticas y el partido vencido por el número de votos apela sin escrúpulo á las armas, para hacer prevalecer sus principios.

Hay esparcidos por el país algunos colegios y escuelas de Jesuitas, y mas de doscientos monasterios y conventos, que contienen cerca de tres mil personas. El Austria pretende tener cierta proteccion en estos establecimientos como triste resto de su antigua soberania, y, movida tanto por simpatias religiosas como por antipatias políticas al liberalismo auxilia al partido católico. Si hay alguna cosa, que el suizo liberal aborrezca mas que á un jesuita es á un austriaco, detesta á los individuos por la política de los gobernantes, y odia la falsedad y el espionaje que son los instrumentos del despotismo que ejerce Metternich. De aqui dimana la diferencia de opiniones en la Suiza: el católico está identificado con todo lo que mas violentamente afecta al liberal: el liberal ve representados en la supremacia católica, el poder sacerdotal, el absolutismo político y la influencia extranjera, que han de concluir por esclavizar su pais. Con esta division de opiniones no es de admirar que se apele á las armas y se derrame la sangre. Algunos conflictos que han tenido lugar en los últimos años han sido reprimidos sin grandes desgracias por el gobierno central bastante fuerte entonces para interponerse entre los partidos beligerantes. Mas cuando los insurgentes han llegado á contar mas fuerza que la de que el gobierno podia disponer para reprimirlos, la mediacion ha sido imposible y el choque de los partidos y las creencias religiosas han traido los horrores de la guerra civil.

Los últimos excesos de los liberales suizos estraviados por una falsa idea de patriotismo, les han acarreado muchos males de que á la verdad han sido los agresores. Cayendo en las manos de aquellos, á quienes atacaban, han pagado con abundante sangre el error que cometieron. Los católicos á su vez merecen severa censura: cuando han tenido influencia política, cuando han conquistado el poder, lo han empleado en perseguir, desterrar y encarcelar á sus enemigos. Ninguno de los dos partidos ha llegado aun á tener aquel grado de ilustracion política, que hace capaces á los hombres de diferenciarse en sus opiniones, y respetarse mútuamente, y vivir en paz; y de temer es que la sed de sangre, que suscita un conflicto sangriento como el que ha tenido lugar, no produzca al menos en los vencidos este estado recomendable de tolerancia. Muy triste es considerar cuanto tiempo, cuantos, sufrimientos, y cuanta sangre cuesta el que los hombres aprendan que solo tolerando sus mútuas opiniones y unien-

dose estrechamente pueden hacer el bien de todos. Sin tolerancia, sin unidad de accion no puede existir ningun estado, y pocos años de divisiones como las que agitan á la Suiza, si no obedece á un sentimiento de conservacion y de interes propio, podran producir una particion de territorio en que el Austria lleve la parte del leon de la fábula.

Lucerna esta situada en el centro de la Suiza y su posicion topográfica parece el campo natural de batalla de los grandes partidos, que dividen á la confederacion. Colocada en una de las extremidades del lago de los cuatro cantones en cuyos bordes estan situados los primitivos de Unterwald, Uri, y Schwytz á cuyo norte está el católico de Zug, confina por la parte del este con los mas favorables á los jesuitas, con los cuales le ofrece dicho lago una directa y fácil comunicacion. Por la parte de occidente tiene Lucerna por vecinos los cantones que mas ardientemente sostienen el partido liberal, Argau, Basilea (provincia), Soleura, Berna; finalmente entre los cantones de Zug y Argau esta el directorial de Zurich. Vemos pues colocada á Lucerna entre sus aliados y entre sus adversarios y ser por lo tanto el punto que parece mas indicado para que los encontrados partidos vengan á las manos. Para defender la ciudad el gobierno de Lucerna habia establecido á cinco leguas de distancia, en Sursee, una parte de sus fuerzas, en el mismo punto en que el camino de Soleura y Argau por el norte y el de Berna por el occidente se unen al que conduce á Zurich.

Los cuerpos francos compuestos principalmente de berneses incluyendo algunos habitantes de los cantones de Argau y Soleura emprendieron su marcha el 31 de Marzo entrando en el territorio de Lucerna y llegando delante de sus puertas á las cinco de la tarde. Despues de haberse apoderado de la montaña de Gutsch, que domina á la ciudad, la intimaron la rendicion, sobreviniendo la noche pendientes aun las negociaciones. Los cuerpos francos contaban con la victoria, cuando dos batallones de cazadores armados de rifles, que estaban maniobrando para cogerlos por la espalda, principiaron su ataque. El terror se apoderó de los insurgentes que se desordenaron inmediatamente, pero no huyeron: por todas partes se opuso una resistencia obstinada: la artilleria colocada por el general Somenberg en la posicion mas dominante hizo formidables destrozos en las filas de los cuerpos francos, que rodeados por todas partes, solo con grandes dificultades y considerables pérdidas pudieron llegar á Zoffiguen despues de haber abandonado casi toda su artilleria. Su perdida ascendió á trescientos muertos y á mil setecientos treinta prisioneros.

Dos fueron los principales encuentros, uno al pie de la montaña Gutsch y otro en el puente sobre el Emma donde la explosion de una mina preparada por los habitantes de Lucerna costó la vida á muchos insurgentes.

Estos acontecimientos causaron profunda impresion en el pais, y la Dieta reunida despues tomó las resoluciones que parecian mas convenientes para hacer cesar la agitacion de los ánimos.

¡Quiera el cielo que restablecida la paz y la union entre todos los cantones de la Suiza cesen estas terribles agitaciones, que tanto dañan á la Religion y á la libertad, en cuyos nombres se sostienen!



Combate de Lucerna.

A JESUS CRUCIFICADO.

¿Quien es aquel que de una cruz pendiente
En la cumbre del Gólgota se mira?
¿Quien es aquel, que exánime y doliente
Entre tormentos bárbaros espira?
Está su cuerpo lívido y llagado,
Su rostro por la sangre está cubierto,
Duro clavo sus pies ha traspasado,
Es un cadáver desgarrado y yerto.
Se ve su frente hermosa coronada
Por millares de espinas penetrantes,
Y en su vista ya lánguida y quebrada
Se distinguen sus últimos instantes.
Soldadesca feroz y maldiciente
El sangriento patíbulo rodea,
Y le insulta, le befa cruelmente,
Y en su dolor se goza y se recrea.
¿Cuál su delito fue que asi padece,
Y ni aun piedad merece en su amargura?
¿Qué crímen cometió que asi perece
Sin que nada mitigue su tristura?
¿Atentó contra el sólio de los reyes,
Manchó sus nombres, difamó su origen,
O despreció el respeto que á las leyes
Se tributa en los pueblos donde rigen?
¿Dogmatizó la infamia y la violencia,
Sopló de la discordia el fuego insano,
O de agudo puñal con inclemencia
Armó el brazo de hermano contra hermano?
Pretendió en su ambicion desmesurada
Usurpar el poder, reunir el mando,
O dejar una huella ensangrentada
Por todas partes el terror llevando?
No causó errores, no enseñó maldades,
No fue ni usurpador ni sanguinario,
Ni en pos de sí llevó calamidades
El que muere en la cima del Calvario.
Es puro, inmaculado, sin mancilla
Modelo de virtud y fortaleza,
Y ante su vista doblan la rodilla,
Los ángeles é inclinan su cabeza.
Es el Dios cuya mano prepotente
Formó al hombre prestándole su aliento,
Y á cuya voz nacieron de repente
Las estrellas, el sol y el firmamento.
Es aquel que de inicuo cautiverio
A su pueblo sacó libre y triunfante,
Y el dominio le dió de un grande imperio
En pago de su fe, firme y constante.
Es aquel que entre nubes encubierto
Habló á Moisés en éxtasis divino,
Y al través de lo espeso del desierto
A la grey de Israel, trazó el camino.
Es aquel de las gentes deseado,
A Abrahan y á sus hijos prometido,
Por todos los profetas anunciado,
Por las generaciones bendecido.
Pero el pueblo que ansioso le aguardaba
Como un libertador omnipotente,
Rodeado de gloria le esperaba,
Y eclipsando á los reyes del oriente,
Creyó que duro cetro empuñaría
Sostenido por bélicas legiones,
Y á su antojo las leyes dictaria
A los vencidos pueblos y naciones.
Mas al verle nacido en la pobreza,
Al observar su paz y mansedumbre,
Despreció su humildad y su pureza
Y osada le insultó la muchedumbre.
Sus santos y benéficos preceptos,
Su ardiente caridad, su fin laudable,
Disipar no pudieron los proyectos
Fruto de la ambicion mas ecsecrable.
Y en premio del marcado beneficio
Que á su nacion ingrata dispensó,
Le acusó de impostor, y en un suplicio
Al Santo de los santos inmoló.
Jerusalen, Jerusalen impura,
La sangre derramastes del Mesias;
Va tu hora á sonar, ya se apresura
Segun la prediccion de Jeremias.
Tus palacios, tu templo y tus altares
Arrasados serán y demolidos,
Y morirán tus hijos á millares,
O serán subyugados y oprimidos.
Tus lágrimas y quejas serán vanas,
Va á colmarse la cólera divina,
Y las triunfantes águilas romanas
Su vuelo cernirán sobre tu ruina.
Y la reina del Asia, la envidiada,

La que al mundo causó pasmo y asombro,
Se mirará desierta y desolada,
Y envuelta entre desastres y entre escombro.
Será tu destruccion tan horrorosa,
Tan completo tu incendio y tus despojos,
Que en medio de la pompa victoriosa
De Tito el llanto se verá en los ojos.
Y acabará tu nombre y tu grandeza
Tu esplendor, tu importancia y poderío;
En pago de tu bárbara fiereza,
De tu impiedad y loco desvario.

A. S.

EL SUICIDIO.

Entre las muertes violentas y trágicas, las hay que llenan de asombro al vulgo que no puede esplicarlas, y que son para el filósofo un motivo de estudio y de enseñanza humanitaria. Hablo de los suicidios, tan frecuentes en la época actual, y que destrozan inteligencias juveniles, en quienes doctrinas funestas han desecado los gérmenes de moralidad y de fe en el porvenir. Las instituciones libres, abriendo á todas las ambiciones el derecho de alcanzar con el trabajo todas las posiciones sociales, han impelido una multitud de ambiciones abortivas y sin bases lógicas que optan por lo absurdo, por lo abominable, cuando el objeto anhelado se derrumba llevándose consigo las frágiles esperanzas de la mediania y del orgullo.

Estos jóvenes, nacidos con imaginacion ardiente, han tenido la desgracia de carecer en su infancia de una buena madre, manantial de toda iniciacion religiosa y moral, de preceptores severos y filantrópicos, de amigos verdaderos que nos prueben con el ejemplo del trabajo, á qué costa se consigue un puesto entre los dichosos de la tierra. Todos cuantos hemos conocido, abusando locamente de la vida, agotando las fuerzas vivas de su cerebro en vergonzoso libertinaje y entregando por fin á una pistola la desesperacion de un alma débil, habian heredado en edad temprana, en que la libertad de accion puede definirse como la esclavitud de todas las pasiones y de todos los vicios.

Cuanto mas se prolonga el estado de la infancia bajo el cuidado de los padres ó los preceptores, mas se empapa el espíritu de un jóven en ideas de órden, de prudencia y circunspeccion. Lo que constituye al hombre de familia, al buen ciudadano, no es la ciencia que tiene mucho de instable y superabundante: son las luces naturales del simple juicio.

El que nace con una imaginacion viva, variable, sin objeto, y que los padres no tratan de coartar, tiene mil probabilidades contra una, de ser toda su vida víctima de determinaciones irreflexivas y aventuradas.

Tales son la mayor parte de los jóvenes á quienes sus ilusiones destruidas por el cinismo de sus ideas, han conducido harto pronto al suicidio. Todos han desparramado sin fruto y en un suelo inculto los gérmenes de su inteligencia: todos han apurado sin cordura la copa de la vida, y cuando al fin su imprevision se ha hallado con las heces, les ha faltado el valor; su voluntad ya caduca no podia consentir en continuar la existencia.

Los que yo he conocido eran lo que suele llamarse calaveras y niños mimados. Les decian que eran bonitos y amables, los prodigaban en brillantes reu-

niones: desde los bancos del colegio, sabian ya el pormenor de las picardías de los jóvenes de buen tono, y de las presumidas coquetas; en una palabra, eran hombres. Su organizacion cerebral habia subido á un diapason que se escluia de aquel centro frio y silencioso donde se elaboran los estudios graves, los que exigen una relacion voluntaria entre sí y el objeto, y que los ideólogos llaman *atencion*. A haber podido, hubieran sido capaces de ello sin duda: pero ¿cómo atenerse á reglas secas y positivas para comprender á la letra á un autor griego ó latino, una gramática ó una prosodia, cuando se viene al estudio con la cabeza deslumbrada, fascinada como es natural, á los quince años con el prestigio de un baile ó de un tocador? Sin embargo, estos estudiantes han sido escepcionales á veces en su género: han conseguido aprender de memoria los trozos favoritos que hablaban á su imaginacion y se han saturado de ellos para adoptar por moral y norma de conducta las de los héroes de su eleccion. Por fin, de grado ó por fuerza, han *pasado* en los bancos de la escuela, han tenido á veces semanas de una distincion portentosa, que los ha servido para llegar á lo que comunmente se llama un estudiante pasadero y capaz de hacer mas. Hacer mas... conoce que no podrá nunca, porque su cabeza está ardiendo, sueña con su porvenir de hombre, y que el dia que libre de griegos y romanos pueda decir. «Soy dueño de mi persona," será la realizacion de sus esperanzas.

Hétele por fin libre y lanzado en una carrera. El talento con que empieza es aun el que tenia en el colegio, con la diferencia de que hoy juega al natural el papel de hombre que meditara tanto tiempo. No espereis de él una idea fija sobre su oficio; ligero é indolente para toda cosa grave, apenas satisface las exigencias de sus patronos: le parecen fastidiosas, embrutecedoras. En cambio hace el amor, enjareta un madrigal á Cloris, ó le copia de un autor cualquiera. A veces se apasiona por algun arte ameno, como la música, la danza, la pintura: conoce sus ventajas por los favores que llueven en los salones sobre los que valsan con gracia, que suspiran una romanza, ó bosquejan lindos palmitos.

Veinte veces le habrian indicado que no se molestase en acudir al bufete; pero es hijo de un escelente sujeto, de un buen rentista, de un elector, y es menester hacer la vista gorda para muchas cosas.

Los órganos que dominan en el cerebro de este hombrecillo, son en primera línea la maravillosidad, el instinto de las grandezas, la amatividad. No es, pues, raro oirle delante de sus débiles padres, defender con calor su vocacion innata al foro ó á la medicina. Ya le agrada mucho el teatro: se ha formado su gusto á la declamacion, y sus mejores amigos son médicos imbérbes que le han dado algunas lecciones de anatomía. Y los padres, convertidos á la palabra de un hijo, que promete milagros, disminuyen su escasa fortuna para dejarle á guisa de patrimonio lo que vale mas sin duda, un puesto honroso en el mundo.

Parte al fin para la ciudad de las luces el hijo mimado, y apenas se ha limpiado las lágrimas. de su madre, se siente mas desahogado: ha conquistado dos veces su libertad.

Fuera ya de su casa, sabido es lo que hace: abrasa su vida con la atmósfera ardiente y embriagadora de los espectáculos, de los lupanares, de los músicos. A poco, las deudas, los desengaños, las enfermedades, desconciertan en él al hombre físico y moral: se vuelve sombrío, hastiado: gusta del placer, y el placer le mata: jóven y ya viejo, su impotencia le con-

sume: se cree el hombre mas fastidiado del universo. Entonces, este jóven alimentado de falsas creencias sobre la vida, la ve tal como es. Ha disfrutado de todo, y todo le ha sido fatal: no vale la pena venir al mundo para vivir tan desgraciado.

El *mortis amor* es tambien la consecuencia de una educacion que ha adelantado la edad de prueba y de labor de la adolescencia y que se esfuerza por madurar el fruto verde todavia. Se olvida demasiado que el cerebro no está en realidad completo hasta la edad de veinte años: entónces solamente es cuando debe pensarse en desatar los lazos morales de la infancia para iniciarle en los misterios de la mision del hombre.

El pensamiento del suicidio es una enagenacion mental y razonada. Cuando penetra en inteligencias juveniles que pueden por otra parte aparentar que no desean nada mejor de lo que poseen, estad seguro de que existe en ellas un mal moral dificilmente curable. El cerebro es un instrumento armonioso, las pasiones precoces estiran violentamente sus cuerdas, y si se rompen, el artista desesperado destroza el cuerpo inútil. Esta es la historia del jóven suicida.

Todas las pasiones violentas del adolescente cuentan su martirologio. Desdichado del que desde luego no se ha sentido sujetar alguna vez por el freno y la brida de sus maestros naturales, del que no ha gustado el fruto amargo del trabajo, que no ha fundado su ciencia de hombre en el sentido comun. Algunos nacen con el gérmen del desencanto de la existencia, la llevan largo tiempo como un peso, hasta que al fin una decepcion cruel del amor, de la amistad, de la ambicion ó de la fortuna, apresura su esplosion y los impele al suicidio. Otras veces se pierde la causa en el caos de ideas metafísicas que luchan en un alma escéntrica y que se piensa definir con la palabra *tædium vitæ*.

En todo caso, la enagenacion del sentido comun, el que todos pervierten, desde la mala educacion del niño mimado hasta el que ha creido en el inagotable deleite de la ciencia ó de la vida, es siempre la causa primera de estos fines trágicos á una edad tierna, en que deberian danzarnos las creaciones del universo delante de los ojos. De cualquier modo, lo cierto es que nuestra civilizacion es anti-social en el sentido de que se apresura demasiado á improvisar hombres.

El alma que ha agotado el mundo material, queda desfallecida, desilusionada sobre toda cosa perecedera: aspira á la nada. Este es el primer anhelo al suicidio: le renueva largo tiempo, hasta el dia en que un acceso de desesperacion causado por los mil agudos dardos de la vida, lo consuma con circunstancias que asombran al vulgo.

El Sr.** raya apenas en los veinte y dos años, y ha manifestado ya muchas veces en compañia de sus bulliciosos compañeros el deseo de matarse. Era buen mozo, vigoroso y ardiente para todo género de deleite. Entregado á sí propio desde sus primeros años, habia tenido la desgracia de iniciarse muy luego en todos los sofismas de la incredulidad y del libertinage de buen tono. Sus protectores le habian proporcionado una posicion modesta, que él sabia hacer mezquina con sus deudas é innumerables disoluciones.

Gastado por el vicio y el amor, un dia acusa con el acento de la desesperacion el exacerbamiento de su gastritis, con el mas ligero vaso de Champaña, y su impotencia absoluta en brazos de su querida. Desde este momento obra en él poco á poco la idea del suicidio, y la fomenta con la lectura de los cuentos de la escuela moderna, en que el vivir es gozar, en que el no go-

zar, es una muerte de todos los momentos. Nuestro Antony resuelve la hora de su fin, y para dejar la vida como decia Mirabeau, encarga un festin, al que están convidados algunos camaradas con sus adjuntas. Pásase el banquete en libaciones en honor del futuro difunto, y eso que nadie cree sinceramente en su palabra de muerte que da con estoica serenidad. Retirado á su aposento, envia la capa al sastre á cuenta de cuentas: en seguida carga una pistola, escribe una carta, y se dispone á consumar el sacrificio. Pero vacila, y avergonzado de su flaqueza, corre á la cabecera de un amigo acostado en la pieza vecina, y le comunica lo que él llama su insigne cobardía. «¿Lo creerás? Me he aplicado á la sien el cañon de esta arma, y el frio que ha producido me ha intimidado: no lo hubiera creido. Soy un miserable, un hombre sin corazon, y ya que me pueden llamar cobarde, consiento en vivir impotente, cargado de deudas.--Adios.» Se vuelve á su habitacion, y el amigo apenas reconciliaba otra vez el sueño con los vapores del vino, cuando una detonacion conmueve el aposento. Salta del lecho: llega demasiado tarde: encuentra un cadáver y dos pedazos de cerebro en dos rincones de la ensangrentada alcoba. Al otro dia se halla una de esas conocidas fórmulas que alegan á las familias y á los fáciles acreedores el fruto de sus funestas complacencias. «He gozado de sobra de la existencia, nada podia tentarme ya. Allá nos veremos; si es que podemos encontrarnos, que el cielo ó el infierno son grandes, &c.....

Este suicidio inmoral es el tipo correcto del género, y demuestra el error de esa educacion bastarda que abandona un corazon juvenil á todas las exageraciones de la intemperancia y del orgullo. Los filósofos han desnaturalizado la organizacion del cerebro de las generaciones que los escuchan. Esto puede parecer una paradoja y sin embargo no hay nada mas fácil de esplicar. El cerebro, conjunto de órganos destinados á armonizar entre si, no vive del mismo modo en cada una de las partes que le componen. El hombre moral se forma poco á poco, y las buenas lecciones de su juventud no pueden aprovecharle hasta la edad viril. Suponed pues una escuela de la que sea desterrado el nombre de Dios, ¿qué sucederá?

Este discípulo se llamará *filósofo*, es decir, que vivirá á merced de sus pasiones. Ciertamente no tendrá vanas supersticiones de temores del infierno; pero tocará pronto con los fines del materialismo, con la nada de su naturaleza. Entonces no es raro que en uno de esos momentos inevitables en que abandona la razon al hombre, y que está por consiguiente enagenado de la idea de Dios y de otra vida, busque una coyuntura para escapar de su desesperacion, y no encuentre sino la muerte. Los suicidios de jóvenes se van haciendo muy comunes, y atestiguan los progresos de la escuela, pero lo que prueban mejor es, que lo único que constituye la base del hombre moral es la educacion considerada bajo el punto de vista religioso; luego los que desdeñan este principio de toda sabiduría son tutores indignos que roban á los jóvenes que educan los bienes que Dios les habia deparado.

Nuestra época ha generalizado demasiado las supuestas ventajas de una educacion llamada liberal. Se cree haber hecho todo lo posible por un niño, cuando al salir del colegio, donde fue estudiante mediano, se fuerza su vocacion para una profesion cualquiera, pero que exige una aptitud innata y estudios profundos.

Jóven hay que desperdicia el tiempo en los cafés ó en los lupanares, y que hubiera sido acaso un buen artesano, al paso que desalentado por su insuficiencia en el bufete de un abogado

ó en los bancos de una escuela de medicina, va á buscar distracciones á todas partes á donde su pereza é incapacidad se las proporcionan. Sigámosle en la edad madura: hecho hombre, se ve inferior al papel á que se destinara: entonces quisiera tornarse jóven, mas en vano: el esceso de sus disolutas veladas le ha arrebatado todo lo que dá una posicion: en este naufragio ha perdido el espíritu, la memoria y la voluntad. Si este jóven se mata, á nadie le asombrará: la enagenacion mental procede siempre de la del libre albedrio. Siempre atribuimos el mayor número de suicidios al olvido gradual del estado verdadero y original del hombre: este olvido conduce por mil senderos diversos á las exageraciones mas fatales; y por cierto que no hay otra mas frecuente en nuestros dias que la que arma el puñal de ambiciosos desesperanzados.

—Pero no son los mas deplorables los suicidios de estos jóvenes que han blasfemado de su suerte en este mundo, porque pilotos inespertos, no habian sospechado un mar de tempestades. Los hay que sueltan la carga de la vida despues de echar en su memoria una mancha indeleble; estos son los impelidos al robo por el libertinaje, los que no tuvieron un solo instante de moralidad.

M.*** jóven empleado en correos, se jactaba de su rico nacimiento, de su nobleza sin tacha. Ostentaba en público el lujo ruinoso de los caballos, de las queridas, de los banquetes.

Ya habia habido algunas quejas de desaparicion de letras de valor; ¿pero quien habia de haber concebido una sospecha del favorito de tantas bellas, del anfitrion ordinario del distrito? Un dia sin embargo fue sorprendido en el acto de agazapar una letra con toda la destreza del mundo. El dependiente que lo habia observado, guardó silencio largo tiempo, aunque no dejaba de echarle algunas indirectas que le llegaron al alma, porque desde entonces nuestro estafador se mostró triste, avergonzado. Fingió insomnio, una desesperacion de amor, y para dormir consiguió de un médico una receta que tenia un grano de opio por píldora. Por algunos dias puso á contribucion á todos los boticarios de los contornos, y pronto pudo reunir unos cincuenta granos de este soporífico. Entretanto menudean mas que nunca las quejas de la administracion: la oficina de nuestro empleado fue acusada de sustraccion. Amenazóse á todos los empleados en masa con la pérdida del destino, y entonces por un resto de compasion, el que conocia al verdadero culpable le escribió una esquela diciéndole que al otro dia sabria el director lo que habia visto. Esta esquela fue la sentencia de muerte para nuestro elegante ladron, y sin titubear se tragó un monton de píldoras de opio, de cuyas resultas murió al cabo de tres dias de sufrimientos inauditos.

De todos los medios inventados para dejar sin dolor la vida, el opio es el mas infiel y el que mas tiempo prolonga una agonia atroz. La idea vulgar de que adormece la pena en brazos de la muerte es la mas acreditada y la menos verosimil. Por lo demas este medio es de corazones cobardes y pusilánimes que se matan porque tienen la conviccion de haber perdido la confianza y los medios de existir, que quieren la muerte como han recibido la vida sin saberlo y sobre todo sin sufrir.

Vamos á referir el hecho singular de un suicidio caracterizado por una estóica sangre fria, una insensibilidad física poco comun, y por la calma del espíritu. M. R**, hombre de ciencia y en ventajosa posicion, es encontrado en su bufete herido de muchas punzadas de cor-

taplumas en el pecho y en el cuello. Es conducido al hospital, á donde no tardan en llegar su muger y algunos amigos de la escuela politécnica. Se muestra sereno, arrepentido, y conforme con su suerte. En vano le interrogan por la causa del suicidio, guarda silencio y acoje sin conmocion el pronóstico de los inteligentes que le ofrecen una pronta cura. Muere á los tres dias.

Hecha la utopsia, le encuentran el pecho atravesado por un raspador, que hacia allí oficios de tapon. Cosa rara! escepto algunas ligeras irregularidades del pulso, la circulacion en los tres dias no revelaba el obstáculo que habia en el órgano central de esta funcion. Para conseguir su objeto, M. R** se habia abierto una herida en el sesto espacio intercostal: luego despues de clavarse el raspador por ella, le habia encajado en el pecho apoyándose en el borde de una mesa.

Este suicidio, único en su especie, no ofrece otras pruebas de agonia moral que una indiferencia pasiva á todo lo que es de este mundo, y aquel hombre tan ilustrado tenia una muger, tenia hijos que rodeaban su lecho sollozando y llorando. Rehusó sin hablar los auxilios de la Religion, y se estinguió lentamente sin que se le llegase á notar el menor síntoma de enagenacion mental.

La historia de la causas del suicidio es inmensa en su generalidad. La primera de estas causas reside en la trasformacion del hombre moral en esclavo de una pasion, de un pensamiento informe, de una palabra mal definida.

No hay una inclinacion, ni una sola aficion humana que no pueda degenerar en mania de suicidio. Que divinice un hombre á una muger y sea vendido por ella, que eleve un altar á su ambicion ó á su fortuna y uno ú otro sea derribado, en una palabra, que crea en la eternidad de los dioses falsos de la tierra, y cuando se vea en presencia de una verdad inmutable, la de la instabilidad de las cosas, si no tiene firmeza de carácter, ni religiosidad, estad cierto de que un pensamiento de suicidio sustituirá á sus ilusiones perdidas. Con la llaga de una pasion burlada en sus esperanzas, parece que un espíritu maligno se apodera del alma y la mina en su dominio moral y material. La salud se altera, porque todas las funciones salen de su estado normal; el corazon pervierte sus movimientos; la circulacion de la sangre es irregular y desordenada; el estómago se rebela contra cuanto le alienta; se altera el producto de las secreciones; producense obstrucciones, irritaciones lentas; el hombre camina hácia la nada. No puede ni dormir ni velar; es un estado que no se parece á una cosa ni á otra, una incesante impaciencia de la vida y de la muerte que dura hasta el desenlace trájico. Tal es el suicidio crónico que conduce al acto sangriento, por la perversion gradual de las facultades intelectuales, la de la abolicion del libre albedrio y de la libertad moral. Entonces el condenado en vida se vuelve loco ó se mata.

El esplin ó el cansancio de la vida, no es como dicen, una enfermedad sin causa: hemos demostrado ya que siempre hay en los fenómenos de hipocondría una espina mortal clavada en el ser humano, bien por un dolor moral, bien por algun dolor lento y contínuo. Un alma verdaderamente grande es la que arrostra estoicamente la adversidad con la esperanza de un porvenir mejor. Bajo este concepto, el cristianismo que alienta el dolor como el primer culto debido á Dios, ha salvado muchas víctimas.

El suicidio de los ambiciosos de todas clases procede de una relacion falsa entre su capacidad y el objeto de

sus aspiraciones. Todos han creido que bastaria concebir las formas del poder para manejar hábilmente sus resortes.

Han consumido sus fuerzas en conquistar una posicion, hacienda, honores, y cuando no han sido comprendidos ó han alcanzado por fin su objeto, su insuficiencia los ha anonadado é impelido á la desesperacion.

M. P. oficial de un cuerpo, consigue por fin un mando, objeto de sus afanes. Luego que se encarga, examina la magnitud de sus obligaciones y se asusta. Nadie lo sospecha, él solo se hace justicia, y consiente en vivir oscuro y desgraciado. Al poco tiempo, hierven en su órgano *guerrero* rumores de guerra. Alcanza otro mando y se muestra realmente heróico el dia del combate. Tenémosle por segunda vez rehabilitado consigo mismo: su ambicion se engrandece con su grado elevado. Al fin se recompensa su bravura con un tercer mando, el cual excede ya en mucho á su capacidad. En vano pretende vencer su flaqueza: su conciencia se rebela, el porvenir se le presenta oscuro. Aquel pobre muchacho, modelo de lealtad y de escrúpulos, es víctima de una ambicion superior á sus fuerzas y se precipita de un quinto piso.

Hace un negociante grandes especulaciones que le salen á pedir de boca. Triplica sus empresas y rueda el Pactolo en su caja. La prosperidad le alucina y queriendo engrosar desmesuradamente su tesoro, juega todo su haber en el éxito de un negocio decisivo. Mas esta vez es víctima de sus malos cálculos y lo pierde todo por querer lo ganar todo. Recibe la noticia fatal, y no pudiendo sobrevivir á su deshonra, se arroja por un balcon y muere hecho pedazos.

El orgullo y la vanidad, compañeros de una ambicion mezquina, conducen á la miseria, al suicidio.

No acabariamos nunca si hubiéramos de referir los innumerables suicidios que origina en todas las clases de la sociedad la sed de oro y la certidumbre de no poder satisfacerla jamas. La moralidad del siglo, reasumida en esta palabra, *hacer fortuna*, volcaniza todas las ambiciones, y las precipita hácia la conquista del metal, sin distincion de clase y de medios para grangearselo. En esta lucha de egoismo, de cálculo y de mala fé, los vencidos no quedan desarmados: combaten como desesperados, como cobardes, como criminales. Los primeros constituyen la clase de los especuladores arruinados, los segundos se suicidan, y los últimos van á los presidios ó suben al cadalso.

Pero entre los que en el vuelo ascendente de su ambicion caen por fin de los astros en la oscuridad de su alcoba con un puñal en la mano, los hay que serian absueltos de su suicidio, si no existieran egemplos de hombres mas desdichados todavia, y que bajo la garra del remordimiento y de la desesperacion, han querido conservar á la posteridad el raro modelo de un alma verdaderamente grande. El martirio de Napoleon en santa Elena es el triunfo mas bello del espíritu cristiano en los tiempos modernos.

De todas las pasiones, la del amor es la que monomaniza el pensamiento de hombres ó mugeres con mas abnegacion ó delirio. Nacemos para ser víctimas de ella de un modo ó de otro, si principios sólidamente establecidos por la educacion, por la moral, y sobre todo por el freno religioso, no nos precaven contra las decepciones de una ternura ciega é irreflexiva. Ciertos seres viven para absorverse en este sentimiento, como otros para ambicionar las grandezas de la tierra ó los bienes de fortuna.

El amor exalta la fuerza de las

pasiones nobles y generosas, cuando estas ejercen un imperio absoluto sobre las diversas facultades del cerebro. Es raro que disfruten una quietud verdadera almas que han creido en el cáliz inagotable de la union de dos corazones. Como todo lo que quema y engendra el dolor, el amor una vez llegado á su apogeo, se convierte en acritud y amargura si es despreciado ó contrariado, y entonces se apaga la antorcha de la vida para aquel á quien deja de iluminar el objeto querido. Nada en el mundo puede consolar á una alma ardiente y que no mira filosóficamente la pérdida ó abandono del objeto amado; y ay de aquel que recibe al nacer demasiada vehemencia para amar; porque es un mal eterno como la epilepsia, que se presenta súbitamente con las convulsiones en las horas engañosas de un sueño mortífero.

El suicidio y las numerosas causas que lo fomentan no se conocen, me atrevo á decir, en las familias patriarcales, en los pueblos que viven aun bajo el imperio de las tradiciones sencillas y religiosas, entre los turcos, para quienes el principal acto de nacionalidad es el temor de Dios. Nunca se ha arraigado mas que en aquellos paises, donde una filosofía desenfrenada ha predicado á las masas que la religion y la inmortalidad del alma se han inventado para que se tenga temor á la muerte, y se emponzoñen los goces. La crítica mas severa que puede hacerse de semejante doctrina, es que los que creen en ella, son los únicos que componen el martirologio de los locos, de los maniacos, de los Werther, de los Antonys. Las discordias civiles que enseñan el arte de morir como fanáticos de un partido, el esceso de libertad que calienta la lava de todas las ambiciones, y el romanticismo que crea un mundo imaginario, han inoculado en las razas impregnadas de sus doctrinas el *mortis amor* y un materialismo desecante.

La lectura de Werther en Alemania, introdujo el suicidio por el amor; y las mugeres, tan impresionables cuando se trata del sentimiento para el que la naturaleza las ha criado, han olvidado que su amor debe confundirse con el de la maternidad, y se han inmolado; porque vivir y no amar es cien veces morir. Nuestra monstruosa literatura, que Goéthe en su Werther llama desesperacion, ¿no es por ventura la cómplice declarada de esas innumerables muertes sin nombre que se presentan como modelos á los cerebros jóvenes, fascinados por el mundo imaginario de los románticos? La conveniencia que desencanta al amor y la pretendida simpatia por la fascinacion de una mirada, se escluyen la una á la otra en la nueva sociedad, donde casarse es asociarse para un objeto de fortuna ó de posicion social.

El delirio del amor venturoso ó despreciado es el manantial de los estravios mas deplorables del corazon humano. Desde la jóven de humilde esfera, que se alimenta con la miel de los románticos apasionados, hasta la dama de encumbrada cuna que cree poder representar el papel de la Valeria de Madama Kruduer, existe un sin número de suicidas cuyos motivos inspirarian asco á no tener por escusa un sentimiento natural estraviado de su regla moral. Nótese con todo cuidado que en aquellas uniones estrañas en que á la faz del cielo y despreciando á una madre ó á un esposo se juran constancia por una y otra parte hasta mas allá del sepulcro; nótese digo, que siempre hay un corazon que llegará á ser víctima del otro por la muerte, el abandono ó el menosprecio. Tarde ó temprano habrán de recobrar sus derechos la justicia de Dios y la de los hombres.

El suicidio por lo general escoge sus

víctimas entre los corazones jóvenes y llenos de ilusiones quiméricas: algunas veces el orgullo de una esfera mas elevada que la condicion vulgar en que se ha nacido, enciende en las jóvenes crédulas como la inocencia, una de aquellas pasiones preparadas sábiamente por un seductor. La señorita... nacida de humilde orígen, entra en un almacen de modas, é inspira una violenta pasion á un jóven rico, que arde en deseos por casarse con ella. La desgraciada imbuida en las novelas en que el amor iguala á un soldado con una princesa, le cree sobre su palabra, y esperando la mayor edad de su falso amigo, le consagra su vida entera. Desde aquel momento la pobre muchacha no mira mas que la felicidad de las altas damas, y todos sus pensamientos, como los de la fábula de la Lechera, no le pintan mas que ricos encages, retretes y adoraciones eternas: todo lo que lee en la novela del dia forma un melodioso concepto á su cabecera. Pero, oh vanidad de nuestros deseos! apenas ha llegado la mayor edad cuando su amante se torna menos vivo, menos afanoso. Un dia recibe una carta de despedida, llena de dolorosas espresiones: sus padres le han elegido otra esposa. La pobrecilla llora mucho y sus compañeras se burlan de ella. El dia de la boda debia ser el postrero de su vida. La noche de los esponsales fueron á decirla que la novia era encantadora, que deslumbraba con su lujo y esplendor. Entrase á su aposento, furiosa y desesperada: cierra todas las salidas y encendiendo un gran brasero de carbon, se deja asfixiar lentamente. La muerte por asfixia de carbon parece ser la obligada para esas criaturas demasiado crédulas en las promesas de un seductor, en los milagros del amor.

El suicidio por desesperacion amorosa ataca generalmente á las mugeres de carácter débil, de imaginacion delirante. El órgano de la maravillosidad concordando en esceso con el amor físico, las priva desde luego del sentido real de las cosas, y de las relaciones que existen entre sus obligaciones sociales y las del amor propiamente dicho. En todas las infelices que han atentado á sus dias, se ha podido comprobar una imaginacion depravada, sin afan alguno por los cuidados de la maternidad, de los principios de familia y de religion, como los conciben cabezas razonadas, ocupadas y convencidas de la verdadera fe.

Las personas piadosas, las buenas madres, las esposas que á falta de amor á su marido, tienen al menos la vanidad del nombre que llevan, no se suicidan. En general, esta monomanía respeta las cabezas frias que cumplen rigorosamente los deberes de la naturaleza y de la religion, que se ocupan con actividad de los seres que les pertenecen, que han aprendido á raciocinar sobre la moralidad y el fin de un paso inconsiderado.

El amor cuenta sus mártires lo mismo que la ambicion de gloria. El que sin estimar ninguno de los bienes que ligan á la vida, no ama y adora realmente mas que á su muger ó á su amiga, está muy cerca del suicidio, si sabe su infidelidad, en un momento de angustia moral.

M. X. tiene un corazon amante y débil. De vuelta de un largo viage, cuenta con impaciencia las horas que le acercan á su único amor. Sentado en una fonda, oye á un viajero contar una orjía ocurrida la víspera en la ciudad vecina. La heroina es su muger, sus mejores amigos son los cómplices del libertinage, y su casa es el lupanar. M. X. se levanta de la mesa en medio de las carcajadas de los convidados; se encierra en su cuarto y de un pistoletazo se levanta la tapa de los sesos.

El suicidio por amor contrariado ó burlado parece fatalidad de ciertos caracteres de muger. Los hombres le esperimentan rara vez de una manera aguda. Y aun deben considerarse como apócri-

fas esas muertes friamente estoicas en que se cuenta que un hombre grave, sesudo, se ha suicidado por desesperacion amorosa. No, es menester ser jóven, sin juicio y absorto en un solo pensamiento de muger, ó estar gastado por los placeres y cansado de todo, para inmolarse en un acceso de locura. En este último caso la causa del suicidio es mas la imposibilidad de renacer para los goces estinguidos, ó el sentimiento de la muerte de un ser, cuya vida era el postrer vínculo que nos unia á la existencia.

La organizacion moral de los hombres se presta menos á las exajeraciones de un loco amor, y es probable que la juventud ardiente é indómita seria menos veces víctima, si los hábitos sociales no sobreescitasen esta inclinacion á espensas de las nobles facultades de la inteligencia. La naturaleza ha creado á las mugeres para el amor, para los afanes de la maternidad; por eso su cerebro, mas desenvuelto por la parte posterior, lo está menos hácia la frente, donde residen los órganos de la reflexion. No es, pues, estraordinario que no poseyendo en tan alto grado como nosotros la facultad de examinar sus sensaciones, se dejen arrastrar de todas las locuras de una inclinacion natural, y por consecuencia del delirio, del suicidio.

Y ¿cómo quereis que este achaque moral no sea mas estenso en la generacion actual, cuando sembrais su gérmen en vuestros hijos salidos apenas de manos de la nodriza? ¿No da lástima ver esos bailes de niños, donde ya la adolescente, ataviada como para un teatro, baila galop con un mozalvete almibarado? De intento que se hiciera no se podrian educar peor las jóvenes que vistiéndolas de ninfas, arrancándolas del útil sueño, emparejándolas con muchachos desmoralizados. Esto excede á toda ponderacion, y sin embargo, los que cultivan estas plantas venenosas suelen lamentar la inmoralidad del siglo; dicen como nosotros que todo camina á una disolucion, á la nada.

Volviendo á nuestro asunto, diremos que el fanatismo del amor aunque muy raro en los hombres, ha podido suscitarse en una posicion particular en que el voto de continencia está sin cesar en lucha con una imaginacion inflamable, y sentidos sedientos. La lujuria reclusa que se electriza por un objeto amado precipita al paciente en todas las aberraciones del espíritu y de la materia.

Un ejemplo terrible de lo que inventa el fanatismo por amor y las mil serpientes de los celos, es el siguiente. Un jóven de carácter ascético habia obrado demasiado de ligero, tomando las órdenes. Su mala estrella le hizo tropezar con una de esas coquetas artificiosas que se mueren treinta veces de amor en su vida, y se complacen bárbaramente en atormentar los corazones cautivados por sus monadas. Un dia tuvo el capricho de un mozuelo con sotana, y hallándole con una imaginacion volcánica le atrajo á su reunion. Tan bien cantó nuestra sirena, que el neófito quedó fascinado y jamas hombre alguno amó á una criatura con tanta abnegacion y buena fe, jamas un magnetizado se mostró mas dócil á los mandatos del mágico. La historia de esta pasion seria un drama lamentable. El desdichado obedecia las estravagancias imaginadas por aquella muger, y ya la seguia á la ópera disfrazado de un traje diabólico, ya salia á deshora por las noches en compañia de ella, y obligado á andar á golpes con el que se atrevia á mirarla siquiera.

Sin embargo esto no era mas que juego y perfidia de parte de aquella muger, que jamas le habia profesado un pensamiento de amor. El, aunque celoso, engañado é ignorando los tósigos que destila un corazon de muger mala, miraba como un crímen imperdonable el

haberse atrevido á sospechar del corazon de aquel ángel de amor y misericordia. Sin embargo, si no hubiera estado fuera de sí habria visto todas las noches en su presencia un hombre de tez pálida, de mirada de vampiro, gozar con su tristeza y sus rudos deleites y sonreirse despues mirando á su digna querida. Un dia tuvo aliento para espresar una ligera duda sobre las cosas que veia, y fue despedido inhumanamente. El triste amante se creyó lanzado del paraiso, y abriéndose una vena, la escribió una carta delirante, invocando su perdon, trazada con su sangre y empapada de sus lágrimas.

Pero aquella muger estaba ya satisfecha y para desengañar mejor el desdichado, le envió á su nuevo favorito que le intimase su resolucion. El enviado traspasó su mandato. Sabeis leer? le dijo; pues ahí teneis su sentencia.— «Mi querido Leon, el clerisonte no volverá á mi casa, le he dado la licencia absoluta porque no le he querido nunca. Me preguntais el motivo de mi capricho por ese ente; vos lo habeis dicho, es un capricho. Me pareció cosa chistosa disputar un corazon á Dios.»

El aspecto del infierno en una pesadilla horrible no produce un despertar mas repentino que el de nuestro clérigo. Cosa inesplicable y singular! recobró la razon como el envenenado que escapa de la muerte, y tiene horror á todo lo que se la recuerda. Pero entonces se le subieron á la cabeza los recuerdos de sus locuras, como el jugo de esas plantas que producen los vértigos mas estraños. Se arrojó en su lecho, donde se revolvia como una serpiente: respondia sollozando á voces desconocidas, á frailes de cogulla encarnada que pasaban por delante llamándole por su nombre unido al de réprobo, escomulgado etc... Braceaba en su lecho sobre el mar de lava del infierno, y veia á lo lejos el abismo abierto en que los demonios que le asian de los pies y la cabeza debian precipitarle.

Al amanecer, recobró la razon algo de su imperio y le sobrevino la idea del suicidio. Aquel hombre místico, ya sin otra idea que la muerte, se tragó una tras otra, todas las medicinas que habia ido acumulando para paliar las angustias de los que toman de veras el amor platónico. El láudano, el eter, la tintura de dijital, la de cantáridas, encendieron una inflamacion de intestinos, cuyas angustias y dolores le atormentaron rabiosamente. Mordió los cobertores hasta el momento final, y entonces asiendo con una mano el Cristo y con otra el cirio bendito, espiró murmurando las palabras del santo Job: *¿Cur misero lux data est?*

No hay duda que el que atenta á su vida es un loco ó un maniático; pero ¿quién se atreveria á defender que ha llegado á esa catástrofe del drama sin preámbulos, sin causas remotas, que si ligeras en un principio hubieran podido ser conjuradas por una reflexion sólida, por el sentido comun, por el espíritu del Evangelio? Pues qué, ¿por que las necesidades egoistas de un esceso de civilizacion hayan hecho necesario el culto de las bellas artes, se deduce que ha de creerse uno pintor, poeta ó músico para consumir su vida, persiguiendo la gloria y la fortuna, y para matarse cobardemente, porque se ha sembrado el supuesto genio en un suelo ingrato y avaro? Cierto que son de deplorar tantos suicidios de jóvenes, cuya lira ó pinceles no buscan otra cosa que el orgullo de un nombre; ¿pero no se podria tambien acusar á su razon, fascinada por un prestigio vano de haberse sacrificado á un amor propio fatal que ha exagerado su propia importancia y la ingratitud de sus contemporaneos?

Los no *comprendidos* jamás se han comprendido á sí propios, y si antes de

habitar el mundo imaginario de las ilusiones, hubieran meditado sobre el mundo real, en que el hombre es algo por un trabajo tanto mas apreciado cuanto mas útil y necesario es á mas gente, no se habrian disgustado de la vida antes de penetrar su conjunto. El cultivo de la tierra, los duros trabajos de un taller rara vez desesperan, y en estos ejemplos debieran aprender los que imaginan genio el fuego fátuo del entusiasmo.

El suicidio procede á no dudarlo de una enfermedad moral, suscitada por una ambicion abortada ó desengañada: los infelices habian confiado en las promesas de su inteligencia apasionada por un arte, sin pensar en que la fama no se improvisa, ó habian creido en la duracion del amor ó de la dicha sin conocer lo instable de los goces humanos. Quiera el cielo que la exposicion y exámen que acabamos de hacer sobre las causas que lo motivan abran los ojos de tantos padres obcecados y de tantos jóvenes de uno y otro sexo, empeñados por desgracia en caminos engañosos que conducen tarde ó temprano á esta catástrofe terrible.

F. H.

LAS SEGUNDAS NUPCIAS.

A poca distancia de las márgenes del Ebro existe un pueblecillo desconocido en las geografías de Plinio y Strabon, y muy poco ó nada célebre en las modernas cartas. En él vivia pocos años hace un honrado hidalgo, respetado de todos sus paisanos por su noble linage, á lo cual contribuia en gran parte su magra figura é interminable coleta, recojida por una gran redecilla de seda negra que le llegaba hasta el omoplato. Este caballero se llamaba D. Lesmes Bobadilla, descendiente en línea recta de un escudero del Rey D. Jaime, á quien este en recompensa de sus buenos servicios domésticos, dejó diversos feudos en el pais para él y sus descendientes. Largos años fueron estos felices con la hacienda de su respetable abuelo, y á ella debieron el honor casi perpetuo de empuñar la vara de la alcaldia, tocar la campanilla en las asambleas populares, y ocupar sitio preferente en regocijos y fiestas públicas. Pero como nada hay duradero en este pícaro mundo, quiso la maldita suerte que los bienes de fortuna caminasen en razon inversa de los honores. Disminuianse aquellos á medida que estos se acumulaban, porque los ascendientes de D. Lesmes fueron poco laboriosos y económicos, sistemáticos en estremo, y testarudos y orgullosos como buenos aragoneses.

El mismo D. Lesmes, despues de seguir un larguísimo pleito sobre ciertas heredades baldías, le perdió, amen de las tierras y otras varias propiedades que se le embargaron y vendieron para pago de las costas. Esta ocurrencia exasperó en tal grado la irritable fibra de nuestro héroe, que estuvo á pique de largarse al otro mundo para no ser testigo de las iniquidades que se cometian en este: pero mejor reflexionado el asunto, entró en cuentas consigo mismo y sacó por fin en consecuencia que no habia mas remedio que trabajar para comer. Adoptó un camino opuesto al de sus progenitores y resolvió cumplir lo que habia ofrecido cuando le bautizaron, esto es, renunciar al mundo, sus pompas y vanidades; para esto, lo primero que hizo fue esconder en el pajar sus títulos y pergaminos, y en lugar de la vara de justicia, tan grata para sus abuelos, se agarró á la reja del arado. Al principio le hicieron sufrir mucho los indirectos epígramas del vulgo, y las patéticas esclamaciones de

algunas viejas que recordaban las ya marchitas glorias de su linage; pero D. Lesmes, constante porque era buen aragones, se desentendió de todas estas impertinencias y lamentaciones, prosiguiendo con vigor su generoso proyecto; y merced á su resolucion pudo al poco tiempo pasar una vida mas holgada y agradable que la mayor parte de sus abuelos.

Comenzaba á serle propicia la fortuna; pero como esta señora es inconstante por naturaleza, se cansó muy pronto y le volvió la espalda, robando al bueno de D. Lesmes toda su prosperidad, pues le robó su cara mitad, compañera fiel de sus adversidades y que le dejó en memoria cuatro pedazos de sus entrañas. D. Lesmes la lloró amargamente; pero reflexionando el consejo de un amigo que le decia para consolarles, *que aun quedaban hijas de Eva*, se dió tanta prisa á hacerlas la corte y pasarlas revista, que antes de acabar el luto le suponian ya casado con cuatro mugeres lo menos. Sin embargo, la que prevalecia sobre todas las demas, la que cautivaba en realidad al viudo, era una muchacha del mismo pueblo que se distinguia entre todas sus compañeras:

« Quantum lenta solent inter viburna cupressi.»

Llamábanla por apodo *la Roja* porque tenia los cabellos rubios, y los envidiosos solian decirla tambien *ojos de gato;* pero no por eso dejaba de tener la Roja una multitud de adoradores, entre los que figuraba en primera línea el cirujano, con quien segun noticias andaba muy adelantado el negocio. Hasta cinco eran los pretendientes conocidos, sin contar otros muchos que se mantenian á la capa por no tener suficiente resolucion para presentarse.

Pero entre todos los adoradores ocultos y manifiestos, el verdadero privilejiado de la Roja, el que por mas tiempo mereciera sus favores, era el hijo del sacristan. Era este un jóven de 26 años, adornado de raras cualidades y talentos, un *estuche de monerías* como suele decirse. Poseía profundos conocimientos en el idioma latino, y le hablaba de tan sublime manera que el mismo Cura no le comprendia cuando le ayudaba la Misa: su destreza para escribir no tenia igual. Pero donde descollaba su talento precoz era en la música, y principalmente en la guitarra, que punteaba con tanta sutileza, que era famoso en todas las cercanías; motivo por el cual sus émulos, que le aborrecian á causa de su perverso carácter, se veian obligados á arriar bandera en su presencia y cederle la preferencia asi que se trataba de alguna ronda. Por lo demas, su físico nada tenia de notable, porque apenas llegaba á la marca, tenia los ojos tiernos y ribeteados de carmin, y su descomunal nariz romana hubiera podido servir de guia para alinear un regimiento si su talla le hubiera permitido el servicio de las armas. Para completar las noticias que poseemos acerca de este interesante personaje, diremos que en el pueblo era conocido únicamente por el mote de *Chupalámparas*, y con él le designaremos en el curso de este cuentecillo: tal era el temible antagonista del ínclito D. Lesmes.

Rato hacia que los dos pretendientes de la Roja se miraban de reojo, haciéndose unos guiños capaces de erizar los pelos al hombre mas desalmado: nadie se atrevia á decidir en favor de qué partido se inclinaria la victoria, y griegos y troyanos aguardaban que el capricho de Júpiter inclinase la balanza. Combatian á un lado los amores antiguos con el interés; la nobleza del viudo con la juventud del sacristan, y la pobreza de este con los cuatro alanos del otro. Por fin el interés consiguió el triunfo,

como es uso y razon, y la suerte, por tanto tiempo dudosa, se decidió en favor de D. Lesmes.

Oh! quién será capaz de referir la desesperacion de *Chupalámparas* al saber la horrible infidelidad de su amante! Tiró las sillas de la iglesia, se mesó los cabellos, hizo trizas y pateó el sombrero: se sacudió á sí propio las mas desconunales bofetadas, y saliendo á campo raso se revolcó por el suelo para comer tierra ó *devorar su dolor* como dirian los ultra-románticos. Si alguno de estos le hubiera topado en aquella situacion, sobrado asunto tenia para reproducir las locuras del famoso Orlando. Cuando llegó á sus oidos la infidelidad de su amada *Angélica*, era ya de noche oscura y en vano aguardaban el toque de oraciones las almas piadosas, y por la misma razon quedó suprimido el de ánimas, con notorio escándalo de toda la vecindad. Las causas de tan notable suceso no podian ignorarse mucho tiempo, y al dia siguiente no se hablaba en la carnecería ni en la plaza de otra cosa que de las calabazas y despecho del repudiado amante de la Roja. Las opiniones estaban totalmente divididas segun los intereses y parentescos, y de aqui resultaban los diferentes espectáculos que aparecian todas las mañanas en las ventanas de la Roja; hoy estaban adornadas de ramas de árbol y hermosas guirnaldas, y mañana lucian un enorme cardo ó la pelada calavera de un burro, segun las diversas pasiones de los que rondaran la noche anterior; pero á veces ocurria que se hallaban en la calle montescos y capeletes, y se armaban unas zambras y unas palizas que era una bendicion de Dios.

Por fin, deseoso D. Lesmes de acallar estos bullicios y discordias teniendo muger legítima, se determinó á dar de codo á la viudez y cerrar de este modo las bocas murmuradoras señalando el mes de Julio para la consumacion de la ceremonia. Bien hubiera querido, por lo que pudiera tronar, casarse fuera de la aldea; pero algunos amigos oficiosos con quienes discutió el negocio, consultando mas sus estómagos que el reposo del marido, le exageraron los gravísimos inconvenientes de una boda celebrada sin tamboril y sin gaita, y los dimes y diretes que andarian, atribuyendo el hecho á miseria ó vanidad. Tan poderosas razones decidieron á D. Lesmes, quien resolvió celebrar la boda con un aparato y solemnidad tales, que sus adversarios se quedasen tamañitos. Con este objeto se hicieron grandes preparativos de líquidos y de sólidos, se adornó con flores y ramaje el patio de los antecesores de Bobadilla, donde debia celebrarse el baile, como el lugar mas á propósito en vista de la estacion, y para comedor se alhajó un destartalado granero que á favor de repetidos azofiles, de escobazos y de unos muebles decentes quedó transformado en pieza de comer.

En estas idas y venidas llegó el dia de la boda.

Osada empresa seria para mi humilde peñola describir los brillantes atavios de los novios: y la numerosa comitiva que les acompañó al templo. Alli estaba ya Chupalámparas mas conforme con su suerte, y precisado á sufrir el horrible tormento de ayudar la misa nupcial: en tanto que su padre que á mas de sacristan, era organista y maestro de escuela hacia temblar las bóvedas del santuario y crugir los vidrios con las sonoras trompetas del órgano, dando margen á recordar aquel vulgar adagio:

Quod dèficit in scientia, supletur in trompetis.

II.

En uno de los salones de la casa

hereditaria de los Bobadillas, hallábase un crecido número de gastrónomos, ocupados en roer los huesos de un espléndido festin y desocupar sendos vasos de lo neto de la Cañada que vomitaban de sus entrañas seis enormes jarras; entretanto otro grupo mas fogoso y aturdido se aprestaba al baile repicando las castañuelas y ensayando brillantes cabriolas.

Por desgracia, la atmósfera estaba cargada de negros y espesos nubarrones que presagiaban una próxima tormenta, y en consecuencia no hubo mas remedio que convertir el comedor en salon de baile con gran sentimiento de D. Lesmes que deseaba tuviese efecto en el parage fijado para que asistiera todo el pueblo: pero como nunca un mal va solo, ocurrió para colmo de fatalidad que los músicos traidos espresamente para solemnizar la fiesta, no estaban en disposicion de tocar una miserable jota, á causa de la enorme cantidad de líquido que habian trasegado con permiso del novio.

Entonces fue la pena y el tirarse de los pelos el reciencasado al ver el precipicio en que cayera por su gusto, llorando amargamente su descuido en no hacer caso de las personas sensatas que le aconsejaran no efectuar su enlace bajo la influencia del signo Marte; pero la cosa no tenia remedio, y fuerza era arrostrar con impavidez el maléfico influjo de su fatal estrella. Por último, por complacer á tan respetable reunion, hubo de aceptarse, aunque con repugnancia el ofrecimiento de Chupalámparas que, como es de suponer era uno de los convidados á causa de su santo oficio: y tal fue su filosofia, que se resignó á asistir al banquete nupcial, no mas que por mostrar su afecto á las provisiones de los novios. Aceptada su oferta de sustituir á los músicos, echó á correr á su casa en busca de la guitarra.

Media hora lo menos se tardaria en templar el instrumento y arreglar los espectadores y parejas, al cabo de la cual rompió el sacristan con una soberbia jota punteada, é incontinenti dieron principio al baile los esposos siguiéndoles todas las demas parejas que se desternillaban á quien mas saltase.

Ya desde el principio se habia notado en el oficioso músico cierta risita insultante que unida á su aire de triunfo anunciaba un desenlace poco pacífico, y en efecto á poco rato comenzó á entonar ciertas coplillas que aunque vulgares eran asaz ofensivas para el decoro de los esposos que lo tomaban todo por donde quema. Una de ellas fue aquella conocidísima copla:

Dicen que ya no me quieres
No me da pena maldita,
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

—Y á quien va esa, seor músico?

—A nadie.

—Es que gasto malas pulgas...

—Y qué?

—Y no sufro que se dirija el mas leve insulto á mi muger ni á mí.

—Quien se pica ajos come: nada he dicho que pueda ofenderos, porque canto lo que todito el lugar canta.

—Ea! haya paz y no riñamos por miserias, porque se me atufan muy pronto las narices.

—Paz, señores, esclamó el tio Tripita, padrino que era de la boda, y encargado de las funciones de bastonero, y al propio tiempo descargó tan terrible garrotazo sobre la mesa, que dejándolos á todos estupefactos restableció la tranquilidad inmediatamente: entonces continuó la música sus jotas y sus galeos.

A todo esto la novia permanecia impasible como si no fuese parte interesada, sin hacer caso de las risitas ahogadas que se traslucian á través de los abanicos y forzadas toses de sus rivales que gozaban lo que no es decible con cada puntada que se tiraban los dos ad-

versarios : la Roja lo observaba todo con disimulo , reservando para mejor ocasion la venganza de estas injurias que jamás perdonan las mujeres.

D. Lesmes , por su parte estaba notablemente alterado, y por su gesto y desasosiego se adivinaba que algun pensamiento , algun proyecto vengativo le traia inquieto y agitado. Preparábase Chupalámparas á cantar otra vez, cuando se levantó de pronto D. Lesmes diciendo:

—En otros tiempos solia yo contestar á un insulto con una estocada : ahora emplearé armas iguales á las tuyas.

—Bravo ! bravo , gritó el numeroso auditorio palmoteando.

Viendo el marido tan favorables disposiciones , tosió , escupió , se frotó las manos y con voz alterada al principio sacó de su rudo caletre la coplilla siguiente:

Ay del pobre que no tiene
Con que salir á la plaza,
Se tendrá que morir de hambre
Si no traga calabazas.

Estrepitosos aplausos prodigó á la cancion el bando de Lesmes que era como si digéramos el partido ministerial ; aplausos que todos repitieron por imitacion, y que fueron otras tantas puñaladas para el sacristan que oyera aquel indirecto epígrama donde se le echaba en cara su miseria , su hambre y sobre todo sus mal digeridas calabazas. Se mordió los labios de rabia , punteó la guitarra con furor y en voz tonante se vengó de su rival con el siguiente estribillo:

Un viejo recien casado
Que guardaba buena viña,
Se encontró con el rebusco
Cuando creyó hacer vendimia.

Válgame, Dios y que tremendo furor asaltó en aquel instante el generoso pecho del hidalgo aragonés ! se levantó con ímpetu de su puesto , cerró los puños , arqueó las cejas y cayó intrepidamente sobre su adversario que lo habria pasado mal ciertamente , si no hubieran mediado algunos amigos , á mas de la Roja que temia que hiciese algun disparate su marido. Echóla este encima una mirada sombría , tremebunda como quien dice: ¿ qué respondes á eso ? y la Roja se aguantó la mirada con valor, sin bajar los ojos , prueba mas que suficiente de su inocencia.

Interin tenia lugar entre los esposos esta escena mímica é instantánea , algunos amigos menos tolerantes se dirigieron al devergonzado músico con amenazadores ademanes , y á fe que le hubieran metido la copla en la garganta de un modo poco cortés , si no hubiera tomado las de Villadiego con el ausilio del partido de la oposicion que se interpusiera con el pretesto de evitar un escándalo : pero viendo que los partidarios de Bobadilla se aprestaban á perseguirle , tomaron la ofensiva y dieron principio las hostilidades con un fuego graneado de invectivas y de insultos. Ya iban á venir á las manos ó por mejor decir á los garrotazos , cuando un tumulto terrible detuvo los palos ya enarbolados , y heló de espantó á los Bobadillas, mientras que los enemigos evacuaban la casa esperando mejorar de posiciones en la calle.

III.

Al insultar al respetable esposo, no habia procedido el hijo del sacristan con tanta inadvertencia que no preparase de antemano los medios de protejer la retirada, y sostener sin desventaja la lucha próxima á trabarse.

En efecto , habia reunido una cuadrilla de descontentos compuesta de los antiguos pretendientes de la Roja , enemigos suyos personales en otro tiempo, y aliados naturales ahora en razon de su comun desgracia: á estos se unieron otros

diversos enemigos de don Lesmes, y los alborotadores que andan oliendo siempre donde haya garrotazos que dar y recibir. Esta comparsa, mandada por Chupalámparas habia recibido órden de aguardar en silencio en la calle, como en efecto lo hicieron hasta que se presentó su gefe fujitivo y perseguido. Entonces para celebrar su llegada y festejar segun antigua usanza el casamiento del viudo, rompió una estrepitosa orquesta de cacerolas, cuernos, calderos y almireces con otra infinidad de instrumentos de esta calaña.

La horrible cencerrada era dirigida por un mancebo de formas atléticas y de cara estúpida, mas parecido á un centáuro que á criatura humana, y que era conocido en el pueblo por el apodo de Camorra, siendo su oficio guardar las piaras del vecindario.

Terrible fue el choque entre griegos y troyanos: inmenso el vocerío y los denuestos; los golpes llovian por todos lados en aquel nuevo campo de Agramante, ensañándose mas y mas los contendientes con la sangre que chorreaba de sus cuerpos. Furioso el denodado D. Lesmes buscó por todas partes el objeto de su cólera, y se abrió paso espedito, blandiendo su tizona enmedio de los grupos enemigos. Chupalámparas, que como hombre de iglesia, era poco apegado á la guerra, estaba á retaguardia por prudencia; pero; oh fatalidad! hallóse de pronto cara á cara con sus terribles competidores. Soy perdido! dijo para sus adentros, pero sacando fuerzas de flaqueza alzó el garrote que por su gravedad natural debia aplastar la cabeza del marido, si este con un rápido desguince no hubiera cortado el golpe, aunque no tan á tiempo que no le cayera sobre el hombro, llevándose de paso la oreja.

Rechinó Lesmes los dientes de dolor y de rabia, y antes de que su rival le segundara, le sacudió tan terrible cuchillada que cayó el infeliz cuan largo era. Puesto un pie en la garganta y enarbolando el arma á guisa de San Miguel, iba don Lesmes á rematar su funesta venganza, á no ser por el feroz Camorra que acudiendo en auxilio del caido descargó sobre el cráneo de don Lesmes tan espantable golpe que se le abrió como una granada de Játiva.

Dudoso estaba el combate, y cubrian ya el suelo mas que regular número de heridos y contusos, cuando se presentó el alcalde acompañado del cura de la parroquia, y á su vista huyeron espantados los combatientes escurriéndose por las calles inmediatas. Entonces asomó tambien el escribano, y con corteses y elocuentísimas razones, manifestó la gravedad del delito, su perniciosa influencia y la necesidad perentoria de formar causa.

—Por el pronto lo que importa, contestó el cura, es llamar al cirujano, y dejémonos de causas y pamplinas que estos aragoneses son el demonio, y capaces de romper la crisma á quien con ellos se meta...

—Pues ya se vé, interrumpió el alcalde, mis paisanos son atroces, y como dijo el otro, aqui no hay que andarse con aqui te la puse, porque el que se la hace se la paga, y Cristo con todos, y si no, que se acuerde el escribano de la mala muerte que le dieron á su antecesor.

Pasmado quedó el escribano del elocuente discurso del alcalde, pero mas que todo de la última reflexion que le recordaba el fin del anterior escribano, que fue muerto de un escopetazo por haberse empeñado en promover una causa que arruinara á muchas familias.

Distrájole de sus lúgubres meditaciones la voz de la tia Carpanta, que asomando la cabeza y el candil por una ventanilla, preguntaba con interés al alcalde si habia cosa de *cuidiao*?

—No es cosa, contestó él: Chupalámparas tiene un rasguño, el hijo del

tio Panduro se resiente un poco de las piernas, y le han dislocado un brazo: al pobre D. Lesmes le han abierto la cabeza, y otros pocos que andan por aqui despatarrados, pero por lo demas no es cosa.

—Sea Dios loado, replicó la tia Carpanta cerrando el ventanillo; me alegro de que los mozos de ahora tengan la cabeza tan dura como sus abuelos.

UN EPISODIO
de la vida de Alfieri.

Debajo de un espeso emparrado, que formaban las enlazadas ramas de una frondosa vid, veíanse dos hombres sentados junto á una mesa, entregados á amistosa conversacion que únicamente interrumpian para llevar á la boca un perfumado cigarro.

El mas avanzado en edad, aparentaba tener con corta diferencia cuarenta años. Era alto de estatura, sumamente pálido, y su vestido rico, aunque sencillo, ofrecia alguna semejanza con el equipo militar, mientras que aquella cuidadosa elegancia que comenzaba á adoptarse tanto en Italia como en Francia á fines del siglo XVIII, caracterizaba al otro, mucho mas jóven que su compañero.

—Creedme, Alfieri, dijo el de mas edad, vos sois la única persona que no esperaba encontrar en Albano!

—Sin embargo, soy de opinion, que la residencia del enfermo debe ser aquella en donde espera recobrar su perdida salud.

El primer interlocutor, miró con fija atencion al conde, y despues de una ligera pausa, añadió:

—En efecto, os encuentro mas pálido que de costumbre ¿Habeis consultado á los médicos?

—Sí.

—¿Y qué dicen de vuestra dolencia?

—Siempre lo mismo. En el invierno me aseguran que estaré bueno en el verano, y cuando el verano llega me dicen que en el invierno. Los doctores milaneses me recomiendan los aires de Nápoles, y los napolitanos el clima de Milan. Asi me traen continuamente de un sitio á otro, hasta que acabe por dejar de existir entre estas dos ciudades, si continúo obedeciendo sus consejos.

—¿Estais loco? ¿habeis oido decir nunca que haya muerto un jóven de vuestra edad?

—Algunas veces, murmuró Alfieri dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Ahora comprendo lo que es. Bien se echa de ver que todavia no habeis olvidado la prediccion de aquella vieja bruja.

—Y ¿no tengo razon, Cellini? Doce años tenia apenas, cuando la anciana me reveló todo lo que despues me ha sucedido. Tened presente que me predijo saldria del Piamonte, que seria poeta, y que mi nombre le celebrarian todas las naciones.

—Y que moririais á la edad de treinta y cinco años..... ¿Quién no conoce esta parte de la historia? Os referis á ella en un admirable soneto que toda la Italia sabe de memoria. Pero lo que yo no puedo comprender es que un hombre como vos, se aflija por las majaderías de una vieja caduca.

El conde se sonrió por toda respuesta, y Cellini despues de algunos momentos de silencio, añadió bajando la voz

—Ayer fatigado de trabajo y no teniendo ganas de dormir, salí al jardin para tomar el aire. ¿Vos conoceis, sin duda, el pequeño pabellon que se encuentra á la estremidad de la gran calle de árboles?

—Sí.

—Pues como decia, me paseaba cerca de él, cuando oí cerrar detrás de mí una puerta ó ventana: á este ruido vuelvo la cabeza y repentinamente me encontré cara á cara con un hombre.

—Un hombre.....

—Sí, un hombre que al verme se detuvo, como si su intencion fuese dirigirme la palabra, pero mudando al parecer de idea, volvió la espalda y desapareció.

—¿Pudísteis distinguir sus facciones? preguntó Alfieri.

—Como ahora las vuestras. La luna estaba muy clara.

—¿Sereis capaz de conocerle?

—Ya lo he hecho.

—¿Cuando?

—Esta mañana, junto al estanque.

—¿Sabeis su nombre?

—Le llaman Marliano.

El conde se estremeció.

—¿Estais cierto que salió del pabellon?

—No me atreveria á jurarlo, pero creo que sí.

—¿Y no os habreis engañado, respecto del sitio en que le encontrásteis?

—No; era justamente debajo la ventana de la marquesa de Alcanza.

Una mortal palidez cubrió las megillas, del conde, y sus labios temblaron convulsivamente; pero dominando su emocion, se volvió á sentar con tranquilidad.

—Ya veis que no he perdido tiempo, continuó Cellini, sin notar la agitacion de su compañero. Estoy cerca de descubrir una intriga amorosa, la cual, sin duda, me suministrará algunas escenas de mucho efecto. Hace algun tiempo que ese Marliano me habia llamado la atencion, tanto por su aspecto sombrío como por sus miradas, semejantes en un todo á las de un criminal no arrepentido. Al verle continuamente en compañia de la marquesa, que segun las apariencias, parece aborrecerle, creí por de pronto que era su marido; pero me habia engañado; aquí hay un secreto, que me alegraria mucho penetrar.

Efectivamente, habia un secreto, que el conde mucho tiempo antes deseaba descubrir. Cellini estaba muy léjos de conocer cuan interesado se hallaba su amigo en este misterio, y que angustias le hacia sufrir su narracion.

Habia como cosa de tres meses que la marquesa llegara á Albano, indispuesta de bastante gravedad. Alfieri trataba siempre de huir de ella, y en cualquiera parte que la encontraba, no procuraba ocultar el odio que por ella sentia; empero la jóven viuda, lejos de resentirse, hacía todo lo posible para vencer esta aversion, cuya causa ignoraba, ó aparentaba ignorar, consiguiendo finalmente á fuerza de atenciones destruir la frialdad del conde, estableciéndose entre los dos una intimidad, que se hacia cada dia mas familiar. Entonces conoció que esta muger ejercia sobre él mayor influencia de la que pensaba, y que su felicidad no era completa cuando no se hallaba á su lado. En una palabra, vió que la amaba.

Un dia, entusiasmado con su belleza, iba ya á descubrirle el estado de su corazon, cuando llegó Marliano. A la vista de este hombre, Blanca se puso turbada, y le saludó con una especie de temor, que casi rayaba en espanto. Entonces comenzó entre los dos un combate mudo, en el cual ella quedó vencida.

Alfieri desde aquel dia, notó que la marquesa huia de él, y al mismo tiempo, creyó conocer que Marliano ejercia sobre ella una especie de celosa tutoria, á la cual se sometia aunque contra su voluntad. ¿Qué relaciones podian existir entre estos dos seres? La narracion que Cellini le habia hecho, aclaraba todas sus dudas; pero sin embargo, todavia se resistia á creer una verdad

que tanto lo hacia padecer. Entonces ¿quién era este Marliano? A primera vista parecia uno de esos hombres que pasan su vida sumergidos en las frivolidades y disipaciones del mundo; pero despues de mas detenido exámen, se notaba en él una espresion de tenacidad violenta, una voluntad firme y uno de esos corazones innobles y mas duros que el diamante. Alfieri deseaba conocerle mas á fondo; pero la marquesa se interponia entre ellos á la mas mínima discusion y parecia siempre temerosa de que estos dos hombres se pusiesen en contacto.

--En este estado estaban las cosas, cuando un dia bajando el conde mas temprano al jardin, encontró sola á la jóven viuda. Esta era la primera vez que la veia sin testigos despues que Marliano habia llegado, y por tanto resolvió aprovechar la ocasion. Al principio la conversacion giró sobre asuntos indiferentes, hasta que conociendo se aumentaba progresivamente su turbacion, se detuvo súbitamente, y tomando una de las manos de la condesa, esclamó:

--¿Por qué estais irritada conmigo?.. ¿Por qué huís así de mí?

--¿Que huyo de vos decís? repitió ella. ¿Qué motivo puede induciros á pensar de ese modo?

--Ah! ¿pensais que no lo conozco? Despues de muchos dias, este es el primer momento en que he podido dirigirme á vos, sin temor de que me oigan.

La marquesa que se habia turbado al principio, recobró de nuevo su serenidad, y preguntó sonriéndose:

--¿Estais cierto de que es culpa mia?..... Muchas veces tropezamos con personas que no descaríamos encontrar.

—¡Oh! vos no pensareis eso de mí.

--¿Y por qué no? No se me oculta que mi llegada á Albano os disgustó al principio. Ahora bien: ¿la amistad de unos cuantos dias, es suficiente á destruir arraigadas preocupaciones?

El conde se turbó y trató de disculparse.

--No trateis de negarlo, continuó la marquesa. Alguno os ha prevenido contra mí. No ignoro que vuestra permanencia en este sitio provenia de algunas cartas que esperábais; y hallándoos asi aislado, os habeis visto obligado á frecuentar mi sociedad.

--Ignoro quien ha podido daros esos detalles, contestó Alfieri con sencillez; pero sabed que me es enteramente imposible ocultar mis faltas ó mis pensamientos. Vuestro nombre, es verdad, despertó en mi alma un doloroso recuerdo, que no traté de disimular. Sin embargo, sea cual fuere el motivo que os ha hecho trocar vuestra primera afabilidad en tan repentina tibieza, castigais con demasiada crueldad una prevencion, que vuestra sola presencia ha destruido en un momento.

—¿Y podré preguntaros cuál es esa prevencion?

—Si me negase á daros la esplicacion que de mí exigís atribuiriais mi silencio á alguna repugnancia injuriosa de mi parte; pero no os lo ocultaré: vuestra presencia renovó en mi pecho una dolorosa sensacion que no fui dueño de evitar.

--¿Y por qué?

--Señora; hace algun tiempo tuve un amigo, que siempre fue mi compañero en los estudios. Habiamos crecido juntos, y yo le amaba como un niño ama á otro niño, porque su edad era la misma, y porque gozaba de los mismos placeres. Nos separamos, pero seguiamos escribiendonos, para no olvidar los felices dias de nuestra infancia, y despues supe que vivia en Génova respetado de cuantos le conocian. Hace algun tiempo, llegó á mis oidos que el amigo de quien os hablo, se habia enamorado de una mujer hermosa, admirada y obsequiada de todo el mundo...

Mis dos últimas cartas quedaron sin contestacion. Ultimamente recibí una de

Domingo 7 de Junio.

su madre..... el amor le habia sido fatal.

--Y vuestro amigo se llamaba.....

--Julio Aldí.

Al oir este nombre, la marquesa dió involuntariamente un grito.

--Entonces fue cuando oí por primera vez pronunciar vuestro nombre, continuó Alfieri; pero al ver el dolor impreso en el semblante de la jóven, esclamó con voz suplicante:

--Perdonadme, señora; si os he afligido con tan triste recuerdo, fue por que vos lo habeis querido. Ahora ya conoceis el motivo por que evitaba el encontrar á una persona cuya presencia traia á mi imaginacion la memoria de mi desgraciado amigo.

--¡Cómo debeis aborrecerme! esclamó la marquesa inundado el rostro de lágrimas.

--No, señora, porque sé muy bien que vos hicísteis todo lo que estuvo en vuestro poder, para evitar el duelo, y que ademas no os detuvísteis en correr al sitio en que se verificó.

--¡Pero muy tarde, caballero, muy tarde!

--Eso no fue culpa vuestra, y la madre de Aldi os hace justicia. En la agonía de su dolor no era á vos á quien acusaba, sino á la imprudencia del jóven, que se espuso á los golpes de la espada del baron Rocca. Ah! cuantas veces le he acusado, por haber espuesto á los azares de un duelo, una vida llena de esperanzas. Entonces no sabia que los celos eran capaces de engendrar el furor. Ignoraba cuan horrible es contemplar cerca del objeto amado, un ser cuya impasibilidad insulta nuestro dolor, y que responde familiarmente á las preguntas que le dirije. Ahora comprendo, como Aldi prefirió una muerte cierta á tan atroces tormentos. Yo mismo que nunca he manejado la espada, en este instante me siento sediento de sangre, si, de sangre, porque en mi alma, no hay mas que una sola alternativa, ser amado, ó destruir al que me roba mi amor.

La voz de Alfieri se habia ido levantando gradualmente, y á la par que su pálido rostro se revestia de los mas vivos colores, su mano estaba en continuo movimiento, como si con ella esgrimiese una espada: la marquesa, hizo un movimiento involuntario para detenerle.

--No temais, contestó con una sonrisa, pero de esas que revelan todos los padecimientos del alma. Yo sabrè devorar mi dolor, y sobre todo, ¿qué derecho tendria para provocar á un rival? Los celos únicamente se permiten á aquellos que tienen esperanza de ser amados, y despues de una ligera pausa, añadió: ¿Qué riesgos podria yo correr en un duelo? ¿No es bastante terrible el que tengo que sufrir con la enfermedad que mina mi existencia, y que acabará por matarme.

La marquesa se habia acercado insensiblemente á él, y sus miradas estaban fijas en el pálido semblante del poeta, con una indefinible espresion de lástima. Ultimamente, con una voz que claramente espresaba su emocion, esclamó:

—¿Qué teneis pues?

—¡Y me lo preguntais¡ ¿No conoceis la causa y el remedio? Nada habia podido hasta ahora inspirarme el mas mínimo deseo de vivir. Por un instante creí encontrar un objeto que me hacia amable la existencia. Mi pecho respiró entonces con libertad, y sentí que volvia á la época de mi juventud, porque me consideré feliz..... Pero esta felicidad solo duró muy pocos dias, pues conocí que mis esperanzas eran ilusorias.

--¿Quién os lo ha dicho?

--Blanca esclamó, ¿he oido bien? Hablad, hablad, ah! por piedad, hablad!...

La marquesa iba á responder; pero súbitamente dió un agudo grito y se separó de él. El conde levantó los ojos, y en un ángulo del terrado descubrió á Marliano inmóvil y con los ojos fijos en ellos.

De allí á algunos momentos bajó, y acercándose con indiferencia á la marquesa que habia caido medio desmayada en un banco, se informó con la mayor política del estado de su salud.

Alfieri por su parte, al descubrir á aquel hombre en el momento en que iba á recibir el juramento de amor, sintió en su pecho una impresion de angustia que no le fue dado evitar; pero su atencion se fijó bien pronto en la marquesa, que parecia implorar con sus miradas suplicantes la clemencia de Marliano. Alfieri sintió que sus antiguas sospechas volvian á renacer en su alma, y una voz secreta parecia decirle, que aquel hombre era su rival. Sin embargo, antes de llevar las cosas al último estremo, resolvió observar si eran reales sus temores.

—Marquesa, dijo despues de un momento de silencio. Ya es tiempo de que nos dirijamos al manantial, y si quereis permitírmelo, tendré el honor de acompañaros.

—Os doy las gracias, caballero, contestó muy comovida. Pienso quedarme aquí; sin embargo, este no es motivo para que os privéis de esa diversion.

—Mis diversiones son las vuestras.—Bien convencida estais de que los únicos instantes de placer que gozo, son aquellos en que me encuentro junto á vos.

--Ya veo, conde, que sois tan hábil en la comedia como en la tragedia, observó Blanca, haciendo un esfuerzo.

Alfieri contestó meneando la cabeza:

--No os burleis de un sentimiento cuya sinceridad conoceis. Vos no podeis equivocaros, acerca del cambio que vuestra presencia ha obrado en mi. Antes de veros era infeliz, y esos vanos aplausos que llaman gloria, me agoviaban; pero aparecisteis, y mi melancolía y mis pesares desaparecieron como por encanto. Vuestra presencia fue para mí lo que los rayos del sol para la planta marchita. Sí... os debo la existencia.

--¡Caballero! gritó la marquesa aterrada echando una mirada sobre Marliano; pero este quedó tranquilo é inmovil.

--Escusadme, caballero, dijo Alfieri dirigiéndose al genovés, cuyos movimientos observaba con atencion. No ignoro que semejantes espresiones nunca se deben decir delante de otra persona. Sin duda he sido indiscreto.

--Mucho me alegro, conde, contestó Marliano, de que mi presencia os haya inspirado tanta confianza, que no háyais vacilado en hacer semejante declaracion.

—Creed que es muy satisfactorio para mí el que me háyais escuchado.

--Y yo me alegro sobremanera de ver, que un gran poeta emplea ciertos términos para espresar su pasion, que cualquiera otro amante vulgar trataria en vano de encontrar.

La ironía con que fueron pronunciadas estas palabras, tenia cierta cosa de fria y de penetrante, que produjo en Alfieri el mismo efecto que aquellas heridas que no se sienten al principio; pero cuando conoció toda su fuerza, una ráfaga de indignacion se notó en sus ojos y sus miradas se encontraron con la espresion del odio mas inveterado.

Pero Blanca que observaba todos sus movimientos, se apresuró á decir:

--Ya conocemos vuestra galanteria, conde; pero ya es tiempo de que dejeis ese asunto para otro dia. Asi, no quiero privaros de vuestro paseo del cual espero me traigais un ramillete.

El conde salió sin decir una palabra: y Marliano al parecer se disponia á seguirle, cuando la marquesa la llamó diciéndole:

--«Señor Marliano, tened presente que me habeis ofrecido leerme un capítulo del poema que principiamos ayer.»

El genovés se volvió, y una sonrisa sardónica apareció en sus labios, al contestarla.

--«¿Tanto temor os inspira?»

Blanca dejó caer la cabeza sobre el pe-

cho, sin poder pronunciar una sola palabra.

--Sin embargo, señora, teneis motivo para estar satisfecha de mí, repuso Marliano con ira. ¿No he sufrido que os hablase de amor en mi presencia? ¿No he permitido que me insultase? porque su intencion era insultarme. ¿No he llevado la paciencia hasta el grado de hacerle pensar que yo no era mas que un miserable cobarde? ¿Qué mas exigís de mí?

--Es necesario que parta de aquí. Me volveré á Génova.

--Estoy pronto.

Blanca miró á Marliano con terror y con indignacion.

--Sí, volveré á Génova: pero para dar un eterno adios al mundo. Muchas veces he pensado en esto .... mi resolucion está tomada..... Me sepultaré en un cláustro.

--¿Qué decis, señora? preguntó Marliano estremeciéndose.

--Estoy resuelta.....

--¡Imposible!... Tan jóven, tan hermosa... sumergiros para siempre en una prision eterna!

--¿Soy libre ahora, por ventura?

--Eso es decirme, esclamó dolorosamente Marliano, que echais menos el mundo, y que me aborreceis á mí mas que amais sus placeres.

--Y aun cuando fuese asi, ¿no me habeis obligado á ello?

--¿Qué he hecho yo pues?

¿Y me lo preguntais? esclamó la marquesa, cuyos hermosos ojos brillaban de cólera.

Baron Rocca, ¿habeis olvidado lo pasado? ¿No habeis trazado en derredor mio un círculo sangriento, que ninguno puede traspasar sin encontrar una muerte cierta? Me preguntais qué habeis hecho? ¿No os habeis aprovechado de vuestra fatal destreza, que os asemeja á un bravo, para egercer sobre mí y contra mi voluntad, esa tutela que condena á muerte á todos los que tienen la desgracia de acercárseme? No puedo desgraciadamente implorar el ausilio de nadie, porque esto seria asesinarlos. Aprovechándoos del nombre del honor, los matais del mismo modo que al infeliz Aldi, siendo asi como me habeis esclavizado por espacio de tres años, siempre temblando ante vuestras miradas, y alejando de mí á las personas que quizá podria amar. En vano he intentado evadirme; siempre me habeis seguido á todas partes y aun aquí habeis aparecido con el falso nombre de Marliano, como si temierais que el verdadero me hiciese emprender la fuga..... ¿Y me preguntareis todavía qué es lo que habeis hecho?

Mientras hablaba de este modo la marquesa, el genovés se habia ido poniendo cada vez mas pálido, y sus facciones tenian cierta espresion de angustia que ofrecia á la vista alguna cosa de cruel... una especie de desesperacion que torturaba, pero que no inspiraba piedad: era el dolor de Satan, cuando le coronaron rey del mal y de los pesares.

—¿Por qué no me amais? dijo fijando en la marquesa una mirada de angustia. Vos sois la causa de todo lo que ha sucedido. La felicidad moraria entonces en mi corazon que habeis exasperado. Esa habilidad que me echais en cara, el mundo mismo me la ha hecho adquirir. Yo era pobre, estaba abandonado... necesitaba una defensa que me libertase del desprecio y... aprendí el arte de matar. Lo que al principio era una necesidad, se hizo despues para mí un hábito... hice consistir mi honor en una ciencia que estudié solamente como una salvaguardia. ¿Por qué habia de respetar á los que me odiaban? El aborrecimiento de nuestros semejantes nos hace crueles, señora... Ah! tan pronto como os vieron mis ojos, tomo al cielo por testigo, me arrepentí de haber derramado sangre.... pero mi amor fue

desdeñado y desde luego conocí que me despreciabais. Una secreta rabia se apoderó entonces de mí y..... ¿por qué habia de dejar á los demas que disfrutasen una felicidad que no podia yo gozar? ¿Me lo hubierais agradecido en el interior de vuestro pecho? No. Si soy cruel, Blanca, es porque no puedo sufrir la idea de que os amen otros.

—De ese modo, yo soy la esclava de vuestra desenfrenada pasion?

—Os amo y tengo celos.

—Pero yo..... no os amo.

—Bien lo sé, sí, bien lo sé; y sin embargo vuestro amor me haria mudar de vida, y me redimiria de lo pasado; y tomando las manos de Blanca, que estrechó convulsivamente contra su corazon, esclamó:

—Oh! yo os amo Blanca. Os amo, como nunca hombre alguno amó. ¿Por qué no teneis piedad de mí?

—Dejadme, dejadme, gritó la jóven, tratando de huir.

—¿Qué puedo hacer para que me oigais?

—Dejadme, os digo.

—Blanca, vos no podreis resistir eternamente á mis súplicas... vos os compadecereis de mí... al fin consentireis en ser mia.

—Nunca; antes un convento, esclamó resueltamente la jóven.

—Os arrancaré de él.

—Entónces... la tumba.

Marliano soltó las manos de la marquesa, y rechinando los dientes de rabia, gritó fuera de sí.

—Vos amais al conde.

A estas palabras, la jóven se estremeció: trató de hablar y las lágrimas inundaron su rostro.

—Mañana partiremos para Génova, dijo Marliano despues de algunos momentos de silencio.

Entonces algunas personas aparecieron al otro estremo de la calle de árboles y el genovés tomando del brazo á la marquesa, desapareció con ella entre el espeso ramage.

Cellini salió en aquel momento de detras de un grupo de acacias en donde se habia ocultado. Habiendo llegado allí, poco despues que Alfieri habia partido, oyó las voces de la marquesa y de su compañero, y pudiendo mas su curiosidad que su discresion, se puso en un parage oculto, desde donde sin ser visto, podia oir toda la conversacion. Efectivamente, al escuchar el diálogo de los dos personages, solo pensaba descubrir en él algun asunto digno de formar una escena; pero cuando oyó pronunciar el nombre de su amigo, su curiosidad tomó un rumbo muy distinto. Asi, tan pronto como pudo salir sin ser visto, corrió en busca de Alfieri y le contó cuanto habia pasado.

Imposible seria describir la alegria del conde: un espeso velo se descorria á su vista, y le permitia conocer que era amado. La duda, tan terrible para un corazon amante, cesó de atormentarle, y la turbacion de la marquesa cuando descubrió á Marliano, su absoluta obediencia á su voluntad, y su empeño en que se ausentase, quedaron esplicados claramente.

—Pero ella ha prometido á ese Marliano ó á ese baron Rocca, partir mañana para Génova, dijo Cellini.

—¡Oh! no partirá, esclamó Alfieri. ¡Ah! gracias doy al cielo, por haber permitido se descubriese la verdad. Por esta vez el baron Rocca hallará alguno que se interponga entre él y la muger que tan villanamente oprime.

—¿Os olvidais de que nunca habeis manejado un arma, y que ese hombre os matará?

—No importa.

—Alfieri, reflexionadlo bien. Vuestra vida debe seros mas preciosa en este momento, pues si sucumbis, la marquesa perderá su único protector, y quedará á la merced de su opresor.

—Teneis razon ; pero no es necesario que me bata , con publicar su infamia es bastante.

—Entonces os desafiará , y sin pasar por un cobarde , no podeis negaros á darle una satisfaccion.

—Bien , se la daré.

—Y él os matará , sin que por eso alivieis la triste situacion de la que amais.

Alfieri dió una fuerte patada en el suelo , esclamando al mismo tiempo:

—Es posible que á este estremo nos conduzca ese maldito honor ? ¿ Por que un malvado es diestro en el arte de matar , nos hemos de ver precisados á callar nuestras injurias , ó á morir? ¡ Estraña justicia del mundo! Si me niego á batirme con ese espadachin , me escarnecerán con el título de cobarde , y mi celebridad solo servirá para hacer mas pública mi infamia y mas despreciable mi nombre ; y puesto que la vida no es mas que una plaza de gladiadores , ¿ por qué no aprendí yo tambien el arte de derramar sangre humana? ¡ Oh Dios mio! Yo daria de buena gana mi genio , mi gloria , por poseer la habilidad de un espadachin. Y en este caso ¿ qué haré... qué haré?

—En otro tiempo , un bravo nos hubiera bien pronto sacado de apuros , pero actualmente , ya no se atreven á trabajar en su oficio.

Alfieri quedó por algunos momentos pensativo , hasta que levantando la cabeza con ademan resuelto , esclamó:

—Si: es preciso que asi suceda ; no me queda otro medio.

—¿ Qué pensais hacer ? preguntó su amigo.

—Pronto lo sabreis , y el conde dejó precipitadamente la habitacion.

Las horas que se siguieron , las empleó en arreglar sus asuntos y en detallar sus últimas instrucciones. Escribió á su hermana , se despidió de todo lo que amaba en el mundo y bajó el salon.

Cellini y Marliano estaban solos, y el primero se hallaba ocupado en la lectura de un volúmen de Machiavelo.

—No lo conozco , contestó friamente Marliano , cuando Cellini le preguntó si lo habia leido.

—Sin embargo , puedo prestároslo, si gustais.

—Gracias : yo nunca leo.

—Cellini le miró con asombro. Esta era la época de la regeneracion de ideas, que señaló el fin del siglo décimo octavo. La nobleza parecia haber despertado del sueño de ignorancia en que hasta entonces estuviera sumergida , y durante el cual solo se ocupaba de la galanteria y de la noble ciencia de las armas. Todos se dedicaban á la literatura , y un hombre que decia que no sabia leer , era considerado con tanta estrañeza como un cortesano del tiempo de Carlos II que vivia sin querida.

—El conde , que al entrar habia notado la sorpresa de Cellini , dijo:

—El señor Marliano tiene razon. ¿De qué le sirven á un caballero los libros?

Marliano le miró , como si tratase de averiguar la intencion con que fueron pronunciadas estas palabras , pero las facciones del conde permanecieron inmóviles.

—Si ese es vuestro modo de pensar, querido conde , dijo Cellini , me maravillo mucho de que paseis las noches enteras sobre los libros.

—¡ Oh ! eso es diferente , contestó Alfieri , Yo soy un poeta , un loco. Asi, no es estraño que prefiera la lectura de Plutarco , á las mas brillantes reuniones. Soy uno de los que piensan que todos los hombres son iguales , sea cual fuere su nacimiento, y vivo soñando en un mundo , en el cual se me figura que el mas virtuoso será recompensado y honrado de el que merezca serlo ; pero repito que no soy mas que un loco , mientras que el señor Marliano , es un *caballero.*»

Estas palabras fueron dichas con tanta calma , que en vano pretenderia el que

las escuchaba, penetrar su sentido. La ironia estaba oculta, pero no por eso era menos punzante... Sentimos el dolor sin verle... Marliano conoció que todo se dirigia á él, mas le importaba evitar un encuentro que pudiese precipitar á la marquesa, por tanto resolvió sufrir. Sin embargo, no sin amargura contestó diciendo:

--No admito vuestras escusas, conde. Estoy satisfecho del mundo, tal cual es, y dejo á los filósofos filantrópicos caballeros andantes, como ellos mismos se llaman, el cuidado de corregir sus abusos con la misma facilidad con que componen una comedia ó una ópera.

---¿Qué teneis vos que ver con los filósofos? replicó el conde. Efectivamente, señor, sois muy indulgente con nosotros insensatos, porque pretendemos ilustrar á los hombres; monstruos porque amamos á nuestros semejantes! No hay duda: los que son verdaderamente útiles á la sociedad son aquellos que se aprovechan de sus abusos, en vez de corregirlos y que llaman opiniones políticas á su avaricia y perversidad. Si; oprima el grande al pequeño, para enriquecerse con sus despojos, esto es saber vivir.

Todo nos está permitido en este mundo.---Arruinad á vuestros acreedores; deshonrad cuantas mas mugeres podais, matad á vuestros amigos en un duelo, y entonces gozareis de la reputacion de un verdadero *caballero*.

Mientras Alfieri hablaba, Marliano parecia acometido de un violento furor; pero deseando evitar un choque, se levantó en silencio, y tomando su sombrero se dispuso á partir.

--Perdonadme, caballero, dijo Alfieri deteniéndole, si os he ofendido. Sentiria en estremo que saliéseis por mi causa, aunque confieso seria muy satisfactorio para mí el convenceros.

—A mi nadie me convence, contestó Marliano con altivez, poniendo de nuevo su sombrero sobre una silla.

Alfieri se sonrió y por algunos momentos quedaron los tres sumergidos en un profundo silencio. Cellini conoció que su amigo trataba de llevar las cosas al estremo y que el genoves por el contrario, hacia cuanto podia á fin de evitar un rompimiento. Marliano se habia aproximado á una mesa y parecia ocupado en aspirar el perfume de un ramillete que sobre ella éstaba, cuando sus miradas cayeron casualmente en un par de pistolas que Cellini acababa de comprar y que habia casualmente dejado olvidadas. Entonces tomó una y despues de haberle examinado atentamente, se acercó á una ventana, preguntando al mismo tiempo á Cellini:

--¿Son buenas?

--Escelentes, de la fábrica de Cosimo.

--¿Me permitireis probarlas?

--Con mucho gusto.

--Veis aquel pequeño rosal? preguntó apuntándole.

--Si, pero está fuera de tiro.

Marliano disparó y Cellini esclamó admirado:

--¡Dios mio!

--¿Qué es eso, ha tronchado la flor? preguntó el conde, que habia permanecido en el estremo opuesto del salon.

---Parece que lo dudais; pero es cierto.

El conde se sonrió, pues vió claramente que Marliano trataba de atemorizarle.

--Dios me libre de tener un encuentro con vos, dijo Cellini admirado.

--¿Por qué? por lo que ha hecho con la flor?

--No, por lo que haria conmigo.

--Eso no quiere decir nada, contestó Alfieri, frecuentemente sucede, que esa estraordinaria destreza desaparece en el momento del peligro.

Marliano hizo un movimiento.

--No lo digo por vos, caballero: pe-

ro el mas infame asesino, no siempre puede sostener las miradas del hombre de bien, y no es estraño que su conciencia haga temblar su mano. Hay hombres que hacen alarde de su habilidad para evitar el peligro, y que dan voluntariamente una prueba de su destreza para no dar otra de su valor.

—Conde! gritó Marliano, acercándose á Alfieri.

--Ya os he dicho que no me dirijo á vos, contestó tranquilamente el último.

--Esas palabras son inútiles, dijo el genoves temblando de furor. Bien sé que no os atreveriais á hablarme de ese modo, porque los poetas son prudentes y nunca insultan, sino con alusiones; nunca provocan, sino cubriendo sus ideas con un discurso oratorio; y cuando uno quiere castigar su insolencia, se fingen ignorantes de lo que pasa. No para aquí todavia su cobardia, sino que muchas veces, se fingen enfermos, y alegan que se hallan demasiado exhaustos para tener honor.

--¿Supongo que no direis eso por mí?

--Podeis interpretar mis palabras del modo que mas os convenga.

--Eso no, porque entonces el señor Marliano debe conocer me hallo en el caso de pedir una satisfaccion.

--Nadie os lo impide.

--Entonces conoceis tengo motivo para ello. ¿Confesais que vuestra insolencia se dirigia contra mí, y que por consiguiente me habeis insultado?

--Sí.

--Sea, dijo Alfieri, y tomándole la mano añadió.

--Me toca elegir las armas.

--Poco me importa.

—Eso lo veremos, y tomando las dos pistolas de Cellini añadió al mismo tiempo que se las presentaba.

--Escoged, caballero, escoged.

—Pero una de las pistolas está descargada, dijo Marliano.

--La otra bastará para cualquiera de los dos.

--Sin embargo, la eleccion puede ser...

--Dios decidirá quien debe morir.

--Eso es imposible, esclamó Marliano.

--Perdonadme, caballero; yo soy el insultado y por consiguiente me toca elegir las armas. Asi, no podeis dejar de aceptar, sin pasar á los ojos de todo el mundo por un cobarde. El puntillo de honor que tantas veces os ha servido, se halla ahora en contra vuestra. Muy ligero anduvísteis en pensar que del mismo modo que otras innumerables víctimas, iria yo á esponerme á que con toda seguridad me atravesáseis con vuestra espada, ó á que me derribáseis como habeis hecho con esa flor. No, baron Rocca: os habeis engañado.

—¡Ah! conoceis mi verdadero nombre.

--Si. Pero no creais que si me bato con vos, es por hacer alarde de mi habilidad, como vos acostumbrais á hacerlo; mi objeto no es otro que libertar á la marquesa de vuestras odiosas persecuciones. Por eso quiero mataros.

--Podeis engañaros; contestó el baron, cuya sorpresa se habia convertido en furor.

—Bien lo sé, pero sea cual fuere el éxito del combate, Blanca ya nada tendria que temer de vuestra tirania, porque para ello, he tomado mis precauciones. Si sucumbo, toda la Italia conocerá la causa de mi muerte, pues con mi sangre, habré comprado el derecho de publicar vuestra infamia, y me creerán, porque los moribundos nunca mienten. Vuestra celebridad fatal, acompañará á la mia como una pira fúnebre. Entonces habré roto el yugo bajo el cual gime la marquesa, y apoyada por la opinion pública no os temerá, ni nadie necesitará tomar su defensa, porque habreis perdido los

privilegios de un hombre de honor, y todos se negarán á daros satisfaccion.

--Seguidme, seguidme, gritó el baron fuera de sí, uno de nosotros debe morir.

--Vamos, ya os sigo.

Y los dos se dirigieron á la puerta, pero Cellini los detuvo, diciendo:

--Un momento, caballeros; no podeis batiros sin padrinos.

--Sereis el mio, contestó el conde, el baron puede buscarlo en otra parte.

--Esperadme de aqui á una hora, en ese manantial, añadió Marliano, y salió seguido de Cellini.

Cuando Alfieri se vió solo, y recorrió uno por uno todos los acontecimientos de su vida, el recuerdo de Blanca, vino á poner término á sus reflexiones. La narracion de Cellini, le hacia creer que era amado, ¿pero este sentimiento, era amor ó piedad? Cuando estaba entregado á estas dudas la marquesa entró en el salon con un libro en la mano, y al descubrir al conde se detuvo avergonzada; sin embargo, recobrando su presencia de ánimo, dijo al mismo tiempo que le enseñaba el libro:

--Me ocupaba de vos, mirad.

--Si, el libro es mas amado que su autor, contestó.

Antes de conocerme, el pueblo me juzgaba por mis poesias, pero cuando vió que yo era un hombre como otro cualquiera, me hizo descender de la cumbre en que me habia colocado. Vos misma amais al poeta y huis del hombre; os gustan mis obras, y desdeñais mi amor.

La marquesa quiso replicar, pero deteniéndola Alfieri, añadió:

--Oh! si; no trateis de negarlo. Por un instante crei haber llegado hasta vuestro corazon, y entonces me envanecí de mi gloria, porque podia asociaros á ella, pero esto no fue mas que un sueño.

La marquesa quiso hablar, pero no pudo.

--Blanca, por piedad, decidme una sola palabra.

Vos no ignorais lo mucho que os amo... no me priveis de esta última felicidad, que quizá será la última.

--¿Por qué hablais de ese modo?

--¡Quien sabe lo que puede suceder! ¿Ignorais la prediccion que sobre mí pesa?

--«¡Oh! desechad tan tristes sentimientos.

--Suponed por un momento que esta profecia está á punto de realizarse, y que os veo por la última vez..... ¿Negareis á un moribundo lo único que puede hacerle feliz?..... ¿Temblais?..... Una palabra, Blanca, una palabra. ¿Me amais?

--Sí, contestó la marquesa, ocultando el hermoso rostro entre sus manos.

Alfieri dió un grito de alegría.

---¿Es cierto que me amais?.... Gracias, Blanca, gracias.

---«¡Ah! por qué me habeis obligado á hablar? ¡Si supieseis!».....

---Nada quiero saber, sino que me amais. Ahora se ha cumplido mi destino.

En este momento, la campana del reloj tocó una hora, y Alfieri se estremeció.

--Adios, Blanca, le dijo, estrechándola contra su corazon, adios; y desprendiéndose de sus brazos salió del cuarto precipitadamente.

La marquesa quedó inmóvil. Una vaga sensacion de terror se habia apoderado de ella, al pensar en las tristes consecuencias que podria tener su confesion. Entonces, recordó la turbacion del conde, su partida precipitada, y un pensamiento horrible, se fijó en su imaginacion.

Corrió al jardin y Alfieri no estaba allí..... preguntó por Marliano, y Marliano no parecia. Con el corazon despedazado de dolor, entró en la habitacion del conde... y no habia nadie. En este momento, la esplosion de una arma de fuego llegó á sus oidos y la infeliz cayó

Domingo 14 de Junio.

en el suelo, al mismo tiempo que Cellini pedia á gritos, hiciesen venir un cirujano.

Blanca no podia respirar. Su calma estaba desvanecida, y por mas que hacia no podia tenerse de pie. Entónces se oyeron pasos precipitados en la escalera... la puerta del cuarto se abrió estrepitosamente... dió un grito de alegria y cayó desmayada en los brazos de Alfieri, que la estrechó amorosamente contra su corazon.

¿QUIEN ENGAÑA A QUIEN?

I.

UN PRESBITERIO ANTIGUO Y UNA MUCHACHA.=GRANDES APUROS DE UN CORAZON SENSIBLE.=LO QUE CABE EN UNA MALETA BIEN HECHA.

Hace pocos años el camino de travesía que conduce de Bristol á la aldehuela de Jacobsford se dividia poco antes de llegar á las primeras casas de esta aldea, y rodeaba, como lo hace un rio con una isla, las elevadas tapias de un antiguo presbiterio y de su cerrado jardin. Las dos ramas del camino volvian á confundirse al otro lado del reducido parque, que asi quedaba enteramente aislado. No era muy comun por cierto la altura y espesor de estas paredes, provistas ademas de una fuerte empalizada de encina, inespugnable por las agudas puntas de que estaba guarnecida. La fábrica, aunque antigua, estaba en buen estado: ni una hoja de yedra en su superficie, ni una grieta, ni una escrecencia donde pudiera apoyarse el mas temerario perseguidor de nidos. La puerta principal era baja, estrecha, sumamente sólida y fortificada interiormente con gruesas barras de hierro. Se alcanzaba á divisar por encima de las tapias algunos álamos y copudos plátanos: pero un pájaro no mas podia atravesar el espacio que mediaba. Por lo que toca á la casa, estaba absolutamente invisible, y apenas cuando los huracanes de otoño batian su cortinaje de verdura, se alcanzaba á divisar la punta encarnada de sus chimeneas octógonas. Contaba la tradicion que el príncipe Ruperto, en tiempo de las guerras civiles, se habia detenido allí dos ó tres noches, y que despues de retirarse, la casa se habia sostenido mas de una semana contra un destacamento republicano. Habia sido ademas antiguamente, segun decian, convento de monjas.

En la época en que ocurrieron los sucesos que vamos á referir, la bien defendida casa estaba ocupada muchos años habia por un escelente eclesiástico, el doctor Plympton, que gozaba de una merecida reputacion de erudito. Enlazado por su difunta esposa con muchas familias ricas de Jamaica, tenia ordinariamente en pupilaje dos ó tres jóvenes de esta colonia confiados á su direccion. A veces tambien los señores de las inmediaciones le encargaban sus hijos, y si él hubiera querido tener mas de tres discípulos, habria hecho buena fortuna. Pero en vez de esto, todo su conato se dirijia á enriquecer de multiplicadas lecciones el cuerpo y el alma de sus pocos discípulos. Ocupábase de ellos con tan desinteresado entusiasmo, que se resentía algun tanto la educacion de su propia hija. Miss Isabel Plympton que frisaba en los diez y seis abriles presentaba ya soberbias disposiciones para la coquetería; cuando un pupilo antiguo de su padre, que habia

pasado con ellos la mayor parte de su infancia, dió en enamorarse como un cuadrúpedo. Hacía un año apenas que era mayor de edad y poseedor de una pingüe hacienda distante una legüecita de Jacobsford.

Cárlos Perry, asi se llamaba el fogoso enamorado... jamás habia dado esperanzas de que su carácter llegára á ser pacífico y tratable. A pesar de las lecciones del doctor, de que no hacia grande caso, habia seguido siendo siempre una misma cosa, esto es, la peor cabeza de la comarca. Con trabajo, viviendo su padre, se le habia podido reducir á alguna apariencia de obediencia: pero cuando quedó libre por la muerte, de todo deber filial, quemó sus libros y abandonó inmediatamente el presbiterio. Amigos oficiosos le ayudaron á anticipar la época en que debia entrar en posesion de su fortuna y la caza de zoras le co ntó en el número de sus mas ardientes aficionados.

Desde luego se infiere que el doctor no tendria grandes simpatías por ese jóven que saliera tan imperfecto de sus manos. No se apoderaba el odio fácilmente de un alma tan pacífica y benévola como la suya; pero si á alguno tenia aversion en el mundo, era indudablemente á Cárlos Perry. Con este antecedente júzguese si seria grande su terror, cuando un dia fueron á contarle lo que su antiguo discípulo habia dicho delante de los criados: á saber, que Isabel Plympton seria suya de un modo ú otro, y mal que les pesase á todos los que quisieran oponerse, antes del dia de la Candelaria.

Esta amenaza anonadó al pobre sábio, jamás se le habia ocurrido la idea de que Isabel tuviera que abandonarle para pasar á los brazos de un esposo; pero que este esposo, el hombre encargado de hacer la felicidad de su caro vástago, fuese un calavera, un libertino, un disipador como Cárlos, era cosa que le volvia loco. Asi es que en el primer ímpetu de turbacion fue llorando como un niño, á contar á Isabel el motivo de sus recelos, sorprendiéndole no poco la admirable cachaza con que fue acogida su revelacion. Sonrióse la muchacha, bajó los ojos, y no despegó sus lábios. A los pocos dias, informaron al doctor de que Isabel y Cárlos se entendian perfectamente, y que la inocente criatura estaba tan dispuesta á dejarse robar por su compañero de infancia, como este á apoderarse de grado ó por fuerza del precioso tesoro. No quedaba ya otro recurso que la mas esquisita vigilancia, y á esto se resolvió el espantado doctor.

Redujéronse los paseos de Isabel al recinto del jardin: su padre se guardó en el bolsillo la maciza llave de la puerta principal, y no abria á nadie sin que precediera el mas minucioso exámen. Llegó á despedir á la mayor parte de sus ordinarias visitas, y se abstuvo de salir, aunque fuera para atravesar el camino real. Sedujo á Patty Vallis, la doncella de su hija, por medio de una Biblia nueva, y la arrancó la promesa de servirle de espía dentro de casa; para lo esterior pagaba dos chelines por semana á un pobre cojo encargado de rondar todas las noches para que no abriesen alguna brecha en las paredes.

Todos estos recursos reunidos de nada le sirvieron contra las ingeniosas estratagemas de dos enamorados firmemente resueltos á quererse; pero la misma coqueteria de Isabel le habia proporcionado otros dos argos mas perspicaces que nadie, en la persona de dos jóvenes criollos que estaban acabando sus estudios en el presbiterio. El uno contaba diez y nueve años, y el otro tenia seis meses menos. Los dos habian crecido al lado de Isabel, y M. Plympton, acostumbrado á verlos jugar juntos al escondite y á la gallina ciega, no sospechaba que con los años viniesen otros juegos menos inocentes.

Godfrey Fairfax, el mayor de los discípulos, carácter vano, temerario, imperioso, se lisonjeaba de que sus atenciones le habian conquistado el corazon de Isabel: con todo, no se le habia escapado que la amable jóven poseia un gran fondo de capricho y de ligereza. Por eso, no estaba él seguro de prevalecer sobre Cárlos Perry y lo que mas temia en esta rivalidad eran los obstáculos mismos que encontraba, y la especie de esclavitud en que la prudencia paterna creia deber guardar á miss Plympton. Evidentemente la prohibicion de pensar en Cárlos debia originar un esceso considerable de cariño, y segun sus romancescas ideas, cuantas mas puertas se cerraban, cuantas mas paredes habia, mas noble, mas grande, mas bello era frustrar todas estas tiránicas precauciones.

Un rapto, una fuga, un matrimonio secreto; la loquilla no apetecia otra cosa y vivia lo mas contenta del mundo desde que tenia centinela de vista como una heroina de la edad media. Godfrey se apasionaba por estos mismos sentimientos de que él tambien participaba, y la situacion de Cárlos Perry le parecia la mas envidiable de todas, porque penetraba sus ventajas, meditaba á menudo en el partido que él sabria sacar, y temia justamente la superioridad que daba á su rival. Otras razones mas positivas tenia ademas para asustarse, y en especial las visitas de un soberbio perro de Terranova, bien conocido como perteneciente á Cárlos Perry, y que siempre hallaba coyuntura, sin saber cómo, para penetrar en el jardin del doctor. Godfrey sospechaba que el inteligente animal ahorraba de estafeta á Cárlos é Isabel: desde este momento le consideró atacado de hidrofobia y le obsequió con algunos tiros, aunque sin atinarle nunca.

Tan inquieto como estaba por esta parte, no hacia á su compañero de estudios el honor de temerle. Jorge Wharton, el ser mas tranquilo, mas modesto, mas silencioso, no debia, á su entender, aficionarse á una muchacha tan aturdida, tan resuelta, tan viva como era miss Plympton. Pero la verdad es que Jorge estaba enamorado lo mismo que los otros. Isabel no lo ignoraba, ni la habia desagradado la tímida declaracion de amor, y aun añadiremos que con toda la franqueza propia de su carácter, no ocultára á su nuevo adorador la estimacion que le merecia. «Despues de mi padre no conozco persona cuyas cualidades sean mas recomendables que las vuestras.» Y por cierto que en decir esto no mentía; si bien no es menos cierto que cinco minutos despues Godfrey Fairfax, arrodillado delante de ella, cubria de besos sus torneadas manos, y que, seducida por su ardor entusiasta no las retiraba. No nos tomaremos la incumbencia de esplicar cuan contradictoria era semejante conducta, y probablemente la misma Isabel no sabria mejor que nosotros á cual de los tres amantes honraba con su preferencia, esperando tal vez de la suerte una revelacion decisiva sobre el estado de su corazon.

Este era el estado de las cosas cuando llegó el momento de que Godfrey, terminados sus estudios, pensara en volver á casa de sus padres. El buque que debia trasladarle á Demerara, su isla natal, tenia ya completado su cargamento, y casi concluidos los últimos preparativos del viaje. Vió pues el jóven americano que no tenia momento que perder si queria asegurar la posesion de Isabel: y sin dejarla ni á sol ni á sombra, defendió su causa con tanta elocuencia, que insensiblemente ganó terreno sobre sus adversarios. Cárlos Perry estaba casi olvidado: se evitaba la presencia de Jorje Wharton, y si por espacio de algunos momentos se alejaba Godfrey del lado de su bella, esperimentaba esta una singular sensacion de mal estar. El afortunado mancebo juzgaba que seria absolutamente inútil solicitar el consentimiento

del doctor Plympton, porque el vetusto señor se hubiera horripilado á la idea de que uno de sus discípulos, heredero de una fortuna inmensa, pudiera pensar en casarse con Isabel. Semejantes proposiciones le parecian un ataque directo contra sus sentimientos de delicadeza y lealtad, equivaliendo segun su opinion en matrimonios de este género, á una violacion del mandato sagrado que le confiaban los padres de los jóvenes encargados á su cuidado. Pero á Godfrey le parecia que la opinion del doctor cederia ante el consentimiento de M. Fairfax padre, y mientras este venia, no le hacia al jóven gracia maldita dejar el flotante corazon de su querida, á merced de los ataques de Cárlos Perry y de Jorje Wharton. Por otra parte, Isabel se prestaria con dificultad á un himeneo regular, á un casamiento puro y sencillo, mientras que se le ofreciera sin cesar la ocasion de ser robada, de correr la posta, y de luchar con las leyes divinas y humanas. Por todas estas razones, creyó Godfrey que lo mas prudente seria llevársela consigo, si era posible, sin pedir mas permiso que el de ella.

Tranquilizado por su conciencia, cuya voz hubiera clamado contra toda accion poco honrosa, y fiado en la pureza de sus intenciones, no habia hecho preparativo alguno de matrimonio legal. Por el pronto su único objeto era sustraer á Isabel de la vigilancia paterna y colocarla bajo su propia proteccion, á su entender mas segura; luego solia ocurrirsele en lontananza, que despues de embarcados, podria casarlos el capellan segun los usos y costumbres de la marina. Vemos, pues, que la principal dificultad estaba en arrancarla del domicilio paterno. La vigilancia del doctor Plympton no habia disminuido un ápice: Jorje Wharton, que llevaba algunos dias sin dirigir la palabra á Isabel, rara vez la perdia de vista media hora; Patty Wallys dormia en la estancia misma de la señorita, y la llave de la puerta pasaba todas las noches debajo de la almohada del doctor. Por estas razones, Godfrey, bastante apurado, empezaba á hacer sus preparativos de marcha, cuando de repente surjió en su imaginacion una idea luminosa: era llevarse á Isabel en su enorme maleta. Corrió inmediatamente á comunicar á la doncella lo que él llamaba «su feliz descubrimiento» y ella sin vacilar un instante, aceptó la proposicion eminentemente juiciosa que la acababan de hacer: encontraba un placer inesplicable en la idea de fugarse de una manera tan misteriosa y tan conforme con las leyes de la novela.

Godfrey pasó el resto del dia escondiendo por toda la casa sus libros y atavíos, abriendo en las paredes de la maleta imperceptibles ventiladores y guarneciendo la parte interior de toda clase de almohadones improvisados. La mañana señalada para el viaje subió Isabel secretamente al cuarto de Godfrey, y se dejó enfardar con toda la docilidad del mundo. Una hora despues iba la maleta camino de Bristol, conducida por un carro de posta que Godfrey buscara espresamente para su bagaje. Inmediatamente debia seguirle él en una escelente silla de dos caballos. Así que la vió parar á la puerta del jardin despidióse apresuradamente de su profesor y de su camarada, saltó al carruaje y dió órden al postillon de romper al galope y no parar sino lo estrictamente necesario.

II.

DONDE SE VERÁ COMO SE PIERDE Y SE ENCUENTRA UNA MALETA.=LO QUE ES UN HOMBRE INDEPENDIENTE.=CUANTAS SEDUCCIONES IRRESISTIBLES ENCIERRA UN PAR DE BOTAS VIEJAS.

Hízose el viaje en menos de una hora, y nuestro jóven, aturdido del feliz resultado de su ardid, se apeó con

el corazon palpitante en la casa de postas. Conocia no obstante la necesidad de disimular, y revistiendo su fisonomía del aire mas desembarazado, mas sereno, para acercarse al encargado de los equipajes.

—Podeis decirme donde han colocado mi maleta? Me choca no verla por aquí. A no que háyamos dejado detrás el carro que la traia?

—Todos los carros han llegado, señor, replicó el empleado. Ya no esperamos otros hasta mañana.

—Ah! bien, bien: en ese caso mi maleta está aquí. Supongo que abreis guardado las mayores precauciones para descargarla, pues cuidé de esplicar en letras gordas en qué sentido debia ser colocada.

—Con qué nombre venia dirigida?

—Toma, con el mio! Godfrey Fairfax, squire, Demerara.

—En efecto, y «para conservar en depósito hasta ser reclamada?"

—Justamente. Vamos, dónde está? No tengo un momento que perder.

—Pero, señor, si se la han llevado.....

—Se la han llevado?

—Sí por cierto... sí... veamos, continuó el dependiente mirando con cachaze el reloj; hará que se la llevaron... unos... nueve ó diez... sí, unos diez minutos.

—Diez minutos! Estais loco? ó habeis jurado volverme á mí? dónde está mi maleta?

—Ya os lo he dicho, la han recogido.

—Recogido! y quién la ha de haber recogido? ¿No tenia yo encargado que se custodiase hasta que viniese á recogerla?

—Y si no la hubieran reclamado, aun estaria aquí: ha permanecido en la oficina el espacio de unos cinco minutos, y despues.....

—Despues qué... qué?

—Y despues un mozo de esquina negro ha venido á reclamarla y se la ha llevado en un carretoncillo.

—Quién era ese hombre? dónde la ha llevado? uf! si se ha perdido, pobre de vos! El contenido de la maleta es inapreciable.

--Venia asegurada?

--No.

--En ese caso, solo respondemos hasta la cantidad de cinco libras. Podeis enteraros por nuestros boletines.

--Idos al infierno con vuestros boletines.... responded, donde se han llevado la maleta?

--Yo no lo sé!

--Maldicion! como habeis sido tan necio que sin mas averiguacion le haceis dueño de mi equipage?

--Y podia yo saber si el esportillero venia ó no por encargo vuestro? Ha dado todas las noticias requeridas, ha citado correctamente las señas, y es lo único que podemos reclamar en estos casos. Por otra parte, quién me asegura á mí ahora que no era enviado por el propietario legítimo.

--Esas tenemos gaznápiro!

--Perdonad, pero al cabo no tracis encima las pruebas de vuestra identidad, y soy libre para suponer lo que se me antoje. Si no hubiéramos de entregar sus paquetes á cada viagero hasta que comprobara legalmente su nacimiento, su parentesco y sus derechos de propietario, no bastarian cincuenta dependientes para esta faena. ¿Os haria gracia que yo os pidiera ahora la fe de bautismo, ó que os pidiera...

--Me haceis condenar, interrumpió el desdichado Godfrey: habeis hecho una cosa horrible, un asesinato. Sabeis lo que habia en mi maleta? no lo sabeis; pues habia... una dama!

El dependiente clavó en Godfrey sus redondos ojos saltones, y despues de una larga pausa causada por su profunda sorpresa:

—Muerta... ó viva? preguntó.

--Viva, viva... digo, asi lo espero al menos: esto es, viva, seguramente. Tengo yo trazas acaso de ladron de cadáveres? Si aun se alberga en vuestro pecho una chispa de compasion, ayudadme á buscar al miserable que me causa esta angustia horrible.

--Y la dama es jóven ó vieja?

--Jóven, muy jóven y muy bonita!

--Hombre! hombre! siendo asi, no hay que perder un momento.

--Ira de Dios! yo lo creo.

--Si yo fuera que vos, marcharia inmediatamente.

--Marcharía! eh? os habeis propuesto atormentarme? qué saco yo con marchar?

--Seguirle.

--Y por dónde? por dónde?

--Ah! ahí está la dificultad.

Godfrey estaba frenético, delirante: se precipitó fuera del despacho gritando maquinalmente: Mozo! mozo! Cinco ó seis esportilleros acudieron al punto de todos los rincones del patio. Pero para sus preguntas oscuras, entrecortadas, incomprensibles, no tenian respuesta satisfactoria. Nadie conocia al maldecido negrillo por quien se preguntaba. Algunos creian haberle divisado, pero sin poder recordar qué direccion habia tomado con su carguío.

--Misericordia! esclamó Godfrey, no tengo otro remedio que recorrer la ciudad de calle en calle, de casa en casa. Diez guineas al que me traiga al negro: salid todos, y presentadme á cuantos esportilleros negros halleis á las manos. Puede que entre ellos ese dependiente reconozca al ladron: porque me han robado, lo entendeis? me han robado.

--Y se trata de una dama, añadió el escribiente que permanecia á la puerta de su despacho cortando atentamente una pluma: se ha cometido un error á o que parece, y aunque no somos responsables, con gusto le veriamos reparado. Con que, hijos mios, alerta! Este señor os pagará bien las suelas que rompais á su servicio. Si me traeis al negrillo que ví antes, casi casi estoy seguro de conocerle. Ademas, ahí tenemos á Key Pope, á quien no se le despintaría: él le ha ayudado á cargar.

--Cómo, cómo decis que se llama? dónde está ese Key? preguntó Godfrey con una impaciencia que no podia contener.

--Estará durmiendo en algun ricon. Key!..... ya se vé pasa la noche en los carros, pronto á levantarse cuando le llaman. Es un verdadero perro..... Key!.. un perro que en cualquier parte se tiende asi que da tres vueltas..... Key!

Un hombrecillo rollizo, musculoso, súcio, levantó la cabeza entre medias de un monton de fardos apilados en el patio, y sin abrir los ojos, manifestó por medio de una especie de aullido que estaba despierto.

--Key! dijo el dependiente, no fuiste tú quien ayudó á un esportillero negro á cargar una maleta muy grande, hará cosa de un cuarto de hora?

--Sí.

--Y le conocerias?

--No, replicó Key, y desapareció su cabeza detrás de una enorme caja.

Despues de una respuesta tan poco consoladora, echaron á correr los mozos en diferentes direcciones. El mismo Godfrey, cuya inquietud se avenia mal con precipitados paseos por el patio de correos, comenzó á correr las calles adyacentes y á enviar cuantos esportilleros encontraba en busca de su camarada negro. Volvió otra vez al despacho, pero ninguno de sus emisarios habia vuelto todavia. Despues de la segunda correría que duró cerca de media hora, regresó casi loco.

--Caballero, le dijo el escribiente asi que le columbró, pero sin desprender-

se de su lenguaje lento y solemne: tres ó cuatro de nuestros emisarios han vuelto, me han enviado... ó traido una docena de esportilleros negros, de mozos de taberna, de criados sin empleo, de conductores de sillas &c... suprimiré las profesiones..... pero por desgracia.....

--El ladron no ha parecido?

--No señor, ni bicho viviente que se le asemeje: pero voy á deciros lo que he hecho...

--Hablad de prisa por Dios: tened en cuenta mi impaciencia: los habeis enviado otra vez?

--Tal vez haya yo hecho mal en cargar con la responsabilidad: pero...

--Lo habeis hecho, sí ó no?

--Lo he hecho.

--Pues abur y muchas gracias.

--Perdonad, un momento... permitid que os diga... no os enfadeis... pero si yo fuera que vos, veriais lo que me parece que haria.

--Vamos, hombre, hablad, de prisita, que se pasa el tiempo.

--Pues señor, despertaría á Key Pope, es el hombre mas idóneo para vuestra espedicion.

--Quièn? ese animal que responde con los ojos cerrados?

--Cierto que no le gusta mucho la luz. Nadie puede gloriarse de haber visto abiertos sus ojos mas de una vez por semana; pero pocos le aventajan: es un verdadero perro de aguas para los objetos perdidos. Tiene un instinto...

--Pues que vaya!...

--Poquito á poco, señor. Key es un bruto, lo que se llama un bruto, y necesita ser tratado de cierto modo particular. Es menester entenderle y si...

--Pero vos le conoceis...

--Yo lo creo, y él á mí tambien; pues eso es lo malo. Me he divertido tantas veces á su costa que no tiene ninguna confianza en mí: pero vos, ya es otra cosa.

--Y cómo engancharle á mí servicio? Estoy en ascuas; por el amor de Dios hablad aprisa.

--Señor mio, es cuento largo. Feo y todo como le veis, está muy prendado de sus piernas: de suerte que adulándole sobre esta materia, y si le prometiérais un par de botas viejas de campana...

--Llamadle, llamadle al punto.

El escribiente despertó á Key, y con alguna dificultad consiguió que abandonara su incómoda residencia.

--Key, le dijo el escribiente; se trata de ganar un par de chelines; os conviene?

—No, soy independiente. Tengo todo el trabajo á que puedo dar abasto, y todo el dinero que necesito; veinte y siete wagones y media guinea por semana: estoy contento.

—Es verdad, dijo el escribiente dirigiéndose á Godfrey; Key es parco, muy parco: come poco, bebe menos; se mantiene de dormir y de roerse las uñas como los osos.

--Chancitas, eh? dijo Key, y se volvió hacia su lecho improvisado, pero Godfrey le asió del brazo.

--Amigo Pope, ya que no quereis dinero, tened al menos la generosidad de servir á un caballero. En recompensa yo me complaceria en ofreceros algun regalillo... como recuerdo. Tengo unas ciertas botas de campana que ya no me sirven, y como casi tenemos la misma pierna.

--La misma pierna! dijo Key mirando por la vez primera á Godfrey con los ojos abiertos; la misma pierna! repitió con tono bastante desdeñoso: dificilillo me parece.

Y sin añadir palabra, se arrodilló delante de Godfrey y le midió las pantorrillas con sus anchas y callosas manos: levantándose en seguida dijo con cierta presopopeya que «el caballero tenia piernas pasaderas; pero, continuó, sus pantorrillas no juntan exactamente,

ni podria, como una personita que yo conozco, sostener á un tiempo tres monedas entre los dedos pulgares, el grueso de la pierna y las rodillas; sin embargo, añadió, acaso me vengan vuestras botas.

—De seguro, esclamó Godfrey: os las daré.

—Vengan acá esos cinco, trato hecho, dijo Key; ahora, cómo hay que ganarlas?

Godfrey espuso rápidamente los hechos, y desplegó toda su elocuencia para estimular al embotado mensagero, de quien pendia su última esperanza. Escuchábale el otro con los ojos cerrados, y asi que Godfrey hubo concluido «al avio« gritó Pope, y dando media vuelta salió del patio, mas parecido á un borracho que busca su habitacion que al agente de una pesquisa activa en el seno de una ciudad populosa. Godfrey desesperado le mirába alejarse.

—Miserable de mí, dijo al escribiente, el *Guillelmo y Maria* donde debo embarcarme está anclado en Kind Road: el viento es escelente y el buque saldrá esta tarde seguramente! Cada minuto es un siglo para mí.

—Quereis tomar asiento? preguntó el otro con interés; y si os distrae un periódico...

—Gracias, gracias, replicó Godfrey, tengo otras cosas en que pensar, voy á salir.

Echó en efecto á correr por aquellas calles, preguntando á cuantos topaba si habian visto á un esportillero negro.

—Nadie comprendia esta singular pregunta, y la idea de que estaba loco habia reunido ya enderredor de nuestro jóven bastante populacho, cuando vió de pronto á Key Pope atravesar la calle. Rompiendo por entre la gente, le siguió á escape hasta el patio del correo.

—He ganado las botas, esclamó Key entrando en el despacho.

—Bah! si? cómo? decid, dónde está? preguntó Godfrey.

—No he podido descubrir donde esté, replicó Key, pero he ido derecho á caer á la taberna donde estaba fumando. He sabido toda la historia, y ha llevado la maleta...

—Adónde, adonde?

—Toma! alli! al *Delfin coronado*.

—Voy corriendo.

—Despacito, señor, que no alcanzariais nada.

El tabernero ha dicho que dos marineros habian ido á buscar la maleta y que tenian órden de llevarla á bordo del *Guillelmo y Maria* que ahora está anclado en Kind Road, de viage para Demerara.

—Oh! oh! oh! entonces estoy por decir que ha sido una equivocacion y no un robo fraudulento, observó el escribiente, que habia escuchado atentamente la relacion de Key. El sugeto ha notado el quidproquo, y para reparar el mal ha creido conveniente dirijir la maleta á su destino.

—Una silla de posta; gritó Godfrey.

—A enganchar, esclamó el gefe de cuadra.

—Os marchais? saltó Key.

—En alas del amor.

—Y las botas?

—Ah! es verdad; tomad cinco libras y comprad las mejores que encontreis en la poblacion.

—Y el resto?

—Para vuestros camaradas.

Al mismo tiempo saltó Godfrey al carruage, y á rienda suelta partió para Lamp-Lighter-Hall. Encontró el *Guillelmo y Maria* fuera ya del puerto, y despues de cerciorarse de que su maleta habia sido trasladada al buque, buscó Godfrey una barca grande, cuyo patron le ofreció hacer todos sus esfuerzos para alzanzar el buque. Aun sufrió dos horas de mortales angustias. Para consolar á Godfrey, el piloto le ase-

guraba á cada instante que alcanzarian al *Guillelmo y Maria* si no arreciaba el viento antes de anochecer. En una palabra, por ¿qué hemos de prolongar la impaciencia de nuestros lectores? Cuando empezaba á refrescar la brisa, Godfrey con indecible gozo ponia el pie en el puente de la embarcacion. El piloto, generosamente recompensado, dió en seguida la vuelta; y Godfrey cuando la agitacion le permitió hablar, preguntó por su preciosa maleta. Estaba arrimada á fondo de cala, y con tantas precauciones, que se necesitaba lo menos media hora para izarla á lo alto del puente. Nuestro impaciente jóven exigió que al punto se hiciese la operacion, á pesar de la repugnancia que manifestaban los marineros á una faena supérflua á su parecer. Empero hubieron de obedecer, no comprendiendo por qué haria falta la enorme máquina, tan cómodamente instalada. Ya era tiempo, porque Godfrey se moria de inquietud.....

III.

DE LO QUE SIRVEN LAS AYAS, LOS CABALLOS DE CAZA Y LOS POSADEROS.= SI APOLO GUARDÓ GANADOS, ¿POR QUE NO HA DE TIRAR CESAR DE UNA CARRETA?=GRAN PERPLEGIDAD DEL LECTOR.

Preciso será que volvamos al momento en que el carruaje que llevaba la maleta de Godfrey, y todas sus esperanzas desapareció lentamente detrás de la colina á cuya falda estaba edificada la casa del doctor.

Mucho tiempo hacia que Cárlos Perry ganara para su partido á la vetusta aya Patty Wallis. Le enteraba de cuanto pasaba en la casa algo importante, y en este concepto la mañana misma del rapto le habia noticiado con todos sus pormenores el plan de Godfrey, plan que le fuera comunicado bajo palabra de secreto por la lijera Isabel. Emboscado Cárlos tras de unas piedras fronteras á la casa del doctor, habia asistido al cargamento de la preciosa maleta, riéndose solapadamente de las inquietas amonestaciones que su rival no cesaba de dirigir á los conductores. Asi que Godfrey se hubo metido en casa y alejádose el pesado carro por la encarpada cuesta, salió Cárlos Perry de su escondite para ir á incorporarse con su fiel servidor Ricardo, que le aguardaba á corta distancia con dos caballos.

—Seis contra tres apuesto á que se ha hecho negocio, esclamó Ricardo al ver á su señor. Lo leo en vuestros ojos; y casi, casi estoy por apostar doce contra cuatro.

—Y te hacias rico, como se tratase de dinero, replicó Cárlos en tono de triunfo: jamás has hecho una apuesta mas segura.

—Si lo decia yo! al cabo habiamos de ganar la partida: con que, que se hace? no nos largamos?

Perry tenia un pie en el estribo y otro en el suelo.

—Me parece, Ricardo, que para evitar sospechas convendria que tomásemos cada uno por nuestro lado. En efecto, es lo mejor: vete por el camino real, derecho, sin descansar, á casa del viejo Tuffin: entrega el caballo, no pierdas de vista el carro y asi que llegue, haz que un mozo que no nos conozca entre á pedir la maleta; sabes las señas?...

--Bien; y despues...

--Se conduce la maleta á casa de Tuffin; pides un cuarto separado en lo mas retirado de la casa, y dispones que una silla de posta bien acondicionada, nos aguarde.

—Pero si por casualidad la señorita se enfurruña.....

--No tengas cuidado..... estoy seguro de que me quiere; y en su vida habria consentido en dejarse robar por ese mequetrefe, si hubiera conservado alguna

esperanza de ser mia. Ademas, una vez metida aqui, que ha de hacer, Ricardo, sino conformarse? Su reputacion comprometida... el decoro... Pero todo esto es griego para tí... Escapa, y que yo encuentre la maleta en casa de Tuffin.

Cuando Perry llegó á casa de este su encubridor de calaveradas, halló á su fiel servidor enredado en una conversacion muy activa á pocos pasos de la puerta con un negrillo pequeñuelo, pero al parecer muy vigoroso y vestido con la mas escrupulosa limpieza. Tenia los zapatos perfectamente embetunados; la corbata era ordinaria, pero notable por su blancura, un gran anillo de plata brillaba en el dedo meñique de su mano izquierda, y sus cabellos crespos recogidos en el colodrillo, formando una coleta del mejor gusto. Cuando Perry reparó en él, acababa de sacar del bolsillo del chaleco una cajita de estaño, y tomaba tabaco con todo el remilgo de un atildado dandy.

--Es este nuestro conductor, Ricardo? preguntó Perry.

--No he encontrado otro, replicó el criado: pero en verdad que á este no hay nada que pedirle: el muy tunante habla cómo un Séneca.

--Me parece un poco viejo para carga tan pesada; qué edad teneis, amigo mio?

--Cuestion delicada, contestó el mozo haciendo un saludo y riéndose con cachaza. Verdad es que César Devallé no es ninguna miniatura.

--Ya, ya lo veo, César! puesto que César es vuestro nombre.

--El amo trae gana de broma, dijo el esportillero; pero no me picaré: la confianza mútua es el vínculo de las sociedades. Habeis de saber pues, que tengo siete hijos, hermosos como la luz del sol, y que mistress Devallé, á pesar de que tenia treinta y dos años cumplidos cuando me otorgó su mano, se ha hecho con mis lecciones una de las mejores bailarinas de Bristol, hasta tal punto, que he podido encomendarla el cuidado de iniciar á nuestra progenitura en los primeros rudimentos del arte de Terpsícore: perfeccionados por ella, recibo á mis hijos para enseñarles el violin y el arte de *barbificar*, *vulgo* afeitar, á sus semejantes. Asi conciliamos el culto de las musas con los trabajos mercenarios, por el cruel precepto de la necesidad, que si Dios nos dió dientes, no fue á fe para tenerlos descansados.

—No seguramente, replicó el criado, porque sirven para conocer la edad de los animales: cuántos años teneis?

—En número redondo y para abreviar, cincuenta.

—Pues mucho temo, sapientísimo amigo, saltó Cárlos, que no tengais las fuerzas suficientes para el trabajo que pensamos encargaros.

—No me comparo con Hércules, replicó el esportillero; pero poseo lo que nunca tuvo aquel grande hombre, un escelente carretoncillo. Muchas veces se me ha ocurrido la idea de las maravillas que él hubiera realizado con el auxilio de dos ó tres instrumentillos que nuestros contemporáneos usan sin apreciarlos en lo que valen. Habeis de observar ademas.....

—Echa un vistazo á la calle, Ricardo, interrumpió Cárlos que comenzaba á asustarse de la charla del negrillo: el carro no puede tardar. Con que, buen amigo, continuó dirigiendose á César, haceis ó no el oficio de esportillero?

—Hablando en rigor, replicó Devallé, el eterno trastorno de las edades y de las estaciones me obliga á variar alguna vez de ocupacion: la navaja y el violin se disputan con el esportillo ó el carreton una parte de mi existencia. Cuando en derredor nuestro, la naturaleza siempre laboriosa cambia y modifica continuamente, ¿por qué ha de ser el hombre fiel á nada... como no sea á su muger? Seguramente que prefiero dar lecciones á la criatura mas humilde que

tirar del carreton; pero leo en vuestra fisonomía que sois de los que todo lo juzgan por las apariencias: á las mugeres por su vestido, á los hombres por su tez. Añadiré por concluir que no soy nada carero.

El mozo negro despues de enunciada esta consideracion á su entender omnipotente, se alejó de Cárlos saludándole con los gestos mas bufones.

Su elocuencia, y la necesidad, mas persuasiva todavia, determinaron á Cárlos á servirse de él. Media hora despues de llegar el carro del equipaje, la maleta de Godfrey reclamada por el mas ciceroniano, y el mas negro de todos los esportilleros de Bristol, fue trasladada por él á una salita de la casa de Truffin.

Colocola en el suelo con toda gravedad, y Cárlos Perry que temblaba de puro júbilo pidió un cuchillo y empezó á cortar las cuerdas.

IV.

TANTA DISTANCIA HAY DE LA COPA Á LOS LABIOS COMO DE UNA, MUCHACHA BONITA Á UN PERRO DE TERRANOVA. =LOS QUE DUDAREN DE ESTA VERDAD SE CONVENCERÁN LEYENDO.

Ya hemos visto la alegria con que Isabel se coló en la maleta de Godfrey Fairfax. La encantaba la novedad de esta situacion, y su regocijo duró algunos minutos despues de echarle la tapa encima y de volver la llave. Sin embargo, el ruido del candado tan próximo á su oido la dió en que pensar: escapósele un grito de terror; pero avergonzada de semejante flaqueza, aparentó que seguia riendo. Gozoso Godfrey de oirla mientras ataba el cajon, creyó necesario con todo, tranquilizar á su querida despues de hacer el último nudo.

—Ahora, bella heroina, la dijo muy quedito aplicando los labios á la cerradura, no os desalenteis: pensad en nuestra próxima reunion, en los años de ventura que se seguirán, y aguantad por mi amor los apuros de un momento. Isabel mia, nada temais, no correis peligro alguno, yo que os amo mas que mi vida, respondo de ello. Tened presente que mi ventura ó mi infortunio eterno están á merced de vuestro valor y de vuestra paciencia. Oigo ruido, hasta despues, amor mio.

Salió Godfrey de la habitacion, y se llevó á su buen profesor Plympton, á la biblioteca donde le entretuvo por espacio de mas de media hora pidiéndole consejos para sus estudios ulteriores sobre matemáticas y lenguas muertas. Metido en harina con esta conversacion, M. de Plympton prolongó de buena gana sus discursos hasta que llegó el carro que debia conducir la maleta.

Entre tanto ocurrian otros sucesos mas interesantes. Isabel no habia contestado á la despedida de Godfrey por una razon muy sencilla: la idea de quedarse sola, encerrada y espuesta á todos los trances de un viage peligroso la cortaba el uso de la palabra. Cuando oyó alejarse á su raptor y cerrarse las puertas, sustituyó el terror á su primera inquietud. La aturdida no era capaz de calcular los peligros reales de su situacion, ofuscada como tenia la imaginacion; pero accesible fácilmente á toda clase de temores imaginarios, consideró su porvenir bajo los colores mas siniestros. Comparóse involuntariamente con Julieta encerrada en su tumba, y dió por seguro que si tenia la desgracia de dormirse, podria volverse loca al despertar como creyese un solo minuto que la habian enterrado viva. Este pensamiento horrible bastó para disipar todo su heroismo aparente, y sin acordarse ya de su escapada, comenzó á gemir con todas sus fuerzas.



Ya os he dicho, exclamó Isabel turbada, que las apariencias estan en contra mia

En esto sucedió que Jorge Wharton no teniendo que hacer por el pronto subió á ayudar á su camarada á hacer la maleta; pero no fue escasa su sorpresa al oir dentro de ella una voz lamentable. Despues de titubear un rato, porque no se atrevia á dar crédito á sus oidos, dió algunos golpecitos en la cerradura, y preguntó turbado:

—Se puede entrar?

La respuesta fue afirmativa como era de suponer.

—Qué es esto? esclamó Jorge: quién está ahí dentro?

—Soy yo, querido amigo, respondió Isabel, sacadme de aquí por Dios!

—Es posible! voy á buscar socorro.

—No hagas tal, Jorge! Cuando llegára, ya estaria muerta. Cortad las cuerdas, romped la maleta: no perdais un instante.

Con un cortaplumas libertó Jorge Wharton á su amada. Pálida y sollozando todavia se arrojó en sus brazos, jurando un reconocimiento eterno á su jóven libertador «porque era el hombre que mas amaba en el mundo.»

—Si eso es cierto, repuso Jorge sencillamente, en qué consiste que os encuentro en la maleta de Godfrey?

—Ya os he dicho. esclamó Isabel turbada, que las apariencias estaban en contra mia: qué mas exijis?

—Nada seguramente, querida Isabel; pero pediré esplicaciones á M. Fairfax: antes de que salga de casa nos veremos las caras.

—Pues... para hacer precisamente lo que mas disgusto me dá!

—Isabel, sois muy severa.

—De veras? pues no peco de eso; á fe que á no ser por mi escesiva bondad no hubiera caido en el lazo que Godfrey me habia tendido... bribon de Godfrey!

—Su conducta es atroz, voy corriendo á contárselo al doctor.

—Cá! qué resultaria? mi padre le reñirá, y es capaz por una bagatela, hemos de ir á afligirles?... mas vale que nos separemos como buenos amigos, siendo asi que su accion es harto disculpable pues vos mismo habeis dicho cien veces que por poseerme luchariais con todos los elementos desencadenados. Que estraño pues que un hombre de pasiones como Godfrey.....

—Miss Plympton, interrumpió Jorge, mi pasion es por lo menos igual á la suya.

—Sea tambien noble y grande, y guardad para vos lo que acaba de suceder. Vuestra es la culpa mas que de nadie. Conoceis el ardor de Godfrey, la mágia de sus persuasivos discursos, y jamas os habeis interpuesto.....

—Isabel, tengo demasiado orgullo para.....

—En ese caso aceptad las consecuencias de vuestra organizacion. Es indisputable que aun que no sean los preferidos, hay hombres que nos arrancan con sus importunidades ciertas concesiones que destinamos en secreto á otros, y de que estos se privan por no haberlas solicitado..... Eh! qué significa esa cara mustia? Decid.

—Me parece, Isabel, que lo mas prudente será que yo hable á Godfrey: si no, cuando descubra lo que ha sucedido, me acusará de un modo bastante original de robar. No pilla uno todos los dias á una querida en la maleta de otro.

—Es verdad: pero se hace una trampa..... sí; que chasco tan gracioso! la maleta está intacta y volviendo á atarla como estaba..... Qué pondríamos en su lugar? A propósito, no os acordais de Fidel, el perro de Cárlos Perry? Godfrey que aborrece de muerte al pobre animal, habia jurado asesinarle antes de partir, y precisamente acaba de realizar una hora hace su horroroso atentado. Fidel, ahorcado por él, yace cadáver en el corral: porque me in-

dicó Godfrey que pensaba encargaros su entierro achacándoos este asesinato.

—Bien merece una venganza ese designio, dijo Wharton, y no me disgusta lo que proponeis.

—Bajad al punto; cuidado que nadie os vea, Aprisa, aprisa.

—Y os quedais aquí?

—Uf! quereis que soporte el hedor de ese cadáver?

—Corriente: pero, volvereis á ver á Godfrey?

—No por cierto; voy á encerrarme en mi cuarto. Habíamos convenido en que yo fingiera una jaqueca, y que él diria que se habia despedido de mí. Con que, querido Jorge, haced lo que os he dicho, y todo se compone admirablemente.

Echó á correr, y Jorge Wharton ejecutó su plan sin discrepar un ápice. Todo estaba corriente antes de que llegára el carro, y no quiso perder la diversion de ayudar á bajar la maleta y oir las indicaciones que hacia Godfrey á los conductores para que cuidaran de su precioso bagage. La escena se fue haciendo tan cómica, que Jorge tuvo que retirarse para reir á sus anchuras. Isabel, escondida tras de las celosías de su tocador, y testigo invisible de los apuros de Godfrey acompañaba en el regocijo á su rival. Permaneció escondida hasta despues que hubo partido Fairfax y cuando llamó á Patty Wallis poco antes de comer para que la ayudara á vestirse, se quedó la pobre sirvienta tan atónita como si se le presentase un fantasma.

V.

DONDE SE DA LA ESPLICACION MAS NATURAL DE UN HECHO MUY INVEROSIMIL.

El lector comprenderá fácilmente sin necesidad de que nosotros intentemos describírselo el asombro y la indignacion de Cárlos Perry, cuando halló en lugar de la encantadora Isabel Plympton el cadáver de su pobre perro. La sorpresa al pronto, luego el sentimiente de haber perdido su animal favorito, y por último la ira de haber sido tan completamente chasqueado, le elevaron en pocos momentos á lo sumo de la ajitacion y del furor. Gritaba como un loco, se golpeaba la frente, se mesaba los cabellos y corria por todos lados jurando sacrificar à su cólera, no solo al jóven Fairfax, á Patty Wallis y al doctor Plympton, sino tambien á Ricardo su criado. En lo mas fuerte de este frenético acceso, cojió al perro muerto y lo tiró con todas sus fuerzas á la cabeza de César Devallé. El pobre esportillero no pudo aguantar el choque, y rodó por el suelo, donde se quedó desparranado como una rana con el pesado cadáver sobre el pecho. Sus clamores, sus gestos y los esfuerzos que hacia para zafarse de tan desagradable peso, le daban el aspecto mas cómico del mundo: tanto que Cárlos Perry, distraido de sus tristes reflexiones, soltó una ruidosa carcajada que coreó su criado.

Aun no habia concluido, cuando César consiguió levantarse; y arreglándose la descompuesta corbata buscó espresiones oportunas para manifestar la indignacion que semejante conducta le inspiraba. Con voz mal segura, pero en términos siempre escojidos, declaró que tendria una satisfaccion en saber si la ley ó la costumbre autorizaba á tirar un perro á la cabeza de un ciudadano pacífico: que desearia tambien saber lo que tenia de chistosa la posicion de un padre de familia luchando con el peso de un animal que hubiera podido estar vivo é hidrófobo. Si para ser así tratados nacimos, de qué nos sirve cuidar de la persona? por qué no corremos por el rio de la vida como tarugos entregados á merced del torrente? Cuando la misma crea-

cion, en sus últimas pinceladas nos instruye de nuestros deberes sociales, cuando el gato se lava la cara, y el pato alisa su plumaje para enseñarnos que el hombre debe aliñarse siquiera por su decoro... es posible que despues de obedecer estas leyes providenciales, nos veamos espuestos á ser tirados unos á otros como los gallos que divierten el martes de carnaval... es posible?...

—Siento mucho, buen hombre...

—No hay mas que hablar, esclamó César recobrando su sonrisa habitual, no hay mas que hablar del asunto. La intencion de una escusa es suficiente entre... No se atrevió á concluir.

—Entre caballeros, no es verdad?

—Me confundís con esa condescendencia y el primer baile que componga, ó si mistress Devallé llega á darme la octava prenda de nuestro amor, llevará vuestro nombre. Ahora propondria yo, si no lo tomais á mal, un brindis amistoso para ahogar los gérmenes de toda animosidad futura.

—Ricardo, esclamó Cárlos, anda á buscar brandy: yo tambien quiero beber.

—Oh! no, no, dijo César: no permitiré que nadie se mueva de aqui. Yo mismo voy á ejecutar vuestras órdenes.

Y desapareció haciendo una humilde reverencia.

—No he visto ente mas original, dijo Cárlos. Ahora bien, Ricardo, qué opinas de todo esto?

—Que está el ovillo atrozmente enredado, y que apostaria todos mis salarios de un año contra media corona á que este César no es tan sandio como parece.

--Por qué? por qué guiñas el ojo de ese modo?

--Cuando guiño el ojo, es que algo me rumia en la cabeza. Daria un dedo por saber quién ha trastornado un plan tan bien trazado. Quién diablos ha metido el perro en la maleta? Patty Wallis no puede haber sido; pero quién ha sido?

--Ahi está. Esa es la cuestion.

Yo tengo acá mis sospechas y voy á comunicároslas. Este negro tardó mucho en traernos la maleta, y cuando le dije que estaba dirigida á Godfrey Fairfax, squire: si, si, esclamó, sin dejarme concluir; squire, en Demerara. Esto no me chocó al pronto; pero pensando despues me ha dado que hacer, y casi, casi afirmaria que el trueque se ha hecho desde la casa de postas aqui.

--Tienes razon, Ricardo, tu conjetura no carece de probabilidad; pero cómo nos enteraremos?...

--Emborrachando á ese necio...

--Puede que charle... pero, y si nos emborracha él?

--A los dos es imposible. Se hace que se bebe.

--Corriente, Ricardo. Mas, me temo que no vuelva si es culpable.

--Iré á ver..... Chiton. El viene. No...sí...conozco sus pisadas.

Era en efecto el esportillero negro que volvia seguido de un mozo de café con tres vasos y una garrafa de brandy. Dieron desde luego un ataque á la bebida alternando Cárlos y Ricardo en los brindis que el otro sostenia solo. Pronto se inflamaron los ojillos de César · un ligero tartamudismo disminuyó el torrente de su elocuencia: cada una de sus palabras adquirió proporciones desmesuradas, y el tono familiar con que se dirijia á personas tan superiores á él atestiguaba la turbacion de sus sentidos. Amo y criado comenzaron entonces á suscitar la conversacion del perro é intentaron á fuerza de caricias, de amenazas y promesas, arrancarle la verdad sobre un punto tan delicado. Pero sin necesidad de mucha discrecion, Devallé, que nada sabia, se guardó muy bien de decir lo mas mínimo y como se redoblaron los esfuerzos para hacerle charlar, su cabeza incapaz de sostener mas tiempo una conversacion tan húmeda, se inclinó sobre el hombro y se durmió con el mas profundo sueño.

Ricardo y Perry sintieron haberse dado tanta prisa, pero tampoco ellos habian quedado muy frescos: se reian mirando á su víctima, y entonces se les ocurrió la diabólica idea, verdadera idea de borracho, de encerrar en la maleta al pobre esportillero y devolverla con este apéndice á su legítimo propietario. Concebir este proyecto sublime y ponerlo en ejecucion, fue obra de un momento.

Marchó Ricardo al puerto, y hallando precisamente dos marineros del *Guillelmo y Maria*, alcanzó de ellos mediante una ligera gratificacion que condujeran á bordo la maleta de su futuro pasagero.

VI.

SORPRESA DESAGRADABLE.=UN COCINERO NEGRO Y UN MULETERO BLANCO.=SOBERBIAS COMPARACIONES SACADAS DE LA HISTORIA NATURAL Y DE LA HISTORIA ANTIGUA.=DE COMO UN DISCURSO ELOCUENTE PONE ACORDE UN VIOLIN DESTEMPLADO.

Ya te acordarás, lector amigo, que dejamos á Godfrey Fairfax poseido de la mas deliciosa agitacion en el puente del *Guillelmo y Maria*, mientras unos cuantos marineros se ocupaban en subir su maleta.

Asi que la colocaron sobre el castillo de popa, Godfrey, casi llorando de gozo, se abalanzó á desatar las cuerdas con inesplicable ardor. Grande fue su terror cuando advirtió que habian forzado la cerradura, y abrió la tapa con angustiosa ansiedad. Pero sus ojos que buscaban las deliciosas facciones de Isabel; tropezaron de buenas á primeras con la horrible cabeza lanuda del negrillo. Un grito de horror se escapó de sus lábios, é incorporándose de un salto se quedó con los ojos hoscos, la boca abierta, sin poder articular una palabra, contemplando á Devallé por largo espacio. Agrupóse la tripulacion en torno de la maleta; y César, despertado por el alarido de Godfrey, se levantó atónito de los objetos que le rodeaban. Manifestaba su asombro con tan estrañas miradas y contorsiones tan cómicas, que la primera sorpresa de los marineros se trocó pronto en la mas bulliciosa algazara. En el ínterin Godfrey acabó de volver en si, y el primer uso que hizo de sus sentidos fue tirarse al pescuezo de César, esclamando con voz ronca de cólera:

--Miserable! esplicaos! que haceis aquí?

--Eso es precisamente lo mismo que yo quisiera saber, replicó César asi que pudo deshacerse de los dedos del jóven Fairfax: qué hago yo aquí? quién me ha traido? á que mundo he sido trasladado?

--Al canal de Bristol, le contestó riendo el cocinero negro que estaba templando un violin con toda cachaza: embarcado sin averia en el *Guillelmo y Maria*.

--Y consignado á lo que veo, añadió un marinero, por cuenta de Godfrey Fairfax, squire, Demerara, adonde debemos trasladaros, mocito.

--Godfrey Fairfax! Demerara! consignado para Demerara! esclamó César saltando de la maleta: no jugueis conmigo! Por Dios! no pongais en riesgo mi sensibilidad! Por todo lo que tengais de humano, no os chanceeis de esa suerte; cada palabra vuestra es para mi pobre corazon una flecha envenenada!

--Ya, ya! cimarron, verdad? esclamó burlándose el cocinero del buque: tú esclavo, tú fugitivo, eh?

--Desdichado de mí! replicó César, la carne es flaca... y la caña de azucar puede convertirse en medio de emancipacion. Las circunstancias en que me hallo me obligan á confesar que hará unos treinta años me escape de Demerara donde era esclavo. Criaturas de Dios como yo, no me entregueis á mi antiguo amo! no me lleveis á Mr. Fairfax.

—A mi padre? esclamó Godfrey.

—Desdichado de mi! ese es su hijo, dijo César con dolorosa espresion: me han cogido en el garlito; y sin embargo soy un hombre libre, un ciudadano del mundo, gefe de familia y padre de siete luceros. No los priveis del único apoyo que tienen en el mundo. Acordaos de que defiendo mis derechos; que hay leyes protectoras hasta para los conejos, que estoy pisando la encina inglesa, producto de una tierra libre... y que os mando... lo entendeis? restituirme á la playa.

—Y cómo hemos de desembarcaros, amiguito? esclamó un sugeto vestido de mozo de cuadra: nos largamos con viento fresco, á razon de doce millas por hora, y ya hace buen rato que perdimos la tierra de vista.

—Qué me importa? yo conozco mis privilegios: que vuelva atrás el navío, yo estoy aqui por equivocacion.

—Volver el navío! repitió el otro; no seais tan ingrato con la sociedad. Pensais que por vos acceda todo el mundo á deshacer el camino hecho? Traigo quince mulas á bordo, y cada hora de tardanza me cuesta un dineral.

—Señor mio, dijo Devallé, con una sonrisa que le pareció irresistible, pensad por Dios en mi muger y en mis hijos.

—Demonio! pensad vos en mis mulas.

—No hay entre todos vosotros un sér dotado de facultades lógicas? esclamó César; un simple raciocinio por analogía, convenceria á cualquier hombre, qué digo á cualquier hombre!..... á cualquier muletero.....

—Vaya, vaya, no os escuseis, no os acaloreis inútilmente, interrumpió el interpelado por César con el nombre de muletero: todos sabemos que el que una vez se libra, queda libre para siempre: al menos asi dicen los inteligentes en estas materias. Todo el mal consiste en un viajecillo de ida y vuelta hasta Demerara. Vuestro antiguo amo no puede haceros daño.

—No, no puede, pero me lo hará.

—No puede, replicó el muletero.

—Pero os digo que lo hará. De qué me sirve que un toro no pueda legalmente hundirme sus dos astas en el pecho, si no hay fuerza humana que se lo impida si se le antoja? Elevaré mi voz... idos al diablo con ese violin! no está templado... continuó Devallé arrancando el instrumento de manos del cocinero que se entretenia en destrozar una marcha antigua... Levantaré mi voz para protestar solemnemente contra la injusticia que se me hace. La decadencia de Roma data desde el rapto de las Sabinas, y por esta razon os intimo que me restituyais á mi patria adoptiva.

Mientras hablaba de esta suerte con el mayor fervor, templaba casi instintivamente el violin del cocinero.

—Haced alarde, dijo devolviéndosele, de sentimientos mejores: desembarcadme, cueste lo que cueste, ó aprendereis á costa mia que no en vano se llenaba Demóstenes la boca de piedrecillas.

Sin embargo, con toda su elocuencia no pudo conseguir su peticion: inútilmente apeló á los oficiales de marina: le dijeron que absolutamente no podian volver atras: acercábase la noche, soplaba viento favorable, y no tenian un momento que perder. No habia remision: el aparecido por encanto los tenia que acompañar mal de su grado hasta Demerara.

Dejémonos á bordo del *Guillelmo y María* al esportillero negro y á Godfrey Fairfax, quienes apenas se dirigieron media docena de palabras en la primera semana de viage. Ahora es urgente que volvamos á Inglaterra para anudar el hilo interrumpido de nuestra narracion.

Domingo 28 de Junio.

VII.

COMO CESAR VINO, VIO Y VENCIÓ.=EL ESPORTILLERO SE TRANSFORMA EN SERPIENTE.=MISS PLYMPTON MUERDE LA MANZANA.

Firmemente persuadido de que le habia chasqueado Patty, Isabel y uno ó acaso sus dos rivales, guardó para sí Perry cuidadosamente cuanto habia sucedido en la posada del *Delfin coronado*, y á los pocos meses se alejó enteramente de las cercanias con grande regocijo del doctor. Sin embargo, el cariño de Jorge Wharton á Isabel se iba haciendo tan evidente y marcado que los avisos de muchas personas caritativas obligaron al padre á ponerse en guardia. Nada dijo á los amantes, pero escribió á la Jamaica al padre del jóven, contándole que segun las señales, los muchachos estaban muy pagados uno de otro, y por su parte protestaba contra este atentado: porque en nada absolutamente habia faltado á su deber. «Vuestro hijo decia, sale de mis manos mas empapado en ciencia clásica que ninguno de mis discípulos; confieso no obstante que de algun tiempo acá, ha disminuido sensiblemente su asiduidad para el estudio. Suplícoos en consecuencia que estando bastante perfeccionada su educacion para poder entrar desde luego en el mundo, adonde le llama su fortuna, le llameis vos á vuestra compañia en lugar de dejarle un año mas bajo mi direccion como tenia proyectado: asi podremos destruir en su origen esa funesta pasion que por mí hija ha concebido.

Con gran sorpresa del doctor, M. Wharton le contestó que su alianza con familia tan respetable como la de su antiguo amigo Plympton, no podia nunca parecerle mal: que aprobaba la eleccion de su hijo, que estaba por los casamientos precoces, que por el mismo correo escribia á un hábil jurisconsulto para comunicarle sus ideas sobre el establecimiento pecuniario de los dos jóvenes, y que sin duda alguna á la mayor brevedad se le presentaria este caballero para someter á su inspeccion una minuta de contrato: sin que faltase ya mas que la simple ceremonia.»

Todo se verificó conforme á los deseos del escelente M. Wharton; su notario discutió con el doctor las diversas cláusulas del contrato, y cuando todo lo tuvieron arreglado, no sintiéndose M. Plympton con valor suficiente para anunciar verbalmente su felicidad á los jóvenes, dió no sé qué pretesto para ir á Lóndres, desde donde les comunicó el estado de las cosas. Once dias despues, terminados ya todos los preliminares, entró el doctor lleno de gozo en su domicilio.

Halló con gran sorpresa instalado en su salon y en su propio sillon, un desconocido de facha bastante rara. Vestia una casaquilla y un chaleco de mahon: este todo desabrochado para lucir todo el lujo de una guirandola monstruosa.

Un calzon de paño negro, veterano en el servicio, á juzgar por las cicatrices; y medias de seda bordadas á fuerza de zurcidos completaban sus galas. Apoyaba las manos en un grueso bambú, y su cabeza y su rostro negro resaltaban caprichosamente con una peluca profusamente empolvada.

El doctor, confundido de tan grotesca aparicion, y señalando con el dedo á M. Burdock el notario, al incógnito sumergido en el mas profundo sueño, desaprobaba enérgicamente su presencia. Nuestros lectores, menos admirados que él, habrán conocido al esportillero de Bristol.

En este tiempo entraron en el salon riendo á carcajadas Jorge é Isabel. Cesar Devallé, despertando con el ruido, se levantó en seguida, y dando dos ó tres vueltas, prodigó sus reverencias y

sus gestos á las cuatro personas que le rodeaban.

A pesar del disgusto que le originaba la presencia del desconocido, no creyó prudente el doctor omitir sus cumplidos siempre afectuosos. Le invitó á sentarse, y se quedó de pie delante de él con la boca abierta, aguardando á que tuviese á bien esplicarse. Pero César, sin turbarse por este silencio, se atestaba las narices de tabaco, y se sacudia con admirable despejo el polvo que manchaba los pliegues de su chorrera. No cabia en el pellejo de orgullo al verse tan distinguido.

El notario fue el primero que se resolvió á dirigir la palabra á aquel singular avechucho.

--Mi amigo; el doctor Plympton, le dijo con una firmeza casi heróica, desearía saber el motivo que origina vuestra visita.

—No lo dudo, respondió Cesar, pero yo no busco mas que á esta señorita.

—A Isabel? esclamó Jorge.

—Si señor, contestó el esportillero. En mí teneis un mensajero de Cupido..... Conoceis al cieguezuelo dios, doctor? ja! ja! ja! quien no ha sido imberbe? quien no conoce los carcaxes de Cupido y las antorchas de himeneo? Con las flechas del uno se hacen lamparillas para el otro; pero cuidadito con que el arco se queme.....

—Qué disparates son esos? interrumpió Wharton agitado: decid al punto á lo que venís.

—Disparates! esclamó César. Jóven imprudente, en mí ultrajais la doble dignidad de hombre y de viejo, pero no importa. Estamos entre amigos, y evacuaré mi comision en vuestra presencia... siempre que me dé su permiso miss Isabel.

—Preferiría, repuso la muchacha, oiros en particular.

—En ese caso, soy mudo. Venus aplica á mis labios un sello de diamante.

—Os chanceais sin duda, Isabelita.

—Por supuesto, repitió el doctor, tú te chanceas, hija mia.

—No por cierto, padre, replicó Isabel con sorprendente gravedad: si este hombre trae un mensage para mí sola..... le recibiré sola..... ó no le recibiré.

—Ya lo veis, señores, dijo César. Venus me cierra la boca; yo siempre he sido esclavo de las damas..... y no insistais..... porque seré inflexible.....

—Nadie insiste, esclamó Jorge picado; no seré yo quien turbe vuestra misteriosa entrevista con miss Plympton.

Salió acto continuó seguido del doctor, y en pos de ellos el notario, que no podia oponerse á una conferencia autorizada por ellos.

Apenas habian salido, cuando Isabel, que se abrasaba de curiosidad, se acercó al ex-esportillero:

—Venís, le dijo con voz trémula, de parte de Godfrey Fairfax! Dadme acá su carta!

Justo cielo, esclamó César estupefacto, háce visto nunca mas asombrosa perspicacia?

VIII.

DESAYUNO QUE CONCLUYE MAL.=CÉSAR PASA AL ESTADO DE FANTASMA.=EXORCISMOS DEL DOCTOR, Y REVELACIONES DEL ESPORTILLERO.=LA MUGER VELETA.

La víspera de su boda, no era estraño que Jorge Wharton calificase de singular la conducta de su futura, y que amostazado, armase riña por la primera vez de su vida al venerable profesor á quien acusaba de escesiva debilidad. Al pronto el doctor aguantó mansamente las reconvenciones; pero luego le pareció incongruente verse reprehendido por su discípulo, y poco faltó para que el futuro suegro y el futuro yerno tronasen completamente por la breve visita del negrillo. Empero el notario, contra la costumbre de sus cofrades, consiguió po-

nerlos en paz, y á la hora fijada para firmar el contrato, dejóse conducir Jorje, gruñendo todavía, al salon adonde acababa de bajar Isabel. Se desayunaron silenciosamente, y la desposada, pálida, pensativa, contestaba solamente con monosílabos á las inquietas preguntas que llovian sobre ella. Jorje estaba picado, el doctor receloso, y únicamente el notario desocupaba su canjilon de chocolate con inalterable serenidad.

Asi que concluyó su faena, sacó de la cartera el contrato de matrimonio, y con voz clara leyó á los futuros esposos quince páginas de una letra muy menuda; de que ellos se quedaron en ayunas.

Llegó al fin el momento decisivo. Jorge y el doctor ofrecieron la mano á Isabel para acompañarla á la mesa; pero sin tomar la de uno ni la de otro, se levantó de su silla, se precipitó hacia donde estaba el contrato, y con un rápido movimiento se apoderó de la pluma, que el galante notario la ofrecia con la punta de los dedos. Llevó la mano al sitio donde debia poner la firma; pero la pluma permaneció inmóvil. Despues de una breve pausa, abrió el notario los ojos y vió que las facciones de Isabel, pálidas como la cera hasta entonces, se habian cubierto de vivísimo carmin. Temblaban sus labios; parecian fijos sus ojos en alguna aparicion que surjiera en el umbral de la puerta, y de repente soltando la pluma, articuló con voz débil estas palabras:

—Perdonadme, Jorge; padre mio, perdonadme; pero me es imposible.

Siguiendo Burdock la direccion de las miradas de la muchacha, volvió lentamente la cabeza y con gran sorpresa descubrió de pie en el dintel, saludando y gesticulando como siempre, al esportillero negro.

Jorge Wharton, que no acertaba á esplicar la súbita debilidad de su amada, la abrazaba la cintura afectuosamente y se esforzaba por alentarla con palabras cariñosas. El doctor por su parte, se limitaba á repetir con voz triste y cruzadas las manos:

—Cómo? cómo? qué, es imposible?

--Si, imposible, dijo Isabel, enteramente imposible..... mientras viva para amarme.....

--Pero, quien, hija mia? de quien estás hablando?

--De Godfrey Fairfax, replicó Isabel ruborizada.

Inclinó la cabeza como si fuera á desmayarse; pero no por esto dejó Jorge de apartar la mano con desdeñosa espresion, y la muchacha hubiera caido redonda, si el negrillo, que ya habia dado algunos pasos hácia dentro de la estancia, no se hubiera lanzado, y empujando con el codo á Wharton no la hubiera recibido en sus brazos. Tan ensimismados en sus pensamientos habian estado Jorge y el doctor que no repararan en la presencia de César. Jorge asi que fijó la vista en él, desapareció de la habitacion. El doctor espantado cayó sobre un sitial, y los dos criados, en lugar de acudir al socorro de su señora, permanecian espectadores inmóviles de tan singular espectáculo. Solamente Burdock habia conservado toda su presencia de ánimo: mandó al jardinero que fuese á buscar algunos cordiales, y reconvino amistosamente á Patty por su indiferencia. Entretanto y mientras la criada interpelada daba vueltas acá y allá, y desembarazaba al esportillero de su preciosa carga, sugirió el notario al doctor la idea de confiscar una cartita que asomaba en el pecho de la desmayada Isabel: pero el doctor estaba sentado, pálido, sin saber lo que se pescaba, y maldito el caso que hizo de este consejo. Burdock, sin perder mas tiempo, se aproximó á la jóven, y sin que siquiera lo reparára Patty Wallys, se apoderó con tiento de la misteriosa epístola. En seguida abrió Isabel unos ojos tamaños, y cobró súbitamente el uso de sus sentidos. Decla-

ró que no se le habia escapado el hurto de Burdock, y rogando á su padre que recogiese la carta, salió de la sala apoyada en el brazo de Patty.

Seguia el negrillo á las dos hembras como su sombra, y ya habia puesto un pie fuera de la estancia cuando el doctor Plympton, recobrándose tambien de repente, le intimó la órden perentoria de volver atrás. Obedeció el cumplido esportillero, y asi que estuvo cerca de la silla del doctor, preguntó qué se ofrecia, conservando la actitud humilde á la par que impudente que le era peculiar.

Pero el doctor, saliendo de sus casillas, habia pospuesto la política suave de sus modales, y con voz tonante, con gestos violentos apostrofó al risueño objeto de su cólera,

--Contigo hablo, enemigo feroz de mi tranquilidad! Quien eres? Eres un íncubo, un succubo, ó mi ángel malo? Quien te envia? De dónde procede tu influencia sobre mi hija? Por que crímen estoy condenado á soportar el tormento de tus apariciones? Habla, esplícate. Revela tu secreto, ú olvidaré el carácter respetable de que estoy revestido, y haré..... yo no sé lo que haré.

--Moderacion, amigo mio, moderacion, dijo Burdock interponiéndose.

--Sí, en verdad, tiene razon este caballero; haya moderacion, repitió Devallé, seamos juiciosos, seamos sensatos, y asi desplegaremos el mas noble atributo de nuestra especie. Un hombre esclavo de sus pasiones es peor que un negro azotado por el amo: se halla reducido á un estado bestial. Me abstendré de toda palabra ofensiva, por que la vida es corta y una seta basta para destruir al hombre mas ilustre: pero únicamente os haré observar que rara vez se encoleriza un caballero sin olvidar lo que debe á sí propio y á la elegancia de sus modales... Qué le parece á nuestro amigo el jurisconsulto? Me lisonjearia de que juzgase de mi conducta.....

--Si hablais conmigo, dijo el notario, os diré que son importunas vuestras reflexiones: podeis limitaros á contestar á las preguntas que se os hagan: Habeis entregado anoche esta carta á miss Plympton?

--Y por qué se me dirige esa pregunta?

--Porque sospecho de vos.

--Necesitamos, miserable, una respuesta categórica y al punto, esclamó el doctor.

--Perdon, perdon, replicó Devallé; todos somos hombres: para tratarme como un perro, aguardad siquiera á que ladre ú os muestre la cola de tal: yo puedo soportar como un cualquiera las brutalidades de un rústico: pero entre caballeros tengo derecho á exigir ciertas consideraciones. El mismo camello se apesadumbra de los malos tratamientos de que es objeto, y con mas razon es el hombre susceptible de sentimiento. Se casaria acaso si no fuera asi?

--Corriente, amiguito, replicó el notario mudando de repente la línea de ataque: no diré que no tengais razon, y no discutiremos este delicado punto; pero no me negareis que el doctor Plympton tiene algun motivo para quejarse. Las apariencias están contra vos, y no dudo que vuestra respuesta, dictada por la honradez que os caracteriza, disipará las sospechas que aquellas han producido.

--Caballero, esclamó Devallé; estoy enteramente á vuestras órdenes; pero por Dios no me hagais mas preguntas; no me hace gracia que la insidiosa maña de un notario me arranque lo que yo pueda saber, como se arranca un diente con pinzas, ó el tapon de una botella con el instrumento destinado especialmente á este uso; tengo cincuenta años y familia numerosa. Ahora os diré sin rodeos que he entregado á miss Plympton la carta que decis de parte de M. Godfrey Fairfax, quien me ha enviado espresamente

de Demerera, adonde fuimos en el mismo buque. Al desembarcar, supimos que su padre habia muerto, y que el jóven era heredero universal. Entonces... ya sabeis que la carne es débil, me hizo volver á ponerme en camino con un billetito amoroso para miss Plympton, si aun la encontraba soltera. Esta es la verdad, y la confieso porque seria inútil ocultarla. Ademas, de que el hombre no es mas que polvo, y ¿qué seremos todos nosotros de aqui á cien años? Me permitireis ahora una observacioncita? pues es que hubierais podido saber todo lo que acabo de decir, y mucho mas si en lugar de llamarme miserable, &c. &c. hubierais recorrido la carta de M. Godfrey. Con que, con vuestro permiso, creo que ya podré retirarme. Me esperan mi muger y mis hijos. Todavia no sé que es de ellos, y eso que representan un papel importante en mis pensamientos diarios y nocturnos sueños. Aléjome, pues, pero pronto volveré por acá, porque el ejercicio es sumamente favorable para la salud, y despues, si este primer paso no impide el casamiento proyectado entre miss Plympton y el jovencito que se fue, tendré el honor de volveros á ver en la iglesia, donde iré humildemente á oponerme á la publicacion de las amonestaciones. Os sonreis, señores?.. lo celebro; pero no olvideis que el raton libertó al leon cautivo, y que una simple habichuela ha ahogado á mas de un heroe. Sin duda por esta razon, y por una analogia fácil de concebir... á mi me gustan muchísimo las analogías... sucede que el poderoso toro evita en los pastos los vivares del conejo, al paso que el hombre, el Rey de la creacion, teme estremadamente á las avispas y á los escorpiones. Señores, soy vuestro mas humilde y rendido servidor.

Despues de estas rebuscadas frases, acompañadas de multitud de reverencias, dejó el esportillero negro al doctor Plympton y al notario leer á su placer la carta de Godfrey Fairfax. Estaba trazada con las mas cariñosas espresiones, y el enamorado ausente manifestaba el mas profundo pesar de no poder regresar á Inglaterra inmediatamente; pero juràba que á principios del inmediato verano volaria hácia Isabel en alas del amor, si aun le consideraba como digno de ser su esposo. Añadia, que á pesar de sus esfuerzos de inteligencia, no habia conseguido todavia aclarar el misterio de la sustitucion en la maleta, y temia que fuese la causa algun incidente desagradable; pero que tomaba al cielo por testigo de que jamás habia sospechado de la tierna y confiada Isabel, que hubiera tenido parte en el innoble complot de que habia sido víctima.

Las alusiones al lance de la maleta eran hebreo para el sábio doctor Plympton. Pero sin necesidad de saber hebreo, pudo el notario, acostumbrado á desembrollar todo género de misterios, saber la verdad, interrogando á Isabel, á Patty Wallys, á Jorge, y aun á César Devallé con quien tuvo una entrevista. Cuando comunicó al doctor el resultado de sus investigaciones el respetable personaje protestó que en toda su vida se le disiparia el asombro.

Jorge Wharton abandonó el presbiterio sin volver á dar á Isabel la palabra de Dios, y con la plena aprobacion del notario, aprovechó la primera ocasion de regresar á su pais natal. Isabel consiguió del doctor que escribiera á Godfrey Fairfax, invitándole á cumplir su promesa para el próximo verano. Ella acompañó un billetito á esta esquela de convite.

IX.

EL HOMBRE VELETA.=DESENLACE INESPERADO.

Mas ah! el corazon del hombre está

sujeto á las mas extrordinarias peripecias. Cuando al cabo de dos meses recibió Godfrey las cartas que acabamos de indicar, llevaba quince dias de pasion por una deliciosa criolla con quien contrajo matrimonio á las seis semanas.

Trascurrieron otros tantos años, pasados los cuales fue llamado el notario Burdock para otro contrato de boda en el presbiterio de Jacobford. Se trataba de unir á Isabel Plympton, aun en toda la flor de su coqueteria, con su primer adorador Cárlos Perry, que hacia quince meses estaba viudo.

El esportillero negro no juzgó oportuno volver á Demerara. Hásele visto despues engalanado con una soberbia peluca, sentado en la Cámara de los comunes en una de las tribunas públicas, y aplaudiendo á M. Wiberforce, la última vez que habló contra el tráfico de negros.

BIOGRAFIA

DE

SILVIO PELLICO.

—

I.

Nació Silvio Pellico en Saluzzo, ciudad del Piamonte por el año de 1789: fueron sus padres el señor Honorato Pellico de la misma ciudad, y la señora Tourneer, de Chambery, los cuales ademas de Silvio y Rosina que fueron gemelos, tuvieron otros cuatro hijos. Luis y Josefina que eran los mayores y Francisco y Marietta los últimos. Pasó la infancia de Silvio en medio de aquellas tempestades políticas, que empezando en Francia, agitaron á toda la Europa y llegaron al Piamonte. Su padre, que era afecto al rey tuvo que andar prófugo por los Alpes, con su muger en cinta y sus hijos chicos, hasta que triunfó su partido, en cuya época dió asilo en su misma casa y proporcionó la fuga á muchos del bando opuesto, enseñando á sus hijos á soportar la mala suerte con valor, y gozar de la buena con moderacion. Enfermizo y débil Silvio, profetizaron los médicos que no llegaria á los siete años, despues que no cumpliria los catorce, y últimamente que moriria antes de los veinte y uno: fallaron todos estos pronósticos. Silvio y su hermano Luis tuvieron por primer maestro al clérigo Manavella, el cual les tomó tal afecto que aun despues que pasaron á estudiar á la escuela pública les repasaba cuando era tiempo de exámen, para que saliesen con lucimiento y pasasen á clases superiores. Como parte de educacion aprendian y recitaban trozos de comedias compuestas por su padre, que era muy instruido, y de aquí nació en ambos el gusto por las composiciones dramáticas. Luis escribió muy buenas comedias, y Silvio tragedias aplaudidas.

El señor Honorato con ánimo de establecer una fábrica de seda, pasó con su familia á Pinerolo, cuyo antiguo castillo hace recordar al misterioso prisionero de la máscara de hierro. Silvio al oir esta aventura maravillosa estaba lejos de imaginar que igual suerte le esperaba en el Spielberg. Poco despues su padre consiguió un empleo y trasladó su casa á Turin; empleo en el cual le conservaron por su buen comportamiento, cuando la monarquía se cambió en república.

En este tiempo casóse Rosina con un primo que residia en Leon de Francia; Sil-

vio fue á acompañarla, y permaneció en aquella ciudad cuatro años, y tal vez hubieran sido mas, á no haber aparecido los versos titulados «Los sepulcros de Hugo Fóscolo», que le dieron lo que se llama *mal de patria*, y volvió á ella.

Su familia residia entonces en Milan por ser su padre gefe de seccion del ministerio de la Guerra, y su hermano Luis secretario del marques de Caprara (año de 1810). Silvio desde que llegó fue nombrado profesor del idioma frances, que poseia perfectamente, del colegio de huérfanos militares de Milan. De esta época data su amistad con los dos célebres ingenios Monti y Fóscolo, y tambien su primera composicion dramática que hizo inspirado por la actriz Carlota Marchionni, que acababa de estrenarse, y cuyo talento adivinó Silvio: encargóle el papel de la Francisca de Rímini, y esta tragedia, despues de haber sido muy celebrada en Milan, fue recibida con aplausos en Nápoles, Florencia, y en cuantas ciudades se representó.

Cuando cayó el gobierno napoleónico, la familia volvió á Turin, menos Silvio que se quedó viviendo con el conde Porro, de cuyos hijos fue maestro; en esta casa frecuentada de todas las personas notables de todos los paises, conoció Silvio á madama Stael, Sthlegel, Byron, Obbouse, Davy, Brougham, Torwaldsen y otros.

Estaba ya establecido en Italia el gobierno de Austria con todo el rigor que ahora tiene: el conde Porro convino con el de Confalonieri en buscar un remedio á tanto mal, oponiendo un poder insensible al poder efectivo, y de aqui nació el proyecto de un periódico que reuniese la fuerza de los doctos para hacer guerra á la barbarie; que enseñase grandes verdades, y alimentase grandes sentimientos. En efecto, empezó á publicarse el *Conciliador*, que redactaban hombres de gran valía, Gioja, Romagnosi, Ressi, Pecchio, el conde de Arrivabene, el marques Ermes Visconti, los astrónomos Plana, Carlini, Musotti, el médico Rassori, los literatos Silvio Pellico, Alejandro Manzoni, Giovita Scalvini, Pedro Borsieri, el baron Camilo Ugoni, Luis de Brenie, Berchet, Peregrino Rossi, Sismonde Sismondi, y otros. Los socios se reunian tres veces á la semana en casa de Porro, y alli habia interesantes discusiones, de modo que puede decirse que la sociedad del *Conciliador* educó y preparó una nueva generacion de autores, y á ella se debe cuanto tiene la literatura italiana del año de 1819 acá. Pellico propuso que se hiciese un fondo para recompensar al que pusiera en órden las diferentes historias italianas, y aprobado el proyecto escribió á Botta animándolo á emprender este trabajo. Confalonieri paso á París y á Lóndres á su costa, concurrió á las escuelas lancasterianas como discípulo para enseñar á los maestros de su patria, y en union con Porro estableció varias escuelas, una de ellas en la misma casa de Porro. Este ejemplo fue seguido por el conde Arrivabene en Mantua, por Mambrini en Brescia, y en todas las ciudades de Italia con la mayor emulacion; pero al tiempo de recoger el fruto de tantos esfuerzos, y sacrificios el gobierno austriaco mandó cerrar las escuelas. Despues propuso Pellico establecer una escuela dramática para perfeccionar á los actores y formar compositores, el gobierno no lo permitió. Ultimamente llamando conjuracion á la sociedad del *Conciliador*, (y á fe que lo era, conjuracion de los buenos contra los malos, como el Evangelio es una conjuracion contra los errores) se impuso una censura suspicaz al periódico que mutilaba bárbaramente los artículos; y amenazando á los escritores con persecucion y destierro, los redugeron á tal estremo, que el periódico murió al cumplir el año de haber empezado.

Esto fue en 1820, tiempo en que se juró en Nápoles la Constitucion, suceso que hizo concebir esperanzas tan ardientes, que el gobierno austriaco no sabia qué medidas tomar, y fulminaba las leyes mas crueles contra las sociedades secretas, á las cuales se debió en Nápoles el cambio de sistema; redoblóse el espionage; satélites nocturnos rondaban por todas partes y se hacian diariamente prisiones: entre otros fue arrestado Pedro Maroncelli el amigo mas íntimo de Pellico, que le habia conocido en casa de Carlota Marchioni y cuya amistad habia empezado por una disputa. Casualmente en aquellos dias habian ido á hacer un viage por el vapor de Pavia á Venecia los condes Porro y Confalonieri, los poetas Pellico y Monti, los ingleses Wellians y Cavegham y otros: no faltó quien digera que este viage era otra espedicion de los argonautas, en que dos Jasones llevaban á dos Orfeos para que cantasen con mas solemnidad la conquista del nuevo Vellocino. Esta alusion redobló la vigilancia del tremendo dragon, de cuyas garras escaparon pocos de los pobres argonautas. Apenas volvió de Venecia Pellico, fue á casa de Maroncelli: « Está preso, le contestaron, y á vos os anda buscando la polícia.» Pellico respondió: « La polícia sabe mi casa, y voy á esperarla; » pero ya le esperaban á él unos cuantos esbirros, que despues de haberse apoderado de todos sus papeles, poemas, novelas y correspondencia, le dijeron que los siguiese á Santa Margarita: era el 10 de Octubre de 1820, seis despues del arresto de Maroncelli.

Santa Margarita, situada en el centro de la ciudad entre el teatro de la Scala y la plaza d'i Mercanti, era un convento de monjas, y suprimidas estas se destinó á la direccion general de la polícia: habia alli tambien varias cárceles para los acusados, para las mugeres de malas costumbres y para los sospechosos de manchas políticas. Largos fueron los interrogatorios que hicieron á Pellico, despues de los cuales le confinaron en una celda, de donde lo sacaron á los pocos dias, por estar destinada al último que llegaba, y acababan de *atrapar* como decian los carceleros, á otro *grosso ascello*, que era Melchor Gioja. Recibió dos visitas de su padre, á quien dejó en el error de creer que su arresto no tendria consecuencia, con cuya seguridad el buen señor Honorato volvió a su casa.

El 18 de Febrero lo sacaron de alli para llevarlo á Venecia, donde debia comparecer ante una *comision especial*, es decir, ante unos hombres que tenian órden de condenar á todo el que les presentasen, porque muchas veces las comisiones especiales no son otra cosa que una reunion de séres inicuos, á quienes nombra el gobernante para que carguen con las responsabilidad de la sentencia que él mismo ha dictado, por cuyo atroz servicio consiguen proteccion, oro y distinciones, que no se avergüenzan de llevar. Llegó á Venecia el 20: llevárónle al palacio del Dux, donde están ahora los tribunales, y de ellos á la famosa prision de los Plomos, que ocupa la parte superior de dicho palacio, y toma su nombre de tener el techo de plomo. Cuánta seria su agonia al considerarse envuelto en un proceso criminal por infidencia al Estado, que debia juzgarlo una comision especial, que esta comision era nombrada por el gobierno austriaco, y todo esto en el año de 1822! A pesar de todo, alli compuso las tragedias de Ester d'Engaddi, la Hijinia d'Asti, los cantos de Tancredo, Adello y Cristobal Colon, desmintiendo el célebre verso de Ovidio:

Cármina proveniunt animo deducta sereno.

Despues de haber pasado todo el verano en una pieza calentísima, pasáronlo en el mes de octubre á otra mas fresca. Al mes siguiente publicaron la sentencia de los comprendidos en el primer proceso, es decir, los que fueron arrestados los primeros; nueve eran condenados á muerte, pero se les conmutó en *cárcere duro*, á unos por veinte años en Spielberg, cerca de la ciudad de Brunn en Moravia, y á otros por quince en la fortaleza de Lubian. *Cárcere duro* significa estar obligado á trabajar, llevar cadena al pie, dormir sobre una tabla, y comer muy poco.

A los pocos dias se pegó fuego al palacio; uno de los sirvientes preguntó al alcayde.—¿Qué hacemos con los prisioneros?—El alcayde respondió.—«No tengo corazon para dejarlos achicharrar; mas sus prisiones no pueden abrirse sin permiso de la comision, corre á buscarlo, aunque puede que no llegue á tiempo.»—Felizmente el fuego se apagó; si no, perecen los prisioneros.—El 11 de Enero de 1822 trasladaron á Pellico á la isla de S. Miguel de Murano, cerca de Venecia, de donde no lo sacaron hasta el 22 de Febrero para conducirlo á la sala de la comision, en la cual se le leyó su sentencia.—«Condenado á muerte, conmutada en quince años de *cárcere duro* en Spielberg.»—Hágase la voluntad de Dios, respondió Pellico. Desde aquel dia se le dió por compañero de habitacion á Maroncelli; ¡qué abrazo se dieron los dos amigos! ¡y con cuanto cariño saludaron por una ventana á otros tres compañeros; á Cánova sentenciado á *cárcere duro* por seis años, á Rezia por tres, y al doctor Armari que despues fue declarado inocente! A las nueve de la mañana siguiente Pellico y Maroncelli fueron llevados á la plaza para leerles la sentencia en público. Grande fue el murmullo que se levantó cuando se oyeron las palabras: *A morte!!* pero se aplacó cuando el escribano continuó: *Condonnati á cárcere duro; Maroncelli per vent anni, Pellico per quindici.* ¡Cesó el murmullo como si fuese mejor la suerte de los prisioneros!

Al cabo de un mes se presentó un comisario de policia que debia acompañarlos á su destino, les dijo que habia oido que el Emperador habia mandado que los dias de prision solo se contasen de doce horas, esto es, que reducia el tiempo á la mitad; encadenáronles la mano derecha con el pie izquierdo para que no pudiesen escaparse y asi los llevaron por espacio de quince dias que tardaron en llegar á la prision (el 10 de Abril).

La ciudad de Brunn es la capital de la Moravia y en ella reside el gobernador de las provincias de Moravia y Silesia; está situada en un valle risueño; tenia muchas fábricas de paños, que ahora están en decadencia, y su poblacion llegaba á 30,000 almas. Al lado de sus muros se eleva un montecito, y sobre él la funesta roca de Spielberg, antiguamente habitacion regia de los Señores de Moravia, y hoy el castigo mas cruel de la monarquia austriaca, donde están encerrados mas de trescientos condenados, la mayor parte ladrones y asesinos. A poca distancia de allí está la célebre Austerlitz.

El superintendente inscribió sus nombres en el libro en que estaban los de los malvados, y Pellico y Maroncelli fueron encerrados en diferentes calabozos. A los cinco dias les concluyeron el vestido de prisioneros, que consistia en un par de pantalones de paño burdo, la mitad de color gris y la otra mitad oscuros, un chaleco y una chaqueta con los mismos colores, pero colocados de un modo opuesto; la camisa de un género de estopa llena de punzantes estaquillas, un verdadero cilicio, al y cuello un pedazo de la misma tela: botines de cuero sin teñir, atados, sombrero blanco, y

para complemento una cadena de una pierna á otra, cuyos grillos eran remachados sobre un yunque. Hacíanse tres requisas diarias, por la mañana, por la tarde y á media noche. El director de policia visitaba la prision una vez al mes, hacia poner á los prisioneros desnudos, descocia los vestidos y los colchones, á ver si en ellos se ocultaba algun papel, y vaciaban el cántaro del agua: ademas, en diferentes épocas fue visitada la prision por tres personages de categoria, los barones Von Munch, Von Vogel y otro. A principios de 1823 en que estaba Pellico bastante enfermo, se le concedió estar en el mismo calabozo con Maroncelli, lo que mejoró mucho su salud: permitiéronles una hora de paseo: primero dos veces á la semana, y despues todos los dias; en este tiempo compuso Pellico su Leoniero da Dertona. Trajeron nuevos presos y aumentáronse los rigores: en los años de 24, 25, 26 y 27 no solo privaron á los dos prisioneros de sus libros: Dante, Byron, Walter-Scot, Schiller, Goette y otros semejantes, sino que les quitaron dos tenedores de madera, á Pellico sus espejuelos, y á Maroncelli su lente. Silvio era bondadoso, sufrido; pero le faltó la paciencia y esclamó: Haceis mas que el Emperador: él me ha encerrado por quince años; pero vos me dejais ciego, parece que los cimientos de la monarquia austriaca se derrumbarán si yo veo, y si cómo con un tenedor de madera en vez de hacerlo con los dedos.» El gobernador de Moravia, conde de Mitrowski, se compadeció de su suerte, sintiendo no poder mejorarla, y le dijo. —«Si el director de policia no hubiera secuestrado estas frioleras, yo os las dejaria; pero ahora no puedo, porque se ha formado causa que está pendiente en Viena y conoce de ella el mismo Emperador.--Un proceso para decir si debe permitirse á un prisionero corto de vista que use espejuelos y que coma con un tenedor de madera! Este es un sarcasmo de justicia. El médico aconsejó á Pellico el uso del café; ni el superintendente ni el visitador Von Vogel se atrevieron á permitírselo por ser demasiado lujo para un prisionero. Fiado Pellico en que su prision concluiria á la mitad de su condena, como se lo habia asegurado en Venecia el comisario de policia que le acompañó, creyó salir en libertad en el verano de 1828, pero se engañó.

Mientras tanto se le habia formado á Maroncelli un tumor en la rodilla izquierda, que fue tomando incremento, impidiéndole andar y causándole intensos dolores: el médico recetó mil remedios que le aplicó Pellico con el mayor esmero; pero en vano. Al cabo de nueve meses de horribles padecimientos, que soportó con firmeza, celebróse una junta, concluida la cual el superintendente dijo á Maroncelli.—El protomédico no se ha atrevido á esplicarse en vuestra presencia, temia que no tuvieseis firmeza para oiros anunciar una dura necesidad, yo le he dicho que teniais mucho valor.—Me parece que he dado pruebas de ello, sufriendo sin quejarme de estos martirios. Se me propone acaso.....—Si señor, la amputacion, pero como estais tan débil. Quereis esponeros al peligro.....—De morir? No moriré igualmente si no se pone término á este mal?—Entonces se dará parte á Viena, y asi que llegue el permiso de hacer la operacion .....—Pues qué ¿se necesita permiso?—Si señor!!!

A los ocho dias llegó el permiso; el enfermo fue trasladado á una pieza mas grande, y pidió que lo acompañase Pellico.—« Puedo morir en la operacion, y quiero espirar en los brazos de un amigo.»—El abate Wrba su confesor le administró los sacramentos; despues como tardasen los cirujanos, Maroncelli se puso á cantar un hymno. Al fin llegaron los dos: el uno era el bar-

bero de la prision, que tenia derecho á hacer todas las operaciones que se necesitasen en ella, el otro un jóven profesor que gozaba de mucha fama. Durante la dolorosa operacion le sostenia Pellico, y Maroncelli no dió un grito: concluida echó una mirada á su pierna y dijo al cirujano con voz muy entera:—Me habeis libertado de un enemigo, y no tengo con qué recompensaros.»—Despues pidió á Pellico que le trajese una rosa que habia en una maceta en la ventana, y añadió:—« Tomad esta flor, es lo único que puedo daros en testimonio de mi gratitud.»—El cirujano la tomó derramando lágrimas. Qué coincidencia! A Maroncelli le amputaron la pierna el 18 de Junio de 1828, aniversario de la memorable batalla de Waterloo. Los cirujanos creyeron que la enfermeria del Spielberg estaria bien provista; pero se hallaron con que faltaban muchas cosas, como tela encerada, vendas, &c; y el pobre mutilado tuvo que esperar dos horas á que trajesen todo esto de la ciudad. A los cuarenta dias volvieron Pellico y Maroncelli á su antiguo calabozo, donde pasaron el escorbuto y otras enfermedades.

Llegó por fin el 1.° de Agosto de 1830: á medio dia el superintendente les dijo que tenia el honor de anunciarles que S. M. I. habia concedido una gracia.—Cuál? preguntó Pellico con indiferencia, porque ya empezaban á perder las esperanzas de salir de allí.—La libertad para los dos, y para su amigo Andres Tennelli.

Este anuncio que debia llenarlos de alegria los entristeció profundamente, pues ninguno de ellos habia sabido de su familia en aquellos diez años. Presentia Pellico que habia perdido á su hermana Marietta, y Tonnelli á su madre.

De allí á unos dias partieron los tres amigos acompañados del comisario de policia: en Brescia se quedó Tonnelli; en Mantua se quedó Maroncelli, y Pellico siguió á Turin donde acaba de morir rodeado de su familia.

Desde el momento en que fue condenado, renunció enteramente á la política y se consagró á la Religion, á la moral y á la poesia. *Mis prisiones* son la relacion de lo que padeció en los diez años de presidio: están llenas de verdad y de sentimientos sublimes. Los deberes del hombre son el dogma de los hombres honrados; sus tragedias, todas en verso, Francisca de Rímini, Eufemia di Messina, Ester d' Engaddi, Hijinia d' Asti, Leoniero da Dertona, Gismonda da Mendrisio, Herodiade, y Tomasso Moro, abundan en bellezas, y todas tienen por objeto desenvolver un pensamiento moral ó patriótico.

Pellico y Maroncelli apenas estuvieron libres, presentaron al Emperador una memoria fiel de lo que habian padecido en el Spielberg, proponiendo al mismo tiempo las medidas que debian adoptarse no solo para mejorar la suerte de los prisioneros, sino para evitar su muerte.

L. F. y H.

SOBRE EL VESTIR.

Nada hay tan necesario para la preservacion de la salud, como el mantener el cuerpo, cuanto sea posible, en un estado uniforme de temperatura. La sabiduria del Criador nos ha dotado de sentidos, que sirven como instrumentos de placer para nuestros goces, y de dolor para nuestra preservacion; asi es, que cuando nos sentimos sofocados por el calor

escesivo, ó arrecidos con el grande frio, procuramos, como por instinto, la sombra y aire agradable, ó el refugio en algun lugar adaptado á defendernos de la escesiva frigidéz del aire, y de una temperatura congelante. Si el calor nos molesta, buscamos refrigeracion en el baño, y si el frio nos incomoda, procuramos abrigarnos con la capa, con el ropon, ó con pieles. Pero de poco nos servirian todos nuestros esfueros para mitigar los efectos incómodos del escesivo calor ó frio, si la naturaleza no nos hubiera proveido, en las funciones peculiares de la piel y los pulmones, con un poder de preservar el calor del cuerpo uniforme en todas las variedades de temperatura á que está sujeta la atmósfera. Aumentada la perspiracion, el esceso de calor es arrojado por los poros del cutis, mientras que los pulmones, descomponiendo la atmósfera, absorven el oxígeno, para dar nuevo calor á la sangre; de modo que las partes internas del cuerpo, en estado de salud, se mantienen constantemente en la temperatura de 98 grados en el termómetro de Fahrenheit, ó 30 en el de Reaumur. Los animales están igualmente organizados para mantener el calor interior, pero no poseyendo la inteligencia del hombre, hay algunos que no pueden tolerar el calor tropical, y muchísimos que no pueden existir en las latitudes muy altas, mientras que el hombre, capaz de procurarse el abrigo suficiente, puede habitar en todas las partes del globo, si no hay algun impedimento insuperable en la localidad.

La funcion escretoria del cutis es de tanta importancia para la salud, que debemos en todos tiempos cuidar de mantenerla en accion; porque si la porosidad que debe salir del cuerpo por el cútis queda estancada, producirá seguramente alguna enfermedad. Las partículas superfluas que el cuerpo vivo expele por los poros del cútis, y de las que aquí hablamos, no deben confundirse con la humedad visible, llamada sudor, que baña el cuerpo en tiempo de gran calor y durante ó despues de algun ejercicio violento, sino una materia imperceptible á nuestros sentidos, la cual está siempre pasando afuera de todas las partes del cuerpo, y que es mas conocida por el nombre de *perspiracion insensible*. Esta perspiracion insensible es la verdadera escrecion del cútis, y cuya supresion es el síntoma mas constante de casi todas las enfermedades, y la causa inmediata de todas las fiebres. El laxamiento de vientre que muchas personas suelen esperimentar en los meses de verano, y erróneamente atribuido al uso de las frutas de la estacion, es generalmente el efecto de haberse suprimido la perspiracion insensible. En los paises cálidos, como España y la mayor parte de las provincias de la América meridional, se aumentan tan prodigiosamente las funciones del cútis, que su interrupcion es proporcionadamente mas funesta que en los paises frios. Aunque el frio intenso contrae el cútis, no cierra sus poros, pero cuando estos están llenos de humedad por el calor, y se represa el sudor, quedan tan obstruidos que no dejan paso franco á la perspiracion insensible, por tanto, no hay cosa mas fatal á la salud que el sentarse ó pararse al aire fresco, cuando el cútis está sudoriento.

La piel humana, así como la de otros seres vivientes, está surtida de glándulas, las que le comunican una materia oleosa que la hace impenetrable al agua, y por este medio se mantiene eficazmente la evaporacion de la perspiracion, pues si no fuera por esta materia oleosa, estaría el cútis como hervido, como se observa en las manos

de las lavanderas, cuyo cútis está destruido por el poder alcalino del jabon, el cual es mas ó menos fuerte á proporcion de la lejía empleada en su fabricacion.

Otra funcion del cútis por todo el cuerpo humano es, el absorber y conducir á las venas y arterias, por vasos apropiados, cualquiera cosa que viene en contacto con él, por esto es que el baño, los pediluvios y fomentos producen efecto inmediato en la sangre. El cútis es tambien el órgano del tacto, y á proporcion que aquel está mas bien preservado, la sensacion de este es mas fina.

Estas tres facultades del cútis.—la perspiracion, la absorcion, y la sensacion, están tan dependientes entre sí, que no puede una recibir obstrucion ó daño, sin que las otras dos sientan el desorden. Porque si una persona se espone á un viento muy frio sin el abrigo suficiente, y en un estado de inaccion, hasta que sus miembros queden tiesos, y su piel insensible, los vasos que escitan la perspiracion y la absorcion, participarán tambien del entorpecimiento que se ha apoderado de los nervios del tacto, y no podrá recobrar la actividad perdida, hasta que la sensibilidad quede completamente restablecida.

Nos hemos detenido en la consideracion de las funciones del cutis, que hemos procurado hacerla inteligible y con pocas palabras científicas, porque convencerán mas de la necesidad de cuidar atentamente mantener el cuerpo con el abrigo correspondiente. Hay paises, como la Inglaterra, donde el tiempo es tan caprichoso, que apenas hay en todo un mes un solo dia de una igual temperatura; y otros tan regulares, como Valencia en España, y varias provincias en la América del Sur, donde el termómetro mas sensible se mantiene estacionario por meses enteros; pero en la mayor parte de los pueblos hay mayor ó menor variacion atmosférica, por lo que en todos se debe tener cuidado con el abrigo del cuerpo.

El objeto principal del vestido es el precaverse del frio, y todos deben convencerse, especialmente las madres, nodrizas y amas de niños, que un frio que haga tiritar no puede dejar de dañar á la salud; y no importa que no se sienta en el momento, porque está comprobado con la autoridad de médicos eminentes, que la multitud de enfermedades crónicas que aflijen la humanidad, son causadas por frios sentidos anteriormente, y en cuanto á la consuncion y escrófula, la mayor plaga del género humano, no tienen otro orígen. Una cuarta parte de los que mueren en Lóndres y París, son víctimas de la consuncion; y si en España y otros paises se hiciera una necrologia anual especificando las enfermedades de los finados, se hallaria que la proporcion es quizas mucho mayor; sin hallarse otra causa que la de un resfriado tomado por falta de abrigo, y descuidado en su principio.

Ropa.—En los paises frios, y en los que la temperatura varía mucho entre el dia y la noche, la única especie de ropa que puede dar el abrigo necesario son los tejidos de lana, y el mejor modo de usarla será á raiz de la carne. Las ventajas principales de la lana, como preservadora de la salud, son:—la facilidad con que la bayeta permite el escape de la materia perspirada,—su poder de preservar el calor en la carne en todas circunstancias;—lo mucho que tarda en empaparse de humedad;—su lentitud en conducir el calor;—la suavidad, lijereza y flexibilidad de su tejido.

Algodon.—Los lienzos de algodon, aunque al parecer se diferencian poco de los de lino, son los que mas se asemejan á la naturaleza de la lana, por lo

que deben preferirse, despues de la bayeta, á toda otra especie de ropa blanca.

Seda.—En punto de excelencia la seda se sigue al algodon, aunque inferior á este en todo respecto. Esta rica tela se usa muy poco como ropa interior, sirviendo casi siempre de adorno; sin embargo, se usa con mucha utilidad para el abrigo del cuello y de la cabeza.

Lino.—Los lienzos de lino poseen lo contrario de todas las cualidades excelentes mencionadas en los tejidos de lana. El lino retiene en su testura la materia de la perspiracion;—se empapa inmediatamente de humedad,—causa una sensacion de frio desagradable en el cútis;—por último, conduce el calor con mucha rapidez. No hay, á la verdad, otra tela peor que la de lino para ropa blanca ó interior, esto es, para abrigar y preservar la salud. No dudamos que algunos de nuestros lectores disentirán de esta asercion, pero si, desechando la preocupacion, consideran las propiedades del lino, estamos seguros que no entrará mas en la lista de su ropa interior.

Desde tiempo inmemorial se han notado errores muy prevalentes en el modo de adaptar el vestido al cuerpo, particularmente entre las mugeres. El vestido que solo debe servir de abrigo en la infancia dejando al cuerpo libre en todos sus movimientos, principia á ser un tormento para las criaturas desde la cuna; los muchachos, luego que escapan de las manos de sus madres ó amas para vestirse, quedan emancipados, porque su disposicion traviesa no les permite rendirse á las fajas ni estrecheces; pero aunque las muchachas quedan libres por algunos años, antes que se acerquen á la pubertad vuelven á la opresion de los corses y corpiños, tormentos de la tirana moda. Las malas consecuencias de tan innatural opresion de las entrañas, por evidentes y á veces fatales que sean, no sirven de escarmiento; las deformidades que los corsés producen en algunas jóvenes; los dolores de costado á que muchas están sujetas; las indigestiones inveteradas y el desagradable flato que padecen casi todas, y otros malos efectos que no mencionaremos, no bastan en los paises civilizados para sustraer á una sola muger del imperio de la moda, ó de la tirania del capricho; por lo que siendo inútil predicar sobre este tema, las dejaremos en su incorregibilidad, para dirijirnos á otra clase de personas.

Los ocupados en empleos sedentarios, y particularmente los estudiosos, sienten mas que otros la influencia del frio; y si para remediar este inconveniente hacen calentar el aposento, se esponen al peligro de la transicion de un gran calor á un grande frio; de modo que dentro del cuarto están viviendo en verano, y al salir de él entran en invierno. Si el cuarto está calentado por la perniciosa práctica de los braseros, el daño que puede causar á la salud es todavia peor; saliendo de un cuarto donde hay brasero, los resfriados son de una naturaleza mas maligna, y manteniéndose dentro del cuarto, los efluvios del cisco ó carbon, por mas encendidos que esten, dañan á los nervios mas de lo que pueden imaginar los que no han visto casos de estas consecuencias fatales. La inactividad á que están espuestas las personas de vida sedentaria, debilita mucho su cuerpo y les incapacita de mantener el grado de calor necesario para su bienestar, sin la ayuda del fuego ó de ropa excesiva. En los paises donde el frio llega á congelar el agua, el fuego es absolutamente necesario, ó calentar el cuarto por medio del vapor pasado por tubos, como se practica en los paises septentrionales de Europa. Pero si la temperatura no es muy baja, el re-

medio mas seguro es abrigarse por medio de mayor cantidad de ropa en el cuerpo, y zaleas á los pies. Si la frialdad de estos llegare á incomodar, una vasija con agua caliente y bien tapada, á los pies, los abrigará por muchas horas.

Finalmente, una persona que se haya calentado en un cuarto por el fuego, deja al salir de él el calor; pero la persona que esté caliente por el abrigo de su cuerpo, lleva el calor consigo, y lo conserva fácilmente con el ejercicio: es por tanto mucho mas acertado abrigarse bien con ropa apropósito que usar de braceros ú otros medios esternos para calentarse.

F. A.

EL ESTRANGERO.

NOVELA VENECIANA.

Éramos cinco, cinco intrépidos andarines, los que habíamos salido al rayar el dia de San Loup para hacer una guerra de esterminio á todos los pajarillos de la comarca; el ardor de la persecucion nos habia hecho olvidar la distancia. En nuestra sed de matanza habiamos corrido los valles, saltado los arroyos, trepado á las colinas; bien pronto, al medio dia, nos encontramos en medio del bosque de Cuges, á mas de la mitad del camino de Tolon, fatigados, hambrientos, desfallecidos, siempre con la inseparable escopeta en el brazo, pero el estómago y la bolsa de la pólvora enteramente desocupados, triste necesidad á que deben resignarse todos los *Nemrodes* de paises llanos. Tratábamos sobre el camino que se habia de seguir, cuando un individuo salió de un paraje oculto, y se encaminó resueltamente hácia nosotros.

Era un hombre de unos cincuenta años, de siniestro aspecto y estatura colosal. Su cabeza desaparecia bajo una enorme gorra de Lazzarone; una chaqueta de paño burdo, unos calzones de terciopelo azul y unas grandes polainas completaban su atavío.

Esta aparicion inesperada nos alarmó.

—¡Hum! dijo uno de nosotros, será un gendarme disfrazado.

—Pues á mí me parece, dijo otro, un partidario de Gaspar de Besse.

Y por un movimiento simultáneo agarramos las escopetas.

El desconocido sin embargo se acercaba cada vez mas, sin que nada en su continente manifestase el miedo ó la sospecha. Nosotros estábamos esperando á cada instante ver salir de sus calzones alguna formidable pistola, ó la clásica escopeta, y estábamos preparados á recibirle, cuando... ¡oh sorpresa! se quita su gorra con una mano y nos alarga la otra.

—Mis buenos señores, dijo, mis buenas señoras, (nosotros no éramos mas que jóvenes, pero la ausencia total de señoras, no le pareció motivo suficiente para abreviar un poco la frase usual) alguna cosa para el pobre mendigo: Dios y nuestra Señora se lo pagarán.

Las escopetas estuvieron á pique de escapársenos.

Pero uno de nosotros, mas incrédulo, refunfuñó entre dientes, y esclamó, siempre apuntándole: Mendigo en este sitio, estais loco, señor mio..... ¡Hum! sois un tuno de profesion... vamos... marchaos pronto.

Pero el mendigo con gran risa ¡ah! ¡ah! dijo, vos me tomais por..... es que, Dios me perdone, tengo de eso bastante aire; no, añadió suspirando, no soy lo que vos creeis. soy un pobre, obligado á vivir de la caridad, y

vuelvo á mi pais del cual no saldré nunca.

—Y venis.....

—De Inglaterra.

—¡¡ De Inglatera !!! y vais.....

—A Venecia.

—¡¡ A Venecia !!!

—Os parece fábula, no es verdad? sin embargo es cierto. He corrido toda la Francia, de día implorando la compasion de los transeuntes, y de noche pidiendo albergue en las chozas. Me he perdido en la baja Provenza, pero deseo ir á Marsella; espero encontrar en aquella gran ciudad un capitan compasivo, que lastimado de mi triste suerte, me dé en caridad el pasage en su navio hasta Venecia.

—¿Pero qué desgracias ó circunstancias han podido conduciros tan lejos de vuestra patria?

—Oh! es una historia muy triste y lamentable; si quereis os la contaré y me compadecereis, no es asi? porque vosotros sois buenos y compasivos.

Aceptamos con aclamacion, y habiéndonos refugiado en lo mas espeso del bosque, sacamos algunos víveres, de los que algunos mas prudentes se habian cargado, y habiendo comido todos un pedazo de pastel, el mendigo nos contó su historia en estos términos.

Hace 25 años que vivia yo en Venecia con mi hermana, un ángel. Mi trabajo nos suministraba lo suficiente para vivir; durante el dia conducia yo en mi góndola á los paseantes; pero por la noche, cuando el cielo estaba sereno y la mar tranquila, mi hermana y yo nos abandonábamos en mi barca al capricho de las olas. Abrazados el uno al otro nos embriagábamos con el perfume de la brisa y la dulzura de la noche; mas dichosos que dos amantes, no teniamos en nuestros corazones pasion alguna terrible, la fraternidad purificaba nuestro amor.

Pero mi hermana, sin embargo, tenia diez y ocho años, bella entre las hijas de Venecia; todos los gondoleros mis amigos solicitaban su mano. Todos la encontraban indiferente. Ella consintió en fin; sin manifestar ninguna alegría, en casarse con uno de ellos, llamado Giacomo. El casamiento se fijó para las próximas fiestas de Natividad.

Mas por aquella época residia en Venecia un *Estrangero* de frente pálida y semblante altivo. Nadie sabia su nombre ni su pais. Se decia que era un gran talento, que disgustos domésticos le habian hecho desterrarse voluntariamente de su patria. El pueblo, siempre aficionado á lo maravilloso, habia rodeado á este hombre de una estraña supersticion. Lo habia revestido de formas heróicas y de un carácter superior á los demas mortales. Todo el mundo se perdia en congeturas sobre su historia.

Es verdad que el *Estrangero* justificaba demasiado las fábulas inventadas á cerca de él. Vivia solo, retirado en las ruinas de una antigua abadía, cercada de árboles. Nunca durante el dia le habia visto nadie salir de su retiro. Solamente cuando amenazaba la tempestad, cuando el trueno retumbaba, y las olas embrabecidas estrellaban contra las rocas barcos y marineros, se le veía pasear por la ribera. Y entonces, el que lo hubiese seguido, hubiera visto animarse su pálido semblante, su melancólica y penetrante mirada, hacerse ardiente..... Este desórden de la naturaleza estaba en armonía con el de su alma. Cada ráfaga, cada trueno encontraba eco en su corazon. ¡Oh! al verle asi, los ojos encendidos, los cabellos herizados, se le hubiera tenido por el génio del mal evocando la tempestad.

Tambien se le veia algunas veces vagar á lo lejos sobre un espumoso caballo, batiéndole con sus espuelas los hijares, despues desaparecia de repente con la velocidad del relámpago á las

miradas de sus atónitos espectadores.

Pero á la hora en que los buhos acostumbran á salir de las copas de los árboles, se le veia transitar tristemente por las calles de Venecia, y aspirar en el muelle la brisa del mar.

Algunas veces se alababa la bondad de su corazon. Mil rasgos de desprendimiento y beneficencia lo atestiguaban por otra parte.

Un dia se pegó fuego á la casa de un pobre diablo. Esta casa era toda su fortuna, y el desgraciado era padre de seis niños. El *Estrangero* por casualidad paso por allí y unió sus esfuerzos á los de los trabajadores para atajar los progresos del incendio, mas todo fue en vano. La casa entera fue presa de las llamas. Una semana despues se reedificaba por la generosidad del noble *Estrangero*.

Otro dia un hombre se cayó en el gran canal: no sabia nadar, el tiempo estaba borrascoso; las olas se estrellaban con furor contra el muelle. Nadie osaba desafiar la tempestad; los marinos mas intrépidos estaban horrorizados. Se desesperaba de este desgraciado, cuando ¡oh sorpresa! un hombre ricamente vestido se precipita en las aguas, transcurren algunos instantes y nada aparece en la superficie de las olas. ¡Terrible ansiedad! Se le creia víctima de su imprudente arrojo, cuando con aclamacion de la multitud volvió á aparecer, teniendo en una mano su preciosa carga, y nadando con la otra con esfuerzo; este intrépido libertador era el *Estrangero*.

Estos beneficios, estos desprendimientos contrastaban terriblemente con su natural salvage, y su carácter sombrío y fantástico: esta solicitud con que se aislaba, esta nube que cubria su vida, todo arrojaba al rededor de este hombre no sé qué tinta misteriosa. Nadie sabia decir si era un ángel del cielo ó un demonio del infierno. Las viejas se santiguaban cuando pasaba junto á ellas; los hombres le veian pasar con respeto mezclado de temor: pero las jóvenes le compadecian, porque su corazon adivinaba en todo esto algun gran infortunio .....

.....

Era por la tarde. Habia reynado desde la mañana un tiempo horroroso. Ninguna embarcacion habia podido salir de las lagunas. Pensando que no se presentaria ningun paseante, amarraba yo mi barca y me disponia á volver á mi casa, cuando un magnífico coche ¡cosa no vista en Venecia! se paró en la Plaza. Un hombre bajó de él. Era una magnífica figura de jóven como los poetas pintan á sus héroes, resplandeciente de genio y hermosura. De nobles facciones, ancha frente, de miradas de fuego, de largos cabellos negros, y sobre todo con un aire de dignidad que á un mismo tiempo atraia é imponia. Era el *Estrangero*.

Se acercó á mi, y me tocó en el hombro.

—Amigo, dijo, temes á la tempestad?

—Yo no! respondí, soy hijo de Venecia. Cuando niño me divertia en las olas y su furia no me amedrentaba. Pero, con semejante tiempo no esperaba encontrar aficionados.

—Pues desamarra, y á alta mar.

Diciendo esto habia saltado á mi barca.

Y como yo estaba inmóvil de asombro.

—Hé! repuso con una mirada ardiente, tus palabras serán vanas bravatas, temblarás?

—Oh! no es por mí, respondí yo, sino por mi góndola.... es todo mi haber.... mi sustento.

—Respondo de ella.

Navegamos, navegamos, de cresta en cresta, de abismo en abismo, abriendo cada ola su terrible boca para tra-

garnos; mi sangre se helaba, mis mejillas se encendian, cerraba los ojos para no ver. Pero él se sonreia al aspecto de la tempestad con la mirada ardiente, el pecho palpitante, parecia estar en su centro: aquel aire atronador, aquella mar alborotada le arrancaban infinitas esclamaciones de júbilo. Cada peligro salvado redoblaba su loca alegria, y le daba mas presuncion para arrojarse á nuevos peligros.

Entretanto Venecia se nos presentaba á lo lejos, perdida en la bruma, como un punto blanco en el horizonte. A la vista de la antigua ciudad, un profundo suspiro se escapó del pecho del *Estrangero*. Su semblante palideció, el fuego de sus miradas se estinguió..... Cayó su cabeza entre sus manos con una espresion de indecible tristeza..... Algunas palabras sin sentido se escapaban de sus lábios descoloridos..... Venecia! murmuró—¡Venecia!!!—Reyna de las naciones, ¿donde está tu esplendor? ¿Qué has hecho de tu diadema y de tu manto real? ¡Desgraciado de mí! los buitres de Italia te arrebatan una á una las perlas de tu corona, y se disputan los pedazos de tu cadáver! ¡Oh Italia! ¡Italia!

Pero la bruma habia desaparecido. Por una de aquellas variaciones tan comunes en la naturaleza, la tempestad se habia disipado para dar lugar á un cielo hermoso. El aire estaba puro, las aguas cristalinas.

Tocábamos ya al puerto, cuando por uno de aquellos caprichos que le eran famíliares, me arrojó el dinero, y sin despojarse de sus vestidos se precipitó en la mar.

Yo me quedé inmóvil de sorpresa. Con todo no queria abandonarlo. Temia no le sucediese alguna desgracia, y le seguí en mi góndola; mis temores se justificaron bien pronto. Un barco que descendia rápidamente chocó contra su cabeza, y el desgraciado desapareció.

Me arrojé á nado; despues de grandes esfuerzos llegué á salvarlo, y ayudado de algunos amigos le trasladé á mi casa.

En ella estuvo mucho tiempo sin movimiento. Algunos socorros hábilmente prodigados le volvieron en fin poco á poco á la vida. Sus ojos se volvieron á abrir; echó sobre nosotros una mirada benévola y siempre silencioso se dispuso á salir.

Quisimos detenerle ó al menos acompañarle, pero todo fue inútil.

II.

Muchos dias trascurrieron, y ya no me acordaba yo de esta aventura, cuando una tarde la puerta de mi habitacion se abrió con estrépito y se presentó el *Estrangero*.

—Marcos, dijo, vengo á pagar mi deuda.

—Oh! señor marqués, dige yo inclinándome.

—Yo no soy marqués.

—Señor conde.

—No soy tampoco conde..... tu amigo.

Y me alargó la mano.

Yo la apreté con efusion.

Se sentó sin cumplimientos en un banquillo, y balanceándose perezosamente:

—Vamos, dijo, háblame con confianza, que quieres?

—Nada, respondí yo, nada mas que vuestra amistad. Este ajuar no anuncia un hombre rico, es verdad, pero yo lo soy, porque no debo nada á nadie, y mi trabajo satisface mis necesidades.

El *Estrangero* se levantó y me estrechó contra su corazon: ¡Oh! dijo con emocion, no eres tú un hombre ordinario, tú tienes sentimientos mucho mas elevados que tu condicion.

En esto entró mi hermana, y se la presenté al buen jóven que quiso abra-

zarla: ella consintió sonrojándose.

Sin embargo, esta aparicion inesperada nos habia cortado la conversacion. El *Estrangero* miraba á mi hermana con éxtasis. Ella bajaba los ojos. Por mi parte estaba como absorto, sin poder creer que aquel corazon tan franco y tan bueno fuese del *Estrangero* que inspiraba tanto miedo en Venecia.

El desconocido rompió al fin el silencio.

—Niña hermosa, dijo dirigiéndose á mi hermana, yo espero que sereis menos severa que vuestro hermano. Lo creereis? no he podido hacer aceptar el mas pequeño beneficio á este orgulloso puritano. El señor se hace el desdeñoso, el magnífico, como si fuera un desconocido el que le hizo estos ofrecimientos, como si no fuera un amigo. Ya no le quiero, añadió sonriéndose, le abandono.

Pero vos, que sois tan buena como bella, no querreis privarme del placer de hacer alguna cosa para vuestra felicidad. Vos amais á alguno sin duda, quizá el hombre de vuestra eleccion es de una condicion superior á la vuestra? (mi hermana bajó la cabeza sonrojada). Algunos obstáculos os separan, obstáculos de fortuna; como siempre. ¡Pues bien! no se podrán acortar las distancias..... y un dote.....

—¡Oh! esclamó mi hermana dando un grito.

El jóven no comprendió: creyó ver en esta esclamacion un nuevo rasgo de delicadeza.

—No insisto mas, repuso; rechazado por el uno, rechazado por la otra, espero que el tiempo me proporcione la ocasion de probaros mi amistad.

—Esta ocasion no se hará aguardar, dije yo, Angela se casa en las fiestas de Natividad con Giacomo el gondolero, y será para nosotros una grande satisfaccion si os dignais honrar la boda con vuestra presencia.

—¡Hum! ¡Hum! dijo el *Estrangero*, cómo asi? se hará la boda en mi casa, y me encargo del ajuar del marido.

Pero mi hermana, levantando dolorosamente la cabeza, y clavando en él una mirada llena de tristeza, le dió gracias en términos espresivos, y despues murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Desdichada de mí! creia poder amar á Giacomo, pero yo lo conozco, mi corazon no será nunca suyo?

—¿Cómo? esclamé yo.

—¡Oh! es un secreto que guardo en el fondo de mi corazon, no lo sabrás jamás.

Y volviéndose hácia el desconocido, añadió con una sonrisa forzada: señor, mi hermano y yo estamos muy reconocidos á las muestras de aprecio que nos habeis prodigado. Si quereis estar con nosotros en adelante, venid algunas veces á visitarnos á nuestra pobre habitacion, y os estaremos aun mas obligados.

—Yo lo espero asi, dijo el *Estrangero*, y se marchó.

No faltó á su palabra.

Todas las tardes venia á descansar á nuestro hogar, y alli sin cumplimientos, como un amigo á sus amigos, nos contaba sus penas y nos abria su corazon. ¡Pobre jóven! Habia consumido en los vicios el tesoro de sus juveniles años. Habia buscado la felicidad en la tormenta de las pasiones, y alli no habia encontrado mas que el fastidio. Asi es que su alma estaba muerta; su corazon, cerrado á toda alegria, no era mas que una tumba; algunas veces habia desechado los cobardes consejos de la desesperacion, y habia querido vivir de nuevo. Asi, pues, habia resucitado como Lázaro. Habia soplado las cenizas de su corazon, y su corazon regenerado habia suspirado en pos de los rayos vivificantes del himeneo. Entonces habia buscado á su alrededor un alma que comprendiese la suya. Creyó

haberla encontrado, y en ese delirio que produce siempre el descubrimiento de un tesoro; se unió á ella con lazos indisolubles. ¡Funesto error! una vez, cuando ya no tenia remedio, conoció todo el precio de su libertad, que le pareció, ¡desdichado! de un gran valor. Su alma altiva é irritable se resistia á los caprichos y exigencias del himeneo. Los celos y el aborrecimiento se habian introducido en el recinto conyugal; y el escándalo de un proceso vino á colocar un mundo entre aquellos que la muerte sola podia separar. ¡Desgraciado! Su compañera le arrojó lejos de sí, y hasta á su hija, á su Ida, la niña de su corazon, el fruto de sus efímeros amores, á quien dirigia sus caricias, se le enseñaba á maldecir á su padre.

Tantos infortunios habian lastimado mi corazon. Pero ella, mi Angela, se enteraba por menor en todas sus penas, se iniciaba en todos sus dolores. Cerca, muy cerca del desgraciado, su alma estaba suspensa de sus palabras, sus lágrimas se mezclaban mutuamente. Yo no vi entonces mas que la compasion; pero un dia este secreto que ella ocultaba con tanto cuidado á todas las miradas; este secreto salió de su corazon.

—¡Oh! dijo con vehemencia, ¡que no os hubiera yo conocido antes, yo os hubiera comprendido perfectamente!

Un rayo que hubiese caido en medio de nosotros no nos hubiera causado tanto espanto. Yo me quedé absorto; en cuanto al *Estrangero*, se levantó de su asiento, y echando sobre la desgraciada una mirada penetrante y melancólica, se alejó. Al dia siguiente recibí de él una carta concebida poco mas ó menos en estos términos:

—«Quedaos con Dios, vosotros á quienes he amado tanto! el deber imperioso me obliga á apartarme de vosotros ¡Maldito destino! Pues es necesario que todo aquello que se me acerca se marchite y seque bajo mi soplo, como al impulso del soplo de la muerte. ¡Oh! Angela, alma santa y sacrificada; ¡que no te haya yo conocido antes! Te lo juro, tú hubieras sido el ángel de mi vida, la esperanza y el sueño de mi juventud, la compañera de mis felices dias, el sosten de mis cansados años.

«Adios Marcos, adios Angela; yo parto para alejar de vosotros la maldicion y la deshonra; conservad un recuerdo del pobre desterrado. En cuanto á mí, vuestra memoria vivirá eternamente grabada en mi corazon.»

¡Desgraciado, desgraciado de mí! en aquel momento descubria en su horrible desnudez, el terrible secreto que debia causar la desolacion de mi vida. ¡Pobre Angela! habia recogido ávidamente los infinitos rumores contradictorios que corrian sobre el *Estrangero*. Lo habia compadecido, y como en un corazon jóven la lástima no está lejos del amor, le habia amado, amado sin conocerlo; despues cuando habia visto su tristeza, su bondad, se habia avivado la llama de su corazon, su pasion se habia aumentado, y entonces era la adoracion, el delirio.....

.....»

En el momento que yo recibí esta carta corria por Venecia el rumor de que el *Estrangero* habia marchado.

Esta carta, esta brusca partida, todo esto aterró mi corazon. Ensayé para con ella todo lo que la razon y el cariño fraternal podria inspirarme. Pero en vano, la llaga estaba muy fresca, ningun consuelo bastaba á aquel corazon desgarrado.

III.

Apoderóse de Angela una horrible melancolía: un dia mas melancólica y mas pálida que de ordinario, me dijo:

—Marcos, este sol de Italia me abrasa, este clima ardiente me causa la fiebre. Partamos á otra parte.

Vendí mi góndola y nos pusimos en camino.

Atravesamos el Milanesado, la Saboya y llegamos á Francia.

Le invité á que nos quedásemos en este pais.

—No, dijo ella, este es todavia el cielo de Italia; mas al norte, mas al norte, y suspiró en voz baja; Oh! Inglaterra con sus nieblas y yelos.

Pasamos á Inglaterra.

No comprendí yo desde luego, qué iman podia atraer á mi hermana á estas frias regiones; pero no tardé en conocerlo. Inglaterra era la patria del *Estrangero*, y allí solamente esperaba ella volver á encontrar al hombre á quien tanto amaba. Porque la insensata habia concebido una loca esperanza. Queria verle, verle todavia, aunque no fuese mas que por una vez antes de morir.

Muchos años transcurrieron lentos, interminables, sin que nada pudiese mitigar las penas, y la loca pasion que consumian a mi pobre hermana. Parecia tranquila, insensible. Al verla se la hubiera considerado dichosa. Pero el amor, como una lámpara santa, velaba en el fondo de su destrozado corazon.

Viviamos cerca de Nottingham cuando una tarde que nos volviamos á nuestra choza, se sintió un gran ruido hácia el camino.

Era el entierro de un lord, de un par de Inglaterra, que el destino cruel habia arrebatado demasiado pronto á sus admiradores y á su patria. ¡Noble corazon! habia acudido el primero al grito de independencia y desafío, que sacudiendo al fin su largo sueño, la Grecia arrojaba entonces á la Europa. Se habia dedicado de todo corazon á esta hermosa causa, le habia consagrado su fortuna y su vida, y la muerte, la muerte inexorable le habia alcanzado en medio de sus sueños de independencia y libertad.

Era doloroso ver pasar lentamente los heraldos, los constables y el carro. Pensar que allí en aquella urna estaba encerrado, tanto renombre, tanto genio, tanta gloria. ¡Fragilidad humana!!! Nosotros vimos desfilar el lúgubre cortejo con el corazon lleno de suspiros y los ojos cargados de lágrimas. Pero á la vista de la corona ducal que iba sobre el carro, mi hermana tembló, habia concebido un terrible presentimiento, y cuando pasó cayó desmayada en mis brazos. La desgraciada habia reconocido el blason del *Estrangero* de Venecia.

Durante algunas horas un delirio espantoso se apoderó de ella. Las palabras mas apasionadas, las blasfemias mas atroces se sucedian alternativamente en sus lábios ¡Oh! no comprendo todavia como tanta pasion habia podido germinar en un corazon tan puro, tanta desesperacion exaltar una alma tan piadosa.

Y desconsolado, moribundo..... yo velaba, lloraba, rogaba.....

Una tarde, en fin, ¡oh! me acuerdo como si hubiese sido ayer, la lluvia caia á torrentes, los relámpagos iluminaban el cielo, el rayo sonaba con estruendo..... Ella, como si no hubiese llegado á sus oidos la tempestad, parecia tranquila, impasible. De repente sus ojos se ponen brillantes, un rayo celeste ilumina sus pálidas mejillas; se levanta inspirada, y mostrándome el cielo:—«Mira, dijo ella, mira, le ves? Allí está..... allí..... me convida..... me llama..... me tiende los brazos..... aguarda..... aguarda..... voy contigo.....

Asustado, temiendo un nuevo acceso de delirio, quise retenerla en su cama, pero ella forcejeaba bajo mi vigorosa sujecion, con las miradas encendidas, la boca espumosa, y rechazándome con fuerza, abre precipitadamente la puerta y se lanza por medio de los campos.

Corrí tras ella, pero ella huia sin tregua á pesar del huracan, á pesar de la

tormenta. Qué le importaba el huracan? qué le importaba la tormenta? Yo precipitaba mi carrera tras ella, pero muchos rodeos hábilmente hechos la robaron á mis ojos.

Escucho, ningun ruido de pasos..... ninguna voz humana... nada... nada mas que la lluvia que caia á torrentes... nada mas que el ruido del trueno que se pierde de eco en eco. Pero ¡oh felicidad! un suspiro imperceptible percibo detrás de un vallado. Le salto de un brinco: qué veo? algunos cipreses, un sepulcro, y sobre el sepulcro una muger sin movimiento. Me acerco, con el pecho palpitante, el corazon conmovido; horror! era ella... Angela... ella... fria... inanimada... La tomo en mis brazos, la caliento en mi seno, desgraciada! estaba muerta... muerta sobre la tumba del hombre que tanto habia amado!

Muerta, y yo quedaba solo en el mundo... Mi alegria, mi felicidad, la desgraciada se lo llevaba todo en su mortaja. Oh! yo no sé cómo la he sobrevivido.....
.....

Los años han pasado sobre mi cabeza, pero no sobre mi corazon .. Mi dolor es siempre el mismo... incesante... eterno.....
.....
una sola esperanza me sostiene en mi abandono: volver á mi pátria volver á Venecia, mi Venecia de otros tiempos, con sus lagunas y sus góndolas, su hermosa plaza y sus palacios, oh! hé aqui la esperanza de todos mis dias, el sueño de todos mis instantes; pero este sueño, esta esperanza, cómo la he de realizar con la miseria; la he conservado largos años en el fondo de mi corazon. En fin conociendo que se acerca la vejez, no he querido aguardarla en tierra estrangera; he puesto mi confianza en el cielo, y me he puesto en camino con la ayuda de Dios.

Asi habló el veneciano. Su relacion nos arrancó bastantes lágrimas.

¡Oh! nos hizo reconocer fácilmente al *Estrangero* de semblante pálido.

¿Y qué otro que él podia haber conmovido tan fuertemente nuestra alma?

¡Oh Byron! Byron! víctima sublime del genio y de la desgracia, los hombres te maldigeron porque no pudieron conocerte; pero los ángeles, tus armoniosos hermanos te han llamado hácia sí. Nuestra tierra era demasiado vil para tu morada; te hacian falta los resplandores del cielo. ¡Oh! los hombres insensatos querian medir tu genio, echar la sonda en tus misteriosas profundidades. Pero quién ha profundizado nunca los secretos de Dios? Quién ha osado nunca medir el vuelo del águila?

Mas adonde no han tendido su vista los fétidos vapores del siglo?

Qué mucho que no hayan doblado la rodilla ante el becerro de oro? El olvido ha hecho bien pronto justicia á estos audaces pigmeos; y los gusanos de su sepulcro no habian digerido su inmundo polvo, cuando ya el mundo se habia olvidado de ellos, mientras que tú desde las alturas de tu poesia, reynabas sobre tu época. ¡Oh! grande hombre, reposa en tu gloria, tú irás á la posteridad entre Tasso y Aligheri. Parecidos á los Rhapsodes griegos, los bardos de otra edad tomarán prestados los cantos de tu lira, de tu lira que tuvo ecos para todos los crímenes, y para todas las virtudes; que asi fulmina las imprecaciones del *Corsario*, como modula las *Lamentaciones del Tasso*, las maldiciones de *Giaour*, como las quejas del *Prisionero del Chilou*, y nuestros descendientes aplaudirán tu musa, tu musa salvage y sin freno, pero siempre sublime y divina, ya se llame *D. Juan*, ya se llame *Child Harold*.

Pasada la primera impresion, nos levantamos, y acompañados del veneciano, tomamos el camino de Marsella. Al salir del bosque oimos el ruido de un carro; era una diligencia que iba de

Tolosa á Marsella. Nos instalamos en ella con alegria, y á las ocho nos apeamos en el *Cours*.

Algunos dias despues, gracias á nuestras diligencias, el veneciano se embarcó para su patria.

COSTUMBRES ALEMANAS.

Sostiénese que en Alemania no hay vida pública. ¡Qué disparate! Cierto que allí las conmociones políticas son raras; que ni los negocios de Europa, ni aun los intereses nacionales llaman allí mucho la atencion; sin embargo, toda la vida privada tiene el ceracter de pública; y si bien las cuestiones generales se merecen allí escaso cuidado, en cambio se ocupa la gente hasta la saciedad en todo lo que puede hacer cada individuo. Hecho es digno de ser notado, y que puede servir de comentario á las observaciones acerca de la modestia, gravedad y profundidad de los alemanes, si se ponen en parangon con la vanidad y ligereza de los franceses, ese furor de señalarse que domina á las gentes de aquel pais, y al cual todas las clases de la sociedad están sujetas en mayor ó menor escala, estándolo sobre todas el vecindario mediano. No solamente es llevado el lujo en los vestidos hácia un grado increible y de todo en todo desproporcionado con el estado y posibles de las personas, no solo el artesano se ruboriza por el oficio que ejerce, y trata de ocultar su denominacion acomodándole otras mas pomposas (el sastre es fabricante de vestidos, el zapatero tiene un almacen de calzado de su propia fabricacion, etc); se ambiciona mas; todos quieren ver impreso su nombre; se desea entretener al público con sus hechos y proezas; es menester que la vida familiar, esa fábula de mitología tan arraigada en todas las novelas escritas, respecto la Alemania, rebose por afuera, y que la dicha particular se convierta en la de toda la poblacion.

Por lo que, si le sucede á la prensa política incurrir fácilmente en errores, no asi á la prensa zacapelera. El sábio está suscrito á sus periodicos literarios y correspondientes folletos; estacada donde sin cesar combaten las individualidades, donde una crítica se atrae una respuesta, y una contra-respuesta la respuesta. Al vecino le reparten sus lindos *Diarios de Avisos* en que depone placeres y dolores, simpatías y enojos; asi por este año, la mejor fuente de la historia moral é intelectual de las clases medias de Alemania la veremos cifrada en una coleccion de *Diarios de Avisos* de varias localidades. Allá van cuatro muestras. El *Diario de Avisos*, ó sea la *Inteligencia*, contiene los acuerdos de la policía, las innumerables y apremiantes invitaciones de los tratantes en vino, las de los cerveceros, propietarios de jardines públicos y salones de baile, cuartos para alquilar, piezas amuebladas para caballeros de distincion, casas en venta, etc.; y fuera de eso, el estado oficial de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Bien que en estos últimos casos debe cada vecino estender de propio puño su anuncio especial, y ver su letra representada formando parte del diario.

Viene á continuacion el anuncio de los esponsales:

«Los infrascritos juzgan de su honor participar á sus amigos y conocidos su desposorio celebrado anteayer=*Edmundo S.*, *Lucila M.*"

Si el desposado es hombre de garbo, firma en el último lugar. Y repiten

el anuncio los padres de ambos desposados.

En caso de rompimiento, el padre de la muger hace que se inserte una nota concebida asi:

«Me cabe el honor de anunciar que he disuelto el proyectado enlace de mi hija con el señor don Edmundo S.»

Aqui le salen á don Edmundo los colores de puro incomodado, y responde inmediatamente:

«Yo soy el que ha disuelto el proyectado enlace con la señorita Lucila.»

Iguales fórmulas se reproducen para los matrimonios. Semejantes anuncios son generalmente sencillos; nada ofrecen de escéntrico. Ya es muy diverso cuando se hacen saber los nacimientos y defunciones.

Es cosa natural la alegría por un nacimiento, y la dicha se hace comunicativa. De tal modo se leen con frecuencia avisos de esta naturaleza:

«A mis diez hijas se le ha unido finalmente un niño. ¡Alabado sea Dios! ¡Regocíjense conmigo todos mis amigos y conocidos!»

O sinó:

Mi tierna esposa Paula, hija de N., acaba de sorprenderme y alegrarme con un infante vivo y travieso. Lo que tengo el honor de participar, etc.»

O de este modo:

«Dos gemelos han venido á ampliar el ya dilatado círculo de mi familia, dando un nuevo remonte á mis sentimientos paternales. Dificultoso ha sido el parto; pero ¡gracias á Dios! ha terminado satisfactoriamente, etc.»

O asi:

«Tras diez años de esperanzas fallidas, mi querida esposa Ida de N. me ha regalado en fin una hechicera hijita, etc.»

Los fallecimientos prestan aun mayor campo á los comentarios. No hay nada que decir en que se describa la última enfermedad; que se estampen los títulos del difunto, la duracion del tiempo de sus cargos, su edad, etc.: son sin embargo insoportables los lamentos románticos, los accesos de dolor y los alaridos de desesperacion de que en algunas ocasiones nos llenan páginas enteras del *diario*. Esto es hacer un papel tristísimamente nimio. Los españoles, como desprovistos de la facultad sentimental, no pueden comprender estas cosas.

Acontece ver pintado en simples anuncios todo el candor de los buenos de los alemanes. Sea por ejemplo:

«Me complazco sobremanera en hacerle á V. sabedor de que he dado á luz una hija.»

«Por mi esposa,

CARLOS W. SELLIER.»

«El Dios de bondad se nos ha llevado á nuestro hijo Gustavo, de seis años de edad, durante su viage á Francfort.»

En el *Diario de Avisos* se llena asimismo el empleo de los establecimientos, destinados á imitacion de la casa de Foi y compañia de París, para el surtido de esposos. Bajo este concepto se entra comunmente en los mas minuciosos detalles.

«Un sugeto de edad de 45 años, todavia fresco y vigoroso, de un esterior apacible, y que posee 500 escudos de renta, siendo en estremo honrosa su posicion en la sociedad, desea contraer matrimonio con una jóven de 22 á 25 años, de cuerpo agradable, criada en el campo, que sea muy muger de gobierno, y sepa figurar en la sociedad, que esté versada en la literatura moderna, hable en francés y toque bastante bien el piano. El dinero no entra en cuenta; aunque sería muy conveniente que la persona apetecida tuviera por lo menos una fortuna igual á la de la otra parte. Preséntese una compañera fiel y no faltará quien limite toda su felicidad

en procurarla dias afortunados. Las personas que no reunan las cualidades indicadas pueden escusar el presentarse.»

Los individuos que buscan habitacion se espresan exactamente de esta manera:

«Un sugeto busca una habitacion amueblada en el cuartel tal (se determinan tres ó cuatro calles); necesita dos piezas, una delantera, trasera la otra, que tengan recíproca comunicacion, pero con entradas separadas; sobre todo se requiere una escalera cómoda y alumbrada por la noche, la puerta abierta hasta las once de ella, contra-puertas y contra ventanas, etc. etc. Es incumbencia de los caseros preparar á las siete y media de la mañana el café para el inquilino, hacerle una sopa todas las tardes á las siete, etc.»

El *Diario de Avisos* ofrece un escelente medio para citarse los enamorados. Se escribirán sabrosos billetes de este modo:

«Esta noche me tendrás aguardándote á las ocho en punto en el sitio consabido. No te hagas mucho de esperar.»

O bien:

«No me es posible decirte mas palabras, sino que te amo y te amaré constantemente.»

O así:

«Adios, me voy á marchar, voy á atravesar los mares remotos; pero siempre será tu imágen la estrella que me guiará contra los escollos.»

A veces estas comunicaciones se hacen en verso, y entonces es cuando son exaltadas á la mas alta cumbre del sublime caballeresco. Pero el *Diario* se muestra impasible asi á lo bueno como á lo malo; del propio modo recibe las ruindades como los asuntos agradables, y las injurias que las dulzuras. Mas de dos toman prestadas sus columnas para jugar buenas ó malas pasadas á sus vecinos, ó dirigirles insultos bajo el velo del anónimo. Hay á menudo quien no bastándole ver anunciados esponsales ó matrimonios supuestos, cuya nueva llega á oidos de las partes interesadas al mismo tiempo que á los del resto de la poblacion, no tiene empacho de bajar á las mas soeces injurias. Por ejemplo, despues de haber insertado alguien el aviso que sigue:

«La última persona que mas amor me hubiese profesado, mi buena madre, ha dado ya su espíritu, etc.»

Se le contestó al dia siguiente:

«Tambien á los monos quiere la macaca.»

Lo cual insertó el periodista sin el menor escrúpulo.

Sirve finalmente el *Diario de Avisos* para pedir dinero al fiado. Es una infamia burlarse de los infelices reducidos á tal apuro; pero vamos á ver qué le parece al público de una demanda por el siguiente estilo:

«Inútilmente se esfuerza el hombre en querer luchar con los negros furores de su destino; largo tiempo traqueado por las olas indecisas, la tempestad lo arrebata y es precipitado en un caríbdis. Retumba el trueno, resplandece el rayo, las olas braman, la tabla de salvacion se hace pedazos entre las manos del infortunado, etc. etc.» (sigue una media página en cuarto arreglada al mismo tenor.) Todo lo cual tiene un fin parecido á este: «Ruego por lo tanto á cualquier alma caritativa que me preste cincuenta escudos, y le prometo pagar fielmente el interés y devolverle el capital cuanto antes me sea dado.

No puedo soltar de las manos el papel de la *Inteligencia* antes de decir cuatro palabras sobre las fórmulas que en él afecta el charlatanismo. Tal vez imagine el señor público que en este pais virgen, son aun desconocidos esos rodeos propios de una civilizacion sutilizada: desengáñese pues, y sepa que la noble trápala de Roberto Macaire ha penetrado por todas partes, y asi está en uso dentro de Alemania como fuera de ella.

Entiéndase que no es mi ánimo hablar aqui mas que de sus fórmulas mas sencillas, de aquellas á las cuales se las da un libre desarrollo en los *Diarios de Avisos;* pues la alta especulacion ninguna singularidad nacional presenta; y á la manera que la buena sociedad, se asemeja aquella á la de todos los paises.—Empero el charlatanismo del *Diario* se manifiesta bajo infinitas variedades, que un hábil teórico dividiria en un monton de clases, géneros y especies, de las cuales, sin embargo, me contento con esponer aquí las principales:

Variedad bonaza.—Es propia ordinariamente del alojero ó del propietario de un jardin público. Se figura uno verle á su puerta con el gorro en la mano, la vista humilde y sonriéndose con benevolencia:

«Tengo la dicha de participar á una alta nobleza y á un muy venerado público que los cantantes stirianos egecutarán mañana por la noche un gran concierto en mi establecimiento. Ya le consta al público el afan entusiasta con que he procurado satisfacer sus menores deseos, y que la confianza que me dispensa vale tanto cual jamas dejará de merecerme; asi pues, me siento con fuerzas para asegurarle que no tendrá motivo de queja; y que cada uno se volverá á su casa con el corazon lleno de contento. El precio es de seis sueldos.»

Variedad de adhesion.—A ella corresponden los actos de sacrificio que ejecuta el comerciante en favor del publico.

«Los alhajúes de*** que ahora mismo acabo de recibir, son de una calidad tan superior, de un gusto sumamente delicado, y tan agradables las sensaciones que producen, que no he podido menos de acomodarlos al alcance de todas las facultades. Por lo que, y aunque se me irroguen pocas ventajas, me he determinado á venderlos por las menores cantidades que se me pidan. Se hallarán en mi casa á todos precios, de 2 liares arriba.

Variedad de reconocimiento.—Doy cabida en esta clase á las certificaciones dadas á los médicos, hombres de negocios, pendolistas, etc. las cuales se distinguen de las de otros paises por un flujo de palabras huecas y protestas hasta el infinito. Algunas veces el hombre industrial, propiamente dicho, hace uso de ellas como se verá por este ejemplo:

Hace quince años que para encender la pipa no me sirvo de otros fósforos que de los químicos ingleses (iguales á los conocidos aqui por fósforos químicos alemanes) de M. L... y puedo salir garante de no haber faltado jamás uno siquiera, etc.»

O bien:

»Podemos atestiguar en conciencia, sin movernos á ello interés alguno ni forzarnos á decirlo razon de amistad que la cerveza que se bebe en casa de M. R. es ciertamente de la superior, y que los comestibles allí tomados son de una calidad escelente, como tambien el servicio etc. etc.—Siguen las firmas de una docena de parroquianos.»

Variedad atrayente y apasionada.—Ah! ¡la rica sopa de cebolla! ¡ah! ¡la buena salchicha! Todo el mundo va alli, ya corre todo el mundo. El domingo, en mi casa, etc.»

O asi:

«¡Nada que se le parezca se ha visto jamás en el mundo subsolar! ¡oh! ¡qué galleta! ¿hay un solo hombre en la ciudad que tomára á bien se dijese de él que no la ha comido?»

Variedad ingeniosa.=Desgraciadamente no me es fácil comunicar de ella muestra alguna, por hacerse de ordinario en verso estos anuncios. Por lo demas, sus chistes tienen casi siempre muy raro aticismo, y por medio de la traduccion, se pueden confundir muy

bien entre los de la variedad que sigue:

Variedad brutal.—Así califico los anuncios que denotan una completa ignorancia en el sugeto, y que solo pueden tener buen éxito en el caso de que la boberia del público sobrepuje á la del tratante. Vaya de ejemplo y concluyamos tanto donaire:

«Acabo de recibir una carga de verdadero tabaco francés, de la fábrica de los señores Rougemont y compañia, barrio de la Pescaderia en París.»

(Todos los paquetes llevan impresa la direccion.)

Volvamos á nuestro tema. He hablado de las futilidades de vecindario; pues bien, las del gran mundo no se contentan con el modesto *Diario de avisos;* necesitan de un *Monitor* y periódicos en grande: les son menester títulos y cordones. Mucho se ha escrito de la titulo-manía que reina en Alemania, pero jamás se habrá escrito lo bastante. De vez en cuando se afecta por ello una cierta mofa en los salones; sin embargo, esto tiene lugar en cuanto á la mera teoría. Prácticamente reciben la misma deferencia que recibieran en los mas bellos dias del régimen antiguo. Por otra parte, y á fin de comprender la cabal tontería de esta jactancia, preciso es entrar en cuentas sobre lo que viene á ser un título en Alemania; porque se cree generalmente que el aleman siente vanidad por el destino que tiene en el estado, y que se complace en hacer que á su presencia suene la denominacion de aquel; y no hay nada de eso, pues el título y la funcion carecen mútuamente de contacto; se tiene un título no mas que por tenerle, y con él no viene implícito cargo alguno.

De este modo, en Prusia, es por ejemplo el título de *consejero* el que forma la base general del sistema. Se ha calculado que por lo menos habia una especie de consejero para cada letra del alfabeto: consejero de agricultura, consejero de bellas artes, consejero de comercio, etc.; mas no deja de haber buena porcion de letras que comprenden varias especies; verbi gracia, consejero de educacion, consejero de economía, consejero de equitacion, ect.; y lo gracioso es que ninguno de estos consejeros tiene que dar jamás el mas mínimo consejo: su título no pasa de condecoracion oral. Conócese ademas una gerarquia de títulos: consejero de córte es de los mas vulgares; consejero íntimo ya es mas elevado; consejero íntimo real indica una alta posicion, y las mas de las veces un empleo positivo en un ministerio; mas tambien hay ocasiones en que no es mas que un simple título. Vénse á menudo señalados los grados por preposiciones de imposible traduccion, á menos que se nos permitiese valernos de los *hiper é hipo*, los *sus* y *sub* de la química, como para los óxidos y áccidos. Los títulos de consejero consistorial y consejero médico (con la añadidura de *hiper*) son en sus universidades los títulos superlativos de las facultades de teologia y medicina, y el de consejero íntimo de justicia para las facultades de leyes y filosofia. Para alcanzar este último, es preciso ser decisivamente un grande hombre; pero como es derecho de todos los príncipes soberanos, por inferiores que sean, el conferirle á los alemanes de cualquier estado, sucede muchas veces que un prólogo lisonjero, la dedicatoria de un libro etc., sobran para que aquellos príncipes lo concedan, y para que entre los nombres ilustres se deslicen nombres intrusos. Asimismo no es mas que un título el de Obispo. No admite réplica que las señoras dividan los títulos de sus maridos en simple título y nombre del empleo; injurioso fuera olvidarlo. Diremos, pues, la señora subteniente ó subtenienta, (pero el otro es mas correcto); la señora consejero íntimo, la señora director de

orquesta, la señora ministro, la señora doctor, la señora pastor, la señora burgo-maestre, la señora profesor, etc. No quiero hablar de las condecoraciones; todo el mundo lleva una ú otra. Sobre las cien órdenes de caballeria que hay en Europa, Alemania puede por sí sola reclamar cerca de setenta, dividida cada una en infinidad de grados y presentando una larguísima escala; como que las hay para todos los rangos, hasta el de criado de casa acomodada inclusive.

ARGEL.

SU CONQUISTA POR LOS FRANCESES.

La conquista mas moderna y mas estensa que ha entrado en la lista de colonias, ha sido la efectuada por los franceses en Africa. La primera desavenencia entre el gabinete de las Tullerías y la regencia de Argel fue sobre asuntos mercantiles; de aquí pasó á reclamaciones de deudas privadas, las que siendo negadas dió origen á reparacion por fuerza; esta fue la de un bloqueo por los franceses, el que no haciendo efecto alguno en la política de una nacion bárbara, se mudó en amenazas de parte de Francia, estas fueron respondidas con insulto, y este fue castigado con un poderoso ejército de una nacion no menos aguerrida que pundonorosa.

La invasion hecha al principio solo con objeto de infligir un castigo, tomó luego el aspecto de una ocupacion permanente, escitó el deseo de estender el territorio, que estando en otra parte del mundo (Africa), era necesario que los franceses fueran á poblarlo, formando por consiguiente una colonia. Hasta aqui habia dudas sobre la sujecion de todo aquel pais berberisco; pero habiendo los franceses algunos años despues apoderádose de Constantina, apoyo poderoso de los beduinos, ha quedado la conquista completa, y esto nos ha decidido ahora á dar una noticia circunstanciada de Argel bajo el dominio de los moros, y de su conquista por los franceses.

El estado de Argel tuvo su origen como tal, en 1516, cuando los moros temiendo caer bajo el dominio de los españoles, llamaron en su ausilio al famoso corsario turco Barbarroja. Este se hizo soberano del pais bajo la proteccion del Sultan de Constantinopla, á cuyo costo se habia hecho la espedicion; pero fue tanta la tirania de aquel renegado, que se levantó el pueblo contra él, y le mataron con todos los turcos que habia traido consigo. El Sultan continuó, sin embargo, nombrando bajaes para gobernar en Argel, hasta que á principios del siglo pasado el comandante de los genízaros Baba-Alí Dey se levantó con el gobierno, y desde entonces continuó aquel pais mandado por la soldadesca, la que elegia para Dey de la Regencia al mas atrevido de entre ellos, cualquiera que fuese su nacimiento.

Hussein, su último Dey, mandaba en un territorio de 89,300 millas cuadradas, con 2,500,000 habitantes en cuatro provincias, Argel, Oran, Bona y Constantina, con otras de menor importancia. Un pais reducido á la pirateria en el mar para mantener la esclavitud en tierra, no ofrece otros asuntos para su historia que los ataques hechos por las naciones ofendidas, y la defensa por aquellos bárbaros.

En cuanto á tratados, no habiendo fe eran inútiles. Las potencias europeas no querian hacerlos con el Sultan en Constantinopla, porque no era obedecido por los argelinos, riéndose estos de las patentes de seguridad dadas por el Gran Señor; ni podian hacerse con los Deyes, no solo porque estos tomaban mas riquezas de parte del botin y número de cautivos cristianos que hacian sus corsarios, sino por la frecuente mudanza de aquellos gefes, porque al momento que interferia con las propensiones piratescas de sus súbditos, una daga ponia fin á su vida, y su lugar era ocupado por otro Dey mas agradable á sus inclinaciones. No habia pues mas remedio que las armas; pero estas tenian que luchar, no solo con el carácter desesperado de los piratas, sino á mas contra los elementos y contra todas las ventajas que la localidad daba á los argelinos.

Los españoles en el tiempo de su heroismo en armas, conquistaron á Túnez, dieron libertad á 12,000 cristianos cautivos, y poniendo una guarnicion en el fuerte de la Goleta en 1535, dejaron á los tunecinos en la ciudad.

En 1541, Cárlos V con un poderoso ejército y fuerte armada intentó la conquista de Argel; desembarcó, puso sitio, y levantó castillos, que aun todavía continúan con su nombre; pero antes de dar el asalto ocurrió una furiosa tempestad que destruyó 15 navíos de guerra, 140 trasportes, y mas de 8,000 hombres. Pasada la furia de los elementos, hizo reembarcar á su ejército, y se volvió á Cartagena renunciando toda idea de conquistas africanas mas allá de Orau.

Pocos años despues, el almirante inglés Blake cañoneó el pueblo, único modo de vengar los insultos cometidos al pabellon inglés por los argelinos.

En 1683, el almirante francés Duquesne bombardeó á Argel, sin conseguir mas que la destruccion de la mitad del pueblo.

Tres años despues, el mariscal d'Estrées redujo la ciudad á cenizas, mientras que los bárbaros asesinaban á todos los franceses que habia en sus dominios, hasta poner á su cónsul en un mortero y dispararle hácia los navíos.

En 1775 mandó Cárlos III una grande espedicion de mas de 25,000 soldados, bajo el mando del general O Reilly, quien despues de desembarcar en las cercanias de la capital, tuvo que embarcarse de prisa, y volver á España con gran pérdida.

En 1816 sufrió otro terrible bombardeo, y la destruccion de su arsenal, por una escuadra inglesa bajo el mando de lord Exmouth, cuando fueron puestos en libertad un gran número de esclavos, principalmente italianos.

Pero todos estos castigos no eran mas que pasageros, y si libraban de piraterías á las naciones muy poderosas, dejaban espuestos á sus insultos á los Estados que carecian de gran fuerza marítima á no ser que pagasen un tributo, como hicieron muchas naciones hasta el año 1830, cuando el poder de estos piratas desapareció de la tierra.

Antes que tratemos de este memorable suceso, daremos noticia de la ciudad como existia antes de tomarla los franceses.

Argel está en la bahia de este nombre, y era la parte mas rica de la antigua Numidia. Los moros la llamaron antiguamente *Musguna*, pero despues le dieron el nombre árabigo de *Al Jezeir* del que ha quedado el presente corrompido. El puerto es muy abierto, y está espuesto á los vientos mas fuertes de aquella region. El fondo, sin embargo, es grande é igual, y el ancoraje escelente; el peligro no estaba en irse á la costa un barco durante una tempestad, sino en irse á pique por los tirones que las grandes olas hacian dar á los cables. El hermano de Barbarroja construyó uno de los mayores muelles que se conocen, for-

mando un puerto interior como de 10 fanegadas de superficie; el muelle es de un espesor estraordinario, habiendo empleado en su trabajo todos los cautivos que hicieron por muchos años.

La ciudad está cercada con una muralla de 11 varas de alto y de cuatro á cinco de ancho; es de ladrillo sobre un cimiento, y hasta una vara sobre el suelo, de piedra, con un foso seco y seis puertas. Las calles, á escepcion de la llamada de *Bab-Azuna*, son callejuelas muy angostas y torcidas. Las casas son cuadradas, con un patio enmedio y corredores sostenidos con columnas, por donde entra la luz á los aposentos, no teniendo ventanas á lo esterior; los techos son azoteas de ladrillos, y en general puede decirse que son lo mismo que muchas de Sevilla y otros puntos de Andalucia, hasta en enjalbegarlas todos los años. La diferencia consiste solo en que las nuestras tienen balcones y ventanas, las que no se ven en las casas de los moros ni en los pueblos mahometanos. Los estrangeros hallan falta en las calles angostas y casas con patio en los paises cálidos, porque no tienen esperiencia de sus ventajas locales. No hay en Argel plaza alguna que merezca este nombre. Los edificios principales son las mezquitas, asi como lo son las iglesias en los pueblos de cristianos, los cuarteles llamados caserías, y los baños ó mazmorras, nombre de tanto horror para los cautivos. El palacio del Dey está en una elevacion en el centro de la ciudad; es un edificio bastante espacioso, y su fachada, de dos buenas arcadas con columnas de marmol, no deja de tener elegancia. Todo el pueblo está muy surtido de agua; y ademas de las muchas fuentes hay algibes en todas las casas. Entre las muchas baterias que defienden la ciudad y puerto, la mas formidable es la del fanal, que está separado del muelle por un foso, sobre el que hay un puente de madera. La ciudad en 1830 tenia 70,000 habitantes.

El pais, detras de la ciudad como 15 leguas de largo y de cinco á seis de ancho, es sumamente hermoso, lleno de casas de campo y tierras de labor, y de una feracidad casi increible, debida principalmente al sistema de irrigacion. Las frutas, como uvas, naranjas, melones, y otras, son tan esquisitas como las mejores de España; y las cosechas de trigo, cebada, maiz, arroz y aceite son abundantes. El modo de arar, sembrar, segar y trillar es exactamente el mismo practicado en Andalucia. La agricultura está en manos de los moros, que componen la mayor parte con mucho de la poblacion de Argel y su distrito, no habiendo mas de 80,000 *Osmanlis* ó descendientes de turcos, en cuyas manos estaba todo el poder, milicia, marina y pirateria; el número de judios era igual, y se empleaban esclusivamente en el comercio y tráfico. El número de europeos allí establecidos era muy reducido, y casi todos franceses, los que han mantenido en todos tiempos el comercio de esportacion con ganancias considerables; habiendo aprendido por esperiencia cuando, donde y á quien era conveniente cohechar, haciendo oportunamente las *usanzas*, que era la voz decente del soborno. Dada esta breve noticia de la historia, gobierno y pueblo de Argel, pasaremos ahora al asunto principal de este artículo; tal es la mudanza de una nacion bárbara en una colonia civilizada.

La espedicion y conquista de Argel por los franceses.

Que la estincion de los estados berberiscos, y particularmente el de Argel, era un bien que deseaban todas las naciones débiles del Mediterráneo, es una ver-

dad incontestable; pero que los franceses tomaron las armas para hacer este bien es dudoso; sin embargo, cualquiera que fuese la política del gabinete de Versalles, la conquista de aquel pueblo esencialmente pirata, ha sido un beneficio á la Europa. Las primeras desavenencias entre Francia y Argel ocurrieron en 1793, cuando la república sintió una escasez estrema de trigo, y el Dey permitió á los comerciantes judios Busnach y Barry, sus súbditos, esportar grano de la Regencia para Francia, siendo él mismo, aunque en secreto, el especulador principal, y aquellos judios poco mas que agentes suyos. El gobierno francés ofreció el pago por el trigo en papel, que no tenia estimacion alguna, y los judíos convinieron en recibir los *asignats*, vales de la república, con condicion de recibir la diferencia entre el valor nominal y real de aquellos vales cuando el gobierno frances pudiese pagar. Las guerras en que se halló envuelta la Francia con toda Europa durante la república y el imperio de Bonaparte, no permitió atender á esta transaccion, hasta que en 1826 el ministerio de Mr. Villele atendió á este negocio. La reclamacion de parte de los judios era de tres á cuatros millones de pesos, porque el valor del trigo añadian intereses exorbitantes, comision etc., mientras que los franceses pretendian que la deuda no escedia de 1.400,000 ps., suma que el ministro francés consintió pagar, y en efecto comenzó á destinar fondos para ello.

Una nueva dificultad vino á entorpecer este convenio. Los judios Busnach y Barry tenian deudas en Francia que ascendian á 500,000 pesos, y el gobierno francés insistia en retener esta suma para los acreedores de los judíos. El Dey, que ya se habia declarado como el principal de la transaccion, protestó que él no tenia nada que ver con las deudas de los dos judíos, pidiendo no solo toda la suma convenida, mas tambien la cantidad de 100,000 pesos, para indemnizar á dichos judíos por sus quebrantos en tan larga reclamacion. El gobierno francés no dió respuesta alguna á la demanda del Dey, y cuando el cónsul francés Mr. Duval se presentó al Dey en Abril de 1827 para cumplimentarle como era costumbre en la fiesta del Bairan, ó Pascua, preguntó en tono muy colérico al cónsul, si habia recibido respuesta de su gobierno; y respondiendo que ninguna, le trató el Dey públicamente con cuantos términos ofensivos pudo hallar en la lengua turca; amenazó á él y á su nacion, y en un arrebato le dió un abanicazo en la cara.

Un insulto tan grande al representante de una nacion suspendió toda relacion oficial entre los dos paises. Una escuadra francesa se presentó delante de Argel en 11 de Junio de 1827, en la que se embarcó Mr. Duval con todos los franceses que residian allí, y antes de partir el comandante hizo una demanda al Dey, amenazándole con el poder de la Francia si no daba una completa satisfaccion; el bárbaro se rió de la amenaza, y la escuadra se hizo á la vela para Tolon. Apenas se habia retirado la escuadra, mandó el Dey prender y poner en esclavitud á cuantos franceses se hallasen en sus dominios, y saquear y destruir las factorias que tenia Francia en Bona, Calle y otros puertos, medida que provocó mas el rompimiento.

La primera medida del gobierno francés fue un estrecho bloqueo al puerto de Argel, que duró dos ó tres años con gran costo y pérdida de gente por enfermedad. La inutilidad del bloqueo escitó al ministerio á hacer preparativos para una espedicion, mandando entretanto al almirante La Brettonniere con bandera de tregua á ofrecer la paz al Dey en términos al parecer moderados:

pero apenas estuvo el navio francés al alcance de las baterías; mandó el Dey hacerle fuego de todas partes, hasta que salió el navio del alcance de sus mayores cañones. Este abominable ultraje colmó la iniquidad argelina, y selló su destruccion.

El gobierno francés mandó preparar un armamento formidable para concluir con el bárbaro é insolente Dey y todo su estado. Como la política se mezcla en todo, el duque de Wellington, primer ministro entonces de Inglaterra, mandó preguntar al gabinete francés, «cuál era la estension que se proponia dar á la espedicion, y qué se pensaba hacer de Argel en caso de conquistar aquella ciudad.» El príncipe de Polignac, presidente del consejo de ministros, respondió: «que cuando Francia era insultada no necesitaba de asistencia agena para vengar su honor; y que no acostumbraba á consultar con otra potencia sobre lo que haria con las conquistas que tuviese á bien hacer.» El duque se tragó la respuesta del príncipe, y no volvió á representar.

Un ejército escogido, y admirablemente equipado, de 37,877 soldados entre infantería, caballería, artillería, ingenieros, zapadores y minadores, bajo el mando del mariscal conde de Bourmont, partió de Tolon el 25 de Mayo de 1830, en una flota compuesta de 11 navios de línea, 24 fragatas, siete corvetas, 26 bergantines, ocho bombardas y siete vapores armados, con la fuerza de 27,000 soldados de marina y marineros, bajo el mando del almirante Duperré, llevando ademas 400 barcos de transporte con gran número de botes chatos, que llevaban una puente levadiza á la proa, para dejarla caer y facilitar el mas pronto desembarco.

En 13 de Junio pasó el armamento á la vista de Argel é hizo el desembarco en la madrugada del 14 en Torre Chica, abandonando los argelinos este castillo. En el 15 sufrieron mucho los franceses por el acierto de los tiradores árabes, y el 16 un temporal amenazó á la escuadra la suerte fatal de la espedicion de Cárlos V. Por cinco dias se mantuvo Bourmont donde habia desembarcado, dando asi lugar á que se reuniese contra él un ejército de 40 á 50,000 genízaros y árabes, ocasionando una batalla furiosa, en la que perdieron los franceses 700 entre muertos y heridos; pero los argelinos se retiraron en confusion y desanimados. Bourmont podia avanzar y apoderarse de la ciudad, pero su irresolucion le detuvo, ocasionando otros combates y mas efusion de sangre francesa.

Despues de 15 dias de inútil tíroteo, avanzó el general frances hácia el fuerte del Emperador que domina la ciudadela y las obras esteriores; pero hasta el dia 4 de Julio no lo evacuaron las argelinos, y al salir lo volaron, pegando fuego á los almacenes de polvora. Los franceses adelantaron los baterias para batir la Cassauba ó ciudadela en la ciudad, cuando el valor desamparó el corazon del viejo Dey Hussein, el que á las dos de la tarde mandó su secretario con bandera parlamentaria ofreciendo capitulacion, cuyos artículos preliminares fueron los siguientes:

1.° Que los franceses tomarian posesion de la ciudad de Argel, la Cassauba, todos los fuertes, y la propiedad pública de toda especie, á las nueve de la mañana del 5 de Julio.

2.° Que la religion mahometana y los costumbres y usos de los habitantes serian respetados, y que á ninguna persona perteneciente al ejército frances fuese permitido entrar en las mezquitas.

3.° Que el Dey y todos los turcos saldrian de Argel dentro del término mas corto posible, con plena libertad para retirarse donde quisiesen, manteniendo en-

teramente toda su propiedad personal.

Al dia siguiente tomaron los franceses posesion de Argel, pereciendo un estado en el que por tres siglos habia reynado la mas incesante barbaridad, y mas ilimitada piratería y esclavitud, con mengua de las naciones cristianas. La conducta de los soldados en esta ocasion, segun todas las relaciones hechas por personas que se hallaban allí, fue la mas digna de un ejército valiente y honrado, no se supo que hubiese habido robo, violencia, insulto, ni la menor falta de disciplina. El botin hecho en oro y plata acuñada, en lana y otras mercancías, puestas en lista como propiedad del Estado, fue apreciado en 11.186,905 ps. fs. A esto debe agregarse el valor de 1,500 cañones de bronce, 800 de hierro; y una inmensa cantidad de bombas, balas, &c., asi en las murallas como en el arsenal. Aun todavia era de mas valor la propiedad del Estado en casas, pues que le pertenecia mas de la mitad de la ciudad; de modo que deducidos los enormes gastos de un armamento tan costoso, quedó el gobierno frances ganando mas de 15.000,000 de pesos. Hussein hizo empaquetar su propiedad privada, y se retiró á Italia, siendo informado á su arribo, y probablemente con gran satisfaccion suya, que Cárlos X, quien habia mandado destronarle, habia sido destronado él mismo, y en los mismos dias, por la revolucion de París, y que ambos marchaban arrojados de sus dominios.

Nuestros lectores deberán observar que la poblacion del territorio de Argel se compone de moros y árabes salvages, y que el Dey y autoridades del gobierno, los genízaros y corsarios eran turcos, los que, aunque componian una pequeña porcion del territorio eran los tiranos de todo el pais, y á quien los naturales pagaban tributo. Los franceses en sus proclamas dijeron á los moros, «que ellos habian venido á libertarlos del yugo de los turcos, y restablecerlos en su independencia.» ¡Estraño modo de libertar á un pueblo del dominio de otro, haciéndole una colonia!

El astuto y esperimentado Hussein, antes de partir de Africa, dió consejos saludables á Bourmont para mantener la conquista: 1.° Deshacerse cuanto antes fuese posible de todos los genízaros turcos: 2.° Conciliar la amistad de los moros y árabes errantes: 3.° Evitar hostilidades con los kabailes ó montañeses. Los primeros por insubordinados, los segundos por trabajadores, y los terceros por indomables. Bourmont no apreció los consejos del prudente ex-Dey, y puso en peligro la naciente colonia.

Considerándose los árabes independientes, se juntaron pacíficamente en Bleda, pueblo á ocho leguas distante de Argel, para deliberar sobre qué relaciones habian de mantener con el gobierno frances-argelino. Sabido esto por el general Bourmont, en lugar de contemporizar á lo menos, si no ganar á aquellas tribus, partió contra los árabes con una columna de 2,000 hombres; las mas pacíficas cuadrillas se retiraron al interior con sus *sheiks* ó jeques; pero los mas aguerridos tomaron las armas, rechazaron y persiguieron á los franceses hasta Argel, los tuvieron por largo tiempo como bloqueados en la ciudad; y les han hecho guerra constantemente despues.

Bourmont quedó privado del mando por la revolucion de Julio, y el conde Clausel fue enviado para sucederle, declarando el gobierno por la primera vez su resolucion de hacer una colonia del estado argelino. Este general, que hubiera hecho en Argel lo que Cortés hizo en Méjico ó Pizarro en el Perú si los árabes no tuvieran fusiles, ni la certera puntería con que los manejan,

se volvió en disgusto á Francia, y fue sucedido por el general Berthezene. Este oficial, tan benigno y liberal como fiel y valiente, escribió á su gobierno en Agosto de 1831 en estos términos. « El haber interferido con la propiedad, costumbres y hábitos de los moros en este pais, tratados con desprecio por una nacion estrangera, los ha reducido á la mayor pobreza, hallándose en una condicion mas miserable que jamas se vieron bajo los Deyes. Es pues natural que se resistan á la civilizacion que se les quiere dar contra su voluntad. Los romanos dejaban siempre á los pueblos conquistados sus instituciones municipales y su gobierno interior. ¿Por qué no harán lo mismo los franceses en Africa?" ¡Que generosos y honrados eran los sentimientos de este nuevo general! pero es lástima que un gefe sea generoso escribiendo, é injusto obrando; en la conducta del general Berthezene se vió sin embargo esta anomalía.

No solo las mas veneradas mezquitas eran tomadas para convertirlas en iglesias, ó demolidas para mejorar las fortificaciones: no solo eran profanados los cementerios, lugares los mas sagrados en la tierra para los mahometanos, abriendo caminos por ellos, y esparciendo los huesos y calaveras por los campos; no solo, en fin, insultaban los franceses á los difuntos, mas tambien sacrificaban á los vivos. En 1832 vinieron del interior unos desconocidos mensageros de los Biskaris á cumplimentar á los nuevos dueños de Argel; los que fueron recibidos por el gobernador y despedidos despues con presentes de mantas segun la costumbre del pais. Los mensageros en su regreso pasaron por un pueblo habitado por una tribu llamada Ouffia, la que desde los primeros dias de la invasion habia vivido en paz y amistad con los franceses, y al salir al camino fueron robados por algunos ouffias; esto es, les quitaron las mantas, cosa tan comun entre los árabes, como robar ponchos los indios pampas.

Informado el gobernador francés del robo, salió de noche de Argel con un batallon y un escuadron, llegando al pueblo de los ouffias al amanecer, y rodeándolo, pasó á cuchillo toda la poblacion. Luego juntaron los soldados sobre 2000 ovejas, 700 bueyes y 30 camellos que hallaron en el campo, como despojos del enemigo, los que vendidos, fue dividido el precio, dando á cada soldado su parte del botin, aunque este ganado pertenecia á los moros de la ciudad, y los ouffias no eran mas que los pastores, ó invernadores como se dice en Buenos-Aires.

Omitiendo otros casos iguales para tratar de la conquista, diremos que despues de la toma de Argel se posesionaron los franceses de Bona á la parte del Este, y despues estendieron su conquista hasta Oran. Este pueblo habia pertenecido á España desde que lo conquistó el célebre Cardenal Jimenez, y conservado como presidio, aunque era una carga pesada por el costo de mantener siempre una guarnicion numerosa. En 1792 un terremoto destruyó casi todos los edificios, por lo que el gobierno español juzgó conveniente abandonarlo, y los argelinos lo agregaron á sus dominios. Una sola provincia quedaba por subyugar, y el mariscal Clausel fue comisionado para efectuarlo. Achmet, bey de Constantina, se habia resistido por seis años, y los franceses hicieron punto de honor sujetar á este caudillo. El 14 de Noviembre de 1836 marchó Clausel con su ejército en persecucion de Achmet, el que se fue retirando hasta traer á su enemigo á vista de las murallas de su capital, mientras que el caudillo árabe Abd-el-Kader arrollaba los puestos franceses á la orilla del mar y los ka-

bylas amenazaban á Oran. El resultado, en pocas palabras, fue que despues de perder 3,000 hombres por las balas y enfermedades, se retiró de Constantina el mariscal Clausel á fines de Noviembre con la mitad de su ejército derrotado por la *canaille* de los moros, los que le fueron molestando por la retaguardia sin respetar á S. A. el duque de Nemours, hijo del Rey de Francia, quien habia ido á honrar con su presencia al ejército invencible.

Herido el pundonor francés con tan sério descalabro, resolvió vengarlo, y lo vengó en efecto. Durante el verano preparó el general en gefe la espedicion destinada á la conquista de Constantina, la que marchó de Bona á principio de Octubre siguiente, bajo el mando del capitan general Damremont, llegando á vista de aquella plaza en el 5; pero un temporal de lluvias no permitió dar principio á las operaciones hasta el 9; cuando se formaron las baterías. El sitio era dirigido, suponemos que solo en honor, por S. A. el duque de Nemours. Las baterías fueron al principio colocadas á 800 varas de la plaza; pero en medio del cañoneo en el 12, el general Damremont fue arrebatado por una bala, y el mando del ejército recayó en el teniente general conde de Valee. Este mandó acercar las baterias á 300 varas en el dia 13; y juzgándose practicable la brecha abierta, fueron dados cinco asaltos con el acostumbrado arrojo de las tropas francesas, pero con una pérdida considerable de oficiales y soldados, pasando de 1,000 los muertos y 2,000 los heridos. El bey Achmet con algunos de sus oficiales lograron escaparse y retirarse mas al interior.

Al tomar los franceses posesion de Constantina cometieron los soldados todos aquellos escesos consiguientes á las tomas de plazas por asalto, y autorizados por la sangrienta ley de la guerra. El general Valée puso sin embargo fin á los desórdenes, logrando con su firmeza calmar la efervescencia de la victoriosa soldadesca, y en seguida hizo desarmar á los habitantes, y luego nombró gobernador de la plaza al general Rulhieres. Escarmentado este gefe con los disgustos causados en la ciudad de Argel por la licencia de los soldados; mandó bajo penas severas que no se inquietase á nadie en sus personas, en sus propiedades ni en su religion, prohibiendo á los soldados franceses entrar en las mezquitas.

Con la conquista de Constantina todo el estado argelino quedó hecho una colonia francesa; y despues de un costo tan inmenso en sangre y dinero por ocho años, no es de estrañar que el gobierno francés resolviera conservarla. Cuál será el beneficio que podrá sacar la Francia de su establecimiento en la costa de Africa será un problema por bastantes años.

Estudios Morales.

EL ALGEDOR.

LEYENDA.

LA GITANA Y EMMA.

I.

Una noche la buena Berta cantaba haciendo andar su tornilla junto al fuego. Es preciso deciros que Berta pasaba por la mejor, y asi mismo por la mas respetada de las mugeres de Francheville en el año de gracia 1330. Fran-

cheville es un hermoso pueblo del Lyones en la posicion mas pintoresca que puede pensarse, edificado sobre la pendiente de una colina coronada de bosques, y rodeada de praderas hasta el fondo del valle, viñas, rebaños y un horizonte de montañas en perspectiva. Entre todas las chozas de Fraucheville, la de la buena Berta era la mas aseada, la mas primorosa y la mejor situada. La aurora la saludaba con su primera mirada, un nogal la prot egi con su sombra, y un fresco riachuelo murmuraba á dos pasos de ella. Como Berta no habia visto otros paises, nada la impedia encontrar el suyo el mas bello de todos, y la bondad de Dios inagotable. Mas, sin embargo habia conocido dias aun mas dichosos en tiempo de su difunto marido, de su *pobre Jorge*, como le llamaba; pero el cielo quiso llevárselo, y dejarla sola en el mundo con un hijo que era en verdad el mas hermoso niño de cinco años que se podia ver, en tal manera, que daba celos á las demas madres. Pero á pesar de esto la hermosura de Enrique, pues asi se llamaba el niño, se realzaba aun mas por su docilidad y gracia y por su obediencia á su anciana madre.

Dicho esto, vamos á contaros por que serie de aventuras llegó á encontrar el *Algedor*.

Era pues una noche de otoño bastante triste y obscura; el viento gemia en los matorrales, gruesas gotas de agua caian hasta el fondo del hogar, el trueno rugia á lo lejos, y á veces el cielo parecia rasgarse á los ardorosos reflejos del relámpago.

En este momento llamaron á la puerta de la cabaña; Enrique creyó oir la voz de un hombre que pedia hospitalidad. Abrióse la puerta y entró un caballero armado de todo punto.

Dios os guarde, buena madre, le dijo entrando; no estrañeis si os sorprendo tan tarde. Soy el conde de La Cadiere de quien sin duda habreis oido hablar algunas veces. Un importante asunto me habia traido á estas montañas y me creo feliz por haber encontrado un techo hospitalario; ademas buena madre, yo no he olvidado nunca el recompensar un beneficio.

Mientras que Berta avivaba el fuego que se apagaba, Enrique se entretenia en mirar al caballero: su talle era alto, sus espaldas anchas, y cuando se quitó el casco donde reflejaban los resplandores del relámpago, sus negros cabellos hondearon en espesos bucles realzando todavia mas la magestad de su persona. Jamas habia visto Enrique á este caballero, sin embargo de que no le era desconocido su nombre. Pasaba en su pais por un señor tan generoso como respetado, y desde la cumbre de la colina que dominaba á Francheville se podian ver cuando estaba el cielo bien claro las torres de su castillo.

Por su parte el conde de La Cadiere admiraba la blanca y candorosa figura del niño que el entusiasmo naciente rodeaba como de una aureola. Despues de haber asistido á la pobre cena preparada por Berta, rompió asi el silencio.

—Buena madre ¿es esta toda vuestra familia?

—Ay! noble señor, Dios se ha llevado su padre, mi pobre Jorge, hace cerca de diez años y me he quedado sola con mi Enrique.

—Vuestro Enrique ¡ah! Celebro mucho de que lleve ese hermoso nombre, yo esperimento un grande afecto hacia vuestro hijo. Enrique, quieres venirte conmigo?

—Con vos! exclamó Berta palideciendo, pero mi buen señor....

—Sí, conmigo en mi castillo de La Cadiere, yo haré de vuestro hijo un page, un gentil page, que me seguirá en la guerra, á la caza y en todas partes. Mas tarde será mi escudero, y mon-

tará como yo un buen caballo de batalla. Enrique, quieres venir?

Enrique no respondió palabra pero su corazon latía violentamente, su cabeza ardia. Page! gentil page! escudero! guerra, gloria, vasallos, castillos, largas espadas, caballos de batalla.... El sentimiento le volvió en sí, Berta lloraba.

—« Madre mia, oh! madre mia! estad tranquila, no os abandonaré."

El conde se sonrió á la vista de estas esclamaciones.

—Escuchad buena madre, sabed que rehusándolo rehusareis para vuestro hijo la gloria, la riqueza, y el honor tal vez. Vendrá conmigo, pero podrá visitaros todas las semanas! Soy padre, y sé lo que es ver un hijo. Entretanto voy á dormir sobre esta paja, y no tengais pena; pues he conocido camas mas duras: adios, hasta mañana por la mañana. Enrique, preparaos para acompañarme.

Aquella vez la pobre Berta no se atrevió á decir nada, y se contentó con llorar Veia bien que era necesario resolverse y que Enrique, aun diciéndole: «No me marcharé", no podia dejar de conmoverse á las promesas del conde.

Finalmente, arrancándose á las caricias de su hijo le dijo: ve á dormir, y mañana... mañana me quedaré viuda por segunda vez.

II.

El sol habia aparecido mas radiante que de costumbre, el ave cantaba ya sobre la enramada, todo era alegre en la naturaleza, todo, excepto el corazon de Berta que iba á separarse de su hijo. Ya el noble caballero ha salido, se acaba de volver á poner su casco, ha ensillado su caballo, y se ha dejado en un rincon de la cabaña, ¿si será por olvido? una bolsa de hermosas monedas de oro.

Quién podrá explicar la separacion aflictiva de la anciana madre y de su hijo?

—Adios, hijo mio, que la Vírgen y los Santos te conduzcan! En cuanto á mí..., he vivido bastante, puedo morir!

La pobre Berta pronunció en voz baja estas últimas palabras, en tanto que nuestros viageros se alejaban rápidamente.

Llegaron sin hablar palabra frente al castillo de La Cadiere: ciertamente era un hermoso castillo, con sus masisas torres, fosos, buhardas, almenas y el estandarte encarnado y cuarteado de azul que flotaba sobre la atalaya; nada faltaba en fin, hasta el mismo enano que tocaba la corneta á la proximacion de los viajeros. A este sonido el jóven salió de su meditacion y fijó su vista en el modo con que estaba adornada toda la perspectiva de su magestuosa fachada. ¡Cuanta diferencia entre este feudal edificio y la choza de Frauchéville; entre esta calle de antiquísimos árboles y el nogal modesto bajo el cual solia sentarse! ¡Como estos hombres de armas infunden respeto con sus hachas y sus partesanas! Enrique hacia mentalmente todas estas reflexiones mientras que delante de él bajaba el puente levadizo, hasta que entró con el conde en el gran patio, donde una jóven vino á echarse al cuello del noble señor.

—Padre mio!....

—Hija mia! Emma mia! exclamaban ambos mientras que el page aguardaba temblando las órdenes del castellano; mas el conde de La Cadiere entregado enteramente á su amor paternal olvidaba en aquel momento su protegido de la víspera.

Nadie como Emma era mas digna de justificar este cariño. Apenas de catorce años era ya hermosa, era mas que hermosa, estaba llena de gracias y de atractivos. Sin duda los menestreles de su tiempo comparaban sus ojos á dos



Adelantandose la gitana á Emma, toma el extremo de su velo y lo lleva á sus labios.

carbunclos, su sonrisa á un rayo de sol naciente, sus rosados labios á dos cintas de coral, el sonido melancólico de su voz á los suspiros de la brisa en los bosques encantados; y tenian razon, jamas el laud habia resonado bajo dedos mas perfectos, jamas mantelina alguna aprisionó talle mas ligero, jamas gorra de terciopelo se puso sobre mas rica cabellera.

Enrique la contemplaba admirado, un sentimiento totalmente nuevo hacia latir su corazon y sonrojaba por primera vez su frente. Cuando llegada la noche se encontró solo soñando en su cama modesta con su madre, con su pueblo y con todo lo que amaba en el mundo, una imagen aun mas graciosa vino á mezclarse con todas las otras, un nombre mas dulce vino á divagar en sus labios, nombre que debia repetir en adelante en todos sus sueños.

III.

Pasados cinco años despues de esta época el bello page habia llegado á ser un escudero valiente en la guerra, en la caza y en los torneos. Su bella fisonomía era celebrada del mismo modo que su valor, y mas de una noble señora no podia menos que sonrojarse á su vista. En cuanto á la anciana madre cada vez que lo veia de nuevo, se abandonaba á transportes y exclamaciones sin fin, en los cuales hacia entrar todos los santos del Calendario. Inútil es añadir que Enrique era siempre tan afectuoso, tan solícito por su madre, y siempre tan apasionado de la bella Emma. Esto entendido escuchad lo que sucedió entretanto.

El conde de La Cadiere habia partido para combatir en un torneo que se daba en Viena del Delfinado, y Enrique lo habia acompañado en este viaje con la mayor parte de su séquito; mas su hija, permanecia pesarosa en el castillo. Cada dia aguardaba al conde, y cada dia desde lo alto de la torrecilla mas elevada, los ojos de Emma interrogaban todos los caminos. Una mañana que asi estendia la vista, una nube de polvo se elevó á lo lejos en la cañada, y enmedio de ella creyó ver brillar reflejos de armas y flotar plumages. Esto era bastante, bajó presurosa llamando con grandes gritos á Alice su ama; despues hizo bajar el puente levadizo y se lanzó al camino en la impaciencia de abrazar á su padre; pero no divisó mas que una turba de gitanos vagamundos, con vestidos estravagantes de color oscuro.

El gefe de ellos parecia que era una muger anciana, de alto talle, y muy derecha á pesar de su edad. Tenia una banda encarnada; liada al rededor de su cabeza, dejando escapar algunos mechones de cabellos algo canos, su ropaje cubierto de lentejuelas de oro, disimulaba mal sus enflaquecidas formas, en sus ojos negros y hundidos brillaba un fuego sombrío. Adelantándose sola hacia Emma, tomó el borde de su velo, lo llevó á sus labios y dijo:

—Que Dios os proteja, noble señorita, permitid se nos dé aqui un refugio durante la noche. Lo mas estrecho, lo mas humilde será bueno para el gitano.

—Entrad, dijo Emma, entrad con todos vuestros compañeros; á decir verdad, no érais vosotros á quien yo aguardaba, pero en lugar de todo lo que amo, el cielo me proporciona hacer una buena accion; entrad, que encontrareis en estos muros asilo y proteccion.

Acabando de decir estas palabras, la jóven castellana se alejó precipitadamente, y despues volvió acompañada de muchos criados, llevando pan, frutas y algunos frascos de vino generoso. Ella misma andaba por entre los grupos apiñados de gitanos, cuidando no fuese alguno de ellos olvidado en la distribu-

cion, acariciando á los mas niños y sonriyendo afectuosamente á todos. El agradecimiento brillaba en sus ojos salvajes, y sobre sus rostros bronceados por los ardores del medio dia.

—Esta no es una muger, es un ángel! decian ellos en voz baja, mientras que la muger que hacia de gefe abriendo una cajita misteriosa, sacó de ella alhajas, esencias, bolsitas perfumadas, bandas de seda, collares de perlas &c...

Tomad, señorita, y que Dios añada á nuestros tributos lo que no está en poder de los gitanos el daros. Hemos visto muchos paises, pero nos quedaba que encontrar una señora tan bella, tan buena como vos. Tomad, estos objetos, son mas preciosos que lo que se les cree en vuestros climas helados. El gitano es miserable, y sin embargo, mas de un caballero daria su castillo por esta cajita.

—Guardad vuestros presentes, pues acaso os servirán para mover corazones mas duros. El honor de hacer bien, es la mas dulce recompensa. Quiero solamente compraros este hermoso collar, el cual me pondré los dias solemnes. Entretanto reposad y dormid tranquilos hasta mañana.

Emma se retiraba lentamente, mas al momento fue detenida por la gitana.

—Deteneos, noble señora, no se dirá que vuestros beneficios quedarán sin recompensa.

Y continuaba con un acento inspirado que cautivó el espíritu de la jóven:

—Hubo un tiempo en que el mas noble potentado habria abrazado mis rodillas por tener un tesoro, del cual por ventura yo solo en Europa conozco la existencia. Debia revelar este tesoro á la mas bella, á la mas pura de las hijas de los hombres, y el cielo me dice que sois vos. Escuchadme pues.

—Hablad! exclamó la castellana, ¿cual es ese tesoro?

—Por el alma de mi padre que hay mucho tiempo, que yo misma lo poseeria si la inocencia pudiese volver á habitar en mi alma. Ay de mí! que es inutil hacer esta súplica; jamas la pobre Gildara encontrará la paz de sus primeros años, jamas seré digna del misterioso ALGEDOR.

—El Algedor! yo no entiendo, buena madre.

—Sí, sois la mas bella y la mas pura, por vos descubriré el secreto que creia llevar al sepulcro.

«En un hermoso pais del Oriente, continuó la gitana con una exaltacion manifiesta, sobre la montaña de Serendin, brota una flor mas encantadora y mas suave que todas las demas. El que la lleve en su seno no puede tener ni enfermedades ni dolores. La muerte sola es mas poderosa que ese talisman sin igual. Al rededor de su blanco cáliz se estiende una aureola de color encarnado, vivo, matizado de verde. Mas la mano que la coja debe ser inocente, el pie que pise la montaña de Serendin debe ser libre, el corazon que reciba ese escudo divino no debe haber nunca palpitado con culpables deseos.

—El Algedor!... repetia Emma fascinada por la adivina; no conocia este dulce nombre, sin embargo que he pasado bastantes noches en leer historias y leyendas maravillosas.

—Oh! noble señora, ¿que no pueda yo probaros que Gildara no ha mentido jamas? Pero, ay de mi! concluyó la gitana como si hubiese querido destruir el efecto de sus primeras palabras y con la turbacion de una pytonisa que abandona la inspiracion; Ay de mi! El Oriente está muy lejos, el Algedor se marchita bajo su ignorado tallo... A falta de ese talisman Dios os recompensará y bendecirá. A Dios! procurad olvidar lo que acaba de decir la pobre gitana. Se reirian sin duda de ello en vuestra Europa incrédula!

Seguramente Emma no se reia. La relacion maravillosa de Gildara habia dejado absorta su ardiente imaginacion acostumbrada á vagar en las regiones ideales. Aun despues que ya la noche cubria el castillo con su sombra, la crónica refiere que Emma permanecia pensativa.

Los gitanos se fueron; el conde de La Cadiere volvió, su hija lo recibió con su ternura acostumbrada; pero habia un recuerdo que no abandonaba desde entonces su corazon, y ocupaba todos sus sueños. Volvia á ver el Algedor encantado, la blanca flor de verde aureola; á veces aun su mano misma apretaba su cuello. Vano esfuerzo! Al despertar perdia siempre una ilusion demasiado dulce.

Bajo la gravedad de esta angustia, las mejillas de Emma se marchitaron, el brillo de sus ojos se apagaba, una lenta consuncion amenazaba ajar esta otra flor que exalaba tantos perfumes celestiales. En vano su padre llamaba al socorro de su hija los médicos mas célebres. ¿Qué podian los remedios contra un mal que tenia su raiz en el corazon? En vano el hombre de Dios que recibia sus mas secretas confianzas se esforzó en calmar por palabras dulces las congojas de su penitente.

—Siento, decia ella, siento, padre mio, que moriré, Dios me castiga sin duda por haber abierto mi corazon á sueños impios por haber escuchado á aquella pagana, pero cuando yo ya no exista, consolad á los que dejo, decidles he encontrado en fin el Algedor, la flor encantada que hace por siempre dichosos.

—No, mi querida hija, no, tu no morirás!

En efecto, no murió. El jóven escudero que la amaba hacia mucho tiempo, sin atreverse á decirselo, logró descubrir la causa de los dolores de Emma. La anciana dueña se lo reveló todo á pesar de la prohibicion de su señora; porque ella juzgaba que una pareja tan encantadora, estaba hecha para amarse: ¿no era muy triste ver morir tan linda jóven sin ensayar todos los remedios que pudiesen volverla á la vida?

IV.

La campana acababa de tocar, todos dormian en el castillo de La Cadiere, todos escepto la triste Emma. De pie en su ventana contemplaba en medio de un alagüeño desvario el bello espectáculo de una noche de verano. Algunas nubes doradas por los resplandores nacientes del alba vagaban en la inmensidad de los cielos como islas flotantes en la superficie de una mar plateado. Los ojos de la jóven seguian en el espacio sus caprichosos movimientos, cuando una voz pura y fresca se levantó de los fosos del castillo, cantando asi en tono melancólico:

Dentro su triste morada
La castellana doliente,
Se moria lentamente
De interno dolor llagada.
Pero un infeliz vasallo
Que en secreto la adoraba,
Logró saber que aun quedaba
Remedio en que hacer ensayo.
Por la tierra y mar profundo
El Algedor buscará,
Y alcanzarlo logrará
Aunque esté en el fin del mundo.
Mas con un don amoroso
Breve su camino haria;
Mira, pues, angel hermoso,
Si ansia mucho el alma mia.

Calló la voz, y Emma sorprendida en extremo veia ya descubierto su secreto. Alice sin duda le habia hecho traicion; y hasta un simple escudero tenia el atrevimiento de declararse á ella. Pero interrogando á su corazon la pobre afligida encuentra motivos de perdonar al

temerario que iba á sacrificarse por ella, y aun si se ha de dar crédito á la crónica, una sortija desprendida de su mano fue para Enrique la prenda de amor que debia alentarlo y sostenerlo en la busca de la flor misteriosa.

V.

Segun la relacion de la gitana era en el Asia donde se debia buscar el Algedor. Enrique se dirigió á el Asia, y despues de un muy largo viaje lleno del recuerdo de Emma, llegó á la grande ciudad de Alepo, y haciendo lo presentasen al gobernador le dijo:

—Noble Emir, he atravesado la Europa y el Asia, buscando por todas partes la flor encantada llamada el Algedor, y me han dicho que se cria en este hermoso pais.

—Cristiano, que el cielo te ilumine, porque tu corazon es el de un infiel, y tu brazo es débil ante los de los verdaderos musulmanes. Tu hablas de la flor encantada, pues sabe que existe en nuestros muros, y mañana si te atreves, mañana mismo puedes combatir en la llanura de Jacoub, pero sin esperanza de vencer.

Enrique salió pensativo; esta respuesta le parecia obscura, con todo eso muy pronto comprendió el sentido de las palabras del Emir.

La flor encantada de que él hablaba era la bella Zaida, hija del anciano sultan de Alepo. Un oráculo venerado queria que esta fuese desposada con el mas hermoso y el mas valiente de los hijos del Islam. Los mas nobles caballeros del Asia habian acudido para disputarse esta conquista.

Enrique suspiró; no era este pues el Algedor que buscaba; sin embargo, se presentó en la llanura de Jacoub, é hizo mas, combatió en honor de la señora de sus pensamientos, y quedó vencedor de todos sus rivales. Fue conducido delante del trono donde estaba sentada la bella Zaida al lado de su padre.

« Hijo de un infiel, le dijo el anciano sultan, he dado mi palabra, y será sagrada; que tu frente ciña el turbante, y mi hija es tuya. Levanta los ojos y juzga sobre la recompensa que te aguarda!

Enrique levantó los ojos; la bella Zaida acababa de alzarse su velo: un grito de admiracion se oyó por todas partes, y se aguardaba con ansiedad la respuesta del vencedor.

—Príncipe, he querido probar lo que puede el brazo de un caballero cristiano; juzga de lo que puede su amor. Por la que amo rehuso la mano de tu hija; tranquilízate, pues rehusaria hasta el imperio del mundo.

Muchos otros sin renegar sus creencias se disputaran tan bello galardon: en cuanto á mí, nada me detendrá en estos sitios, vuelvo á buscar el Algedor.

Aunque nadie comprendió bien estas últimas palabras, era evidente que era una blasfemia. Los ancianos ulemas se miraron, pero Enrique era bello, jóven, y amable; se le perdonó su victoria, y la bella Zaida no pudo menos de suspirar mientras se alejaba sin volver la cabeza.

Partió de Alepo, atravesó el desierto con increibles fatigas, y llegó á la Persia. Nunca se habia oido hablar allí de la flor encantada; un discípulo de Zoroastro quiso probar por las similitudes y las diferencias, que podia ser la lógica, Enrique lo dejó á la mitad de su demostracion y prosiguió su viage. Despues de la Persia seguia la India, y podia esperar algunas noticias de los bracmanes; se dirigió pues á ella. El camino era largo, los rios estaban desbordados, los bosques casi impracticables, pero el amor triunfa de todo. Despues de seis meses de peligros y fatigas lle-

gó al imperio del Mogol. De todos los colegios de bracmanes, el mas nombrado era el de Guelaor, y de todos los bracmanes de este colegio ninguno podia compararse al anciano Misouf: su boca era un pozo de ciencia, y nada escapaba á su penetrante vista. Enrique fue á su celda; era la hora de comer y lo encontró comiendo tranquilamente guisantes secos en una escudilla de madera.

—Venerable bracman, dijo Enrique, vos á quien nada se oculta, manifestadme donde podré encontrar la montaña de Serendich y la flor encantada, el misterioso Algedor.

—Hijo mio, yo no he oido hablar de la montaña de Serendich, ni menos del Algedor, pero puedo indicaros donde se encuentra la flor encantada. El mismo Bracma la trajo á nuestra tierra despues de haber cumplido la sesta encarnacion. Entrad en nuestro colegio, meditad durante diez dias sobre nuestros libros sagrados. Entonces si sois juzgado digno....

—Enrique no le dejó acabar, se alejó muy entristecido de Guelaor y del viejo Misouf. El sultan de Alepo le pacía mucho mas razonable. No encontrando ni aun en la India el Algedor no tenia mas que volver á Europa para morir de desesperacion á los pies de Emma.

Un viajero le habló del Khorassan, y ensayó esta última prueba. Llegado á este pais, le pareció que el aire era mas dulce y la naturaleza mas bella que en el resto del mundo. Mostrósele el palacio del sultan, el cual estaba edificado sobre una deliciosa colina, brillando todo él de mármol y de pórfiro. Una galeria de ciento veinte columnas de alabastro le rodeaba en sus ligeros arcos; hermosas fuentes y saltadores murmuraban noche y dia en este recinto. Rodeabalo á corta distancia un bosquecillo de naranjos desplegando su cortina de sombra y embalsamando el aire con su olor; una multitud de esclavos ricamente vestidos, vagaban en sus dilatados paseos. Sin duda alguna, el Algedor habia debido pasar por allí; á lo menos esto era lo que pensaba nuestro jóven esperando la audiencia del soberano. Asi, pues, luego que este apareció le dijo:

«Gran príncipe, veo bien que Dios os ha dado el precioso talisman que busco tanto tiempo hace. Yo he corrido la Persia, la Siria, el Kurdistan, la inmensidad de las Indias, y en ninguna parte he visto pais tan bello, ni monarca tan rico como en el Khorassan. Servios pues, darme guias para que vaya á coger sin demora el celeste Algedor.

Cristiano, tu hablas de Algedor, no sé lo que quieres decir, por lo demas, acabas de decir la verdad por tu boca. Mi reyno es rico, y yo soy aun mas rico. Diez mil hombres componen mi guardia negra, vigilante noche y dia al rededor de mi palacio; mil graciosas jóvenes, bellas como las *hurís* del santo profeta, ocupan mi *haren*. La Arabia no tiene corceles mas rápidos que los mios, los diamantes de Golconda palidecen al lado de mis piochas. Si es este el talisman de que tú quieres hablar, Dios lo da al que le ama.

—He aquí una dicha de pagano, dijo en voz baja Enrique.

Mejor quiero una sonrisa de Emma que toda su guardia negra; mas ¿cómo osar volver á presentarme á sus ojos?

Durante diez dias anduvo errante sumergido en estas reflecsiones; la mañana del undécimo llegó al pie de una montaña escarpada, y la miraba suspirando. Un mercader judio que pasaba por aquel camino, le preguntó respetuosamente la causa de su emocion.

Mirando esta montaña, quisiera fuese la de Serendich, y desearia subir á ella aunque fuese diez veces mas alta, para encontrar allí la flor encantada que busco hace tan largo tiempo.

Noble señor, daos la enhorabuena,

porque habeis tocado al término de vuestros deseos. He aquí la montaña de que hablais. En su cumbre se encuentra una gran piedra blanca, y en el hueco de esta, á la hora del mediodia vereis una flor abriéndose sobre la dura roca; apresuraos ó cogerla: una hora mas tarde vuestras investigaciones serán inútiles.

Enrique no se lo hizo repetir, se quitó su rica armadura que hubiera podido incomodarle, la entregó en guarda con su caballo en manos del judio compasivo, y en seguida subió hasta la cumbre de la montaña; pero en vano buscó por todos lados; ninguna piedra blanca, ninguna flor misteriosa parecia. Volvió á bajar en fin; pensando que acaso iba perdido en su camino. ¡O desesperacion! El judio habia desaparecido con el caballo confiado á su guarda: y este último golpe era cruel.

—Renuncio á correr tras una quimera, exclamó dolorosamente Enrique; despues volvió á tomar el camino de la Europa, disfrazado de peregrino. Pasó por Jerusalen, lloró sobre el sepulcro del Salvador, y obtuvo de caridad pasage en un buque que se hacia á la vela de Jaffa para Venecia.

VI.

Apenas desembarcado en Venecia Enrique continuó su camino. Habia llegado ya á las montañas que rodean á Lyon, del lado del norte, y se estienden en suaves pendientes hasta las puertas de la ciudad. En esta época no estaban aun cubiertas de los hermosos viñedos á los que su riqueza ha hecho dar el nombre de *Monte de Oro*, pero ya se gozaba de esta perpectiva encantadora, que no puede olvidar el que la ha visto, y en los vapores de la caida de la tarde todo el horizonte tomaba una tinta mas suave y mas conforme á la disposicion de ánimo de nuestro viajero. A sus pies el Saona corria mansamente entre sus islas sobre las que la torre de la Bella alemana (1) arrojaba á veces una sombra melancólica; mas lejos se veia una colina cubierta de bosques, el curso magestuoso del Ródano, el antiguo Lyon todo lleno de campanarios y de torres, la capilla de Fourvieres, las montañas del Vivarais, las llanuras del Definado, y en el fondo de esta escena, inmóvil sobre su base de granito, la silueta nevada del monte Blanco, Enrique contemplaba este panorama mágico hasta que la noche bastante sombria, le obligó á buscar un asilo.

Muy cerca de allí, sobre una meseta verde, un santo varon, un hermitaño, habia construido su celda. Al contrario de los antiguos solitarios que no encontraban lugar bastante horroroso donde hacer penitencia el padre Gerónimo, (pues este era su nombre) habia sabido reunir en la eleccion de su morada lo pintoresco y lo útil. Una roca perpendicular lo preservaba de los vientos del norte, un seto frondoso rodeaba su jardinito, algunos árboles colocados formando calles inclinaban sus ramas por el lado de la llanura que se descubria desde lo alto, un manantial de agua clara y limpia brotaba del pie de la roca. Debo sin embargo advertir que esta última circunstancia parecia bastante insignificante al padre Gerónimo, gracias á cierta cueva muy abastecida, en la cual la lengua de los murmuradores encontraba en que ejercitarse. Sea lo que fuere, todos hacian justicia á su caridad, á su indulgencia y á lo que en nuestro siglo se hubiera llamado su dulce filosofia.

Enrique fue á la hermita de este, y creyó deber pedir hospitalidad. En efecto, llamó, y el padre Gerónimo se apresuró á abrir la puerta. Su talle era al-

(1) Esta torre cuyo nombre recuerda una tradicion interesante, se haya situada á media legua de Lyon.

to y todavia la edad no lo habia encorbado, su semblante respiraba dulzura, sus ojos estaban llenos de vivacidad, en fin, la sonrisa imperceptible que venia frecuentemente á mover sus lábios, le daba á veces á su fisonomía una espresion de finura y de inocencia burlesca. Al momento que vió al jóven le dijo:

—Entrad, hijo mio, y reposad hasta mañana sobre esta cama de helecho; mirad la mia que no es mas blanda; pero en ella se duerme tranquilo; antes participareis de mi cena, la cual el apetito os la hará encontrar sabrosa.

Enrique se inclinó lleno de reconocimiento hácia su huesped; cenaron en silencio, y despues de dar gracias, el hermitaño se durmió sobre su modesta cama. Su compañero, menos dichoso, no pudo descansar, al amanecer se levantó y se disponia para partir, no sin dar gracias con efusion al hombre caritativo.

Hijo mio, olvidais que no he hecho mas que cumplir un deber; esta es mi recompensa mientras que Dios tiene á bien de darme alguna otra: ya hay treinta años que vivo en esta hermita; y he tenido el honor de prestar servicios á muchos desgraciados. Aun ayer mismo he dado asilo á dos peregrinos como vos.

—Peregrino! padre, no lo soy, asi es que Dios no ha bendecido mi viaje. A Dios: no debo con la relacion de mis aventuras entristecer á nadie.

—Hijo mio, tal vez habria podido yo daros alguu consuelo.

—No lo hay, padre mio, ni esperanza, y yo no puedo tenerla. Una noble señorita, (perdonad! Dios sabe si la amaba con pureza) una noble señorita se moria de un deseo que no se atrevia á manifestar á su padre. Para salvarla he abandonado mi pais y he corrido el mundo buscando por todas partes el talisman que debe darle la vida, y hoy vuelvo...

—Pero cuál es ese talisman, hijo mio?

—Acaso no háyais oido su nombre; yo mismo antes de aquel dia fatal, no habia oido hablar del Algedor.

—El Algedor?

—Sí, el Algedor, esta flor misteriosa que debe preservar de todos los males al que la posee; pero no, yo veo bien que la gitana nos habia engañado: semejante flor no existe en este mundo... Os sonreis, padre!

—Pensaba, hijo mio, que nada es imposible á Dios. ¿Quien sabe si tendrá piedad de vuestro amor? ¿quien sabe si encontrareis el tesoro que buscais?

—Por favor! no alhagueis una desgracia sin remedio.

—Escuchad, la historia nos refiere, que un pobre hombre, animado de un sueño, se puso en camino para buscar la felicidad. Visitó sucesivamente todos los paises sin poder encontrar en ellos lo que habia soñado. Al fin, desesperado y enfermo, se volvió al hogar de sus padres, y alli fué.....

—Ya entiendo, buen hermitaño, que allí fue donde encontró la felicidad; pero que conexion encontrais en su historia y la mia?

—Venid, hijo mio.

—El hermitaño habiendo dicho estas últimas palabras abrió una puerta, é introdujo á su huesped en un jardin primorosamente cultivado. En medio de este se hallaba un arriate lleno de millares de flores. Los ojos de Enrique las miraban con ansia.

—Ved, repuso el hermitaño, ved ahí cuantas flores, ellas son como los hombres; las que mas resplandecen no son frecuentemente las mas preciosas. Por ejemplo, aqui teneis, que al lado de esta bella rosa no habriais reparado jamas en esta flor modesta que parece querer cerrar su caliz de un amarillo subido; sin embargo, añadió con solemnidad, sin embargo, no se encuen-

tra ni en la Siria, ni en la Persia, ni en las Indias, ni en el Khorassan.

—Pero, y el Algedor, padre mio, y el Algedor?

—Ah, bien, hijo mio, el Algedor es como la felicidad, se busca muy lejos y se encuentra muy cerca: esta flor modesta que acabo de mostraros, es la que buscais con tanto trabajo.

—¡Oh buen hermitaño!...

—Sosegaos, y permitid á un anciano, que acaso jamás os volverá á ver, el que os diga algunas palabras. Dios ha sido bueno para vos, os ha conducido ayer noche por estas montañas, y mañana, no hubiera sido ya tiempo. El Algedor no florece sino una vez cada cinco años, y solamente en el espacio de un dia. Debeis, pues, estar reconocido hácia Dios. Ademas, es menester que sepais que esta preciosa flor da la salud y la riqueza; pero no debeis olvidar hijo mio, que sin la salud del alma, la sabiduría, la paciencia y la caridad, sin estas virtudes, el Algedor no serviria mas que para hacer desgraciados. Partid, veo vuestra impaciencia y os perdono, porque yo tambien he sido jóven... Si las oraciones de un pobre hermitaño pueden contribuir á la felicidad, sereis dichosos, vos y vuestra Emma! ..

VII.

El jueves 6 de Junio del año 1331, el castillo de La Cadiere presentaba un nuevo espectáculo. Un tropel de gentiles hombres vecinos, y de vasallos, ocupaba sus estensos patios: ante la gran puerta y sobre el prado que rodeaba el camino, se estendian extensas mesas cargadas de vinos, frutas y toda clase de viandas: al rededor de estas mesas se apiñaban centenares de desgraciados, hombres, mugeres, niños y ancianos. Acaso jamas habian asistido á semejante fiesta; asi es, que se aprovechaban de esta buena fortuna con toda la natural alegria que da frecuentemente la pobreza.

Un peregrino se habia mezclado entre las filas, y parecia escuchar con interes una conversacion animada que acababa de entablarse en el centro de una de las mesas.

—Os digo, tio Andres que nuestra señorita no se casa sino por obedecer á su padre; frecuentemente he oido hablar arriba á la señora Elisa: y si yo revelase todo lo que sé de esto....

—¿Qué casamiento? preguntó el peregrino.

Sabed, pues, repuso el orador, que el conde de La Cadiere debe casar hoy su hija con un noble baron del Delfinado, el señor de Rocheville. Con mucho gusto mio, añadió llenando su vaso, no puedo hablar mal del novio. Treinta años ha, debia ser este bastante buen mozo, y despues de todo, el vino de su boda es un vino de rey; pero no importa, la novia está muy pálida, muy triste y dudo que lo haga mucho tiempo dichoso.

—Se sabe cual es la causa de esta tristeza?

—Habia el año pasado en el castillo un jóven escudero hijo de alguna gran señora misteriosa, al que el conde de La Cadiere parecia haber adoptado, y verdaderamente merecia ser amado por su brio, su generosidad y su bella figura. Nuestra noble señora, á lo que parecia, no habia podido menos de tomarle un poco de afecto. Asi las cosas, un dia el lindo escudero se marchó, y desde aquel momento no ha podido conseguir el conde ver alegre á su hija. ¡Quiera Dios no haya escogido para ella el peor de los remedios! Pero, perdonad, ved aquí los novios que salen del castillo, y por nada del mundo quiero faltar á la buena ofrenda.

Segun una antigua costumbre del Lyones, los señores al casarse deben reci-

bir de cada uno de sus vasallos una ofrenda cualquiera, y por obedecer á dicha costumbre, Emma acababa de entrar en el prado acompañada de su padre, del baron de Rocheville y de los demas convidados. Estaba triste en tal manera que daba lástima el verla, con una corona de flores sobre la cabeza, y un largo manto blanco que desde luego se hubiera tomado por una mortaja. Apesar de su tristeza hacia por reirse y recibia con bondad las ofrendas de todos los pobres. Estas eran de trigo, frutas, flores blancas, corderillos, y tórtolas.

El peregrino se acercó como los demás. Un ancho sombrero cubria su rostro, pero Emma vió temblar su mano en tanto que presentaba una caja de modesta figura, y la abria temblando tambien.

En el fondo de la caja entre una poca de tierra desplegábase una flor.

—Gracias, buen peregrino, le dijo con su dulcísima voz, quiero guardar vuestra ofrenda, pues me traerá la felicidad.

—Guardadla, noble señora: muy caro me ha costado el traérosla, pero ya he recibido muy bella recompensa, añadió mostrando sobre una de sus manos el anillo que Emma no habia podido rehusarle la noche de su partida.

VIII.

Ya adivinareis lo que pasó en este solemne momento, el desfallecimiento de Emma, la sorpresa de los convidados, el dolor del baron de Rocheville, los temores del conde de La Cadiere, y la alegria mezclada de terror de Enrique, poco á poco se fueron explicando: pasaba esto en tiempo de la mas estricta caballeria; el novio, que habia sido siempre galan, encontrando los méritos de su rival, superiores á los suyos, abandonó toda pretension respecto de su linda novia; el conde de La Cadiere, por su parte, se dejó vencer á poco tiempo, al cabo de un mes, el pobre escudero calzó las espuelas de oro y vino á ser esposo de la castellana, con grande alegria de todos los que sabian su historia. Las bodas fueron suntuosas, y la buena Berta murió á poco llena de alegria.

Parecerá que nuestra historia debe concluir ya; ¿qué mas podian desear nuestros dos héroes? Se amaban ya hacia mucho tiempo, todo prosperaba en sus dominios; una encantadora familia crecia al rededor de ellos como retoños á la sombra de grandes árboles. Eran los niños una viva copia de la belleza, de la gracia y de la bondad de sus padres: todos tenian los mas dulces nombres, Adalberto, Eduvigis, Maria, y aguardaban la que se debia llamar Berta como la santa muger que estaba ya en el cielo. Sin embargo, escrito estaba que la afliccion vendria aun á visitarlos.

Una mañana no encontró Emma el Algedor en el relicario donde lo ponia durante la noche.

Ninguna persona del castillo pudo saber lo que de él se habia hecho, sin duda habia tenido el diablo parte en esto. El dolor de Emma fue grande como lo merecia lo que acababa de perder. Enrique se esforzaba en consolarla, no viendo él mismo en el porvenir sino tristeza é infelicidad. El primer dia les pareció muy largo, y á la noche se decian en voz baja.

—Que nos irá á suceder mañana?....

El otro dia y los siguientes pasaron sin que nada pareciese trocado en la naturaleza. El sol estaba siempre tan bello, las colinas tan verdes, Emma tan tierna, y sus niños seguian bendecidos por Dios; mas la alegria no podia volver á reynar en su corazon.

—Vamos á buscar al Padre Geróni-

mo, dijo Enrique, pues hay mucho tiempo que no lo hemos visto, y acaso podrá consolarnos.

—Vamos, respondió Emma: y se pusieron en marcha.

Encontraron al anciano sentado ante su puerta, calentándose á los rayos del sol.

—Padre mio, exclamó Enrique, rogad á Dios que tenga piedad de nosotros!

—¿Que os ha acontecido, hijos mios?

—¿Me atreveré á deciroslo? Aquella flor encantada, el Algedor ..

—¿La habeis perdido?...

—Perdonad, padre mio, á dos infortunados; el cielo nos es testigo de que en esto no tenemos culpa alguna.

Lo creo, hijos mios y os perdono; pero no os dejeis abatir tanto: sabeis que Dios está dispuesto á socorrer al desgraciado. ¿Lo habeis servido siempre bien?

—Ay de mí! no me atrevo á decirlo, padre mio; sin embargo yo no he olvidado jamas lo que me dijisteis al darme al Algedor. El nos conservaba la salud del cuerpo, y me he esforzado á alcanzar la del alma.

—Muy bien, hijos mios, porque esta es la mas preciosa, y por ella alcanzareis aun la bendicion de la Providencia. Habeis perdido el Algedor, pero puedo reemplazarlo con ventaja.

—Oh cielos! será posible!

Escuchad; cuando vinisteis á buscar un refugio en mi celda, me conmovió vuestro dolor, y el cielo me inspiró, así lo creo, un ardid inocente. Os daba una flor que no era nada, pero añadiendo un consejo que lo era todo. Habeis perdido la flor; pero habeis observado el consejo, y Dios no os pide mas. El ha puesto al alcance de todo el mundo un Algedor que no se marchitará, asi lo espero, en vuestras almas. La sabiduria, ved aquí su tallo, la paciencia y la caridad, ved aquí sus colores. Ellos son mas resplandecientes que los de la rosa, y esta flor no tiene espinas. Vivid dichosos, y que vuestros hijos aprendan de vosotros esta máxima.

Algedor significa *buen consejo* y nada es mas facil de encontrar que un buen consejo para el que quiere conformarse con él. Para esto, no lo busqueis ni en la India, ni en la Persia ni en el Khorassan: si teneis un amigo fiel consultadle, y si no lo teneis dirijios á vuestra conciencia.

VIAJES.

ESPEDICION Á LA LAPONIA Y Á LA NUEVA ZEMBLA.

Dificil es formarse una justa idea de las penalidades que acompañan á las esploraciones de los mares del polo, y seria poco menos que imposible contar los naufragios y pérdidas de todas clases que han desbaratado é inutilizado tales empresas. Limitándonos únicamente á las espediciones intentadas por la Rusia, veremos á Rosmisloff, uno de los primeros navegantes que se atrevieron á esplorar aquellos mares, obligado por una tempestad á abandonar su buque, y refugiarse á bordo del de un pescador de ballenas; despues de haber llegado al objeto de su viage en la costa oriental de la Nueva-Zembla. La espedicion de Lazareff no produjo ningun resultado ventajoso, pues la tripulacion de los buques que aquel oficial tenia á sus órdenes fue atacada con tal violencia por el escorbuto, que se vió en la precision de volver al puerto sin haber conseguido nada. El viaje que siguió al de Lazareff fue el del capitan Lülke, que tuvo igual

suerte á consecuencia de las averías que sufrió su buque arrojado contra unas rocas. Krotoff pereció despues con toda su tripulacion, y Pachtusoff, arrojado á la costa en el primer viaje, perdió el buque en el segundo. Siguiéronse otras tres espediciones igualmente desgraciadas, pues si bien los navegantes que las dirigieron volvieron ál puerto con sus buques y tripulaciones; las montañas de hielo que encontraron en el camino habian detenido el curso de sus descubrimientos; y volvieron sin haber aumentado con ninguna adquisicion nueva el dominio de la ciencia.

A pesar de todo, el gobierno ruso mostraba la mayor perseverancia y valor; no le detenia dificultad alguna, y cada año se emprendian nuevas espediciones, hasta que un éxito feliz coronó al fin sus esfuerzos. Lüke salió segunda vez, y volvió al puerto despues de un feliz viaje y trayendo consigo inmensos materiales; mas otra espedicion posterior no menos feliz ni menos fértil en resultados, debia recompensar verdaderamente al gobierno ruso su larga perseverancia. Esta espedicion es la de M. Baer, individuo de la academia imperial de ciencias de San Petersburgo, espedicion que puede mirarse como una de las empresas mas interesantes de este género, tanto por su feliz terminacion como por las muchas riquezas científicas que el sabio académico ha traido consigo. Vamos, pues, á examinar estas riquezas, empezando por marcar el camino que siguió M. Baer.

El 19 de Junio de 1837 salieron de Arcángelo en dos buques pequeños M. Baer y sus compañeros, y bajaron el Dwina hasta su embocadura, donde tuvieron que permanecer á causa de los vientos contrarios hasta el 30 del mismo mes. Entonces una brisa fresca del sur les condujo en pocos dias hasta las costas de Laponia, y allí permanecieron algun tiempo, pues en vano quisieron luchar contra el viento norte. El 12 de julio volvió á serenar el tiempo, y soplando el viento en buena direccion levaron anclas, y á los cinco dias de un viage feliz entró la espedicion en Matochkin-Shar, estrecho que corre de oeste á este y divide la Nueva-Zembla en dos partes iguales. El mar estaba libre, porque el viento norte habia llevado al mar Blanco los témpanos de hielo, y esta feliz circunstancia proporcionó á nuestros navegantes el poder estudiar la historia natural del pais, en varias direcciones. Sin embargo, aun no podian realizar su deseo de penetrar hácia el oriente atravesando el estrecho, porque en aquella parte se habia mantenido unido y compacto el hielo; queriendo, pues, continuar su viage en esta direccion se valieron de sus trineos, mas el hielo se rompió en varios parages y tuvieron precision de acogerse á sus buques. Al fin consiguieron llegar al sitio á que se dirigian, mas allí les asaltó una tormenta que puso en inminente riesgo á entrambos barcos; sin embargo, lograron salir bien de aquel apuro, y habiéndose calmado la tempestad volvieron á entregarse á sus esploraciones, y despues regresaron á su primer fondeadero.

El 4 de agosto aparejaban de nuevo, mas viendo que el viento norte los llevaba hácia el sur, se detuvieron algunos dias en Nameless-Bay, entraron en Kostin-Shar, estrecho lleno de grupos de islas, y continuando su viage llegaron á la pequeña bahia y rio de Neehwatowa, que siguieron por espacio de algunos dias. En este sitio se vieron asaltados por una nueva tempestad que duró nueve dias, y cuya violencia no les permitió tener ninguna comunicacion con la tierra, á pesar de que sus barcos habian dado fondo en una ensenada pequeña, que los ponia al abri-

Domingo 9 de Agosto.

go del viento y del furor de las olas. Esta tempestad, como la anterior, no causó ninguna desgracia á los viajeros, mas continuando demasiado el viento norte, renunciaron á visitar las heladeras que se hallan en la costa septentrional de la isla. El 31 de agosto abandonaron las costas de la Nueva-Zembla, y despues de una travesia de ocho dias llegaron á la costa occidental de la Laponia, dejando á su espalda á Kolu, donde habian pensado tocar, porque soplando siempre el viento del mismo lado perdieron la esperanza de poder llegar á tiempo para hacer con fruto algunas observaciones. Dirijieron, pues, su viaje otra vez á Arcángelo y llegaron dos dias despues á dicho puerto, sin haber perdido ni un solo hombre de su pequeña tripulacion.

Bajo el punto de vista de la historia natural, ofrece este viaje un atractivo muy poderoso. Las observaciones de M. Baer empiezan en la embocadura del Dwina, donde se encuentran una multitud de islas formadas por un terreno de acarreo que sufre continuas alteraciones á causa de la incesante lucha entre las corrientes del agua del mar y la del agua del rio. La vegetacion de dichas islas es muy pobre, y no se ve en todas ellas ni un solo árbol; y al contrario, en las márgenes del Dwina, sobre todo en los sitios que se hallan al abrigo del viento norte, la vegetacion es robusta, los árboles magníficos, y las praderas se hallan cubiertas de un hermoso verdor, que recuerda las fértiles llanuras del mediodia. Igual espectáculo se reproduce en Winterberg. En la costa oriental del mar Blanco, á los 65° 20' de latitud norte, se ve una montaña, cuya vertiente al sur se halla cubierta de acónitos de hojas largas y colgantes, brillando en ella la *rosa spinosisima*, y otros arbustos y plantas que se cultivan en los jardines del mediodia de Francia é Italia. La belleza y vigor de esta vegetacion se hace mas notable por el contraste que presentan los sitios espuestos al norte, pues en estos cambia la escena, los arbustos de los climas calientes desaparecen y dejan su lugar á los de las regiones frias, la naturaleza parece apagada, y la vista entristecida solo percibe acá y allá algunas plantas de *spagnun* y de *caltha palustris* que muestran las flores como á pesar suyo, en medio de la desolacion que las rodea.

Dejando á Winterberg, sus hermosos árboles y la brillante flora que se encuentra al pie de la montaña, nuestros naturalistas se dirigieron á Pialitzi. Este sitio se encuentra en la costa de Laponia como á los 66° 10' de latitud norte, y se presentó á su vista como una de aquellas escenas desconocidas que tanta sorpresa causaban á los descubridores del Nuevo-Mundo. A cada paso se ofrecian á sus ojos millares de conchas de diferentes formas y tamaños; las costas del mar, elevadas mas de cien pies sobre el nivel del agua, estaban cubiertas de césped, mientras que en las quebraduras que forman las rocas se veia una capa de nieve que daba al verdor del césped mayor brillo. En lo alto de esta costa se despliega la naturaleza con toda su agreste magnificencia, estendiéndose en todas direcciones inmensas llanuras cubiertas de líquenes y de arbustos enanos que algunos no tienen de altura la tercera parte de su grueso. Los finlandeses llaman á estas llanuras *Tuntur* ó *Tundra*, voz que han aprendido de los rusos que la trajeron de las frias regiones de la Siberia; mas los rusos con la voz *Tundra* espresan una llanura sin árboles ni yerbas, ni otras plantas que las criptógamas, como líquenes y musgos, y en las llanuras de Laponia vegetan plantas arbóreas entre los musgos y líquenes; sin embargo, observó M. Baer

que en todos los sitios en que abundan las plantas criptógamas las arbóreas son sumamente enanas y muchas parecen enfermizas, y solo á gran distancia del parage en que abundan dichas plantas criptógamas se desarrollan bien las arboreas, y sus hojas empiezan á adquirir su verdor acostumbrado.

Las montañas que algunos geógrafos han supuesto en la costa occidental de Laponia no existen absolutamente en ella; todo aquel pais es sumamente llano, y únicamente hácia la parte de poniente atraviesa una cadena de colinas que pertenecen á los Alpes escandinavos, pero son muy poco elevadas y aun parece que van deprimiéndose de dia en dia, y que llegará el momento en que desaparecerán completamente. Los principales rios provienen de los pantanos ó lagunas, cuya estension es inmensa, sus aguas corren tranquilamente sobre alveos de piedras, y sus orillas en algunos puntos están cubiertas de rocas que se elevan hasta 300 pies de altura. La roca que domina en la parte oriental de la Laponia rusa es la Sienita, atravesada por venas de cuarzo y de granito; pero muchas islas de la costa están enteramente formadas de cuarzo puro.

Las modificaciones que la situacion de las localidades hace sufrir á la vegetacion, se presentaron de nueve cerca del rio Ponoi en la Laponia. En las orillas de este rio que se hallan espuestas al viento nordeste, cubren la tierra casi todo el año enormes masas de nieve, y la vegetacion varia entre la alpina y la subalpina, mientras que en las orillas opuestas se encuentra una rica variedad de flores y plantas que se asemeja á la flora de Livonia; aqui el termómetro de Farhenheit sube hasta 70° (17° de Reaumur), y en la orilla opuesta nunca pasa de 40° (3 1[2 de Reaumur.)

En aquellas llanuras se encuentran pocos indicios de vida animal; sin embargo, M. Baer descubrió varios insectos notables entre los cuales reconoció dos especies nuevas. Las aves que se encuentran son casi todas acuáticas; pero la riqueza del océano en aquellas costas parece que compensa en algun modo la pobreza del reyno animal terrestre. Todos los años concurren á las costas orientales y meridionales de la Finlandia un considerable numero de ballenas de Groenlandia, y en la primavera abundan en aquellos rios peces de diversos géneros y tamaños, y, entre otros, magníficos salmones. Estos peces constituyen el principal alimento de los pueblos que habitan aquellas costas, y tambien el ramo principal de su industria, pues con el producto del pescado compran el té, rom, harina y demas objetos que necesitan para su consumo.

La descripcion de la Nueva-Zembla presenta igualmente un grande interés. Este pais, formado por una masa de rocas, se halla rodeado por la parte poniente con una cintura de peñascos que en algunos puntos de la costa están ocultos debajo del agua. En el estremo meridional la costa es llana, pero desde Kostin-Shar en adelante todo el pais se halla cruzado por cadenas de montañas, de las cuales las mas elevadas tienen cerca de 2,000 pies. En la direccion norte aumenta el número de estas montañas y se hace mas considerable su altura; asi es que en Matochkin-Shar cubren todo el pais, y la montaña que se levanta á la entrada de Silver-Bay tiene 4,380 pies de alta. Hay otra aun mas elevada al sur de la entrada oriental del estrecho, pero se halla rodeada por todas partes por otras montañas bastante altas, lo cual hace que no se la perciba sino á corta distancia. M. Baer, en la ocasion en que la descubrió no tenia consigo instrumentos y no pudo calcular su altura si-

no por aproximacion, pero cree que podria ser como de unos 4,000 pies. Las laderas de dicha montaña estan cubiertas de asperezas, y por todas partes se descubren llanuras inmensas de nieve que parece acumulada en aquellos parages desde hace muchos siglos. Estas montañas van haciéndose menos elevadas segun se prolongan hácia el norte; hasta que al fin vienen á unirse con la costa occidental, y forman profundos valles que se abren hácia la parte del mar, y están llenos de heladeras.

La roca que predomina en la Nueva-Zembla es una roca arcillosa; las montañas que estan formadas de ella llegan á una grande altura, y sus cúspides redondeadas presentan á cierta distancia la forma de una cúpula. Dichas montañas no pueden resistir mucho tiempo al rigor del clima, y por todas partes se ve que forman anchas grietas llenas de nieve, y que en su base se encuentran en abundancia grandes fragmentos de roca que el cielo ha separado de las laderas. Despues de la roca arcillosa viene la piedra calcárea, que en muchos puntos y sobre todo hácia el oriente y occidente se encuentra mezclada con el esquisito arcilloso. Hállase tambien aqui el curioso fenómeno que llama tanto la atencion de los sábios por la completa refutacion práctica que ofrece de las teorías newtunianas, á saber, el espectáculo de muchas montañas porfireas reposando sobre formaciones secundarias de piedras calcáreas. La amigdaloides se halla en cantidad suficiente para formar montañas considerables. Nuestros viageros hallaron tambien en la costa varios pedazos de carbon de tierra, pero todas las circunstancias les hicieron creer que habian sido arrojados allí por las olas.

En la Nueva-Zembla no se encuentran *tundras* como en la Laponia, y su vegetacion es pobre; únicamente sobre las montañas porfireas se ven crecer algunos líquenes, y en la base de las mismas algunas plantas de *dryas octopetala*, cuyo verdor recrea la vista. Entre los líquenes que cubren las rocas, el mas comun es el *verrucaria geográphica*, el mismo que Humboldt encontró en el Chimborazo, á la altura en que empiezan las nieves perpétuas de aquella montaña. En general, las plantas de la Nueva-Zembla tardan mucho en madurar, pero tambien emplean largo tiempo en decaer, y aun cuando se secan las hojas viejas se mantienen unidas á sus pedúnculos, de manera que es muy comun el ver en una misma planta hojas viejas de muchos años, mezcladas con hojas nuevas.

De la misma manera que la Laponia, la Nueva-Zembla tiene sitios favorecidos en que la vegetacion despliega sus riquezas; pero en general, las flores no se elevan á mas de dos pulgadas sobre el suelo, y las hojas que se desarrollan son puramente las necesarias para dar brillo á la flor. En medio de la desolacion que los rodea, estos sitios se parecen á los magníficos oasis de que hablan los viageros, y los ojos no se casan de admirarlos, pues presentan fenómenos muy interesantes y que no se encuentran en ninguna otra parte. En los Alpes, por ejemplo, una misma planta cubre con frecuencia una grande estension de terreno, y reyna en él como soberana; en la Nueva-Zembla al contrario, se mezclan y unen en el mismo sitio mil plantas diversas, teniendo cada cual por vecina á otra planta con quien no tiene relacion, de manera que puede decirse que ninguna de ellas tiene fuerza bastante para ejercer el poder soberano, y arrogarse un derecho de preeminencia sobre sus compañeras.

Facil es conocer que la riqueza que se encuentra en la vegetacion de algunos puntos de la Nueva-Zembla debe

atribuirse á las mismas causas manifestadas con respecto á la Laponia. Los sitios espuestos al sudoeste, y que por lo mismo se hallan al abrigo del viento nordeste, son aquellos en que la vegetacion se manifiesta con mayor brillo. Entre otros caracteres que distinguen á esta, es uno el de limitarse á la superficie del terreno y á la parte mas baja de la atmósfera; asi es que las plantas penetran muy poco en la tierre, y no se levantan sino á algunas pulgadas del suelo. Las mismas plantas que en paises calientes tienen sus raices verticales, las tienen horizontales en la Nueva-Zembla, y todas se arrastran por la superficie de la tierra, en vez de tomar una direccion vertical; lo cual proviene de que en aquel clima la temperatura mas elevada se halla en la superficie de la tierra, y por consiguiente no levantándose la planta arriba de dos pulgadas, aprovecha todo el calor de la atmósfera, y la raiz se mantiene tambien cerca de la superficie, porque si penetrase mucho en el suelo, encontraría una temperatura glacial que la haria perecer. Este curioso fenómeno se nota principalmente en las plantas arbóreas. La mas comun en la Nueva Zembla es el *salix polaris;* dicha planta se eleva únicamente media pulgada sobre el musgo, y su tronco, que viene á ser de grueso como el cañon de una pluma regular, produce dos hojas; mas no es esto toda la planta, pues si se toca aquel tronquito, se ve que se halla unido á otro mas grueso, que serpentea debajo de tierra, y que de trecho en trecho brotan de él otros tronquitos semejantes al primero.

Otra especie de sauce, el *salix reticulata*, que suele crecer hasta cuatro ó cinco pulgadas, y el *salix lanata*, que es el gigante de los bosques de aquella tierra, aunque nunca pasa de ocho pulgadas, tienen tambien un tronco principal que corre por debajo de tierra, y que á varias distancias produce los tronquitos verticales. M. Baer deduce de aqui que si los navegantes á quienes una tempestad arroje á las costas de la Nueva-Zembla, no hallasen con abundancia bastante leña para quemar, podrian fácilmente satisfacer sus necesidades con cabar muy poco la tierra. M. Baer ha recogido noventa especies de plantas fanerógamas, y cuarenta y cinco de criptógamas, número duplo del que han traido todos los viajeros que hasta el dia han visitado el Spitzberg.

Aquel sábio naturalista ha hecho ademas varias esperiencias curiosas, y entre otras citaremos la que verificó al llegar á Matochkin-Shar en el mes de Julio, para comprobar la exactitud del aserto sostenido por muchos sábios de que la vejetacion es mas rápida en los climas polares que en los paises que tienen un verano largo. Con este objeto sembró un poco de semilla de berro en un sitio proporcionado, y vió que esta planta crecia con mucha mas lentitud que en San Petersburgo en el mes de Mayo, pues al cabo de un mes solo tenia su segundo par de hojas. Muchas plantas que crecen en Rusia, se encuentran tambien en la Nueva-Zembla, y es de notar que el mayor número de ellas, que florecen muy temprano en Rusia, llegan muy pocas veces á un estado de madurez en la Nueva-Zembla, y aun algunas no llegan á dar señal alguna de inflorescencia. Supone, pues, M. Baer, que la flora de la Nueva-Zembla es de orígen estrangero, y proviene de las semillas que lleva el viento, ó los bancos de hielo.

Tambien quiso reconocer la verdadera altura á que debe fijarse la línea de congelacion perpétua en aquel pais; pero interrumpido en sus trabajos por las muchas dificultades que presentan constantemente los sitios, tuvo que li-

mitarse á consignar las siguientes observaciones.

La nieve desaparece de las llanuras hácia fin de Julio, pero en los puntos en que se halla amontonada por el viento, permanece casi todo el año. En las orillas del Kostin-Shar, que es la parte mas caliente de la isla, la nieve formaba como rocas de una altura prodigiosa; tambien se amontona en las vertientes de las montañas y en las concavidades que forman las llanuras, y en estos sitios la temperatura de la atmósfera sufre una alteracion tan sensible, que el termómetro baja de repente dos ó tres grados. Este efecto en el termómetro no debe causar admiracion, si se considera que aquellas llanuras de nieve tienen muchas millas de estension y están á veces elevadas dos ó tres mil pies sobre el nivel del mar. En el estrecho de Matochkin-Shar, se ven dos montañas opuestas una á otra; en la una, que tiene 3,400 pies de altura no hay nieve alguna, y la segunda que no tiene mas que 3,100 pies, está enteramente cubierta de ella. En resúmen, M. Baer deduce que las llanuras de la Nueva-Zembla se hallan en un estado de congelacion perpétua, á pesar de que por influjo de varias causas la mayor parte de la isla, y aun las cúspides de algunas montañas, queden libres de nieve durante el verano.

Los animales son muy pocos en la Nueva-Zembla: sin embargo se hallan bastantes ratas de Groenlandia, y zorras que les hacen la guerra, alimentándose ademas con los cuerpos de algunos animales que las olas arrojan á la costa, con los huevos de las aves acuáticas, y aun con los polluelos de estas cuando pueden cogerlos. Son tambien muchos como en Laponia los peces que concurren á las costas de la Nueva-Zembla, y entre ellos se encuentran la ballena de Groenlandia, y otra especie de ballena llamada *balænoptera*, que M. Baer supone que pertenece á una antigua especie de ballena, que los habitantes del norte pescaban en otro tiempo, segun se dice en sus costas. Los rios abundan tambien en diversos género de peces, y principalmente en salmones, cuya carne es esquisita.

DOLORA.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS.

I.

Era *José* un estudiante,
y le hizo del pecho hoguera
una *Conchita* hechicera,
con su sonreir amante:
Ciego ya con su pasion
abrió franco el corazon;
y su idolatrado bien,
para darle la razon,
se la dió con un desden.

II.

Triste el jóven desairado
se echó á rodar por el mundo,
y el mundo curó apiadado
su sentimiento profundo:
La suerte con alegria
dió á *José* riqueza y gloria,
y tan grande nombradía,
que no tuvo *José* un dia,
sin una risueña historia.

III.

Cuando supo tal fortuna
la esquiva *Concha*, en la ausencia,

creyó, al menos, importuna
su pasada indiferencia:
Y echando cuentas mejores,
para aprender á vivir,
olvidó sus sinsabores
con otros nuevos amores,
poniéndose á ver venir:

IV.

José en la gran sociedad,
que es del corazon escuela,
adquirió la habilidad
de enamorar con cautela:
Ademas saber logró
la tierna coqueteria
de la bella á quien dejó,
y, aunque ya no la queria,
tambien *sus cuentas echó*.

V.

Dos años asi pasaron
y, el cómo yo no lo sé,
en cierto sitio se hallaron
solos *Conchita* y *José*:
Conchita dulce le habló,
y sin amor *José* allí
por juego la enamoró:
la que antes le dijo *nó*,
entonces le dijo *sí*.

VI.

José viendo tal mudanza
pidió un beso, logró un beso,
y concibió otra esperanza
deseando otro embeleso.
Luego *José* en una cita
los contrarios pareceres
demostró de su *Conchita*,
dándole por sus placeres
un *quédate adios, bendita!*

VII.

Al verse sola con Dios
dijo *Concha* suspirando.
—Nos entendimos los dos,
que yo le estaba engañando:
A fe que no anduvo lerdo
dejándome entre los tilos:
ni él me gana ni yo pierdo;
pierde quien no sabe cuerdo
herir por los mismos filos.

José María de Albuerne.

LA HORA MALDITA.

Habia hecho un dia hermosísimo, aunque de rigoroso invierno, pues el termómetro de Reaumur señalaba seis grados bajo cero. Sin embargo, muchos dias de primavera hubieran envidiado á aquel su azulado cielo y esplendente sol. La naturaleza de Normandia (porque han de saber mis lectores que vamos caminando por la ruta de Fecamp á Dieppe) aquella naturaleza, coqueta por escelencia, se habia engalanado con todos sus cristales, con todas sus perlas. El camino, blanco con el rocío, reflejaba millares de luces mortecinas, y los árboles, despoblados de hoja, ajitaban su negro ramaje del que caian lijeros copos de nieve como la odorífera lluvia de los almendros. Anchas franjas de diversos colores matizaban el horizonte, variando hasta el infinito los puntos de vista por medio de claros y oscuros armoniosamente repartidos. A la derecha se estendian ricas campiñas cortadas por arroyos y animadas

con molinos: al otro lado vastas arboledas, en cuyo centro se ocultaba una alquería y numerosos rebaños de vacas y caballos que pacian la menuda yerba de las laderas. Mas lejos se divisaba una mezquina aldehuela y en último término el espacio, las masas confusas, las perspectivas fugaces, las colinas azules. De trecho en trecho entre dos ribazos, entre dos promontorios, en el ángulo de una casa, tras un bosquete de árboles, asomaba de repente una cinta azulada: era el mar! Asi avanzaba el viajero, distraido por dos grandes espectáculos, siguiendo con el pensamiento el sinuoso cordon de la costa, y con la provincia de Cau á la derecha y á la izquierda el Océano.

Pero para gozar mejor de tan magnífico panorama, hubiera sido preciso viajar á pie, y el morral al hombro; y no era este por cierto el atalage del jóven conde Alfonso de Mercieux, peregrino poco sentimental, y cuyos pensamientos se adormian perezosamente con el arrullo de una escelente berlina montada sobre muelles ingleses. No viajaba el conde Alfonso por diversion; iba á casarse, y su futura esposa le aguardaba á corta distancia de Dieppe, en un ex-castillo próximo á las famosas ruinas de Arques. Ocupado con el próximo enlace que iba á decidir la suerte de su vida entera, aburrido con los cálculos del dote y situacion de aquella familia que seria pronto la suya, dudoso del modo con que habia de presentarse, y sobre todo, incomodado por el frio á pesar de las benéficas pieles que le envolvian, no le quedaba á Alfonso mucho espacio para atender al paisage. De suerte que por no ofender al Criador, prestando una atencion secundaria á tantas maravillas, se habia acurrucado en un rincon sin dirigir una sola mirada hácia fuera. En vano su compañero de viage Eugenio Foissac, artista entusiasta, le reprendia su culpable indiferencia; Alfonso no hacia caso de las reconvenciones de su amigo, y se aferraba en una muda inercia, en un embotamiento de facultades absoluto.

—Y para esto me traes en tu silla de posta! esclamó Eugenio cansado. De hoy en adelante viajarás solo. Voto á!... Traerme como el viento, á manera de pájaro, á mí que me gusta tanto detenerme en el camino, observar una quiebra de terreno, un grupo de colinas! á mí, que me estaria estudiando un dia entero delante de un árbol, de una choza, de una pared ruinosa! Se te ocurre un negocio en el Havre y te acompaño al Havre, ciudad antiartistica por escelencia! Desde allí, corre que corre á Fecamp, donde no me dejaste dibujar las esculturas interiores de la catedral, y ahora me temo no poder visitar Santiago de Dieppe ni el castillo viejo: pues te advierto que si tal es tu intencion, te abandono y me vuelvo á Ruan, pasito á paso. A mi no me aguarda ninguna rica heredera, y maldita la prisa que tengo por llegar.

—Sed mas templado en vuestros discursos, oh amigo mio, dijo Alfonso alzando la voz con trájica inflexion. Eso que acabais de decir es de pésimo gusto, y á fe que me asombra tanto clasicísmo en un pintor flamante. Habiamos convenido por ventura en que os detendríais, á cada árbol, á cada piedra. ¿Quién diablos piensa en pararse con el frio que hace? Dejad esas ilusiones que no estamos ni en Suiza ni en Setiembre, y aplicaos, que mejor será, á distraerme de los malos pensamientos, de las angustias que me atormentan.....

—Tienes presentimientos?

—Horribles: sí, amigo Eugenio, y cuento con tu amistad para disiparlos. Me asedia un pensamiento obstinado que no me deja parar. Te acuerdas que eran

las seis de la tarde cuando salimos...

—Bien, y qué?

—Al subir al coche te hice reparar en un mendígo á quien dí limosna.....

—Y que nos persiguió con sus bendiciones... continúa.

—Mal hayan sus bendiciones! aquel hombre tenia unos ojillos brillantes y la mas siniestra catadura. Se me figuró reconocer un hechicero de mi pais que hizo mi horóscopo el dia de mi nacimiento y me predijo... Eh! de qué te ries?

—Vamos, dí lo que te predijo.

—Anunció á mi madre que seria dichoso con tal que no emprendiese nada á las seis de la tarde.

—Y por qué á las seis?

—Qué sé yo? Escucha las propias palabras del hechicero: «este niño, á pesar de su delicada complexion vivirá; pero cuídese de no esponerle á peligro alguno en el punto de las seis, porque á esta hora pereceria.» Supersticiosa con esceso, temió mi madre el efecto de este oráculo, y quiso apartar de mi cuna los peligros que me amenazaban, pero sus asiduos esfuerzos fueron infructuosos en parte. Nací á las seis, en medio de un incendio que devoraba la morada de mi familia: el susto que sufrió mi madre aceleró el instante de mi nacimiento, comunicándome una conmocion nerviosa que he conservado. Los vecinos apagaron las llamas, y uno de ellos muy viejo ya, sacó mi horóscopo y pronosticó lo que he dicho.

A los cinco años, estando jugando, me caí en el rio y estuve á pique de ahogarme: eran las seis de la tarde. A los diez dí una peligrosísima caida desde un tejado, y me recogieron casi muerto: eran las seis de la tarde. Un año despues fuí herido en un desafío á cortaplumas que tuve con un condiscípulo, á las seis de la tarde. En una cacería se me reventó la escopeta, arma magnífica por mas señas, y me llevó un dedo y mató á mi perro... Ya se ve! eran las seis de la tarde! Esta hora nefanda siempre me ha sido funesta: siempre se me ha aparecido escoltada de una catástrofe, ó al menos de un contratiempo. A tal punto han llegado las cosas que he tenido que pensar sériamente en encerrarme en mi casa por las tardes para dejar que pase la hora fatal. Pero ¿de qué sirven las precauciones? Paraba él relox, me arrellanaba en la poltrona con un libro en la mano, y á poco entraba el criado anunciándome una visita: ya era una señora de la caridad que iba á perseguirme en nombre de sus pobres, ya un acreedor implacable. Una vez, sin embargo, creí roto el encanto. Amenazábame un arresto, y en cada transeunte veia un alguacil aferrado á mis pasos. Calculaba con terror el tiempo que tardaria en llegar á mi casa, y avivaba el paso temeroso de hallar algun esbirro antes de ponerse el sol. De repente oigo dar las seis. Oh dicha! me salvé!

Poquito á poco, caballero, me dijo un quidam acercándoseme y tocándome en el hombro con una varita de ébano. Hágame el obsequio de venir conmigo. Fuí preso y conducido á Santa Pelagia.

Tambien esta vez acertaba mi horóscopo!

—Y si tan de mal agüero es esa hora, dijo Foissac riendo, ¿por qué la hemos elegido para salir?

—No ha sido por mi gusto, replicó Alfonso con viveza: el maldito del postillon fue quien montando á caballo gritó: *Señores que echamos á andar á las seis en punto!* Entonces se me acercó el vejete á pedir limosna, y se acabó mi cuento.

—Y esa es la causa de tu silencio, de tu tristeza? siendo yo tu compañero de viaje, no corremos entrambos los mismos peligros? Yo siempre he sido feliz, y mi presencia conjurará tu mala

Domingo 16 de Agosto.

estrella, esa fatalidad que no creo! Vosotros los ricos teneis unas manias disparatadas: todo lo abultais, todo lo convertís en calamidad, un arañazo, una disputa, cualquier friolera. Por el contrario, nosotros los artesanos y artistas, os parecemos dignos de envidia, porque almorzamos ilusiones y comemos sueños... Vive Dios que los que como tú se quejan no merecen ser felices; un hijo único! un mancebo que será millonario!

—La fortuna! repuso Alfonso suspirando, la fortuna no es la felicidad!

—Eh! quieres dejarte de esas vulgaridades! Un favorito del poder, un muchacho como quien dice encumbrado á los honores y dignidades; en fin un magistrado con bigotes y cruz...

—Qué es eso de magistrado con bigotes?

—No has sido nombrado sustituto del procurador del Rey, y no llevas bigotes como un cualquiera, como yo por ejemplo? No estás condecorado, mientras que yo que he presentado obras maestras en la esposicion no lo estoy aun?

—Pues mira, á las seis de la tarde recibí el diploma de mi condecoracion.

—Alfonso, las chanzas son sediciosas, y merecerias que te denunciase al del procurador del Rey.

Departiendo de esta suerte, atravesaban rápidamente los amigos el intérvalo que los separaba de Dieppe. Rodaba el carruage con aérea gracia, dejando tras de sí una blanca nube de polvo y huian á derecha é izquierda los árboles como un confuso tropel de fantasmas.

De repente un enérgico juramento resonó en los oidos de los viajeros: lanzaron un grito, y casi en el mismo instante cayó la berlina sobre el costado.

—Maldicion! hemos volcado!

—Y en medio de un camino tan llano, dijo el postillon cortesmente ayudando á los amigos á desembarazarse. Mala suerte teneis!

En efecto, el camino parecia un paseo, pero una piedra que chocara con la veloz rueda habia ocasionado la caida. La primera esclamacion de Alfonso al verse en pie fue:

—Apuesto á que son las seis!

Y sacó el reloj que con el golpe se habia parado.

—Es cierto, dijo el postillon consultando su caldera, son las seis en punto.

El melancólico son de una campana retumbó á lo léjos, y Alfonso contó seis campanadas, mirando silenciosamente á su compañero.

—Qué te parece? dijo con sardónica sonrisa.

—Nada, respondió Foisac: qué tiene de estraño que sean las seis? Hemos por eso de quedarnos aquí papando moscas, inventando teorías sobre la fatalidad? Echemos á andar hácia el pueblo mas cercano mientras que el criado y el postillon se quedan aquí custodiando el coche y el equipage.

—Cosa singular! murmuró Alfonso.

—Pues mira, añadió Foisac, es la segunda aventura que me sucede en esta tierra.

—Conocias estos párages?

—Mucho, contestó Eugenio con simulada indiferencia.

—Pues, que hubo.

A este tiempo pasó un hombre y se cortó la conversacion para preguntarle por la poblacion mas inmediata.

—Una poblacion! contestó el desconocido: pues poquitas hay en gracia de Dios! En primer lugar Veauville y Ausseville, despues S. Gil; un pueblecito que está á la mano izquierda: tambien tenemos Ocqueville, y Sasseville, y Froberville y Catleville á la mano derecha: sin contar Commanville, y Toufframville, y Basville, y el castillo de Cany y otros muchos.....

—No, no os molesteis mas, interrumpió Alfonso: segun parece, sois de estos sitios?

—Soy de S. Gil de Caniel, señores, para serviros: allá lleva esta sendita, se revuelve á la izquierda, se atraviesa un bosquecillo, y estamos en San Gil.

—Y cómo se llama ese pueblo que hemos dejado atrás?

—Será Cany.

—Cómo! con que aun estamos lejos de Dieppe?

—De Dieppe! repitió el paisano riéndose, yo lo creo, no llegábais esta noche.

La jovialidad del villano divertia á los amigos: y á favor de un movimiento casual, pudo Eugenio distinguir su fisonomia.

Era un hombre moreno, con facciones muy marcadas, miembros atléticos; un jornalero en fin á juzgar por su trage y la maciza azada que llevaba al hombro. De cuarenta á cuarenta y cinco años: sobre los ojos le caian espesos mechones de cabellos negros, y tenia la voz áspera y el gesto espresivo.

—No nos agradaria pasar la noche al fresco: dijo Eugenio. Hay posada en S. Gil? vive aun Santiago?

—Calle! contestó el rústico: le conoceis?

—Un poco.

—Es un hombre escelente, y que os tratará bien: es decir, su muger, por que el pobrecillo no sirve ya mas que para arrancar los yerbajos del jardin y echar de comer á las gallinas.

—Y cuánto dista S. Gil? preguntó Alfonso.

—Un cuarto de legua escaso: yo os acompañaré.

Eugenio y Alfonso se consultaron con la vista.

—Yo voy, dijo Eugenio. Y tú?

Alfonso no contestó y se limitó á señalar con el dedo el sendero que conducia á San Gil, despues de dar breves instrucciones á su criado.

—No se presenta esto mal, observó Foissac andando. Parece un capítulo de alguna novela del ilustre escocés. Pues, señor, bien, esto promete.

Alfonso por respuesta murmuró de nuevo estas palabras: *¡las seis de la tarde!*

El cuarto de legua anunciado pasaba de media legua, y el guia sacó otra vez la conversacion de Santiago el posadero.

—Hace tiempo, dijo, que un artista, un caballero de París llegó á S. Gil y se hospedó en casa de maese Santiago. Bueno es advertir que maese Santiago tiene una soberbia chimenea en la sala baja, chimenea que muchísimos pintores han copiado. Es pues el caso que este artista mientras dibujaba la chimenea, hacia cocos á la muchacha de la posada, una rubita, muy aficionada á los señores cortesanos. Despues de cenar, gastó ya Rosita palique con el tal caballerete, y aunque nadie supo lo que se decian, hubo un cierto zagal que se resintió del asunto y dió sus quejas en alta voz. El viagero se le rió en las barbas, le insultó y hasta le amenazó con las tenazas, pero el otro que era prudente, abandonó el campo y se largó sin decir palabra.

La muger de Santiago, buena muger si las hay, pero corta de vista cuando queria, dió al estrangero cama en un anchuroso aposento... el mismo regularmente que ocupareis esta noche. Y á cosa de media noche, cuando todo el mundo dormia, se abrió pasito á paso la puerta y entró...

—Rosita? dijo Foissac riéndose.

—El galan despreciado, quien sin andarse en chiquitas se acercó al dormido viajero, y sacudiéndole sin miramiento, le mandó ásperamente que se levantase.

El otro quiso resistirse, pero como el mozo era hombre de puños se armó una de dos mil demonios; hubo pues de salir el viagero y se batieron á navajazos. Aquí, aquí mismo fue el lance. Uno solo volvió á la aldea, añadió despues de una pausa, y fue el zagal.

—Y el otro? preguntó Alfonso interesado á su pesar en la relacion.

—El otro? no se sabe que fue de él. Quizá se quedaría aquí.

—Pasemos aprisa, repuso Alfonso.

Los dos viageros y el guia continuaron el camino en silencio, y ya no tenian los labios de Foissac su habitual espresion de alegría.

A los pocos minutos, llamaban Alfonso y su amigo á la posada de maese Santiago, desembarazados ya de su compañero eventual.

—Qué diablos, dijo Alfonso, parecia que ese hombre contaba su propia historia: si no, ¿cómo estar tan enterado de los pormenores de una escena nocturna y sin testigos...? cómo...?

—Bah! qué nos importa?

—Sin embargo, insistió Alfonso, ese afan por traernos á esta posada..... y luego el vuelco del carruage á las seis en punto..... coincidencias son que me confunden.

Mientras Alfonso coordinaba los menores detalles de su infortunio, Foissac mas deseoso de cenar que de charlar al fresco, golpeaba la puerta sin descanso.

El mas profundo silencio reynaba en la posada, si merecia este nombre la tal casuca. Por último, asomó una viejísima catadura, la de la posadera, que empezó á gruñir porque asi alborotaban á aquellas horas. Pero poco á poco la fue ablandando la elocuencia de Foissac, y fueron admitidos los viajeros, que hubieron de cenar con tres ó cuatro mozos de mulas que allí se hallaban. Todos acojieron afablemente á los parisienses, y la misma Rosita era quien servia la mesa, mientras la posadera en gefe alimentaba la conversacion preguntando á los nuevos huéspedes y lamentándose de no poder agasajarlos como quisiera por la estrechez de los tiempos.

—Para que se vea si hemos venido á menos, decia, hará seis meses que tuve que despedir un mozo de labor, muchacho inteligente y laborioso como pocos. Verdad es que era algo camorrista, y bien hizo en salir de la provincia. Dicen que anda por estas cercanías, pero á fé que lo sentiria porque es perjudicial. Verdad, Rosita?

Rosita no contestó, y por ocultar una lágrima que rodó por sus encendidas mejillas, se agachó para atizar el fuego de la bien provista chimenea.

Dieron las diez, y cada cual se retiró á descansar de las faenas del dia. Nuestros amigos reconocieron perfectamente la estancia donde Rosita los condujo: pieza inmensa, abovedada, con el techo formado por robustas vigas ahumadas, y seis camas cubiertas de colchas de ramajes y colocadas simétricamente

Este espectáculo hizo á Alfonso fruncir el entrecejo, pero no se atrevió á recordar la aventura del villano: Foissac que la olvidara sin duda, se durmió deliciosamente entre las groseras sábanas que despedian un olorcillo á lejia poco agradable en verdad.

Sin otro incidente, pasó el resto de la noche.

II.

Al dia siguiente se levantaron los amigos con el sol. Hicieron los honores á un frugal desayuno que el apetito de Froissac calificó de escelente, y mientras tanto trabajaba el carretero en componer el coche.

—A qué tanta prisa? dijo Foissac riendo, ¿no estamos bien aquí? Buena gente, buena hospitalidad, buenas vis-

tas, todo es bueno: falta verdura, pero vendrá la primavera y la tendremos de sobra. Te confieso que este parage me agrada con estremo. Bien que es verdad que yo no voy á casarme; y sin embargo, acaso sea una razon mas para detenerte. Créeme, tómalo con despacio. A propósito, la conoces? es morena ó rubia? séria ó juguetona? responde.

—No es posible...

—Cómo!

—No la he visto en mi vida.

—Bah!

—Es una boda de conveniencia, una boda acordada sin contar conmigo. Mi padre lo ha hecho todo y como el dote es magnífico y la muchacha preciosa, no tengo un momento que perder.

—Ya varía, teniendo dote: sin embargo, bueno es conocer de antemano á la futura... ¿es hija única?

—Tiene una hermana mas jóven.

La imaginacion de Foissac se lanzó por los aéreos campos del porvenir. Figurábase que la hermanita debia ser encantadora y ya se prometia ofrecerla sus obsequios, sin pararse á meditar los obstáculos que podia ofrecer la realizacion de tan soberbio plan. Tenia talento, una mediana figura, fina educacion, ¿qué mas se necesitaba? Acosado de estos alhagüeños pensamientos; deseaba ya perder de vista la aldea de San Gil, metiendo prisa sin cesar al carretero encargado de componer la berlina. Pero el trabajo adelantaba poco, y temiendo que la obra durase aun mucho tiempo, propuso Foissac á su amigo un medio.

—Por qué no tomamos la diligencia?

Aceptó Alfonso la indicacion, y preguntando la hora á que solia pasar, se le contestó que á las seis.

—Qué diantre! dijo entre dientes; esta hora maldita me ha de perseguir á todas partes? Eh! añadió despues de una pausa, no se dirá que tan ridículo temor me ha detenido un dia mas en la posada de maese Santiago. Vamos á esperar que pase la diligencia.

A la hora indicada apareció á lo lejos una nube de polvo, y la pesada máquina se acercó con rápida carrera. Dos asientos habia vacantes, uno en la berlina, otro en el interior: Foissac se apoderó del primero, Alfonso ocupó el segundo, y rompió á correr el carruage.

—Al fin llegaremos! dijo Alfonso.

Pero en seguida añadió:

—Llegaremos, si Dios quiere!

Sea por curiosidad ó por hacer algo, Alfonso, privado de la conversacion de su amigo Foissac, se dedicó á pasar revista á sus compañeros de viage.

Eran una muger, un niño y tres hombres. Acerca de estos suprimimos toda descripcion por juzgarla inútil para nuestro intento: el niño, confiado sin duda á los cuidados del conductor, dormia profundamente en un rincon.

Acercábanse á Hottot, pueblecillo inmediato á Dieppe y ya se felicitaba Alfonso por llegar sin contratiempo al término de su viage, cuando le pareció que su vecina, una joven de rostro pálido é interesante, la apretaba la mano, No hizo caso de esta primera circunstancia que podia ser hija de la casualidad, de algun calambre, ó un movimiento brusco, pero á los pocos minutos nuevo apreton de manos mas significativo que el primero. Indeciso Alfonso aguardó aun: mas poco hubo de ser, porque la tercera presion mas enérgica no le dejaba asomo de duda.

Miró Alfonso á la viajera y la halló pálida, con las facciones profundamente alteradas. En aquel rostro de contornos tan suaves, de líneas tan puras se leia la fatiga y el sufrimiento aquellos lábios, contraidos por no sé que violenta conmocion, podian á duras penas comprimir un grito de dolor,

y cuanto mas avanzaba el carruage; y cuanto mas áspero se iba haciendo el movimiento por la naturaleza del terreno, mas padecia la jóven. Cerró los ojos un momento como si tratase de concentrar sus fuerzas para un dolor terrible.

—Estais indispuesta, señora? dijo Alfonso á media voz.

—Mucho, contestó la desconocida sin mirarle. Por piedad, dejad que apriete vuestra mano.

—Pero...

—Si sois humano, dejádmela... Este traqueteo... este polvo... yo me muero!...

—Apoyaos en mí, señora. Asios á mi brazo, nada temais...

—No me abandoneis por Dios ..

—No, yo os lo ofrezco.

—Si le dijesen al conductor... estos vayvenes me matan!

—Postillon!

—No, voy mejor, mucho mejor... Viage fatal! Falta mucho?

—Poco: ya llegamos á Dieppe.

—Dios mio!

—Animo, señora!

—Le tengo... pero esos vayvenes!... Misericordia, Dios mio! misericordia!

Todas estas palabras se cruzaban rápidamente, en voz baja, enmedio del estruendo de las ruedas y de las campanillas de los caballos.

Con una ojeada abarcó Alfonso la situacion de la desconocida, situacion crítica en verdad porque de un momento á otro podia ser el interior de una diligencia teatro de un drama de nueva especie: claro estaba que habia de por medio un embarazo llegado á su término, uno de esos sucesos puestos bajo la proteccion de Lucina. Alfonso, menos galante pero siempre caballero, observaba atentamente á su vecina y leia en sus facciones los progresos del dolor con la mas viva ansiedad. Hubo un momento en que tuvo miedo: la desconocida mordia el pañuelo con los dientes y ahogó un sordo gemido.

—Por Dios, señora, enerjía, valor! ya llegamos: á quién conoceis en Dieppe?

—A nadie...

—¿Pues dónde vais á parar?

—A casa de una tia que habita en las cercanías: á su lado estoy segura: pero podré llegar, Dios mio!

—Iremos juntos, señora.... Afortunadamente tengo allí un amigo y...

—No! con vos solo, solo! no tengo confianza sino en vos... Caballero, añadió despues de una pausa, soy perdida si no me honrais con vuestra proteccion... salvadme... peligra mi reputacion, peligra mi vida..... Oh! vos solo me salvareis sin implorar el auxilio de mi tia.

Alfonso lo prometió todo.

Llegaron á Dieppe sin novedad y pidió Alfonso posada y médico, y no descansó hasta ver á su desconocida en manos de este. Entretanto Foissac visitaba el puerto y dibujaba el castillo.

Embarazado con la presencia de su amigo, buscó Alfonso algun pretesto para alejarle, y no encontró otro mejor, que enviarle á comer á la mesa redonda.

—Y tú? preguntó Foissac.

—Estoy desazonado. No tengo apetito.

El artista comió opíparamente, bebió largo, y se metió en la cama.

Aquella misma noche se aumentó la poblacion de Dieppe con un reciennacido, que al dia siguiente fue inscrito en el registro civil bajo el nombre de Cárlos, seco y morondo. El doctor fue el encargado; y preguntado por el nombre del padre: Desconocido, contestó. —La madre?—Madlle. Zoa Lebrun.—Nada mas?—Nada mas, contestó el doctor.

Una nodriza tomó á su cargo el niño, y la pobre parturienta gozó por fin de algunos instantes de satisfaccion.

Mandó llamar á Alfonso, y haciéndole sentar á su cabecera.

—No sé, dijo, con qué términos daros las gracias. Vuestra generosidad es superior á todo elogio, y como débil muestra de mi reconocimiento, voy á confiaros la historia de mis pesares.

He sido educada por una tia, que desde la infancia me profesaba maternal ternura: pobrecilla! ella substituyó á mi madre, muerta al darme al mundo. Mi padre; abismado en un piélago de negocios y especulaciones, en un caos de cálculos y de cifras, tenia pocos momentos que consagrar á su hija. Me veia rara vez, y sus cortas entrevistas eran frias y ceremoniosas. Ni siquiera me acuerdo de que me haya dado un abrazo.

Velaria de dia y de noche por mi bienestar? Influiria yo en aquel pensamiento incesante de ganancias que le devoraba? Querria amontonar el oro para enriquecer á su hija? Ah! debo creer que tal era su proyecto. Pero aunque ocupado en asegurar mi porvenir, creo que yo merecia se me diese alguna muestra mas patente de cariño.

Un dia hice algunas preguntas á mi tia sobre el particular: y su respuesta no fue tan esplícita como yo esperaba. Figuróseme columbrar una sombra de inquietud en su triste frente, y estrechando mis manos tiernamente me miró largo rato, al cabo del cual murmuró con voz débil, casi ininteligible, estas palabras que adiviné por el movimiento de sus lábios: «Pobre niña!» Rodó una lágrima por su pálida mejilla; lágrima de compasion que enjugué con mis lábios! y añadió en seguida como si hablase consigo misma: «Pero yo no la abandonaré.»

No sé si mi tia participaría á mi padre las vagas inquietudes que me atormentaban: lo cierto es que una vez me pareció que mi padre se sonreia al mirarme. Si, se habia sonreido y este ligero favor me puso loca de alegria.... Quise arrojarme en sus brazos, pero me contuvo con su habitual severidad, y espiraron las palabras en mi garganta. Iba á retirarme cuando mi padre me asió dulcemente del brazo y me dijo con voz menos dura:

—Quédate; ahí está un amigo que desea conocerte, y á quien voy á presentarte.

«Al mismo tiempo sonó un ruido de espuelas, alcé los ojos y ví un hombre desconocido, un oficial de edad ya proyecta y condecorado. Rodeaba su rostro un par de espesas patillas negras, y en sus miradas se traslucia una espresion de insulto y de sarcasmo. Aquel hombre que me examinaba con impúdica curiosidad me amedrentó; me inspiró aversion, y correspondí á su saludo con indiferencia.

—Escusad á la muchacha, dijo mi padre, por disculparme: está criada con mucho recato, está muy consentida y no es estraño que sea algo caprichosa. Pero luego que se case será otra cosa...

—Casarme! interrumpí temblando... padre! pensais casarme?

—Y por qué no? Tienes diez y ocho años, y no creo que estudies para monja. ¿Te desagrada el matrimonio? pues aquí está mi amigo el coronel Du Peiron que ciertamente te hará mudar de opinion.

Quiso el coronel formular una espresion de galantería, pero su modo de espresarse me desagradó, y á pesar de las mudas instancias de mi padre no me fue posible dar otra respuesta que el silencio.

—Eh! dijo mi padre disimulando con despecho, otra vez seremos mejor recibidos. Ya os he dicho que es algo voluntariosa por culpa de mi hermana, pero de aquí en adelante....

A todo esto contestaba Du Peiron con risitas que acabaron de hacérmele odioso, y mucho mas cuando mi padre

manifestó su inalterable resolucion de darle mi mano. Vanas fueron mis súplicas, vana la oposicion de mi tía: mi padre fue inflexible.

—Es preciso, decia, que este matrimonio se efectúe. El coronel es rico, le debo muchísimos favores, y un solo medio tengo de pagarle; el que te propongo, y vive Dios que ha de ser.

Mi tia protestó que jamas consentiria en tan fatal violencia moral, que no queria contribuir á mi desgracia eterna, á mi muerte quizá! Ay! mi pobre tia se equivocaba. Las almas mas tímidas, las mas frágiles, son las que á veces soportan mejor los dolores mas terribles! Mi padre por algun tiempo no volvió á hablar del maldecido enlace, como si le hubieran hecho mella nuestras lágrimas; pero un dia recibimos una carta en que se nos anunciaba el encarcelamiento de mi padre. Sus acreedores, que eran muchos, habian obtenido un mandamiento de prision contra él y entonces me arrepentí amargamente de mi repulsa.... escribí.... y al dia siguiente estaba libre mi padre: diez dias despues era yo esposa de M. Du Peiron."

Despues de una breve suspension, continuó la señora su relacion en estos términos:

«Me habia casado con M. Du Peiron por cumplir un deber, y por lo mismo traté de amarle. ¿Y por qué no?. la voluntad hace milagros, y me animaba la mas sincera resolucion. Ligada á aquel odioso himeneo no me quedaba otro partido que la resignacion, y me esforcé por borrar las dolorosas impresiones de lo pasado: quise ahogar la prevencion que sentia contra M. Du Peiron. ¿Quién sabe, decia yo, si habré juzgado mal su carácter? Pero ay! cuán poco duró la ilusion! El genio de mi esposo confirmó los recelos que yo concibiera. Era una mezcla de indolencia y de dureza, un orgullo perezoso, una aficion escesiva á mandar: para hombres como aquel, el matrimonio es un cálculo de egoismo: toman una muger á guisa de criada. Oh! mi situacion era horrible! Aquel hombre me habia comprado, me habia pagado, y me consideraba como esclava suya. Por otra parte me asediaban todos los ardides, todos los engaños, todas las embriagueces de la seduccion..."

Nueva interrupcion hubo al llegar aqui. Ocultóse la jóven sollozando el rostro con las manos, y despues de prestar atencion á algunas palabras consoladoras de Alfonso, continuó:

—En la tertulia de mi tia, se distinguia un caballero por sus modales nobles y elegantes, por su amena conversacion: era un artista lleno de talento, M. Edmundo Millebert: conoceis este nombre?

—Millebert! sí, contestó Alfonso: cien veces me han hablado de él como de un distinguido pintor que desapareció hace algunos meses.

—El es! interrumpió la señora palideciendo: seis meses há que desapareció. Ahora podria callar porque ese nombre reasume toda mi historia. Mi tia tenia el proyecto de casarme con M. Millebert, pero mi padre, en razon de sus especulaciones prefirió á M. Du Peiron, me anunció su determinacion é impuso silencio á su hermana. Pobre tia! mucho lloró, pero hubo de callarse: estaba decidido mi sacrificio, y fuerza fue acallar el grito de mi corazon y olvidar á M. Millebert, olvidarlo todo. Oh Dios! confiaba demasiado en mis fuerzas! El hombre que me amara hasta entonces continuó persiguiéndome con sus obsequios: me prometió venganza, juró hacerme olvidar mis deberes, mis juramentos, y obtener de grado ó por fuerza lo que yo habia rehusado á su amor. Poseido de su odio, nada vió, nada respetó, y fui su víctima! Cuando el vertigo se desvaneció, cuando abrí

los ojos, me estremecí al contemplar el abismo en que habia caido, al considerar la vida de angustias, de perpetuos terrores que me aguardaba.

A cada paso me imaginaba vislumbrar las sospechas en la frente de mi marido: á cada paso temia una esplosion de su justa cólera. Una vez que estaba ausente, se presentó Edmundo, y en vano le supliqué que se alejara que me olvidase, que me restituyese, la felicidad perdida: anegada en lágrimas me arrojé á sus pies, invocando su generosidad, hablándole de mi reputacion.... Pero la mas cruel ironia se retrató entonces en sus facciones.

—Vuestra reputacion! me dijo; luego guardando misterio, luego evitando la sospecha; todo va bien. Cometeis la falta y solo temeis el ruido.... perfectamente, señora! pero á mi no me amedrentan esos vagos fantasmas. Tengo derechos tan sagrados como vuestro esposo; y pues el cielo ó el infierno os han puesto en mis manos, declaro que me perteneceis y que ningun temor humano me hará renunciar á la posesion de un bien que tanto he envidiado! No por Dios; marcharé con la cabeza erguida, mi amor y mi odio serán públicos, y sea lo que fuere de vuestra reputacion.

« Estas palabras me aterraron. Continuó sin hacer caso de nada, pasando del sarcasmo á la reconvencion, del pesar al insulto, del enternecimiento á la cólera: iba y venia con pasos precipitados, inundada la frente de sudor, y gritando como un insensato. Hube de prometerle cuanto quiso con condicion de que no provocase á M. Du Peiron, y él á su vez me ofreció ser mas cauto.

«Pero esta resignacion era aparente, fingida la docilidad. A los pocos dias se reprodujeron mis temores á vista de la vigilancia de mi marido que no se separaba de mí. Echó de ver en el paseo á M. Millebert que le miró con ademan insultante. Otro dia, pasando junto á él, chasqueó Edmundo el látigo y le dió un codazo. Estas dos circunstancias pedian sangre: siguiose un desafio en que M. Du Peiron hirió y desarmó á su adversario, dejándole la vida con condicion de que se alejase y viajase un año. Edmundo lo prometió, y marchó.

« M. Du Peiron, despues de referirme estos pormenores con impasible calma, añadió:

—Ya estais libre, señora, de las persecuciones de un hombre que os comprometia. Supongo que no sentireis demasiado la pérdida de ese adorador; ademas que dentro de un año, podeis volver á verle. Yo tambien volveré para entonces; porque tambien parto á incorporarme con el ejército de Africa. No os alarmeis, desde allí velaré por vos. Adios, amiga mia.

Un año hace que tuvieron lugar estos sucesos.

—Hace un año que está ausente vuestro esposo?

—Sí, contestó la señora turbada.

—Y.... M. Edmundo....?

—Le he vuelto á ver.... la fatalidad nos perseguia. Tres meses despues de partir M. Du Peiron, se presentó en casa de mi tia, curado ya de la herida. Me habló de la Italia, de la Alemania que habia visitado, me dió cuenta de sus pesares, de sus sufrimientos en este largo viaje; renovó recuerdos que yo no habia olvidado. Su lenguage me afectó, enternecióme aquel constante cariño. Pensé que solo aquel amigo me quedaba en el mundo; que el cielo que nos reunia, no podria acriminar nuestro amor; me armé en fin de todas las mentiras que se inventan para cubrir una falta: pero ay! el castigo fue harto pronto; á las pocas semanas desapareció Edmundo repentinamente.

« Imposible ha sido dar con sus huellas; han corrido rumores de asesina-

to, en este pais por cierto, en las cercanías de San Gil.

—En un bosque! repuso Alfonso! muerto en un bosque por un villano!...

—Nada se ha averiguado de positivo, contestó la señora tristemente, y tan estraña desaparicion fue para mí un golpe mortal; y enmedio de estos terrores, enmedio de las penas y remordimientos que me atormentaban, sentí que mi existencia se habia duplicado, que no me era lícito morir! Quise arrojarme á los pies de mi tia, volar en su busca para implorar su proteccion contra mi esposo, que volverá de un momento á otro, y entonces os hallé, generoso caballero! Ahora ya os es conocida la infeliz á quien amparásteis, ya sabeis que es culpable: ¿os arrepentireis de haberla tendido una mano benéfica?

Alfonso no contestó porque le ocupaban reflexiones demasiado serias sobre una posicion que segun las trazas debia prolongarse indefinidamente. Recordó con cuanto cuidado estarian en la quinta de Martigues, y cuán indispensable era partir inmediatamente. Pero ¿cómo partir, cuando una muger tan interesante como Mad. Du Peiron solicitaba su amparo? Cómo esponerla á nuevos peligros? El marido podia presentarse á cada instante, y la idea de esta súbita aparicion, lejos de enfriar el celo de Alfonso, era un aguijon para su amor propio. Repugnábale huir de un hombre, y compadecido de las desgracias de Mad. Du Peiron se declaraba su campeon. Para conciliarlo todo, discurrió un medio, y fue buscar á su amigo Foissac para rogarle que fuese en calidad de correo á la quinta de Martigues.

—Parte al punto, le dijo; inventa por el camino la historia que mas te plazca y haz por ganar tiempo. Dentro de pocos dias iré allá, y á fe que no me disgusta ser el segundo, porque no he visto en mi vida á la tal señorita, y sentiria encontrar una obra maestra de fealdad, en vez de la belleza de mis sueños. Para decidirme, aguardo una carta tuya; sé mi esplorador y pórtate como buen amigo.

El atractivo de lo desconocido, poderosa palanca capaz de remover mundos, desvaneció los escrúpulos de nuestro artista. Escuchó á Alfonso sonriéndose, y esta sonrisa reasumia una multitud de comentarios. Todos los huéspedes habian notado las misteriosas atenciones de Alfonso con la desconocida; cada cual glosaba el suceso à su modo, sin creer nadie por supuesto el fortuito encuentro de la diligencia, y Foissac se dejó seducir por la conviccion general.

—Vaya, decia para sí, que esta gente rica no sirve para nada! echarla de sentimental con una mozuela que le persigue en sus viajes para refregarle por los hocicos el producto de sus intrigas! vive Dios que nosotros los artistas sabemos componernos de otro modo. Pobre Alfonso! está perdido, y apuesto que hace alguna locura, porque esas Eloisas de escalerilla abajo son furibundas! Pero no habérmela enseñado siquiera! yo me vengaré...

Y animado de tan bellas disposiciones hizo Foissac los preparativos de marcha. La berlina habia llegado, compuesta ya y en estado de servir: engancharon los caballos y desapareció el carruaje en médio de una nube de polvo.

Envió Foissac desde la portezuela un saludo de proteccion á su amigo, y arrellanándose en los blandos almohadones de la berlina comenzó á reflexionar sériamente sobre el grave encargo que iba á desempeñar.

—Héme aqui convertido en plenipotenciario! murmuró con satisfaccion: ¿cómo seré recibido? Estoy encargado de una mision difícil y altamente diplomática: se trata de conciliar, de

apaciguar, de calmar, observar y escuchar: van á llover sobre mí las preguntas capciosas; ¿y qué responderé? ¿como me compondré para contentar á todo el mundo y satisfacer á las dos potencias á la par? No haré traicion á los intereses de Alfonso, pero tampoco quisiera desagradar á estas gentes.... Foissac! Foissac! aqui de tu destreza, aqui de toda tu sagacidad. El terreno de las córtes es resvaladizo pero fértil, y á poco que se le escave se encuentra oro. Cercano está el momento de hacer fortuna.... quien sabe.... A propósito, postillon, falta mucho?

—Eh! pronto llegaremos.

—A qué hora?

—A cosa de las seis.

—*A las seis!* repitió Foissac involuntariamente. Por fortuna no está aquí Alfonso, porque entonces nos sucederia algo malo!

III.

No tardaron en esparcirse las malignas voces que circularan por la posada en que se hospedaban Alfonso y Mad. Du Peiron. Se tomaron informes, se preguntó quienes eran los misteriosos viageros; y como precisamente por entonces andaba la policia tras de un personage político evadido de las prisiones de S. Miguel, quiso el posadero poner á cubierto su responsabilidad y pidió á Alfonso el pasaporte.

Fatalidad! no dió con el maldito papel que era preciso enseñar, y despues de dar mil vueltas, se acordó haberle dejado en una de las bolsas de la berlina.

—Caballero, dijo el dueño de la case, tenemos órden de vijilar á los huéspedes y he cometido una falta en no haber tomado antes esta precaucion.

—Soy el conde de Mercieux.

—Abajo hay un gendarme que solicita ver los pasaportes.

—Voy á verle.

El agente de policia concibió sospechas en vista de los bigotes del jóven, y cuando este manifestó su calidad de magistrado.

—Magistrado! repitió el otro irónicamente: á otro perro con ese hueso! Un magistrado no lleva vigotes: qué edad teneis?

—Treinta años.

—Un magistrado no puede tener treinta años: lo menos han de ser cuarenta y cinco. Un magistrado es viejo, de presencia respetable; anda despacio, y habla con mesura.

—Voto á...! Cuando os digo, gendarme....

—Os atrapé! un magistrado no jura: y decidme: ¿desde cuándo viste la justicia por figurin? vaya, vaya, venid conmigo.

—Pero....

—No hay pero que valga.... seguidme á casa del señor alcalde.

—Una palabra....

—Abajo hablaremos....

—Decidme siquiera que hora es.

—Buena pregunta! van á dar las seis!

—Entonces todo está esplicado. Ya os sigo.

IV.

La quinta de Martigues es un edificio de piedra y ladrillo á lo Luis XIII y está situada admirablemente. Ocupa el vértice de una de las graciosas colinas que tan bella vista hacen bajo el brumoso cielo de la Normandia, y desde los balcones se domina el curso de las rápidas y trasparentes aguas del Arques. Por todas partes alcanzan los ojos riquísimos paisages, anchas y encantadoras perspectivas. A corta distancia se estienden las famosas ruinas, y al par de ellas la aldea medio oculta por los árboles. Tan bello es el paisage que

hay en él establecidas multitud de viviendas de verano, y aun algunos mas fanáticos pasan allí no solo el buen tiempo, sino todo el año. De este número era M. de Martigues. Aficionado á su posesion no acertaba á vivir en otra parte y permanecia fiel á la sombra de sus torres hereditarias. Para embellecer su morada habia gastado sumas considerables, construyendo, plantando, abriendo canales y formando kioskos. El órgano de la propiedad estaba desarrollado en él con una fuerza escesiva, y se complacia en ostentar á cada paso el valor de su imperio, vanidad que ciertamente le habria acarreado muchos enemigos, á no ser tan amable su genio, tan alegre en su trato y tan franco con todo el mundo.

Cuando Foissac y Martigues se vieron por primera vez, quedaron amigos al instante; amigos sin ceremonia, sin preámbulos.

—Sois artista! esclamó alegremente el dueño de la casa: vengan esos cinco. Siempre he sido grande aficionado á los artistas. Ya vereis mi galeria, tengo cuadros maestros porque entiendo un poco sobre el particular. Vamos, venid, os presentaré á mi muger y mi hija!

Foissac que estaba en traje de camino, á duras penas alcanzó el permiso de mudarse de botas; y M. Martigues, prendado del nuevo huesped, fue á anunciarlo á su esposa, deshaciéndose en elogios de la buena traza y distinguidos modales del jóven.

—Pero ese jóven no es M. Alfonso de Mercieux, observó Mad. de Martigues.

—No, respondió el marido, pero ¿á que inquietarnos por el Orestes, teniendo aqui el Pilades? Sin duda este jóven traerá alguna comision de su amigo. Oigamos su mensage y no acusemos á los ausentes: ¿quién sabe lo que puede suceder? Hay un vuelco, un mal encuentro, qué sé yo? M. de Mercieux está muy incomodado con su hijo y es menester calmarle: estos antiguos militares gastan unos humos! Pero espero que las noticias de nuestro nuevo huesped le apacigüen: oh! ya verás qué muchacho! es un artista, un elegante de la última tijera, tan esbelto, tan.... Me parece que nos entenderemos: voy, voy á enseñarle el parque.

Por esta frase deducirán nuestros lectores qué suerte se reservaba al pobre Eujenio, víctima apetecida ya por el propietario. Este por supuesto se lo enseñaria todo, le llevaría á todas partes, no le ahorraria ni el exámen de una lechuga. Pero si nos parecen duros estos deberes de política en casos ordinarios, ¡cual no debia ser la paciencia y resolucion de nuestro jóven, destinado por el maligno buen humor de su huesped á sufrir aquel dia y los siguientes todas las pruebas que en otro tiempo requeria la recepcion de neófitos en el templo de Eleusis! Eugenio Foissac ocupado en sus planes de galanteria, de amor, de ambicion, de traicion quizá, se acercaba al cebo sin conocer el lazo: el castillo de Martigues, que él imajinaba lleno de encantos, era una caverna de sorpresas, de trampas, prisiones y maravillas. Todo él estaba lleno de máquinas como un teatro, y las paredes encerraban multitud de aparatos artificiosamente dispuestos para escitar al asombro y admiracion. Penetraba uno en un sinuoso corredor que se iba estrechando poco á poco hasta juntarse pared con pared, y al volver atras impedia la salida una robusta puerta, quedando el pobre chasqueado en un espacio oscuro de tres pies cuadrados hasta que se le antojaba al amo. La alcoba en que os encerrabais por la noche con la mayor confianza, era una oficina de prodijios y diabólicos artificios. A media noche se levantaba la cama hasta tocar con el techo; ibais

á levantaros por la mañana.... imposible; el lecho era un nido tan inaccesible como el del aguila. En lo mas retirado del jardin, en el paraje mas sombrío dábais de pronto con un esqueleto colgado de los árboles: queriais huir espantado y un bandido calabrés os apuntaba con su escopeta. En fin, á este tenor habia dispuesto M. de Martigues una multitud de bromas mas ó menos pesadas para su diversion á costa de los pobretes inocentes: no faltaba quien se incomodase; pero la mayor parte que conocian el humor chancero del buen señor, lo tomaban á risa.

Solemnemente fue presentado Foissac á madre é hija, y como escritores imparciales debemos decir que le fue favorable la primera impresion. En primer lugar, no llegaba en calidad de novio, circunstancia suficiente para ser bien recibido, y hablaba por otro, medio escelente de producir efecto por sí propio. Se deshizo en elogios de su amigo Alfonso: enumeró detenidamente su mérito, su talento, sus raras y preciosas prendas, y ¿cuál fue el resultado de tan lisonjera fraseologia? que las señoras se convencieron de que M. Eugenio de Foissac, era á mas de escelente amigo un muchacho de chispa. La madre hizo la observacion, y la confirmó la hija con una sonrisa. Desde aquel momento quedó acreditado M. Foissac: conquistó derecho de ciudadanía en casa de M. Martigues, y fue el alma de todas las fiestas, de todas las partidas de placer.

Una sola persona no participaba del entusiasmo universal, y era el padre de Alfonso, el general de Mercieux. Altamente irritado con su hijo, desfogaba su mal humor contra su representante, y no queria creer ninguna de las palabras de aquel plenipotenciario tan elocuente, tan divertido; y sospechaba algun ardid de su señor hijo para esquivar la boda: pero el recuerdo de los dos millones de dote era un aliciente demasiado poderoso para no pensar en superar todos los obstáculos.

No perdonó el general ocasion de desagradar á Foissac: constituyóse en su adversario y comenzó militarmente las hostilidades, pero el jóven estaba demasiado ocupado por Martigues y mas por los hermosos ojos de Lucia, que asi se llamaba la futura de su amigo: no hizo pues caso de los asaltos, cerró los ojos delante de las baterias y marchó como un héroe bajo el fuego enemigo á la conquista de todos los corazones femeninos que latian en aquella casa.

Hay un medio de seduccion muy acreditado entre los actores, autores y gente del teatro y que es aquella añeja oferta de *billetes del teatro*. Esta clase de regalos ejerce notable influjo en las mujeres. Asi tambien entre los pintores y estatuarios es un escelente camino de rendir un corazon, comprometerse á hacer el retrato, el busto &c. Foissac recurrió á este espediente y ofreció sus pinceles á Mad. de Martigues, quien no quiso retratarse sin su hija. Hasta M. de Martigues manifestó su deseo de figurar en el lienzo, *sobre un fondo rústico*; teniendo en una mano el rastrillo como Triptolemo, y señalando con la otra su escudo de familia. Dióse pues, principio á la obra.

Madlle. Lucia de Martigues era una muchacha encantadora, vivísima, graciosa, que jamás habia pensado en el matrimonio y que por consecuencia no tenia grandes deseos de conocer á su novio. Las novelas y el colegio no habian viciado su carácter, malicioso de por sí y sensible sin ostentacion. Lo que Lucia deseaba, era continuar su vida tranquila y descuidada, la vida campestre al lado de sus padres. Cuando estos la hablaron por primera vez de sus proyectos, habia soltado Lucia la carcajada; y como su padre insistiese en la necesidad de la boda, encomiando sus ventajas y sus com-

promisos, poniendo en las nubes el mérito de Alfonso, y asegurándola que no se separarian, la muchacha contestó á su padre abrazándole: lo que gusteis.

Asi se hizo el negocio, y como la mayor parte de los matrimonios, se dispuso éste, sin entrevista preliminar, casi sin conocimiento de los futuros conyuges. Lucia aguardó sin impaciencia la llegada de Alfonso hasta que se presentó Foissac, cuyo favorable acogimiento anunciamos ya, confirmándose diariamente tan buenas disposiciones. El buen humor de Foissac entusiasmaba á Martigues, y á favor de las sesiones de pintura, desplegó el pintor en presencia de Lucia todas las gracias de su conversacion sin olvidarse por eso de estudiar su caracter lleno de matices, de transiciones finas y delicadas, de tonos brillantes y medias tintas. Este exámen tan peligroso para el que le ejercia, terminó por una comtemplacion estática casi muda, donde el córazon miraba mas que los ojos. En una palabra, Foissac quedó perdidamente enamorado de Lucía, olvidó los intereses del otro, su calidad de encargado de negocios, todo lo olvidó y cometió su traicion con la mejor fé del mundo. Dejóse arrullar por sus plácidos ensueños, y puede asegurarse que la repentina aparicion del ausente habria sorprendido cruelmente á nuestro artista. No afirmamos que sea leal este sentimiento: á nosotros nos basta que sea cierto.

Una vez, sin embargo, se acordó Foissac de Alfonso y fue para escribirle: *No vengas, amigo mio, tu novia es espantosa.* Pero tan poca precaucion tuvo para remitir este billete, que cayó en manos del general Mercieux.

Este, poco escrupuloso y en uso de los derechos de la guerra, quiso enterarse de la clase del enigma que tanto le daba que hacer. Foissac digera que su amigo habia tenido precision de volver al Havre, de aqui á Caen y en seguida á París donde le llamaban negocios del mas grave interés. Pero el billete apresado decia: *A M. Alfonso de Mercieux, fonda de Brighton, en Dieppe.* La lectura de este sobre bastaba para despertar las sospechas del general; imagínese despues cada cual cuánta seria su cólera y sorpresa al leer el contenido de la epístola: tronó, gritó, rompió vidrios, y al fin mas apaciguado discurrió el medio mejor de matar á Foissac. Ah! esclamó con sentimiento, si estuviera aqui mi amigo Du Peiron, me serviria de testigo!

Un rayo de reflexion brilló en su mente y le mostró que su arrebato brutal lo echaria todo á perder; y mejor aconsejado por la razon, fue en busca de Foissac y le dijo con aparente calma y casi con tono amistoso:

—Qué tal? adelanta el retrato?

—Apenas está comenzado, general, contestó Eugenio. Un retrato no es cosa tan veloz como una carga de caballería. Nuestra estratejia es menos espedita que la vuestra, pero tambien es segura!

—Con que el retrato estará acabado...

—Dentro de un mes.

—Qué lástima! mi hijo no gozará de la sorpresa: no podriais enjaretar en un instante una miniatura de Madlle. de Martigues? Se la enviariamos á Alfonso y esto quizá le decidiera á venir....

—Y para qué un retrato? no vale mas escribirle?

—Eh! una carta no dice nada ó dice mal: es cosa tan fria una carta! El retrato por el contrario, vive, palpita! Hombres he conocido yo enamorados de un retrato. Con que haced, por favor, lo que os pido!

Y viendo que su interlocutor titubeaba:

—¿Por ventura, añadió de Mercieux, las facciones de Mlle. Lucia os cansan ya y no la juzgais dignas de los honores de una segunda edicion?

Foissac miró al general estupefacto.

—Si, si, continuó este, temeis sin duda que vuestro talento no se pliegue á la monotonia de una repeticion, y que en vez de una fiel semejanza, propia para estimular su pasion, reciba Alfonso una imágen engañosa, imperfecta..... oh! tranquilizaos: en ese caso basta una carta, cuatro palabras: *Amigo mio, corre, tu novia es encantadora!* no es verdad?

Este lenguage era demasiado claro para Eugenio Foissac, quien sin mas esplicacion apretó fuertemente la mano del general diciendo:

—Me insultais, caballero, pero sois anciano, padre de Alfonso, y entrambos somos huéspedes de M. de Martigues: estos títulos son una salvaguardia para vos: devolvedme ese billete...

—Devolvérosle! impostor! no mereceis que yo denuncie vuestra conducta á M. de Martigues que os arrojaria de su casa? Pero Alfonso está en Dieppe, detenido por vuestra causa.....

—Y quien os asegura, interrumpió Foissac con autoridad, que no haya un motivo imperioso, razones insuperables que obliguen á Alfonso á detenerse en Dieppe, á terminar allí su viaje y aun á renunciar á la mano de Madlle. de Martigues?

—Renunciar á esta boda!

—Por fuerza tendrá que hacerlo.

—Pero si él os ha enviado, si venis en su nombre y le decis.....

—Perdonadme, general, que por salvar á vuestro hijo y mi amigo, haya tenido la debilidad de faltar á la verdad inventando miserables pretestos.

—Esplicaos!

—Qué exigis, padre imprudente!

—Si no hablais, al punto parto y sabré.....

—No, no, deteneos, todo lo sabreis; vuestro hijo Alfonso.....

—Acabad....

—Se ha comprometido... en una intriga... una muger....

—Cielos!

—Y ya se vé, sus deberes de padre.....

—Ah!

—Tiene un hijo.....

—Misericordia! todo se perdió.

V.

Anonadado quedó el general con tan fatal noticia: una intriga! una intriga de amor! repetia de cuando en cuando, golpeándose la frente! he aqui esplicada la causa de esa prolongada ausencia, de esa tardanza inesplicable! Alfonso se ha dejado engañar por una intrigante! Y qué hago ahora? Oh! lo que mas urge es romper los compromisos y desengañar al pobre Martigues. Pero si la tal noticia fuese falsa, si fuese un ardid de ese maldito Foissac.... todo cabe en él: no, no, mejor es aguardar, tomar informes: voy yo mismo á Dieppe.

Partió el general sin dar á nadie cuenta de sus designios, y se encaminó á la ciudad. Era de noche: la impaciencia y la inquietud aceleraban sus pasos, turbaban su vista y no hizo alto en un viajero que cruzó en direccion opuesta, y que tambien caminaba velozmente.

Mientras en la quinta de Martigues sucedia lo que de referir acabamos, Alfonso, justificado á los ojos de la policia con la exhibicion de algunos documentos, habia continuado en compañía de Mad. du Peiron hasta conducirla á casa de su tia, donde fue perfectamente recibido y colmado de elojios por su generoso comportamiento. Al cabo se acordó de que le estaban aguardando en la quinta de Martigues, y quejoso de que Foissac no le hubiera escrito, resolvió marchar allá. Pretestó un negocio, se despidió de Mad. du Peiron

y de su tia, prometió volver, y partió á pie, despues de tomar los necesarios informes para el camino.

Salió de noche porque su intencion era llegar á Martigues incógnito, para que precediese á su presentacion oficial, una entrevista preliminar con Eugenio; y ocupado con las combinaciones de este plan, no reparó en un viagero que llevaba opuesto camino, y que marchaba tambien rápidamente.

Cuando anunciaron á M. de Martigues la desaparicion del general, estaba muy descuidado preparando una trampa de lobos cerca de una brecha, por la que se metia todo el mundo en su pesesion. Apenas entendió lo que le dijo Lucia, y le contestó:

—Mira, ahora no tendrás miedo de ladrones: pobre del que se cuele por aquí! pero ¿qué me decias del general?

—Que se ha ido y nadie sabe donde. El portero le buscaba para entregarle una carta sellada de negro, pero no parece; únicamente ha dicho al jardinero «que no me aguarden.»

—Malicioso! será alguna broma. ... estoy seguro de que ha dispuesto algun chasco... pues es preciso que estemos alerta, voy á avisar á Foissac.

Foissac por complacer al viejo, convino en que la ausencia de M. de Mercieux, tendria por objeto alguna broma, pero en realidad la noticia le alarmó en estremo. El general habia querido sin duda satisfacer sus sospechas, volando á Dieppe, y en honor de nuestro artista debemos decir que casi no lo sintió tanto por sí como por Alfonso, cuya situacion debia ser mas crítica que nunca.

Por órden de M. de Martigues se cerraron todas las puertas escrupulosamente, y una sola salida quedó abierta: la brecha que indicamos arriba: solo que en virtud de nuevas disposiciones se embotaron las puntas de hierro que armaban el lazo, quedando este mas propio para cazar cristianos que animales salvajes.

—No hay necesidad de hacerle daño, dijo Martigues riendo y cerciorándose del estado inofensivo de la pérfida máquina. Os largais, sin decir palabra, general? Pues bien, á la vuelta, todo lo encontrareis cerrado como un castillo y habreis de pasar por aquí sin remedio: ah! ah! ah!

Las instancias de Lucia y de su madre, los consejos de Foissac no pudieron alterar la resolucion del bromista anciano, y cuando volvia á la habitacion asido del brazo de Foissac, díjole este:

—Amigo, permitidme que os diga que no lidiais con buenas armas; una sorpresa! una emboscada! me horripilan las emboscadas desde que estuve á pique de ser víctima.....

—Calle! vos tambien caisteis en alguna trampa...

—No: fue cosa mas séria: querian asesinarme.

—Que horror!

—Y jamás he sabido quien fue... me figuro que cierto coronel... celoso como un tigre, y que ya se habia batido conmigo, pagó á un rústico para que me asesinase; pero pude mas que el infame, y aquí me teneis! Desde entonces me indigna, me repugna la idea de una asechanza.

Pero ni por esas; la obstinacion de Martigues resistió á todas las enérgicas reflexiones de Foissac. En cuanto á lo que este digera, una sola cosa habia llamado atencion de Martigues y era la anécdota personal del narrador. Se acordaba de lo dicho, y su curiosidad, aun no satisfecha, ansiaba nuevos pormenores.

Cuando se acercaban á la quinta, aflojó Martigues el paso, y apoyándose en el brazo de Foissac:

—Asesinado! repitió con gran misterio: habeis sido asesinado? contadme, contadme como fue.

Hasta entonces no conoció Foissac que habia hablado demasiado, quiso eludir las multiplicadas preguntas de Martigues, y solo pudo zafarse con la formal promesa de una esplicacion muy pronta. Una circunstancia imprevista, de que vamos á dar cuenta, frustró la esplicacion.

A hora ya muy avanzada de la noche y cuando todos dormian ó aparentaban dormir en la quinta, se presentó un hombre á una de las puertas traseras y llamó discretamente. Una ancha capa parda y un sombrero de grandes alas le disfrazaban, y á pesar de los brillantes rayos de la luna que alumbraba en aquel momento, no era fácil fijar la edad del nocturno visitador. Sin duda fue columbrado desde adentro; porque antes de que pasaran diez minutos, salió otra sombra de la pared y se acercó á él; pero como un gamo asustado, dió un salto el de la capa y desapareció. A poco sonó la campana de la verja, ladraron los perros, mas nadie abrió: el desconocido de la capa, porque él era el que llamaba por segunda vez, daba evidentes señales de impaciencia, y sin embargo hubo de desistir otra vez de su empresa al verse observado por el mismo anterior fantasma. A la primera puerta que encontró, nueva detencion, nuevo campanillazo y nuevo silencio de parte de la quinta, donde todo permanecia mudo y sordo como la tumba. Cansado al fin el de la capa de llamar en vano y de ser perseguido tan tenazmente por la otra sombra, se volvió entablándose el diálogo siguiente.

—Quereis entrar en la quinta?

—Sí.

—Pues llamad mas fuerte para que os oigan. Llámo yo?

—No.

Lám.

—Entonces podeis aguardar hasta mañana. Estas noches de Febrero son deliciosas. Dios os guarde, buen señor.

El *buen señor* conoció entonces que estaba hablando con un rústico. En efecto era el jardinero de la quinta.

—Conoceis á M Foissac? le preguntó.

—Y tanto como le conozco.

—Pues á él solo quisiera ver.

—Qué! si estará durmiendo como un bienaventurado. Dad unos cuantos buenos campanillazos, y vereis qué listos acuden todos.... Yo llamaré.

—No, no por Dios!

—Buenas noches, dijo el villano alejándose. En ese caso no entrais esta noche, á no ser que salteis por la brecha del parque como hacen los cazadores furtivos. Haced lo que mas os plazca.—Hizo un irónico saludo y desapareció.

Luego que quedó solo, dudó nuestro fantasma que partido seguiria: pero decidiéndose de pronto dió vuelta á la cerca y en pocos minutos llegó al pie de la brecha indicada. Alli nueva pausa, nuevo dudar y nueva resolucion. En un momento se tomó la plaza por asalto.

Sea por destreza ó por casualidad evitó la famosa trampa, y tomando la primera calle que halló delante se dirigió derecho á un pabellon que se figuró seria un ala del edificio. Pero el tal pabellon era un grotesco simulacro de bodegon, otra de las gracias con que tenia embellecida M. de Martigues su finca.

Cuando vió la linterna, el mostrador, las mesas servidas con manjares, de cera por cierto, y todo aquel aparato culinario, el fantasma retrocedió de sorpresa y á los pocos pasos se detuvo ahogando un grito de terror: su cabeza acababa de tropezar con las piernas de un esqueleto! Aterrado, se vuelve, y los rayos de la luna le muestran un hombre agachado que le apunta con un fusil. «Mi-

Domingo 30 de Agosto.

serable! esclamó, quieres asesinarme?» y da á correr hácia la brecha, ansioso de salir de aquella caverna fatal.

Pero esta vez fue menos feliz que á su entrada y cayó en la trampa cuyos brazos de acero, cerrándose de pronto le oprimieron la pierna con violencia. Preso de esta suerte comenzó el fugitivo á gritar con todo el poder de sus pulmones, y recibió por respuesta una bulliciosa carcajada.

—Qué significan esos gritos? preguntó M. Martigues. Sois vos, general?

Asomaron luces, y figúrese el lector cuál seria el estupor de Martigues cuando acercando una linterna al rostro de su cautivo, no halló al general de Mercieux! Mas su sorpresa creció de punto, cuando Foissac que habia acudido al ruido, esclamó involuntariamente!

—Alfonso!

Desembarazado de la argolla que le sujetaba. Alfonso porque era él, hizo su entrada triunfal en la antigua mansion de los Martigues y en espiacion del complot urdido contra el padre, fue el hijo colmado de atenciones y agasajos. Dió gracias Alfonso por tantas bondades y manifestó sus deseos de abrazar á su padre; pero cuando supo que habia partido para Dieppe, no pudo ocultar su inquietud.

—No temais, objetó el bueno de Martigues, vuestro padre no corre peligro y muy pronto le veremos. Ya se vé, vuestra ausencia le tenia con muchísimo cuidado..... Pero qué significa este viaje á hurtadillas? Venirse sin equipaje, sin coche, sin criados... Apuesto á que es parte de alguna novela. Eh! nos preparabais alguna sorpresa? ese sombreron, esa capa, hasta la luna tiene un aspecto.... asi... de cosa estraordinaria... vaya, contadnos vuestros proyectos!

Estas multiplicadas preguntas aburrian al jóven, y conociéndolo Martigues:

—Ya veo, dijo, que estais cansado. Necesitais reposo y me retiro. Mañana hablaremos y os presentaremos á las señoras. Ya teneis dispuesta la habitacion junto á la torre de la campana.

Estas palabras fueron pronunciadas con cierto énfasis bufon que chocó á Alfonso, pero cuando Martigues salió:

—Guárdate le dijo, Foissac, de aceptar esa estancia.

—Cómo!

—Desdichado! no has advertido en el parque!...

—Si, cosas sobrenaturales.

—Pues aquí tampoco faltan: ese aposento es peligroso y pasarias una noche atroz. Vente conmigo.

—Casa singular! murmuró Alfonso.

—Y qué hay de tu aventura? preguntó Foissac misteriosamente asi que estuvieron instalados en la habitacion de este.

—Qué aventura?

—Ahora nadie nos escucha, puedes hablar sin miedo.

—Pero tú has podido creer?... qué quieres que te diga?

—Qué estremo de discrecion! pero no tengas cuidado que soy buen amigo; y aunque todo lo he adivinado, he sabido ponerte en buen lugar.

—Oh! no es tan grande el peligro como imaginas.

—Pero, sabes que una aventura como la tuya bastaria para deshacer veinte matrimonios?

—Hombre! un simple encuentro en medio de un camino...

—Si, si, ya bajas, y el chiquillo? y el misterio?

Alfonso irritado dió una patada en el suelo esclamando:

—Y desde cuando soy yo responsable de los errores de Mad. Du Peiron?

Este nombre dejó helado á Foissac; alargó los brazos hácia Alfonso, abrió la boca, pero sin poder articular una sílaba. Por fin tartamudeando repitió: Mad. Du Peiron.

—Si, respondió Alfonso, asi se llama la tal: ha sido una imprudencia soltar su nombre, pero ya no tiene remedio. Ahora bien: quieres saberlo todo? pues esa señora, esposa de un coronel...

—Viuda de un coronel, dijo un tercer interlocutor abriendo la puerta de pronto. El pobre Du Peiron ha muerto en Africa segun me anuncian en esta carta.

El recienvenido era el general de Mercieux.

—Al fin habeis llegado, señorito? dijo á su hijo. Me alegro. Mañana al amanecer, saldremos juntos de esta quinta.

—Pero, padre...

—Nada, nada, M. de Martigues lo sabe todo y á fe que está encantado con la relacion de vuestras hazañas. Desdichado! Haber roto de esa suerte una boda tan ventajosa!

Foissac detuvo á M. de Mercieux que iba á alejarse encolerizado.

—Quedaos, caballero, dijo el artista con solemne acento. Este quidproquó debe deshacerse ahora mismo....

—Os queda el campo libre, M. de Foissac.

—No, sino M. Millebert de Foissac. La muerte de M. Du Peiron me permite romper el incógnito, porque ya no me perseguirá aquel maldito coronel.

—Millebert, repitió Alfonso.

—Sí, aquel pintor asesinado en medio del bosque.

—Eras tú?

—Yo en persona.

—Y tú eres tambien el galan...

—Precisamente.

—El lector nos permitirá que no le fastidiemos con una esplicacion mas estensa.

Al dia siguiente, Alfonso, completamente justificado á los ojos de todos, era presentado por su padre á la familia. Sus atusados bigotes, su buena presencia, y sobre todo su condecoracion produgeron un efecto inmenso, un triunfo completo. Foissac conoció que su estrella se eclipsaba, y dispuso partir en busca de Mad. Du Peiron á casa de su tia.

Sin embargo antes de tomar partido tan estremo, se acordó de que Mlle. Lucia tenia una hermana, y aventuró algunas preguntas indiferentes sobre el particular.

—Si, respondió M. de Martigues, tengo otra hija en el colegio. Una muchacha divina: qué ojos! qué tez! qué gracia! y sumamente juiciosa para la edad que tiene: acaba de cumplir seis años.

—Seis años! he?

—Sí, es un prodigio de talento.

Foissac dió la enhorabuena á M. de Martigues, asistió por la tarde á la ceremonia de la firma del contrato matrimonial de su amigo con Lucia.

Este importante documento fue firmado á las seis de la tarde.

Alfonso no pudo menos de estremecerse al ver la aguja fatal marcando la hora cabalística, y echó su rúbrica mientras la campana vibraba los seis golpes.

Pocos meses despues Mlle. Lucia, convertida en Mad. de Mercieux, suspiraba melancólicamente sentada á su balcon. Pensaba en las prendas de su nuevo esposo, en su mérito, en sus talentos... judiciales. Esperaba verle subir á los honores, á las primeras dignidades, columbraba en lontananza las fiestas, los bailes, el mas refinado lujo, y en seguida suspiraba murmurando estas palabras que ni su Angel de la Guarda hubiera podido percibir:

—Ay! el otro era mas amable!

Dos Noches en Mégico.

FRAGMENTO DEL DIARIO DE UN VIAJERO.

Par diez! he aqui un escelente sitio para descansar y pasar la noche, exclamé echando pie á tierra, y extendiendo mis brazos y piernas, entumecidas por una larga caminata.

En efecto, habiamos llegado á uno de esos sitios privilegiados de la naturaleza, y donde, segun dicen, se complacen las hadas en reunirse para entregarse al solaz y á la diversion; era un valle ó mas bien una quebrada solitaria á la que deban sombra grandes acayoibas (árbol de la caoba) y que estaba tapizada con la rica y feraz vegetacion de aquellas regiones tropicales: un pequeño arroyo que caia de cascada en cascada desde lo alto de un peñasco, se abria paso por entre la yerba indicando por su curso la leve inclinacion del terreno, que algo mas lejos se hundia de repente.

—He aqui un excelente sitio para descansar!

Mi compañero de viage aprobó mi idea. Por lo que hace á nuestros arrieros y criados megicanos (verdadera casta de holgazanes) no pronunciaron ni una palabra, y con una indolencia enteramente nacional empezaron á hacer los preparativos necesarios para pasar la noche. Creo, Dios me perdone! que si aquellos miserables nos hubieran visto dispuestos á acostarnos en cualquier cenagal, al lado de un cocodrilo, no se hubieran tomado el trabajo de hacernos la menor observacion. Estos mestizos megicanos, por cuyas venas circula la sangre india y española, y á veces negra, se han hecho por costumbre tan indiferentes á los inconvenientes y males que presenta su terreno y su clima, que al parecer no comprenden que los estrangeros podamos tener la piel menos dura y la sangre mas fácil de recibir cualquier impresion, y que los niguas (1) los mosquitos y el *vómito negro* sean otra cosa sino simples bagatelas: todo esto sin hablar de las serpientes, escorpiones, cocodrilos y otros animales de esta especie que infestan su pais extraño, y salvage, y á pesar de todo magnífico.

Yo habia ido á Mégico acompañado de mi amigo Valentin de Nerville, y ambos llevados del deseo de admirar las bellezas de un país que tanto nos habian celebrado; pero bien pronto quedamos desanimados, pues llegamos á la capital sin haber visto nada, á excepcion de algunas partes de la provincia de Vera-Cruz, que pudiese justificar las entusiastas descripciones que nos habian hecho de las maravillas pintorescas de Mégico. Pero á alguna distancia al sud de la capital cambió de repente el aspecto del pais y realizó todas nuestras esperanzas. Los valles se poblaron de bosques, de palmeras, naranjos, limoneros, y plátanos; y la tierra baja y pantanosa estaba cubierta de acayoibas y de inmensos helechos. Toda la naturaleza se veia sobre una escala inmensa; las montañas se perdian en las nubes; el suelo aparecia surcado en todos sentidos de barrancas ó quebradas, á veces desnudas, y lo mas frecuente cubiertas con una vegetacion tan variada como feraz. El color del cielo era de ese azul oscuro, peculiar á los trópicos, azul brillante que parece matizado de oro. Pero tambien este clima ardiente y este sol tan brillante tienen sus inconvenientes, pues los insectos y reptiles de todas especies y las fiebres mortales, hacen que por espacio de ocho meses no puedan habitarse las tierras bajas. No obstante,

(1) Especie de pulga pequeña que se introduce entre cuero y carne.

se encuentran grandes terrenos, libres, en parte de todas estas plagas y que son verdaderos paraisos, donde solo la vida, el sentimiento de la existencia en medio de aquella naturaleza encantada es un goce positivo y real: parece que el corazon salta de alegria y que el alma se dilata al aspecto de aquellas regiones de una magnificencia encantadora.

De todos estos territorios, el mas célebre es el valle de Oajaca, en el cual son mas dignos de atencion los dos distritos montañosos de Misteca y de Tzapoteca. Nos hallábamos en medio de aquel valle inmenso que tiene unas 300 leguas de longitud, y por horizonte las montañas mas elevadas de la América central. A pesar de que viajábamos con cuantas comodidades podiamos proporcionarnos, y provistos de cartas de recomendacion, todo esto no era bastante para que encontrásemos albergues y casas donde no existian, y muy á menudo nos veiamos obligados á dormir á la luna, y sin otro techado sobre nuestras cabezas que la bóveda del firmamento. Y en verdad que era un magnífico espectáculo contemplar aquel cielo de los trópicos con sus constelaciones enteramente nuevas para nosotros, y sus estrellas prodigiosamente agrandadas por el efecto de la atmósfera. Marte y Saturno, Vénus y Júpiter habian desaparecido; veíase todavia á la Orsa mayor y menor; mas allá, en las profundidades del espacio al navio Argo y al brillante Centauro, y por encima de todo el glorioso símbolo del cristianismo, la colosal cruz del Sud, que resaltaba en todo su brillo sobre un fondo de azul oscuro.

Ya he dicho que viajábamos con todas las comodidades posibles y con cierto lujo, segun es moda entre los megicanos. Nos acompañaban algunos arrieros, un guia, un cocinero, dos criados y algunas caballerias. Mientras que nuestros criados suspendian nuestras hamacas en las ramas de los árboles (porque no es muy prudente en esta parte de Mégico acostarse en el suelo á causa de las serpientes y otros animales venenosos) nuestro cocinero encendió una candelada, y al cabo de algunos instantes, se hallaba atravesado en el asador un liguana (1) que habiamos matado durante el dia. El aspecto de aquel animal asqueroso hubiera bastado á quitar el apetito al mayor gastrónomo; pero nosotros sabíamos por experiencia que no habia un bocado mas rico que un liguana asado. Asi, pues, cenamos excelentemente, y en seguida trepamos á nuestras hamacas: los mejicanos se tendieron en el suelo, con la cabeza apoyada sobre los aparejos de sus caballerias, y en breve nos quedamos todos dormidos.

Seria como media noche cuando me despertó un sentimiento indefinible de malestar y de opresion: hubiérase dicho que no nos hallábamos ya en el aire atmosférico sino en medio de exhalaciones mortales. En efecto, de la estremidad inferior del barranco en que nos encontrábamos, se adelantaban lentamente hácia nosotros, y ya nos habian envuelto completamente unos vapores espesos y mefíticos: era el *vómito negro*, y la misma *fiebre amarilla* que se presentaban bajo la forma de una neblina. Al mismo tiempo, y á la vez que hacia esfuerzos para respirar me pareció ver bajar una especie de nube y fijarse sobre mí; y millares de acerados aguijones penetraron á la vez en mis manos, en mi cara, en mi cuello, y finalmente en todas las partes de mi cuerpo que no se hallaban protegidas por una triple muralla de ropa. Estendí maquinalmente los brazos, y cerrando las manos cojí centenares de mosquitos. El aire estaba cubierto por un enjambre de innumerables insectos, cuyo ruido monotono era insoportable y cuyas vene-

(1) Lagarto de América, que se come.

nosas y temibles picaduras causaban un dolor insoportable: era una verdadera plaga de Egipto.

Nerville que se hallaba durmiendo en su hamaca, próxima á la mia, en breve dió tambien señales de vida; y le oí removerse, manotear y jurar con una vivacidad y energia, que me hubieran parecido muy cómicas á haberme hallado en otras circunstancias: pero mi posicion tenia de todo menos de alhagüeña. El martirio, pues no puede llamarse con otro nombre, que me causaban las incesantes picaduras de los mosquitos, y el efecto de los pestilenciales vapores que cada vez se espesaban mas en torno nuestro, me habian puesto en un estado de exitacion febril; sentia por intervalos frio y calor; mi lengua estaba seca, la sangre agrababa mis párpados y mi cabeza estaba ardiendo.

Nerville se tiró al suelo desde su hamaca.

—Maldicion! exclamó; ¿donde nos hallamos? estamos encima ó debajo de la tierra? sin duda que este debe ser el purgatorio mejicano. Ola! arrieros! Pablo! Mateo!

Al mismo tiempo resonó cerca de mí un grito penetrante, un grito que expresaba el terror llegado á su colmo. Al punto me precipité fuera de mi hamaca, y á penas me ví en el suelo cuando dos blancas y esbeltas figuras de mugeres pasaron por mi lado, con la rápidez del relámpago, gritando con voz desgarradora:

—Socorro! socorro! por Dios!

Al mismo tiempo aparecieron saltando en su seguimiento tres ó cuatro cuerpos negros é indistintos, que no se asemejaban á nada de lo terrestre. Sobre poco mas ó menos tenian forma humana; pero su aspecto era tan extraño y repugnante, que semejante y repentino encuentro en una barranca salvage y en medio de la oscuridad que nos rodeaba, no era el mas á propósito para tranquilizarnos. Durante un segundo permanecimos inmóviles de sorpresa, pero un nuevo grito mas penetrante aun que el primero, nos devolvió toda nuestra presencia de ánimo. Una de las mugeres se habia caido y estaba tendida en el suelo, bien de cansancio ó porque le hubiese acometido algun accidente: el vestido de su compañera se hallaba ya en manos de uno de aquellos fantasmas ó diablos, ó lo que fuesen, cuando Nerville se precipitó sobre el monstruo y le dió una terrible puñalada. Al mismo tiempo, y sin que yo pudiera explicarme como sucedió, me hallé luchando con otro de aquellos monstruos. La lucha fue terrible y sangrienta. En vano era que tanto yo como Nerville nos sirviésemos de nuestros cuchillos, pues apenas sus aceradas puntas penetraban el cuero duro de aquellas bestias, cubierto de un vello bronco y herizado: mas en cambio nos oprimian con sus brazos nervudos y vellosos, á cuyos estremos habia unas manos y dedos cuyas uñas eran tan agudas y fuertes como las garras del águila. El resultado de tan singular combate hubiera sido dudoso; si de improviso no hubieran disparado una docena de tiros, que acompañados de un concierto de clamores, ahullidos y risas salvages, obligaron al mónstruo que me ahogaba á soltar su presa, cayendo herido al mismo tiempo que yo caia sin conocimiento en el suelo.

Cuando volví en mí me hallé tendido sobre unas mantas y debajo de una especie de entoldado de hojas. Ya era de dia, el aire estaba embalsamado con el perfume de las flores, y los pájaros ostentaban los brillantes y matizados colores de sus plumas á los rayos del sol. Un indio, cuyo rostro me era desconocido, se hallaba en pie á mi lado, y me presentaba una nuez de coco llena de líquido. Cojila con avidez y la bebí de un trago. Este brebaje, que era una li-

monada me reanimó, y entonces pude ver que me hallaba en una especie de campamento. Algunos mulos y caballos erraban sueltos, mientras que otros atados á los árboles comian el pienso que les habian echado. Los unos estaban ensillados; los otros tenian simples aparejos dispuestos para recibir las cargas que se veian esparcidas por todas partes. Los troncos de algunos árboles servian de apoyo á varias carabinas y fusiles: algunas personas cargaban sus bagajes sobre los mulos, otras fumaban tendidas en el suelo, y un grupo bastante numeroso, rodeaba el fuego donde se aviaba la comida. A poca distancia de mi cama habia otra ocupada por un hombre que estaba muy tapado y que me tenia la espalda vuelta.

—Qué significa todo esto? exclamé: Donde estamos? ¿y Nerville? y mis criados?

—Nos hallamos en el valle de Chihuatan á diez leguas de Tarifa, me contestó el indio.

En el mismo momento el individuo que se hallaba acostado á mi lado hizo un movimiento y se volvio de modo que me permitió ver su rostro tan desfigurado, ensangrentado y lleno de contusiones y heridas que no pude reconocerle. Al fin me convencí que era mi amigo Nerville, cuando él me habló, y sobre todo cuando á favor de un espejo que me presentó el indio vi que mis ojos estaban medio cerrados, y mis lábios, nariz y todo mi rostro prodigiosamente hinchados. Al verme en tal estado procuré recordar lo que me habia sucedido, y poco á poco se presentaron sucesivamente á mi memoria los acontecimientos de la noche. Pero aquellas mugeres, aquella lucha con bestias, mónstruos ó diablos incarnados era todavia un enigma para mí. No habia sido por cierto una vision de un sueño, porque mis espaldas y hombros se resentian aun de las heridas que me habian causado sus garras, y porque al mismo tiempo vi que varias partes de mi cuerpo estaban cubiertas con vendajes. Ya iba á abrir la boca para preguntar al indio la explicacion de aquel misterio, cuando noté un movimiento extraordinario en el pequeño campamento: todos se apresuraban á salir al encuentro de un grupo de personas que desembocaban por medio de las altas plantas, y entre las que reconocí á nuestros arrieros y criados. En el centro del grupo traian un bulto que arrastraban por el suelo: algunas mugeres casi todas jóvenes, precedian aquel grupo, y de vez en cuando volvian atras la cabeza con movimientos que espresaban á un tiempo el horror y la alegria del triunfo. Tenian en las manos rosarios, cuyas cuentas pasaban rápidamente entre sus dedos, y besaban con frecuencia la cruz, persignándose al mismo tiempo.

—Un zambo muerto! un zambo muerto! exclamaban aproximándose hácia nosotros.

—Han matado á un zambo! repitió el indio, lleno de júbilo.

El grupo se llegó á nosotros; y nos dejó ver tendido sin vida en el suelo, uno de nuestros antagonistas de la noche anterior.

—Dios mio! qué es eso? exclamamos á duo Nerville y yo. Es algun demonio?

—Perdonad, señores, si os digo que es un zambo. ¡Son estos zambos unos monos muy terribles!

—Monos! exclamé.

—Monos! repitió el pobre Nerville incorporándose en su cama. Monos! por vida de Júpiter! con que nos hemos batido con monos? y son ellos los que nos han puesto en este estado! Bien! Valentin! bien merece la pena haber venido á Mégico para pelear con un mono! un mono villano y con rabo! Motivo hay en ello para que un hombre galante pierda su reputacion! con un mono!

Y sobrepujando lo ridículo de esta idea á todas las demas sensaciones, se dejó caer de nuevo sobre su cama, acometido de un irresistible acceso de hilaridad.

Confieso que me costó mucho trabajo persuadirme que aquel cuerpo muerto que tenia á la vista no hubiera dado nunca albergue á un alma racional. Causaba bochorno y humillacion ver la estrecha afinidad y el aire de familia que existia entre aquel mono monstruoso y nuestra propia especie: sin la cola, que particularmente habia excitado la indignacion de mi amigo, hubiera podido figurarme que tenia ante mis ojos el cadáver de algun cazador de las *praderas* de la América del Norte, vestido con pieles de animales. Asemejábase mucho á un hombre alto y robusto; y en la expresion de sus facciones se notaban mas malas pasiones humanas que instinto animal. Sus pies y muslos eran los de un hombre musculoso; tenia las piernas algo arqueadas, y desprovistas de pantorrillas, falta que he notado tambien en algunos negros: los nervios y tendones de las manos formaban salientes huesosas, y las uñas eran tan largas como las garras de los tigres. Infaliblemente debiamos haber sucumbido en nuestra lucha con aquellos brutos; pues no habia en nosotros ni en ningun hombre poder bastante para resistirlos. Los velludos brazos de aquel animal eran como un atado de cuerdas: en los que no se veian mas que músculos y nervios, y sus largas manos estaban tan fuertemente unidas que no fueron bastantes ó separarlas los esfuerzos de cinco ó seis indios.

En breve supimos lo que aun ignorábamos de nuestras aventuras nocturnas. Nuestro guia, bien fuese por ignorancia, ó por aturdimiento, nos habia dejado parar próximos á una de las lagunas mas peligrosas de aquella comarca. No bien nos habiamos dormido, llegó una caravana de viageros megicanos, que determinaron instalarse á algunos centenares de varas de nosotros, pero en terreno mas elevado, donde habian estado al abrigo de las exhalaciones pestilenciales de la laguna, y de los mosquitos que nos habian asaltado. En el transcurso de la noche, dos mugeres, que tambien formaban parte de la caravana, se habian separado algo del rancho y habian sido sorprendidas por los *zambos* ú hombres de los bosques, que abundan en algunas partes del sud de Mégico: viéndose separadas de sus compañeros habian echado á correr á la casualidad, y por fortuna para ellas, se habian dirigido á donde nos hallábamos nosotros. Sus gritos y el estrépito producido por la diabólica risa de los *zambos* habian atraido á los megicanos á nuestro socorro. Los monos habian desaparecido despues de la primera descarga de las armas de fuego, yendo algunos heridos, y dejando uno muerto, que era el que veiamos en el campo de batalla.

Los megicanos, con quienes nos hallábamos reunidos eran de Tzapoteca, y se empleaban en el comercio de la cochinilla: era imposible hallar gente mejor; y creian no hacer bastante en nuestro obsequio: las mugeres, y particularmente las dos que habíamos querido sustraer á las violencias de los monos, no sabian como manifestarnos su reconocimiento.

Prodigáronnos todos los cuidados que se pueden imaginar; nos avanicaban con grandes hojas de palmera; y procuraban calmar nuestra sed y reparar nuestras fuerzas con bebidas refrigerantes: habian vendado nuestras heridas, y lavado con bálsamo y jugo de algunas plantas nuestros miembros y rostros hinchados por las picaduras de los mosquitos: en suma, hubiera sido imposible encontrar enfermeros mas solícitos é ingeniosos. Poco tardamos en sentir el

benéfico influjo de sus tiernos cuidados, y en breve pudimos incorporarnos en nuestros lechos. Desde la eminencia en que nos hallábamos pudimos ver la pestífera laguna á cuyo borde habiamos acampado: los vapores que se elevaban incesantemente de ella, como de una inmensa caldera, formaban una capa espesa por encima de la cual se apercibia la copa de algunos árboles grandes. Los buitres y otros pájaros carníboros revoleteabau sobre aquel infestado abismo, ó bien se posaban en la copa de las gigantescas palmeras que se desplegaban como enormes sombrillas. Del seno de la laguna se oian salir los gritos confusos y discordes de los cocodrilos, de ranas monstruosas, y de millares de animales inmundos, á los cuales servia de guarida.

En este momento advertimos que no era tan pura la atmósfera que nos rodeaba, y que el aire que aspirábamos era mas pesado y sofocante; tambien nos parecia oir por intervalos el retumbar de un trueno lejano. Los megicanos discutian entre sí sobre la posibilidad de continuar su viage, para el cual nuestra posicion parecia ser el principal obstáculo.

Segun lo que pudimos oir de su conversacion les costaba mucho trabajo abandonarnos en aquella parte peligrosa del pais, á merced de un guia que á la verdad no merecia ninguna confianza. No obstante, parecia que alguna circunstancia imperiosa les obligaba á alejarse pronto de aquel sitio. Algunos megicanos de mas edad, que sin duda eran los que dirigian la caravana, se aproximaron á nosotros, y nos preguntaron, si podriamos soportar la fatiga del viage, añadiendo, que segun ciertas señales que notaban en la tierra y en el aire temian una tempestad, y que el primer pueblo ó lugar donde pudieran ponerse al abrigo estaba todavia muy distante. Como, gracias á los cuidados de nuestras amables enfermeras, estábamos mucho mas aliviados, sin que sintiésemos otra cosa que cierta debilidad y bastante apetito; contestamos que dentro de media hora nos pondriamos en camino. En seguida mandamos á nuestra gente nos tragesen algo que comer, y nos dispusimos á no desairar nuestro desayuno, ínterin nuestros conductores, asi como los megicanos, se ocupaban en cargar las bestias y disponerlo todo para la partida.

Apenas habiamos empezado nuestra comida, cuando vimos bajar corriendo de lo alto de la colina á un hombre con una rama de árbol en cada mano.

—Siete horas! gritó cuando aun no se le podia oir.

—Siete horas! repitieron en coro los megicanos en todos los tonos posibles del asombro y de la alarma. La Santísima Vírgen nos guarde! lo menos necesitamos diez para llegar al pueblo.

—Qué significa todo esto? pregunté con la boca llena á Nerville.

—El diablo me llevè si lo comprendo! Presumo que será alguna de sus truhanerias indianas.

—Qué es esto? pregunté entonces con bastante indiferencia.

—Qué es esto! repitió un viejo. Lo que hay es que dentro de siete horas tendremos encima al huracan!

—Partamos! partamos! Por la Santísima Vírgen! por todos los Santos! exclamaron los megicanos enseñándonos dos ramas verdes.

—Y de dónde son esas ramas? pregunté.

—Del árbol que anuncia la tempestad! Pongámosnos en camino, pues, no podemos perder ni un instante.

Y todos, amos, arrieros y criados se agitaban, corrian á un lado y otro en el mayor desórden y manifestaban el mayor espanto. Embalábanse los víveres y los efectos, cargábanse las bestias, se apresuraban á montar en ellas,

Domingo 6 de Setiembre.

y sin dejarnos ni aun tiempo para volver de nuestro asombro, nos quitaron el almuerzo de delante, nos levantaron en alto y nos encontramos sobre las caballerías, casi sin saber como. A los tres minutos de haberse dado la alarma toda la caravana se hallaba en camino formando una larga línea irregular.

En la confusion que habia acompañado nuestra partida, nos habian montado en caballos, en vez de colocarnos en nuestros mulos. Pero aquellos caballos eran unos animales muy nobles; que al parecer ponian el mayor empeño en allanar todos los obstáculos que encontrábamos en el camino; pues con la misma firmeza de pie é igualdad de movimientos atravesaban montes y valles, pantanos ó barrancas; pasaban con la ligereza del gato los terrenos pantanosos; trepaban con la agilidad de la serpiente los montes ásperos y escarpados, y salian á galope cuando se lo permitia el terreno. Sin embargo, su paso siempre parecia el mismo, y sin duda nos hubiéramos hallado en nuestras anchas sillas españolas tan bien como en un camapé, si á cada paso no hubiéramos tenido que bajar la cabeza y doblar el cuerpo para no rozarnos con las lianas y otras plantas, que enredadas unas con otras, y á veces mezcladas con gruesas puntas espinosas tan largas como un brazo, se balanceaban en largos festones por medio del camino: dichas formidables espinas herizaban el tronco de los árboles como otras tantas bayonetas, y hubieran sido suficientes para traspasar á un hombre de parte á parte. Avanzábamos siempre marchando en hilera, siguiendo á los dos guias que iban á la cabeza, y atravesando sitios por donde le hubiera costado trabajo á un gato montes abrirse paso, todos cubiertos de nopales, sensitivas, matorrales y cactus de largas hojas armadas con espinas. De vez en cuando la naturaleza del terreno nos permitia abrazar con un golpe de vista toda la columna en marcha, que ofrecia el aspecto mas pintoresco. Pero á decir verdad, no teniamos ni aun tiempo para ello, pues nuestros compañeros tenian cuidado de recordarnos el peligro que corriamos. Vamos, por Dios, vamos, gritaban al momento que alguno aflojaba el paso, y á estas palabras nuestros caballos apretaban el suyo.

Adelantábamos siempre, subiendo y bajando, internándonos en las profundidades de las barrancas, atravesando terrenos pantanosos y fétidos; y trepando de nuevo pendientes escarpadas. El valle de Oajaca lo es tanto como pueden serlo los Yorges ó los Pirineos; y en cualquiera otra parte se llamaria una cordillera de montañas. A cada paso se presentan picos de dos mil pies de elevacion sobre el terreno, y de cuatro ó cinco mil sobre el nivel del mar; pero estas desigualdades desaparecen en cierto modo cuando se las compara á las cimas nebulosas que rodean por todos lados el valle. Y ¡qué cuadro mas magnífico puede presentarse que aquellas montañas con su rica variedad de formas y de colores! Aquí resplandecen como el oro bruñido; allá presentan un bronceado oscuro, matizadas sus faldas con tintes verde-carmesí, violeta, amarillo, blanco y azul, producidos por millones de plantas en flor: á los lados se eleva la magestuosa palmera, sultan de aquel harem que domina con su verde turbante toda aquella vegetacion lujuriosa; despues los acayoibas, los chicozapotes, y mas bajo, en las quebradas los *cactus* semejantes á grandes candelabros y las enormes y nudosas encinas. A cada momento experimentábamos un cambio completo de plantas, árboles y clima. En las cinco horas que hacia que estábamos en marcha, habíamos cambiado tres veces de temperatura y á la sazon nos encontrábamos bajo los fuegos de la zona tórrida, bañados



La caravana en marcha. Paisage mejicano.

de sudor, y tostados y cocidos á la vez por un calor de 45 grados Reaumur. Estábamos en medio de un mundo nuevo de plantas y de animales. El borax, los nopales y zarzas llegaban allí á la altura de los árboles de los bosques, mientras que estos se elevaban en los aires como otros tantos campanarios. Los matorrales que atravesábamos estaban poblados de tigres negros; tambien se veian iguanas ó lagartos de tres pies de largo; ardillas de dobles dimensiones que las de Europa; javalies, jaguares (1) y monos de todas las especies y denominaciones, que balanceándose sobre las ramas de los árboles nos acogian con toda suerte de demostraciones hostiles.

Pero ¿qué objeto es aquel que se descubre á lo lejos, á la derecha, y cuya blancura resalta sobre el azul subido del cielo y sobre los costados bronceados de los peñascos?

—Es una ciudad.

—Y su nombre?

—Quidricovi.

Habiamos andado de cinco á seis leguas largas y ya empezábamos á creer que nos habíamos librado del huracan, cuando nuestros guias repitieron de nuevo y en un tono agudo y salvage que hizo estremecer á nuestros caballos: Vamos! por la Ssma. Vírgen! vamos! Y nuestros caballos siguieron su carrera por medio de los zarzales, y de las lianas que nos lastimaban y desgarraban nuestros vestidos. Por poco que hubiera durado aquello hubiéramos quedado desnudos. Era una verdadera carrera de campanario (2); en la que todos corrian revueltos sin guardar otro órden que el que el terreno hacia indispensable.

—Vamos! por la Ssma. Virgen! las aguas; las aguas! gritaron de nuevo una veintena de voces.

—Mala peste caiga sobre todos esos vocingleros con su *vamos!* exclamé.— Parecíame que solo dos leguas á lo mas nos faltaban para llegar al pueblo, y las apariencias no tenian todavia nada de alarmante. Es verdad que el aire parecia condensarse mas; pero yo lo atribuia á las exhalaciones de una de aquellas malditas lagunas; cuya proximidad se anunciaba por la discordante música de las ranas monstruosas y de los cocodrilos.

De pronto se ofreció á nuestra vista un paisage mas rico, variado y brillante que todo lo que hasta entonces habiamos visto. A ambos lados se elevaban montañas enormes; las de la izquierda sumidas en la oscuridad, las de la derecha cubiertas con un manto de luz sobre el cual los colores mas vivos se mezclaban con una movilidad deslumbradora, y cada árbol, cada rama, cada hoja parecia estremecerse y brillar en la atmósfera trasparente. A nuestros pies se desarrollaba el valle en toda su magnificencia tropical, como una inmensa sábana de verdura y de flores sembrada de palmeras, de las cuales algunas se elevaban á ciento cincuenta y ciento ochenta pies de alto: millones de *convólvulas*, *bignonias*, *dendrobiums* y otros arbustos, entrelazándose desde las malezas á los troncos de los árboles, desde los troncos á las ramas, y desde las ramas hasta las copas, caian de nuevo en floridos racímos y pendian en graciosos festones sobre los peñascos. Esta vista esplendente en el momento de salir de la oscuridad del bosque, nos llenó de admiracion y asombro pareciéndonos que teniamos ante los ojos un cuadro mágico.

Pero no tuvimos tiempo para entregarnos á la admiracion que semejante espectáculo nos inspiraba:

(1) El Jaguar ú onza americana es un cuadrúpedo sumamente carnívoro.

(2) Llámanse asi en Inglaterra unas carreras de caballos, notables por la velocidad con que se corren y la exposicion de los ginetes en los saltos mortales que suelen dar los caballos.

—Misericordia! misericordia! Dios mio, tened piedad de nosotros! Misericordia! las aguas! exclamaron en coro todos los megicanos, acompañando aquellas exclamaciones con movimientos que indicaban al terror y la desesperacion.

Miramos á nuestro al rededor.

Qué habia? Nada veiamos; nada mas que una nube que empezaba á aparecer entre dos montes que se adelantaban en el valle como dos grandes promontorios.

—? Qué hay de nuevo? preguntamos.

—Por la santa Virgen! contestaron una docena de voces; adelante; adelante: no es tiempo de hablar ahora. Todavia tenemos que andar tres leguas largas y el huracan estará encima antes de una hora.

Y volvieron á entonar en coro. Misericordia! Tened piedad de nosotros! y á encomendarse á la Ssma. Virgen y á todos los Santos del cielo.

Todo habia ya cambiado en la atmósfera. Aquel espléndido fondo azul que hacía nada admirábamos, desaparecia bajo una espesa nube cenicienta. El aire habia perdido su ligereza y elasticidad, y pesaba sobre nosotros como si fuera de plomo. En breve la nube sombria elevándose en el horizonte, traspasó la cumbre de los montes y se estendió como una cortina por todo el valle. Siempre distinguíamos á la derecha los tejados y muros de Quidricovi que parecia estar muy próximo.

—Por qué no vamos á Quidricovi? pregunté á uno de los viajeros que se hallaba á mi lado; no debemos estar muy distantes.

—Todavia hay cuatro leguas de aqui á allá, contestó el hombre á quien me habia dirigido, moviendo la cabeza y mirando con inquietud la tempestuosa nube, que se adelantaba, cada vez mas sombria y amenazadora. Hubiérase dicho que era un monstruo fabuloso, proyectando á lo lejos su sombra gigantesca sobre los montes y valles, sobre las llanuras y bosques, y llevando á todas partes las tinieblas y el terror. A nuestra derecha y espalda las montañas iluminadas aun por el sol, reflejaban su dorada luz, pero á la izquierda y á nuestro frente todo estaba negro y triste.

Los habitantes del aire y los de los bosques gritaban y ahullaban confusamente, revoleteando y saltando á todos lados como si buscasen un refugio contra el peligro que se aproximaba. Nuestros mismos caballos se detenian de pronto, relinchaban, se encabritaban y seguian de nuevo su carrera. El mundo animal estaba agitado; y evidentemente era presa de un terror pánico. Los buitres que algunos minutos antes se cernian en los aires, buscaban un abrigo entre el follage de los acayoibas: monos, tigres, pájaros y reptiles; todo lo que tenia vida, corria, huia, se precipitaba.

—Vamos! por la Ssma. Virgen! Adelante ó somos perdidos!

Y seguiamos adelante, doblábamos el paso y nos precipitábamos en nuestra carrera. Veniamos todos los obstáculos que se nos presentaban, con la energía de la desesperacion, huyendo de un peligro, cuya naturaleza no podiamos definir, si bien conociamos era grande é inminente. Al dirigir una rápida mirada hácia atras, distinguimos por última vez el disco del sol de un color de sangre, y un instante despues desapareció tras la formidable nube.

Los megicanos continuaban sin interrupcion sus letanias y sus exclamaciones. Durante algunos momentos, reynó en torno nuestro un silencio de muerte: hubierase dicho que los elementos retenian su aliento y contenian sus fuerzas: era como el preludio de alguna esplosion espantosa. Despues se oyó un ruido sordo é indistinto que parecia salir de las entrañas de la tierra. El aviso era significativo.

—Deteneos! deteneos! gritamos á

nuestros guias. Deteneos y pongámonos al abrigo en cualquier parte.

—Adelante! nos respondieron, adelante por el amor de Dios!

—Loado sea el cielo! Seguimos adelante y en breve nos vimos fuera del bosque. Si el huracan hubiera estallado mientras nos hallábamos entre los árboles, era muy probable que hubiéramos quedado bajo las ramas y troncos desgajados. A la sazon estábamos cerca de una barranca.

—Alerta! alerta! gritaron los mejicanos. Madre de Dios, amparadnos!

Y verdaderamente era llegado el caso de llamar á Dios en nuestra ayuda. Abrióse la nube y lanzó lenguas de fuego, cuyo lívido resplandor formaba un contraste horrible con las espesas tinieblas de cuyo seno salian. A aquella descarga eléctrica siguió un trueno que pareció conmover la tierra; despues una pausa, durante la cual solo se oia la respiracion de nuestros caballos, que despues de haber atravesado apresuradamente la barranca, empezaban á trepar el flanco escarpado de una cuesta. La nube se desgarró de nuevo; y lo iluminó todo por espacio de un segundo; estalló otra vez el trueno; y en seguida, como si hubiesen abierto de pronto las puertas de su prision, llegó el huracan con toda su fuerza y poderío arrollando, tronchando, barriendo todo cuanto hallaba á su paso. Los árboles del bosque se balancearon un instante sobre su base, como haciendo un esfuerzo para sostener el choque de la tempestad; pero en vano: poco despues aquellos grandes árboles estaban tronchados, desgajados, rotos en pedazos, como si el hacha se hubiese empleado en ellos; cayendo á tierra con un estrépito igual á la detonacion de 500 piezas de artilleria: ya no era aquello un bosque sino una vasta tala, un caos, un oceano de ramas y de troncos mutilados, revueltos como las olas del mar, ó cortando los aires como leves aristas; la atmósfera no presentaba otra cosa que un inmenso torbellino de polvo, de hojas y de ramas.

—Dios tenga piedad de nosotros! Donde estais, Nerville? pregunté. Nadie me contestó.

En aquel momento el huracan redobló su violencia. La tierra temblaba; la ladera de la montaña en que estabamos se conmovió..... El aire nos ahogaba; pues traia consigo polvo, salitre y azufre. Una completa oscuridad nos rodeaba tanto como si fuera de noche. Nada se distinguia ni oia, á excepcion de los rugidos de la tempestad, el estrépito del trueno, el resplandor de los relámpagos y el crugido de los árboles que caian chocando unos contra otros.

De improviso se calma el huracan, y todo queda en silencio: pero esta calma tiene algo de siniestro. Podia compararse á la pausa que ocurre en medio de una batalla cuando los combatientes se preparan para cargar de nuevo.

De improviso tambien estalla como un pistoletazo; despues un segundo, luego un tercero; en seguida ciento, miles. Son *las aguas*; las balas no son otra cosa que gotas de lluvia, pero que gotas! Cada una tiene el tamaño de un huevo; caen sobre nosotros con la fuerza de enormes granizos y nos aturden y ciegan. En breve no pueden distinguirse las gotas: el cielo abre sus receptáculos, y ya no llueve sino diluvia: aquello es una catarata, otro Niagara. La colina minada por las aguas, cede bajo mis pies, y en menos de diez segundos me hallo en medio del barranco convertido en torrente fuera de la silla del caballo, sin saber que habia sido de él. A poco veo á Nerville tambien desmontado y luchando con las aguas, que ya nos llegaban á la cintura: en su rápida corriente arrastraban gruesas ramas y árboles enteros, que amenazaban á cada momento envolvernos ó estrellarnos contra los peñascos. Haciamos los mayores esfuerzos para

librarnos de este peligro y ganar al mismo tiempo el costado del barranco; pero era tan escarpado que era una locura pensar en aquel medio de salvacion. El agua crecia siempre; y nosotros debilitados por la fiebre y por las fatigas de la noche anterior; aniquilados por la larga carrera de aquel dia, no estábamos en estado de sostener aquella lucha desigual contra los elementos desencadenados.

—Todo ha concluido para nosotros, Nerville, encomendemos nuestra alma á Dios, y muramos con ánimo.

Nerville se hallaba á mi lado. Nada me contestó pero me miró con una sonrisa dulce y melancolica: despues cesando en sus esfuerzos para resistir al torrente dirigió la vista á todos lados como para dar un adios al mundo. La corriente le impulsaba rápidamente, cuando de pronto prorrumpió en un grito de alegria, y comenzó á luchar con mas energía que nunca, esforzándose por hacer pie en el fondo resvaladizo y desigual del torrente.

—Tenga! tenga! gritaron á la vez una docena de voces que parecian pertenecer á los espíritus del aire.

Al mismo tiempo silvó á mis oidos una cosa y me azotó el rostro. Con el instinto del hombre que se ahogaba cogí el lazo que nos habian arrojado y Nerville hizo otro tanto. Pronto comenzaron á tirar de él, y con su ayuda empezamos á trepar un costado del barranco. Dificil y peligrosa fue nuestra ascension pues apenas teniamos donde afirmar el pie; pero por fortuna la cuerda era sólida, y despues de muchos esfuerzos logramos vernos en seguridad en medio de los megicanos, de las recuas, de los arrieros y de las mugeres, que se hallaban reunidos y al abrigo de la tempestad en una especie de caberna natural.

En el momento en que el montecillo se hundia debajo de mis pies y de los de Nerville, nuestros compañeros de viage que iban algo delante habian tenido la fortuna de llegar á una plataforma de granito próxima al precipicio, que se hallaba al lado del barranco, y en ella habian encontrado un refugio inesperado bajo unos grandes peñascos que formaban una especie de bóbeda. Mirando desde allí el barranco, nos habian visto luchando contra el torrente, y entónces anudando varias cuerdas unas con otras, habian logrado socorrernos, y sacarnos de aquella horrorosa situacion.

Mientras tanto se habia apaciguado la violencia del huracan: habia continuado su carrera y llevado mas lejos sus furores, sembrando por todas partes la desolacion. Pusiérouse de nuevo en camino los mejicanos, á excepcion de cuatro ó cinco que se quedaron con nosotros, asi como tambien nuestros arrieros y criados. El pueblo á que se dirigian distaba solo una legua, pero andar semejante distancia era superior á nuestras fuerzas. Aquellas honradas gentes nos hicieron tomar algunos cordiales, nos quitaron nuestros vestidos que estaban chorreando y destrozados, y nos envolvieron en varias mantas. A poco nos quedamos dormidos tan profundamente que solo despertamos poco ántes del amanecer del dia siguiente, bastante reanimados aunque sufriendo cruelmente de todos nuestros miembros magullados y doloridos. En aquel momento mismo nos pusimos en camino.

El que seguiamos serpenteaba por medio de las colinas y de los valles. En breve salimos de la zona que habia sido asolada por el huracan de la víspera, y despues de una hora de marcha nos detuvimos en la cumbre de una pendiente bastante rápida, al pie de la cual nos dijeron nuestros guias se hallaba la tierra prometida, el *rancho* tan deseado. Mientras que nuestros arrieros, antes de empezar á bajar la cuesta, examinaban las cinchas de las bestias y se aseguraban que las cargas estaban bien atadas, Nerville y yo, envueltos en grandes mantas

mexicanas seguiamos con la vista la estrella matutina, que poco á poco desaparecia en el horizonte. De pronto empezó á aclararse el oriente, y apareció en el oeste un punto luminoso; un punto tan grande como una estrella; y que sin embargo no era ninguno de estos luminares, pues su color era mas vivo y sonrosado. Un instante despues, se presentó otro punto brillante cerca del primero, estendiéndose en breve como una especie de lengua de fuego que parecia lamer la argentada cima de la montaña, coronada de nieve. Mientras contemplábamos aquel espectáculo, cinco, diez, veinte cumbres se coloraron con aquella misma tintura, rosada, asemejándose á otras tantas banderas de púrpura desplegadas en el cielo, mientras que mil láminas de oro y mil surtidores brillantes brotando por todas partes se lanzaban de cima en cima como si se encendieran en ellas hogueras de señales. Cinco minutos antes las cúspides de las montañas lejanas se nos presentaban como gigantescas fantasmas blanquecinas, designándose vagamente sobre el fondo oscuro del estrellado firmamento: á la sazon toda aquella inmensa cordillera encendida, ofrecia la imágen de una multitud de volcanes revestidos de una lava inflamada, y elevando sus cabezas sobre las tinieblas que todavia cubrian sus costados y su base: testimonios visibles de la omnipotencia de aquel que dijo: *Hágase la luz! y la luz fue hecha.*

En lo alto todo era claridad y sol: en el fondo noche y oscuridad. Por aquí y allí, torrentes de luz se introducian por las quebradas de las montañas, caian en medio de las sombras, descomponian sus masas, las rechazaban al fondo del valle y las desunian y dispersaban como ligeros hilos de telaraña. A medida que se iluminaban las faldas de las montañas aparecian y se desenvolvian sucesivamente los diferentes términos del mas rico cuadro: primero el azul añil de los tamarindos y de los chicozapotes; despues el brillante verde de las cañas de azúcar, algo mas bajo el blanco, verde y amarillo de grupos de naranjos y limoneros, y sobre todo las magestuosas palmeras y los plátanos, resplandeciente todo con millones de gotas de rocío que los cubrian como con un velo de gasa sembrado de diamantes y de rubies. Y, no obstante, el valle estaba todavia sumido en una obscuridad profunda.

Nosotros estábamos sentados, mudos é inmoviles.

Pronto se elevó el sol en el cielo, y un torrente de luz inundó todo el valle que se hallaba á nuestros pies, y que ofreció á nuestra vista uno de esos paisages encantadores que apenas pueden comprender las frias imaginaciones del Norte; un magnífico jardin de cañas de azucar, de algodoneros y nopales, mezclados con ramilletes de granados y de madroños, de naranjos, de higueras, de limoneros, en fin de gigantescos árboles de todas especies que desde su base hasta la copa formaban una piramide de flores. Todo era claridad, frescura y belleza; cada objeto parecia danzar y regocijarse en la atmósfera clara, elástica y tibia. Aquello era un paraiso terrestre al salir de las manos de su Criador, y en nada pudimos distinguir la mano del hombre ni la señal de sus obras. Por último, descubrimos el pueblo casi á nuestros pies con sus casitas de piedra, revestidas de verdura y de flores, y medio ocultas entre los árboles. La misma iglesia parecia salir del centro de un ramillete de naranjos: y miles enredaderas cubiertas de flores tapizaban sus paredes y trepaban hasta la pequeña cruz que coronaba su torre blanca y cuadrada. Al fijar nuestra vista en el pueblo notamos en él las primeras señales de vida: elevábase de él un vapor azulado en forma de espiral, y la campana de la madrugada invitó á los fieles á la oracion. Los mejicanos que nos acompañaban se arrodillaron, y re-

zaron el *Ave María*. Nosotros nos descubrimos la cabeza y murmuramos acciones de gracias al Señor que no nos habia abandonado en la hora del peligro, y que tan visiblemente se manifestaba en sus obras.

Los megicanos se levantaron.

Vamos, señores, dijo uno de ellos cogiendo la brída de mi caballería: vamos, señores, pues nuestro almuerzo nos espera en el rancho.

Acto continuo bajamos al valle.

EL HOMBRE,

EL ANGEL BUENO, Y EL ANGEL MALO.

Es el hombre sin penas ni reveses,
Antes de ver la luz que el mundo dora,
Fruto amargo, que agrava nueve meses
El seno maternal en donde mora.
Fruto de la muger, que poseida
De la fiebre de amor, que abrasa tanto,
Lo compra con placer de corta vida,
Que redime despues con largo llanto.
Fruto, que al árbol mismo que lo cria,
Suele siempre abrumar de estraño modo:
Sobre pensil muy breve de alegria,
De las dichas en flor fruto del lodo.
Cuando nace, deslústrase su rama,
Pues se arranca de allí con pena dura;
¿Para tan triste afan la muger ama?.....
¡O maldicion que arrastra la hermosura!(*)
Nace, y apenas sale de su encierro,
Da muestras de dolor con el vagido...
¿Conoce que este mundo es su destierro?
¿Teme cieno pisar, angel caido?
¿O le muerde tal vez fatiga interna,
Que con voz de suspiro el labio nombra?
¿Serán quejas del alma que es eterna,
Contra el cuerpo que pasa como sombra?
¿O será que aquel aire que respira,
Mientras corre la sangre por sus venas,
Lo corrompe del mundo la mentira,
Y vaga por atmósfera de penas?
¿Será que desvalido, y sin fortuna
Ya sabe su destino funerario,
Y contempla un sepulcro tras la cuna,
Y al lado de las fajas el sudario?
Por eso de su madre en el regazo,
Parece esconder quiera el alma toda,
Y estrecha el blanco cuello con el brazo,
Cual si huyese un fantasma que incomoda.
Llora porque es mortal; mientras levanta,
La frente y corazon al alto cielo,
Lastimado de espinas en la planta,
Vuelve á bajar los ojos á este suelo.
La muerte, cuya idea martiriza,
Tiende á sus pies alfombra de tristura,
Y pisando una tierra movediza,
Viene á caer en honda sepultura.
En mis sueños de amor y de poesia,
(¡Dios sabe tales sueños lo que alhagan!
¡Cómo llenan el alma de ambrosía,
Y con cáliz de nectar la embriagan!)
Yo ví fresco vergel: pieles de armiño
Formaban una cuna de reposo
Festoneada de flores, donde un niño
Gozaba de suavísimo reposo,
Asi llegando el tiempo apetecido
Que libra al marinero de pesares,
Duerme el pequeño alción en leve nido,
Sobre la blanca espuma de los mares.
Asi llegando el Héspero, reposa
El cisne sobre un lago de aguas bellas,
Con bordes de alelíes y de rosa,
Que las nubes retrata y las estrellas.
Sobre tranquilo pecho de jazmines
Ambas manos plegaba el tierno infante,
Cual plegaban hermosos serafines
Sobre el arca sus alas de diamante.
Sueño de oro de aquella edad dichosa
Destilaba en su lábio la sonrisa,

(*) In dolore paries filios. *Gen.*

Y era sueño de cielo y mariposa,
De gruta y de pensil, de flor y brisa;
Otro sueño de dichas y embelesos
De su madre feliz se apoderaba,
Y era sueño de abrazos y de besos,
Que el fruto de su amor le regalaba.
De las nubes del plácido occidente
Que son tiendas del sol, do se engalana,
Sirven de colgadura transparente,
Y le bordan un lecho de oro y grana.
Vi descender dejando eternas alas,
Un ángel entre coros escogido,
Que con oscilacion de iguales alas,
Posó junto á la cuna del dormido.
¡Largo perfil!..... Su vista penetrante
Mezclada con halago de ternura,
Borraba de mi mente vacilante
Todo mirar de humana criatura;
Revelaba un origen soberano,
Un principio de luz inestinguible,
Un misterio de Dios, profundo arcano,
Y espresion de un amor indefinible.
En sus ojos midió mi pensamiento
La distancia entre el polvo de mis huellas,
Y la bóveda azul del firmamento,
Que por faros, se alumbra con estrellas.
Sus cabellos que hería el aura leve,
Como el ébano negros y bruñidos,
Eran gasa de luto sobre nieve,
Por los hombros y espalda desprendidos.
Su túnica bordada de luceros,
Desmayándose en pliegues por la falda,
Dejaba en libertad los pies ligeros,
Que calzaban coturnos de esmeralda.
En su rostro la luz resplandecia,
Como el primer albor cuando amanece;
Era luz nacarada, y no ofendia,
Como rayo de luna que adormece.
Brotó el vergel al punto nuevas flores,
Transformóse en edén con su llegada,
Que al sitio de deleite y ruiseñores,
Para que fuese edén, no faltó nada.
Mientras esta vision sin pena alguna
Absorto en su placer me entretenia.
Vi alzarse al otro lado de la cuna,
Sulfúrico vapor, niebla sombria.
Abiertas de la tierra las entrañas
Produjeron un mónstruo sin segundo;
De conjuncion de torpes alimañas
Produccion infernal, aborto inmundo.
Reconocí á Luzbél; á la serpiente,
Que arrastró del edén entre las flores,
Y en la dicha de Adán, que era inocente,
Fijó los ojos tristes y traidores.
Silbó un engaño torpe y amañado
De la débil muger en los oidos,
Y asi causó la muerte y el pecado
De Adan, y de sus hijos maldecidos.
Reconocí á Luzbel.... ¡Cuan diferente
De aquel que se sentaba entre las nubes,
Que pisaba el volcan del sol ardiente,
Entre beatos coros de Querubes!
Ya en las negras cavernas del abismo,
Al llanto del precito siempre sordas,
Es á mas de verdugo de sí mismo,
Torbo adalid de las tartáreas hordas.
Mónstruo entre fiera, sátiro y arpia;
Conjunto abominable de torpeza,
Oprobio de la luz, baldon del dia,
Alzaba como escollo su cabeza.
La ensortijaban sierpes por cabellos,
Que en sus sienes surcadas rebullian;
Eran de tigre en furia sus resuellos,
En tanto que las sierpes le mordian.
Cual de cerda que cria en selva brava
Javalí montaraz, áspero bruto,
Era su luenga barba, y le tapaba
Con feo desaliño, pecho hirsuto.
Negra sangre salia de su boca,
De tan amarga hiel, de tal ponzoña,
Que las piedras abrasa, si las toca,
Y do cae, la yerba no retoña.
Carbones encendidos son sus ojos,
Ata en ñudos su cola serpentina,
Que se agita al rigor de sus enojos;
Tiene rostro infernal, forma ferina.
Apenas vió el monarca tenebroso
A la tranquila madre y al infante,
Y al ángel que alumbraba su reposo
Con un rayo de luz de su semblante,
Suspiró como el mar en la tormenta,
Recordó su caida vergonzosa,
Y de su rebelion la vil afrenta,
Renovando la llaga dolorosa.
Meditó su pasado poderío,

Domingo 13 de Setiembre.

Su alteza, su esplendor y antigua gloria;
Penetró sus medulas dolor frio,
Sudó sangre tambien con tal memoria,
Y el pensil no fue edén... bajaron nieblas
Que intentaban mudarlo en cementerio,
Y entre el ángel de luz y el de tinieblas,
Vieron pasar mis ojos un misterio.

ANGEL DE LUZ.

¡Mira el fruto del hombre! Su destino
Será llenar la silla que perdiste,
Cuando con el furor de un torbellino
A la region mas alta te subiste.
¡Y te llamaste Dios! ¡locura vana!
¡Tu orgullo se deshizo como espuma!
¿Lucero fuiste tú de la mañana?
¿Quién al ver tu torpeza lo presuma?

LUZBEL.

¡No nombres mi desgracia! Ya es sabida
Mi empresa que por tí fue contrariada.
Tú no puedes negármela atrevida,
Mientras yo la concedo desgraciada.
Tú sirve á tu Señor: ya que mi anhelo,
No consiguió con glorias siempre eternas
Avasallar los ámbitos del cielo,
Avasalló del Orco las cavernas.
Tú sirve á tu Señor: contrario estremo
Me plugo á mi seguir, y en negra pompa
Proclamarme entre llamas Rey supremo,
Al ronco son de la tartárea trompa.
¡Guarda el sueño de un niño! ¡Yo haré guerra
Contra el usurpador de mi corona!
Yo vi formar al hombre de la tierra,
De un barro que se pisa, y se abandona.
¡Nace para morir!.. ¡Sombra mentida
De existencia fugaz!... ¡Tiene por suerte,
Ser pasto de pesares en la vida,
Ser pasto de gusanos en la muerte!
¡Es torre sin cimiento, que derrumba
Con soplo de huracan! su polvo vano,
Consumido en el hueco de la tumba,
No llenaría el hueco de mi mano.

ANGEL DE LUZ.

Vituperas la carne que es esclava,
Y te olvidas del alma que es señora,
Que no conoce tumba, que no acaba,
Y que en la eternidad á Dios adora.
El barro que abominas, piensa y siente,
Y midiendo el Océano se avanza,
Sin que arrúgue el pavor su heróica frente,
Sirviéndole los astros de esperanza.
Si la idea del Dios que tú ofendiste
Llena toda su vida transitoria,
Si mide las estrellas que perdiste,
?Quieres tú mas afan que ver su gloria?
Yo he dejado las nubes de occidente,
Y reflejé en los mares mi hermosura,
Por la vida de flor de este inocente,
Que reclama mi amparo y mi ternura.
Yo doraré su infancia de ilusiones:
La tela de sus noches y sus dias
Recamaré de rosas en festones,
Bordándola de dulces alegrías.

LUZBEL.

Yo del materno pecho regalado
Le secaré las fuentes abundosas;
A beber le dará seno comprado
La hiel de enfermedades dolorosas:
Vivirá suspiroso, entumecidas
Con el gérmen letal todas sus venas;
Y de tus ilusiones deslucidas
¿Qué piensas quedará? luto de penas.

ANGEL DE LUZ.

¿Quién te igualó en maldad?.. La perla pura
Tiene lecho de nácar donde crece,
Que defienda su nítida hermosura,
Cuando el mar mas altivo se embrabece:
Y el seno maternal contra tus males
Tiene su talisman: ¿de qué te admiras?
Tiene una cruz hermosa de corales:
Y al lado de la cruz ¿qué son tus iras?
No ofenderán al niño tus encantos:
Cual se para festiva mariposa
Sobre los rubicundos amarantos,
Para libar su esencia deliciosa;
Suspenderá sus risas y sus juegos,
Y poniendo en la tierra su rodilla
Respirará el aroma de los ruegos,
Y dirá su oracion pura y sencilla.
Yo subiré al Olimpo su plegaria,
Como queja de amor y desconsuelo,
Como arrullo del ave solitaria,

Que desea volar al alto cielo.

LUZBEL.

Yo acreceré sus miedos y temores
Con horrendas visiones de tortura,
Que le turben la paz y los amores,
Y la santa plegaria que murmura.
O bien verá un fantasma que se pierde
Con un rastro de luz amarillenta,
O huyendo de una lámia que le muerde,
Dará con un vestiglo que atormenta.
Le mentirán los vientos inclementes
Del precito los ayes mas aciagos;
Le mentirá la voz de los torrentes
Congreso de hechiceras y de magos.
De su cuerpo infantil la leve sombra
Le mentirá en los hórridos desiertos,
El paño funeral, la negra alfombra,
Que los vivos estienden á los muertos:
El eco fingirá rumor estraño,
Las noches esqueletos que caminan,
Y verá en las bugías con engaño,
Las antorchas que el féretro iluminan.

ANGEL DE LUZ.

Espíritu faláz, usa tus artes
De fantástico error; tiende tus lazos:
Pero mi protegido, en todas partes
Por escudo tendrá maternos brazos.
Defenderá mi celo cariñoso
Su juventud, edad de convulsiones,
Que se alumbra al reflejo peligroso
Del volcan destructor de las pasiones.

LUZBEL.

¡Yo encenderé en su pecho llama impura!
La seduccion vestida de placeres,
Que disfraza su tétrica figura
Con mimos y caricias de mugeres.
Por vergel de fantásticos hechizos,
Le brindará su copa de tal suerte,
Que apure los nefandos bebedizos,
Que enloquecen el alma y dan la muerte.
Los celos con sus furias espantosas,
Aguzando puñales del despecho,
Amagarán su tálamo de rosas,
Como fieras voraces en acecho.
Le haré sentir un aspid venenoso,
Que muerde el mismo seno donde anida,
Y es la falsa amistad, aspid doloso,
Que miente con lisonja fementida.
Yo no tengo otra furia mas ingrata;
La guardo entre las sierpes, cuya boca
Mi sien de maldicion hiere y maltrata,
Y á furor contra el hombre me provoca.
De fortuna los bienes y contentos
Convertiré en dolores y castigos,
Y hambriento ante sus hijos mas hambrientos
Comerá negro pan de los mendigos.
Para agravar sus ansias y su pena,
Cuando mas lo consuman los enojos,
Todo el ageno bien y dicha agena
Haré pasar delante de sus ojos.
Y si sucumbe al peso de los males,
Si perdida la fe, no espera gloria,
Si maldice la luz de los mortales,
Si blasfema de Dios.... he mi victoria.

ANGEL DE LUZ.

En vano á tu maldad pones el sello...
¿Quién tu impotencia ignora? ¿quién tu pena?
No tocarás del justo ni un cabello,
Sin permiso del Dios que te condena;
. . . . . .
Nada mas escuché, y al punto mismo,
Dejando espesa niebla en este mundo,
Hundióse el fiero mónstruo en el abismo,
Que retumbó con eco muy profundo.
Volvieron de su sueño madre y niño,
Ella con la plegaria y él con lloro,
Y el ángel de la luz y del cariño
Les formó con la alas dosel de oro.

JUAN AROLAS.



GUILLELMO

el del gorro encarnado.

MEMORIAS DE LA REVOLUCION FRANCESA.

No estábamos mas que cinco en el salon. Nuestra conversacion, que hasta entonces habia sido animada, festiva y con estremo agradable, mientras hablábamos de artes y de costumbres, tomó un carácter mas serio y un movimiento mas pausado, desde que nos internamos en las altas regiones de la política. Despues de haber recorrido las diversas faces de la diplomacia contemporánea, habiamos llegado naturalmente al gran trastorno social de 89. Los hombres y los sucesos de la revolucion tenian á su vez entre nosotros apologistas y detractores: M. R** anatematizaba este periodo de nuestra historia tan sombrio, tan estravagante y tan odioso, agitado siempre por tantas pasiones desenfrenadas, tantas audaces capacidades y tantas medianias sanguinarias, pero al que no se podrá menos de conceder un caracter terrible de fuerza, de vida y de grandeza.

—Los cambios del órden social, decia este último, son como las grandes tempestades de la naturaleza. La armonía y el órden, son reemplazados por la confusion y el caos; y el polvo y los escombros sostituyen á los monumentos... La revolucion no debia producir sino mónstruos. *Robespierre*, *Couthon*, *Marat*, *Pètion*, *Collot d' Herbois* no tuvieron de humanos sino el rostro y el nombre. *Mirabeau* fue un ambicioso de genio, pero á quien faltaron la buena fe y el convencimiento. *Barnabe*, orador brillante pero mal republicano; *St. Just*, pálida copia de Robespierre, y *Danton*....

—Deteneos, caballero, dijo con acento grave un anciano con los cabellos blancos, cuyas nobles facciones, bondadoso semblante y aire de distincion, me habian interesado desde luego. Hablais de esta época como hombre que no ha vivido en ella. Son bien conocidas aqui mis opiniones. Se sabe que soy el adversario mas pronunciado del poder demagógico, de eso que se llaman instituciones republicanas. Amo el órden, la paz y la libertad; pero estoy íntimamente convencido que tan preciosos dones son incompatibles con el régimen popular. Puedo, pues, espresar mis opiniones sin temor de que se me acuse de parcialidad sobre los hombres de la revolucion, á quienes se ha conocido mal y se ha juzgado peor. Habia en la convencion algunos miembros que se engañaban ciertamente en la aplicacion de sus teorías sociales, pero que deseaban con sinceridad el bien público.—

Se detuvo el anciano á estas palabras, y dirigió su vista al rededor de él como esperando que le contestasen. Ninguno se atrevió á contradecirle.

—Permitidme, añadió, citaros en apoyo de mis opiniones un suceso de la revolucion, cuya verdad garantizo. Es una memoria que he conservado, y que formará parte de una obra que me propongo publicar sobre los acontecimientos de aquella época. Pero como no soy ni periodista ni literato, ni tengo pretensiones de hombre de talento, reclamo vuestra indulgencia para esta sencilla narracion.

Un murmullo de aprobacion se dejó oir entre todos: el anciano sacó un manuscrito de su bolsillo y empezó á leer con voz clara y firme.

I.

En lo mas alto de una colina de la

Turena se eleva el antiguo castillo de los condes de Chambrun, rodeado de profundos fosos, bañado por el Indre, y cuyas gigantescas torres dominan la ciudad; este respetable edificio, desierto hoy, y al que el vandalismo de la época entregára bien pronto á las manos de los incendiarios, era antes de la revolucion de 89 la propiedad hereditaria de los Sres. de Chambrun, que lo poseian desde un tiempo inmemorial. Habia muerto á fines del año de 1787 Anatolio de Chambrun, su poseedor entonces, y su sobrino del mismo nombre dejó la corte de Versalles para venir á habitarlo con su muger. Jóvenes ambos, é instruidos desde su infancia en los mas sanos principios de moral, los nuevos señores de Chambrun se hicieron bien pronto el apoyo, y el consuelo de sus vasallos. Cuando la cosecha no correspondia á las esperanzas de los labradores, cuando los hielos habian devastado los campos, se apresuraban á recompensarlos de la esterilidad de sus mieses. Las familias que esperimentaban alguna desgracia, eran socorridas inmediatamente de la manera mas delicada á fin de que no se ruborizasen en aceptar los beneficios que tan generosamente les prodigaban. Durante el invierno, repartian abundantemente leña y toda clase de alimentos, para que les fuesen menos sensibles á los pobres los rigores de la estacion. Y no contentos aun con dispensar estos socorros, establecieron tambien una escuela gratuita, cuya direccion encargaron á el abate Lecatelli, ilustrado eclesiástico cuyos talentos y doctrinas obraron una revolucion en el pais, induciendo á los proletarios, que hasta entonces habian ocupado el tiempo en groceros placeres, á que recibiesen instrucciones cristianas, que los hiciesen en adelante ciudadanos útiles y honrados padres de familia.

Entre aquellos que, fuese por deseo de instruirse, por cálculo ó por hipocresia, asistian con mas frecuencia á las lecciones del abate, habia uno que era portero del conde, y que debia todo á sus bondades, nombrado Guillelmo. Este hombre de carácter sombrío y cruel, pero de una inteligencia superior á su posicion, aborrecia todo lo que creia superior á él por el nombre, el rango ó la fortuna: y antes que esas grandes palabras de *igualdad* y *fraternidad* se hubiesen escuchado entre los propagandistas revolucionarios ya las habia él adoptado por sí mismo. La nivelacion de todas las fortunas, y la fusion de todas las clases, era la idea que tenia siempre mas fija en su imaginacion; faltando solo á sus ambiciones un mas ancho campo para ocupar un lugar en los fastos demagógicos al lado de *Fouquier-Tainville*, *Marat*, *Petion* y *Robespierre*.

Todas las señales precursoras de las grandes tempestades que conmueven los estados, se habian anunciado en el horizonte de la Francia. Las faltas del gobierno, las imprudencias de la nobleza, el desórden de la Hacienda, los elementos de inquietud y de escepticismo que *Voltaire* y los enciclopedistas habian introducido en el espíritu de la nacion, y la incapacidad y debilidad en fin de Luis XVI, habian atraido la revolucion.

Proscrita la nobleza, la parte baja del pueblo se habia sublevado en todas partes contra los señores. Ni la consideracion del carácter, ni el reconocimiento de los beneficios, ni el recuerdo de las virtudes, eran bastantes á librarlos de la muerte que les amenazaba. Hombres salidos de la hez de la sociedad recorrian los pueblos y las ciudades gritando: « Viva la república » é incendiando los castillos, destruyendo las propiedades, y destrozando los escudos de las primeras familias de Francia.

Con indecible placer vió Guillelmo encenderse la llama revolucionaria, Esta sublevacion del pobre contra el rico, y de la servidumbre contra el poder, simpatizaban demasiado con sus principios y esperanzas para que no se hiciese el partidario mas pronunciado, y se encargase del cumplimiento y ejecucion de tan horrible programa. A la primera noticia que insertaron los periódicos del departamento de los sucesos de Paris, se declaró el mas decidido republicano, y cuando estalló en Tours la revolucion, como habia estallado en las principales capitales del reyno, se puso á la cabeza del movimiento y se encargó de dirigirle.

Revestido de esta autoridad y dueño del populacho, el primer cuidado de Guillelmo fue apoderarse del castillo de su señor, saqueandolo completamente, declarando sus tierras propiedades de la nacion, y secuestrándolo todo á nombre de la república. Pero aun no habia sacado el fruto que se habia propuesto de su infame ingratitud.

Pocas horas antes que llegase Guillelmo al castillo, lo habian abandonado los condes de Chambrun, recogiendo cuanto dinero y alhajas les fue posible, y huyendo de bosque en bosque, de pueblo en pueblo, obligados unas veces á confiarse en la proteccion equívoca de un antiguo vasallo, y otras en la aun mas peligrosa de algun estrangero, pidiendo hospitalidad hasta en las cabañas mas miserables, y temiendo á cada instante el ser reconocidos. Pero esta vida errante, llena de privaciones, de angustias y de peligros, no podia durar mucho tiempo. Viendo el conde que la salud de su muger se quebrantaba y que sus fuerzas se estinguian, cercado por todas partes, desesperando de poder ocultarse á las pesquisas del hombre que los perseguia, se decidió á buscar un asilo dentro de los muros de Tours.

El ostracismo que durante este triste periodo comprendió igualmente al clero y á la nobleza, no se habia aun estendido en el mediodia de la Francia. Los sacerdotes continuaban sin oposicion, aunque con riesgo, en el ejercicio de las funciones de su ministerio. Los altares permanecian intactos, y la palabra del Evangelio conservaba aun su influencia sobre los pueblos. Y mientras que habia sido destruido el alrededor del presbiterio, la cruz del cristianismo se conservaba sola, humilde y solitaria, como el pensamiento que simboliza. Por eso se decidió el conde á buscar un asilo y á esperar dias mas tranquilos. Pero todo fue inútil: un dia que encerrado con el abate, convenian juntos en los medios de ganar la frontera, una turba de miserables andrajosos vestidos á la carmañola y cantando el *za-irá* horrible parodía de la marsellesa, penetró hasta donde estaban y les intimó, juntamente que al abate, en nombre de la república, que los siguiesen á la Municipalidad, á la presencia del portero Guillelmo, porque Guillelmo era el presidente del tribunal revolucionario.

II.

El antiguo portero de los condes de Chambrun estaba en la sala baja de la municipalidad, sentado en un ancho sillon delante de una mesa, sobre la que se veian confusamente esparcidos varios legajos de denuncias, interrogatorios y acusaciones. Su rostro, naturalmente grosero, aparecia en este momento con un caracter siniestro. Tenia cubierta la cabeza con un gorro frigio, que no se quitaba nunca, y que le habia grangeado entre sus compañeros y entre el pueblo, el sobrenombre de *Guillelmo el del gorro encarnado*. Detras de él estaban de pie dos hombres de horrible cabeza y cara feroz, enrojecida por la borrachera. Estos hombres, sobre cuyas

facciones habian impreso el vicio y la audacia señales profundas, ejercian á la vez para con el presidente los oficios de escribano y secretario.

—¿Hemos acabado? (preguntó el republicano con un gesto de impaciencia, y mirando conducir á un rebelde á quien acababa de condenar á muerte.)

—Todavia no, ciudadano presidente; (respondió uno de los sicarios,) porque estoy observando desde aquí á una muger, que sube precipitadamente las gradas de la Municipalidad... ¡Oh!... ¡y que no engañará á nadie con ese trage!... Es señorona... de Coblentza pura.

El miserable empezó á cantar el *za-irá* agitando maliciosamente su cabeza.

En el mismo instante entró en la sala donde estaba el presidente una jóven y hermosa muger. Sus largos y negros cabellos flotaban en desórden sobre sus espaldas: la inquietud de sus miradas, la palidez de su rostro y la convulsiva espresion de su fisonomia revelaban la agonia y la desesperacion que la atormentaban. Su vestido era como el de las aldeanas de la Turena; pero tan modesto disfraz no era bastante á encubrir la deslumbradora blancura de su cutis, la belleza de sus formas y la noble elegancia de sus contornos; reconociase desde luego á la señora bajo el esterior de la plebeya, porque hay mugeres á quienes es imposible ocultar su rango y perfecciones. Guillelmo sonrió con risa infernal al reconocer en ella á la señora de Chambrun.

—Sentaos, ciudadana, le dijo reprimiendo aunque con dificultad un movimiento de sorpresa y de satisfaccion.

La condesa permaneció de pie.

—Señor... empezó á decir.

Pero el presidente frunció el ceño.

—La igualdad de la república ha destruido esas antiguas fórmulas del lenguaje aristocrático. Llamadme ciudadano.

—¡Ah! perdonadme!... ¡estoy tan turbada, ¡Tengo tan confundidaslas ideas!... Pues bien, ciudadano presidente, así os nombraré si quereis: sabed que mi marido ha sido arrestado ayer... y está inocente, os lo juro... Lo han conducido á la Municipalidad acompañado del abate Mr. de Lecatelli... ¿Me direis cuál es la suerte que le espera.

—La de los traidores y enemigos de la república.

—Pero no es ni lo uno ni lo otro. No ha tomado las armas contra la república, no ha conspirado contra ella... ¿Cuál es pues, su crímen.

—¿Su crímen?..... ¿Pues qué, no es un noble? ¿No posee un castillo? ¿No goza de fortuna? ¿No tiene títulos? ¿No se ha enriquecido con el sudor de sus vasallos? ¿No ha desconocido los derechos del hombre? ¿No ha despreciado al pueblo?

—¿Y sois vos quien le acusais?.... ¿Vos, señor?.. . ¡Ah! callad, callad por Dios, que me dais horror!

Guillelmo permaneció un instante confundido por la natural y justa reconvencion de la condesa.

—Ciudadana, dijo Guillelmo despues de un momento de silencio, cualesquiera que sean las consideraciones de afecto y de reconocimiento del hombre privado, deben desaparecer ante los deberes del hombre público. El mio es denunciar á los traidores y castigar á los culpables.. ...

—Y protejer á los inocentes, esclamó la condesa con una voz conmovida que demostraba la ajitacion de su alma. Pero es imposible que eso sea cierto... Acaso para atormentarme me habeis hablado de traidores y de muerte... porque... ¡ah! nunca... nunca os mancharéis, con el horrible crímen de ser el asesino de un inocente, que no os ha hecho sino favores en sus dias de prosperidad... El os buscó esposa, y la dotó... y sirvió de padrino á vuestro hijo...

y durante diez años no ha sido para vos sino un amigo... un bienhechor... ¿no es verdad? ¿os acordais? ¡ah! el tigre mismo respeta la mano que le alimenta.., Aseguradme que estas horribles palabras no han salido de vuestro corazon, que no habeis querido mas que atormentarme...

El republicano se sonreia en efecto; pero su sonrisa tomó en este momento una espresion tan espantosa, que la condesa, mas asustada que nunca, se precipitó á sus pies, esclamando con la mas dolorosa espresion.

—Volvedme mi marido... ¡Concededme su perdon y su libertad!... y os bendeciré á cada hora del dia!... ¡y suplicaré á Dios que os perdone!...

—¿Os olvidais que yo no creo en la eficacia de las oraciones? respondió el republicano interrumpiendola.

—Pero miradme, señor; estoy á vuestros pies... os estoy suplicando de rodillas... os estoy pidiendo piedad y perdon... Pero qué ¿no me atendeis? ¿Me escuchais con frialdad y con indiferencia? ¿No os conmueven mis súplicas?

El republicano hablaba con los sicarios.

—¿Y la piedad? continuó la condesa.

—Es una debilidad.

—¿Y los remordimientos?

—¡Vana palabra!

—¿Y Dios?

—No creo en él...

—¡Ah! ¿qué hombre sois?... gritó la condesa levantándose repentinamente y cubriéndose el rostro con sus manos.

—¿Qué, quién soy? Contestó Guillelmo con un juramento horrible y pegando un fuerte porrazo con sus puños sobre la mesa. Soy el hombre que quiere la salvacion de la república, el triunfo del pueblo, la igualdad de las clases, y á trueque de conseguir estos objetos, le importa poco destruir algunos intereses particulares, hacer correr algunas lágrimas, ó pisar algunos cadáveres..... Pero bien, olvidemos por un momento las injurias, y escuchadme. Vuestro marido es un noble..... un aristócrata..... un partidario de las antiguas ideas..... Me decis que no ha tomado armas contra la república, que no ha conspirado con nuestros enemigos... bien, acaso sea cierto: bien, si no lo ha hecho es porque no ha tenido ocasiones: porque le han faltado los medios... Mas por otra parte, decidme, ¿si yo consintiese en devolver la libertad á vuestro esposo (Carolina prestó la mayor atencion) esto es, si yo hiciese traicion á mis convicciones y á mis deberes, como presidente del tribunal revolucionario..... respondedme, qué precio me dariais por tan señalado servicio, ¿qué os atreveriais á ofrecerme?....

—¿Y qué quereis que os ofresca? Yo poseia riquezas y se han apoderado de ellas á nombre de la república: tenia un castillo, y se ha confiscado á nombre de la república: me pertenecian algunas tierras y se han repartido entre los partidarios de la república..... Me he quedado sola, errante, sin fortuna, sin amigos, sin asilo, sin proteccion.... ¿Qué quereis, pues, que os ofresca, señor?

—Lo que una muger bella puede ofrecer al que la ama, contestó el republicano con una sonrisa feroz.

Y tomando en seguida dos rollos de papeles se los presentó á la condesa y la dijo:

—Aquí teneis el perdon de vuestro marido, y aqui su sentencia. Escribid una palabra en cualquiera de estos papeles, y el conde de Chambrun se pondrá en libertad inmediatamente, ó será fusilado dentro de una hora... Escojed.

A estas palabras, pronunciadas con espantosa sangre fria, se sintió la condesa sobrecojida de un temblor convulsivo.

La indignacion enrojeció por un momento sus pálidas mejillas, y dejando caer la cabeza entre las manos, permaneció sumerjida en una profunda meditacion, y entregada á la mas horrorosa lucha.

—Y bien, ¿qué habeis resuelto? preguntó el republicano despues de un corto instante de silencio. ¿Su libertad ó la muerte?

—¡Su muerte!!!..... respondió la condesa cayendo sin sentido á los pies de Guillelmo el del gorro encarnado.

Treinta soldados republicanos con los fusiles al brazo, esperaban en la plaza de la Municipalidad la órden de hacer fuego. Escuchábase al mismo tiempo un tambor, y en frente de aquella fuerza se veia de rodillas y con un crucifijo en sus manos, á un anciano con los cabellos blancos, rezando con el mayor fervor: era el abate Lecatelli, primera víctima de este horroroso drama. Un poco separado se veia tambien á un jóven de rostro pálido, pero tranquilo, que tenia en sus manos un pañuelo blanco, con el que los soldados habian querido cubrirle los ojos: era el conde de Chambrun. Su aspecto y su actitud revelaban desde luego en él una admirable resignacion. Con las manos cruzadas sobre el pecho, esperaba la muerte como un cristiano, como un mártir.

Suenan de repente grandes gritos y se perciben entre ellos las voces de «*perdon, perdon, deteneos*» y la condesa de Chambrum rompe las filas republicanas. Tiembla el conde al sonido de aquella voz que le era tan querida, lo abandona la conformidad, y se arroja en los brazos de su esposa, que frenética le estrecha en ellos. Quieren los verdugos del conde separarla; pero ella pide á grandes voces el consuelo de morir con su marido. Abrense en este instante bruscamente las puertas de uno de los balcones de la Municipalidad, y Guillelmo se presenta en él, y habiendo dirijido la vista hácia el conde y la tropa, hace una señal al oficial que la manda, gritando al mismo tiempo: «*Mueran los enemigos de la república.*" En el momento arrancan á la condesa de los brazos de su esposo, y la alejan sin sentido fuera de aquel sitio de horror. Un redoble seguido de una descarga se oyó entonces, y el Abate Lecatelli, herido mortalmente de veinte balas, cayó al suelo anegado en su sangre..... En vano el infeliz anciano, espirando ya, hacia esfuerzos para levantarse..... en vano queria aun decir algunas palabras..... solo pudo levantar en alto su crucifijo, y clavando en él sus moribundos ojos, murmuró algunas oraciones, y murió como habia vivido, como un justo. La griteria de los sicarios repetia al mismo tiempo las últimas palabras de Guillelmo: «*Mueran los enemigos de la república.*"

No se habia terminado aun el primer acto de este lúgubre drama, cuando se dispusieron para el segundo.—Anatolis de Chambrun fue conducido al lugar de la ejecucion. Los soldados volvieron á cargar sus armas silenciosal mente, mientras que el populacho saboreaba con placer el sangriento espectáculo que acababan de ofrecerle. Saltaban, palmoteaban y ahullaban como fieras. Uno de ellos traspasó la fila de soldados, y acercándose al conde le puso en la cabeza un gorro encarnado.—Una muger, ó mas bien una furia, se acercó tambien y le escupió en el rostro. ¡Ah!..... ¡qué horrible criatura!.....

En este momento una silla de posta llegó al medio de la plaza un hombre de estatura colosal, de cara larga y de mirada atrevida, sacó la cabeza por la portezuela y observó con sorpresa los diversos actores de aquella escena, bajándose despues se dirigió al oficial republicano que mandaba el piquete, y la mandó suspender la ejecu-

cion y conducir el reo á la municipalidad. Apenas habia llegado á la sala del tribunal, se dirigió el desconocido hácia el conde, y le preguntó por qué crímen se le habia sentenciado. Durante la respuesta del conde se notó en su rostro una espresion terrible y amenazadora, y apenas hubo aquel terminado su narracion, cruzó violentamente sus brazos sobre el pecho, y aproximándose á Guillelmo, le preguntó con una voz de trueno:

—¿Qué teneis que alegar en vuestro favor?

—El bien de la república (replicó aquel con audacia).

—El bien de la república no justifica nunca las crueldades inútiles. Inexorable la república para con los culpables, es justa para con los inocentes; porque es severa, pero no infame. ¡La calumniais! Hace mucho tiempo que la Convencion tiene fija la vista sobre vos, y me ha encargado que cumpliese sus órdenes. Mereceis la muerte. Soldados, añadió dirigiéndose á la tropa que habia permanecido inmóvil en el fondo de la sala, conducid á este hombre, y que sea inmediatamente fusilado; esta es la órden de la Convencion.

Los soldados rodearon al presidente del Tribunal. En vano quiso justificarse, en vano solicitó que se suspendiese la ejecucion hasta que hubiese podido desvanecer, por medio de un juicio, los cargos que se le hacian; el representante permaneció inflexible. Viendo entonces que no le quedaba ninguna esperanza de salvacion, una espantosa rabia se apoderó de él, y arrancando de su gorro la escarapela tricolor que lo adornaba, la desgarró con sus manos, y empezó á pisotearla gritando:

—Asi es como la república recompensa á sus defensores y á los que la sostienen..... ¡Muera la república!..... ¡Adios asesino!..... añadió con una risa burlona, y estendiendo su brazo hácia el representante: Adios..... *Yo lego tu cabeza al hacha destructora de Robespierre.*

—Acabaos de llevar á ese hombre, gritó el representante con impaciencia.

Lo arrastraron en seguida los soldados, y maldiciones y blasfemias fueron las últimas palabras de Guillelmo el del gorro encarnado.

La chusma que habia aplaudido el suplicio del abate, aplaudió con los mismos transportes el del republicano... porque tal es el populacho durante las tempestades de la revolucion. Desea que le aplaquen la sed de sangre que lo devora; pero le importa poco que esta sangre sea de un criminal, ó de un inocente; la de Barrabas ó la de Jesus.

No dejó el representante el pórtico de la Municipalidad hasta despues de haberse terminado la ejecucion; y acercándose en seguida á la mesa, escribió en un papel que entregó al conde, diciéndole:

—En cuanto á vos, ciudadano, tomad este salvo-conducto y salvaos con vuestra esposa. Pero no abandoneis la Francia. Los que emigran son traidores y cobardes. No os mezcleis tampoco en ninguna conspiracion: obedeced al gobierno y no tendreis nunca de qué quejaros de la república..... ¡Qué! ¿os sorprende, añadió el republicano, encontrar tanta moderacion, tanta humanidad y justicia en un miembro de esa terrible Convencion, que mirais como á una caverna de tigres sedientos de sangre?

Se detuvo á estas palabras el representante, y dirigió al conde una mirada de curiosidad. Despues, dando á su figura un aire mas pronunciado de espresion y de desprecio, añadió:

—Comprendereis algun dia que el miedo, la traicion y la debilidad han promovido actos estremadamente severos, no hay duda: pero que el interés

de la república hacía necesarios, y que han sido calumniados caracteres que el porvenir sabrá justificar..... Adios, ciudadano. Si os preguntan de quien habeis obtenido este salvo-conducto, responded que del republicano *Danton*....

.....

Acabó su lectura el anciano, y se guardó su manuscrito dirijiendo la vista á los que le rodeaban, como para adivinar la impresion que les habia producido.

—Como ficcion literaria, vuestra novela es sumamente interesante, contestó R**** á esta silenciosa pregunta; pero permitidme observar que como hecho histórico me parece muy hipotético.

—¿Y por qué? preguntó el anciano.

—Porque no es creible semejante acontecimiento en la época que decís, y si no, citadme algun periódico que lo insertase ó hablase de él.

—Ignoro, contestó el anciano, si esta anécdota se ha publicado, y si es ó no conocida; pero me concedereis al menos que puedo garantizar la verdad de un suceso en el que he sido actor y testigo.

—¿Vos? le preguntamos todos con sorpresa.

—Yo mismo, señores. Tal como me ven VV. tomé parte en la revolucion de 89 y en las asonadas de 93..... ¡Dios me lo perdone!..... pero mis opiniones y principios han cambiado despues. Cuando la instalacion del tribunal revolucionario en Tours, servia yo en clase de teniente en dicho punto, y fui encargado por Danton para la ejecucion del presidente Guillelmo. Ya veis que cualquiera que sea el interés que os haya inspirado, puedo garantizaros la autenticidad, asi como la exactitud de todos sus detalles, y poco importa que se haga mencion de ello en las columnas del Monitor ó de cualquiera otro periódico.

Todos quedamos convencidos, y levantándonos en seguida, nos dirijimos al salon inmediato, donde nos llamaban los sonidos de una música agradable.

UNA AVENTURA

SUCEDIDA AL INFANTE

D. JUAN I DE ARAGON.

(1383 á 1385.)

Los señores feudales en los tiempos de su pujanza y poderío, tan llenos de ambicion como de orgullo, hacíanse entre sí cruda guerra, ayudados de sus adictos y confederados, y aun de los infelices vasallos sobre quienes recayendo todas las desgracias eran las tristes víctimas de la rapacidad de sus señores. Casi eran intestinas y traian inquieta y agitada á la nacion tamañas luchas. De aquí seguíase la formacion de partidos; que se odiaban á muerte. ¡Oh cuantas veces el rehusar la mano de una jóven, el mal trato dado á un vasallo de otro señor, en fin, una palabra mal sonante, fue lo que dió pábulo á una sangrienta lid, y causó el trastorno de un gran número de familias y la ruina de un rico y floreciente pais!

A últimos del siglo XIV se habia promovido una de semejantes luchas en Cataluña entre el conde de Cardona, Tolch y el de Urgel D. Jaime, hijo de Alonso IV y tio de D. Pedro el *Ceremonioso*, á la sazon Rey de Aragon.

Arnaldo de Oliver, señor feudal de Balsareny, fue acérrimo partidario del conde de Urgel, en cuya defensa sacrificó un hijo varon, despues de cuya sensible muerte se retiró á su castillo (1) con una hija llamada Inés, jóven

(1) El castillo con sus negruscas paredes descuella todavia en la eminente colina aislada junto al pueblo de su nombre. Es obra sólida, grandiosa, y su forma se aproxima á un cuadrilátero romboide: solo tiene una puerta al

hermosa é instruida, á la par que noble y rica.

A una legua corta del castillo moraba con su madre el jóven Mauricio Roca (1), hijo y heredero de un antiguo solar; y su padre diera la vida en servicio del conde de Cardona, militando en el partido opuesto al del padre de la hermosa Inés, de que se originó el que fuese mirado por aquel anciano como su mortal enemigo: ódio que á la verdad estaba lejos de profesarle el mancebo, quien se enamoró perdidamente de Inés, y esta tampoco se mostró indiferente á los tiernos sentimientos del jóven. Ambos se veian y hablaban á menudo y en secreto, en razon de la proximidad de su morada; pero como llegase á noticia del viejo Oliver, amenazó colérico á Mauricio, y encerró en un aposento del castillo á su hija. Sin embargo, como una pasion se aumenta con las mismas dificultades que encuentra. Inés, pues, por mas que se viese contrariada y perseguida amó é idolatró á Mauricio, y llegó con arte á burlar la vigilancia paterna, viendo y hablando todas las tardes á su amante.

¡Oh cuán encantadoras, cuan deliciosas y cuán tiernas son las entrevistas amorosas con misterio y á escondidas! No pueden darse mas bellas tardes que las que se pasan en un solitario bosque, á la orilla de un humilde arroyo, á la sombra de un frondoso arbolado, y á la débil luz de la naciente reyna de la noche. Nuestros amantes se encontrában al caer la tarde en el fresco vergél que rodea el sinuoso Llobregat al pie del castillo, cuyas blandas ondas hieren suavemente, murmurando misteriosas palabras de admiracion por el inmortal ingenio que trazara el soberbio canal de Manresa (2), cuyo origen se encontraba allí: los dulces ruiseñores, el canario y el pintado gilguero, con suave y melancólico canto entonan el himno de la noche, al paso que una apacible aura mece la espesa y lijera hojarasca de los verdes árboles fecundizados por las aguas que se deslizan y manan por las rendijas del vetusto canal coronado de yedra, arrayan, rosas y azucenas.

Una tarde del rico otoño, sentados en un rústico sillon, y tomando Mauricio las blancas manos de Inés.—«¡Ah, jura, querida (la dice agitado), jura al cielo por esta cruz, que pende de tu pecho, que tu amor será eterno, y que serás mi esposa»—Y titubeando, llena de amor y sentimiento la inocente Inés, profiere el sacrosanto juramento.—«Inés, continúa Mauricio, sé fiel y constante, mira que si fueses perjura caerá sobre tí mi maldicion, y serás desgraciada á la par que este tu amante..... sí, sí,..... tú, ó la muerte..... hé aquí el problema de mi vida.—Amado mio, contestó trémula y conmovida, ¿por qué así me atemorizas? ¿por qué llamas tantos males sobre mí, cuando desde la cuna soy tan desdichada?..... ¡Oh madre querida!»—

Oriente junto al borde de un despeñadero sobre el Llobregat, á cuyo pie cruza el lecho del rio el dique que toma las aguas para el famoso canal de riego de Manresa. Es propiedad de la familia de Martin, bajo el título de baronía de Balsareny.

(1) Elévase tan antigua casa, apellidada Torre de Roca, en una hondonada, á la derecha del Llobregat, entre el pueblo de Balsareny y la villa de Sallent. Cruza sus tierras el canal.

(2) Este canal, que cuenta cinco siglos, empieza al pie de dicho castillo de Balsareny, á cuatro leguas Norte de la ciudad de Manresa adonde se dirige. Toma las aguas del Llobregat por medio de una represa de sillería. La longitud es de mas de 80,000 varas. Son de notar dos minas que facilitan el paso á las aguas por debajo de unas altas colinas, y treinta y cuatro puentes que allanando las desigualdades del terreno conducen el agua nivelada.

En efecto, Inés no conociera á su madre, que murió al darla á luz. Y ocultando el rostro entre sus manos, un copioso llanto inundó sus ojos... Las aves y la naturaleza toda que fuera testigo de aquel juramento, parecieron entonar el cántico de alabanza y profetizar la dicha de los futuros esposos.

Pero hé aquí que son sorprendidos por el viejo Oliver, cuyo enojo era terrible, y echándose espada en mano sobre Mauricio iba á castigar su atrevida visita; pero como este manejaba con habilidad la espada, al punto hubo desarmado el trémulo brazo del anciano. Inés desesperada, echándose á los pies de su padre esclamó. «Mi querido padre, perdonadnos. Es verdad que amo á Mauricio, pero juro no verle mas sin vuestro conocimiento.» —Acepto el juramento, dijo Oliver. Necia! ¿podias creer que jamas consintiera en darte á un vástago de mi enemigo?—Y tomando de la mano á su hija, se subieron al castillo, animados de muy diferentes sentimientos al echar una mirada al jóven, quien inmóvil y fija la vista se asemejaba á una estatua.

Apenas se vió solo, trastornado el juicio, absorto en los mas estraños sueños é ilusiones, fuera de sí, se marchó contra la corriente del rio y siguiendo la orilla, sin saber á donde iba, ni en donde estaba. Luego que hubo andado como un cuarto de hora, percibió gran algazara, risas, cantos, y siguiendo adelante impulsado por la curiosidad, no menos que deseoso de distraerse, vió en lo mas hondo de una cueva, inmediata al desembocadero del riachuelo Merlés en el Llobregat, unos seis ó siete hombres morenos, de cabellos rizados, y sentados sobre pieles de animales al rededor de una mesa de piedra, bebiendo y riendo. Entre ellos habia casi igual número de mugeres sucias, feísimas y con los cabellos desmelenados y caidos en las espaldas. Por la mesa se deslizaban unos muchachos sucios, negros y feísimos. Todos bebian, charlaban, cantaban estrañas canciones y hablaban un idioma desconocido. En fin, metian tal ruido de vasos, juramentos, denuestos y disputas que no es posible formarse idea de ello. Y en la entrada de la asquerosa cueva pacian dos ó tres escuálidos jumentos.

Al instante conoció Mauricio que era un aduar de gitanos (1), y si bien en otra circunstancia esta vista le hubiera disgustado y se procurara alejar, ahora sin saber por qué penetró en la hedionda cueva, en donde fue recibido con grandes aclamaciones. Hiciéronle sentar en la larga mesa cubierta de platos llenos de carne, avivándose el tumulto que se apaciguara un poco al entrar, de modo que era una espantosa bacanal.

Presidia la mesa un hombre de avanzada edad, cuya calva cabeza, prolongada barba, frente larga y surcada de arrugas, le daba un venerable aspecto, bien que se le notaba una siniestra espresion que infundia desconfianza. Al lado de este, que era el gefe de la banda, descollaba por su gallarda figura y blanca tez, un jóven, y junto á él veíase una muchacha la menos fea de aquellas. Este jóven, le interesó desde la primera vista: su vestido consistia en una especie de gallega de paño azul, ajustada por una faja de seda del mismo color, y un cinturon de charol del cuál pendía una espada de dos cortes, cubriéndole la cabeza un sombrero de paja; y por mas esfuerzos que hacia para asemejarse á los gitanos, se conocia serles estraño por sus finos modales, su vestido, y los cumplimientos y atenciones que prodigaba á la jovencita que tenia á su lado; lo cual hacia un admirable contraste con la grosería y rudeza de

(1) En las ferias de la villa de Santpedor á una legua Norte de Manresa, concurren muchas familias de gitanos, y en los arrabales de esta ciudad se hallan algunas domiciliadas.

los gitanos, que los mas estaban ya ébrios.

Reparó que los cumplimientos del desconocido para con la gitanilla encolerizaban al viejo, quien si bien se esforzaba en contenerse, le temblaban los labios y por instantes se le inflamaban los ojos; llegando á poner mano en el pecho y sacando un puñal, levantó el brazo é iba á herir al distraido forastero, cuando Mauricio, que en este momento tenia un cántaro de barro entre las manos, viendo el riesgo que corria, lo tiró en el brazo del viejo, quien herido ligeramente dejó caer el puñal, y alzándose advirtió al desconocido el peligro que corria su vida, y se colocó á su lado con la espada desenvainada para defenderle.

Aunque el estrangero habia visto el golpe que le amenazaba no pudo evitarle respecto á la situacion en que estaba entonces; mas salvo por una inesperada dicha, se alzó de la mesa y se puso á la defensiva. En el mismo instante acababa de colocarse á su lado el intrépido Mauricio, y apoyando entrambos las espaldas en la roca, esperaron á pie firme á los gitanos, quienes daban furibundos gritos, blandiendo largos cuchillos y precipitándose furiosos contra ellos.

El desconocido manejaba con destreza la espada, y secundábale su compañero perfectamente; de suerte que con solo las espadas tenian á raya los gitanos, cuyo tropel describia un semicírculo á su alrededor; pero tan desigual lucha no podia ser de larga duracion, al paso que si dejaban su ventajosa posicion iban á ser degollados por los feroces enemigos, cuyos esfuerzos eran por entonces impotentes.

En esto vió el amante de Inés, que estos tomaban medidas para hacer inútil lo largo de las espadas, al mismo tiempo que subiéndose algunas mugeres en lo alto de la cueva echaron á aquel y á su compañero algunas cubiertas de lana con que envolverse y librarse de los puñales de los asesinos. Empero perdida toda esperanza de salud, estaban para dejar su posicion y vender cara su vida, cuando volviendo el uno la vista, casi se le heló la sangre al ver que iban á hacer rodar sobre ellos un enorme peñasco. Este balanceó ya, Mauricio y su compañero iban á ser aplastados, pero dando al desplomarse en un borde saledizo de la peña, saltó, librando á entrambos; y cayó con espantoso estruendo sobre el gefe del aduar y algunos gitanos, que mas ardientes en el combate no tomaron la precaucion de retirarse. Llegó á su colmo el terror que se apoderára de los gitanos, cuya mayor parte huyó, y los demás echáronse sobre los mutilados y desfigurados cuerpos de sus compañeros. Mientras reynaba el desórden, y aprovechando tan favorable momento, huyeron Mauricio y el forastero, y á vivo paso penetraron en lo mas espeso del bosque; mas á poco rato, como notasen que no se les perseguia, se detuvieron para tomar aliento.

Entonces, tomando el desconocido á Mauricio por la mano, que estrechó afectuosamente, le dijo: « Amigo: acaba V. de prestarme el mas distinguido servicio salvando mi vida; hágame, pues, el favor de aceptar esto. »—Y le presentó un bolsillo lleno de oro.—« Quien quiera que sea V. (contestó Mauricio) estoy seguro que su alma es demasiado noble para creer que yo pueda aceptar su oro. Esté persuadido que el servicio que tengo la dicha de haberle hecho, lo hiciera igualmente al mas humilde pechero.—A lo menos dígame V. que es lo que puedo hacer.—¡Ah, perdone V. caballero, V. no puede dispensarme lo que desea mi corazon!—¡Como!... quizás... (repuso animado el desconocido) mire V. que poseo un talisman que puede todo lo que es objeto de los deseos humanos... ¿qué

quiere V?... ¿Riquezas, honores, una hermosa?»

En el acento de este hombre habia un no se qué de seguridad, de franqueza y de cordialidad, que no pudo resistir Mauricio á su poderosa influencia; y si bien estuviese seguro de que fuera inútil su mediacion, no obstante confióle el ardiente amor que profesaba á la hija de Oliver, y los obstáculos que se oponian á su felicidad. Oyóle atento el forastero y luego le suplicó que le acompañase al castillo ya que de él no estaban lejos.—«Yo le hablaré (dijo) y estoy seguro de obtener la mano de Inés para V.»—En vano trató Mauricio de disuadirle del proyecto, mientras tomaban el camino, y cuando hubieron llegado al pie del castillo, el desconocido quiso entrar solo, suplicando á su compañero que le aguardase.

Efectivamente el desconocido entró en el castillo, al modo que uno que está cierto de ser bien recibido.—«Oliver, dijo al ver á este sentado inmediato á su hija, tengo el honor de saludar á V.—Y tomando una silla se sentó junto al dueño del castillo, ¿Esa jóven, continuó, será sin duda una hija de V?—Sí, es mi hija, contestó admirado, pero, ¿acaso le interesa la visita de V?—Sin duda; pues vengo á pedir su mano.—¿Y el nombre de V?—Mi nombre... mi nombre, es Vicente de Castellet, y creo que no le será desconocido.—No hay mejor nombre, pues la familia de los Castelletes no es enemiga de la del conde de Urgel, ni del Rey.—Pero no se la pido para mí, y sí para un amigo cuyo nombre diré á V., sugeto honrado y rico.—Su nombre, su nombre, esclamó con viveza, cuál es.—Mauricio Roca, contestó el forastero.

A esta palabra se inflamó de cólera la cara del anciano Oliver y gritó despechado.—«Salga V. de mi casa, miserable impostor... Vaya V. á encontrar su digno compañero, sino quiere verse hecho trizas por mis criados.»

Al mismo tiempo entra Mauricio, cubierto el rostro de sudor y llama al estrangero.—«Sálvese V.: los gitanos han descubierto nuestras pisadas y nos persiguen.—Que vengan, contestó; por muchos que sean paréceme que nada podrán contra estos muros y estas puertas.—¿Os imaginais, dijo encolerizado Oliver, que por vosotros consentiré en ver sitiada mi casa?... Salid, salid al punto.—Pues bien, salgamos de aqui... Adios... ¡Ah V. es noble!, y un baron habrá sido entregado á sus enemigos por las manos de V... ¡Qué ingratitud!»

La emocion con que fueron pronunciadas estas palabras, hizo una profunda impresion en el ánimo de Oliver, quien esforzándose en ocultar su confusion dijo:—«Caballeros, no quiero que se diga que á aquel que buscó asilo en mi casa, le fue rehusado. Oliver no hará traicion á la confianza de Vds... Quédense muy enhorabuena, y veremos con que clase de enemigos hayamos de esgrimir la espada.»—Y salió.

«Muchacho, dijo el desconocido dirigiéndose á uno de trece años que se ocupaba en comer un pedazo de pan, ¿quieres ir corriendo al castillo de Castellnou y llevar un recado al veguer de Manresa que se halla en él, y te daré un real?—Ahora no.—Mira, le dijo sacando un bolsillo, será para tí.—Si V. consiente en darme ese cuchillo, voy, señalando un cuchillo de monte que veia brillar en el cinturon del estranjero. Este se lo dió al momento, y cuando iba á darle sus instrucciones entró Oliver anunciando que subian al castillo como unos sesenta gitanos entre hombres, mugeres y niños.

«Si este muchacho puede escapar de sus manos (dijo el desconocido) bastará una hora para dispersarlos.»

En efecto, partió el muchacho, cuya resolucion é inteligencia eran muy superiores á su edad. Al salir del castillo fue visto por los gitanos, quienes empezaban á subir el monte, en cuya cima descuella aquel, y blandiendo sus cuchillos y palos corrieron algunos á su alcance y á cerrarle el paso; pero el astuto muchacho los supo esquivar con mucha destreza y por medio de un pequeño rodeo ganó el bosque. Los gitanos advertidos por la gritería de sus compañeros, fueron para darle alcance, mas corriendo con la velocidad de la flecha, ganó mucho terreno; de suerte que viendo aquellos que eran inútiles sus esfuerzos dejaron de perseguirle.

«Alabado sea Dios, esclamó Inés: Valentin está salvo.» Mas apenas hubo dicho esta palabra, cuando vió correr un mastin, quien acababa de alcanzarle; y que el muchacho lleno de cansancio y fatiga mitigaba la corrida.—¡Virgen santa! gritó la compasiva Inés asomando las lágrimas en sus ojos: ¡Ay que Valentin está perdido: el mastin acaba de alcanzarle.

De repente párase el muchacho, y dando una vuelta, échase sobre el furioso animal y húndele el cuchillo de monte en el vientre. Herido y exánime cae á sus pies, y alzando entonces el cuchillo en el aire, da la señal de la victoria, y emprende luego su carrera, subiendo con rapidez los montes de poniente, que pronto traspasó, y desapareció.

«Apostara cualquiera de mis estados y señoríos (dijo el desconocido) á que ese muchacho será con el tiempo un valiente Almugaver.»—Al oir estas palabras el temor se pintó en el rostro del anciano Oliver, quien descubriendo su cabeza é hincando una rodilla, con voz trémula dijo:—Por Dios decidme: ¿no sois el gobernador del reyno? ¿no sois el infante D. Juan?—Sí, el mismo está delante de vos, respondió el desconocido.—¡Oh mi buen príncipe! esclamó el viejo, mi persona, mi sangre, mis bienes, todo es para V. A... Pero ¿cómo ver amenazada tan preciosa vida por esos miserables gitanos?—Nada temais por mí (respondió el infante) no estoy destinado á caer víctima de esa canalla: el veguer de Manresa pronto vendrá al socorro.

Sin embargo, Mauricio é Inés permanecian inmóviles en el fondo de la sala, cuando las voces, los gritos y las amenazas de los gitanos hicieron resonar los cóncavos techos del castillo. «Ahora (dijo el infante) es menester apartar el riesgo. Cada uno colóquese en el punto destinado para la defensa.» Y asomándose á una ventana de oriente, vió que un peloton de gitanos, despues de haber probado la solidez de la puerta, se dirigian hácia un despeñadero sobre el rio, y que cesaba la gritería. A poco rato volvian llenos de alborozo, arrastrando un enorme tronco de un árbol. Entonces los sitiados previeron el uso que ideaban hacer del palo, y Oliver esclamó asustado.—«¡Ah, la puerta no podrá resistir, y mi señor será degollado á mi vista, en mi propia casa!»

El infante D. Juan I, á la sazon gobernador general del reyno, era en estremo aficionado á la caza, á los viajes y á correr toda especie de aventuras arriesgadas (1). Y aunque valiente, en este trance dijo algo conmovido.—«Será lo que Dios quisiere.»

---

(1) Hallándose en Manresa, en donde pasaba largas temporadas espidió dos cédulas, una á favor de la iglesia de la Seo de aquella ciudad, ratificando la posesion en que estaba de varios bienes; y otra concediendo un privilegio al canal que se acababa de construir, y que reconociera el infante. La fecha de la primera es de 11 de setiembre de 1383, y la de la última de 28 de octubre de 1385.

Se colocan en el último escalon, determinados á vender caras las vidas, y las mugeres desde las ventanas que dan al patio donde está la escalera, tratan de incomodar á los salteadores en el caso de que penetren.

Espantosos gritos y alaridos anunciaron pronto el principio del brusco ataque. Empujada la puerta con el tronco, crugió, bamboleó y á la fuerza de los repetidos golpes, saltando algunas astillas, se rompieron los goznes, y al hundirse, una general griteria alarmó á los sitiados. Cae de repente la puerta con grande estruendo, y entran furiosos los gitanos en el patio, precipitándose á la escalera, que está á mano izquierda. El furor y la rabia inflamaba sus asquerosos rostros, y sus frentes feas nadaban en hediondo sudor; y con horrible voz gritaban... juraban... amenazaban... Mas por horrorosa que fuese esta escena, éralo mas por la idea de lo que debia seguirse de ella. Los primeros que se adelantaron hacia la escalera pagaron cara su audacia, pues cayeron muertos á los golpes del Infante y de Mauricio. Sucedianles otros, y participaban la funesta suerte de sus compañeros: y ya un monton de muertos y heridos que se desangraban, palpitando á los pies de los salteadores, ocupaban la ancha escalera: esto y la fuerte é inesperada resistencia, el estraordinario valor de los sitiados, y el heróico teson impuso á los gitanos, cuyo ardor empezaba á resfriarse, cuando una ronca y fatigada voz gritó: —«Compañeros, incendiemos el castillo, y hagamos que perezcan en las voraces llamas.» —«Si, hagámosles asar» contestó la muchedumbre, y al punto empiezan á formar un monton de leña y de cuantos combustibles encuentran á la mano.

Tan abominable é infernal idea casi hiciera perder toda esperanza de salvacion en el corazon del Infante y de sus nobles compañeros, cuando oyen la dulce voz de Inés, que esclama: —«Estamos salvos, estamos salvos. Diviso unas tropas que descienden de Castellnou, y se dirigen acá con una velocidad que parece que andan en alas los caballos... Noto á un caballero que pasa adelante, y volviéndose atrás parece que les hace apresurar el paso.—«Fiel Veguer, esclamó el Infante, tú eres muy digno de montar ese corcel, y de capitanear esos bravos hijos de Marte.»

Los gitanos, llenos de temor y espanto al divisar el ejército, huyeron por todas partes, corriendo al bosque; mas siendo algunos alcanzados, fueron pasados á cuchillo.

«Gracias, querido Amargós (1), dijo el Infante al Veguer: llegásteis muy á tiempo para librarme de ese enjambre de canalla... Ahora pasó el riesgo, continuó dirigiéndose á Oliver, quien rebosaba de gozo, y debo acordaros vuestro ofrecimiento acerca de que dispusiera de cuanto haya en vuestro castillo.—Sí, lo he dicho y lo cumpliré.—Pues bien, concededme esa hermosa señorita. —V. A. puede mandar lo que le plazca, contestó Oliver, no sin alguna duda, pues conoció lo que iba á suceder.—¿Con que consentireis, bella Inés?»—Y sin aguardar la contestacion de la jóven, cuyas megillas se colorarán—«Acepto este don, dijo; pero tan seductor y delicioso como es, renuncio ese tesoro á favor de aquel que hoy ha merecido mi amistad y estimacion...' ¡Mauricio! os doy á Inés... Me lisonjeo que confesareis que he hallado medio de desquitarme con vos... Recibid por esposa á esa bel-

(1) Este honrado ciudadano, Bartolomé de Amargós, en 23 de Setiembre de 1398, hizo donacion á las monjas de Valldaura de Olvan, de una iglesia titulada del Espíritu-Santo, casa y huerta para convento, que poseia junto al arroyo de Prats y Monteys en el arrabal de Manresa; y fundado el convento le ha quedado el nombre de Valldaura.

dad... Y si es necesario, dirigiéndose á Oliver y á su hija, el realzar aqui el mérito de Mauricio, sabed que salvó mi vida.»

Entonces Mauricio, lleno de reconocimiento y gratitud, echóse á los pies del Infante, y le besó la mano. Inés humedecidos los ojos de dicha y amor se coloró cual si una llama incendiase sus megillas, atestiguando la viva emocion los precipitados latidos del pecho. Por lo que hace á Oliver, se trocaron del todo sus sentimientos para con Mauricio, desde que vió que este era compañero del Infante, y que poseia su amistad: de modo que cuando supo que le era deudor de la vida, le prefiriera á los mas ricos y poderosos de la corte.

No tardó en cumplirse la voluntad del infante D. Juan, y algunos dias despues de tamaña aventura, se celebraron los desposorios de Mauricio é Inés con grande pompa y en presencia del mismo Infante, quien visitó muy á menudo á los nuevos esposos, mientras su permanencia y viajes en Cataluña.

J. M. DE M. Y C.

LAS CHINAS.

Mas de una vez habrán encontrado al paso nuestros lectores algunas de esas tímidas jóvenes que marchan en comunidad bajo la vigilancia y custodia de una de esas santas mugeres que se han consagrado en este mundo al espíritu de caridad.

Sin duda habreis notado como yo que las discípulas de nuestras piadosas hermanas, llevan siempre los ojos fijos en el suelo; sin embargo, á veces los levantan al cielo, porque no ignoran que allí solamente pueden hallar una fuerza, un apoyo contra la idea de su aislamiento entre la gran familia de los hombres. Su trage, sencillo y serio á la vez, guarda perfecta armonia con ese tinte de melancolia y tristeza que se nota en ellas. Van vestidas con un trage de merino color oscuro; una cinta azul, símbolo de la proteccion de la Vírgen cruza sus picos sobre sus pechos; una grande esclavina cae sobre sus hombros, y un pequeño gorro blanco con guarnicion de tul cubre sus cabezas, y forma un marco á sus rostros dulces y melancólicos. En este retrato habreis reconocido seguramente á las niñas huérfanas.

Si la vista de esas desgraciadas huérfanas produce una impresion tan viva en todos los corazones, no obstante la confianza que debe tenerse en las madres providenciales que las guian, y en la sociedad que las proteje, ¿qué tristeza no causará la desconsoladora idea de que existe un pais en la tierra, donde á nadie conmueve, por decirlo asi, el abandono de los niños, y donde este crímen está tan admitido y arraigado en las costumbres que se mira como la cosa mas natural del mundo? Este pais es la China.

Cuando algunos padres, ya sobrecargados con una familia numerosa, tienen nuevos hijos, los sacrifican, bien abandonándolos en medio de una calle, ó bien arrojándolos al mar. Y lo mas estraño de esta bárbara conducta es que solo se entiende con las infelices criaturas que pertenecen al género femenino. Despréndense de ellas con el pretesto de que su falta de inteligencia es un obstáculo para que puedan procurarse por sí mismas medios de subsistencia.



Paisage chino. Infanticidio.

En la actualidad, gracias á Dios, se repiten con menos frecuencia tan horribles asesinatos.

Por do quiera que el cristianismo ha enarbolado la Cruz, desaparecen las tinieblas de la ignorancia, se ilustra el corazon, y las costumbres pierden su ferocidad y barbarie.

Apóstoles solícitos y animosos que han llegado á aquel territorio, atravesando mil peligros para extender la lumbre de la fe, se han asombrado á la vista de aquella cruel costumbre; y en su inagotable solicitud, trabajan cuanto es posible para recojer las tiernas víctimas, suministrarles el bautismo, y finalmente formar mugeres santas para la tierra y ángeles para el cielo.

Pero por inmensa que sea la caridad de los misioneros, se concibe fácilmente, que no bastarian sus solos recursos á rescatar cada año de la muerte á las miles inocentes criaturas condenadas al nacer. Para cumplir tan gran tarea, han convidado á tomar parte en ella á todo el mundo cristiano; y su ardiente celo por la salvacion de las almas, ha creado esa institucion tan noble y meritoria que se llama la obra de la Santa Infancia.

Lo que yo habia oido decir sobre la supuesta nulidad de las pobres chinas me inspiró un ardiente deseo de instruirme ampliamente acerca de su desdichada condicion. Al efecto dejé á un lado mis dibujos, y corrí á encerrarme en el gabinete de mi padre: allí revolví sin piedad todos los libros de su biblioteca, hasta encontrar las noticias que buscaba, y he aquí las que pude adquirir,

Antes que nada, debe darse á conocer la época en que el pueblo chino empezó á abandonar á sus hijos. Preténdese que fue bajo el reynado de cierto Emperador llamado *Chi-hoang-ti*, fundador de la dinastia de los Tsin. Era éste un hombre orgulloso é inhumano. Quiso destruir todas las costumbres antiguas, por las cuales se ha mostrado siempre aquel pueblo tan celoso, y lo hizo tan bien que para borrar el recuerdo de lo pasado, mandó quemar todos los libros antiguos, y por consecuencia á un gran número de literatos que pretendian conservar religiosamente los anales de su pais, en contra de la voluntad de su soberano. De este modo, los derechos de la nacion perecieron en aquel reinado con los hombres animosos que espusieron sus vidas por defenderlos. Chi-hoang-ti se apoderó de todas las tierras del Imperio y las distribuyó segun su capricho, arruinando asi á sus legítimos poseedores.

El tirano, que aun los temia á causa de su gran número, los obligaba á abandonar sus hogares, y á trabajar, bien en la gran muralla que habia mandado levantar, ó en los arcos de triunfo que por su órden se elevaban á su gloria que creia imperecedera.

Estas forzosas emigraciones ocasionaron horribles hambres que obligaron, á los padres á abandonar á aquellos de sus hijos que no podian mantener.

El infanticidio fue la próxima consecuencia de las guerras y de las inundaciones, causas ordinarias de la miseria pública; y de este modo se ha perpetuado hasta nuestros dias. El abandono de los reciennacidos es todavia tan considerable, que todas las mañanas amanecen lo menos diez ó doce; en las calles de Pekin.

Una palabra mas, querido lector, acerca de ese malvado Emperador Chi-hoang-ti. No te disgustará saber que ese hombre vano y orgulloso, que se habia lisonjeado fundar una dinastia eterna, quedó burlado en sus esperanzas, porque su hijo que le sucedió, perdió el trono y la vida despues de haber reynado algunos años.

No habian transcurrido cincuenta

desde que el cetro habia caido en las manos de los Tsin, cuando ya otra familia imperial reynaba en la China, destruia los trofeos de *Chi-hoang-ti*, entregaba su nombre á la execracion, y mandaba buscar los libros antiguos que habian escapado al incendio, para sacar copias de ellos en todo el imperio. Pero volvamos á nuestros niños abandonados.

Para disminuir en algun tanto el sentimiento de horror que debe inspirar el asesinato de tantas inocentes criaturas, los chinos, en su profunda hipocresia, han tratado de probar que el infanticidio no es mas que una medida de administracion paternal, un medio de economia política, atendido, á que la poblacion china excede el número de los que puede alimentar los productos de su suelo. Pero, á pesar de todas sus razones, está positivamente demostrado por los que condenan tan horrible costumbre, que el sistema de aminorar por este medio la poblacion no produce en favor de los vivos los frutos que se esperaban, porque no impide que exista en China un número inmenso de desgraciados que caen muertos de hambre y de miseria en medio de las calles, sin que nadie se sienta conmovido, ni procure socorrerlos.

Por lo demas es cierto que este crímen lo prohiben igualmente las leyes y los libros sagrados. Como ya se ha dicho, se comete solo con las niñas; en cuanto á los niños, los miran como seres dotados de un espíritu superior á aquella, y esta suposicion injuriosa para la muger es la que los salva. Creése que les será facil crearse una existencia feliz, que un trabajo productivo será el premio de los cuidados que con ellos se hayan tenido, y finalmente que acaso contribuirán por medio de alguna accion notable y brillante á la fortuna y elevacion de su familia. He aquí la razon porque en China el nacimiento de un niño se saluda con mil muestras de alegria, mientras que en la casa en que ve la luz una niña no se oyen mas que lamentaciones y quejas. Los padres honran y quieren á sus hijos varones, mientras que á las hembras las desprecian y llenan de ultrajes.

He aquí un pasage del *Chi-king* (el libro de las canciones populares) que probará, hasta que punto llegaba en los tiempos antiguos aquella injusta prevencion contra las señoritas del celeste imperio.

Dicen los versos:

Cuando nace un niño
Duerme en blando lecho:
Con rica envoltura
Se abriga su cuerpo:
Si llora, su llanto
Alarma á sus deudos:
Si rie, su risa
Da á todos contento.
De púrpura viste,
Y en la mano un cetro
Empuña orgulloso
En todos sus juegos.
Y nada de extraño
Tiene todo esto,
Pues que de la casa
Es gefe supremo.

Si nace una niña
Duerme en duro suelo,
Y sucios harapos
Envuelven su cuerpo:
Sus solos juguetes
Son chinas y tejos.
Para el bien no sirve
Para el mal lo mesmo.
Su empleo se reduce
A encender el fuego,
Cuidar la comida
Y fregar los tiestos.
Por eso sus padres
La miran con tedio,
Pues no les inspira
Pesar ni contento.

Pobres mugeres! Todo se les niega. Cuando niñas no conocen las tiernas caricias de una madre que dedica á sus hijos todos sus cuidados; adolescentes, se les priva de los trabajos de la inteligencia que elevan el alma y la hacen accesible á las nobles emociones. Y sin embargo, semejante educacion, por muy brutal que nos parezca, hace nacer en ellas las mas dulces virtudes, como son la modestia y abnegacion de sí mismas. Acostumbradas á la humildad por el poco caso que se hace de ellas, privadas de los aplausos del mundo, que tanto lisonjean nuestro orgullo, las chinas hacen consistir su gloria en el total cumplimiento de los deberes en el seno de la familia.

En el comentario chino donde se hallan los versos ya citados, se da una explicacion no menos extraña para justificar el desprecio hácia la muger. Dícese: « Si obra bien no es muger; si obra mal, no es muger; porque la muger no posee ni vicios ni virtudes. Su mérito y su valor consiste en ser sumisa como una esclava. El lugar del hombre se halla en medio del torbellino del mundo; el de la muger en el interior de la casa. Permanezcan, pues, ambos en la esfera que Dios les ha designado, y no se alterará el órden natural de las cosas.»

En cada uno de los libros que he ojeado, se establece como opinion recibida y que no es posible combatir, la superioridad del hombre sobre la muger. En otro lugar he leido. « Los jóvenes duermen en un lecho, porque son seres superiores. Las jóvenes duermen en el suelo, porque son criaturas de un órden inferior. « Y en otro pasage: « La muger ha nacido para servir al hombre, y debe vivir y morir con él.»

Cuando muere el marido, se da á la viuda el título de *wei-wang-jin*, que quiere decir, persona que aun no ha muerto. Con esto quieren expresar que una viuda, nada tiene que esperar ya en la tierra, sino un dichoso fin que le permita reunirse al esposo que ha perdido. Despues de lo expuesto no necesito añadir que en China es una deshonra para una muger contraer segundas nupcias. En el primero de los libros sagrados de los chinos, el *I-king* (libro de las combinaciones simbólicas) se lee: « El príncipe celeste ha formado al hombre, el príncipe terrestre ha formado á la muger;» y como consecuencia de estas palabras han escrito los filósofos. « El hombre es superior á la muger, porque el cielo es varon y la tierra hembra.»

He querido manifestar todos estos pormenores, á fin de que se comprenda mejor por qué razon los chinos se muestran tan inhumanos con sus hijas: sigamos ahora la historia del infanticidio.

En los tiempos antiguos, los crueles adoradores de Moloch inmolaban á sus hijos en el altar de los dioses para que estos se mostrasen propicios á sus ruegos, y como dicen los poetas: « Ellos dan el fruto de sus cuerpos para borrar los pecados de sus almas.» En la actualidad reyna una supersticion casi igual entre los chinos, segun nos han dicho algunos piadosos misioneros: arrojan á sus hijas en los rios, despues de atarles en la espalda una vegiga, de suerte que las pobres criaturitas, flotan largo tiempo antes de espirar. Al considerar esta accion, la primera idea que ocurre es, que hallándose los padres imposibilitados para dar alimento á sus hijos, echan mano de aquel triste recurso para que los gemidos de las tiernas víctimas exciten la compasion; y que procuren salvarlas del peligro que las amenaza. Pero no es esta la intencion de aquellos espíritus groseros, y las infelices criaturas asi sacrificadas, son solo holocaustos que por mandato de los

oráculos ofrecen al genio de los rios unos padres supersticiosos. Cuéntase que exasperado hasta lo sumo un mandarin en vista de un fanatismo tan cruel; mandó arrojar sucesivamente en el rio Kiang á los autores y cómplices de un sacrificio de esta naturaleza, rogándoles irónicamente llevasen sus cartas y ruegos á la divinidad del rio.

Para salvar á las inocentes víctimas, que por exceso de pobreza ú otros motivos exponen sus padres en las calles de Pekin, el gobierno chino ha creido deber emplear los siguientes medios.

Todas las madrugadas, antes de nacer el dia, recorren la ciudad cinco carruages de hechura particular, tirados por bueyes. Cierta señal anuncia su paso, y las personas que tienen hijos vivos ó muertos que exponer, los ponen en manos de los conductores de aquellos siniestros carruages, para que los lleven al *yuyu tang* (casa de caridad) costeada por el estado. Los niños que salen vivos se entregan á las nodrizas, pero su número es muy pequeño; pues facilmente se concebirá que semejante travesia, no puede ser para unas criaturitas tan débiles y de tan tierna edad mas que una lenta y dolorosa agonía! Los que mueren durante el camino son colocados en una especie de fosa, cubriéndolos con cal viva.

En la primavera de cada año, los comisarios nombrados por el tribunal de ceremonias y de ritos, hacen construir una hoguera, en la cual arrojan los restos, de aquellos cuerpos para que se reduzcan á cenizas.

Mientras que la llama de la hoguera se eleva, multitud de *bonzos* la rodean invocando los espíritus de la tierra.

Los chinos creen en la metempsicosis, y si queman los esqueletos de los niños muertos, es por que tienen la firme persuacion que aquellos renacen bajo otra forma; así, pues, por humanidad, piden á las divinidades terrestres se muestren con ellos mas propicias en el segundo estado que lo fueron en el primero.

Concluidas las oraciones se retiran todos, y al dia siguiente vuelven los magistrados á presidir el acto de recoger las cenizas. Meten estas en un saco, y en seguida las arrojan ál rio, invocando de paso á los dioses.

En China se permite á todo el mundo la entrada en los hospitales de espósitos; y á cada momento los concurrentes adoptan á los huérfanos; por que nada hay mas triste para un chino que la idea de no dejar al morir un heredero de su nombre, que continue su raza, y que le haga los honores fúnebres en la sala de sus ascendientes. Segun las leyes del pais, el huérfano que se halla en la tierra sin apoyo puede encontrar una fortuna, un nombre, una familia, y finalmente todos los bienes que habia perdido, puesto que al hijo adoptivo se conceden los mismos derechos que á los propios. Pero aun en este caso son desgraciadas las niñas, pues rara vez adoptan los chinos una.

Sucede á veces que obligadas algunas pobres madres á separarse de sus hijos los confian á personas compasivas que suelen encargarse de su educacion. Pero cuando le falta este consuelo, los dejan á escondidas en un templo ó en un monasterio, pues saben que al recogerlos los inscribirán en el registro de la casa, y asi podrá llegar un dia en que les sea posible reconocerlos.

Los bonzos ó sacerdotes de Fo, se aprovechan de ese abandono para llenar sus claustros de religiosas bonzistas; mientras que los católicos, siempre animados por la caridad evangélica, educan á aquellas jóvenes en el temor de Dios, y las casan en seguida con chinos convertidos. De este modo

aumentan el número de los servidores del verdadero Dios.

Quédame hablar sobre una cosa horrorosa que el corazon se negaría á creer, si el hecho no estuviese atestiguado por testimonios muy respetables. Asegúrase que las desgraciadas criaturas expuestas en los sitios públicos son recogidas por hombres avaros que solo cuidan de su infancia en la esperanza de sacar mas tarde una ganancia sórdida, bien vendiéndolas como esclavas, bien obligándolas á pedir limosna, despues de haberles sacado los ojos, á fin de excitar en su favor la compasion de los transeuntes.

No todos los chinos participan de la indiferencia cruel de la mayor parte de ellos, respecto al infanticidio. En una obra titulada: *Discurso contra la costumbre de ahogar á las párvulas*, se encuentran las siguientes notables palabras:

«Vosotras, mugeres, sois, sin embargo, las hijas de los hombres; vosotras, madres, sois tambien las hijas de los hombres. Si os atreveis á llevar la mano sobre vuestra propia sangre, no sois ni hija ni madre! El tigre salvage no devora á su cria; la bestia mas cruel ama á su prole; pero las madres que matan á sus hijas son mil veces mas crueles y terribles que las lobas y los tígres.»

Para distraer al lector de las dolorosas ideas que le hayan podido inspirar estos pormenores, paso á hablar acerca de un objeto, del que ya he dicho algunas palabras: hablo de las modestas virtudes de las mugeres chinas, y de la educacion que se les da.

Cuando llegan á la edad de siete años las separan de los varones; y no se las permite comer con ellos ni sentarse sobre la misma estera. Aunque no hay hoy dia tanta severidad respecto á este punto como habia antiguamente, aun es costumbre en todo el imperio, asi entre las clases altas como entre las bajas, encerrar á las niñas desde la edad de siete años en un aposento interior, del cual no deben salir sino para casarse.

Vigiladas allí incesantemente por sus madres y hermanas, adquieren todas las cualidades que pueden hacer á la muger amable y buena, y asegurarles el afecto de los que la rodean.

Para comprender lo que se entiende por la educacion de las mugeres en la China, es menester no olvidarse que alli no hay como entre nosotros, bailes, conciertos, reuniones, donde se presentan tantas ocasiones para desplegar las gracias de su ingenio y de su persona. La niña ó la muger, retirada en su interior, no puede tener ni vanidad ni coqueteria; si se adorna, es para su familia, si se instruye, es para su familia; el universo, la felicidad, todo para ella se encierra allí.

Probablemente habreis leido algo relativo á la ridícula costumbre que tienen los chinos de despachurrar los pies de sus hijas para que sean mas pequeños y delicados.

Sobre este particular, me contentaré con transcribir fielmente las reflexiones del sabio padre Amyot, célebre misionero en China.

«La mania de comprimirse el cuerpo para adquirir mas elegancia y finura, no es menos estravagante que la de apretarse los pies para hacerlos mas pequeños. Por otro lado la primera es mucho mas peligrosa.

«Ignoramos si la historia de Occidente ha tomado á su cargo referir como y cuando tuvo principio esta costumbre: la historia de la China, no dice nada sobre el origen de la moda que consiste en comprimir los pies de las niñas. Suponemos que lo incómodo de los antiguos vestidos de las mugeres europeas las llevarian á sugetarlos á la

cintura para preservar la parte superior del cuerpo de los rigores del frio. Otras ideas respecto al adorno y mayor elegancia de los trages sobrevendrian despues; y como las mas de las veces las mugeres las admiten sin examinarlas, resulta que lo que se habia adoptado para conservar la salud vino á ser en breve un atentado contra la misma salud, y á veces contra la vida."

«Lo mismo ha sucedido en China. En tiempos remotos, las medias figuraban un cono, y no llegaban mas que hasta los tovillos: el pie lo envolvian entre varios dobleces de tela que llegaban hasta las medias, y que sujetaban á la mitad de la pierna con unas cintas. El amor á la coquetería hizo lo demas, y poco á poco las mugeres se fueron comprimiendo los pies hasta hacerlos semejantes á los de los niños."

«Por lo demas las chinas no comprenden de ningun modo, al ver el diámetro de un corsé, como las mugeres de occidente pueden vivir y respirar, asi como estas no conciben, al considerar la estremada pequeñez de los zapatos chinos, como pueden andar las las que los llevan."

Cuando una señorita china ha llegado á una edad en que puede contraer matrimonio, el código de leyes ha previsto cinco casos en que no puede contraerlo.

1.° Si pertenece á una familia de costumbres reprensibles.

2.° Si pertenece á una familia de rebeldes.

3.° Si ha habido en su familia algunas personas que hayan sido ajusticiadas.

4.° Si existe en su familia alguna enfermedad originaria.

5.° Si su hermano mayor ha muerto.

Sin duda creerás que la idea del legislador al condenar al celibato á la muger cuyo hermano mayor haya muerto, ha sido para que pueda consagrarse enteramente al cuidado de sus padres; nada de esto: la causa ha sido solamente porque á falta del hijo, el yerno debe alimentar al padre y á la madre de su muger.

Los convenios matrimoniales se hacen en las familias, sin que los futuros esposos se hayan visto. Cuando el astrólogo ó adivino ha manifestado que no hay inconveniente en que se verifique el matrimonio, se consulta al almanaque, donde se hallan inscritos con mucho cuidado los dias buenos y malos del año, y se elige un dia bueno para los esponsales. Entonces se conduce al yerno á la sala principal de la casa, en la que se hallan sus suegros sentados sobre un estrado, y se prosterna respetuosamente ante ellos. De vuelta á su casa debe dar las gracias á sus parientes por la muger que le han elegido, y al efecto hace tres profundos saludos, cuya ceremonia repite en seguida en casa de todos los miembros de su familia.

El dia en que se ha de verificar el matrimonio, el novio se adorna con todo lo mejor que tiene, y va á buscar á su muger, desplegando la mayor magnificencia.

Al entrar en la casa de su futura se prosterna de nuevo ante sus suegros. Las despedidas de la muger se reducen tambien á saludos y genuflexiones.

Al dejar la casa en que ha transcurrido su infancia, entra la muger en un palanquin herméticamente cerrado y adornado con mucha elegancia. Su esposo camina algun tiempo á su lado, y despues la deja para ir á esperarla en el dintel de su casa, y conducirla á presencia de sus padres, delante de los cuales se arrodillan ambos.

Durante la comida los reciencasados cambian varias veces sus vasos y copas. Si tienen salas de antepasados,

se dirijen á hacer nuevas postraciones.

Un mes despues de la celebracion de las bodas la jóven esposa es conducida por su marido á casa de sus padres, y allí la deja durante cuatro ó cinco semanas.

En este tiempo debe volver á sus ocupaciones de soltera, y servir á sus padres como lo hacia antes de su matrimonio ¿pero en lo sucesivo si vuelve alguna que otra vez á visitar el techo paterno, solo se la mira entonces como una estraña.

Hé aquí ya casada á nuestra china; pero, queda encadenado para siempre su marido á ella? No: la ley establece siete casos, en cualquiera de los cuales puede un chino separarse de su muger. Asi, pues, puede repudiarla:

1.° Si no obedece á los padres de su marido.

2.° Si es estéril.

3.° Si tiene una conducta frívola y vana.

4.° Si tiene una enfermedad incurable.

5.° Si es celosa.

6.° Si es ladrona,

7.° Si habla mucho.

Cuando la muger ha dejado á sus padres por segunda vez; y ha entrado para siempre bajo el poder de su marido, debe á este una completa obediencia; y lo que mejor puede hacer para ganar el corazon de aquel que ha venido á ser el árbitro de su destino, es manifestar el mayor respeto hácia sus suegros, y cumplir con ellos todos los deberes de la sumision filial.

La ley fundamental de la subordinacion de las mugeres en China dice:

« La muger ha nacido para obedecer y no para mandar; como hija debe obedecer á sus padres; como esposa debe estar sometida á su marido; viuda y madre tiene por gefe á su hijo mayor. Debe dejar al hombre el cuidado de los negocios exteriores, por que la muger ha nacido solo para entregarse á los deberes domésticos.

« Ella no puede aspirar á á ser honrada entre las personas de su sexo, sino cuando por el cumplimiento de aquellos deberes, olvide todo lo demas. Sobre este importante punto, estan nuestras leyes tan en armonia con el órden de la naturaleza, que pueden fijar, no solo la atencion de nuestros mas sublimes filósofos, sino tambien las de todos los sabios del universo. »

Por estas palabras, y sobre todo por ciertas obras escritas por los europeos, acerca de las costumbres de la China, podria, acaso, creerse que en este pais son las mugeres generalmente tratadas como esclavas: pero esto es un error: las relaciones de los misioneros que en ciertas ocasiones han vivido en Pekin con autorizacion del Emperador, y hasta en su intimidad, probarian al contrario que el mérito y las virtudes tienen su recompensa; y por mejor decir, acaso no hay pais sobre la tierra, donde las mugeres tengan mas consideracion, crédito y ascendiente que en China. Solo que en este pais para obtener aquel ascendiente es menester merecerlo.

Concebimos perfectamente la razon del afecto y de las consideraciones que se les guardan, porque es muy dulce sostener y considerar á los seres que reconocen su debilidad. No hay duda que las chinas deben completa obediencia á sus padres, á sus maridos y á sus hijos, pero al mismo tiempo el padre, el esposo, el hijo les confian cuanto tienen de mas precioso; descansan enteramente en ellas de los cuidados domésticos, y no emprenden nada en el mundo sin haberlas consultado antes. Impónense privaciones para procurarles placeres: la confianza que tienen en ellas es inagotable, y finalmente jamás les ocultan un secreto, sino cuando

puede entristecerlas, porque prefieren soportar solos el peso del dolor á dividirlo con sus amadas mugeres.

Para dar á sus compañeras los sentimientos de abnegacion y de humildad necesarios á una existencia que transcurre casi enteramente en el retiro, los chinos les quitan, por decirlo asi, casi todos los medios de instruirse. Apenas les permiten que sepan leer, por otro lado estan siempre tan ocupadas en los quehaceres de la casa, que les faltaria tiempo para dedicarse á la lectura. Ademas ¿qué habian de leer? En China no existen ni novelas, ni producciones literarias, ni periódicos que anuncien las producciones de los grandes autores, ni sus triunfos. *La gaceta del Imperio* solo hace mencion de las obras científicas cuya composicion ha confiado el Emperador á los literatos, miembros del *Bosque de los pinceles* (Academia imperial).

Es sabido que los chinos señalan con un pincel los caracteres simbólicos de que se componen sus escritos, y que cuando se habla de escritura, manifiestan el mayor odio á la nuestra, comparándola á las señales que dejaria una mosca sobre el papel al pasar con las patitas mojadas en tinta.

Ya hemos dicho que las chinas no dejan nunca el interior de sus casas. Para prevenir la pregunta de los que quieran saber de qué medios se valen para adquirir los efectos que puedan necesitar, diremos: que á las mugeres de los chinos está absolutamente prohibido el comercio, en el cual tienen tanta parte las mugeres de europa. Jamas se presentan en ninguna tienda ni para vender ni para comprar, por que esto repugnaria demasiado á las costumbres del pais. Asi es que continuamente se ve por las calles una multitud prodigiosa de mercaderes ambulantes que conducen á las casas todo lo necesario para las necesidades de la vida. Esta industria es muy útil especialmente para los pobres que no quieren dejar salir á sus mugeres, y no tienen esclavos á quienes enviar á los mercados públicos.

Hemos hallado algunas noticias relativas á las familias de los soldados en China, que hemos creido dignas de poner en conocimiento de nuestros lectores.

Casi todos los defensores del celeste imperio son casados: viven estramuros de la ciudad, en cuarteles espaciosos, donde cada soldado posee una pequeña habitacion de unos diez pies cuadrados, con un patio al frente y un jardin á la espalda, que guardan relacion con las dimensiones del edificio. Estas lindas casitas están divididas unas de otras por una pared de siete á ocho pies, de altura á fin que una familia no pueda inspeccionar el interior de la otra, por que en China es un crímen en el hombre el atreverse á levantar los ojos sobre la muger de otro.

Para completar esta relacion insertaremos un trozo traducido del chino por uno de los Padres de la mision.

El aposento de las mugeres.

«En vano el aposento de las mugeres es inaccesible á las miradas estrañas: si el desorden entra en él, la noticia se divulga con la rapidez de la flecha; ó mas bien como un incendio devorador, del cual los que no pueden ver la llama, aperciben desde lejos el humo.

«El trabajo es el guardian de la inocencia de las mugeres. No les dejeis nunca tiempo para que esten ociosas. En todos tiempos, deben ser las primeras en levantarse, y las últimas en acostarse.

«Una jóven debe estar tan cerca de su madre, como si fuera su sombra. La modestia y el silencio, la dulzura y la timidez, son los verdaderos adornos de su belleza.

«Ninguna ocupacion de la casa es vil

para una muger prudente y entendida. El huso y la aguja deben llenar todos sus ratos desocupados: y debe hacer consistir su gloria, bien en preparar la comida, bien en cuidar á los enfermos.

«Debe sonreirse y alegrarse á tiempo; pero ni aun cuando se halle en el mayor acceso de alegria su voz debe ser ruidosa. La de una jóven debe ser aun mas baja, hablar alto seria en ella una cosa mal vista.

«La muger no debe negarse á nada; y tan pronto debe estar dispuesta á pedir consejos, como tímida debe mostrarse para darlos. Su boca no debe abrirse para nada que pueda disminuir la gloria de otro ó aumentar la suya.

«Las perlas y pedrerias, la seda y el oro, con que se adorna, es solo un barniz transparente por medio del cual se descubren mejor sus defectos. Todos los siglos lo han dicho al nuestro: el candor y la virtud es el adorno mas bello de la muger.

«Adivínase lo que será una jóven en la casa de su esposo, por lo que haya sido en la de sus padres.

«En vano sus rosados lábios y la blancura de su frente pretenderán eclipsar el esplendor de la aurora y de la primavera, si el fuego de la cólera, brilla en sus ojos: en este caso no queda nada de su belleza; y aunque sus palabras sean dulces como la miel, los celos y la envidia agriarán hasta el sonido de su voz.

«Una mirada arrogante é imperiosa, revela un gran orgullo. Y mientras mas quiere una jóven lucir su talento, censurando los defectos de otro, mas pone en claro un secreto fatal..... y es, que posee mal corazon."

¡Qué lecciones, tan sabias! ¡qué consejos tan útiles!

Pero no se crea por la pintura que se ha hecho de la educacion ó mas bien de la falta de educacion de las chinas, que todas son unas mugeres sin imaginacion, é incapaces de comprender ni de concebir ideas brillantes y buenas obras. Seria una injusticia creerlo asi, tanto mas, cuanto que es sabido, que no es siempre en medio de la algazara y los goces del mundo, donde la inteligencia se desarrolla mejor: para ello necesita, por lo comun, la calma y el silencio del retiro.

Entre las mugeres de la Flor del Centro, que es el nombre que los chinos dan á su pais, que han recibido alguna educacion, hay muchísimas que comprenden, que el estudio es el encanto mas precioso en la soledad.

Retiradas en sus misteriosos aposentos, no necesitan llegar á la edad en que los placeres del mundo ofrecen pocos atractivos á las mugeres, para buscar distracciones en el cultivo de las letras. Esta es la recompensa merecida por sus virtudes. Entiéndase que solo hablamos de los talentos privilegiados, que se encuentran en todas partes, sea cual fuere el obstáculo que las costumbres del pais opongan á su desarrollo.

La China posee tambien sus Sevignes, sus Staëls, sus Cottin, sus Dufrenois, sus Delfinas Gays; pero de todas las mugeres que se han hecho ilustres en el Celeste Imperio por una inteligencia superior, y un gran talento literario, es la mas célebre y grande la sabia Pan-hoei-pan.

Compuso su principal obra para edificacion de las personas de su sexo; obra que contiene una moral tan pura y tan santa que deberia presentarse por modelo no solo á las chinas sino tambien á todas las mugeres del universo. Su mérito fue reconocido generalmente, y su autora tan estimada que fue el oráculo de la corte en todas las cuestiones literarias que se promovian; habiéndola distinguido el Emperador en

vida y en muerte de un modo notable, que dice mucho en favor de la civilizacion de la capital de aquel pais.

No queremos concluir sin hacer mencion de otra muger no menos ilustre que Pan-hoei-pan, pues si esta asombró á los hombres por su inmenso talento, la otra se atrajo su admiracion por su caridad evangélica. Esta muger fue Cándida, una de las primeras chinas que se convirtieron á la Religion cristiana, y que con un celo y perseverancia superiores á lo que se podia esperar de su sexo, predicó la fe, convirtió á muchos, levantó capillas, socorrió á los necesitados, y mereció por sus virtudes que todos la respetasen incluso el mismo Emperador, quien en mas de una ocasion se asoció á sus ruegos, á las obras de caridad que Cándida hacia.

EL CASTILLO DE KOLINERAS.

I.

INTRODUCCION.

En todos tiempos he amado apasionadamente las novelas, y desde mi niñez he tenido la intencion de escribir las memorias que por fin ve el público. Mas, á pesar de la singularidad de los acontecimientos de mi vida, no encontraba en mi historia bastantes materiales, para formar lo que entonces se llamaba una buena novela, tales como las de las señoras Laffayette, Grafini, Richardson y Ricoboni, etc. Mis aventuras, entre las cuales las mas sorprendentes han pasado en el castillo de Kolineras, no presentan ni caractéres correctos, ni sentimientos sublimes, ni resultados morales; asi qué, renuncié al proyecto de darlas á luz. Pero, cuál fue mi alegria y regocijo al ver perfeccionado este género con la invencion de *los castillos*!... Ya no temo á nadie, esclamé con transporte, y escribí mis memorias sobre la marcha. Sin embargo, debo advertir al lector que contando una historia verdadera, no puedo hacer esta pequeña obra tal como por ciertas miras lo hubiera deseado, pero prometo publicar otra dentro de poco tiempo con el título de: *El castillo de Bentheim*, atreviéndome á decir que el plan será magnífico y el argumento soberbio. Figuraos una larga fila de apartamentos góticos que contienen mas de cuarenta piezas, sin contar los otros aposentos. Luego este castillo estará situado en la cumbre de una montaña rodeada de rocas y con todo lo que es de uso en semejantes fortalezas, tal como cuevas, grandes y pequeños subterráneos, capillas arruinadas, bóvedas, tumbas, y un cementerio en el cual pondré un pequeño precipicio. Esto del precipicio es lo único de mi invencion, pues lo demas no he tenido la gloria de inventarlo; lo he encontrado todo compuesto y delineado en el camino de Hamburgo á Deventer.

Este castillo reune todas las circunstancias que puede desear un autor. Ha sido sitiado en 1794; sus muros están destrozados á fuerza de cañonazos, muchas de sus cámaras estan aun teñidas de sangre, sus patios cubiertos de huesos humanos, &c. &c. Bien mirado, debo dar gracias al cielo de que madama de Radcliffe no haya hecho este viaje antes que yo, pues no hubiera dejado de aprovecharse de las inspiraciones que le habria causado la vista de este castillo para formar un bello tema para una novela. En fin, gracias á mi estrella no ha sucedido asi, y veo que no es muy dificil hacer una cosa hermosa sobre un

fondo tan bello. El castillo de Bentheim tiene un esterior magnífico y un gran número de escaleras de caracol: dividiré mi obra en cinco tomos, es decir, uno por cada piso. El castillo de Kolineras no me presenta las mismas ventajas; desdichadamente está casi nuevo y en él no se ha cometido ni tan solo un asesinato, ni un crímen. Mis lectores conocerán que no es muy agradable trabajar sobre tales principios; pero espero que sabrán apreciar el mérito de una dificultad vencida.

II.

MI PRIMERA PASION.

¡Cuanto envidio á aquellos que tienen la dicha de nacer en uno de estos bellos climas que presentan desde las primeras páginas de una historia la dichosa ocasion de describir un sitio magestuoso y pintoresco!... Yo he nacido en la provincia menos *romántica* de Francia; la Picardia: triste pais, desgracia de la naturaleza, donde uno no encuentra ni volcanes, ni rocas, ni precipicios, donde no se ve mas que campos de trigo: cebada y alcachofas... Perdí al conde de Olbac, mi padre, cuando estaba aun en la infancia, y fui educado por mi madre, en una pequeña heredad á cuatro leguas de Noyon. Mi madre, que jamás habia sentido esta pasion que llaman amor, era no obstante la persona mas romancesca del mundo; creia firmemente en que las pasiones inspiradas por una *mirada*, hacian el *destino de nuestra vida*. Creia en las simpatias, en los presentimientos, y en cuanto á *los aparecidos* hacia una distincion que no dejaba de ser bastante ingeniosa. Creer, decia, que los muertos vuelven al mundo para espantar y horrorizar á los vivos, es una idea de viejas, es lo que se llama *creer en los aparecidos*: mas, creer que los que nos han amado apasionadamente en vida, puedan despues de la muerte, por un permiso divino, manifestarnos su inmortalidad, es por el contrario una opinion que nada tiene de absurdo, creyendo que el alma nos sobrevive. Esta opinion me parecia tan creible como verdadera, tanto mas cuanto mi madre la apoyaba con pruebas, contándome varias apariciones que ella misma habia tenido de mi padre y de mi abuela. Con todas estas conversaciones yo no creía en los muertos como el pueblo, pero *sí* en los aparecidos, dos cosas bien diferentes como se acaba de ver. Mi madre, que no leia otra cosa que novelas, me inspiró, siguiendo su ejemplo, un gusto apasionado hácia este clase de lectura que no dejé mas que para dedicarme á la música. Tenia una especie de maestro que sabia el latin bastante mal, pero que en cambio tocaba bastante bien el violin; con él aprendí este instrumento que ha tenido algo de influencia sobre el resto de mi vida.

A los diez y ocho años entré en el servicio militar, y en esta misma edad pasé todo un invierno en París, en casa de Mad. de Volny, mi tia, y hermana de mi madre. Mad. de Volny tenia un hijo único con dos años de edad mas que yo; llamábase Amadeo, y por la amabilidad de su trato y dulzura de carácter, bien pronto fue íntimo amigo mio. Nuestros gustos eran iguales y simpatizábamos en todo, solamente nos diferenciabamos en una cosa: él era apasionado á la danza y yo á la música.

Un músico, amigo mio, propúsome un dia ir con él á una sociedad de aficionados, donde oiria á una jóven que cantaba como un ángel. Acepté, y en efecto quedé hechizado al oir cantar á la señorita Sofía, jóven encantadora, que á una voz deliciosa reunia un talento superior para señoritas de su edad. En aquella reunion toqué el violin, fuí aplaudido, y aquellos aplausos me llenaron de orgullo y alegria, pues me fueron tri-

butados delante de Sofía. Este pequeño concierto se daba en casa de un hombre ya de edad, llamado Mr. Desormeaux, quien nos convidó á cenar, dando la casualidad de estar yo en la mesa al lado de Sofía. Entonces me acordé de todo lo que habia leido, de todo lo que mi madre me habia contado sobre las pasiones nacidas súbitamente, sobre los amores causados por una mirada, y conocí que *habia llegado mi hora.*

Sofía tenia veinte años, aunque ella decia no tener mas que diez y siete, cosa que creí fácilmente por ciertas coqueterías inocentes é infantiles. Una tia de cuarenta años, bastante conservada aun, é íntima amiga de Mr. Desormeaux, la habia presentado en el mundo. Como se puede suponer, obtuve el permiso de visitar á la señora de Elberg, (este era el nombre de la tia) siendo muy bien acojido en su casa todos los dias y en sus reuniones todas las noches. La sociedad que se reunia en su casa no era ni brillante, ni amable; pero, qué me importaba, si yo no hablaba mas que á Sofía. Perdidamente enamorado no la habia aun declarado mis sentimientos, y á fe que no era por haber dejado de encontrarme muchas veces á solas con ella, pues la señora de Elberg era el mentor menos vigilante y severo del mundo.

Sofía era muy aficionada á las flores, asi es que no perdonaba medio para poderla ofrecer siempre los ramos y ramilletes que mas me parecian de su gusto. Un dia, sabiendo que habia ido á la ópera con su tia llené de flores su gabinete de música, adorné con ellas su harpa, en medio de la cual puse un ramillete de rosas, y entre ellas un billete conteniendo estas solas palabras: «Ofrenda del amor al talento y la belleza.»

Esta declaracion fue recibida con tal sensibilidad y reconocimiento que no faltó mucho para volverme loco. Obtuve la tímida confesion del mas tierno amor, y la promesa solemne de unir mi suerte con la de Sofía luego de alcanzado el permiso de mi madre. Entonces yo hubiera querido encontrar grandes obstáculos para tener la vana-gloria de vencerlos, y procurarme con algo de ruido y celebridad la carrera de un héroe de novela.

Precisamente en aquella época llegó mi madre á Paris, pues venia á recibir á su primo hermano, el baron de Kolineras, á quien habia amado siempre tiernamente, y que acababa de llegar de Santo Domingo despues de cinco años de ausencia, y habiéndose adquirido una fortuna considerable. Al partir el baron para su viaje habia dejado en su castillo de Kolineras, en Bretaña, á su muger y sus dos hijas; pero la baronesa habia muerto dos años despues de su partida dejando encomendadas sus hijas á una vieja ama de gobierno. El baron en sus cartas á mi madre habia manifestado su deseo de darme por esposa la mayor de ellas llamada Estefanía, y que no tenia á la sazon mas que quince años. Estas nuevas me consternaron; pero no obstante aguardé con impaciencia la llegada del baron que venia de Kolineras. Estaba muy pagado de sus hijas, y deseaba con ardor que se pusiese en planta el proyecto de mi union con la mayor.

Al otro dia de su llegada convidóme á desayunar en su casa, y no hizo otra cosa que hablarme de Estefanía. Admirado de que yo le escuchase con cierto aire de indiferencia, hízome varias preguntas, á las cuales respondí francamente que habia entregado ya mi corazon.

—Ah! ah! respondióme riendo, muy presto lo has entregado ¿una intriga á tu edad?

—No es ninguna intriga, es una verdadera pasion.

—Espero que no será ni por una muger casada ni por una cortesana?

—La persona á quien amo es libre,

y tan virtuosa como bella.

—Es honesto su nacimiento?

—Su abuelo fue regidor de Tolosa.

—Tiene fortuna?

—No.

—Desde cuando la conoces?

—Hará cosa de tres meses.

—Bien, pues escucha. Con grande sentimiento por mi parte renunciaré al proyecto de darte mi Estefanía; pero yo soy rico, ella encantadora, y no me será difícil encontrarla otro marido. Si á ti no te es posible contribuir á mi dicha, no por esto debo yo renunciar á hacer la tuya. Si dentro el término de un año tienes los mismos sentimientos que te animan en este instante, yo te aseguro de obtener el consentimiento de tu madre, y á mas me encargaré de los gastos de la boda, dotando á la que tu amas con cuarenta mil francos. Exijo solamente que no te cases hasta haber reflexionado durante un año entero.

Este discurso de mi tio hubiérame inspirado mucho reconocimiento si lo hubiese creido sincero, pero tenia la cabeza llena de todo lo que habia leido en las novelas, me acordaba de los engaños, de los artificios de que se valian los *padres* y los *tios* para desunir á los *amantes*, y no ví en la proposicion de mi tio, otra cosa que una estratagema de que queria valerse para proyectar algo secreto contra mi amor. Sin embargo, como no tenia ninguna certitdumbre, no pude menos de prometer lo que él deseaba, proyectando, no obstante, estar sobre mí, á fin de poder escapar de los lazos que pudiera tenderme.

Concluíase ya el invierno, cuando Mr. Desormeaux, el amigo de la tia de Sofía, invitóme á pasar algunos dias en su casa de campo en Autevil, y acepté por cuanto Sofía debia ser de la partida. Allí la informé de que por ella habia desechado la mano de Estefanía de Kolineras, pero á pesar de las seguridades que la dí, pareció no quedar enteramente segura de mi amor. Entonces compuse para ella un romance muy apasionado cuyo estrivillo es menester que conozca el lector. Hélo aquí:

De la insípida Estefanía
Podria ser el amante.
Despues de amar á Sofía?

Yo mismo tambien compuse la música, que agradó de tal manera á Sofía, que no perdonaba ocasion de cantarlo acompañándose con el harpa.

III.

GRANDES AVENTURAS.

Al cabo de ocho dias volví á París embriagado de amor y dicha, cosa que no es estraña, pues amaba con todo el entusiasmo y la buena fe que se puede desear á diez y ocho años, agregando á esto una cabeza romancesca y un corazon sensible. Sofía debia quedarse tres semanas en el campo, y ya se puede considerar que yo la escribia dos ó tres veces cada dia, y que solo pensaba en ella.

Una mañana entró mi tio en mi aposento, y sin preceder ningun preámbulo me habló bruscamente de Sofía, diciéndome que habia tomado informes sobre ella, que la tia era una cortesana lo mismo que la sobrina. Este discurso no hizo mas que certificarme en la opinion que yo habia formado de que el baron queria indisponerme con la muger que yo amaba; asi que, mi respuesta solo fue una sonrisa irónica.

—Ya lo ves, continuó el baron, tu amada Sofía no es nieta de un corregidor de Tolosa como pensabas, no es otra cosa que una aventurera, una cortesana. Sé que tú estás engañado, y que por lo mismo no me creerás bajo mi palabra, pero hé aquí lo que he hecho. Sofía sin tu noticia hace tres dias que está en Pa-

ris; me hice presentar ayer en su casa bajo el supuesto nombre de un baron aleman, y he obtenido de ella la promesa de que venga á cenar conmigo esta noche en una pequeña casa que me han facilitado situada en Bagnolet. Te propongo el venir allí esta noche á las nueve, y me figuro que luego que hayas conocido á Sofía, concebirás hácia ella todo el desprecio que se debe tener hácia una de las de su clase.

Sí, respondí yo con un tono firme; sí, esta noche iré á Bagnolet.

—Muy bien, amigo mio, espero que allí te curarás de una vil pasion, despreciando á la que ha sabido inspirarla. Adios.

Al concluir de decir estas palabras mi tio me dejó solo, y sin haber creido nada de todo lo que acababa de decir, me hice entonces una multitud de reflexiones; me figuré que mi tio habia obligado á Sofía á encontrarse en esta cita, descubriéndole su verdadero nombre, y dándole un pretesto cualquiera, y parecíame muy puesto en el órden que Sofía tuviese confianza en el tio de su amante, al cual creia un hombre respetable y lleno de honor. Mi tio se figura, decia entre mí, que estando yo persuadido de que Sofía le toma por un baron aleman enamorado de ella la creeré la mas vil de las criaturas, y que así que ella se presente en su casa á la hora indicada, yo romperé con ella sin ninguna esplicacion, sin atender á la menor palabra; vive, pues, muy engañado mi tio si tal es lo que piensa.

A las ocho partí para Bagnolet; iba á caballo, y por consiguiente llegué antes de las nueve. Mi tio me condujo á un aposento á fin de hacerme esconder en un pequeño gabinete que estaba en lo interior de la alcoba. Al cabo de algunos minutos oimos el ruido de un carruage.

—Es ella, dijo el baron, creo que te bastará el verla entrar; pero si quieres eres dueño de esconderte en este gabinete.

—No, respondí friamente, la esperaré sin moverme de aquí.

Abrióse la puerta, y apareció Sofía en el mismo instante adelantándose lentamente, pero de pronto levantó sus ojos sobre mí, tornóse pálido su rostro y retrocedió dos pasos.... Atribuí este movimiento á la inopinada alegria que le causaba el verme; asi que, me precipité á sus rodillas esclamando:

—Mi querida Sofía, quieren perdernos, separarnos, pero en vano lo intentan... yo he descubierto sus groseros artificios... Querian persuadirme de que veniais á esta casa en busca de un estrangero, pero vos conociais á mi tio, no es verdad?... Ah!... apreciable Sofía, os tendian un lazo afrentoso....

—Cómo!... interrumpió Sofía, dirigiéndose á mi tio, caballero, ¿habeis querido manchar mi reputacion?

A estas palabras, mi tio inmóvil y estupefacto de cólera y de sorpresa nos miraba fijamente sin respondernos.— Sofía se volvió hácia mí.

—Venid mi querido Augusto, me dijo, arrancadme, sacadme por piedad de esta odiosa mansion.

Tenia un aire de verdad y de candor al decir estas palabras que yo arrebatado la tomé por la mano y salimos de la sala precipitadamente. Cuando estuvimos en el coche conté á Sofía todo lo que mi tio me habia dicho, y tuvo que sacar su pañuelo para enjugar las lágrimas que le causó mi relacion.

—Oh cielos!... esclamaba, á qué peligros está espuesta la inocencia!... qué hubiera sido de mí sin vuestra penetracion?

—Afortunadamente no es fácil engañarme á mí.

—Bien lo se yo... pero qué monstruo es este baron de Palmeras!...

—No, él no es un monstruo. Todos

Colección Digital Luis Sánchez

los padres, los tutores y los tios son culpables de estas faltas para enemistar dos amantes cuya union no plazca á la ambicion de sus familias. Yo mismo he leido mas de treinta historias de este género, pero en ninguna he visto una estratajema tan endemoniada como la de mi tio.

Al otro dia de esta aventura, mi tio furioso contra mí, partió para su castillo de Kolineras despues de haber instruido á mi madre de todo lo que habia pasado entre nosotros. Esto fue causa de que recibiese severas represiones de mi madre, de mi tia y hasta de mi primo Amadeo, pero no hice ningun caso de ellas. Hé aquí, me decia entre mí, los accidentes que debia esperar; hace ya tiempo que preveia esta *conjuracion de familia* y debo preveer tambien las que vuelvan con el tiempo, pero el amor y la constancia conseguirán al fin triunfar de todo.

Todos los dias visitaba en secreto á Sofía. Una mañana la encontré bañada en llanto y me dijo que mi familia queria perderla y deshonrarla, pues habian solicitado una órden secreta de prision para ella. Mi indignacion llegó hasta el colmo, y entonces Sofía me propuso la fuga. Mil veces habia pensado ya en un rapto y no me desagradó el que la misma Sofía se anticipase á mis deseos.

—Yo tengo, me dijo, un tio negociante de Roterdam que acaba de llegar de las Indias, y que me recibirá con los brazos abiertos. Vos me llevareis á él; mi tio es inmensamente rico, y con el dinero quizá podremos cambiar las disposiciones de vuestra familia segun nuestros deseos. Pero yo no puedo esplicar esto á mi tio por una carta, es menester que le vea, que le hable... es menester que partamos para Roterdam.

Consentí en este proyecto y todo fue convenido en un instante, una sola cosa me embarazaba: Sofía me dijo que tenia en París algunas deudas y que su delicadeza no le permitia el marcharse sin haberlas satisfecho, y que era absolutamente necesario que yo la proporcionase cien luises. Díjome tambien que estos cien luises serian un préstamo para ella, pues que en llegando á Roterdam, su tio me los volveria. Prometí llevarla los cien luises, y á este efecto empecé por vender mi reloj y algunas otras alhajas. Amadeo me prestó veinte, y con el auxilio de algunas otras personas y de un viejo usurero que me dió cuatro mil francos conseguí completar la suma, quedándome alguna cosa para el viaje á Roterdam.

Traje los cien luises á Sofía y quedamos en que nuestra fuga seria en el mismo dia á media noche. Estaba ya todo preparado y á la hora indicada ya me encontraba en la barrera con una silla y dos caballos de posta. Yo iba á caballo pues no habia querido llevar criado. Vino hácia nosotros un fiacre, me acerqué y dije: ¿Sois vos? A estas palabras abrióse el fiacre y bajó una muger cubierta de un velo blanco que saltó al instante en la silla de posta, partiendo luego á gran galope. Yo me adelanté algun tanto para hacer preparar los caballos de posta, pues estábamos convenidos que no pararíamos hasta llegar á la frontera. Corríamos como el viento, yendo siempre yo de delantera, y despues de un viage muy fatigado llegamos á Quievrain. Allí puse pie á tierra y me acerqué á la silla de posta, abrí la portezuela, subí, y me senté al lado de la bella fugitiva á quien pedí con transporte que se quitase su velo.... Que cada uno se represente, si puede, lo que yo sentí, cuando ví una mano negra como la tinta separar su velo y descubrirme el rostro de una maldita negra africana que hacia tres meses que estaba sirviendo á Sofía. Yo quedé inmóvil, mudo de sorpresa... la negra que sabia apenas el

Domingo 11 de Octubre.

francés y que hablaba un lenguage endemoniado me decia procurando sonreirse agradablemente con un visage de diablo: *Mi, ser tu amante...* ¿Qué es de Sofía?... pregunté yo con voz enfurecida. Espantada la negra queria salir de la silla, pero la detuve con mano firme para preguntarla, mas solo supe que la misma Sofía la habia substituido en su lugar haciéndola creer que yo estaba perdidamente enamorado de ella, recomendándola no decir una palabra ni descubrirse hasta llegar á la frontera. Entonces ya no me quedó duda de la perfidia de Sofía, y á pesar de que me devané los sesos buscando una disculpa novelesca, un sentido misterioso para esta aventura, no me quedó duda de que era imposible dar con ninguno.

IV.

LA MUERTE DE UNA CORTESANA.

Dejé la silla de posta y la negra en Quievrain, y á todo escape volvíme á París. Allí me presenté en casa de Sofía, pero solo fue para saber que habia partido para Inglaterra con un músico á quien amaba perdidamente hacia seis semanas. Para obtener los cien luises me propuso la fuga, la cual sabia estaba yo deseando, y para poder huir libremente con su amante y ponerse á salvo de mis pesquisas, recurrió al ingenioso medio de darme su negra..... Confuso, desesperado, muerto de cansancio fuí á arrojarme á los pies de mi madre, protestándole que renunciaba al amor para siempre. Mi madre me perdonó mandándome ir á dormir. Dormí doce horas seguidas, cosa no muy romántica para un amante engañado, levantándome en seguida tan molido, que apenas podia sostenerme. Esto fue causa de que mi madre me hiciese una terrible disertacion sobre los efectos desgraciados de un primer amor, pues ella se guardó bien de atribuir mi decaimiento á una rápida y fatigada carrera de caballo. Me creia desdichado, y no se engañaba en esto; yo estaba humillado, desesperado, y los mas constantes esfuerzos no pudieron separar de mi imaginacion el desprecio que me causaba el indigno objeto que tan apasionadamente habia amado hasta entonces. Se puede pasar en un momento del amor á la mas completa indiferencia?... No, pues habia tantos lazos que me unian al objeto que habia adorado que no era bastante el desprecio para romperlos todos en un instante. Yo no amaba ya á Sofía, al contrario, la aborrecia; pero sentia un placer delicioso al recordarme su figura; sus talentos, su voz, su alegria, su carácter. Me repetia incesantemente: es pérfida, es vil, pero es muy cierto que jamás habrá otra muger tan amable y encantadora como ella.

Al cabo de poco tiempo partí para mi regimiento, donde estuve cinco meses, y volví á París á pasar el invierno en casa de mi tia. Allí supe con una verdadera emocion que Sofía de vuelta á París se habia ajustado en la compañía del teatro italiano. Vivia en una calle vecina á la mia, y las ventanas de la hermosa casa que habitaba daban á la calle, por la cual tenia yo precision de pasar diferentes veces al dia. Mil veces la encontré en una bella y elegante carretela, pues era la querida de un tal caballero de Kevnosi que se arruinaba por satisfacer sus mas pequeños gustos. Tuve violentas tentaciones de ir á verla para echarla en cara su perfidia; pero conocí que me envilecería á mí mismo si volvia á ocuparme de ella, y desde entonces traté de sofocar y combatir la debilidad que de mí se habia apoderado.

Hacía ya dos meses que estaba en París cuando supe que estaba peligrosa-

mente enferma de una fluxion en el pecho; cada dia me informaba de su salud, hasta que al cabo de tres dias por la noche se me dijo que la enfermedad habia hecho rápidos progresos, y que estaba ya en el último trance. No sé lo que pasó en mí al recibir esta noticia; pero puedo decir que salí de casa en el mismo instante para encaminarme á la suya, pues la idea de que se estaba muriendo parecia infundirme valor para ir á verla sin temblar.

Al acercarme á su casa observé sus ventanas abiertas, lo estrañé muchísimo, pero no obstante entré. Al pie de la escalera encontré una criada, la pregunto, y me responde bruscamente: bajo mi palabra que no sé si vive aun: ¿quién quiere V. que se cuide de semejantes mugeres?... A estas palabras me adelanté hácia la escalera y subí; me detuve en el primer piso, entré sin ver persona viviente, todas las puertas estaban abiertas, y despues de atravesar dos antecámaras me encontré en el dormitorio de Sofía. Allí no habia ni criados, ni sacerdotes, ni aun una enfermera... la augusta Religion era desconocida en aquel recinto; la amistad no parecia, y el amor acababa de huir con el placer y la voluptuosidad... la muerte solo reemplazaba este vasto aposento. Era ya de noche: una lámpara alumbraba débilmente este lugar abandonado, pero se recibia en él una gran claridad de la luz que despedia un reverbero puesto en frente de una de las ventanas abiertas.—Avancé con paso vacilante, y el primer objeto que se me presentó delante, fue un arpa sin cuerdas echada sobre una mesa.—Entonces me acordé, con placer melancólico, de la seductora muger que tantas veces habia visto tener entre sus brazos esta arpa armoniosa.... Todo estaba en desórden en aquel aposento, multitud de muebles hacinados unos sobre otros estaban arrinconados; antes de llegar á la alcoba encontrábase un elegante tocador medio derribado, frágil altar de la hermosura de donde todos los dias se exhalaban los mas deliciosos perfumes... flores, frescas aun, diseminadas por todas partes, un vestido magnífico de baile cubierto de guirnaldas de rosas y echado sobre un canapé, diferentes trages de máscara hechos pedazos y tirados por el pavimento; todo anunciaba en este lugar, que la muerte habia sorprendido su víctima en los brazos del placer y la locura...—Levanté los ojos y la sangre se me heló en las venas... lo interior de la alcoba estaba cubierto de espejos que pocos dias antes multiplicaban la imágen de una beldad brillante, voluptuosa, y que sin embargo no ofrecian otra cosa ahora que el espantoso cuadro de la destruccion. Los rayos de luz que despedia el reverbero de la calle reflejaban en la luna de los espejos formando un foco de luz por entre el cual mis ojos descubrieron con horror el cuerpo inanimado de la desdichada Sofía.... Ya no existes, esclamé, desgraciada muger!... tus ojos brillantes están cerrados para siempre, tu boca engañosa y encantadora ya no volverá á abrirse para hacer resonar la mágica voz de una sirena... qué has hecho, pues, de tantos hechizos reunidos?... El vicio ha abreviado tu carrera, no has probado en tus últimos momentos mas que un cruel abandono, y no has dejado tras de ti mas que un recuerdo infamado por el desprecio... infortunada!.... que á lo menos caiga una lágrima de piedad sobre tu lecho de muerte!"

Al decir estas palabras, abundantes lágrimas cayeron de mis ojos sobre el triste objeto que estaba delante, sentí que mis rodillas flaqueaban, y temiendo dejarme vencer por una viva conmocion separé los ojos de este terrible espectáculo, y volví la espalda á aquel lecho fúnebre. Mas al retirarme precipi-

tadamente de aquel doloroso espectáculo, tropecé con el arpa, la cual no habia advertido, que cayó produciendo un sonido melancólico y armonioso, y que cual si hubiese encontrado eco en mis venas, hizo latir todas mis arterias, como si escuchase el sonido de una música deliciosa... Creí oir á Sofía... y este pequeño accidente produjo una sensacion tal en mis sentidos que á no haberme apoyado sobre una mesa hubiera caido desvanecido. Estuve algunos minutos inmóvil, fuera de mí, y quien sabe cuanto tiempo hubiera estado en la misma posicion, á no sacarme de mi doloroso estupor, un gran rumor que se acercaba lentamente. La justicia que venia á poner los sellos. Recobré mis fuerzas y me dirigí lentamente hácia la puerta en el momento en que entraba el comisario y sus dependientes conducidos por una criada que llevaba un candelero para alumbrarlos. Me adelanté hácia ellos, pero quiso mi buena suerte que tropezase con una silla que se hallaba al paso haciéndola caer. A este ruido la criada dejó caer la luz dando un grito terrible y todos movidos por un sentimiento de terror retrocedieron algunos pasos. Entonces aprovechando este momento de desorden y á favor de la oscuridad que reynaba, bajé la escalera y salí de aquella casa, donde dejaba el inanimado cuerpo de la que habia obtenido mi amor, y donde tan dolorosas sensaciones habia yo esperimentado.

V.

GOLPE DE TEATRO.

Esta última aventura me sumió en una profunda melancolía; no obstante, mi tio, que me habia ya perdonado, para distraerme me llevó con él á las provincias meridionales donde le llamaban algunos negocios. Como este pequeño viage me probaba mucho; mi tio obtuvo una licencia que me dispensó de ir á mi regimiento. Buscaba todas las ocasiones para poder distraerme, y despues de costosos esfuerzos conseguí recobrar una total tranquilidad al cabo de siete ú ocho meses, quedándome no obstante una debilidad provenida del aturdimiento de mi imaginacion, que lejos de disminuirse se acrecentaba con el tiempo. Desde la muerte de Sofía habia evitado con el mas grande cuidado el oir tocar el arpa, pues la sola vista de este instrumento me causaba una sensacion inesplicable. Hubiera podido con el mas continuo cuidado desterrar tal sensacion, pero muy al contrario, jamas hice ningun esfuerzo para vencer esta repugnancia que decayó en una verdadera manía, pues al cabo de ocho meses no me era posible el sentir pronunciar el solo nombre de arpa, sin esperimentar una violenta sensacion de dolor. Esta locura la acrecentaba yo mas y mas, pues parecíame interesante y novelesca.

Mi tio, perfectamente contento de mi conducta, me habló de su hija, y me ponderó tanto sus gracias, su talento y su carácter, que me inspiró vivos deseos de conocerla. Pero como no habia renunciado á la ambicion de ser un héroe de novela, no queria por ningun estilo hacer conocimiento con Estefanía de Kolineras de una manera comun. En otro caso el baron me hubiera llevado á su castillo, y presentado á su hija como el esposo que la destinaba, y antes de condescender á sus deseos queria asegurarme por mí mismo si el amor paternal habia vendado los ojos del baron. Fuí á mi regimiento, y despues de haber estado en él tres meses, obtuve de mi coronel una licencia de dos, y me puse en marcha para la Bretaña. Cuando llegué cerca del castillo de Kolineras, me alojé en una cabaña donde fuí recibido como un viagero que fatigado no puede continuar su ruta. Pasé por un

tratante de caballos, y bien pronto entre preguntas y respuestas, supe que el baron estaba ausente y que no volveria al castillo hasta despues de algunos dias. Esperaba ver á las señoritas de Kolineras en el paseo, pero se me dijo que durante la ausencia de su padre salian muy raras veces de su parque. Entonces formé el proyecto de ganar alguno de los domésticos del castillo, y supe que las señoritas, bajo la custodia de una vieja ama de gobierno, estaban servidas por dos criados muy jóvenes, uno llamado Cárlos de diez y siete años, y una criada llamada Babet de quince. Se me contó tambien que acababa de morir una criada, lo que daba lugar á muchos cuentos é historias de aparecidos con las cuales estaban aterrados todos los criados del castillo. Esta circunstancia fue causa de que naciese en mí la idea novelesca de jugar un papel de *aparecido*, y de alejar á mi placer los curiosos. A este fin gané con dádivas al pequeño Carlitos, que á pesar de la sencillez de un niño que jamás ha salido de una provincia, me pareció bastante inteligente. Este, pues, me introdujo una noche en el castillo sin ser visto, y me escondió en un aposento. Me envolví bien con una sábana, y bajo este disfraz recorrí la misma noche todo el castillo para conocer del modo como estaba distribuido, no incomodándome para nada en este paseo nocturno los criados, pues huian al apercibirme dando agudos gritos. Como no era mi intencion atemorizar á las señoritas de Kolineras, estuve lejos de acercarme á su aposento, y luego de haber hecho tranquilamente mi ronda por el castillo, fuíme sosegadamente á acostar en el aposento de Cárlos, el cual me dió una buena cena.

A la mañana siguiente me dijo Carlos que yo habia esparcido un terrible espanto en todos los habitantes del castillo, y que se habian ya inventado una multitud de cuentos y hablillas sobre la aparicion de aquella noche, pero que apesar de todo esto las señoritas de Kolineras no creian una palabra de todo ello. Hácia el medio dia, Carlos me llevó tras de una puerta, desde la cual pór un agugero vi perfectamente á las dos hermanas. Estefanía, la mayor, era un dechado de gracias y de hechizos, mil veces mas hermosa que Sofía, pues á sus gracias naturales reunia un aire de candor y de modestia que hubiera embellecido á la misma lealtad. Hortensia, su hermana menor, sin ser tan hermosa tenia sin embargo una figura graciosa llena de atractivos. Estas dos encantadoras hermanas dormian juntas en un cuarto bajo junto al del baron, y como Cárlos tenia una llave del aposento de este último, me encerré en él todo el dia. Las ventanas de este aposento daban sobre un jardincito donde Estefanía cultivaba sus flores, y como ella pasó allí toda la tarde, pude contemplarla á mi gusto por entre las celosias. Perdidamente enamorado, me acordé que dos años antes habia rehusado su mano, y ella debia saber esta circunstancia; asi que, creyéndola irritada contra mí, tomé la resolucion antes de mostrarme de espresarla mis sentimientos en un billete. La escribí la carta mas apasionada, y encargué á Cárlos el que se la diese cuando estuviese sola, lo que me prometió cumplir exactamente.

Por la noche, habiéndome advertido Cárlos que el jardinero y la cocinera debian quedarse en vela en la galeria, pues no creian ni en duendes ni en aparecidos, resolví probar su valor, y con este designio fuí á situarme en la galeria, alumbrada débilmente por una lámpara suspendida del techo. Envolvíme bien en mi sábana, y subiendo sobre un pedestal de mármol vacio, tomé la posicion mas adecuada á mis ideas. Al cabo de algunos minutos oí abrir una puerta silenciosamente, y fue grande mi

sorpresa al ver aparecer otra fantasma blanca en todo igual á mí, que dió algunos pasos y se echó sobre un canapé sin verme. Imaginé al instante que bajo aquel disfraz se ocultaba un rival, y sin tener tiempo para hacer la menor reflexion me lancé precipitadamente sobre él cojiéndole por un brazo.

—Quién eres tú?... esclamé con voz terrible.

—Y quién eres tú que tal me preguntas? respondió en el mismo tono.

—Soy tu enemigo.

—Traes espada?

—Va nunca un amante sin ella?

—Sígueme pues.

A estas palabras yo descubrí mi rostro, y bien pronto mi adversario se arrojó á mi cuello, reconociendo con sorpresa en el fingido fantasma á mi primo Amadeo.

—Qué es lo que aquí te trae? le dije.

—Tranquilízate; no vengo por Estefanía, Hortensia es á quien amo.

Con esta seguridad abracé á Amadeo con transporte. En este momento llegaron los dos criados que allí debian velar, pero al apercibirnos volvieron las espaldas con supersticioso terror. Habiéndonos encerrado con Amadeo en el aposento del baron me contó que estando su regimiento en Diman, ciudad á una legua de Kolineras, habia venido á pasearse por los alrededores del castillo, donde oyendo contar cuentos de duendes y fantasmas le vino la misma idea que á mí, introduciéndose en el castillo con la ayuda de Babet su confidente. Pero, mas dichoso que yo, habia ya hecho su declaracion, y como Hortensia sabia que su padre debia presentarle á Amadeo como su futuro esposo dentro de pocos dias, habia consentido en hablarle en la galeria donde debia ir acompañada de su hermana y de Babet.

VI.

ACONTECIMIENTOS INESPERADOS, É INCIDENTES DE GRAN GÉNERO.

Eran las nueve y media de la noche, cuando Cárlos que entró en el aposento quedó estremadamente sorprendido al encontrarme con un compañero; pero yo para no infundirle sospechas, contéle la verdad del caso. Amadeo nos dejó para ir á su cita, y entonces me dijo Cárlos que no habia aun entregado el billete á Estefanía. Le reñí severamente y le dí órden para ir á entregarlo en el momento y sin dilacion. Al cabo de algunos momentos volvió jadeando y fuera de sí, y al entrar en el aposento, arrojóse en una silla sin poder hablar casi...

—Qué es lo que tienes, Cárlos? qué te ha sucedido?

—Ah señor!... una cosa terrible... vos no lo creeríais.

—Pero en fin, qué es?

—Es... es... que hay un verdadero fantasma en el castillo.

—Qué cuento es este?

—Si señor, si... un verdadero duende, ó por mejor decir una duende por que es el alma de una muger.

—La has conocido pues?

—Ah señor!... si supiéseis qué temor me ha dado?

—Vamos, déjate de locuras. ¿Qué has hecho de mi carta?

—Señor, la duende no ha querido que la entregase, pues me ha gritado con oscura y terrible voz... *Yo te lo prohibo...*

Aquí perdí la paciencia y eché un voto que hubo de amedrentar al pobre Cárlos, pues se levantó diciendo que iba á entregar mi billete á pesar de todas *las duendes* del mundo.

—Mas, á propósito, añadió, hé ahí un pedazo de papel que *la duende* me

ha mandado que os entregase.

Al decir estas palabras, dejó el papel sobre la mesa y salió precipitadamente. Yo me figuré que este espectro seria una chanza que Babet ó cualquier otro criado habria querido jugar á Cárlos, y sin embargo queriendo ver lo que era el papel que me habia dejado encima de la mesa, me acerqué, lo tomé y lo abrí; mas apenas habia echado una ojeada sobre las primeras líneas fuí sobrecojido al instante de un temblor universal, teniendo por precision que sentarme en en la primera silla que me vino á la mano. Aquel papel era una carta amorosa que habia escrito en otro tiempo á Sofía, y en la cual para disipar sus inquietudes hablaba de Estefania con el mas grande desprecio. ¡Cómo habia llegado esta carta á mis manos?.. Cómo penetrar este misterio?.. En vano me rompia la cabeza para adivinarlo, cuando de pronto me estremecí.. Acababa de oir cerca de mí los armoniosos ecos de un arpa...

Solo habia oido una ligera vibracion de sus cuerdas; pero el sonido que produjo llegó hasta el fondo de mi corazon... aquel sonido era igual al que hizo el arpa de Sofía cuando cayó en tierra por haber tropezado yo con ella la noche terrible en que la ví tendida sobre su lecho de muerte... Habia evitado hasta esta época todo lo que pudiese presentarme el recuerdo de la desdichada Sofía, y aquel sonido que acababa de oir inesperadamente, aquel eco llegó hasta el fondo de mi alma, estremeciendo por un momento todo mi ser..... Quise persuadirme por un instante que aquel sonido no habia sido otra cosa que una ilusion de mi fantasía: pero bien pronto se hizo oir un preludio armonioso, y luego una voz dulce que cantaba el romance que tiempo atrás habia hecho para Sofía, y del cual ya he citado estos versos:

De la insípida Estefanía
Podria ser el amante,
Despues de amar á Sofía.

El arpa cesó, y en el mismo momento entraron Amadeo y Cárlos, que se sorprendieron al notar la lívida palidez que cubria mi semblante. Mi primo me preguntó qué era lo que tenia; pero en lugar de responderle le hice varias preguntas seguidas sobre su cita. Me dijo que habia visto á las dos hermanas, que no habia osado decir á Estefanía que yo estaba escondido en el castillo, pero que se le habia concedido el permiso de esperar al baron que llegaba la siguiente mañana, con tal de que pasase la noche en un pabellon separado del castillo por una galeria. Amadeo añadió que Cárlos habia dado ya mi billete y que seguramente recibiria una respuesta al otro dia; despues de esta relacion pregunté á Cárlos quien era en el castillo el que sabia tocar el arpa.

—El arpa?... qué cosa es esa?

—Cómo!... no hay ningun arpa en este castillo?

—No señor.

—Habrá pues un piano?

—Tampoco.

—Vuestras señoritas tocan algun instrumento?

—Ninguno. El solo instrumento que hay en el castillo es la trompa, pues yo me entretengo algunas veces en tocarla.

—Esto es incomprensible!...

En este momento me detuve, la boca entreabierta y los ojos fijos en Cárlos... acababa de oir otra vez la fatal arpa cantando el mismo romance. Amadeo y Cárlos pusiéronse á reir preguntándome que era lo qué me pasaba...

—Cómo, dije yo, ¿no habeis oido...

—Qué?...

—El arpa.

—Qué idea tan estravagante!... dijo Amadeo, ¿cómo quieres que haya un to-

cador de arpa en un castillo metido en el fondo de la Bretaña ?.....

La jóven Babet entró en este momento para decirnos que las señoritas estaban ya acostadas, que nos rogaban fuésemos á pasar la noche en el pabellon, y que nos recibirian la mañana siguiente antes del desayuno. Aun estaba hablando Babet y el arpa volvió á empezar su infernal romance.

—Escuchad, escuchad, esclamé.

Todos guardaron silencio y todos prestaron atencion; dentro de pocos momentos cesó el instrumento diabólico.

—Y bien!... esclamé con tono triunfante.

—Y bien!... respondió Amadeo, nada he oido.

—Ni yo tampoco, dijo Cárlos.

—Yo sí, dijo Babet, he oido el viento silvando en los corredores del castillo, hélo ahí todo.

—Salgamos de aquí, dije yo impaciente, y adelantándome hácia la puerta.

En efecto, necesitaba respirar el aire libre, necesitaba alejarme de este fatal recinto donde nadie en el mundo me hubiera obligado á pasar la noche. Cárlos nos condujo al pabellon, donde habia un aposento con dos camas y á la verdad que me tuve por contento de tener un compañero durante la noche, pues todas las historias de duendes y apariciones milagrosas que en otro tiempo me habia contado mi madre, se ofrecieron en tumulto á mi imaginacion exaltada y delirante. Estaba en una situacion bien parecida á la locura, pues que la misma emocion y delirio de mis sentidos no me permitian hacer reflecsiones sensatas para vencer el terror supersticioso que de mí se habia apoderado. Nos sentamos á la mesa para cenar, y como estábamos aun en clase de escondidos, Cárlos fue el único que nos sirvió. A media cena me levanté precipitadamente... acababa de oir otra vez el arpa fatal acompañando la voz que cantaba el infernal romance. Amadeo me riñó severamente, asegurándome que yo era un visionario, pero entonces le hablé del romance que habia hecho para Sofía, lo que él no sabia aun; no obstante continuaba en decirme que esta pretendida música no existia mas que en mi imaginacion, hasta que para concluir de convencerle le enseñé la carta que el fantasma habia dado á Cárlos. Entonces sí que me confesó francamente que era estraordinario lo que me pasaba; pero en vano nos perdimos en conjeturas para adivinar la causa de este misterio, pues no pudimos dar con una razon que nos tranquilizase. Estuvimos hablando hasta que Amadeo vencido por el sueño se tiró sobre su cama durmiéndose profundamente; entonces yo me puse á leer un libro con bastante distraccion, pues estaba seguro de no poder conciliar el sueño.

Hacia ya rato que estaba leyendo, cuando creí oir algun ruido, levanté los ojos y ví que una puerta que estaba frente de mí, cubierta casi por el tapiz que pendia de las paredes, se movia y se agitaba silenciosamente. Acerquéme para examinarla, y luego de haber dado algunos pasos abrióse enteramente, dejándome ver un arpa rodeada de una guirnalda de rosas, y á la cual estaba atado un papel en que estaban escritas estas palabras con letras de mi mano:

Ofrenda del amor al talento y la belleza.

Esta era mi primera declaracion de amor á Sofía, aquella era su arpa..... Me lancé sobre Amadeo y quise despertarle para hacerle observar este nuevo prodigio: pero cuando me volví todo habia desaparecido, pareciendo que nada se habia movido de su puesto. Miré detrás de los tapices hácia la parte donde yo acababa de ver el arpa,

pero solo encontré una puerta cuidadosamente cerrada y que se resistió á todos mis esfuerzos para abrirla. Mis rodillas flaquearon, mis ojos se cerraron, y tuve que recostarme sobre un sofá, porque en aquellos instantes mi razon mi fuerza, todo cedia al nuevo prestijio que trastornaba mis ideas. Una voz dulce y terrible, la voz de Sofía acompañada del arpa, cantaba el romance fatal... y yo no podia ni levantarme ni llamar á Amadeo. Mudo de sorpresa, pálido de terror, no podia moverme de mi puesto pues parecia detenerme allí una fuerza magnética... Todas las coplas del romance fueron cantadas con la espresion mas poética... luego cesó la música, pero no encontrándome con fuerzas para levantarme, cerré los ojos; un espantoso ruido me hizo abrirlos, y entonces ví destacarse una figura aérea del fondo del cuarto, cubierta de un velo blanco; se adelantó lentamente hácia la mesa que estaba delante de mí; llevaba una sortija en la mano que parecía mostrarme, y declamó con voz melancólica estos versos que hice para Sofía cuando la regalé una sortija:

Ya que el alma es inmortal,
Aun mas allá de la tumba,
Por tí mi amor será igual.

En seguida la sombra dejó caer la sortija sobre la mesa, la luz se apagó, me encontré en una profunda oscuridad y no pudiendo soportar las ridículas emociones que en aquella noche acababa de sufrir, fuí presa de un mortal desmayo.

VII.

NUEVA SORPRESA Y DESENLACE.

Al volver en mí me encontré en los brazos de Amadeo que me dijo que habiéndole despertado un ruido estraordinario se habia levantado, habia encendido luz, y me habia encontrado sin conocimiento. Escuchéle sin darle ninguna respuesta y sin tener ni aun el deseo de contarle lo que acababa de pasarme... La firme incredulidad de Amadeo me hacia desechar el tener en él alguna confianza: si á lo menos hubiese estado Cárlos cerca de mí me hubiera escuchado con interes y me hubiera creido. Este era un sentimiento del género de los que esperimentaba, pues me acordaba que los príncipes y grandes personages siempre prefieren confidentes subalternos y sin luces, á los que gozan los primeros puestos del estado.

Amadeo me hizo algunas preguntas no pudiendo sacar nada de bueno, y cuando me vió algo animado volvióse á echar en la cama durmiéndose al instante profundamente... A poco me atreví á dar una ojeada por el aposento; todo estaba en calma y nada se movia... me levanté, pero no pude hacer este movimiento sin esperimentar un sentimiento de terror... estaba aterrado del ruido mismo que hacian mis pasos. A cada uno de ellos se agitaban mis nervios, y producian en mí una dolorosa sensacion... me adelanté hácia la mesa y púseme á temblar al descubrir la fatal sortija puesta alli por el espectro. La conocí perfectamente, era la misma que en otro tiempo yo mismo habia puesto en el dedo de Sofía. Gran Dios!... esclamé; luego es verdad que habiendo hecho traicion al juramento pronunciado sobre esta sortija, Sofía viene á reprender mi inconstancia desde el fondo de la tumba!... Ella fue pérfida, fue vil, y el cielo no puede permitir tales prodigios asi, y todos estos estraños fenómenos no son mas que ilusiones; pero... ¿cómo esplicarlas?

Al concluir de decir estas palabras me alejé de la mesa, abrí la ventana, y estuve en ella mas de dos horas: la frescura del aire libre habia calmado algun tanto mi agitacion, de modo que fuí á echarme en mi cama donde me dormí profundamente. A la mañana siguiente

Domingo 18 de Octubre.

fui despertado por el baron mismo, que entró alegremente en el aposento diciendo que acababa de llegar. Tanto á Amadeo como á mi nos riñó con bondad sobre la estraña manera con que nos habiamos introducido en el castillo, pero luego nos abrazó tiernamente, y volviéndose hácia mí me dijo:

—Quieres que te presente á mi Estefanía?

—Tio, quisiera saber antes si está irritada contra mí.

—Jamas la he instruido de tu loca pasion.... Vamos allá, es menester que os presente.

A estas palabras el baron salió y nosotros le seguimos. Encontramos á las dos hermanas en el salon, Estefanía me pareció un ángel, pues su sonrisa, á la vez ingenua y coqueta, daba á su belleza alguna cosa celestial. Al verla olvidé en un momento mis visiones, mis terrores y mis inquietudes. Me recibió con gracia y amabilidad, y el baron abreviando las ceremonias me hizo sentar al lado de ella, sonriendo maliciosamente. Se sirvió el desayuno, pero lo que es yo no pude hacer otra cosa que mirar á Estefanía, cuyas megillas se cubrian de tanto en tanto del mas vivo encarnado, sin que alterase por esto la nevada blancura de su frente y del resto de su rostro. No es de este modo como se ponen coloradas las coquetas de París, alli la confusion se mezcla á la causa que produce el rubor, alli se sabe porque uno debe intimidarse y el rostro entero se enciende. El mas bello hechizo del pudor no se encuentra mas que en los campos ó en la soledad, y este inocente rubor solo es permitido á la beldad naciente.

Despues del desayuno el baron nos condujo al jardin, donde yo dí el brazo á Estefanía, y me adelanté para declararla todo lo que su vista me habia inspirado. Cuando estuvimos á doscientos ó trescientos pasos del baron, la espliqué mis sentimientos con respecto á ella, pero no me contestó la mas mínima palabra. Su silencio me inquietaba.

—Servios decirme, la dije por fin, que accedeis á mis votos y á los proyectos de vuestro padre... Bajais los ojos... me respondeis con el silencio... ¿qué debo pensar yo de esto?... que os oponeis á mi dicha, ó que habeis hecho ya otra eleccion.

—Sí, dijo por fin Estefanía, yo amo, y hace ya largo tiempo.

Quedé consternado.

—Soy bien desgraciado, dije, pero no importa, prefiero mi desdicha antes que ser causa de la vuestra. No creais que yo quiera abusar contra vos de las bondades de vuestro padre, nada de esto; pero á lo menos dadme los medios de serviros. ¿Cuál es este dichoso mortal á quien prefeis?

—No me atrevo á deciros su nombre, pero puedo mostraros su retrato.

—¡Ah!... ¿Teneis su retrato?

—Héle aquí.

Al decir estas palabras sacó de su seno un medallon; pero cual fue mi sorpresa al reconocer mi propio retrato, puesto en un medallon rodeado de esmeraldas que habia regalado á Sofía.

—¡Gran Dios! esclamé, es este al que vos amais?... mas decidme, ¿como este retrato se encuentra en vuestras manos?

—Del mismo modo que la sortija.

—Como!... esta sombra que ayer me apareció...

—Era yo.

—Y aquella arpa melodiosa?

—Era la mia.

—Y aquella voz tan dulce?

—Era tambien la mia.

—Gran Dios!... qué palabras habeis cantado!

—Os perdono, dijo Estefanía sonriendo; si me amais está ya todo reparado; pero no creais que al cantar aquel romance haya cedido á un espíritu de venganza: no hacia otra cosa que obedecer á mi padre.

A estas palabras transportado de amor, reconocimiento y gozo caí á los pies de Estefanía. El baron, Hortensía y Amadeo nos sorprendieron, y mi tio haciéndonos sentar sobre un banco me dijo:

—Voy á esplicarte todos los fenómenos de la noche pasada. Primeramente has de saber que hace seis meses hice enseñar el arpa á mis hijas, luego fui á Pavía, y estando presente al inventario de los muebles de Sofía compré el arpa que visteis ayer noche. El caballero de Kernosi, último amante de Sofía, recibió de ella el sacrificio de tus cartas y de todo lo que tú le habias dado, y como él es grande amigo mio, no hizo mas que ceder á mis súplicas en pedir á Sofía todos los gajes de vuestro amor. Leí tus cartas, que era el medio de conocerte perfectamente, y á fe que no lo desprecié. Como el caballero de Kernosi estuvo en este castillo, él me dijo que Estefanía tenia un metal de voz muy parecido al de Sofía y desde entonces ya tiré mis planes para jugarte la burla de esta pasada noche. Cuando te introdugiste de incógnito en este castillo, Cárlos advirtió á Estefanía, la cual me escribió en seguida, y como no estaba mas que á dos leguas de aquí, púseme en camino sobre la marcha. Tu trasformacion en fantasma me sugirió la idea de vengar á Estefanía de tus antiguos desdenes de una manera novelesca, y exigí de ella todo lo que ha hecho, aunque como estaba prevenida en tu favor hacia ya dos años, necesité de toda mi autoridad para hacerla jugar el papel de esta noche pasada. En fin, entraban tambien en la conspiracion Amadeo, Cárlos y Babet, y todo se ha ejecutado segun mis órdenes. De aquí en adelante, continuó estrechándome afectuosamente la mano, espero que serás menos *romántico* y mas razonable.

—Sí, tio mio, respondí, la dicha me volverá discreto, puesto que ya el amor y el reconocimiento me han inspirado este deseo.

Algunos dias despues llegaron á Kolineras mi madre y mi tia, para estar presentes á las dos bodas, la de Amadeo y la mia. Yo recibí la mano de la adorable Estefanía; este es el desenlace con que concluyen la mayor parte de las novelas, y que por consiguiente acaba la mia; mas voy á trabajar en el *castillo de Beintheim* invocando antes la *décima musa*, desconocida á los antiguos, *la musa tenebrosa de los castillos góticos*. Presentaré en esta nueva novela todos los horrores imaginables, con una infinidad de paseos nocturnos que sobrepasarán á todos los publicados hasta el dia, en este género.

CASAMIENTO
DE LA
PRINCESA DE RUSIA.

El genio de Pedro el Grande ejerció tal influencia sobre la Rusia, que casi se le miraba como el fundador de este vasto imperio. Ya no se pronunciaban los nombres de los monarcas que le habian precedido; no se conocian las costumbres, los usos de un pueblo cuyo poder se estendia desde el mar Glacial, hasta el mar Negro. Sin embargo, los nombres de Wladimir, de Ivan el Grande, y Alejo, merecen pa-

sar á la posteridad por haber dotado á su pais de instituciones sabias, y animado las ciencias y la industria. En las costumbres de los antiguos eslavos, sometidos al gobierno de los príncipes del Norte se encuentran relaciones características originales, que son dignas de fijar en ellas la atencion, y de un eterno recuerdo.

Pedro el Grande entusiasmado por el progreso de la civilizacion en Alemania y en Francia, resolvió despertarlo en su pueblo y poner la Rusia al nivel del resto de la Europa; mas su espíritu de innovacion iba demasiado lejos. Guiado por el espíritu de imitacion, dispuso coger millares de gorriones para derramar en su imperio estos pájaros nocivos que los labradores procuran esterminar. Debemos recordar con qué rigor prohibió la barba y la cabellera, que preservaban la cara y la cabeza del frio escesivo. El abolió antiguos usos, entre los cuales habia muchos que merecian conservarse.

La hospitalidad de este pueblo era tan grande que estaba permitido robar á su vecino para mejor recibir á su huesped. La fidelidad de las promesas y la buena fe en las clases comerciales, eran proverbiales en algunas ciudades de la Rusia, y la manera como los Czares escogian sus mugeres, merece tanto mas una memoria durable, cuanto que las princesas Olga, Anastasia y Natalia, han sido dignas de llevar la corona, hasta por su influencia sobre sus maridos que ha contribuido á la dicha del pueblo, á quien han endulzado las penas, aliviando sus padecimientos.

Luego que el Czar queria casarse, los señores de la corte, se ponian en marcha y recorrian el pais, buscando las hijas mas bellas de las primeras familias.

Su número se elevaba de sesenta á ciento, y esto era un grande honor para las que hacian este noble cortejo. Se las llevaba al palacio del Kremlin donde quedaban bajo la inspeccion del Intendente de la corte, hasta el dia solemne en que el príncipe se servia indicar á los señores reunidos aquella que su voluntad suprema llamaba á participar de su corona. En el tiempo que estas jóvenes se hallaban en el palacio, nadie podian acercárseles. El Czar solamente, oculto bajo un disfraz, y alguna persona autorizada por él penetraban junto á ellas para apreciar su hermosura y pasar á examinar su caracter.

Muchas veces el bufon del Czar recibia órden de adornarse de las insignias reales para representar aquel príncipe. Las bellas hijas de la Rusia, engañadas por estas apariencias, descubrian algunas veces sus ambiciones, procurando atraer las miradas del falso monarca, y desdeñando al verdadero.

Alejo, hijo de Miguel, padre de Pedro el Grande, uno de los mas ilustres príncipes del Norte, respetó esta costumbre. Convencido de lo difícil que es á un monarca cercado de cortesanos el conocer la verdad, depuso las insignias de su grandeza, y disfrazado de simple particular visitaba los castillos de los señores, las casas de los ciudadanos y las cabañas de los aldeanos. Si por casualidad era reconocido por sus cortesanos, estos debian respetar su traje incógnito y tratarle segun el rango y la condicion que su difraz representaba.

De esta suerte, él lo veia todo por sí mismo y sabia las cosas que los señores de su corte se hubieran guardado bien de decirle. Algunas veces llegaba á las casas de sus favoritos sin hacerse anunciar, participaba de su comida, y pasaba algunas horas en alegre abandono, olvidando que él era el soberano y que ellos fuesen sus subditos. Sobre todo gustaba visitar y sorprender al boyardo Matweef, su favorito, y uno de los principales consejeros de la corona.

Un dia llegaba á su campo con simple vestido de capitan de guardias en el momento en que menos le esperaba Matweef. Los dos quedaron sorprendidos, Matweef conociendo al monarca que él creia en la capital, Alejo viendo en su mesa una jóven de rara hermosura. Por conformarse á las órdenes del Czar Matweef lo recibió como un oficial, y le invitó á tomar asiento á su mesa, que Alejo aceptó.

La conversacion al pronto fue poco animada, mas al instante el Czar dirijió la palabra á la bella desconocida quedando encantado de sus respuestas, y la vió alejarse con pesar luego que se acabó la comida.

—¿Quién es esta señorita? preguntó Alejo.

—Señor, es la señorita Narichkin, hija de un pobre hidalgo, que para sostener su existencia está obligado á vivir en una ciudad separada; él me ha pedido como gracia ocuparme de la educacion de su hija única: yo pongo en ello todos mis cuidados, y debo decir que la semilla no cae sobre tierra ingrata; la niña es instruida, afable, sabia, se hace querer de todos, y yo la miro como mi propia hija.

—Está bien, replicó el Czar, continuad vuestros cuidados con ella, que yo me encargo de su dote, y de buscarle esposo. ¿Sabe quien soy yo?

—No, señor, jamas sale, nunca ha visto á V. M.

—Entonces guardaos de decírselo.

Alejo se retiró muy pensativo. La bella Natalia le habia causado la mas viva impresion; él buscaba en su imajinacion á quien confiar una persona tan amable. A la segunda entrevista, la encontró todavía mas hechicera, luego hacia sus visitas con mas frecuencia, bien pronto ya le fué imposible estar un dia sin verla, y muchas veces pasaba las noches enteras al lado de la hermosa Natalia. Alejo conservó el uniforme de capitan de la guardia, y como Matweef no habia osado descubrir el secreto del soberano, su pupila estaba en una completa ignorancia del rango de Alejo, y asi le trataba familiarmente como un amigo de su tutor, lo que daba un nuevo encanto á su conversacion, llena de franqueza y de sencillez.

Matweef que se encontraba en una posicion difícil, no osaba romper la intimidad cada dia en aumento de Alejo con Natalia, y conocia sin embargo que su deber era protejer la hija de su amigo contra los lazos de una seduccion que ella no podia ni comprender ni adivinar. Sus inquietudes eran tanto mas graves, como que Alejo estaba en el momento de escojer una esposa. El preveia que la futura esposa del Czar sabria con cólera las frecuentes visitas del monarca á su pupila.

El dia de la grande ceremonia se aproximaba. Los señores estaban de vuelta de su viaje, y ya el palacio de Kremlin encerraba en su seno las mas bellas flores de la Rusia. Las grandes señoras de Moscow preparaban los ricos atavios, adornados de diamantes y de piedras preciosas. Al mismo tiempo, los boyardos se presentaron en la capital para saber el nombre de la familia que la voluntad del príncipe iba á elevar hasta el trono.

Todo Moscow se agita; el ejército se concentra al rededor del castillo; las campanas invitan á los ruegos; el pueblo se regocija; todo está en movimiento. El Czar solo no muda en nada sus hábitos; está siempre cerca de Natalia, lo que vuelve al pobre Matweef sombrío é inquieto. El preveia un triste desenlace de la aficion desdichada que Natalia le habia inspirado; pero el Czar apareció delante de él mas alegre que de ordinario. «Matweef, dijo, yo te tengo prometido ocuparme de la suerte de tu pupila; llegó el momento en que quiero pagar mi deuda. Tú sabes que mañana he de escojer una esposa; quiero que Natalia

se encuentre presente á esta solemnidad, y aquel que ella escoja de entre mis cortesanos deberá ser su esposo.»

Los cañonazos repetidos anunciaron á los habitantes de Moscow que el momento de la eleccion de Alejo se acercaba. La ciudad brillaba con una cantidad innumerable de luces. Largas filas de carruages, conteniendo todo lo que la Rusia tiene de mas noble por el nacimiento y de mas elevado por su mérito, se dirigen hácia el antiguo palacio de los Czares. El pueblo, no pudiendo penetrar en el castillo, estaba en las plazas y calles inmediatas. En los templos se oian los cantos que terminaban con estas palabras: «¡Dios mio! ¡tened piedad de nosotros!»

¿No es esto un uso que ofrece un magnífico é interesante espectáculo en el momento decisivo en que la corona va á partirse con la mas bella y la mas modesta de las hijas? Todo él imperio toma interés y desea adelantarse á saludar á una princesa que debe su elevacion á sus hechizos y á su mérito. La virtud colocada sobre el trono no olvida su origen y procura los bienes que ella derramará sobre la nacion, justificando la eleccion de su real esposo.

Mientras que la historia de todos los paises conserva entre sus páginas sangrientas la triste influencia de los príncipes estrangeros que la política impuso á los monarcas, la Rusia repite con admiracion y reconocimiento los nombres de algunas mugeres oscuras que la eleccion del Czar llamó al trono. Nosotros citarémos solamente á Anastasia, quien endulzó el carácter del terrible Ivan y transformó á este príncipe cruel en monarca legislador.

La grande sala de Kremlin ofrece un magnífico golpe de vista. Los señores están vestidos con sus mas ricos uniformes, las señoras rivalizan en elegancia; los diamantes, las piedras preciosas, brillan, fluyen, mezclados con las flores, con las estofas mas variadas y mas suntuosas. Lo que reynaba en esta imponente reunion era la cordialidad y la alegria. Las máscaras circulaban intrigando y jugueteando; no se percibia ninguna violencia, porque por disposicion del Czar la ceremonia se habia desterrado.

Todas las miradas se dirjian al cortejo de las jóvenes que debian pretender la corona de Alejo. Ellas estaban todas tan bellas que era dificil escojer. ¿Cuál será la que se elevará sobre las otras? Ninguna de ellas lo sabe, y cada una espera. La princesa Isabel Barbarykin fija sobre todo la atencion. Ella parece sobrepujar á sus rivales. Orgullosa por su nacimiento, piensa será Reyna por su hermosura.

Una máscara que por sus finos modales sobresalia á las demas, cercada de un cortejo de cortesanos entró en la sala. Todo el mundo la tomó por el Czar. y la princesa Barbarykin no podia contener la alegria cuando él se acercaba; temblaba cuando se alejaba; pero como S. M. volviese algunas veces junto á ella, se creyó ver ya la corona sobre su cabeza, y á sus rivales á sus pies.

Natalia Narychkin, vestida simplemente, sin oro ni pedrerías, se hallaba en un rincon de la sala sentada al lado del viejo Matweef. Este no apercíbia al Czar; pensaba que ocupado en su eleccion, se habia olvidado de su pupila, mas precisamente cuando examinaba la máscara que se acercaba á la princesa Isabel, le reconoció que se aproximó á Natalia con uniforme de capitan y medio cubierta la cara con la máscara.

Natalia, satisfecha de ver al amigo de su tutor, le preguntó con su sencillez habitual si el Czar habia ya hecho su eleccion.

—Aun no, replicó Alejo; pero si vos deseais verlo yo os conduciré cerca de él.

—Yo estoy bien aquí.

—Quién sabe, añadió Alejo, si luego que el príncipe os vea fijará la atencion en vos?

—Yo no ambiciono la corona, no quiero diputársela á la princesa Barbarykin.

—Esta es demasiada modestia. Pensad que vos podeis hacer la dicha de vuestro soberano y de vuestro pais.

Natalia viendo que el capitan insistia, auguró tristemente, y añadió con tono de despecho: ¡vos me contrariais! Suspiró, y una lágrima cayó de sus ojos. Alejo comprendió que era amado, y que Natalia le preferia simple capitan á un poderoso monarca. El veia que la idea de pertenecer á otro le hacia sufrir. Lleno de alegria resolvió recompensar dignamente la modestia unida á un amor sincero.

—Que se quiten las máscaras! dijo el Czar.

Al instante un silencio profundo sucedió al rumor de la fiesta. Los cronistas afirman que si en este momento alguno tuvo animados sus ojos, creyó no habia ningun ser viviente en el palacio. Todas las miradas se dirigian hacia Alejo; todos los corazones latian; las jóvenes no podian disimular su ansiedad, los boyardos aguardaban la órden de su amo para saber á quien debian rendir homenage.

¡Quien imaginaria la rabia de la princesa Barbarykin, cuando se cercioró de que el pretendido Czar que le habia dicho tantas cosas amables no era otro que el bufon de Alejo; y cual fue su admiracion cuando vió la corona sobre la frente de Natalia Narychkin, oyendo ella estas palabras: Boyardos de Moscow, esta es vuestra Czarina?

LA MANCHA DEL TURBANTE.

LEYENDA ÁRABE.

I.

Damasco es el olor del paraiso,
Bosque de minaretes elevados,
Y con bordes de rosa y de narciso
Laberinto de huertos encantados.
Ciudad que alza sus torres eternales
De adornos arabescos incrustadas,
Con hermosas ventanas ogivales,
Y columnas de pórfido delgadas:
Que se lava en mil fuentes de agua fria,
Que en claros surtidores toman brillo,
Cuyos muros en bella simetría
Reviste mármol negro y amarillo.
Ciudad de rio azul, cuyos cristales
Fecundando su mágica llanura
Corren en siete brazos ó canales
A derramar la vida y la frescura:
Y es el perdido Edén de claro cielo
Con lagos que lo imitan y reflejan,
Placer de los que pisan su almo suelo,
Suspiro de los tristes que se alejan.
Reposo encantador de caravanas
Que vienen con el índico tesoro,
Delicia de las tardes y mañanas,
Tierra toda de flor y cielo de oro.
Flores mil tiene Damasco;
Mas la flor mas bella y rara
Reposa sobre un diván
Muellemente recostada.
Flor que es hija de El-Biré
Con el nombre de Abdelazia,
Cuya singular belleza
Tanto pregonó la fama,
Que el árabe perseguido,
Que huye de enemigas lanzas,
Por respirar sus aromas,
A su puerta el corcel para.
Bajo bóvedas moriscas,
Con molduras que resaltan,
Salones que dejan ver
Cedro y oro en abundancia.
Y en sus ángulos las fuentes

Con pájaros que se bañan,
De Persia y Bagdad tapices,
Y marmóreas columnatas.
La vírgen risueña y pura
Profundos sonidos saca
De su cóncavo laud,
Que guarnecen concha y nácar.
Su padre la dejó sola,
Por amores de la caza,
Sola, bajo la tutela
De su nodriza Maravia.
A la puerta de El-Biré,
Cuando ya la noche avanza,
Pide albergue un infeliz
A quien viejo albornóz tapa.
Sus querellas son sentidas,
Y tan tristes sus palabras,
Y encarece de tal modo
Lo acerbo de sus desgracias,
Que por fin cede á sus ruegos
La nodriza poco cauta:
Pero apenas ha pasado
Los umbrales de la casa,
Y apenas la puerta gira
Sobre el gozne que la enlaza,
Para cerrar el Edén
De la reyna de las gracias,
Cuando arroja el albornóz.
Respira atrevida saña,
Y arrancando de su cinto
La mas rutilante daga,
Se la muestra á la nodriza
Diciéndola con voz baja:
«Mi amor con ella me armó,
Mi seguridad la saca;
«Tu silencio la detiene,
Mas si á tu silencio faltas,
Al impulso de mis iras,
Es tu corazon su vaina.»
Dijo: y practicando va
Las marmóreas balaustradas,
Guiado de blandos ecos
De una dulce voz que canta.
Pulsando está su laud
La bellísima Abdelazia:
Flores hay en sus cabellos;
Sus trenzas despues que enlazan
Con vueltas su frente pura,
En languidéz se desmayan,
Por el cuello de marfil,
Y por la desnuda espalda.
Festones de piezas de oro
Que con perlas van mezcladas,
Adornan su cabellera,
Que al ébano deslustrára.
Mal guardado tiene el seno,
De la seda y escarlata,
Mal guardados ambos brazos
Entre las abiertas mangas,
Y desnudo el blanco pie,
Que juega con lo que calza,
Pues balancéa un chapin
Del color de la esmeralda.
Quebrados dejó los sones
De la música que daba,
Suspensos dejó los dedos
En las fibras apagadas,
Cuando contempló al doncel,
Que postrándose á sus plantas,
Con acento de suspiros
Asi declaró sus ansias.
« Buzo audaz busqué una perla
Del mar en la vasta hondura;
Buzo audaz solo por verla,
Desprecié la muerte dura.
« Pisé la guardada mina
Codicioso y anhelante
De un tesoro que ilumina
Con los fuegos del diamante:
« Perdona mi atrevimiento
Que ha nacido de tu amor....
¿Si quitas audacia al viento,
Quién ha de besar la flor?
« Quéjase rojo clavel
Que lo tóme por palacio,
Donde ha de libar su miel
Mariposa de topacio?
« Mis miradas produjeron
En tu faz rosas que placen:
Tuyas son, que en tí nacieron,
Mias son, pues por mí nacen:
» De rosas mi labio gusta;
Deja que las bese yo,
Porque siempre fue ley justa
Que recoja quien sembró.
« Beso de tus pies la tierra,

Para ver si su frescura
La llama que el pecho encierra
Puede calmar por ventura.
« ¿Quién al astro de la noche
Te ha podido comparar
Cuando inclina el blanco coche
Sobre el adormido mar?
« ¿Cuándo tuvo por fortuna
Tus pupilas que enamoran
La casta y tranquila luna
De los cielos que te adoran?
« ¿Si juzga y tiene por cierto
Quien contempla tus lumbreras,
Que el árabe del desierto
Va encendiendo sus hogueras?
« Déjame tu voz oir;
Serán gratos sus acentos,
Cual las arpas y el sentir,
En un dia de contentos.
» Asi calmarás mi afan,
Y mi pena lastimera:
Yo soy el triste Asmolan,
Mi padre en Damasco impera.
« Mi padre es Abdul-Nessir,
Que al tuyo colmó de honores:
Déjame tu voz oir,
Primavera de las flores."
Conmovióse la doncella,
Que son cera sus entrañas;
Quiso reprender su arrojo,
Mas su voz quedó cortada,
Cual si fuerza irresistible
Le añudase la garganta;
Que las fuertes emociones
Mudas son, y apenas hablan.
En sus admirados ojos
Brilló un rayo de venganza,
Mas la compasion al punto
Casi lo deshizo en agua.
¡O misterio del amor,
Que no sabe si se agravia,
Si perdona, ó si castiga,
Si se alegra, ó si se enfada!
¡Su cabeza va inclinando
Sobre el jóven, Abdelazia!
Los dos permanecen mudos;
¿Quien dirá los que ellos callan?
De la puerta de El-Biré
Salió Asmolán cuando el alba
Repartia frescas flores
Desprendidas de su falda:
Dicen que salir y entrar,
Mientras El-Biré no estaba,
Viéronle los envidiosos
De fortuna tan estraña.

II.

Sobre un corcel fogóso de Palmira,
Perla de los caballos del desierto,
Que ufano se enardece, pues se mira
De oro y sedas magníficas cubierto.
De Damasco en la entrada se presenta
El-Biré, fuerte Agá de altiva raza,
Que en doméstica paz trocar intenta
Las penosas fatigas de la caza.
De Abdelazia en las manos va cayendo
El freno que entre espumas desparece,
Y el bridon sus caricias conociendo,
Oye su voz, la mira y se envanece.
Sacudiendo sus crines prolongadas,
Tuerce á su hermoso lado la cabeza,
Para gozar mejor de sus miradas,
Codicioso de halago y de terneza.
Entretenido, plácido y absorto
La sigue lentamente, y acomoda
Los voladores pies á su andar corto,
Refrenando su ardor y fuerza toda.
Ella pone en su espalda fatigada,
De púrpura de Tiro un manto bello,
Peinando con la mano regalada
Las ondulantes sedas de su cuello.
¿Mas por qué recibiendo dulce beso
Del lábio paternal que tanto agracia,
Se sonroja y colora con esceso
La faz menos tranquila de Abdelazia?
¿Por qué triste se esconde y se retira
De aquel que la contempla en este mundo,
Cual estrella dorada y fiel que gira
En torno de su ocaso moribundo?
¿Teme que su semblante ha revelado
Al legítimo beso con colores,
Ilicitas caricias que ha probado,
Vencida del afan de sus amores...?

III.

El-Biré cual favorito
Que alimentan las privanzas,
De Abdul-Nessir al serrallo
Dirije su pronta marcha.
¿De qué sirven los tesoros
Y joyas en abundancia,
Cuando á un signo del Bajá,
Que de ageno bien se agravia,
Las cabezas de los nobles
Sobre el pavimento saltan
Al golpe acertado y crudo
De la corva cimitarra,
Y sus muebles y jardines,
Sus mugeres, sus esclavas,
Y palacios y corceles
A poder ageno pasan?
El árbitro de Damasco
Defendido de sus guardias
En banquetes suntuosos
Sus tedios disimulaba,
Y muchos esclavos negros
Sobre sus cabezas altas
Enormes platos de estaño
Conducian con viandas.
Recibió á su favorito
Con tal frialdad, que ya raya
Casi casi en menosprccio,
Y abriga desconfianzas.
Le dijo: »*El-Biré, teneis*
En el turbante una mancha."
Luego habló de sus caballos,
De ajedrez y de batallas.
El Agá se retiró
Pensativo á su morada,
Mas cuando á sus dulces besos
El rostro ofreció Abdelazia,
Desviando su semblante,
Las cejas frunció con rabia;
Y apartóla de sus brazos
Sin caricia acostumbrada.
Pasó sin dormir la noche,
Pareciéndole la cama
Lugar de erizado abrojo,
Que en el corazon se clava.
Y mil veces se revuelve,
Y en triste inquietud no para,
Pues las plumas son espinas,
Y el cabezal duras barras.
Resuenan en sus oidos
Rumores de horror é infamia,
Mientras cruzan por su mente
Cuadros de vision nefanda.
Mas vuelve con nueva luz
Al serrallo que le espanta,
Viendo que su valimiento
Corre ya media borrasca.
Sus saludos el Bajá
Sin contestacion desaira;
Se distrae y se entretiene
Con los rizos de su barba.
Y á modo de aquel que avisa
Cosa que atencion reclama,
Le dijo: « *El-Biré, teneis*
En el turbante una mancha"
El Agá se prosternó,
Salió de la régia sala,
Y abrasado en ciegas iras,
Al punto que entró en su casa;
Dijo á su esclavo Camiros:
« Recoge una cuerda, y baja
A las bóvedas sombrías
De los muertos habitadas. »
Mientras el esclavo fiel
Cumple lo que se le manda;
Por patios y galerías
Esta voz sonó ¡Abdelazia!
Nunca se mostró la bella
Con mas nítidas alhajas,
Ni con mas joyantes sedas
Ni con mas graciosa cara.
Su apretado ceñidor
De aljófares se recama,
Y las perlas de Basora
Todo su vestido escarchan.
Sueltos flotan sus cabellos
Bajo transparente gasa,
Y brillan en su collar
Amatistas violadas.
Mas al pie de la escalera
De las tumbas solitarias
Do su padre está esperando,
Suspiro funesto arranca,
Contempla una tumba abierta,
Sospecha su muerte infausta,
Pues la cuerda y el esclavo,

Y el sepulcro lo declara.
A una seña de El-Biré,
Camíros cual furia brava,
Sobre la beldad inerme,
Con la cuerda se abalanza,
Ciñe con dogal su cuello,
Mientras la infeliz esclama:
«¿Que es lo que haceis padre mio?»
Y él contesta á su demanda:
«Quiero lavar mi turbante
De la mas horrible mancha,
Que causó tu deshonor,
Y con tu morir se lava.»
Salió al punto de las tumbas,
Y en medio la escalinata,
Suspendióle el ¡ay! profundo
De la muerte de Abdelazia.

JUAN AROLAS.

FRAGMENTOS DE UN VIAGE.

LAS ISLAS BORROMEAS. VENECIA.

Dejemos á Milan, puesto que nos vemos obligados á seguir el curso de nuestro rápido viage; á Milan, la ciudad franca, abierta, hospitalaria por excelencia, donde se aprende á conocer bajo todos aspectos el carácter italiano, tan á menudo desconocido, y tan calumniado en el extrangero, porque se le juzga por algunas raras é indignas excepciones. Pero antes de dejar la Lombardia, ¿no dedicaremos un dia ó dos á visitar las islas Borromeas, que pueden compararse á las *islas Fortunatas* de los antiguos? Si se nos pregunta qué son estas islas? contestaremos: figuraos lagos puros como el cielo, y coronados de viñas en anfiteatro; canastillos de flores flotantes; terraplenes tapizados de jazmines, naranjos y granados; palacios de mármol ocultos en la verdura, y finalmente un viage en medio de perfumes, de mármoles, de flores, y de laureles. Una de estas islas se llama la isla *Bella*. Pero ¿cual es la mas hermosa? ¿á cual de las tres conceder la palma, sin hacer á sus otras hermanas la justicia que se merecen? Juan Pablo, el visionario ilustre, el poeta fantástico por excelencia, pensó hacer la descripcion de dichas islas sin haberlas visto, y, como Platon, pintó los campos Eliseos, solamente segun los cuadros de su fantasia é imaginacion. Pero en vano acumuló los tintes mas vivos, las maravillas del arte y todos los encantos de la naturaleza: cuando se visitan estas islas, se reconoce que valen mas que la descripcion del poeta: ¿qué mas puede decirse en su elogio?

Aguárdanos ahora Venecia, Venecia! otra maravilla enteramente distinta de las que hemos admirado hasta ahora, y cuyo mérito no han podido rebajar ni aun vulgarizar tantas relaciones, poemas y estrofas como se han escrito sobre ella.

Varias ciudades célebres se encuentran en nuestro camino pero no haremos mas que visitarlas de paso. Nunca repetiremos bastante que en Italia no puede verse todo en un solo viage, y que hay muchas cosas que es preciso dejar para otra peregrinacion. Asi, pues, no haremos mas que visitar de paso á Mantua, la patria de Virgilio, donde no se halla ni el mas pequeño monumento elevado á la memoria del poeta, pero donde en cambio, se admiran las mejores obras de Julio Romano, de ese discípulo de Rafael, que acaso seria el primer pintor del mundo si no hubiese existido su maestro. Tampoco permaneceremos mucho tiempo en Verona, la patria de Julieta y de Romeo y en

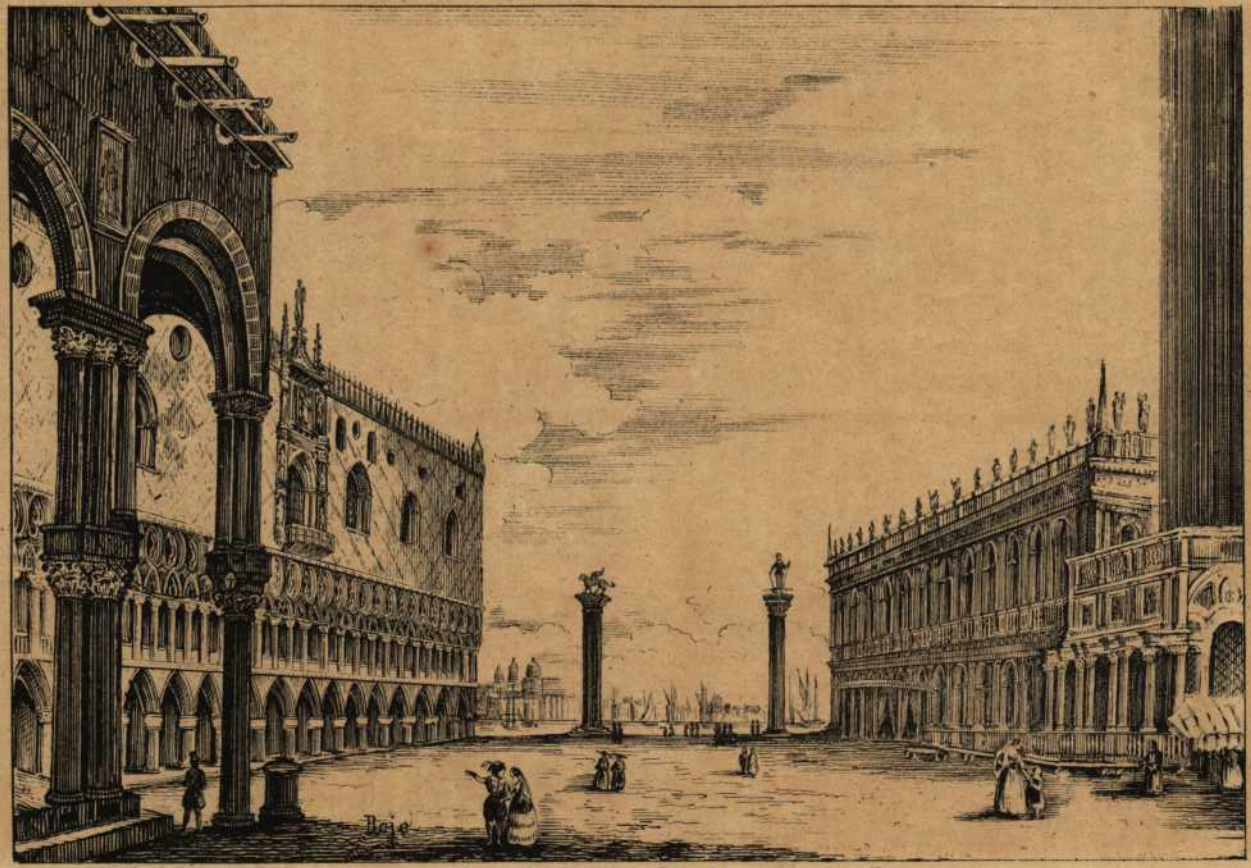
donde se notan algunos hermosos restos de antigüedades. Apenas nos tomaremos tiempo para visitar en Vicenza el curioso teatro que Palladio mandó construir segun el modelo de los teatros griegos, y sin el cual es muy difícil comprender cómo se ponen en escena las tragedias de Eschylo y de Sófocles. Padua no nos detendrá mucho tiempo, porque la ciudad no contiene nada de notable, y porque nuestro modo de viajar no nos permite detenernos en todo lo que su Universidad, tan famosa en toda la Italia, puede tener de interesante á los ojos de los sabios.

Mas henos ya en el canal de la Brenta que debe conducirnos en derechura á Venecia. El buque que nos transporta es el *Bucentauro*, y no es, como debe pensarse, sino el indigno nieto de aquel famoso *Bucentauro* que servia otras veces para transportar á los dux. Este buque se compone de una pequeña ante-cámara que sirve de entrada á una cámara tapizada de negro, amueblada con una mesa, y dos bancos forrados de tafilete. He aquí lo que ya nos da una idea del interior de la mayor parte de las góndolas, que en breve se veria deteriorado por el agua del mar, si no se eligiesen colores oscuros para pintarlas y adornarlas. El *Bucentauro* nos condujo rápidamente á la vista de Venecia, y á poco pudimos convencernos por nuestros propios ojos hasta qué punto era exacto lo que se cuenta de esta ciudad sorprendente.

Diremos con franqueza que al entrar muchos viajeros en Venecia, no se maravillan tanto como era de suponer; y hasta hemos oido confesar á hombres de buena fe, que la entrada por el gran canal no les ha causado mayor impresion que la que han esperimentado al entrar en Leon ó en Paris por el rio. Pero cuando uno se halla dentro de la ciudad, cuando ve surgir del agua, por todas partes palacios, iglesias, casas y calles, porque no se puede dar un paso sin tener un pie en la mar, entonces se siente uno verdaderamente asombrado, y como llevado lejos del mundo real. Recorramos, pues, esta ciudad estraña, donde las calles se suceden y se entrelazan como las salidas de un laberinto, y donde para pasar de un barrio á otro es necesario atravesar á veces hasta veinte puentes. A cada paso se ven palacios de una arquitectura llena de elegancia y de coqueteria, y en los cuales el gusto de Italia se encuentra por fortuna, unido al gusto byzantino: á cada paso se encuentran lagunas que todo lo varian y animan. Esto no es decir que estén absolutamente exentas de tachas; pues muy á menudo están turbias, revueltas, y hasta exhalan ciertos olores fétidos. Pero tales cuales son ofrecen el mas bello espectáculo que es dado contemplar. En efecto, qué puede haber mas estraño que tener debajo de las ventanas un brazo de mar que pasa entre cada casa? Suplicaba un dia una señora á un oficial que le dijese exactamente lo que pensaba de Venecia.—« Señora, le contestó, figuraos un baño de pies, haced flotar en él algunas cáscaras de nuez, y os formareis una idea perfecta de lo que es Venecia. »

Ya es tiempo de hacer nuestro primer viage en góndola, y de hacer mas estenso conocimiento con ese barco, del cual habla todo el mundo segun el testimonio siempre sospechoso de las barcarolas y de las óperas cómicas.

La gondola es larga y estrecha como un pez, en su centro tiene una especie de caja de coche baja en forma de berlina, con una sola portezuela delante por la que se entra. Caben en ella dos personas en el fondo, y otras dos á cada lado sobre unos banquillos, que casi nunca sirven sino para que las personas del fondo extiendan los pies. El interior se halla abierto por todos lados y se cier-



Vista de la plaza de Sn. Marcos en Venecia.

ra cuando se quiere, bien por medio de cristales, ó por tableros de madera forrados de paño negro. La proa de la góndola se halla armada con un grande arpon formando el cuello de una grulla, guarnecido con seis largos dientes de hierro. Toda la góndola está pintada de negro y barnizada: la caja está tapizada con terciopelo negro por dentro, y con paño del mismo color por fuera, y los almohadones forrados con badana tambien negra, sin que se permita ni á los mas grandes señores tener una góndola diferente en nada á la de cualquier particular; de suerte que no es menester calentarse mucho la cabeza para adivinar lo que puede haber en una góndola cerrada. La habilidad de los gondoleros venecianos es proverbial, y su número infinito pues se cuentan hasta sesenta mil personas que viven del remo, bien sean gondoleros ó no.

En cuanto á la ciudad de Venecia, considerada en su conjunto, á la vez que debemos llamarla con los novelistas y los poetas Venecia la bella, la encantada, creemos que tambien puede llamarse Venecia la muda, la silenciosa. En efecto, no deja de causar sorpresa al recorrer aquellas calles estrechas, no oir otro ruido que el grito monotono y regular de los hombres que desde la mañana á la tarde no hacen otra cosa que pregonar *agua fresca*. Se ha dicho con razon que en Venecia los negocios, y los actos ordinarios de la vida se hacen como por encanto: cada cual se mueve por resortes invisibles; van, vienen, se cruzan, se encuentran por un movimiento de existencia regular y monotono: parece que se vive á bordo de un buque.

Despues de haber vagado á la ventura por las calles, por los muelles y puentes de Venecia, nos encontramos de pronto trasladados á la famosa plaza de San Marcos, que puede considerarse, si no como la mas hermosa, al menos como la mas curiosa y variada de todas las plazas del mundo. En dos de sus estremos se hallan las iglesias de S. Marcos y de San Geminiano, y al estremo de los dos lados las notarías antiguas y modernas. Dase el nombre de *notarias* á dos galerias cubiertas que hay al rededor de la plaza. Aquí es donde se reunen los ociosos, los elegantes, los estrangeros y los charlatanes. Para apreciar en lo que vale la plaza de San Marcos; es necesario verla en una hermosa noche de verano, á eso de las diez, toda encendida, bulliciosa cuando las conversaciones toman cuerpo, por los concurrentes á las puertas de los cafés, cuando los transeuntes van y vienen, cuando se oyen por todos lados esos miles rumores de la vida elegante y mundana, mientras que en el fondo de alguna laguna lejana resuena el grito salvage del gondolero que advierte á otros que reman en direccion contraria á la que él lleva se hagan á un lado á la vuelta de alguna calle.

Otra plaza mas pequeña que la primera, célebre en todas las novelas y conocida con el nombre de *Piazzeta*, conduce directamente al mar. ¿De qué modo describir el movimiento, la diligencia que se nota en todos, y esa mescolanza de trages, de gestos y de modales que forma en torno de aquel pequeño sitio, la mezcla mas curiosa de tierra, de mar, de góndolas, de tiendas, de buques y de iglesias, de gentes que van y vienen á cada instante? ¿Cómo, sobre todo, detenernos á describir todos los lugares que visitamos con esa feliz incoherencia del viajero en Venecia, que flota sin cesar desde el *Rialto*, ese puente tan maravilloso, á la iglesia de San Marcos, desde el palacio de los dux al gran canal? Para hacer solamente la descripcion de la iglesia de San Marcos se necesitaria un volúmen: es una iglesia á la griega, del gusto

Byzantino ; baja , casi impenetrable á la luz , cubierta de siete cúpulas , revestidas por dentro de mosaicos con fondo de oro. Muchas personas critican el estilo de dicha iglesia , que , en efecto, está muy lejos del gusto de los antíguos ; pero tal cual es , no deja de representar un edificio interesante y curioso , del cual cuesta trabajo salir, una vez que se ha entrado en él.

Vense en ella antiquísimos mosaicos que remontan su edad al orígen de la pintura moderna , no solamente se miran cubiertos de ellos las paredes y los techos , sino tambien el suelo que no es otra cosa que un compuesto de pequeñas piezas de mármol , jaspe , lapiz , agata , serpentina , cobre , &c. Despues de haber admirado y meditado por largo rato el interior de esta iglesia misteriosa , saldremos para contemplar en la portada los cuatro caballos de bronce , que segun dicen , fueron fundidos por Neron , y que aun se recuerda haberlos visto, en tiempo del Imperio francés , brillar en la cúspide del Arco de triunfo del Carrousel en Paris. En seguida subiremos á la grande torre , desde donde se descubre Venecia en toda su estension , las islas y los pequeños pueblos y mar que los rodea , las embarcaciones que cubren las lagunas , toda la costa de Italia desde Comacchio hasta Tréviso , el Frioul , los Alpes , la Carintia , la Istria y el principio de la Dalmacia , única y embriagadora perspectiva , de que lord Byron no podia saciar sus ojos.

No haremos tampoco mencion del sin numero de iglesias en que se amontonan las obras maestras de la escuela veneciana , ni los palacios de una magnificencia inaudita que se elevan á orillas del gran canal. Dad muy á menudo, diremos á los viageros que lleguen despues de nosotros, el paseo que nosotros hemos dado todas las noches por ese canal , cuyas bellezas no se cansa jamas la imaginacion de contemplar. Oculto en el fondo de una góndola , dejad desfilar ante vuestra vista esos edificios espléndidos que tienen siglos de fecha , y cuya arquitectura no ha sido posible sobrepujar. Dejando á un lado los recuerdos de gloria , la historia, los dux y su palacio tan imponente y sombrío , entregaos enteramente á las emociones que os causará ese paseo nocturno por medio de las demas góndolas que se deslizan furtivamente al rededor de la vuestra , contentándoos con aspirar las brisas de la Brenta, que juegan y circulan en torno vuestro; escuchad los cantos monotonos de los gondoleros que vuelven del Lido , y no abrigueis otro pensamiento sino el de saborear completamente las delicias , el éxtasis de ese paseo , que se dá , por decirlo asi entre el cielo y la tierra. Al volver de semejante romeria , es cuando sabreis todo lo que vale el vivir en Venecia , y cuando tendreis grande acopio de esas ideas é impresiones , que á menudo hermosean toda una existencia con las reminiscencias de un solo viage.

Pero habiéndonos prometido no perder tiempo , ya deberíamos haber dejado á Venecia algunos dias antes , á querer hacer algo mas que pasar de largo por lo que todavia nos queda que ver. Ganemos , pues , lo mas pronto que nos sea posible la embocadura del Brenta , dirijamos la última mirada á nuestros queridos palacios que no volveremos á ver; y como ha dicho Milton , uno de los viajeros mas antiguos en Italia , « troquemos las góndolas por las sillas de posta , y el gran canal de Venecia por los Apeninos. »

Antigüedades Romanas.

REYNADO DE TEJADA.

El dia 25 de Octubre de 1843 visité las tristes ruinas de esta ilustre ciudad. La fundaron los celtas en las mas remotas edades, y la dieron el nombre de *Tucci*, los romanos el de *Augusta-Gemella*, y últimamente, los árabes el de *Tejada*. Fue muy enriquecida por los segundos, despues de haber acabado Scipion la conquista de esta parte de la Bética.

Cuando cayó el grande imperio, esta hermosa ciudad sufrió los mismos horrores que *Emerita Augusta*, *Italica*, *Carissa Aurelia*, *Iliturgis*, *Bilbilis*, *Muñigüa*, y todas las demas, que aquellos génios de la guerra habian engrandecido ó edificado en nuestra España.

Los árabes, durante su larga y sabia dominacion, les dieron (como ya hemos visto) el nombre de *Tejada* estableciendo en ella un emir ó reyezuelo, hasta que los valerosos cabos del ejército de San Fernando la conquistaron poco tiempo despues de haber triunfado este en Sevilla del magnánimo caudillo moro *Axataf*.

Se encuentran estas melancólicas ruinas en medio de una dilatada vega, media legua de la villa de Escacena del Campo, y seis de Sevilla. De la ciudad nada ha quedado: solamente se conserva la fortaleza con diez y siete torreones, á mi juicio romanos, pero truncados y fuera de sus cimientos.

Esta fortaleza se halla construida sobre un cerro circular, que domina aquella vasta llanura, bañada por un arroyuelo que llaman de *Tejada*. La parte del sur no ha sufrido tanto como las otras, viéndose en ella un murallon como de doscientas varas de largo, en el cual hay tres torreones de los diez y siete ya dichos.

La total destruccion de esta fortaleza seria causada por algun terremoto, pues asi lo está indicando la inclinacion de sus muros y torreones y sus anchas y tajantes roturas. Sacados casi de cimiento, se miran doblegados hácia un mismo punto, lo que induce á creer que no el despedazador brazo de los hombres, ni del tiempo, sino las oscilaciones y los sacudimientos de un temblor de tierra los han destrozado y reducido á escombros. Mezquinas chozas de pastores, y algunos establos es lo único que hoy mira el caminante en aquella misma plaza de armas donde en otros siglos rodaron las formidables máquinas de guerra de los conquistadores del mundo.

Abandoné al fin estas solitarias ruinas lleno de doloroso entusiasmo; y una meditacion profunda siguió al desconsuelo que habia reynado en mi alma durante el corto tiempo que las estuve visitando.

FRAGMENTOS DEL ACUEDUCTO ROMANO DE *Augusta Demella* Á ITALICA.

El mismo dia 25 de Octubre de 1843 visité tambien los restos de este célebre acueducto, que desde su nacimiento hasta su entrada en Itálica tenia ocho leguas de estension.

Al norte de las ruinas de *Augusta Demella*, como á dos tiros de fusil, en un sitio llamado la *fuente grande de Tejada*, se vé el rico manantial y el principio de este acueducto. En la actualidad está casi del todo destruido; sin embargo, todavia tiene algunos pedazos bien conservados, dignos de atencion por su solidez y la bella ligereza de su arquitectura.

Estos se encuentran desde *Aznalcollar* á *Gerena* en la dehesa nombrada de *Llanos*; término de aquella villa.

Consisten en unos cuantos arcos que hay de trecho en trecho. Su género es muy gracioso y sencillo, formando el pie de los arcos un ladrillo sentado á la superficie de la tierra sobre un durísimo basamento.

Dos puentes destrozados se ven sobre el camino, que servian para dar paso á las aguas del acueducto por los rios llamados hoy *Crespinejo* y *Tardon* (brazos del Sanlucar). El primero, yendo desde Aznalcollar á Gerena, es mas notable que el segundo. Sus cuatro basamentos de ambas orillas de un denetido impenetrable y sus dos gruesos muros para canalizar el rio, miran con indiferencia correr sobre sus vestigios los siglos y las generaciones.

Mucho fué mi entusiasmo al considerar aquellos trozos de la antiguedad, y mi imaginacion, retrocediendo como forzada á edades tan remotas, admiró el fausto y la grandeza del pueblo romano, y lloró sobre la nada de las cosas humanas.

Estos son, decia yo, los libros que dan mas bien á conocer á los venideros la sabiduria y el poderío de las naciones, y aunque carcomidos, pueden leerse en ellos mejor que en otros sus hechos y sus adelantamientos.

El segundo, tambien destruido, era mas pequeño; pues el brazo sobre que se levanta no tiene tanta anchura ni profundidad.

La soledad en que se ven los tristes despojos de estos dos puentes, el armonioso susurro del viento que se estrella en los troncos y en las hojas de las encinas, el suave ruido de las aguas que se deslizan blandamente entre pizarras y adelfas, y sobre todo, la vista de los arruinados muros del vecino y penitente monasterio del *Tardon*, donde en otro tiempo vivian los discípulos de san Basilio, tienen un no sé qué de misterioso, que inflaman el corazon del hombre mas insensible, y producen lúgubres emociones, y arrancan hondos suspiros al mas estóico. Por lo que hace á mí, confieso sínceramente que el verlos y el considerarlos me causó una profundísima sensacion.

Estos recuerdos de los antiguos romanos no son hoy visitados de nadie, sino de los pastores y vaqueros, que con frialdad é indiferencia los pisan sin respeto, y profanan con sus gritos y silbos aquellos solitarios y respetables lugares cuando pasan por ellos apacentando sus ganados.

DECADENCIA
de la
LITERATURA FRANCESA.

Acordes con lo que el Sr. de Saavedra dice en sus crónicas de París, respecto de la poderosa influencia que tuvo nuestro teatro del siglo XVII en el francés de la misma época; deseosos, en vista de tan halagüeño y brillante hecho, y de los mejores resultados de la sucesion literaria que se está operando, se consolide esta para siempre, y sea nuestra patria en adelante la rival y no la copia de Francia, traducimos á continuacion el notable artículo de Mr. Amadée Achard, uno de los mejores críticos de Paris, sobre el deplorable estado de la literatura francesa moderna. Siendo nuestra divisa la gloria de la nacion española, nos apresuramos á reproducir este cuadro, para evitar la vuelta de la calamidad que por las graves preocupaciones políticas

nos ha dominado, y para alentar las brillantes plumas que hoy enriquecen nuestro suelo en la gloriosa vía que con tanta honra y valor han emprendido.

La adjunta crítica reasume cuanto han dicho en Francia los hombres mas eminentes desde la irrupcion de la escuela romántica en la arena literaria. ¡Qué dirian los Corneille, Racine, Moliere, si abriéndose sus tumbas, asistiesen á los espectáculos de nuestros días!.., ¡Y qué dirian, añadiremos para concluir, los Lope de Vega, Calderon, Moreto, Tirso, Alarcon y tantos otros, si lo que no es de esperar; paralizase de nuevo las enérgicas inteligencias contemporáneas, la terrible mania de las traducciones!... ¡Mas oigamos al crítico francés, cuya revista dramática semanal traducimos con algunas ampliaciones, para mayor claridad.

LA COMEDIA, EL DRAMA Y EL VAUDEVILLE, DESDE 1840.

«La última semana ha estado muerta; ninguna tan nula en hechos, tan estéril en ideas. El silencio ha sucedido al silencio: sin cansancio ha habido reposo. No se haria mas despues de una obra maestra.

«Hay horas, sin embargo, en que no obstante el estraordinario desaliento que tal estado arrastra en pos de sí, prefiere uno gustoso la inaccion profunda en que yace á la agitacion febril que, en ciertas épocas, conmueve todos los teatros: porque reemplazando entonces el bullicio al pensamiento no se distingue mas que un gran estruendo de palabras sin inspiracion. Cuando todo está en silencio hay lugar á creer que alguno medita, mientras los últimos vandrilistas andan de huelga, ¿no puede suponerse que alguno que otro buen ingenio esté absorto en sus creaciones? Pero cuando por todas partes se canta, se declama, se disputa, y en medio de esta refriega en la que no figura la literatura, nada electriza el pensamiento ni acaricia la imaginacion, ¿no debe desesperarse?

«Forzoso es confesarlo, desde 1840 han degenerado en estremo las letras dramáticas. A la escitacion inmediata al movimiento revolucionario de 1830, ha sucedido la calma mas triste. A todos debe culparse un tanto; á los autores, al público y á la misma administracion superior.

«Los que manejan la pluma, han apurado su invencion, los que escuchan, su emocion, el cansancio es igual en todos. La cualidad característica de nuestro tiempo es gastar al momento las cosas; las novedades de la vispera son viejas al dia siguiente; no se toma el tiempo de reflexionar, deséase sentir; no se trata de ilustrar, sino de conmover; no se quiere convencer sino sorprender. En esta via duran las cosas lo que pueden, y pasada la hora de la sorpresa no queda absolutamente nada. Del vaudeville no queda mas que un juego de voces; del drama una puñalada; de la ópera una decoracion.

«Y no se ha resentido de este cambio el fondo de la literatura dramática solamente, tambien ha periclitado la forma. Todo se ha materializado á la vez; mientras que los autores se habilitaban á escribir para distraer la vista ó el pequeño placer de escitar la sorpresa por una estraordinaria compilacion de acontecimientos imposibles, el público se acostumbraba á no juzgar.

«¡Qué diferentemente pasaba todo en el siglo XVIII! No se daba una comedia por pequeña que fuese en el *Téatro Frances* sin que llamase la atencion: hablábase de ella en los mejores salones de la ciudad; discutíanse su mérito y sus defectos, repetíanse sus versos mas notables, sus dichos mas felices; los mismos folletos la pregonaban,

y si el autor obtenia alguna aceptacion, se le acogia con los brazos abiertos en las principales casas. No puede abrirse un solo volúmen de las memorias de aquel tiempo sin sorprenderse de lo mucho que interesaban los cosas del arte, y del gusto que todos tenian respecto de las producciones del ingenio. Habia, en cierto modo, una educacion literaría comun á todos los oyentes que los hacia aptos para juzgar de las bellezas de una pieza y del talento de los cómicos. Vivíase en un mundo culto, todo poblado de escritores eminentes que derramaban un lustre inimaginable sobre Francia; los grandes señores tenian á gloria amar y alentar las letras; los estrangeros á honor ver de cerca á aquellos cuya reputacion llegaba hasta los confines de Europa; contábase con los mejores autores del mundo, y la crítica se dirígia á las testas coronadas. Cuando se vuelve á las cosas de ahora, no puede menos de esperimentarse una amarga tristeza.... ¡Qué cambio y qué decadencia!

«Sin remontar tan alto, ¿no podemos hacer un triste paralelo con nuestos recuerdos de los últimos años de la Restauracion? ¡Qué actividad, qué juventud, qué vigor, qué osadia, qué luchas; qué ardor en el combate! Al paso que ahora que la batalla ha concluido, ¡qué inanimacion, qué silencio, qué muerte!

«De cuantos hombres combatieron antes y despues de 1830 no queda mas que uno: Mr. Scribe, y para eso ha vuelto al bulevard *Bonne Nouvelle* (1).

«Hoy nadie se conmueve, nadie se apasiona. Veinte tragedias y treinta dramas podrian vencer ó morir á la faz de París sin que se preocupase de ellas la polémica. Oyese, apláudese á menudo, murmúrase algunas veces, y todo está dicho. El teatro es un motivo de distraccion, donde se va despues de comer para digerir; todos esos carácteres eclécticos que han creado las costumbres contemporáneas necesitan unas medias tintas que no existen; ni muchos elogios, ni mucha crítica; deséchase igualmente el entusiasmo y la indignacion.

«El que puede reir de lábios á dentro, está alegre; el que puede morder aunque sea poco, es feliz; reyna la mayor moderacion en el contento, la mayor urbanidad en la ironia. Mientras mas comunes son las cosas, mas placen, por ser accesibles á las inteligencias mas vulgares. Gusta ver de nuevo intrigas de antaño, llorar por los desenlaces antiguos, admirar las antiguallas. Lo nuevo ofusca, lo escéntrico espanta, lo original desagrada. Lo comun reyna y gobierna.

«El teatro no es ya aquel gran monumento que tanto halagaba y envanecia á la nacion. Apenas cuenta hoy con algunas simpatias públicas. De cuando en cuando se despiertan como los débiles resplandores de un fuego agonizante, pero al momento se eclipsan. Diriase que las sombras solemnes de Moliere y de Racine, de Corneille y de Beaumarchais, de Regnard y de Marivaux han desertado de la escena, huyendo del torrente de coplillas, de pequeños trozos de verso y prosa, de chistecillos que nos invaden. La actividad inteligente de la nacion se ha vuelto hácia el folletin. La novela, si no se ataja su marcha, acabará con el teatro.

«Todo ha degenerado poco á poco: á los señores Victor Hugo, A. Dumas, A. de Vigny, han sucedido los d'Ennery, Holstein y Clairville. El drama no es hoy mas que un acumulamiento de escenas picarescas y de peripécias lúgubres, que sirven de pretesto á magníficas decoraciones. A la soberbia unidad de

(1) En dicho bulevard está el pequeño teatro llamado *Gymnáse*, en el cual vuelve á dar Mr. Scribe piezas de poca importancia literaria.

Ruy-Blas, lleno de grandes cosas y de grandes ideas, ha sucedido la intriga embrollada de *Lazare le patre*; al pensamiento el hecho; al desarrollo poético de la pasion, la incoherencia de la pasion brutal. Ahora estamos en las iluminaciones y cascadas de *Paris et la baulieu*; ¿que haremos mañana?

« En cuanto á la poesia ha muerto. Todos desdeñan hoy altamente los versos por la razon poderosa de no saberlos hacer. Las escepciones se han retirado, los demas embarran algunas páginas con la tosca prosa del bulevard. El ingenio no se gasta ya en los caracteres, sino en las combinaciones de escenas que permitan manejar sus pinceles á los decoradores. Los escritores Paul Fouché, Albóise, Chabot de Boin, trabajan para los decoradores Ciceri, Fleuchere y Sechan. Ilústrasen los dramas como las novelas.

« Imposible es reconocerse entre tanto niño perdido, tanta sortija estraviada, tanto papel robado, tanta víctima abandonada; háse abusado y reabusado de todos los subterráneos, de todos los cajones, de todas las cadenas, de todos los retratos que han podido enjendrar las imaginaciones delirantes de veinte dramaturgos. Cada pieza moderna es el residuo de treinta piezas. Cada una tiene una palabra de 1820, una escena de 1825, un desenlace de 1830. Es al modo de una capa de Arlequin aplicada al teatro. ¡Estraño y fatal error que no ha dejado comprender á los autores que la sola mina inagotable, y abundante siempre en su veta, existe en las pasiones humanas y en los caracteres! ¡Cuantos avaros hay que no son Harpagon, y cuantos hipócritas que no se parecen á Tartufo! Los hijos de Mr. Jourdain abundan por miles; no podria darse un paso en los bulevares sin tropezar con algun Vadio ó algun Turkraet.

« Hay sin embargo una diferencia, y es, que Vadio tiene la cruz de honor, al paso que Turkraet no lleva mas que el frac negro.

« En medio de tan singular batahola, algunos espíritus sérios alimentados muchos años há de escelentes estudios clásicos, han dirigido todos sus esfuerzos hácia la tragedia. Despues de Mr. Pousard, que comenzó con *Lucrece*, ha presentado Mr. Latour de St. Ibars la *Virginie*, los que nos ha proporcionado algunos versos alejandrinos y dos magníficas escenas.

« Mas sin negar el valor de este movimiento y el mérito particular de *Lucrece*, no creemos en la verdad de esta reaccion, para servirnos de una palabra empleada frecuentemente y á propósito de todo. Hay gentes que toman un relámpago por un incendio. Los muertos no resucitan aunque pueda galvanizárseles algunas veces.

« Una convulsion no es la vida; ¡puede suponerse que el arte dramático gana mucho enriqueciéndose con una docenas de tragedias como *Virginie*! Por mas que se haga, siempre será el producto de una forma usada, la pálida prueba de un tipo borrado. Estas tentativas desesperadas pueden compararse á aquellas olas descabelladas que remontan á lo largo de las orillas de un rio impelidas por un remolino. Es un poco de agua que vuelve al manantial lejano mientras se dirige al mar la anchurosa corriente.

« Una tragedia no hace un teatro, y por grande que haya sido el triunfo de Mr. Pousard, el drama quedará dueño del terreno.

« Mientras que el drama llama en su socorro á los fuegos de artificio, la comedia desciende al vaudeville. Ya no le faltan mas que las coplas, pues los juegos de voces abundan con frecuencia. Por lo que toca al vuadeville no es las mas veces sino una verdadera farsa.

« Habiendo abandonado Mr. Scribe la comedia, como Mr. A. Dumas el drama, los escritores adocenados recurren

casi siempre á argumentos empolvados y bordados que pasean al espectador por la córte de Luis XV y de Luis XIV. No se ven mas que marquesas con guarda-infantes, duques con calzones de terciopelo, vizcondes cintarrajeados. Todo son princesas de casa real, grandes señores, favoritas tituladas, nombres históricos. Cuando la comedia no tiene algo de vaudeville, lo tiene de drama. Si no hace reir, da por lo menos tremendas estocadas.

«A la vista de lo que pasa en el teatro podria muy bien creerse, que nuestra sociedad no es digna del gran genio de nuestros escritores. ¿Osarian estos creer, por ventura, que no hormiguea en tipos originales, en individualidades grotescas, en personages escéntricos? ¿Piensan acaso que el orgullo, las ridiculeces, las intrigas no abundan en ella? ¿Podrian decirnos de qué viven los pequeños diarios de veinte años á esta parte? ¿Qué otra mina han esplotado?

«¿No recogen en ella sus cotidianos epígramas? ¿A quién deben las novelas sus mas relumbrantes bogas, sino á nuestra época, á la pintura de nuestras costumbres, y de los usos de la clase media? Si nuestra sociedad tan mezclada con sus advenedizos, sus traficantes, sus gitanos, sus *condottiers* legales, sus intrigantes de toda especie y de todo sexo, sus pequeñeces y su ostentacion se presta maravillosamente á la ironía, ¿cómo no prestarse tambien á la pintura patética de la desgracia y del infortunio? ¡Cuántas luchas y angustias no hay en ese mundo, donde cada cual se empeña en elevarse, en medio de esa desvergüenza de pensamientos, de opiniones, de creencias enemigas, en esta gran capital que trastornan periódicas revoluciones!

«Mas pasaron los tiempos en que se veian *Antony y La camaraderie*, *Angele* y *Une chaine*; para escribir hoy un drama se desentrañan los anales fúnebres de los tribunales de casacion, dando por ejemplo *La dame de Saint Troper*. Tocante á las comedias, ora es un vaudeville de frac negro como *Le Mari á la campagne*, ora uno de talones encarnados parecido á *Une confidence*.

«El Vaudeville ha buscado á su vez fortuna en las vias escéntricas, en las cuales suple lo pintoresco al ingenio. Esprésase en un lenguaje estravagante, que huele de lejos á taller de una manera sorprendente; todo son increibles confusiones de palabras que jamás figuraron en el diccionario; acumulamientos de locuciones geroglificas, discursos en un estilo parisiense que no siempre se comprenden fuera de los arrabales; gracejos escritos en un idioma que solo pueden hablar los actores Sainville y Grassot, Arnal y Odri. Es la conquista del teatro por la caricatura.

«No obstante, toda la vida del teatro parece haberse refugiado en el vaudeville; solo en él palpita aun la alegria, el talento, la invencion, si la hay; solo en él se encuentra y se agita la sociedad moderna.

«Pero ¡cuántas caidas para un triunfo! ¡para una sonrisa cuantos bostezos! ¡qué de veces no se estravia el vaudeville por tiempos y comarcas donde no tiene nada que hacer! ¿No se le ha visto con la elevada corbata del directorio, el gorro encarnado de la república, el frac bordado de la regencia, los calzones del gran siglo, la armilla de la *Ligue*, y el fieltro empenachado de la *Foronde*? Hasta cierto punto podrian perdonársele los lunares y los polvos de la regencia; mas no es posible tolerarle la daga y capa de los españoles. Sea verde cuanto quiera, pero nunca histórico.

«Por desgracia no se ha parado la decadencia en la literatura dramática; tambien ha degenerado la música. Los compositores mas famosos, Rossini y Meyerber, guardan el mas profundo silencio: Donizetti no tardará en retirarse,

segun se dice, por exigirlo el estado de su salud. Ahora bien, ¿hay uno solo entre nuestros jóvenes compositores que pueda suceder á Auber ó á Mr. Halery? Apenas nos es permitido dudar.

«En suma, ¿se ha dado hace cinco años una ópera, una comedia, un drama, un vaudeville que igualen en popularidad á los *Huguenots*, *Le Domino Noir*, *Bertrand et Raton*, *Rui-Blas*, *les Saltimbanques*?

«Tal vez no consiste en que la cantidad de talento sea menor que antes; pero se ha estendido en un número mayor de personas. No parece sino que el nivel de la igualdad ha pasado á las inteligencias. Uno sabe rimar una copla, otro aguzar una palabra; este tiene un talento prodigioso para edificar una intriga con nada; aquel lo tiene para encontrar magníficos desenlaces. Quien no conoce rivales en el arte de inventar los títulos; quien es inapreciable por su actividad en perseguir á los directores. Citanse vaudevilistas cuya especialidad es el juego de voces, mientras que otros se distinguen por su osadia en vencer los obstáculos. Escribir una pieza es algo, ¿mas, no es nada hacer que se reciba?

«Estos diversos talentos los poseen entre todos los miembros de la asociacion de autores dramáticos, pero en ninguno se hallan reunidos.

«Otra circunstancia ha contribuido tambien á la decadencia de las letras dramáticas; la moda exagerada de las colaboraciones. Un vaudeville en un acto tiene á veces cuatro padrinos. En este conflicto de tantas naturalezas diversas, gustos, maneras, estilo, si puede caber estilo en estas obras, el pensamiento madre desaparece.

«Un abuso arrastra otro abuso. La creacion de una pieza, drama ó comedia, no es ya el resultado de un pensamiento largo tiempo meditado, sino del acaso. Cinco actos nacen á menudo de un titulo. A este titulo improvisado, cose un autor cinco ó seis nombres de personages, otro borda un escenario donde nada está indicado, escepto el cuadro final; bosquéjase luego un gran papel para el actor en boga, y cualquiera escribe el drama ó la comedia que tiene el director recibida.

«Los maquinistas hacen despues su deber.

«Sucede asimismo con frecuencia que los directores encargan á sus proveedores favoritos el pasto del año, cual otros hacen con sus carruages y ropas, A una obra íntima debe suceder una pieza de trages; á una pieza de grande espectáculo, otra sentimental: las puñaladas despues de los vahidos; la literatura encarnada despues de la literatura azul. El director presenta la lista de los actores de que puede disponer, esplica el género que necesita, fija una época para la representacion, y el proveedor de literatura dramática corta su pluma y pone manos á la obra.

«¿Que puede salir de este estado de cosas? ¿Que progresos puede esperar el arte? ¿No debe por lo contrario temerse una decadencia mucho mas rápida, mucho mas palpable, mucho mas deplorable aun? ¿No es llegado el tiempo de buscar un remedio pronto, eficáz cierto, que ataje el mal y vuelva al teatro el esplendor que ha perdido? Este remedio existe: la crítica, centinela vigilante de los intereses de la escena; los autores que se ilustran con ella, el gobierno que se impone sacrificios anuales para mantener cuatro de nuestros teatros en la gloriosa altura donde los colocara la fortuna: todos juntos deben evitar empeore el mal. El remedio existe, volvemos á decir; cuanto se quiera se encontrará.»

No cabe mas enérgia ni mas exactitud, nuestros comentarios oscurecerian este hermoso colorido en vez de realzarle. Nada es á veces tan elocuente como el silencio. E. de C.

EL MACHISCH.

Aunque la manía de viajar es una verdadera epidemia en España de algunos años á esta parte, hay sin embargo muy pocos turistas. Centenares de viajeros trasponen todos los veranos alegremente los Pirineos y los Alpes, pasan la Mancha ó bien el Océano Atlántico, y recorren el Rhin ó una parte de la Alemania; mas son contados los que salvan los montes Urales, ó atraviesan el mar Negro para visitar la cuna del género humano.

Sí, son muy contados los que llegan hoy hasta el memorable pais de los fenicios, egipcios y helenos, hasta aquella vasta region, donde estableció Moises su república, donde resonaron las arpas de David é Isaias, donde anunció Jesucristo sus divinos preceptos y nació con tanto lustre el cristianismo.

Verdad es que el Asia, que tantos años vió brillar los tronos de los Mitridates y Antiocos, en cuyo suelo se elevaron los palacios de Príamo y de Creso, las columnas de Palmira, la célebre Babilonia y las tumbas de Aquiles y de Hector, no presenta en nuestro siglo mas que luto y desolacion, miseria y esterilidad. Aquella bella comarca que tantas veces escuchó estasiada los brillantes acentos de la famosa lira de Homero, ha visto por desgracia realizarse esta terrible profecía: «Tiro, la reyna de las naciones, no será con el tiempo mas que una roca donde secarán sus redes los pescadores.»

Por otra parte, ¿no está mas al alcance de todas las inteligencias y bolsillos (particularmente en nuestros dias en que tan ilimitado culto se rinde al *becerro de oro* y que tan superficial, por necesidad es la instruccion) visitar las populosas ciudades de París y Lóndres, admirar aunque de paso las risueñas campiñas del otro lado de los Alpes? ¿No es mas agradable, y aun añadiremos elegante, aplaudir á Rachel, estasiarse ante la Girafa, asistir á los torneos y *carrouseles* (1) del *hipodromo* que perderse en los célebres campos de los mogoles y malayos, para contemplar no sin profundo dolor los terribles desastres del tiempo, para temblar á la vista de la destruccion que arrastra en pos de sí este indómito huracan, cambiando las naciones mas florecientes en verdaderos cementerios, sembrados acá y acullá de gigantescos monumentos, cuyas silenciosas ruinas revelan á las generaciones futuras glorias pasadas, grandezas para siempre perdidas?

Nada, pues, tiene de estraño la indiferencia con que se mira hoy la tierra de donde recibió Europa los primeros destellos de civilizacion, y que tanto floreció entre las manos de los persas, de las colonias griegas y de los tributarios de los romanos.

Las peregrinaciones tuvieron su época, como sucedió luego con las cruzadas. A nuestro siglo le caracteriza otra tendencia: repitiendo hasta la saciedad que ninguno abrazó tanto, apenas se atreve á estenderse, no obstante el vapor, ó si se estiende lo hace intelectualmente.

Loadas sean enhorabuena las correrías mentales: por nuestra parte aplaudimos á este refinado efugio del positivismo, y como la pérdida sea siempre reducida, como el sacrificio se limite á malgastar algunos minutos, rogamos á nuestros lectores se dignen seguirnos en la que vamos á emprender hasta las regiones asiáticas, no para llorar su estremada decadencia,

(1) Especie de torneos importados de Italia á Francia en tiempo de Enrique IV y en los cuales desplegaron Luis XIII y Luis XIV el mayor lujo en un sitio contiguo al palacio de Tullerias, llamado por esta razon plaza del Carrousel.

sino para reir de todas veras al iniciarnos en el imperecedero uso, ó mas bien abuso de la bebida llamada *hachisch*.

Los reyes pasan: las dinastias cambian; las mismas naciones desaparecen; todo aqui abajo tiene un fin, salvo algunos hábitos, que cual los astros que brillan en el firmamento, acatan unas tras otras todas las generaciones. Esta verdad no necesita de pruebas. Todo en torno nuestro la evidencia, las masas son como los individuos: una vez lanzadas en una senda, con dificultad la abandonan. Mas veamos como la corroboran los asiáticos, comenzando por definir ámpliamente la palabra *hachisch*.

Dáse este nombre á la planta cuyo principio activo forma la base de diversas bebidas muy comunes en Egipto, Siria, y generalmente en casi todas las comarcas orientales. En especial para los árabes es una necesidad tan imperiosa como el opio para los turcos y chinos, y los licores alcoólicos para los europeos. No parece sino que aquellos han inmortalizado el uso de tan particular líquido, para no distinguir, tras la deliciosa embriaguez que proporciona, el lastimoso cuadro de lo pasado.

El hachisch, que nace sin necesidad de cultivo asi en la India como en el Asia meridional, es una especie de cáñamo muy parecido al de Europa. Los botánicos le denominan *conabis indica*.

Todo hace creer que la especie de cáñamo naturalizado en Europa fue importado de China. Dicho cáñamo se encuentra, en efecto, en la Rusia asiática, al norte del Altai, y aun en la Siberia, donde, cosa sorprendente, le es muy favorable el rigoroso clima. No diferenciándose del que cultivamos en Europa, es incontestable que ambos cáñamos tienen el mismo origen.

Las bebidas que mas comunmente hacen los asiáticos con el hachisch, y que sirven en cierto modo de principal condimento para todas las demas, es el *estracto oleoso*. Nada mas fácil que hacer este líquido: no hay mas que cocer las hojas y flores de la planta con agua y alguna manteca fresca, hasta que dicho cocimiento tome la consistencia de un jarabe, en cuyo estado se pasa por un lienzo fino. De este modo se obtiene la manteca llena del principio activo y con un color verdusco bastante pronunciado.

Con este estracto, que jamás se toma solo en razon de su gusto malo y nauseabundo, hacen los asiáticos diferentes pastas, que aromatizan con esencia de rosa ó de jazmin. Tocante á líquidos, preparan por lo regular el que los árabes llaman *dawamese*, el cual hacen mucho mas escitante con canela, gengibre y clavo especia. En la India mezclan el dawamese con opio, estracto de dutroa y otras sustancias narcóticas.

El poder embriagante del hachisch data de los tiempos mas remotos. El famoso *nepenthés* de Homero, usado entre las mugeres de Diospolis, y que hizo sentar como principio, «que ellas solas tenian el secreto de disipar la cólera y las penas», no era otra cosa que el hachisch. Tambien era hachisch aquel brebaje misterioso, con que un príncipe del Líbano embriagaba á sus fanáticos vasallos.

Hablamos del *Haçan-Ben-Sabatk-Homaïri*, jefe de los sectarios ismaelitas que se establecieron en las montañas de la Persia septentrional en 1090, cuyo verdadero nombre era *Hachischinos* y no *Asesinos*. ¿Quién no se ha estremecido al leer los horrores cometidos por aquel jefe, conocido generalmente por el *viejo de la montaña*? Pues bien, aquellos atroces crimenes, que por espacio de ciento ochenta años hicieron tan temibles las correrías de los hachischinos, no tenian de ordinario mas origen que la embriaguez de esta bebida, con la cual los fanatizaba su monstruoso jefe.

No espante, sin embargo, este recuerdo que consignamos aqui para pro-

bar la antigüedad del hachisch. Ya se verá qué diferentes resultados ofrece hoy; mas antes de entrar en la descripcion de sus prodigiosos efectos, que nos han sido trasmitidos ya por naturalistas, ya por personas que, ansiosas de saberlo todo, han querido esperimentarlos por sí mismos, consideremos las ventajas que resultarian para la humanidad, de admitir esta bebida como medicamento. Veamos en una palabra su parte útil, y luego podremos bosquejar la jocosa, dejando á los curiosos el completar nuestro trabajo.

Entre los grandes beneficios que ha recibido la medicina del torrente de descubrimientos que inundan nuestra época, el mayor en nuestro concepto es la aplicacion del hachisch para los casos de enagenacion mental. En un tiempo en que se repiten estos con espantosa multiplicacion, en que todos los esfuerzos son mentales, nada podia merecer tan cabal acojida como el libro del señor doctor Moreau, sobre la influencia del hachisch en las facultades intelectuales.

Este distinguido médico, habiendo estudiado en sus viajes al Oriente los efectos de esta planta, ha visto en la accion que ejerce en el cerebro, un medio poderoso, único, de esploracion en materia de patogénia mental, y asegura que por ella pueden los hombres iniciarse en los misterios de la enagenacion, y llegar hasta el manantial oculto de aquellos desórdenes tan numerosos, tan estraños, designados bajo el nombre colectivo de *locura*.

Segun las esperiencias que Mr. Moreau y algunos de sus amigos han hecho, parece que no hay ningun hecho elemental de la locura que no se encuentre en las modificaciones intelectuales que desarrolla el hachisch, cuya sustancia, dejando enteramente intacta la conciencia de sí mismo, permite esperimentar al que la toma las turbaciones que suscita en el seno de las facultades morales.

«El mas curioso de estos fenómenos dice Mr. Moreau, es un sentimiento de bienestar moral y físico, de contento interior de íntima alegría, de una alegría indefinible, que vanamente quiere comprenderse, cuya causa es imposible adivinar. Uno es feliz, por demas venturoso; asi lo dice, lo proclama con exaltacion, lo repite hasta la saciedad; pero faltan las palabras para manifestar, cómo, de qué modo es uno tan dichoso; ni es posible espresarlo, ni aun puede uno definírselo á sí mismo. Un dia que me hallaba en esta situacion, quise á toda costa participar lo que sentia, mas mis esfuerzos fueron vanos y solo conseguí lanzar gritos, ó mas bien, verdaderos aullidos.

Insensiblemente sucede á este gozo tan agitado, á este éstasis nervioso, una deliciosa lasitud física y moral, una especie de apatía, de indiferencia; una calma completa, absoluta, á la cual se abandona nuestro espíritu con delicia. En semejantes momentos es uno inaccesible á toda afeccion triste; la noticia mas funesta no podria sacarnos de aquel estado de beatitud imaginaria, del cual no puede formarse una idea el que no lo ha esperimentado.»

No alterando la accion del hachisch la conciencia de sí mismo, es seguro que podria hacerse con esta sustancia, relativamente al estado de la inteligencia enferma ó la locura, lo que se ha hecho en todos tiempos relativamente á la inteligencia en el estado sano, es decir, aplicar la reflexion, la observacion interior á los hechos de psicología mórbida.

Tal ha sido el punto de partida de las investigaciones de Mr. Moreau. Hasta el dia las facultades intelectuales y morales no habian sido estudiadas si no al través de las mismas facultades en el estado sano, es decir, tomando

por punto de apoyo los mil sistemas contradictorios que han sido edificados sobre las leyes constitutivas de la inteligencia. El autor de los *Estudios de los efectos del hachisch* ha entrado en una via de observaciones enteramente nuevas y llegado á esta notable conclusion: « La naturaleza psicológica del delirio en la locura es absolutamente idéntica á la del estado de sueño; y este hecho fundamental le rodea de numerosas pruebas. »

En el ínterin se profundiza tan vasto asunto, hagamos el bosquejo prometido para los que dominados por tétricas ideas, ven todo en torno suyo como una anchurosa mancha negra, y á fin de ser mas verídicos, dejemos hablar á un apasionado de esta bebida.

« Hace cosa de seis meses (habla el apasionado) encontré en el Havre la víspera de embarcarme para América, á un antiguo amigo que volvia de Turquía, y no sabia hablar sino del eterno velo de las turcas, de la imperturbable barba de sus tiranos, y de los sabrosos goces del hachisch.

Apenas habiamos cambiado algunas palabras, me propuso una orgía oriental en toda la estension de esta voz. Inutilmente quise conjurar la tormenta, no por que haya sido nunca antipático á esta clase de distracciones, sino por que hay cosas que siempre respeté: mi amigo conocia mi lado débil, me habló de timidez, cobardia, &c. y con tales armas fue forzoso aceptar el desafio.

En cuanto tomé algunas cucharadas de una pasta verdusca que me dió mi amigo, y en la que no distinguí sino el gusto de la miel y del pistacho, esperimenté en el estómago un cierto calor. A los pocos minutos mi cuerpo despedia fuego y se quemaba como un bono de banco en la llama de una bujía; por supuesto que no estaba sometido al yugo de las leyes de la materia; gravedad, espesor, opacidad, todo desapareció. Conservé sí mi forma, pero una forma aeromal, diáfana, flexible, fluida, los obstáculos me atravesaban sin causarme el menor dolor. Segun el sitio que queria ocupar me desarrollaba ó me recogia. Mi voluntad bastaba para trasportarme instantáneamente de un punto á otro.

Hallábame en un mundo imposible, iluminado por resplandores fantásticos, en medio de un ramillete de fuegos artificiales compuesto de mil dibujos mas ó menos estraordinarios, adornados de flores luminosas con tallos de oro ó plata, y cálices de diamantes, de rubies y de zafiros; numerosos surtidores de agua hechos de rayos de luna en fusion caian en menudo polvo sobre fabulosas conchas que cantaban con sonidos de arpa todas las melodías que debian haber compuesto los grandes músicos.— Una sinfonia de perfumes seguia á este primer encanto, que se disipó en una lluvia de lentejuelas á los pocos segundos; consistia el tema en un vago olor de íris y un perfume de acacia que se perseguian, se evitaban, se cruzaban y aun se enlazaban con una voluptuosidad y una gracia admirables.

« Si alguna cosa puede dar una idea de esta frase embalsamada, es el juego de las pequeñas flautas en el baile de las Salmeas de Felicien David. Mientras que esta música pasaba y repasaba cada vez con una dulzura mas imperiosa, un encanto mas fascinador, los dos perfumes tomaban el cuerpo de la flor de que emanaban; dos íris y dos racimos de acácia se desplegaban en un vaso de ónice de maravillosa trasparencia; al poco centellearon los íris como estrellas azules, las flores de acácia se fundieron en arroyuelos de oro, el vaso de ónice tomó formas femeninas, y divisé el hermoso rostro y el cuerpo lindísimo de una segunda Beatriz, que rodeándome de un amor infinito é inmenso me prometia delicias desconocidas,

Domingo 8 de Noviembre.

goces que mi pluma no describirá. Todos mis sentidos estaban trastornados; veia la musica y oia los colores; por último, vivia en esa esfera que aconsejo imiten los melancólicos ó desesperados, si quieren gustar las dulzuras de un paraiso ideal. »

Otro tanto podremos decir á los desesperados, ó amigos de cosas ó fenómenos estraordinarios.

G. A. DE SAAVEDRA.

EL CONDE DE BARCELONA.

I.

LA CONSAGRACION.

La víspera del santo dia de Pascua de 1099 habia gran fiesta en la noble ciudad de Barcelona.

Era que el jóven conde Raymundo Berenguer, que un año antes heredara el poder soberano, habia pensado que despues de estar sus vasallos, como los discípulos y apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo, abismados en larga y profunda tristeza con motivo de la muerte del señor conde su padre, debia, acercándose la Pascua, elegir este santo dia para consagrar su persona real. En consecuencia habia convocado para dicho dia en su buena ciudad de Barcelona á los prelados, barones, caballeros y enviados de las córtes estrangeras, anunciándoles que en su presencia seria armado caballero, y plantaria sobre su cabeza la guirnalda de rosas de oro, que era la corona de los condes de Aragon.

Para el dia señalado, no tan solo todos los prelados, barones y caballeros de España, sino tambien bastante número de príncipes y señores estrangeros, acudieran á la fiesta. Vinieron de Cerdeña el juez y Arzobispo de Arborea: de Zaragoza el Rey de Aragon: el Rey de Castilla, de Búrgos. Los Reyes moros de Tremecen y Granada, no pudiendo asistir en persona, habian enviado ricos presentes como sus antepasados los Reyes magos hicieron con motivo del Nacimiento de Jesucristo. En una palabra, tanta era la afluencia de espectadores, la víspera del santo dia de Pascua, que bien se sacaban treinta mil ginetes de la flor de la nobleza del mundo en la ciudad de Barcelona y sus cercanías.

Desde por la mañana, mandara pregonar á son de clarin el señor conde Raymundo Berenguer III que á la hora de medio dia, despues de cantado el *aleluya*, y á la primera campanada de las que anunciarian su regreso, todo el mundo debia despojarse del luto, raparse la barba y aprestarse para la fiesta y la zambra. Asi es que cuando se oyó el alegre tañido de los címbalos, todos hicieron lo que el Rey mandára y las calles, una hora antes tristes y silenciosas, se inundaron en un momento de gente y de algazara: porque se habian abierto á un tiempo las puertas de la ciudad y las de las casas, y los caballeros forasteros entraron, y los vecinos salieron de sus mansiones.

Y sin embargo no habia en Barcelona mas que los que no pudieran ser convidados al palacio de la Aljaferia: porque como ya digimos, la concurrencia era inmensa y el Rey se habia visto en la necesidad de resolver que no recibiria á su mesa y en su castillo sino al que fuera Rey ó enviado de Rey, gobernador de

provincia, Arzobispo, príncipe, duque ó conde: y solo con estos y su comitiva, resultaban cuatro mil personas con derecho á ser aposentados por el ilustre conde de Barcelona.

Todo el dia anduvo errante por la ciudad el gentío, visitando las iglesias, apiñándose en torno de los titiriteros, y alternando la oracion con los juegos profanos, y los juegos profanos con la oracion; pero cuando la noche fue acercándose, todo el mundo se encaminó hácia el palacio del conde, media legua distante de la ciudad; porque el conde, aquella misma noche, debia hacer la vela de las armas en la iglesia del Salvador. Por todo el camino estaban distribuidas antorchas y blandones para alumbrar á los curiosos, con centinelas y encargados especiales que cuidasen de su mantenimiento.

Así que sonó la hora de vísperas encendiéronse todas estas luces, á pesar de que aun era de dia; de suerte que en un instante se extendió una línea larguísima brillante desde el palacio de la Aljaferia hasta la iglesia del Salvador, y al mismo tiempo heraldos de armas tremolando las banderas del conde reconocieron todo el camino para que el pueblo se alinease á los dos lados y no impidiese el paso de la suntuosa comitiva.

A la postrera campanada de vísperas se abrió de par en par la puerta del palacio, saludada por los gritos de júbilo de los que estaban aguardando desde medio dia.

Los primeros que asomaron fueron los hijos de los nobles caballeros de Cataluña: iban á caballo, y llevaban las espadas de sus padres; espadas insignes, melladas todas en combates y torneos, ilustradas con un nombre victorioso.

Seguian detras los escuderos de los que debian ser armados caballeros el siguiente dia; desnudas ostentaban las espadas de sus señores, y estas en contraposicion con las otras, estaban vírgenes y brillantes; pero se sabia que en las manos que debian empuñarlas, muy pronto perderian su virginidad en la sangre, su lustre en las batallas.

Venia despues la espada del señor conde, hecha en forma de cruz, para recordarle siempre que era soldado de Dios antes de ser príncipe de la tierra: era la espada mas rica, mejor guarnecida; y aguardando el momento de pasar á manos de su señor, estaba en las del anciano don Juan Gimenez de la Roca, uno de los caballeros mas esforzados del mundo.

Despues de la espada del señor conde, venian dos carruages de sus cuadras, cargado cada uno con diez quintales de cera que ofrecia en donativo á la iglesia del Salvador, por haber hecho voto de un cirio que diera vuelta á la ciudad de Barcelona: y esto fue, porque preso en sus estados con motivo de la enfermedad del conde su padre, no habia marchado á la cruzada; lo cual era un dolor como caballero, un remordimiento como cristiano.

Marchaba en seguida el señor conde en persona, cabalgando sobre un caballo magníficamente enjaezado. Era un gallardo mancebo de hasta diez y nueve años, de larga cabellera, sugeta con un hilo de oro. Vestia el jubon de guerra, porque en la velada habia de ponerse la armadura; pero el jubon no se veia, oculto por un gran manto de paño de oro que colgaba hasta los estribos. Iban detras sus armas llevadas por dos nobles; un yelmo de visera, una cota de malla de acero y oro, y un escudo que tenia grabada la guirnalda de rosas, señal del poder soberano entre los condes de Barcelona.

En pos de las armas del señor conde, seguian de dos en dos los nobles á quienes habia de armar caballeros: eran en número de doce, y á su vez cada uno, luego que hubiera recibido la órden, debia armar otros diez; y estos ciento vein-

te caminaban en seguida dos á dos sobre sus fogosos corceles, lujosamente enjaezados.

Luego aparecian segun su clase y de cuatro en cuatro, en primer lugar los prelados, despues los Reyes y representantes de Reyes, á continuacion los duques, los condes y los simples caballeros, separados unos de otros por comparsas de músicos que atronaban los aires con sus trompetas, con sus flautas y timbales. Tras del último grupo caminaba multitud de juglares vestidos de salvages, corriendo á pie, ó montados en caballejos sin silla ni brida, donde lucian sus habilidades, y armaban tal estrépito ellos solos que hubiera creido quien los oyese sin saber la causa, que cielo y tierra se desplomaban de un golpe.

A favor de los blandones que trocaban las tinieblas en luz, entre el estruendo de los tambores, timbales, trompetas y otros instrumentos, de los gritos de los juglares y heraldos que voceaban: ¡Barcelona! ¡Barcelona! por el tercer Raymundo Berenguer! llegaron á la iglesia del Salvador. Aunque el camino era escasamente de media legua, tan lentamente avanzára la procesion, que se mediaba la noche cuando el conde echó pie á tierra en el pórtico, donde le esperaba con todo el clero el Arzobispo de Barcelona que debia consagrarle al dia siguiente.

Entonces todos los nobles que habian de ser armados con el señor conde á la cabeza entraron en la iglesia é hicieron juntos la vela de las armas, recitando oraciones y entonando cánticos de alabanza y accion de gracias. Asi pasaron toda aquella afortunada noche, y oyeron devotamente los maitines á que asistieron los Arzobispos, Obispos, priores y abades y con tanto recogimiento rezaron que sirvió de grande edificacion para todos los concurrentes.

Luego que hubo amanecido, se abrió la iglesia á los fieles y se llenó que era maravilla cómo tantas criaturas humanas podian caber sin sofocarse en aquel recinto. Revistióse el Arzobispo para celebrar la misa y el señor conde tambien se encajó una sobrepelliz como si fuera á ayudarla; encima de la sobrepelliz se puso la dalmática mas rica que puede imaginarse: luego se acomodó al cuello una estola tan magnífica, tan empedrada de perlas y piedras preciosas, que fuera imposible decir lo que valia; por último cogió el manípulo que era precioso igualmente y á cada prenda que tomaba, el Arzobispo repetia una oracion. Hecho esto, comenzó la misa, y despues de la epístola suspendió el oficiante la santa ceremonia, mientras que los dos padrinos del conde que eran don Juan Gimenez de la Roca y Alfonso Fernando, señor de Ixer, se acercaron á él y el uno le calzó la espuela derecha, el otro la izquierda. Acercóse entonces al altar el conde, se prosternó ante el tabernáculo y dijo en voz baja una oracion, mientras el Arzobispo de pie á su lado recitaba otra. Acabada la plegaria se retiró, alzó del altar la espada, besó humildemente la cruz de la empuñadura, y ceñida y desenvaynada la blandió por tres veces consecutivas. A la primera, desafió á todos los enemigos de la santa fé católica; á la segunda, juró socorrer á los huérfanos, á las viudas y menesterosos; á la tercera y última, prometió hacer justicia toda su vida, asi á los grandes como á los pequeños, á los estrangeros como á sus propios vasallos.

A este postrer juramento una voz llena y sonora respondió: *Amen*: y todos se volvieron á mirar de donde salia la voz: era de un juglar provenzal que se habia introducido en la iglesia, y á quien quisieron echar como indigno de mezclarse entre gente tan distinguida; pero enterado el conde de lo que pasaba, mandó que le dejaran quieto, diciendo que en momentos tales toda oracion era buena,

fuese de noble ó villano, de rico ó pobre, de fuerte ó débil, con tal que proviniera de un corazon recto y bien intencionado. Quedóse, pues; el juglar, y el señor conde, despues de envaynar la espada, la ofreció á Dios con su persona, suplicándole le tuviese siempre en su santa guarda, y le concediese la victoria contra todos sus enemigos. Ungióle entonces el Arzobispo con el óleo santo en el hombro y brazo derecho. Levantó en seguida la corona y se la puso en la cabeza, donde sus dos padrinos la afirmaron. Al tiempo mismo los Arzobispos, los Obispos, los abades, los príncipes y padrinos del conde entonaron un solemne *Te Deum*, durante el cual tomó el unjido el cetro de oro y el globo, teniéndolos mientras duró la accion de gracias y el evangelio. Volviólos á dejar sobre el altar y tomó asiento, pasando sucesivamente por delante de él los doce nobles á quienes fue armando caballeros, y que se repartieron en seguida en doce capillas para armar á su turno otros diez.

Terminada la ceremonia, tomó de nuevo el conde cetro y globo, y ceñida la corona y revestido de todas las insignias del poder, salió de la iglesia y montó de nuevo en su caballo, sin despojarse de la dalmática, ni de la estola y manípulo. Pero como no podia guiar por sí su cabalgadura, iban sugetos al freno dos pares de riendas: el un par, lo llevaban los padrinos: las otras riendas que eran de seda blanca y que bien tendrian sus cuarenta pies de largas, habian de ser llevadas por los barones, los caballeros y ciudadanos mas notables de Cataluña; á estos acompañaban los seis diputados de Valencia, otros tantos de Zaragoza y los cuatro de Tortosa: todos los que empuñaban las riendas iban á pie en señal de respeto é inferioridad. Así fue como siguiendo el mismo orden y el camino mismo, llegó el señor conde á su palacio de la Aljafería. Echó pie á tierra y se encaminó derecho al comedor, donde le habian preparado un trono en medio de dos sillas de oro, sobre las cuales colocó cetro y corona. Sentáronse sus padrinos cerca de él, y junto á estos los Reyes de Castilla y Aragon, el Arzobispo de Barcelona y los de Zaragoza y Arborea, á otra mesa se sentaron los Obispos, los duques y todos los nobles que aquel dia fueran armados caballeros: por último tomaron asiento los barones, los delegados de las diferentes provincias y los ciudadanos mas notables de Barcelona, todos con el mejor órden, porque tenian señalado el puesto, y habia para servir criados nobles é hijos de caballeros.

El señor conde era servido por doce nobles, y su mayordomo el baron Guillelmo de Carvallo se acercó con su plato y cantando una ronda, acompañado de los doce nobles, cada uno de los cuales traia un manjar distinto y hacia el coro cantando. Acabada la ronda, dejó el mayordomo el manjar delante del conde; y quitándose el manto y la cota de paño de oro forrada de armiño y guarnecida de perlas, los regaló á un juglar. Tragéronle en seguida otro trage no menos rico y se fue con los doce nobles á buscar el segundo servicio. Volvió á los pocos momentos, cantando otra ronda y con manjares nuevos, y, lo mismo que antes, despues de servir al conde, dió el trage que traia á un juglar: diez servicios hubo y en los diez se repitió la misma largueza, lo cual fue grandemente aprobado por toda la asamblea.

Tres horas vendrian á estar en la mesa, y el conde se levantó, tomó su globo y cetro, y pasando al aposento inmediato, fue á sentarse sobre una silla elevada. A su lado se colocaron los dos Reyes, y en rededor y mas abajo todos los barones y ciudadanos notables.

Los juglares hacian alarde entonces de su imaginacion lozana, y entonaron poemas y cantares alusivos: hasta que el Rey hizo seña de que se retiraba, que harto necesitaba de reposo; pero cuando

acababa de despojarse del manto real, entraron á anunciarle que un juglar se empeñaba en hablarle, diciendo que lo exigia un negocio del mayor interés, y que no consentia dilacion.

El conde mandó que le dejaran entrar.

Entró el juglar, y á los dos pasos hincó una rodilla en tierra.

—Habla, le dijo el conde.

—Ruego antes á vueseñoría, respondió el juglar, que se sirva disponer que nos dejen solos.

Raymundo Berenguer hizo una seña, y todos se retiraron.

—¿Quién eres? preguntó el conde cuando se hubo cerrado la puerta.

—Soy, dijo el juglar, quien contestó *Amen* cuando en la iglesia del Salvador, y con esa espada, prometísteis hacer justicia toda vuestra vida, así á los poderosos como á los desvalidos, á los estranjeros como á vuestros propios vasallos.

—¿Y en nombre de quién pides justicia?

—En nombre de la Emperatriz Praxedes, injustamente acusada de adulterio por Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than, y sentenciada por su esposo el Emperador Enrique IV á morir pasado el plazo de un año y un dia si no se presenta un campeon á defenderla.

—¿Y cómo eligió para comision como esa tan estraño mensajero?

—Porque tal vez nadie se hubiera espuesto al enojo de un señor tan poderoso como el Emperador Enrique IV, y á la venganza de dos caballeros tan temibles como Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than; y por cierto que yo tampoco me hubiera encargado si no me invitára mi dueña y señora, la jóven marquesa Dulce de Provenza, que tiene tan hermosos ojos y voz tan grata que nadie puede negarla lo que pide, y me rogó que saliera á buscar un caballero que acudiese á defender á su noble soberana. Eché á andar en seguida, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo; pero á la sazon, la flor de la caballería se halla en la Tierra Santa, de suerte que he recorrido en vano la Francia y la Italia, buscando un campeon para ese infortunio imperial; pero buscando en valde. He oido elogiaros, monseñor, como valiente y osado caballero, y me he puesto en camino para Barcelona, adonde he llegado hoy mismo. Pregunté donde estábais, me contestaron que en la iglesia, y entré, señor, cuando teníais esa noble espada en la mano jurando hacer justicia asi á los poderosos como á los desvalidos, á los estranjeros como á vuestros propios súbditos: me pareció que la mano divina me conducia hasta vos en momento semejante, y por eso esclamé: Asi sea.

—Pues asi sea, repuso el conde, porque para honra de mi reputacion y engrandecimiento de mi fama, emprenderé esta aventura en el nombre de Dios.

—Gracias infinitas, señor, contestó el juglar; pero con vuestra licencia os diré que el tiempo urge; porque han transcurrido diez meses desde la sentencia fulminada por el Emperador, y no restan á la acusada mas que dos meses y un dia, que es apenas el tiempo necesario para que lleguemos á Colonia.

—Pues bien, dijo el conde, dejemos terminadas las fiestas, y el viernes daremos gracias á Dios para ponernos en camino el sábado.

Hágase vuestra voluntad, dijo el juglar al retirarse.

Pero antes de que saliera, le echó el conde por los hombros una magnífica cadena de oro que bien valia quinientas libras, porque el señor conde era un príncipe tan generoso como valiente, tanto que sus contemporáneos le apellidaron el Grande y la posteridad le ha dejado el nombre que le dieron sus contemporáneos.

Era ademas hombre religioso, porque

las fiestas que solicitaba del juglar ver concluir, fueron dadas en imitacion de nuestro Señor Jesucristo, quien en el venturoso dia de Pascua prestó nuevas fuerzas á la Virgen, á sus apóstoles, á los evangelistas y demas discípulos, que antes estaban tristes y afligidos á causa de su pasion: por eso dice el cronista de quien tomamos estos pormenores. «Sobrevino el viernes por la gracia de Dios una buena lluvia que alcanzó á toda Cataluña, Aragon, reyno de Valencia y de Murcia. La tierra, que harto lo necesitaba, tuvo asi su complemento de júbilo, para que nada faltase á los presagios de un reynado que fue de los mas grandes y felices de que se conserva memoria en la noble ciudad de Barcelona.»

II.

EL CAMPEON.

Por entonces el Emperador Enrique IV de Alemania era uno de los príncipes mas desgraciados que han ocupado su trono. El año 1056, á la edad de seis, habia heredado de su padre Enrique el Negro, y la Dieta habia encargado á Inés de Aquitania la administracion de los negocios públicos, durante su minoría: pero los príncipes y barones de Alemania, humillados á obedecer á una estrangera, se habian rebelado contra el imperio, y Oton, margrave de Sajonia, comenzára la série de guerras civiles, en las cuales Enrique armado siempre contra sus vasallos, contra sus tios ó contra su hijo, debia consumir su vida, tan pronto Emperador como fugitivo, hoy proscribiendo y mañana proscrito. Despues de haber destituido al Papa S. Gregorio VII, y atravesado, en espiacion de este sacrilegio, los Apeninos á pie en el rigor del invierno, con un baston en la mano y como un mendigo, despues de esperar tres dias en el patio del castillo de Canossa, sin abrigo, sin pan, sin lumbre á que tuviese á bien S. S. abrirle la puerta, habia sido por fin admitido á su presencia, le habia besado los pies, y hecho juramento sobre la cruz de someterse á su resolucion. A este precio le absolvió el Papa de su sacrilegio: pero entonces le acusaron los señores lombardos de cobardía. Amenazado por ellos de destitucion, si no rompia el vergonzoso tratado á que acababa de sujetarse, hubo de aceptar su alianza; pero mientras hacia este pacto, los barones alemanes habian elegido Emperador á Rodolfo de Suabia. Enrique que viniera á Italia suplicando, volvió á Alemania como soldado, y por contera escomulgado, habiendo recibido del Papa, Rodolfo su rival, una corona de oro en señal de investidura temporal, y una bula que invocaba la maldicion del cielo sobre su enemigo. Apesar de corona y bula, bate y mata á Rodolfo en la batalla de Wolskein y se vuelve vencedor y furioso contra la Italia, llevando consigo al Obispo Gisbert á quien habia hecho elegir Papa. Ahora le tocaba á Gregorio temblar, porque no debia esperar misericordia, y á su aproximacion se habia encerrado en Roma: cuando llegó Enrique á avistar las murallas de la ciudad eterna, encontró un emisario de Gregorio que le ofreció la absolucion y la corona. La respuesta de Enrique es apoderarse de Roma y el Papa se refugia al castillo de Santangelo. Allí mismo le persigue Enrique, le bloquea, y seguro de que su enemigo no se escapa, asienta en el trono de S. Pedro al antipapa Gisberto, y recibe de su mano la corona imperial. Llégale entonces la noticia de que los sajones han elegido para Emperador á Herman, conde de Luxemburgo. Repasa Enrique los Apeninos, bate á los sajones, somete la Turingia, y se apodera de Herman á quien permite vivir y morir desconocido en un rincon del imperio. Vuelve en seguida á Italia, donde hace que su hijo Conrado sea elegido

Rey de los romanos. Creyendo la paz segura por este lado, vuelve sus armas contra la Baviera y parte de la Suabia que seguian rebeldes. Su hijo, á quien acaba de hacer Rey, y que ambiciona el imperio, se subleva, arma tropas, y contribuye á que sea escomulgado segunda vez su padre por el Papa Urbano II. Convoca Enrique una dieta en Aquisgran, espone su corazon paternal desgarrado con la rebelion de Conrado y solicita que su hijo segundo, Enrique, sea elegido Rey de los romanos. A mitad de una sesion, recibe un aviso misterioso. Hace falta su presencia en Colonia, le dicen, para revelarle un gran secreto. Sale Enrique de la dieta, y dos de los barones mas nobles, Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than le esperaban á la puerta de su palacio. Invítales Enrique á entrar con él, los conduce á su aposento, y viéndolos sombríos y severos, les pregunta el motivo.

—La magestad del trono está en peligro, responde Gontran.

—Quién la pone?

—La Emperatriz Praxedes vuestra esposa! dice Gontran.

Esta nueva hace mas sensacion en Enrique que otra ninguna, porque la Emperatriz Praxedes con quien se casara dos años antes, y á la que profe- un amor casi de padre como de esposo, era el único ángel á quien debia las pocas horas de reposo y de ventura que gustara en medio de aquella vida fatal y maldita que hemos procurado describir: asi es que necesitó un momento para reconcentrar las fuerzas de su corazon y preguntar qué habia hecho.

—Ha hecho cosas que no puede soportar el brillo del trono imperial, respondió Gontran, y que nos acarrearian el dictado de traidores á nuestro señor, si vaciláramos en decírselas.

—Pero acabad, qué ha hecho? preguntó por segunda vez Enrique.

—En vuestra ausencia, prosiguió Gontran, ha alentado el amor de un caballero; y tan públicamente lo ha hecho, que si llega á naceros un hijo, este suceso que llenará de júbilo al pueblo, pondrá de luto á la nobleza: porque para el pueblo todo señor es bueno, al paso que la nobleza del imperio, que es la primera de todas las noblezas, no puede ni quiere recibir órdenes mas que de un hijo de Emperador.

Recostóse Enrique en el respaldo del sitial para no caer, porque un mes antes habia recibido una carta de la Emperatriz en que anunciaba con gozo infantil que tenia la esperanza de ser madre.

—Y qué se ha hecho ese caballero? preguntó Enrique.

—Ha salido de Colonia como vino, de repente y sin que se sepa donde para. Su patria y nombre á nadie los ha revelado, pero podreis preguntarlo á la Emperatriz.

—Bien, dijo Enrique, entrad en ese gabinete.

Obedecieron los dos nobles. El Emperador llamó á su chambelan, y le dió órden de traer á la Emperatriz. Pero cuando se quedó solo, el infeliz que sufriera tanto, y á quien tanto quedaba que sufrir, falto de fuerzas, se dejó caer sobre un sitial. El que sin ceder arrostrára la guerra civil, la guerra estranjera, la escomunion romana y la rebelion filial, se sintió quebrantado por una duda. Su cabeza, que sostuviera cuarenta y cinco años la corona, y que no se habia rendido con el peso, no pudo resistirse á una sospecha, y se amilanó como si la mano de un gigante pesara sobre él. Por un instante lo olvidó todo el anciano; imperio, guerra, maldicion, rebeliones, para no pensar sino en aquella mujer que era el único ser humano que conservaba su confianza, y que le habia engañado mas indignamente todavía que los demas: rodó una lágrima de sus párpados y corrió por sus mejillas

hundidas. El azote de la desgracia habia sacudido con tanta fuerza la roca, que como la vara de Moisés habia hecho brotar un manantial secreto y desconocido.

Entró la Emperatriz ignorante de todo y se acercó con paso tan ligero que Enrique no la sintió. Era una hermosa muger del Norte con ojos azules y carnes de nieve, rubia y esbelta como una vírgen de Holstein. Paróse delante del anciano, sonriose con casta sonrisa y se inclinó para ofrecerle un beso de hija y de esposa; pero entónces rozaron sus cabellos la frente del Emperador, y se estremeció como si le hubiera picado una serpiente.

—Qué teneis, señor? dijo Praxedes.

—Muger, contestó el anciano levantando la cabeza y mostrándola los ojos húmedos; por espacio de cuatro años me habeis visto arrostrar penas mas pesadas que la cruz de Cristo, y trocarse mi corona imperial en corona de espinas: habeis visto correr el sudor por mis mejillas, la sangre por mi frente, pero no habeis visto asomar una lágrima á mis ojos. Ahora, miradme, estoy llorando.

—Y por qué llorais, querido señor y dueño?

—Porque abandonado por mis pueblos, escarnecido por mis vasallos, proscrito por mi hijo, maldecido por el Eterno; no me quedaba en el universo otro bien que vos, y vos me habeis faltado.

Praxedes se levantó pálida, derecha como una estátua.

....Señor, dijo, os han engañado. Sois mi Emperador y mi dueño, y derecho os asiste para decir lo que querais; pero si otro que vos repitiera esas palabras responderia que ese hombre miente por envidia ó por mala voluntad.

—Entrad, dijo Enrique con una voz llena dirigiéndose al gabinete.

Al punto se abrió la puerta, y aparecieron Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than.

Al divisarlos, estremecióse la Emperatriz, porque instintivamente los considerara siempre como enemigos. Avanzaron por el otro lado del sitial del Emperador, y estendiendo la mano:

—Señor, esclamaron, lo que hemos dicho es cierto, y lo sostendremos con riesgo de nuestro cuerpo y de nuestra alma, combatiendo dos contra dos, á cuantos caballeros se atrevan á desmentirnos.

—Escuchad lo que dicen, señora, respondió el Emperador, porque se hará lo que solicitan: y sabed que si pasado un año y un dia no habeis encontrado caballeros que os disculpen con el combate, sereis quemada viva en la plaza de Colonia, á vista del pueblo y por mano del verdugo.

—Señor, dijo la Emperatriz, ruego á Dios que me ausilie, y espero de su gracia que la verdad y la inocencia queden triunfantes.

—Asi sea! dijo Enrique; y llamando á la guardia mandó conducir á la Emperatriz á una sala baja del castillo que sirviera de prision.

Y llevaba alli encerrada trescientos sesenta y cuatro dias sin haber podido á pesar de sus promesas y sus votos encontrar un solo caballero que quisiera armarse en su defensa, tanto era el temor que inspiraba el renombre de sus acusadores. En su soledad, habia dado Praxedes á luz un hijo á quien sustentaba con sus pechos y envolvía con sus manos como hubiera hecho una hija del pueblo, pero su pobre enjendro estaba sentenciado como ella á lavergüenza y á la hoguera. Entre todas sus damas, únicamente Dulce de Provenza, ausente de su hermosa patria, que ardia en guerra, habia permanecido fiel á su soberana en tanta desventura. Pero el plazo espiraba dentro de tres dias, y no veía volver á su emisario ni tenia noticias suyas. Ya empezaba á desesperar tambien, y eso que ella sola infundiera esperanzas á la Emperatriz.

Domingo 15 de Noviembre.

El dolor de Enrique era incomparable. Sufriendo á un tiempo como Emperador, como padre y como esposo, habia hecho voto público de marchar á las cruzadas, y el dia que fijára para el suplicio de la Emperatriz no era menos doloroso para él que para Praxedes. Todo lo habia abandonado á la misericordia del Señor, intereses políticos y negocios privados: retirado en su palacio de Colonia, aguardaba, por que solo para aguardar tenia fuerzas: habian transcurrido trescientos sesenta y cuatro dias, y amaneciéra el sol del siguiente.

Este dia por la tarde, cuando salia Enrique de su oratorio, le anunciaron que un caballero estrangero solicitaba hablarle al punto. Estremecióse el anciano por que aun no habia perdido toda esperanza, y mandó que introdujéran al caballero.

Recibió Enrique al desconocido caballero en la misma cámara, y sentado en el mismo asiento donde fulminara la sentencia contra la Emperatriz. Entró el caballero y dobló una rodilla en tierra; pero el Emperador le hizo seña para que se levantara, y le preguntó qué causa le traia.

—Señor, dijo el desconocido caballero, soy un conde de España: he oido decir que la Emperatriz vuestra esposa estaba acusada por dos caballeros de vuestra corte, y que si en el espacio de un año y un dia no encontraba un campeon que la defendiese en la liza, sería quemada públicamente. Mas por lo bien que de ella he oido hablar, por el santo renombre de virtud que goza, he venido á solicitar el combate con sus dos acusadores.

—Conde, esclamó el Emperador, sed bienvenido: por cierto que es un grande honor, un grande aprecio el que le haceis, y llegais oportunamente, porque faltaba muy poco para que sufriese la pena de las adúlteras.

—Señor, repuso el conde, ahora tengo que pediros una gracia, que me dejeis hablar con la Emperatriz, porque yo sabré en esta entrevista si es inocente ó culpable; si es culpable no espondré mi vida ni mi alma por ella, tenedlo por seguro; pero si fuera inocente combatiré, no contra uno, no contra dos, sino, si fuere necesario, contra todos los caballeros de Alemania.

—Se hará como deseais, porque es justicia, respondió el Emperador.

Saludó el caballero desconocido, y dió algunos pasos hácia la puerta, mas Enrique le llamó.

—Señor conde, dijo, habeis hecho voto de no descubrir el rostro?

—No, ilustre Emperador, respondió el caballero.

—Pues entonces haceedme la gracia de levantaros la visera, para que pueda grabar en mi memoria las facciones del que á tal peligro se espone para vindicar mi honor.

Desprendióse el caballero el casco y vió aparecer Enrique una cabeza hermosa, enérgica, pero de un jóven que apenas frisaba en los 20 años. Contemplóle un momento el Emperador silencioso, triste, y suspiró á su pesar, pensando que Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Thau estaban ambos en la flor de su edad.

—Dios os tenga bajo su santa guarda, señor conde, dijo, porque me pareceis muy jóven para llevar á cabo la aventura emprendida. Reflexionadlo bien, porque aun estais á tiempo de retirar vuestra palabra,

—Disponed que me presenten á la Emperatriz, fue la réplica del caballero.

—Id, pues, dijo el Emperador ofreciéndole un anillo, ahí teneis mi sello, y á su vista se os abrirán todas las puertas.

Dobló el caballero una rodilla, besó la mano que le alargaba el anillo, se lo metió en el dedo y echó á andar.

Como le dijera Enrique, el sello im-

perial franqueó todas las puertas, tanto que al cabo de diez minutos se halló en presencia de la acusada.

Estaba la Emperatriz sentada sobre un lecho, amamantando á su hijo, y como de mucho tiempo no recibia otras visitas que las de sus carceleros, porque le estaba prohibido comunicarse hasta con sus criadas, ni siquiera levantó la cabeza cuando se abrió la puerta: pero por un movimiento instintivo de pudor, se echó sobre el pecho el manto, meciendo á su hijo con un movimiento lento de hombros y un canto triste y dulce. Contempló el caballero aquel elocuente cuadro de las miserias reales, y viendo que la Emperatriz no reparaba en él:

—Señora, dijo, no os dignareis alzar los ojos para mirar á un hombre que ha venido de remotas tierras, solo por el amor de vuestro nombre? Estais acusada, y me ofrezco á defenderos: pero antes, respondedme como responderiais á Dios, y ved que en la aventura que he emprendido, necesito no solo de la fuerza de mi brazo sino tambien de la conviccion de mi conciencia. En nombre del cielo, reveladme toda la verdad; porque si me demostrais, como espero, vuestra inocencia, os juro por la órden de caballería que he recibido, que sereis defendida por mí, y que no os faltaré en el momento de la batalla.

—Mi primera obligacion es daros las gracias, dijo la Emperatriz, pero ¿no podré saber á quien voy á abrir mi corazon, ó habeis hecho voto de encubrir vuestro nombre y vuestro rostro?

—Mi rostro, señora, respondió el caballero quitándose el casco, lo puede ver todo el mundo, porque creo que es del todo desconocido en el imperio; por lo que toca á mi nombre, es otra cosa: he jurado que vos sola le sabriais.

—Decidmele, esclamó la Emperatriz.

—Señora, soy un príncipe de España á quien llaman Raymundo Berenguer, conde de Barcelona.

Al oir este nombre, tan célebre de padres á hijos, la Emperatriz que oyera hablar con frecuencia de la nobleza insigne y del valor á prueba de aquella familia, cruzó las manos gozosa y consolada: luego, mirando al conde por entre la nube de lágrimas que empañaba sus hermosos ojos:

—Señor, dijo, en ninguna ocasion podré recompensaros con la centésima parte de lo que haceis por mí: pero decis bien que debo confesároslo todo.

«Cierto que vino en ausencia de mi esposo, un apuesto caballero, pero sin duda por efecto de algun voto vino sin decir su nombre que nadie ha averiguado; pero decian que era hijo de algun príncipe segun lo magnífico y generoso: tambien es cierto que siempre me lo encontraba, pero tan respetuoso siempre, á tal distancia, que no podia quejarme. Esto duró algun tiempo sin que el caballero de la Esmeralda, que asi le llamaban, á falta de nombre, por un precioso anillo que en el dedo llevaba, hiciese otra cosa que seguirme ó esperarme á donde quiera que fuese. Sucedió que un dia que habia salido con mis damas y los dos villanos caballeros que me han acusado, á cazar con halcon, se levantó una garza real y descaperucé mi pájaro que en seguida tomó vuelo. Como era un halcon de fina raza noruega, alcanzó pronto á la fugitiva, y rompí al galope con mi hacanea para llegar á tiempo. Tanto fue mi ardor que mi caballo saltó por encima de un riachuelo; mis damas no se atrevieron á dar el mismo salto, de suerte que solo Dulce me siguió: porque jamás se separaba. Mis damas dieron un largo rodeo para buscar un paso menos arriesgado, y los dos caballeros las siguieron: porque montaban pesados corceles alemanes, incapaces de dar un salto. Continuamos nuestra marcha sin cuidarnos de ellos y cuando llegamos al sitio donde cayeron los combatientes, parecionos ver por el bosque

un caballero que huia: pero entonces estábamos demasiado ocupadas con la caza para cuidar de otra cosa.

Picamos hácia el venado que veíamos luchando mientras el vencedor le roía ya los sesos. Pero grande fue nuestro asombro cuando al echar pie á tierra vimos que habian sujetado el largo pico de la garza con una esmeralda magnífica engastada en una cadena de oro. Dulce y yo nos miramos sin comprender la aventura, pero sospechando que la sombra que habiamos visto desaparecer era la del caballero desconocido; luego, y en esto hice mal, lo confieso, en lugar de tirar el anillo al rio como debí, me lo metí en el dedo; y como entonces llegaba mi acompañamiento, conté lo que habia ocurrido y enseñé la esmeralda. Todos se asombraron del suceso, porque ninguno, escepto los caballeros, pensó en sospechar que no decia yo la verdad: mas Gontran y Gualtero se sonrieron con ironía. Darles esplicaciones era reconocer en ellos el derecho de concebir sospechas. Púseme el guante, recogi mi halcon, y continuamos la caza sin que nada de particular volviera á acontecer. Al otro dia vi en la iglesia al caballero desconocido: le miré la mano y no tenia el anillo. Desde entonces no me pudo quedar duda de que la esmeralda era suya y resolví volvérsela.

«Esto sucedia ocho dias despues de la fiesta de Colonia: y ya sabeis cuan célebre es esta fiesta para toda la Alemania: los cantores, los músicos, los juglares, acuden de todas partes. Habia entre estos un domador de fieras que tragera de Berbería un leon y un tigre; habia construido un circo, y se podia ver á aquellos dos soberbios animales desde una galería elevada.

Fuí con todas mis damas, y allí como en todas partes hallé al misterioso estrangero. Me pareció favorable la ocasion para devolverle el anillo. Lo saqué é iba á encargar á Dulce que se lo entregara, cuando el tigre, azuzado por el domador que le picaba con una lanza, dió un salto tan prodigioso, un grito tan terrible que dejé caer el anillo y rodó hasta la jaula del leon. Al mismo tiempo y antes de que me fuera posible pronunciar una sola palabra, estaba el caballero en el circo con espada en mano. Quedóse el tigre como asombrado de semejante audacia y de un salto, se lanzó sobre el caballero. Vióse entonces como una especie de relámpago, y la cabeza del monstruo fue rodando por un lado, mientras el cuerpo cayó por otro. Quitóse el caballero la gorra, arrancó una flor de diamantes y se la tiró al dueño: pasando luego sus brazos por entre las verjas de la jaula fue á recoger el anillo, que me restituyó entre el estruendo de los aplausos de la muchedumbre. Pero como yo estaba decidida á devolvérsele, aproveché la coyuntura, y desechando su oferta: No, le dije, señor caballero, este anillo os cuesta demasiado para que yo os le recoja: guardadlo en memoria mia.

»Estas son las únicas palabras que de mis labios ha oido, porque la misma noche, visto el ruido que hiciera la aventura, rogué á Dulce, que fuera á buscar el caballero de la esmeralda y le suplicase en mi nombre que saliera de Colonia: lo hizo la misma noche, sin que haya vuelto á saber lo que se ha hecho. Esta es la verdad de los hechos, señor conde, y si he sido imprudente, he pagado la imprudencia con un año de prision y una acusacion mortal.

Desenvaynando la espada y tendiéndola hácia la Reyna:

—Juradme, dijo el conde, sobre esta espada que todo lo que acabais de decir es cierto, señora.

—Lo juro, esclamó la Reyna.

—Pues yo por esta espada os ofrezco que saldreis de esta prision donde habeis pasado un año, y sereis lavada de la acusacion mortal que sobre vos pesa.

—Dios os oiga! dijo la Emperatriz.

—Ahora, continuó el conde, os ruego que me deis una de vuestras joyas en señal de que me aceptais por caballero.

—Señor conde; ahí teneis una cadena de oro que es el único testimonio que me queda de mi antiguo poder; tomadla en prueba de que pongo mi causa en vuestras manos.

—Gracias tantas, señora, dijo el conde. Y envaynando el acero y cubierto con el casco, saludó á la prisionera y se volvió en busca del Emperador que le aguardaba con ansiedad.

—Señor, le dijo, he visto á mi señora la Emperatriz. Podeis participar á los que la han acusado que se vayan disponiendo á combatir conmigo, ó juntos ó separados.

—Señor conde, respondió el Emperador, pelearán con vos uno tras otro, porque no se dirá que un caballero que defiende tan noble causa, no ha encontrado con nobles enemigos.

III.

EL JUICIO DE DIOS.

El dia señalado, se presentó á la puerta del campo el conde de Barcelona que habia pasado la víspera en devotas ceremonias, se presentó cavalgando sobre su gallardo potro de Sevilla, que mas parecia por lo fino de las piernas y ligereza en el paso, corcel de paseo y caza, que caballo de batalla. Estaba armado con una cota de mallas de acero y oro, trabajada por los moros cordobeses, en medio de la cual brillaba un sol de diamantes que despedia tantos rayos como si hubiera sido de fuego, y llevaba al cuello la cadena de oro que le diera la Emperatriz. Tres veces llamó á la barrera, tres veces le preguntaron quien era, y cada vez respondió santiguándose que era el campeon de Dios. A la tercera vez se abrió la puerta y el conde de Barcelona fue introducido en la liza.

Era una plaza ovalada, construida por el modelo de los circos antiguos, y rodeada de gradas como ellos, que estaban atestados de gente; tanta era la nobleza que se apresurara á concurrir. Al un estremo Enrique con sus imperiales vestiduras estaba colocado sobre un trono, mientras que al otro en una cárcel de madera sin pulir y sin adorno alguno estaba la Emperatriz vestida de negro y con su hijo en los brazos. Al otro lado de la puerta de la liza, y para hacer juego, se elevaba la pira donde debia ser quemada en el caso de que fuera vencido su caballero, y cerca de la hoguera estaba el verdugo envuelto en una túnica encarnada, brazos y piernas desnudos, con una antorcha en la mano, y cerca de él un brasero. Hácia el centro de la curba que la liza formaba, habia un altar donde estaban los santos evangelios, sobre los cuales se habia colocado un crucifijo. Al otro lado estaba un atahud vacío.

Entró el conde de Barcelona y dió vuelta al circo al compás de las músicas que anunciaban á sus adversarios que el campeon de Dios estaba en su puesto: deteniéndose delante del Emperador, le saludó humillando hasta el suelo el hierro de la lanza. Hizo entonces que su caballo retrocediera piafando, con la cabeza vuelta hacia Enrique y al llegar al centro, le hizo dar con los pies de atras solamente una vuelta tan hábil que todo el mundo le reconoció como valiente y esperto caballero. Despues avanzó á paso corto conteniendo el ardor de su caballo hácia el encierro de la Emperatriz. Asi que llegó, saltó en tierra, subió los escalones que le separaban de la acusada y para indicar que si todo el mundo conservaba alguna duda, él estaba convencido de su inocencia, dobló una rodilla en tierra preguntando respetuosamente si le aceptaba por caballero. Tan

conmovida estaba la Emperatriz, que no pudo responderle sino alargándole la mano. En seguida, quitóse el casco el conde de Barcelona y besó respetuosamente la mano imperial: alzándose al punto con los ojos encendidos, sujetó al arzon el casco, montó de un salto sin hacer mas uso de sus estribos que si hubiera llevado un simple juboncillo. Reconociendo en frente del altar y al otro lado de la liza al juglar que fuera á buscarle, sentado á los pies de una hermosa doncella, pensó que no podia ser otra que la heredera del marquesado de Provenza. Acercóse á ella en medio de los aplausos de la muchedumbre, que sorprendida de su juventud y enamorada de su gallarda figura, hacia votos por él, tanto mas ardientes cuanto que parecia harto débil para arrostrar un combate á muerte con tan terribles caballeros.

Cuando llegó á la galeria de la hermosa provenzal se inclinó graciosamente, y apartándose los cabellos que le velaban el rostro:

—Noble, señorita, la dijo en langüedoc, con todo mi corazon os agradezco la empresa que me deparais; porque á no ser por vos y vuestro mensage, estaria en mi condado y no tendria ocasion de hacer público mi amor á las damas y mi confianza en Dios.

—Señor caballero, contestó la doncella en el mismo idioma, yo debo ser la agradecida; porque por la palabra que os diera en mi nombre un pobre juglar, habeis atravesado mares, rios y montañas, y habeis venido tan oportunamente que no alcanzo cómo poder recompensar jamas tan esquisita cortesia.

—No hay viaje por largo que sea ni empresa por peligrosa, repuso el conde, que no sean pagados con usura, con una sonrisa de vuestros labios, con una mirada de vuestros ojos. Si me veis, flaquear, señora, mirad y sonreios y recobraré fuerzas y espíritu.

Estas palabras hicieron ruborizar á la linda marquesa, y el conde de Barcelona saludó por segunda vez; y como entonces anunciaban las trompetas que se abria la puerta á su adversario, volvióse á poner el casco y en tres botes de su arrogante caballo, plantóse al otro estremo delante de la Emperatriz y de la hoguera: el campeon de Dios debia colocarse asi para alentarse con los ademanes de la acusada.

Entro luego Gontran de Falkemburgo. Llevaba una armadura de color oscuro y montaba uno de esos pesados caballos alemanes que parecen de raza homérica. Delante de él un escudero le traia lanza, espada y hacha. Apeóse á la puerta de la liza y se acercó hácia el altar, en cuyas gradas arrodillado y puesto la mano sobre un crucifijo, juró por la fe de su bautismo, por su alma y por su honor, que creia sostener buena y justa querella, añadiendo ademas con juramento que no traia ni en su caballo ni en sus armas yerbas, encantos, oraciones, conjuros ó pactos de que pensara servirse. Hecha la señal de la cruz, fue á arrodillarse junto al féretro para rezar sus devociones.

Tambien echó pie á tierra el conde de Barcelona, pronunció los mismos juramentos que su adversario y oró arrodillado al otro estremo del atahud. Oyóse en este instante el *Libera nos*, *Dómine*, entonado por voces invisibles, y todos los concurrentes de rodillas repitieron por lo bajo las plegarias de agonizantes. Solo el verdugo se quedó de pie, como si no tuviera su voz derecho para alternar con las voces de los hombres, como si no tuviera probabilidades de llegar á los pies de Dios.

Al postrer versículo sonaron de nuevo las trompetas, ocuparon sus puestos los curiosos, y los dos campeones se retiraron para montar á caballo, quedando cada uno en el suyo hecho una estátua, lanza en ristre y cubriéndose el pecho con los escudos.

A una seña del Emperador lanzáronse entrambos combatientes con el mismo denuedo, mas con distinta fortuna. Gontran apenas abarcó la tercera parte de la carrera, al paso que salvando de tres botes un espacio doble, el conde de Barcelona cayó sobre él. Hubo un momento en que no se vió mas que un choque espantoso, astillas de lanza, chispas á millares y polvo y confusion; mas al punto el corcel de Gontran se levantó sin ginete, mientras que el cadáver de su dueño, atravesado por la lanza de su enemigo, quedaba tendido en el suelo, revolcándose en su sangre. Corrió el conde á sujetar el caballo de su contrario, llevándole de las riendas hasta tocar la barrera con su grupa, la cual era la señal de que se levantase. Estaba vencido; mas la precaucion era inútil; Gontran no debia aparecer ante otro tribunal que el de Dios.

Resonó en toda la muchedumbre un grito unánime de alegria, porque los votos de todos estaban de parte del jóven y gallardo caballero. Levantóse en pie el Emperador gritando: buena mano. Dulce agitó su banda, la Emperatriz prosternóse de rodillas.

Bajó entonces el verdugo lentamente de su tablado, desató el casco, que tiró por la arena, y arrastró de los cabellos el cadáver hasta el féretro, volviéndose en seguida á su puesto señalado.

Inmediatamente acercóse el conde á saludar al Emperador, á la Emperatriz y á la marquesa de Provenza, pidiendo á renglon seguido que se sirviera presentarse Gualtero de Than.

Fue este introducido: pero cuando vió á Gontran cadáver, y supo que un solo golpe bastara para tenderle y enviarle al otro mundo, en lugar de acercarse al altar para prestar su juramento, fuese derecho hácia el Emperador, y apeándose del caballo y arrodillado:

—Señor, dijo, trabajo inútil ha sido mandarme entrar en la liza, porque por cuanto el mundo tiene no combatiré por la causa que abrazado habia, una causa falsa y mala, como Dios acaba de probarlo con su juicio. Aqui me teneis, señor á vuestra merced, á la de mi señora la Emperatriz y á la del caballero desconocido, que debe ser un noble caballero, y lo publico delante de toda la corte, porque lo que hemos dicho de nuestra señora la Emperatriz, es falso de toda falsedad, y lo hemos hecho impelidos por dádivas y promesas del príncipe vuestro hijo, que temia le privá-seis de su herencia en favor del hijo que la Emperatriz llevaba en sus entrañas. Por última vez, señor, y en gracia de mi confesion espontánea os pido gracia y misericordia.

—No habrá para vos mas misericordia, replicó el Emperador, que la que se digne otorgaros la Emperatriz: id á invocarla porque de ella sola depende ya vuestra vida y vuestro honor.

Levantóse Gualtero, atravesó la liza, en medio de los murmullos y chicheos de la muchedumbre, y fue á arrodillarse delante de la Emperatriz, que estrechaba tiernamente á su hijo entre sus brazos como una Vírgen acariciando al niño Jesus.

—Señora, la dijo, evngo por órden del Emperador á que tengais misericordia de mí, porque os he acusado falsa y deslealmente: disponed de mí cuanto se os antojare.

—Amigo, dijo la Emperatriz, idos en paz; no tomaré ni mandaré que se tome de vos venganza, porque Dios hará en ello su suprema voluntad.

—Idos; que no os vuelva á ver nunca.

Levantóse el caballero, salió, y desde aquel dia no se le volvió á ver en Alemania.

Mandó entonces el Emperador que se abriese la puerta al campeon de la buena causa, y como vió que este buscaba con la vista á su adversario:

—Señor caballero, le dijo, Gualtero

de Than no quiere pelear con vos: se me ha presentado invocando merced, y remitido por mí á la Emperatriz, se la ha otorgado, en graeia del honor que Dios y vos la habeis restituido.

—Siendo asi, corriente, dijo el conde de Barcelona, no anhelo otra cosa.

Descendió luego de su trono el Emperador, y asiendo del freno el caballo del vencedor, le condujo á presencia de la Emperatriz.

—Señora, aquí teneis al esforzado guerrero que tan bien ha defendido vuestra causa; va á daros una mano y otra yo para conduciros al trono en que permanecereis á vista de todos hasta que justicia sea hecha del cadáver de Gontran de Falkemburgo: despues le llevareis á vuestro palacio para hacerle todos los honores que posibles fueren y sean susceptibles de tenerle mas tiempo entre nosotros.

Bajó la Emperatriz de su tablado y quiso prosternarse á los pies del Emperador: mas éste la levantó al punto y abrazándola en prueba de que recobraba todo su amor, asiola de una mano mientras al conde de Barcelona de la otra, y entre los dos la llevaron al trono, sentándose el Emperador á su derecha, y el vencedor á su izquierda.

Bajó en seguida el verdugo segunda vez á la liza y acercándose al cadáver de Gontran, cortó con un cuchillo todas las correas de la armadura que le fue arrancando pieza por pieza, y que esparció por el campo, diciendo á medida que las desparramaba. Este es el casco de un cobarde, esta es la coraza de un cobarde, este es el escudo de un cobarde; hasta que estando desnudo le arrastraron en un seron los criados del verdugo por todas las calles de Colonia hasta el suplicio, donde fue colgado por los pies.

Y cada uno dijo que aquel era en efecto el juicio de Dios, porque ninguno podia comprender cómo un mancebo tan jóven podia haber dado muerte á tan terrible paladin.

IV.

Conclusion.

Los Emperadores se llevaron al caballero á su palacio, y allí le agasajaron con grandes fiestas y honores, dándole banquetes, y empeñándose en que no les abandonase tan pronto: pero por la noche se escurrió de palacio sin que nadie le atisbase, y piensado su caballo, partió con gran misterio para su tierra de Barcelona, que abandonára con mas fogosidad que prudencia, y de donde no recibiera noticia alguna en dos meses.

Pero cuando al otro dia estrañó el Emperador que no se le presentase el caballero, envió un ugier á su alojamiento diciendo que le aguardaba. Contestaron al mensagero, que el desconocido se habia puesto en camino aquella noche, y que á aquellas horas estaria ya doce ó catorce leguas de Colonia.

Enterado el Emperador de la noticia, volvióse á la Emperatriz y con voz alterada por la cólera:

—Señora, dijo, ya ois lo que ha dicho ese hombre: vuestro caballero ha desaparecido sin despedirse, y accion es, viven los cielos, que empaña mucho su gloria.

—Señor, respondió la Emperatriz, será menor vuestro enojo cuando sepais quien era ese caballero, porque presumo que lo ignorais.

—En efecto: no me dijo mas sino que era un conde de España.

—Pues señor, el denodado caballero que por mí se ha batido es el gentil conde de Barcelona, cuya fama es tan grande que no sabria decir cual es mas, su reputacion ó su nobleza.

—Cómo! será cierto que ese caballero fuera el señor Raymundo Berenguer!

Por Dios que es el honor mas insigne que recibe la corona del imperio; aunque harto caro me lo hace pagar con la vergüenza de que me cubre tan repentina partida. Asi, señora, no recobrareis mi gracia ni mi amor hasta que háyais imaginado medio de restituirle á nuestro lado. Apartaos desde luego, y no vuelva yo á veros si no os veo con él.

—Se hará como deseais, señor, respondió la Emperatriz retirándose.

Como observara que el gentil conde de Barcelona no habia sido insensible á la belleza de la marquesa Dulce de Provenza, invitó á esta, pensando que seria la cadena que mas fácilmente sujetara al fugitivo: y designando un acompañamiento de cien caballeros, de cien damas y cien doncellas, anduvo tan diligente que á los dos meses entraba en la noble ciudad de Barcelona. El que mas se asombró cuando supo que la señora Emperatriz de Alemania estaba en su ciudad fue el conde seguramente. Y asi que se hubo cerciorado de la noticia, montó á caballo y pasó al alojamiento donde la ilustre viajera se apeara. Grande fue el gozo de entrambos; y despues que le hubo besado la mano, preguntó el conde cortésmente qué aventuras la traian á su tierra.

—Señor conde, respondió Praxedes, me está prohibido volver á presencia del Emperador mi esposo si no os llevo en mi compañía; porque vos solo podeis restituirme su amor y su gracia. Cuando supo que era el gentil conde de Barcelona quien le habia hecho el honor de acudir de tan remota tierra á defenderme, y que se habia ausentado de repente, dijo que no tendria un momento de reposo hasta que os hubiera manifestado en persona su agradecimiento, por el honor que dispensábais á la corona del imperio. Hé aquí señor, el motivo de mi venida, no como Emperatriz, sino como humilde sierva á suplicaros que me acompañeis á presencia del Emperador si quereis que aun me llame Emperatriz.

—Señora, contestó el conde, á vos toca mandar, á mí obedecer: dispuesto estoy á seguiros adonde quisiéreis conducirme: obrad conmigo como con un vencido, un prisionero.

Y doblada una rodilla, presentó las manos como para que las encadenase; visto lo cual por la Emperatriz se desprendió de una magnífica cadena de oro que le daba ocho vueltas al cuello, y atando un estremo al puño del conde, entregó el otro á la linda marquesa de Provenza. En poder de tan gentil carcelero, juró el conde Raymundo que no romperia ni desataria tan grata cadena sino con el consentimiento de la marquesa, quien desde luego le dió permiso para ir á preparar su viage.

A los tres dias, emprendió la Emperatriz el camino de Colonia, acompañada de sus cien damas, sus cien caballeros y sus cien doncellas, llevándose al señor conde encadenado con una cadena de oro que tenia la hermosa dama de honor, y de esta suerte atravesaron el Rosellon, el Langüedoc, el Delfinado, la Suiza y el Luxemburgo.

Cinco leguas antes de Colonia hallóse la comitiva con el Emperador que, noticioso de la venida del conde le salia al encuentro. Al divisar al valiente que salvára el honor de su querida esposa, echó Enrique pie á tierra; visto lo cual por Raymundo, se apresuró á hacer otro tanto, y sin soltarse de su preciosa prision, se acercó al Emperador que le abrazó tiernamente; preguntándole qué don pedia en recompensa de su impagable hazaña.

—Señor, respondió el conde, deseo que os sirvais mandar que asi como yo no podia romper ni desatar mi cadena sin permiso de la marquesa, ella no pueda desde hoy romperla ni desatarla sin el mio; y por ende, señor, quedaremos encadenados para siempre; y si

á Dios place, no solo en este mundo, sino en el otro.

Ruborizóse Dulce de Provenza y quiso hablar; pero era feudataria del Emperador, y era forzosa la obediencia á sus mandatos.

Asi que, el Emperador dispuso la boda para dentro de ocho dias, y tan fiel vasalla era Dulce de Provenza, que ni siquiera pensó en retardar el plazo una hora.

Asi fue como Raymundo Berenguer, ya conde de Barcelona, se hizo marqués de la tierra de Provenza.

UN DIA
DE LUIS XIV.

Durante el reynado de Luis XIV que abrazó el largo periodo de 42 años, desde 1675 hasta 1715, la Francia pasó gradualmente de monarquía feudal á monarquia absoluta: ya en el reynado anterior el astuto cardenal de Richelieu habia introducido con buen éxito la política de debilitar el poder de los nobles, preparando asi el camino para el absolutismo de Luis XIV, en cuyo reynado se completó esta obra: la nobleza fue atraida desde sus castillos á la corte; recibiendo cargos cerca de la persona del monarca, y dependiendo de su favor, no tardó en perder el orgulloso espíritu de independencia que la distinguia, y corrompida por pensiones y favores de corte quedó reducida á un estado de afeminacion del cual no volvió á salir: sus vicios, locuras y excesos, precipitaron la revolucion, incapacitándola al mismo tiempo para tomar una parte útil en aquel gran movimiento por el cual fue consiguientemente anonadada.

La pintura siguiente de un dia en la corte de Luis XIV tomada de los cronistas de aquel tiempo, presenta un cuadro humillante de la nobleza francesa de aquella época, cuya ambicion se limitaba á granjearse el favor del soberano, llegando hasta solicitar como una distincion honrosa el desempeño cerca de su persona de los oficios mas humildes.

A las ocho de la mañana, mientras un criado preparaba la lumbre en el cuarto del Rey que todavia dormia, los pajes de cámara abrian con cuidado las ventanas y quitaban la colacion colocada por la noche para el caso de que el Rey necesitase algun refrigerio durante ella. Bontemps, el primer ayuda de cámara, que habia dormido toda la noche en el cuarto, se vestia en la antecámara, volvia á entrar y aguardaba en silencio y solo á que diese la hora en que el Rey habia mandado que se le despertara: acercábase entonces y decia, «Señor, el reloj ha dado;" saliendo inmediatamente á la antesala á anunciar que el Rey estaba despierto: abríanse entonces los dos batientes de la puerta del centro, y entraban á darle los buenos dias el delfin y sus hijos, Monsieur y el duque de Chartres. El duque de Maine, el conde de Tolosa, el duque de Beauvillers, primer mayordomo de semana, y el duque de la Rochefoucauld gran maestre del guardaropa entraban seguidos del ayuda de cámara y otros individuos de la servidumbre que traian los vestidos del Rey; eran admitidos tambien al mismo tiempo el primer médico y cirujano de cámara. Bontemps entonces presentaba al Rey en una vasija de plata sobredorada un poco de espíritu de vino. El duque de Beauvillers presentaba el agua bendita; el Rey se santiguaba, y en seguida el Delfin y el duque de Maine acercán-

dose á la cama del monarca le preguntaban cómo habia pasado la noche. Despues de haber rezado durante algunos minutos, Mr. de San Quentin sometia á su inspeccion una porcion de pelucas, y el Rey indicaba la que queria usar; asi que se levantaba de la cama, el duque de Beauvillers le daba un magnífico gaban, y San Quentin la peluca, la cual se ponia el Rey mismo, Bontemps le ponia despues las medias, y cuando ya estaba vestido le volvian á presentar el agua bendita. Salia entonces el Rey de lo interior de la balaustrada en que estaba colocada la cama, aunque no se halla representada en el grabado adjunto, suponiéndose la escena dentro de su recinto, y sentándose en una silla de brazos cerca de la chimenea, mandaba que se admitiese la « primera entrada, » cuya órden repetia en alta voz el duque de Beauvillers: entonces un paje de la cámara daba entrada á los sujetos que por razon de su empleo ó del favor que disfrutaban con el Rey tenian derecho á hallarse presentes al «*petit lever*, » á saber; el mariscal duque de Villeroi, el conde de Grammont, el marques de Dangeaux y Mr. de Berinhen, los cuatro secretarios, Collin y Beaurepas, lectores de cámara, el conde de Cressi, secretario de cámara, y el baron de Breteuil, con varios dependientes del guardaropa, que no estaban de servicio, y los encargados de la bagilla real. S. M. se sometia entonces á la operacion de la rasura. Cárlos de Guisgne tenia la bacía, Quentin ajustaba el paño de barba y aplicaba el jabon y la navaja, bañando despues el rostro con una esponja suave empapada de espíritu de vino y despues de agua pura. El Rey se enjugaba la cara con una finísima toalla, presentándole Bontemps un espejo durante todas estas operaciones. Despues de concluidas, Gaillebat, marques de la Salle, y Letellier marques de Louvre, gefe del guardaropa, preparaban lo necesario para vestir al Rey, antes de lo cual ordenaba este la grande entrada, á la que se consideraba como un grande favor ser admitido. A medida que cada individuo se iba presentando en la antesala, el Señor de Rassé, uno de los gentiles hombres de cámara anunciaba su nombre en voz baja al marques de Beauvillers, y este al Rey, y si no habia dificultad era admitido: entraban entonces sucesivamente los nobles de mas alto rango, mariscales, gobernadores de provincias, Obispos, y presidentes del Parlamento. Por último solia oirse un golpecito suave á la puerta, y Beauvillers se acercaba para recibir el nombre del nuevo candidato, y comunicárselo al Rey, pero antes de efectuarlo se abria la puerta sin ceremonia, y el individuo entraba á pesar de no ser gran canciller ni mariscal; era Racine, siguiéndose muy luego á él Boileau y Mansard el arquitecto, los cuales entraban tambien sin ceremonia.

Pero el Rey tiene ahora que vestirse; asi es que los cortesanos tendrán el honor de presenciar esta interesante é instructiva operacion; el paje del guardaropa entrega al ayuda de cámara Gabriel Bachelier las medias y ligas de S. M., poniéndose Luis las primeras por su propia mano; otro individuo de la servidumbre le pone los gregüescos, sujetando á ellos las medias de seda, y otro le calza los zapatos: dos pajes, magníficamente vestidos, se llevan las prendas que se ha quitado el Rey, y este entonces se prende las ligas por sí mismo. Para este tiempo está ya pronto el almuerzo, y Luis manda á Racine que se siente á su lado; dos oficiales de copa sirven entónces el almuerzo; el despensero mayor presenta al duque de Beauvillers una copa de plata sobredorada en la cual echa el duque agua y vino que toma de dos botellas preparadas al intento, y que le trae otro paje; prueba la bebida, y despues de haber limpiado el borde de la copa se la presenta al Rey, quien

bebe de ella. El Delfin, entonces, entrega su sombrero y sus guantes al ayuda de cámara mas inmediato; toma una servilleta, y se la presenta al Rey, quien se limpia con ella los labios.

Despues de concluido el almuerzo, dice la crónica, Luis se quitó su bata de por la mañana, y el marques de la Salle le quitó su almilla de noche por el brazo derecho, mientras que Bontemps efectuó lo mismo por el izquierdo; este último recibe del Rey su bolsillo, y se lo da á Francisco de Belloc, que lo coloca en un escritorio quedando encargado de su custodia: Bachelier trae una camisa que ha calentado de antemano, se la da al duque de Beauvillers, y el Delfin, dejando otra vez á un lado sus guantes y su sombrero, se la presenta al Rey. Dos ayudas de cámara extienden delante de este su anchurosa bata para formar una pantalla improvisada, y Bachelier recibe la camisa que se quita aquel. El marques de Lasalle ayuda al Rey á ponerse sus largas medias, y el duque de la Rochefoucauld le pone la almilla; dos pajes de guardaropa le presentan entonces el chaleco, la espada y la banda azul con las cruces del Espíritu Santo y de San Luis; el duque de la Rochefoucauld le ciñe la espada y el marques de la Salle le pone la casaca, presentándole luego una corbata ricamente guarnecida de encajes que el Rey se pone por si. El mismo marques desocupa despues los bolsillos de la casaca que ha llevado el Rey el dia anterior, y que tiene al efecto en las manos Bachelier, recibiendo del Señor de Saint Michel dos pañuelos que le presentan en una bandeja. El Rey entonces se arrodilla en el espacio que media entre la cama y la pared, y dice una oracion, la cual repiten en voz baja todos los Obispos y Cardenales presentes.

S. M. se hallaba ya dispuesto á recibir los embajadores extrangeros que necesitasen audiencia. Fue introducido el embajador de España prévia cita, y antes de entrar este echaron sobre la cama una cubierta y corrieron las cortinas. El Rey tomó su asiento dentro de la balaustrada. Los duques de Beauvillier y de la Rochefoucauld, y el marques de la Salle estaban de pie cerca de él, y los príncipes de la sangre sentados á su lado. El embajador es introducido y hace tres profundas cortesias á las cuales contesta el Rey poniéndose en pie y quitándose el sombrero, despues de lo cual volvió á cubrirse y sentarse. El embajador que por entonces habia principiado ya su discurso, se puso el sombrero, haciendo los príncipes lo mismo. Al concluirse se retiró con las mismas tres reverencias de la entrada. El comandante general de una de las provincias fue luego introducido con el objeto de prestar su juramento, lo que efectuó arrodillándose y colocando sus manos entre las del Rey, habiendo antes entregado su espada, sombrero y guantes á un gentil-hombre de cámara que se hallaba presente. Cuando el Rey estaba indispuesto ó se medicinaba, el honor de ser admitido á la grande entrada era el colmo de la ambicion palaciega, porque entonces habia menos etiqueta.

Puso el Rey término á la «grande entrada" exclamando en alta voz «al consejo" y procediendo inmediatamente á su gabinete donde halló varios oficiales de la servidumbre y otros dignatarios, á quienes dió órdenes para el dia. Al Obispo de Orleans, primer limosnero, le dijo que oiria misa á las doce en lugar de las nueve y media como habia pensado hacerlo. Al marques de Livry, su mayordomo mayor, que comeria en su gabinete privado y cenaria «*au gran couvért*," esto es, en público. A Bontemps, que le dió su reloj y su relicario, le dijo que asistiria al juego de pelota. Al gefe del guardaropa, que saldria á las dos y se pondria su manto y

manguito de pieles. Hecho esto, tomó su asiento á la cabecera de una larga mesa cubierta de terciopelo verde, sentándose á su lado el Delfin y otros personajes ilustres segun su rango. Concluido el consejo, se encaminó el Rey á la capilla, y al pasar dió el santo y seña á los gendarmes, dragones y mosqueteros.

Durante la misa los músicos de cámara ejecutaron un hermoso motete compuesto por el abate Robert. A la una el marques de Livry, con baston en mano anuncia que está servida la comida. Luis, constantemente acompañado por un capitan de la guardia se dirige á su cuarto precediéndole dos criados que llevan una mesa ya servida. El señor de Plessis, gentil-hombre de guardia, da al duque de Beauvillers una servilleta humedecida, que este pone en manos del Delfin, quien la entrega al Rey. Todos los platos habian sido ya probados de antemano, y á una señal de Luis un escudero trinchador corta las viandas, y el gentil-hombre de guardia muda el plato del Rey. Despues de comer se puso este el manto y el manguito que le presentó el gefe de guardaropa, bajó á su carruage que le esperaba al pie de la escalera, colocándose una multitud de cortesanos en ambos lados de ella para hacerle la vénia al pasar. Despues de permanecer algun tiempo en el juego de pelota donde los duques de Chartres, de Borgoña y de Maine se entregaban á su diversion favorita, volvió al palacio. A las tres fue á hacer una visita á Madama de Maintenon con quien pasaba todos los dias un par de horas, escuchando algunas veces á Racine que solia ir allí á leer sus composiciones. No pocas veces pasaba Luis la mayor parte de la noche en casa de esta dama, donde para entretenerle representaban las señoritas alumnas del colegio de St. Cyr algunas de las tragedias de aquel célebre poeta. Asi sucedió la noche del dia que vamos describiendo. La representacion acabó temprano, y á las diez se despidió el Rey, despues de haber pasado algun tiempo en conversacion con Madama de Maintenon que se habia ya retirado á su cama. Luis se trasladó entonces al salon donde debia cenar en público.

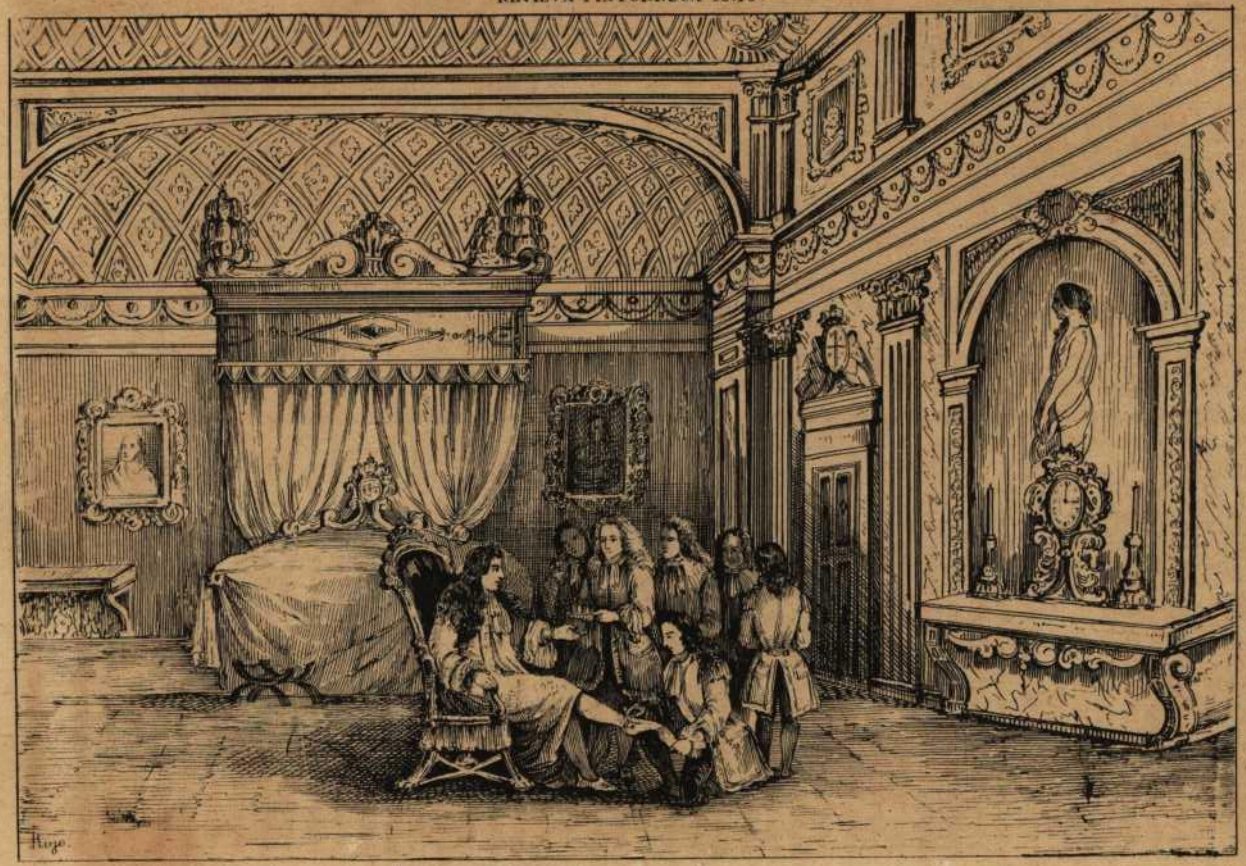
Los diferentes individuos de la servidumbre á quienes correspondia este cargo, habian hecho ya los preparativos para esta ceremonia, observándose en toda ella la etiqueta prescrita en una ordenanza especial del año 1681. Sentado el Rey á la mesa mandó al Delfin y demas príncipes que tomaran asiento en el extremo opuesto, como lo verificaron, empezando entonces la cena. Cada vez que el Rey queria beber, el mayordomo mayor decia en voz alta. « De beber para el Rey," á cuya voz dos de los principales criados inclinándose profundamente presentaban en una salvilla una copa de oro y dos botellas de cristal, y probaban la bebida en presencia del Rey, quien se servia entonces, retirándose luego los sirvientes con otra inclinacion. Durante la cena habia música en la cámara y una multitud de palaciegos asistian ya de pie al rededor de la mesa, ó sentados segun su rango en diferentes puntos del salon. Estós últimos se ponian en pie al levantarse el Rey de la mesa, y S. M. salió al gran salon donde le seguian sus cortesanos; permaneció alli en conversacion con los concurrentes, y despues saludando á las damas pasó á reunirse con su familia en otra estancia.

A media noche se hicieron como de costumbre los preparativos necesarios para retirarse el Rey. Se dispuso una colacion fiambre que quedaba siempre de prevencion en su dormitorio: acercaron su sillon á la lumbre, y su primer barbero de cámara puso en órden el tocador. Al entrar en su cuarto encontró el Rey ya reunidos alli sus cor-

tesanos. Dió su sombrero, guantes y baston al marques de la Salle, que los pasó á St. Michel, y mientras que el Rey desabrochaba su tahalí por delante, la Salle lo efectuaba por detrás y St. Michel lo colocó con la espada sobre el tocador. Luis dijo entonces una pequeña oracion, y el limosnero, que tenia en la mano una vela de cera, rezó tambien por el Rey, informándole que al dia siguiente se celebraria misa á las nueve. Volviendo á su asiento entregó su reloj y relicario á un ayuda de cámara, y el duque de Beauvillers preguntó á S. M. por quién queria ser alumbrado para desnudarse. Elegido el duque de Chartres para recibir esta muestra del favor real, tomó las bujias en la mano. El Rey se quitó entonces la banda azul que entregó á la Salle asi como su corbata y chaleco. Sentóse entonces y Bontemps y Bachellier le desataron las ligas, hecho lo cual dos ayudas de cámara le quitan cada uno una media y un zapato, que coloca St. Michel sobre una silla cerca de la cama. Dos pajes presentan al Rey sus chinelas, y el Delfin le da su camisa de noche. Levántase el «gran monarca" para ponerse su bata, haciendo al mismo tiempo una inclinacion de cabeza á los cortesanos, que la consideran como la señal para retirarse. Bontemps tomó los candeleros de la mano del duque de Chartres y se los dió á uno de los nobles que habia solicitado este honor, entonces el camarero mayor exclama en alta voz, «*Allóns, messieurs : passez.*" Con esto acaba el «*gran coucher*," y solo permanecen los principes y demas individuos que se hallaron presentes al «*petit lever*" El Rey se sienta entonces en un pequeño asiento cerca de la balaustrada, y Quentin le arregla y peina el cabello mientras que dos camareros tienen un espejo y luces delante de él. El duque de la Rochefoucauld presenta al Rey un gorro de dormir y dos pañuelos, y el duque de Beauvillers da al Delfin una toalla que este debe luego dar al Rey. Todos los individuos de la servidumbre son entónces despedidos, quedando solo Bontemps y el médico de cámara. Cuando este se retira calienta el primero la cama y el Rey queda en libertad para disfrutar, si puede, del reposo que tan cansadas ceremonias deben hacer muy necesario. Bontemps corre las cortinas, cierra las puertas y se acuesta en una cama preparada para él en el mismo cuarto.

¡Tal era un dia de Luis XIV en Versalles!

Si comparamos con él el diferente método que siguen hoy las córtes europeas, encontraremos aun mas distancia, que la que media entre las costumbres generales de una y otra época. Los Reyes en la vida doméstica se aproximan en nuestros dias mucho mas á sus súbditos, y se puede decir que á excepcion de las grandes solemnidades mas bien se parece la etiqueta actual de los palacios á las formas urbanas que los usos de la buena sociedad han establecido, que á la severidad y á la monotonía de los antiguos ceremoniales. Los que admiran todo lo pasado, solo porque no lo conocieron, se lamentarán probablemente de estos cambios, y creerán ver con ellos profanadas las régias diademas; nosotros por el contrario juzgamos que son un homenaje debido á la civilizacion.



Luis XIV en su cámara.

CARLOS Y SUSANA.

—

Algunos meses despues de la batalla de Warterloo, el capitan Thiery se encontraba á las ocho de la noche en la casa de diligencias, con un brazo con cabestrillo, y el otro cargado con una pequeña maleta, que á poca diferencia contenia toda la fortuna del oficial á media paga; porque esta era la situacion del capitan, que salido en 89 de Caudebec con algunas monedas en el bolsillo para alistarse en París, regresaba á su pais en 1815, tan escaso de fortuna como veinte y seis años atras, pero portador de una buena hoja de servicios, cubierto de honrosas heridas, condecorado con la cruz de la Lejion de Honor y con el grado de capitan. Aun no habia cumplido cuarenta y cinco años, y como no habia hecho su fortuna: estaba muy lejos de ser de aquellos á quienes cansa la guerra, por el contrario soñaba en todos los grados desde el de comandante al de mariscal de Francia, y la nueva venida de los Borbones había burlado por segunda vez todas sus esperanzas. Empero mas feliz que otros, regresaba á su pais; iba á ver de nuevo á sus ancianos padres, y á vivir por fin en el centro de una tranquilidad que hacia mucho tiempo no habia esperimentado. Dió el capitan su maleta al mozo de la diligencia, y aguardó el momento de la marcha. El conductor gritó: A la espalda todo el mundo; luego abriendo la puertecilla del interior:

—Caballero capitan Thiery, dijo, señora marquesa de Belle-Chasse, y su doncella de labor.

Se retiró cortesmente el capitan para dejar subir á las dos señoras, maldiciendo en el fondo de su corazon á la marquesa, que era sin duda realista frenética y aferrada en su nobleza. De una mirada á soslayo, vió que la marquesa era una muger de su edad: con dos ó tres años de diferencia, y sin entretenerse en observar que era alta, de buenas formas, y todavia muy hermosa, fijó sus miradas en la jóven y vivaracha camarera, mas interesante, á su vez, porque era mas jóven y mas hermosa.

El capitan en su vida habia tenido mas que dos opiniones; habia sido tan solamente republicano y bonapartista, opiniones que se confundian en su espíritu en una sola, pues que su César, segun él, despues de haber conquistado el mundo, no hubiera dejado de volver á la vida privada, como habia hecho Sylla, y hubiera devuelto al pais una libertad que solo temporalmente le habia quitado.

El oficial estaba apesadumbrado de no haber encontrado otros compañeros de viaje que hubiesen simpatizado con la marquesa, y le hubiesen evitado la molestia de tener que hablar de la coronilla blanca y de las flores de lis, texto favorito para la nobleza de 1815 y muy desagradable á los oficiales del imperio. El capitan no habia tomado asiento mas que hasta Ruan; donde debia llegar al dia siguiente á la primera hora se acomodó para dormir toda la noche, envuelto en su capote, como lo hubiera hecho en una posada. Se acurrucó en un rincon, y habiendo colocado su brazo herido de modo que sufriese lo menos posible, procuró dormirse y lo logró.

La marquesa de Belle-Chasse estaba á su lado, muy silenciosa, y no se percibia mas que la tímida voz de la doncella de labor, que decia de vez en cuando:

—¿Señora marquesa, está V. bien? ¿Tiene V. frio, señora marquesa? ¿Quiere V. que le acomode un chal sobre los pies? ¿Necesita V., señora marquesa, el frasco de ether?

—No, Elisa, respondia la marquesa, nada necesito, estoy perfectamente.

Buscando el sueño, lo encontró el capitan, y hacia muchas horas que habia olvidado á la marquesa y á su camarera, cuando la diligencia se paró repentinamente, y le despertó.

El año de 1815 fue un año de desórdenes, en que las pasiones políticas conmovian al pueblo; y los nuevos gobernantes, buscaban mas bien las opiniones que la seguridad de los ciudadanos. La diligencia habia sido detenida.

—Caballero, caballero oficial, gritó la marquesa, hacednos la gracia de salvarnos.

—Con mucho gusto, señora, respondió el capitan Thiery abandonando su capa. ¿De que se trata?

—¡De ladrones! caballero, replicó la marquesa, ¡de ladrones! Puede decirse que nos hallamos en la selva negra.

El capitan sacó la cabeza por la portezuela, y vió que la diligencia estaba rodeada de 15 ó 20 jóvenes bien montados y bien armados. El postillon se habia apeado, el conductor habia dejado su asiento, y los dos estaban atados de tal modo que no podian hacer la menor resistencia. Tres ó cuatro de aquellos atrevidos malhechores estaban ya sobre la imperial, ocupados en deshacer los lios que en ella habia, otros quitaron los tiros, y sujetaron una rueda de la diligencia que de un momento á otro podia perder el equilibrio y volcar.

Señora, dijo el capitan, me es imposible complaceros; la plaza está ocupada por sorpresa, y lo que ahora nos interesa es rendirnos á discrecion, á menos que queramos morir sin honor en la refriega; y os aseguro que seria muy cruel para mí, que toda la vida he presentado el pecho al fuego enemigo, morir en una carretera á manos de un ladron. Me encuentro por otra parte sin armas y herido del brazo.

Hablaba aun, cuando el gefe de los salteadores abrió la portezuela y suplicó al señor capitan, y á su compañera, (así le dijo,) que se apeasen.

—Caballeros, dijo el capitan, cuadrándose delante de la marquesa y su doncella, dos cosas no sufriré mientras viva: la una el que se insulte á esta señora, y la otra el ver arrancar de mi pecho esa cruz que adquirí con mi sangre.

—Conservareis vuestra cruz, caballero, le dijo cortesmente uno de los ladrones, pero me dareis el reloj.

—Con mucho gusto, dijo el capitan sacando de su faltriquera un hermoso reloj de oro.

—En cuanto á esas señoras, continuó el ladron, nada tienen que temer si quieren ser razonables, si nos entregan sus bolsillos, sus cadenas de oro, y sobre todo, continuó el ladron acercándose á la marquesa, si mi señora se sirve entregarme esa pequeña sortija que adorna su hermosa mano.

Esta era un diamante muy grande, un solitario, que pasó del dedo delicado de la marquesa á la mano sucia del ladron. Todo fue arreglado en un momento, y los lios colocados en las ligeras caballerias que montaban los ladrones, que se alejaron á escape.

Era cerca de media noche. Los viajeros volvieron á la carretela, desataron en seguida al postillon y conductor que estaban amarrados el uno al otro, y despues reflexionaron sobre la necesidad de continuar el camino, á menos que quisiesen pasar la noche en despoblado. Felizmente no debian andar mas que una pequeña distancia para llegar á Vernon. El capitan ofreció el brazo á la señora marquesa, y al cabo de una media hora madama de Belle-Chasse estaba sentada al rededor de una hoguera, frente por frente del capitan, y los dos saboreaban una tasa de esquisito té, ocultado por la camarera á las pesquisas de los ladrones. Estaban solos: la marquesa dirigió una mirada de tristeza á su mano privada del diamante que

la habian robado, y el capitan buscó en vano el relox en su bolsillo.

—La fortuna, dijo la marquesa entre sí, que no me venia de otro conducto que de mi marido.

—Y por mí, repuso el capitan que la entendió perfectamente, lo habia adquirido de un relojero, que me lo aseguró para el caso de no ser bueno.

Siguió un momento de silencio, y el capitan que habia perdido algun tanto de odio á los marqueses, ó mejor dicho, á quien la ocurrencia de la noche habia hecho olvidar sus preocupaciones políticas, se acercó á madama de Belle-Chasse á la que cubria un velo, y le dijo familiarmente:

—Pardiez! señora, que este camino me es favorable... fatal, quiero decir, y no es esta la primera vez que he sido detenido.

—En verdad, caballero?

—Sí, señora; y conozco que este suceso es uno de los mas agradables de mi vida. Figúrese V. que en 90 tenia veinte años, y abandoné á Caudebec para ir á Paris, hecho un republicano... Perdon, señora...

—No hay de qué, capitan; las opiniones son libres.

—He aquí una marquesa agradable, pensó el capitan.

Quiso mirar con mas atencion á aquella gracia que no habia reparado hasta entonces, pero una gasa verde cubria el rostro de la marquesa de Belle-Chasse; con todo, la sonrisa que pudo percibir, aunque ligeramente en los lábios de madama, le animó á continuar su historia.

—Era pues, republicano, y me presenté en Paris á pedir armas, y me dirigí á la frontera. En Ruan tomé un mal cabriolé, en el que una quincena de viajeros estaban metidos del modo mas incómodo; empleaba dos dias para hacer treinta leguas. En aquel tiempo habia muchos ladrones...

—Como hoy, caballero?

—Oh! señora, muchísimos mas y muy temibles, chuanes, fulleros, compañias de *Zehù*, terribles habitantes de los grandes caminos, que bajo pretextos políticos, infestaban las carreteras é iban á asesinar á los paisanos, hasta en sus mismas cabañas. Fuimos asaltados como lo hemos sido, á la misma hora de media noche, por hombres feroces, pillos y asesinos; eran muchos, y lo mismo que hoy, toda resistencia era inútil.

Nos hicieron dejar el cabriolé, tuvimos que apearnos en el camino, y nos registraron brutalmente... Qué remedio habia? ¿hacernos matar por ladrones? Habria sido una muerte inútil y vergonzosa: los dos ó tres individuos que estaban conmigo en el carruaje se rindieron; yo hice lo que ellos..... Habia visto entre los viajeros á una hermosa jóven... Pero puede ser, señora, que no interese mi relacion.

—Continúe V. caballero, contestó la marquesa.

—Una hermosa jóven... Ah! señora, he corrido toda la Europa, la Italia, la España, la Alemania, la Polonia, y jamas he visto cosa mas hermosa, mas graciosa, mas perfecta; la pobrecilla era de Ruan, iba á Paris para casarse con un corredor con quien estaba prometida, y llevaba su dote en el corsé.

—En el corsé, esclamó la marquesa.

—Si señora, repuso el capitan Thiery; Susana (asi se llamaba) no necesitaba dote; si yo hubiese sido rey habria compartido con ella mi corona, tan solo por sus hermosos ojos; llevaba cosidos en su corsé nada menos que sesenta luises, que llevaba en dote á su prometido.

—Y cree V. volvió á replicar la marquesa, que ama todavia á aquel corredor?

—Los dos eran de Ruan; sus parientes habian arreglado el matrimonio, ella tan solo queria ser amada... Pero va V. á ver. Los ladrones empezaron por mí: yo no tenia entonces relox ni charreteras

de capitan; pero me quitaron como hoy algunos escudos que llevaba en el bolsillo, en seguida pasaron á Susana. Se la registró; un ladron muy hábil en su oficio, descubrió sin trabajo el pequeño tesoro de la hermosa, y en un cerrar de ojos el lazo que sujetaba el corsé fue roto, y el dote de Susana pasó á poder de aquellos infames. La infeliz estaba junto á mí tendida en una zanja, llorando y casi desnuda. Empezé por darla una capa vieja que no habia incitado la codicia de los ladrones. Considerando en seguida al verla tan hermosa, que le quedaba otra cosa mas preciosa que su dote y que podian muy bien quitársela, la dije:

—Ciudadana, estamos en muy malas manos, creedme, marchémonos de aqui.

Fue ella de mi modo de pensar, y se resolvió á seguirme. Nos escurrimos arrastrándonos lo mas lejos que pudimos del camino, y cuando nos creimos bastante lejos, nos levantamos y tomándonos de la mano, corrimos sin saber á donde. Llegó el dia, nos encontramos en un pueblo pequeño cuyo nombre no recuerdo, pero que no estaba distante del camino de Paris, y los dos sin un cuarto, ella sin corsé, yo sin capote, tomamos la direccion de la capital: esto interesa mucho, señora.

—Lo creo, contestó la marquesa.

—En Paris, procuró Susana encontrar á su corredor: yo la habria acompañado en aquella espedicion. La ví marchar con los ojos anegados en lágrimas.

—Que el cielo os proteja, ciudadana Susana, le dije, y os haga tan feliz como mereceis!

Si en aquel entonces hubiese ya hecho la campaña de Italia, habria podido decirla otras cosas: ella por su parte daba muestras de que le sabia mal dejarme. Entonces era yo un lindo jóven de los mas frescos y petimetres, en tales términos que hace cinco años que en mi regimiento no se me conocia por otro nombre que por el capitan hermoso. La dí mi nombre y las señas de mi vivienda, la dije contase conmigo si necesitaba apoyo y proteccion, y por fin nos despedimos. Al cabo de dos horas estaba en mi casa. ¿Creerá V. que el corredor no la quiso? Era un jóven grosero, ambicioso, mas deseoso del dote que de la jóven; habria rehusado á la misma Venus, si no hubiese tenido dote.

Estaba pues en mi casa y la amaba y ella me amaba despreciada por Juan Crochart (asi se llamaba el corredor) sin atreverse á volver á la casa de sus padres porque le habian robado el dote, y no tenia un solo maravedí para socorrerse. Yo estaba algun tanto mas rico que ella, porque habia encontrado un pariente que me habia prestado cincuenta escudos. La hize depositaria de mi pobre capital, y quedó todo concluido..... He aqui la mas deliciosa época de mi vida, señora, aquel fue el único tiempo de felicidad para mí.

—V. reemplazó á Juan Crochart? interrumpió la marquesa.

—No habría sonado muy bien, continuó el capitan que una jóven tan hermosa se hubiese llamado Crochart? Nos hicimos las mas agradables promesas: nuestro amor no debia jamas acabar, y en efecto no acabó, fue tan solo interrumpido por la república que me llamó á las armas. Ordinariamente la posesion apaga el amor pero ella alimentó el mio, y asi fue que por amor, ó por pasion disuadí á Susana de casarse. Mi vida estaba pendiente de un hilo; era yo uno de aquellos soldados que á millares van á morir por la patria. Queria ella seguirme.... Yo la queria demasiado para no tener celos, y para no conocer que era demasiado hermosa para seguir un ejército. Marché, la dejé y con ella dejé mi corazon. Durante quince años la escribí: la escribí desde Italia, desde Egipto, desde España. Hace diez años que no le he escrito mas; pero todavia tenía esperanzas. Despues de Wa-

terloo las he perdido enteramente. El viejo soldado lo ha perdido todo: su Emperador, su posicion en el mundo, sus aguilas, y á la que amaba. .. Perdone V. señora marquesa, tal vez no esperimenta V. esas penas.

Cárlos! Cárlos! gritó fuera de sí la marquesa, con que V. no me reconoce?

El capitan dió un salto sobre la silla; y el movimiento fue tan violento que derramó todo el té. Levantó el velo que cubria la fisonomía de la marquesa y esclamó:

—Tú Susana, tú Susana! Señora marquesa!

En seguida examinó los ojos negros de Susana todavia muy hermosos aunque tenia cuarenta y tres abriles, la frente de alabastro, y sus lábios de rosa; una vida placentera y agradable habia prolongado su hermosura y juventud.

—Sí, yo soy, contestó la marquesa, y aunque me encuentro viuda, he sido mas fiel que tú, pues siempre te he amado. Si no he contestado á tus cartas, es porque no he recibido mas que las primeras, y no sabiendo entonces leer ni escribir, me repugnaba que hubiese un confidente en nuestros secretos. Tú me habias aconsejado que regresase á Ruan; cosa imposible; tú no sabes cuanto siente una familia normanda la pérdida de sesenta luises. En mi casa no se me habria recibido; determiné por lo mismo no salir de París. Debia de un modo ú otro vivir. Un jóven marqués, que no queria servir á la república ni pasar al estrangero se enamoró de mí; como te amaba no tuve gran trabajo en conservar mi honor. De sus resultas el marqués de Belle-Chasse me propuso casarse conmigo frente á la estátua de la *Razon*. La causa de esta oferta es fácil de adivinar; de este modo el marqués satisfacia su pasion, y hacia un acto de civismo. Yo contradije fuertemente aquel proyecto, y con el solo pretesto de contradecirle, le indiqué que no me haria ir ante la estátua de la *Razon* sino despues de haberme casado con intervencion de un cura no juramentado. El marqués consintió por temor; así, para dar una garantía á la república, hizo una accion cien veces mas peligrosa, que decir cual era su enlace conmigo. Como te digo, yo no lo queria; conocí muy pronto que era un ente débil, que me convenia dominar para no ser desgraciada en su compañía, porque no hay peor mando que el de las personas débiles. Evité fácilmente todo peligro, y por espacio de veinte años ha sido mi mas humilde servidor. El marqués, que no sabia hacer otra cosa en el mundo que lamentar su nobleza perdida ha muerto á pesar suyo dos ó tres años antes del regreso de aquellos que él llamaba sus amos: y en su muerte me ha hecho una acaudalada viuda; querido Cárlos, tengo casas en París, créditos de cuantía sobre el estado, y en fin, á dos leguas de Ruan la hermosa hacienda de Belle-Chasse.

Amaneció: la camarera Elisa entró en el cuarto donde estaban la marquesa y el capitan, para decirles que una diligencia pasaba al momento por Vernon, y que habia asientos para la señora marquesa y el caballero capitan. Este tendió una mirada á la doncella, y la encontró menos hermosa que á su salida de París.

Capitan, le dijo la marquesa, es imposible que llegueis á Caudebec sin sufrir muchísimo; estais herido, y no teneis papeleta de hospital, vendreis á Belle-Chasse.

La proposicion fue aceptada, y como los recuerdos de un primer amor son muy sensibles y agradables, y el capitan era todavia de una figura gallarda, M. Thiery no dejó á Belle-Chasse, mas que para ir á ver á sus ancianos padres, y recoger los papeles necesarios. Se volvió en seguida á la marquesa y se casaron; de este modo un pobre oficial á media paga paso á ser un rico propietario.

Algunos dias despues de la boda, un

hombre con blusa azul y gorro de estracan se presentó en su salon á la hora del almuerzo.

—Escúsenme VV. señora y caballero, dijo con una sonrisa de pícaro, VV. no me conocen?

—No, amigo.

—Soy el conductor.

—Ah! dijo la marquesa, el conductor que nos hizo detener en el camino real de Ruan... Y bien! eso nada importa.

—En verdad, señora! he aqui una persona tratable... no se parecen VV. á las casas de diligencias!... Quieren hacerme pagar la rueda que los ladrones rompieron, y por ello vengo á pediros una certificacion.

—Con mucho gusto, amigo mio, le dijo el capitan sin dejarle concluir, cómo os llamais?

—Juan Crochart.

—Juan Crochart! dijo el capitan.

—Juan Crochart! repitió madama Thiery, con aquel aire de desprecio que las mugeres conservan siempre contra aquel hombre que las ha desdeñado; Juan Crochart, antiguo corredor?

Si señora, para servir á V.

—Bien! amigo has bajado de oficio, mi marido te hará el certificado que pides, y si la administracion de diligencias se empeña en hacerte pagar la rueda escribeme que yo la pagaré.

Juan Crochart obedeció, y dejó el castillo de Belle-Chasse sin sospechar en su vida que hubiese rehusado la mano de madama Thiery; ni por qué feliz camino la suerte habia guiado á Susana y Cárlos Thiery, y les habia hecho reunirse despues de haber proporcionado al uno algun tanto de gloria, y á la otra una considerable fortuna.

MODAS ANTIGUAS.

Las esculturas y pinturas mas antiguas que se han preservado hasta nuestros tiempos muestran, que así los hombres como las mugeres de la Grecia usaban el cabello descendiendo, parte por delante y parte por detrás, en un gran número de guedejas menudas, ya trenzadas, ya en forma de bucles; y los historiadores antiguos mencionan el uso de los hierros calientes para ensortijar el pelo. Despues de algun tiempo principiaron las griegas á usar todo el cabello colgando hacia atras y atado con una cinta, con tres ó cuatro risos pequeños por la frente; y en esta moda está representada la grave doncella Minerva. A esta moda sucedió el recoger todo el cabello, por la punta, y doblándole por debajo atarle arriba, y los risos de adelante colgando hasta los pechos. Luego despues acostumbraban dividir el cabello de adelante atrás, y hacer á cada lado un gran número de rizos colgando sobre las orejas, y dejando el cuello enteramente descubierto por detrás. Los griegos eran igualmente prolijos en ensortijar las barbas, como vemos en las esculturas, particularmente en el alegre Baco. Pero el adorno mas peculiar de las griegas era el ornamento sobre la cabeza; la mitra, la corona cónica, la tiara, la diadema en figura de media luna; las cintas, las sartas de perlas ó corales, guirnaldas de flores, y gran número de fajas de gasa generalmente circulares; y por lo que vemos en las figuras antiguas es preciso confesar que las griegas tenian un gusto muy delicado en sus adornos.

El vestido mas celebrado de los romanos era la toga; era esta un semicírculo de tela como la capa española, pero sin cuello; cubria el cuerpo de los

hombros abajo sobre la túnica; pasaba por debajo del brazo derecho, y quedaba sujeta con un nudo sobre el hombro izquierdo. Era estremado el cuidado que ponian en los dobleces que hacia la toga por el pecho y sobre el hombro; tanto que el famoso orador Hortensio, siendo Cónsul, hizo una queja muy seria en el senado contra su cólega por haberle descompuesto los dobleces de la toga al pasar por un corredor muy estrecho. El color de la toga era por lo general blanco; pero los generales que recibian triunfos usaban toga de carmesí bordada de oro; y los patricios la usaban tambien de carmesí, no bordada, sino con listas de otra tela escarlata y blanca, la cual habia sido en tiempos antiguos peculiar á la dignidad real. La toga sacerdotal y magistral era tambien de color carmesí; y por privilegio, cuya razon ignoramos, el mismo color fue permitido á los jóvenes de familias distinguidas, cuando llegaban á la edad viril. Todo ciudadano en Roma tenia derecho á usar la toga, para salir á la calle, asistir á las fiestas, y para los convites; pero no la usaban dentro de casa, ni en el campo. El pueblo bajo no usaba mas que la túnica. La toga desde el tiempo de Augusto fue perdiendo su dignidad; hasta que al fin fue totalmente abandonada en el siglo segundo, introduciéndose otros vestidos estrangeros.

Las damas romanas usaban vestidos de tela tan trasparente, que aun vestidas parecian desnudas, hasta que viniendo á ser el cristianismo la religion del Estado, y empleando San Gerónimo toda su elocuencia contra la impropiedad de aquel uso, fueron sostituidas otras telas mas tupidas. El tocador de las damas romanas en tiempo de la república y primeros siglos del imperio, estaba proveido con todos los adminículos usados por las bellas de nuestro tiempo, escepto los alfileres, entonces desconocidos; es verdad que en aquellos tiempos no habia espejos de cristal, pero unas láminas de metal estremadamente pulidas producian el efecto necesario; y segun satiriza Marcial, estamos persuadidos de que usaban la monería de los lunares. El adorno del cabello consistia solamente en la variedad de las trenzas, y en el modo de rodearlas por la cabeza hasta asegurar la punta de la cabellera en lo mas alto, formando como una pirámide de varios cuerpos; y para esto era muy comun usar cabellos postizos. Los rizos de las pelucas pasaban por sortijas de oro, ó por entre los eslaboncitos de una cadena, todo formado en figura de un casquete militar. El único adorno que solian añadir era una cinta con perlas, pero los zarcillos eran de joyas espléndidas. Las romanas tenian sumo cuidado con la limpieza de sus dientes, y en aumentar la hermosura de los ojos, teniendo mucho arte para darles mayor lustre, y hacerlos parecer mas grandes y prominentes de lo que eran en realidad. Todo el arte consistia en quemar polvos de antimonio, y sufrir que el vapor subiera á los ojos, por cuyo medio habian observado, que los párpados se estendian considerablemente haciendo parecer mayores los ojos. La brillantez era producida introduciendo hollin debajo de los párpados, el que mezclado con el fluido lacrimal daba á todo el globo del ojo una espresion de blandura agradable á la vista.



REPUBLICA
DE ANDORRA.

El hecho de existir una república en el territorio de España, gobernada por sus propias leyes y sin abogados, con un presidente electivo, córtes anuales, magistrados, con tribunal de apelacion, sin tasas, sin ejército, y perfectamente independiente, sin haber sido molestada por otro gobierno, durante muchos siglos, admirará á muchos de nuestros lectores, no siendo conocido de todos: tal es la república de Andorra. Este es un valle en las montañas de Cataluña, compuesto de la villa capital, otros cuatro pueblos principales, y muchas aldeas dependientes de las cuatro villas. Toda la estension de este estado no comprende mas de 144 millas cuadradas, y el número de habitantes es de quince á veinte mil. En lo espiritual, siendo todos católicos, dependen del Obispo de Urgel, pero sin pagar diezmos, contribuyendo á este prelado con una cantidad como de 100 pesos anuales, por via de donativo. El gobierno civil es el siguiente:

El presidente es un magistrado vitalicio, elejido por el concejo general y las córtes. El concejo general se compone de 24 ciudadanos elegidos tambien por vida, seis de cada uno de los cuatro pueblos principales, los cuales asisten en votacion al magistrado superior, quien en caso de empate tiene voto decisivo. Este concejo convoca á las córtes por medio de su síndico, y las parroquias nombran entonces sus diputados, teniendo voto todo hombre de mas de 21 años de edad. En las causas civiles, los alcaldes de cada parroquia son los magistrados de primera instancia; y las apelaciones de su juicio se hacen al concejo general. El tribunal criminal se compone de un juez llamado Veguer, y seis individuos de las córtes, que sirven como de jurados para declarar si el acusado es reo ó no. Antiguamente habia otra apelacion al Obispo de Urgel en un año, ó al gobierno frances en otro, pero hace muchos años que los andorranos han removido aun esta sombra de dependencia fuera de su valle.

El pais de Andorra es muy montañoso, y por consiguiente poco adaptado á la labranza; pero siendo abundante en ganado venden este en los pueblos inmediatos de España, tomando en cambio granos, ropa y otros artículos para su consumo ordinario. Tienen tambien una buena mina de hierro que pertenece al comun, por lo que cada pueblo principal tiene su fragua para beneficiar el metal. Su comercio es franco, importando y exportándolo todo libre de derechos, no habiendo Aduana alguna en la república.

Los andorranos son quizas el único pais civilizado sobre la tierra, que no paga tasas ó contribuciones directas. Los montes pertenecen á la comunidad; y el concejo general, que es la flor de la república, arrienda las tierras comunes para la cria de ganados á unos precios muy moderados, cuyo producto es exactamente correspondiente al gasto para el mantenimiento de la justicia y policia de la república.

Su lengua es la catalana, asi como sus leyes antiguas; siendo la mas notable entre ellas, la herencia universal del hijo mayor, pero con el cargo de atender al mantenimiento de sus hermanas, y sus hermanos niños.

Sátira á una dama.

Per troppo variar natura e bella.

Qué sentencia tan admirable, dulce amiga mia! ¡La variedad!!... es la fuente de la vida que fertiliza nuestra alma y la inunda de placeres.

¡Miserable mortal, que obcecado con la constancia de la fidelidad, el amor único, no encuentras mérito sino en tu deidad querida, en sus negros ojos, su color moreno, su alto talle y modos elegantes! Sabe á tu pesar, que existen mas placeres en la hermosa variedad, que en la fria calma de tu monotono amor. Alza la vista del opaco objeto de tu adoracion, y fíjala en el albo y sonrosado semblante de Julia: sus hermosos ojos azules, su blonda cabellera desterrarán de tu fatigada atencion el letargo y el hastío: poco tienen que recorrer sus abreviadas formas: sus ademanes graciosos y prontos, sus guiños y juguetones gestos mantendrán siempre vivas tus sensaciones. ¿Siempre, dige? ¡Ah! no: al fin llega el fastidio..... No importa; la naturaleza es inmensa, inagotable. ¡Cuál se gozan las ardientes miradas, y el suave tacto en las abultadas formas de Rosmunda! ¡que morvidez! ¡qué blanco azulado! ¡qué brazos! ¡si parecen torneadas! ¡Pero ay Dios! Su inmensa mole llega al fin á hacer sucumbir tu constancia. Alienta; hé aquí que te brindan amor las elásticas y sublimes proporciones de Eloisa: sus movimientos lánguidos, sus miradas voluptuosas, sus flecsibles brazos te ofrecen delirios y desmayos. No desdeñes á la tostada gitana, ni á la negra de Guinea. En cada una hallarás encantos particulares. Celia es graciosa y juguetona: Nise amable y melancólica: Clori baila con gracia: Amarilis es un ruiseñor cantando: es Amelia una interesante bobilla: Céfira una chata y relamida coqueta. Las aldeanas ofrecen abundantes placeres campestres: las señoritas el amor civilizado, ese amorcillo encorcelado, elegante, diplomático, que te seduce y se burla de tus suspiros; mas que sin embargo te ha embelesado con inefables placeres y sabrosas pláticas.

¡Y vosotras, amables criaturas, privilegiadas por la naturaleza, sectarias de la variedad! ¿Qué oireis de mi pluma sino elogios de vuestro discreto y feliz sistema? En vosotras está vinculada la copa del placer. ¿Quién será osado á disputárosla? Habeis quebrantado las cadenas de las preocupaciones, y habeis probado que la constancia es una quimera, que da al cariño un tono marital. Semejantes á las lindas mariposillas, vagais de flor en flor, recogiendo sus varios y gratos aromas. Este es dulce, aquel un ácido gustoso, el otro suave, estotro un sabroso picante que aviva vuestro apetito que empezaba á desfallecer.

Encontrais en vuestros amores, en unos honra y en otros provecho. Os agrada en el militar el gracejo y desembarazo: en el paisano los finos modales: en los marinos y labriegos el robusto temperamento: en el pobre la timidez y el candor: en el rico la ostentacion y la arrogante galanteria.

Son, en fin, vuestros corazones dilatadas plazas de armas donde caben el grande, el chico, el feo, el buen mozo, el estado-mayor, el parque de artilleria y las cantinas.

¿Qué importa que bese Juan mejillas humedecidas con las caricias de Pedro? ¿Que las sienes de Elisa se vean ceñidas con triplicada guirnalda amorosa? ¿Y que don Cándido se ajuste con trabajo el gorro griego en fuerza de su ondean-

te y poblada cabellera? ¿Qué mal hay en todo esto?

La felicidad, amiga mia, es un ente imaginario; y ninguno es mas feliz que aquel que cree serlo. Griten en horabuena los amantes rancios contra el amor de la variedad; declamen altamente contra la inconsecuencia; digan que sus sectarios prueban un alma muy frívola y de relajados resortes. Yo en cambio los conjuraré con aquel cura que no sabia leer sino en su misal. Les daré en cara con el ejemplo de mil inocentes y discretos animales, que son republicanos en el amor. Les diré que no saben gozar y que sus sensaciones, son su único ídolo, son tan frias como ellos. ¡Qué distantes están esos miserables de concebir las delicias de un harem!...

¡Dichosa V., amiga mia, que ha sabido sustraerse del tiránico imperio de las preocupaciones, y tiene un amor cada semana! V. puede contar cincuenta y dos amantes cada año; y en el espacio de quince que aun durará su belleza, puede revistar todas las clases de la sociedad, y presentar al fin una galería de setecientos ochenta variados retratos.

G. A.

HISTORIA DE LAS TRECE.

(EPISODIO DEL TIEMPO DEL COLERA).

El doctor Constantino, al mismo tiempo que las enfermedades del cuerpo trata de curar las del alma. No pregunta á sus enfermos el mal que sufren, sino que interroga sus pasiones, siguiendo perspicazmente sus huellas hasta que descubre su orígen. Simpatiza con todos los dolores; pone de manifiesto el escollo escondido bajo los placeres inmoderados, y posee á tan alto grado el don de cautivar la confianza, que sus enfermos se sienten medio curados desde que le ven junto á su cama.

No falta quien dice que el doctor Constantino no entiende otra medicina que la sentimental, y que toda su farmacia se halla en el corazon; pero ha probado en muchas circunstancias que es tan buen práctico como el primero, y que sabe combatir tan bien las enfermedades físicas como las del alma, sean ó no simultáneas.

Al doctor Constantino le gusta hablar, y habla bien. Sabe un sin número de historias, anécdotas y noticias, que le sirven de medio de accion sobre el espíritu de sus enfermos, porque él no es de aquellos que hablan solo por hablar.

Una tarde me hallé con el doctor en casa de la vizcondesa de P..... que estaba padeciendo una neuralgia. La vizcondesa estaba dotada de las mas bellas cualidades, pero las menoscababa con una doplorable falta. De cuatro hijos que tenia, habia uno á quien amaba menos que á los otros, y á quien trataba á veces con notoria injusticia. El doctor conoció perfectamente esta particularidad, por lo que habiéndole rogado que refiriese una de esas historias que con tanta gracia contaba, refirió la siguiente:

—Quiero, dijo, contaros la historia de las Trece.

Muchos años hacia que habia obtenido mi diploma, cuando el cólera se presentó en París y empezó á diezmar su poblacion. Preciso es haber visto desde cerca tan terrible azote para hacerse debido cargo de sus rápidos y espantosos

estragos. Mientras viva, no olvidaré un instante el cuadro desolador que ofrecia la capital. Figúrense VV. que no se llevaban los cadáveres sino de noche y clandestinamente, prohibiendonos divulgar el número de los difuntos para no aumentar el horror de los vivos á quienes el miedo del mal hacía sucumbir tanto como el mal mismo.

Yo fui agregado como facultativo al *Grenier d' abondance*, transformado en hospital de coléricos, y era tal el número de enfermos que aquel inmenso edificio no podia contener todos los que á cada instante nos llegaban, de suerte que muchos tenian que quedarse fuera, como en un teatro los dias de beneficio, aguardando que la muerte dejase vacantes algunas camas.

Una mañana en que acababa de pasar visita á los enfermos de mi cargo, oí á un enfermero que preguntaba por un médico disponible. Me presenté inmediatamente y recibí una esquela con las señas de la casa de M. Dumiége, calle Culture-Sainte-Catherine. Me metí en un cabriolé que me aguardaba á la puerta, y á los diez minutos estuve en un espacioso piso, que era el primero de una de las mas hermosas casas de la indicada calle.

Al entrar en el salon hallé como unas quince personas que bullian como demonios, hacian mil gestos y corrian y gritaban todas á la vez: aquello era una batahola atronadora que me desconcertó hasta el punto de hacerme olvidar el motivo que me puso en medio de aquella infernal cacofonía. Ademas, habia un no sé qué estraño en aquella multitud que me ensordecia. Si no me hubiese dicho el cochero que me conducia á casa de un rico hacendado, hubiera creido hallarme en un colegio de pensionistas, porque conté hasta doce muchachas uniformemente vestidas, y todas con el pelo á la romana.

Casi llegué á creer, aunque era imposible, que todas aquellas muchachas eran hermanas, y nacidas en un mismo dia: tan parecidas eran y de tan igual estatura.

Cuando notaron mi presencia en el salon, el silencio sucedió al bullicio. Se me presentaron M. Dumiege y su señora; me cojieron de la mano, y me condujeron delante de otra muchacha á quien al entrar apenas pude percibir. Estaba echada en un sofá, con las piernas y los brazos convulsivamente ajitados; su rostro estaba amoratado, hoscos los ojos, y la boca horriblemente contraida. Casi llegué á creer que habia llegado demasiado tarde y que mi ministerio seria inútil. Sin embargo, para tranquilizar mi conciencia practiqué una copiosa sangria que me maravilló con sus felices resultados; los miembros de la enferma perdieron su tension, desaparecieron en parte las manchas lívidas de su semblante, se regularizó el pulso, y la enferma al parecer recobraba el uso de la razon.

—Vamos, dije á la madre, esa muchacha á la cama con no mucho abrigo, y denme recado de escribir para poner una receta. Todavia no pierdo enteramente la esperanza.

—¿Pero, doctor, me dijo la madre, esto es acaso el cólera?

—Sin duda; lo ha acertado V.

Habia apenas acabado de decir esto cuando la señora empezó á dar espantosos gritos, agitándose como una leona furiosa.

—¡El cólera! ¡el cólera! que se la lleven fuera de mi casa... Hijas mias, entrad en vuestro gabinete... el salon está apestado... ¡El cólera! esa muchacha va á matar á todas mis hijas! ¡Que se la lleven!

Y cojió con rabia el cordon de la campanilla, y dijo á la criada al presentarse:

—Llévatela; no la quiero mas tiempo en mi casa. Llévatela ¿oyes?

La criada hubiera obedecido; si yo no

me hubiese opuesto á ello con firmeza.

—Esa muchacha, dije, no se halla en disposicion de ser trasladada á ninguna parte; esto seria esponerla á una muerte casi cierta; es necesario acostarla luego.

—¿Como? ¿quiere V. que nos infeste á todos?

En vano quise persuadirla de que el cólera no es contagioso, que no es mas que epidémico; nada quiso oir, y siguió gritando:

—¡Que se la lleven! ¡que se la lleven! ¡matará á mis hijas!

Entonces le pregunté donde queria que la trasladasen.

—¡A cualquier parte, respondió, al hospital!

—¿Al hospital? ¿con que no tiene esa niña ningun pariente en París? ¿Qué relaciones tiene pues con V?

—¿Conmigo? dijo la señora Dumiege con una espresion intraducible de odio reconcentrado; ¡es hija mia tambien para desgracia de todos!

—Y la condena V. á muerte? ¿Quiére V. que la lleven al hospital, donde estará mal cuidada, y donde tendrá tal vez que aguardar que haya una cama vacante.

—Le digo á V. que quiero que se la lleven al hospital, respondió la infernal muger, mataria á mis hijas.

Entonces comprendí que la pobre muchacha seria mejor tratada en un hospital que en casa de una madre tan desnaturalizada. Dispuse que viniesen dos hombres con una litera en que coloqué á la enferma; la cubrí con cuidado, y en el momento en que salí del salon no pude dejar de dirigir á la infame madre una mirada de desprecio, y de decirla. «¡Dios la castigará á V., señora!»

En seguida hice recibir á la colérica en la sala de mi cargo del *Grenier d' Abondance*.

M. Dumiege era uno de esos hombres sin profesion, que se confinan en el Marcais, donde ninguno penetra de los rumores y costumbres del pais moderno. Tenia entonces cincuenta años y su muger cuarenta y cuatro. Los dos eran de pequeña estatura, y, segun me dijeron, formaban en su juventud una hermosa pareja. La señora Dumiege era en la casa dueña absoluta, y habia acostumbrado á su marido á no oponerse jamas á su voluntad.

Este buen hombre estaba inscrito en el libro de as contribuciones por una renta anual de 14,700 francos, y los registros de la municipalidad de su distrito atestiguaban que era padre de trece hijas que su muger le habia dado en solo siete partos. Las doce muchachas de que hablé á VV. y que tanto se parecian eran gemelas.

Una sola de las niñas de esta familia habia nacido sin compañera; era Esther, la que acababa de ser atacada por el cólera, y á quien su madre echaba sin piedad de su casa en el momento en que la enferma estaba próxima á exhalar el alma.

Tenia entonces Esther diez y siete años. Al reves de sus hermanas, era morena como una española, y de una beldad característica distinta de la parada hermosura de las demas. Por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, parecia no pertenecer á la mezquina raza de que derivaba; su talle era esbelto y precoz, de suerte que llevaba á sus hermanas toda la cabeza. Su madre la odiaba de un modo que no podia disimular.

En lugar de vestido de seda, llevaba Esther una mala túnica gris; era la mas humilde servidora de sus hermanas, recomponia sus briales, lavaba sus manteletas, barria su gabinete y se ocupaba en otras mil cosas que las criadas no las pueden hacer sin repugnancia. Cuando las demas salian á paseo ó á hacer una visita, ella se veia obligada á quedarse para guardar la casa, y á cuantos notaban su falta, les decia la madre que

Esther era una boba, mala y sucia que la avergonzaba.

No dejó el marido algunas veces de hacer observaciones acerca de este particular, pero una mirada severa de su muger le tapaba la boca, y el manso esposo bajaba la cabeza humildemente.

Los malos tratos de su madre y aun de sus hermanas jamas arrancaron una queja á la pobre niña, víctima resignada que devoraba sus lágrimas en secreto y pedia á Dios el solaz que en la tierra le faltaba. Cuando iban algunos amigos á pasar en su casa las largas veladas de invierno, ella se encerraba en un retrete, donde hacia largas oraciones pidiendo al cielo la felicidad de su familia.

Tenian sus hermanas maestros de música y dibujo, y la desgraciada participaba tambien de sus lecciones, pero al cabo de un mes la señora de Dumiege viendo que dejaba muy atras á las demas hijas, quiso que desde luego dejase de tomar leccion, pretestando que era dinero perdido todo el que se gastaba en ella, pues era incapaz de aprovechar los sacrificios que tenia la bondad de hacer en su beneficio.

Esther perdonó á su madre esta injusticia, y como no la prohibieron permanecer en la sala de estudio mientras el maestro daba leccion, estaba muy atenta, y consagraba al estudio el tiempo en que la dejaban sola en casa. Estaba dotada de tan grandes disposiciones y de una voluntad tan perserverante que logró dibujar mejor que sus hermanas y vencer en el piano dificultades que desalentaban á las demas; pero nadie en el mundo estaba iniciado en el secreto de las victoriosas conmociones que ayudaban á la interesante víctima á soportar las persecuciones perennes de su vida.

La indigna conducta de la señora de Dumiege me hizo sospechar parte de estas tristes verdades, y desde luego sentí por la enferma un interes que hasta entonces no habia esperimentado. A pesar de la poca esperanza que tenia de salvarla, resolví consagrarme á ella incesantemente y emplear todos los conocimientos que me habia suministrado la esperiencia. Pasaba las noches junto á su cama; consulté diariamente sobre su estado con una de las grandes lumbreras de la medicina moderna que hacia regularmente una visita general, y en fin tuve la suerte de ver á Esther revivir gradualmente, y bien pronto la vi fuera de peligro.

Apenas empezó á convalecer, consideré que seria imprudencia dejarla espuesta á los miasmas deletéreos del hospital, y yo mismo la acompañé á casa de sus padres.

Habia en la puerta de la casa dos ataudes.

No hallamos en el salon mas que al señor Dumiege tristemente sentado en una silla baja y con la cabeza apoyada en las rodillas. Nos echó una mirada feroz, estúpida, y no manifestó ninguna alegria volviendo á ver á una hija que le cubria de caricias.

—Mi madre... mis hermanas... ¿donde están? preguntó Esther. ¡Que felicidad poderlas abrazar!...

Tus hermanas? respondió el padre, ¿no sabes que han muerto ya diez... ¿no eres tú quien las ha envenenado, como dice mi muger? ¿No has visto al entrar dos ataudes?

Nada mas escuchó Esther; salió del salon como una loca, y se fue hácia el dormitorio donde la seguí.

Once camas ví vacías, solo dos estaban ocupadas por las dos únicas niñas que todavía sobrevivian á Esther. La señora de Dumiege estaba entre las dos prodigándolas sus cuidados. La desgraciada muger desde que el cólera entró en su casa habia envejecido veinte años. ¡En cinco dias habia visto morir diez, que se fueron como habian venido, á pares!

Cuando reconoció á Esther se arrojó

á ella como una hiena, é hincó sus uñas en su rostro llamándola verdujo, asesina de sus hijas.

Tomé en mis brazos á la pobre muchacha que quedó sin sentido, y que sin mi auxilio hubiera sido hecha pedazos. La deposité en casa de mi hermana, donde siguió el curso de una enfermedad casi tan peligrosa como la primera, y que duró dos meses.

Durante aquel tiempo, la epidemia se habia llevado á la vez á las dos últimas hermanas de Esther y ocho dias despues sucumbió tambien la madre. El señor Dumiege sobrevivió al cólera; pero cuando se vió solo, enteramente solo en aquella espaciosa casa en otro tiempo tan poblada, tan tumultuosa, quedó como imbécil y arrastró dos años de una miserable existencia. Mi prediccion se cumplió mas pronto de lo que podia imajinar: ¡Dios castigó á la mala madre!

He aqui mi Historia de las Trece, añadió el doctor tomando su baston en ademan de marchar.

—¡Y bien! ¿y Esther? preguntó la vizcondesa á quien hizo esta relacion una impresion profunda.

—¡Ah! ¿Esther? en la actualidad es mi esposa.—E. C.

Apuntes Biográficos

DE

MR. ALEJANDRO DUMAS,

escritos por él mismo.

Acababa de cumplir veinte años, cuando mi madre entró una mañana en mi cuarto, se aproximó á mi cama, me abrazó llorando, y me dijo: Hijo mio, acabo de vender todo lo que teniamos para pagar nuestras deudas.

—Y qué haremos, madre mia?

—Qué haremos! pobre hijo mio, pagadas nuestras deudas, nos quedan doscientos cincuenta y tres francos.

—De renta?...

Mi madre se sonrió tristemente.

—En todo? añadí.

—En todo.

—Pues tomaré esta tarde los cincuenta y tres francos y marcharé á Paris.

—Y qué harás alli, pobre hijo, mio?

—Veré á los amigos de mi padre; el duque de Bellune, que es ministro de la guerra, y á Sebastiani, tan poderoso en la oposicion, como los otros lo son en el favor. Mi padre era mas antiguo que todos ellos como general, y ha mandado en gefe cuatro ejércitos, teniendo á algunos de ellos de ayudantes de campo y á casi todos bajo sus órdenes. Ahi tenemos una carta de Bellune, que manifiesta que á la influencia de mi padre debe el favor de que goza para con Bonaparte; una carta de Sebastiani en que le da gracias de haber obtenido por su mediacion el formar parte del ejército de Egipto; cartas de Jourdan; de Kellermann, de Bernardotte mismo. Y bien! yo iré hasta Suecia, si es preciso, á hablar al Rey y traerle á la memoria sus recuerdos de soldado.

—Y yo, durante este tiempo ¿qué haré?

—Teneis razon; pero tranquilízaos; no tendré necesidad de hacer mas viaje que el de Paris. Asi, pues, esta tarde salgo.

—Haz lo que quieras, me dijo mi madre abrazándome por segunda vez, puede ser una inspiracion de Dios, y salió.

—Salté de mi lecho, mas colérico que contristado con las noticias que acababa de saber. Iba yo á mi vez á ser útil para alguna cosa, á tributar á mi

madre, no los desvelos que se habia tomado por mí, porque era imposible, pero sí á evitarla esos tormentos diarios que la estrechez trae consigo, asegurar con mi trabajo los pocos años que la restasen de vida, á ella que habia velado con tanto esmero por mi juventud. Me consideraba ya hombre, pues que la existencia de una mujer iba á estar á mi cuidado. Mil proyectos, mil esperanzas ocupaban mi mente; tenia además del gozo y el orgullo en el corazon, esa confianza en el éxito que es una de las virtudes de la juventud, porque prueba que los demás pueden contar sobre uno, como uno se figura poder contar sobre ellos. Yo creia, por lo tanto, imposible no obtener todo lo que pidiera al decir á estos hombres de los que dependia mi porvenir: « Lo que reclamo de vosotros, es para mi madre, para la viuda de vuestro antiguo compañero de armas, para mi madre, mi buena madre! »

Sí, no hay una madre tan buena como la mia! tan buena que á causa del amor que me profesaba era yo incapaz de todo, escepto de echarme al fuego por ella.

Porque gracias á este amor escesivo, no habia jamás querido apartarse de mí; y como nací en Villers-Cotterets, pequeña aldea de dos mil almas á lo mas, los recursos para mi educacion no fueron muy grandes; aun cuando es verdad que los que el pueblo ofrecia bajo este concepto habian sido utilizados en mi favor. Un buen cura á quien todos amaban y respetaban, mas por su cariño é indulgencia hácia sus feligreses que por su saber, me habia dado durante cinco ó seis años lecciones de latin y hecho componer algunos versos. En cuanto á la aritmética, tres maestros de escuela habian sucesivamente renunciado á hacerme comprender las cuatro primeras reglas; pero en cambio y bajo otros muchos conceptos poseia las ventajas fisicas que da una educacion agreste, es decir que montaba todos los caballos que se me presentaban, que caminaba doce leguas para ir á bailar un wals, que tiraba con alguna habilidad la espada y la pistola, jugaba á la pelota como Saint-Georges, y que á treinta pasos erraba pocas veces una liebre ó un perdigon.

Estas ventajas, que me habian dado cierta celebridad en Villers-Cotterets debian ofrecerme bien pocos recursos en Paris. Despues de haberlo reflexionado y examinado detenida y maduramente, convine conmigo mismo en que no era bueno mas que para empleado. Todos mis esfuerzos debian, pues, dirigirse á procurarme un empleo en lo que se llama genéricamente las oficinas. Hechos mis preparativos, que no fueron muy largos, salí para anunciar á todos mis conocidos que me marchaba á Paris.

Encontré en la calle al empresario de las diligencias que me queria mucho, porque me habia dado los primeros elementos del juego de villar, de los cuales supe aprovecharme admirablemente. Me propuso jugar la partida de despedida: entramos en el café y le gané un asiento del carruaje, lo que equivalía á un aumento sobre mis cincuenta y tres francos.

En este café, se hallaba un antiguo amigo de mi padre, que á mas de sus relaciones con él conservaba hácia nuestra familia algun reconocimiento, porque habiendo sido herido en una caceria, fue trasportado á nuestra casa, y quedaron grabados en su memoria, los auxilios que recibió de mi madre y de mi hermana.

Era este un hombre muy influyente en el pais, por su fortuna y por su reputacion de probidad. Algunos años antes, habia conseguido en poco tiempo la eleccion del general Foy, su camarada de colegio. Me ofreció una carta para el honorable diputado, la acepté, me abrazó y me retiré tranquilamente.

Iba á despedirme de mi digno cura, del que esperaba un largo discurso moral sobre los peligros de París, las seducciones del mundo, etc... etc... El buen hombre aprobó mi resolucion, me abrazó con las lágrimas en los ojos, porque era su discípulo predilecto, y cuando le pedí algunos consejos, que no me daba, abrió el Evangelio y me señaló estas solas palabras: «*No hagas á otro lo que tú no quieras que hagan contigo mismo.*»

La misma tarde me puse en camino en medio del gran desconsuelo de mi madre que no me habia jamás perdido de vista, pero que se consoló pensando que mis cincuenta y tres francos no me durarian mucho tiempo, y que por consecuencia no tardaria en volverme á ver.

Por lo demás, yo entraba en el mundo con las ideas de religion y moral completamente estraviadas. Materialista y volteriano hasta la médula de los huesos, colocaba al compadre Mathieu y á Foblas en el rango de los libros elementales; preferia Pigault-Lebrun á Walter-Scott; en fin, hacia versos por el estilo de los del cardenal de Bernis y de Evaristo Paruy. Mis opiniones políticas estaban ya formadas en aquella época; eran en cierto modo instintivas: mi padre me las habia legado al morir: desde entonces se han racionalizado, pero no han sufrido cambio alguno. Mi gusto hácia la poesía ligera, provenia quizás de que yo habia nacido en la habitacion donde murió Desmoutiers.

Con esta suma intrínseca de cualidades físicas y de conocimientos morales, entré en una modesta fonda de la calle de Saint-German, l' Auxerrois, convencido de que se calumniaba á la sociedad, que el mundo era un jardin con flores de oro, cuyas puertas debian abrirseme, y que ya no tenia Ali-Baba, mas que pronunciar la palabra *sesame* para dividir las rocas.

Escribí la misma tarde al ministro de la Guerra para pedirle una audiencia. Le detallaba mis derechos á este favor, apoyándolos en el nombre de mi padre, que no podia haber olvidado, y le traia á la memoria la antigua amistad que les habia unido, pasando en silencio por delicadeza los servicios prestados; pero una carta que á prevencion traia conmigo, era la prueba incontestable.

Me acosté en seguida, y soñé con los cuentos de las Mil y una noches.

Al dia siguiente compré un almanaque de veinte y cinco mil señas y me puse en la calle.

La primera visita que hice fue al mariscal Jourdan. Se acordaba aunque muy vagamente de que habia existido un general llamado Alejandro Dumas; pero no tenia presente que jamás le hubiese dicho que tenia un hijo. A pesar de todo lo que le dije, me retiré de su casa á los diez minutos, pareciendo quedaba poco convencido de mi existencia.

Marché á casa del mariscal Sebastiani. Estaba en su despacho: cuatro ó cinco escribian lo que él les dictaba; cada uno de ellos tenia sobre la mesa, además de su pluma, su papel y su cortaplumas, una caja de oro para tabaco, que presentaba abierta al general cada vez que pasando por allí se paraba delante de él. El general introducia delicadamente el índice y el pulgar de una mano que su primo segundo Napoleon habria envidiado por la blancura y coqueteria, saboreaba voluptuosamente el rapé español, y como el Enfermo imaginario, se ponia á medir el cuarto, unas veces á lo largo, otras á lo ancho. Mi visita fue corta: por consideraciones que tuviese para con el general, sentia poca vocacion á ser porta-tabaqueras.

Volví á mi fonda un poco desanimado. Los dos primeros hombres que encontré habian soplado mis flores de oro y las habian marchitado. Tomé segunda vez mi almanaque de las veinte y cinco

mil señas, pero ya mi confianza habia desaparecido, y esperimentaba esa opresion de corazon que va creciendo á medida que llega el desengaño: ojeaba el libro á la ventura, mirando maquinalmente y leyendo sin comprender, cuando vi un nombre que habia oido algunas veces pronunciar á mi padre, con tanta elocuencia, que me conmovia de júbilo. Era el del general Verdier, que habia servido en Egipto á las órdenes de mi padre. Me metí en un cabriolé y me hice conducir á la calle del barrio Monmartre, número 4, que era donde habitaba.

—El general Verdier, pregunté al portero.

—En el cuarto piso, una puerta pequeña á la izquierda. Se lo hice repetir otra vez, á pesar de haberlo entendido perfectamente.

—Pardiez! decia yo entre mí subiendo la escalera, he aquí al menos una cosa que no se parece ni á los lacayos con librea del mariscal Jourdan, ni al suizo del hótel-Sebastiani. *El general Verdier en el cuarto piso, la puerta de la izquierda.* Este hombre debe acordarse de mi padre.

Llegué á mi destino. Un modesto cordon verde pendia cerca de la puerta designada. Tiré de él con una palpitacion que no pude contener. Aguardaba esta tercera prueba para saber á qué debia atenerme respecto á los hombres.

Oí pasos que se acercaban; se abrió la puerta, y se presentó un hombre de unos sesenta años. Estaba cubierto con un casquete de astracan bordado, un sobretodo con mangas; tenia en una mano una paleta llena de colores, y en la otra un pincel. Creí haberme equivocado y miré las otras puertas.

—Qué quereis? me dijo.

—Presentar mis respetos al general Verdier. Pero es probable que me haya equivocado.

—No, no, no os equivocais; es aquí.

Entré en un estudio de pintura.

—Con vuestro permiso, me dijo el hombre con el casquete en la mano, volviendo á su asiento delante de un cuadro que representaba una batalla, en cuya composicion le habia interrumpido.

—V. le tiene; si quereis indicarme donde hallaré al general...

—El pintor se volvió. Si soy yo, me dijo;

—Vos? y fijé mis ojos en él con un aire tan marcado de sorpresa que se echó á reir.

—Os estrañará verme manejar el pincel! no es esto? despues de haber oido decir poco antes que manejaba con alguna habilidad el sable? Que quereis; tengo la mano, y es preciso que la ocupe en alguna cosa. ¿Pero qué se os ofrece? veamos.

—General, le dije, soy el hijo de vuestro antiguo compañero de armas en Egipto, Alejandro Dumas.

Volvióse con viveza hácia mí, miróme con la mayor atencion, y despues de un instante de silencio me dijo:

—A fé mia que es verdad, sois su vivo retrato.

Las lágrimas se le vinieron al mismo tiempo á los ojos, y dejando su pincel me tendió cariñosamente la mano, que yo tenía mas deseo de besar que de oprimir entre las mias.

—Que os trae á Paris, pobre muchacho, continuó, porque si la memoria no me es infiel, viviais con vuestra madre en no se qué pueblo?

—Es verdad, general, pero mi madre envejece y somos pobres. He venido á Paris con la esperanza de obtener un empleo, para mantenerla como ella me ha mantenido hasta ahora.

—Muy bien hecho! pero un empleo no es muy facil de obtener en los tiempos que corren; hay muchos nobles por colocar y para ellos todo es bueno.

—Pero, general, yo he contado con vuestra proteccion.

—Mi proteccion! me dijo sonriéndose amargamente; si quieres, amigo mio, tomar lecciones de pintura, mi proteccion llegará hasta dártelas, y ni aun serás jamás un grande artista, si no sobrepujas á tu maestro. ¿Mi proteccion? bien! te agradezco esta palabra, mas no creo haya nadie en el mundo que te haya podido aconsejar que me la pidas.

—Cómo?

—Porque esos villanos no me han dado el retiro bajo el pretesto de no sé qué conspiracion; de modo que, como ves, pinto cuadros. Si quieres ayudarme, he ahí una paleta, pinceles y lienzo.

—Gracias general, nunca he sabido hacer mas que ojos; ademas, mi aprendizage seria muy largo, y ni mi madre ni yo podemos aguardar.

—¿Qué quieres entonces, amigo mio? he aqui todo lo que te puedo ofrecer... ah! y ademas la mitad de mi bolsillo; no habia caido en ello, á pesar de que nó vale la pena. Abrió en esto el cajon de un escritorio, en el cual habia dos monedas de oro y unos cuantos francos en plata.

—Os lo agradezco general, soy poco mas ó menos tan rico como vos. Entonces era yo el que vertia lágrimas de reconocimiento. Os doy gracias; pero os suplico que me aconsejeis lo que haya de hacer.

—Oh! sobre este punto te daré los consejos que quieras.—Veamos: ¿qué has hecho? Y esto diciendo tomó el pincel y continuó su tarea.

—He escrito al mariscal duque de Bellune.

El general, dibujando como estaba una figura de cosaco, hizo un gesto que podia traducirse por estas palabras: «Si no cuentas con otra proteccion que la suya, estás aviado.»

—Tengo tambien, añadí, comprendiendo su pensamiento, una recomendacion para el general Foy, diputado por mi departamento.

—Eso es otra cosa. Y bien! hijo mio, te aconsejo no esperar la contestacion del ministro; mañana domingo preséntate con la carta al general, y tranquilízate que te recibirá bien. Entretanto si quieres comer conmigo, hablaremos de tu padre.

—Con mucho gusto, general.

—Pues bien, déjame ahora trabajar y vuelve á las seis.

Me despedí del general Verdier, y bajé los cuatro pisos mas satisfecho que los habia subido; las cosas y los hombres empezaban á presentárseme bajo su verdadero punto de vista, y el mundo que me habia sido desconocido hasta entonces, se desarrollaba á mis ojos mezclado de bueno y de malo con manchas de peor.

Al dia siguiente me presenté al honorable general Foy. Fui introducido en su despacho donde trabajaba en su historia de la Península. En el momento en que entré escribia de pie, sobre una de esas mesas que se alzan ó bajan á voluntad; á su alrededor estaban esparcidos, en aparente confusion, discursos, mapas y libros entreabiertos.

Volvióse al oir abrir la puerta de su santuario, con la viveza qué le era tan habitual, y clavó en mí sus ojos perspicaces. Yo temblaba.

—¿Señor Alejandro Dumas? me dijo.

—Servidor vuestro.

—¿Sois hijo del que mandaba en jefe el ejército de los Alpes?

—Si, mi general.

—Era un valiente. Me consideraré muy dichoso en poderos servir en alguna cosa.

—Os agradezco el interés que os tomais por mí. Vengo á entregaros esta carta de Mr. Danré (1).

(1) A Mr. Danré es á quien debo el ser lo que soy, suponiendo que valga alguna cosa. Creo me perdonará el nombrarle. El reconocimiento es indiscreto.

—Oh! ¿y cómo está?

—Se considera dichoso y satisfecho de haber hecho algo por vuestra eleccion.

—Haber hecho algo! decid todo, me respondió rompiendo el sello de la carta. Sabed, continuó teniendo la carta abierta sin leerla; sabed que ha respondido de mí á los electores como de sí propio. Yo espero que no tendrá que arrepentirse de mi nombramiento. Veamos lo que me dice. Y esto diciendo comenzó á leerla. Os recomienda á mí con instancia, os querrá mucho?

—Como si fuese hijo suyo.

—Bien! veamos, me dijo, aproximándose á mí. ¿Qué haremos de vos?

—Lo que gusteis, general.

—Es preciso ante todo que sepamos para qué servís?

—Oh! para muy poca cosa.

—Veamos; ¿sabeis algo de matemáticas.

—No, general.

—Teneis al menos algunas nociones de álgebra, de geometria ó de física: recalcaba cada palabra, y á cada palabra suya me salian los colores al rostro; era la primera vez que me ponian cara á cara con mi ignorancia.

—No, general, respondí en un tono que lo hizo apercibirse de mi embarazo.

—¿Habeis estudiado leyes?

—No, general.

—Sabeis el latin y el griego?

—Medianamente.

—¿Hablais alguna lengua viva?

—El italiano bastante bien; el aleman bastante mal.

—Entonces veré si puedo colocaros en casa de Laffitte. Sabeis algo de contabilidad.

—Absolutamente nada.

Oh! general, le dije con un acento que me pareció interesarle, mi educacion no ha sido bien dirigida; y aunque me avergüence decirlo, no lo he notado hasta ahora; pero os doy mi palabra de honor de que procuraré reformarla.

—Pero entre tanto, amigo mio, teneis con qué vivir?

—De nada, respondí, impulsado por la conviccion de mi insuficiencia.

El general se detuvo un instante.

—Dadme las señas de vuestra casa, veré lo que puedo hacer por vos.

Al efecto me presentó tintero y papel, tomé la pluma con que acababa de escribir. Cuando la ví aun mojada, la coloqué sobre la mesa.

—¿Qué haceis?

—Mi general, no escribo con vuestra pluma, porque seria una profanacion.

—No seas niño! he aqui una nueva.

—Gracias.—Comencé á escribir á la vista del general, y apenas puse algunas palabras en el papel, cuando me dijo, dando una palmada:

—Nos hemos salvado.

—¿Por qué?

—Teneis una escelente forma de letra.

—Dejé caer la cabeza entre mis manos por faltarme las fuerzas para sostenerla. Una escelente letra, he aquí todo lo que tenia!... Este privilegio de incapacidad me estaba bien merecido... Una escelente letra!

—Podia llegar á ser algun dia curial, siempre era un porvenir. Tenia una escelente letra... de buena gana me hubiera cortado el brazo derecho.

El general Foy continuó sin advertir lo que pasaba en mí.

—Escuchad, yo cómo hoy con el duque de Orleans, y le hablaré de vos; entrad allí; y me indicó un pequeño cuarto; haced un memorial, y escribidle lo mejor que podais.

Obedecí con una puntualidad, que habria sido una escelente recomendacion para mi futuro gefe, si me hubiera podido ver.

Cuando acabé, el general Foy escribió algunas líneas al márgen. Su letra contrastaba con la mia, lo que me humillaba cruelmente; en seguida dobló mi

memorial, le guardó en el bolsillo, y tendiéndome la mano en señal de despedida me convidó á almorzar con él al dia siguiente.

—Me volví á mi fonda y hallé una carta con el sello del ministerio de la Guerra. Hasta entonces la suma de fortunas y adversidades se habia repartido en mí de una manera bastante imparcial, la carta que acababa de recibir debia inclinar definitivamente la balanza de uno ú otro lado.

El ministro me respondia que no teniendo tiempo para recibirme, me invitaba á esponerle por escrito lo que le tuviese que decir. El platillo del mal venció.

Le contesté que la audiencia que le habia pedido no tenia otro objeto que el de entregarle una carta original de agradecimiento, que habia en otro tiempo escrito á mi padre, general en gefe; pero no teniendo el honor de verle, me limitaba á remitirle la copia.

Al dia siguiente me encaminé á la casa del general Foy que habia venido á ser mi última esperanza. Me recibió en tono alegre, lo que me pareció de buen agüero.

—Vuestra fortuna está hecha, me dijo.

—Cómo?

—Entrais en la secretaría del duque de Orleans en clase de supernumerario, con 1200 francos anuales: no es una gran cosa; pero en vos está el adelantar.

—Es una fortuna; y ¿cuando me instalaré en mi nuevo empleo?

—Hoy mismo si quereis.

—Cómo se llama mi gefe?

—Mr. Oudard; os presentareis á él de mi parte.

—Me permitís que anuncie esta buena noticia á mi madre?

—Sí, entrad ahí y hallareis lo necesario al efecto.

La escribí que vendiese lo que nos quedaba y viniera á juntarse conmigo. 1200 francos al año, me parecian una suma inagotable. Cuando acabé, me volví con el general, que me miraba con un aire de bondad inesplicable. Esto me recordó que no le habia dado las gracias. Dí un salto hácia él y le abracé. El general se echó á reir.

—Teneis buen corazon, me dijo, pero acordaos de lo que me habeis prometido; estudiad:

—Sí, mi general, voy á vivir de mi letra: pero os prometo vivir algun dia de mi pluma.

—Mientras tanto almorcemos; tengo que ir á la Cámara.

Un criado condujo una mesita al despacho; donde nos desayunamos, y en seguida me despedí del general, trasladándome en dos saltos de la calle de Mont-Blanc al Palais-Royal. Decididamente la balanza del bien sobrepujaba á la del mal.

Mr. Oudard, me recibió con tan grande afabilidad, que conocí bien que no la debia á mi mérito personal: me instaló en un despacho donde trabajaban otros dos jóvenes que desde entonces fueron mis camaradas y en el dia son mis amigos.

Trataba al mismo tiempo de cumplir mi promesa y estudiar sériamente. Sabia bastante latin para proseguir por mí solo el estudio de esta lengua. Compré con lo que me quedaba de mis cincuenta y tres francos, un Juvenal, un Tácito y un Suetonio. Tenia ademas mucha aficion á la geografia, y este fue mi estudio recreativo.

Conocia á un jóven médico, y le pedí el favor de llevarme consigo á los hospitales para seguir un curso de fisiologia: el mismo era buen físico y químico, y le serví de ayudante en sus esperimentos, y aprendí bien pronto de estas dos ciencias lo necesario á un hombre en la sociedad. Mi constitucion de hierro me permitia suplir con el tiempo que velaba de noche lo que faltaba

de dia: en breve se operó un cambio completo en mi existencia física y moral, y cuando al cabo de dos meses llegó mi madre, con dificultad me reconoció: tan sério se habia vuelto mi carácter.

Entonces comenzó esa lucha continua de mi voluntad, lucha tanto mas rara, tanto mas estraña, cuanto que no tenia objeto fijo: desde entonces perseveré en aprender. Ocupado ocho horas por la mañana en mi oficina, y obligado á volver desde las siete de la tarde á las diez, solo me quedaban libres las noches. Estas vigilias febriles que me acostumbré á pasar, y que conservo todavia, hacon la consecucion de mi objeto incomprensible hasta á mis propios amigos, porque no podian adivinar ni en qué hora ni en qué tiempo trabajaba.

Esta vida interior, que se ocultaba á todas las miradas, duró tres años sin producir ningun resultado visible, sin producir nada, y hasta sin esperimentar la necesidad de producir. Estaba al corriente de las producciones teatrales de entonces en su buena y mala fortuna; pero como no simpatizaba ni con la construccion dramática, ni con la ejecucion dialogada de esta clase de obras, me sentia incapaz de producir nada por el estilo, sin comprender que existia otra cosa, pasmándome solamente de la admiracion que se divida entre el autor y el actor, cuando en mi concepto solo Talma tenia derecho á ella.

Por este tiempo llegaron á Paris unos actores ingleses. Nunca habia leido una sola pieza del teatro estrangero. Anunciaron el *Hamlet*. Yo no conocia mas que el de Ducis. Iba á ver el de Shakspeare.

Suponed un ciego de nacimiento que recibe la vista, que descubre un mundo entero de que no tiene idea; suponed á Adan despertando despues de su creacion, y hallando á sus pies la tierra esmaltada de flores, sobre su cabeza el cielo resplandeciendo de estrellas, alrededor de sí árboles y frutos de oro, en lontananza un rio, un hermoso y ancho rio de plata y á su lado la muger jóven, casta y hermosa, y tendreis una idea del edem encantado que se ofreció á mis ojos con esta representacion.

Vi asimismo á *Romeo*, *Virginia*, *Stilock*, *Guillermo Tell*, *Otelo*, *Macreades*, *Kean*, *Zounos*. Leia, devoraba el teatro estrangero, y reconocí que en el mundo teatral todo emanaba de Shakspeare, como en el mundo real todo proviene del sol; que nadie podia compararse á él, porque era tan dramático como Corneille, tan cómico como Moliere, tan original como Calderon, tan pensador como Goethe, y tan apasionado como Schiller. He reconocido que sus obras solas reunen tantos tipos como todas las otras reunidas. En fin, que este es el hombre que ha creado mas despues de Dios.

Desde entonces se decidió mi vocacion; sentia que esta especialidad á que cada hombre está llamado, se me ofrecia, tenia en mí una confianza, que me habia faltado hasta entonces y me lancé con fé en el porvenir, contra el cual habia siempre temido hacerme pedazos.

Sin embargo, no desconocí las dificultades de la carrera que iba á emprender. Sabia mejor que otro alguno que exigia estudios profundos y especiales, y que para hacer esperimentos con éxito sobre la naturaleza viva, es menester estudiar profundamente la naturaleza muerta. Estudié unos tras otros, esos hombres de génio que tienen por nombre Shakspeare, Corneille, Moliére, Calderon, Goetto y Schiller. Estendí sus obras cadáveres sobre la mesa de un anfiteatro, y con el escalpelo en la mano, por espacio de muchas noches, llegaba hasta el corazon, buscando la fuente de la vida y el secreto de la circulacion de la sangre. Por un mecanismo admirable llegué á poner en juego los nervios y los mus-

culos y he reconocido con qué admirable artificio estaban modeladas sus diferentes carnes, destinadas á cubrir los huesos que son siempre los mismos. Porque son los hombres y no el hombre los que inventan; cada uno llega por su turno, se apodera de las cosas conocidas de sus padres, hace con ellas nuevas combinaciones, muere despues de haber añadido algunas páginas mas en el libro de los conocimientos humanos, y lega á sus hijos una estrella en la via láctea. La creacion completa de una cosa la creo imposible. Dios mismo cuando creó al hombre, no quiso inventarle y le hizo á su imágen.

Esto es lo que hizo decir á Shakspeare, cuando un crítico estúpido le imputó el haber copiado una escena entera de un autor contemporáneo:

«Era una jóven á quien he sacado de la mala sociedad para hacerla entrar en la buena.»

Esto es lo que hizo contestar á Moliére cuando se le echaba en cara el mismo defecto.

«Tomo mis bienes, donde quiera que los encuentro.»

Shakspeare y Moliére tenian razon, porque el genio no vuela, conquista, hace de la provincia en que se establece un anejo á su imperio, la impone sus leyes, la puebla con sus súbditos, estiende su cetro de oro sobre ella, y nadie osa decir viendo su bello imperio: «Esta parte de la tierra no forma parte de tu patrimonio.» En tiempo de Napoleon la Bélgica era una provincia de la Francia: la Bélgica es en el dia un estado independiente. ¿Es por esto Leopoldo mas grande ó Napoleon mas pequeño?

ALEJANDRO DUMAS.

REFLEXIONES SUELTAS (*).

POSIBILIDAD DE LOS PRONOSTICOS POLITICOS.

Se ha disputado sobre la posibilidad de la certeza en algunas ciencias, ocupando entre las dudosas un lugar especial la política, que por la muchedumbre de datos que ha de tener presentes, y la variedad y movilidad de los mismos, parece estar privada de toda demostracion, y condenada á limitarse á nuevas conjeturas. Aunque esto sea verdad en muchas cosas, no lo es con tanta generalidad como muchos creen: en política como en todo, se puede calcular, unas veces con probabilidad de acierto, otras con certeza poco menos que absoluta. Para esto es preciso tener el golpe de vista bastante seguro para no alucinarse con respecto á la estension del horizonte, sobre el cual se quieren aventurar los pronósticos; no empeñarse en determinar el *modo* de un suceso, cuando solo se le puede conocer en su *sustancia;* no lisonjearse de caracterizarle individualmente, cuando solo se le puede señalar en globo, en un conjunto que no deja ver claros los lineamientos particulares, pero que dice lo suficiente para formar juicio de una época; y sobre todo, poseer la severa imparcialidad y el fino discernimiento que se necesitan para recoger datos, y apreciarlos de la manera conveniente.

DIFERENCIA ENTRE DATOS Y NOTICIAS.

Confunden muchos los *datos* políti-

(*) Nos tomamos la libertad de copiar del *Pensamiento de la Nacion*, las escelentes *Reflexiones* que insertamos aqui, debidas á la pluma del célebre escritor D. Jaime Balmes.

cos con las *noticias*, tomada esta última palabra en su acepcion mas *pobre*, cual es la que se refiere á intentos ó gestiones de personas determinadas. Entre los que padecen semejante confusion, se cuentan no pocos que tienen pretensiones al título de políticos y aun de hombres de estado. La vanidad es inseparable compañera de la necedad.

Valor de las noticias.

Las noticias no deben ser recogidas sino en cuanto contribuyen á formar cabal concepto de los datos: son por decirlo así, valores infinitesimales, que deben entrar en el cálculo, para llegar al valor integral.

La imparcialidad.

La imparcialidad en recoger y apreciar los datos no se obtiene con solo desearla: es un resultado del talento, del espíritu de observacion, de la conveniente disposicion de ánimo, y muy especialmente de la *fuerza* de carácter.

Cualidad rara.

¿*Fuerza* de carácter para eso? ¿De qué sirve la fuerza en tales casos?.. Así hablará quien no haya reflexionado que para pensar bien se necesita sostener continuamente batallas interiores en casi todas las materias, pero muy particularmente en la política. Si el corazon es animoso, espera demasiado, lo cree todo: lo que falta al hecho, se suple con el caudal del valor; si es tímido, desconfia de todo, mayormente al asomar siquiera remotamente algun peligro personal: las cosas son grandes, y el miedo las achica; ó son pequeñas, y el miedo las agranda.

Criterio de los tontos.

Téngase en cuenta que solo hablamos aquí de entendimientos claros, y de hombres que se llaman avisados y juiciosos; pues que si tratáramos de los tontos, semejantes observaciones estarian de mas. Estos por lo comun suelen tener un criterio mas seguro: creen todo lo que agrada, con lo cual se forman una pequeña bienaventuranza donde viven dormitando, hasta que el edificio se viene abajo, y los aplasta en sus ruinas.

Juicio de los hombres.

Es muy difícil el clasificar bien á los hombres, para apreciar debidamente el valor de su criterio político. Para esta operacion, cuyos resultados son de mucha importancia en los cálculos políticos, es necesario despojar á los hombres juzgados, de todo lo accesorio; esto es, de todo aquello que no sirve de nada para la autoridad crítica. Las calidades *inconducentes* y las *apariencias* engañan mucho.

El hombre ocupa un *alto* puesto.—No es mala circunstancia: estando mas alto, verá quizás mas objetos: pero tambien es posible que los vea mas en confuso. Falta saber si su vista es muy larga y clara.

Es anciano.—Escelente calidad: la esperiencia es madre de la ciencia. Pero es necesario no perder de vista las observaciones siguientes. Si ha sido muy vano toda su vida, es peligroso que lo sea mas ahora: con los años se agravan las dolencias morales como las físicas. Siendo muy vano, será muy necio. La vanidad dimana muchas veces de necedad; pero en cambio, tambien la necedad es hija de la vanidad. Si se trata de empresas atrevidas, contad con su opinion negativa: á la timidez la llamará prudencia. Lo *árduo* será para él un sinónimo de *imposible*.

Ha envejecido en los negocios públicos.—Falta saber cómo los ha manejado.

Está muy metido en interioridades. —Por lo mismo á vuelta de algunos conocimientos podrá ser muy parcial, creyendo que hace milagros, mientras desbarra soberanamente.

Es cortesano: en cosas de la corte está al corriente de los últimos pormenores.—Escelente para coadyuvar á una intriga; nulo para los negocios de gobierno, para la verdadera diplomacia, para todo lo grande.

Es un fácil hablador.—Hay cabezas que son máquinas de puras palabras. El lector los conoce en España: no hay necesidad de señalarlos.

Es un militar.—¿Se trata de guerra?—Pero es impetuoso:—Tambien lo es un caballo.—Es firme.—¿Qué cosa mas firme que una peña?

Es hombre muy callado.—No hay silencio como el de una estátua.

Es un escelente literato:—¿Se trata de literatura?

Es un sábio.—¿En qué ciencia?

Ha leido y estudiado mucho.—¿Qué libros? ¿de qué modo? ¿con qué talento? ¿para qué objeto? ¿con qué resultado? Ahora es oportuno todo lo francés.

Un pédant enivré de sa vaine science,
Tout hérissé de Grec, tout bou ffi d' arrogance,
Et qui de mille auteurs, retenus mot pour mot,
Dans sa téte entassés, n' a souvent fait qu' un sot.

Ha viajado mucho.—¿Quién mas viajero que los coches?

Es muy condecorado.—Falta saber si ha merecido las condecoraciones, y por qué.

En el mando se ha hecho respetar mucho.—Nada mas respetable que la boca de un cañon.

Tiene muy buenas confidencias: todo lo sabe.—Es peligroso que confunda la *política* con la *policía*.

Es muy vivo.—La mucha vivacidad no es el mejor indicio de talento. ¿Quién mas vivo que una ardilla?

Es muy condescendiente: con todos priva.—Los reptiles se distinguen por su flexibilidad.

Es sumamente misterioso: nadie le entiende.—¿Por qué huye de la luz? Oculta, ó su pequeñez, ó su maldad.

Es franco en estremo: no tiene secreto, todo lo dice.—Solo las arcas vacias pueden estar *siempre* abiertas.

Es muy cumplido y puntual en todo. —Escelente para maestro de ceremonias.

La Pata de Palo.

Voy á contar el caso mas espantable y prodigioso que buenamente imaginarse puede, caso que hará erizar el cabello, horripilarse las carnes, pasmar el ánimo, y acobardar el corazon mas intrépido, mientras dure su memoria entre los hombres, y pase de generacion en generacion su fama con la eterna desgracia del infeliz á quien cupo tan mala y tan desventurada suerte. ¡Oh cojos! escarmentad en pierna agena, y leed con atencion esta historia, que tiene tanto de cierta como de lastimosa; con vosotros hablo, y mejor diré con todos, puesto que no hay en el mundo nadie, á no carecer de piernas, que no se halle espuesto á perderlas.

Erase que en Lóndres vivian, no ha medio siglo, un comerciante y un artífice de piernas de palo, famosos ambos: el primero por sus riquezas y el segun-

do por su rara habilidad en su oficio. Y baste decir que esta era tal, que aun los de piernas mas ágiles y ligeras envidiaban las que solia hacer de madera, hasta el punto de haberse hecho de moda las piernas de palo con grave perjuicio de las naturales. Acertó en este tiempo nuestro comerciante á romperse una de las suyas, con tal perfeccion, que los cirujanos no hallaron otro remedio más que cortársela, y aunque el dolor de la operacion le tuvo á pique de espirar, luego que se encontró sin pierna no dejó de alegrarse pensando en el artífice, que con una de palo le habia de librar para siempre de semejantes percances. Mandó llamar á Mr. Wood al momento (que este era el nombre del estupendo maestro pernero); y como suele decirse, no se le cocia el pan, imaginándose ya con su bien arreglada y prodigiosa pierna, que, aunque hombre grave, gordo y de mas de cuarenta años, el deseo de esperimentar en sí mismo la habilidad del artífice, le tenia fuera de sus casillas.

No se hizo este esperar mucho tiempo, que era el comerciante rico y gozaba renombre de generoso.

—Mr. Wood, le dijo, felizmente necesito de su habilidad de V.

—Mis piernas, repuso Wood, están á disposicion de quien quiera servirse de ellas.

—Mil gracias; pero no son las piernas de V., sino una de palo lo que necesito.

—Las de ese género ofrezco yo, replicó el artífice, que las mias, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.

—Por cierto que es raro que un hombre como V. que sabe hacer piernas que no hay mas que pedir, use todavia las mismas con que nació.

—En eso hay mucho que hablar; pero al grano: V. necesita una pierna de palo ¿no es eso?

—Cabalmente, replicó el acaudalado comerciante; pero no vaya V. á creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestra, un milagro del arte.

—Un milagro del arte, ¡eh! repitió Mr. Wood.

—Sí señor, una pierna maravillosa y cueste lo que costare.

—Estoy en ello, una pierna que supla en un todo la que V. ha perdido.

—No señor, es preciso que sea mejor todavia.

—Muy bien.

—Que encaje bien, que no pese nada ni tenga yo que llevarla á ella, sino que ella me lleve á mí.

—Será V. servido.

—En una palabra, quiero una pierna..... vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

—Como V. guste.

—Con que ya está V. enterado.

—De aqui á dos dias, respondió el pernero, tendrá V. la pierna en casa, y prometo á V. que quedará complacido.

Dicho esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado á mil sabrosas imaginaciones y lisonjeras esperanzas, pensando que de allí á tres dias se veria provisto de la mejor pierna de palo que hubiera en todo el reyno unido de la Gran-Bretaña. Entretanto nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construccion de su máquina, con tanto empeño y acierto, que de allí á tres dias, como habia ofrecido, estaba acabada su obra, y él satisfecho sobremanera de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo, y empezaba á rayar el dia feliz en que habian de cumplirse las mágicas ilusiones del despernado comerciante, que yacia en su cama muy ageno de la desventura que le aguardaba. Faltábale tiempo ya para calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba á la puerta de la casa retumbaba en su corazon.—Ese será,

se decia á sí mismo; pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otras mil personas insignificantes, creciendo por instantes la impaciencia y ansiedad de nuestro héroe, bien asi como el que espera un frac nuevo para ir á una cita amorosa y tiene al sastre por embustero. Pero nuestro artífice cumplia mejor sus palabras, y ¡ojalá que no la hubiese cumplido entonces! Llamaron, en fin, á la puerta, y á poco rato entró en la alcoba del comerciante un oficial de su tienda con una pierna de palo en la mano, que no parecia sino que se le iba á escapar.

—Gracias á Dios, esclamó el banquero, veamos esa maravilla del mundo.

—Aquí la tiene V., replicó el oficial, y crea V. que mejor pierna no la ha hecho mi maestro en su vida.

—Ahora veremos. Y enderezándose en la cama pidió de vestir, y luego que se mudó la ropa interior mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probársela. No tardó mucho en calzársela. Pero aqui entra la parte mas lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie, cuando sin que fuerzas humanas fuesen bastantes á detenerla, echó á andar la pierna de por sí sola con tal seguridad, y rapidez tan prodigiosa, que á su despecho hubo de seguirla el obeso cuerpo del comerciante. En vano fueron las voces que este daba llamando á sus criados para que le detuvieran. Desgraciadamente la puerta estaba abierta y cuando ellos llegaron ya estaba el pobre hombre en la calle. Luego que se vio en ella ya fue imposible contener su ímpetu. No andaba, volaba, parecia que iba arrebatado por un torbellino, que iba impelido de un huracan. En vano era echar á tras el cuerpo cuanto podia, tratar de asirse á una reja, dar voces que le socorriesen y detuvieran, que ya temia estrellarse contra alguna tapia, el cuerpo seguía á remolque el impulso de la albor°tada pierna; si se esforzaba á cogerse de alguna parte corria peligro de dejarse allí el brazo, y cuando las gentes acudian á sus gritos ya el malhadado banquero habia desaparecido. Tal era la violencia y rebeldia del postizo miembro. Y era lo mejor que se encontraba algunos amigos que le llamaban y aconsejaban que se parara, lo que era para él lo mismo que tocar con la mano al cielo.

—Un hombre tan formal como V., le gritaba uno, en calzoncillos y á escape por esas calles ¡eh ¡eh!

Y el hombre maldiciendo y jurando y haciendo señas con la mano de que no podia absolutamente pararse.

Cual le tomaba por loco, otro intentaba detenerle poniéndose delante y caia atropellado por la furiosa pierna, lo que valia al desdichado andarin mil injurias y dicterios. El pobre lloraba; en fin desesperado y aburrido se le ocurrió la idea de ir á casa del maldito fabricante de piernas que tal le habia puesto. Llegó, llamó á la puerta al pasar pero ya habia traspuesto la calle cuando el maestro se asomó á ver quien era. Solo pudo divisar á lo lejos un hombre arrebatado en alas del huracan, que con la mano se las juraba. En resolucion, al caer la tarde, el apresurado varon notó que la pierna lejos de aflojar aumentaba en velocidad por instantes. Salió al campo, y casi ecsánime y jadeando acertó á tomar un camino que llevaba á una quinta de una tia suya que allí vivia. Estaba aquella respetable señora, que contaba ya mas de 70 navidades, tomando té junto á la ventana del *parlour* (1), y como vió venir á su sobrino tan chusco y regocijado corriendo hácia ella, empezó á sospechar si habria llegado á perder el seso, y mucho mas al verle tan poco honestamente vestido. Al pasar el desventurado cerca de su ventana

(1) Cuarto bajo ó locutorio.

le llamó y muy séria empezó á echarle una exortacion muy grave acerca de lo ageno que era en un hombre de su carácter andar de aquella manera.

¡ Tia ! ¡ tia ! Tambien V. ! respondió con lamentos su sobrino pernaligero.

No se le volvió á ver mas desde entonces, y muchos creyeron que se habia ahogado en el canal de la Mancha al salir de la isla. Hace no obstante algunos años que unos viajeros recienllegados de América afirmaron haberle visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y poco hace se vió un esqueleto descarnado, vagando por las cumbres del Pirineo con notable espanto de los vecinos de la comarca, sostenido en una pierna de palo. Y así continúa dando la vuelta al mundo con increible prestreza, la prodigiosa pierna sin haber perdido aun nada de su primer arranque, furibunda velocidad y *movimiento perpétuo*.

J. de E.

UN EPISODIO
DE LA
GUERRA DE PORTUGAL.

Sobre el camino de Valongo á Peñafiel, en la provincia de Entre Duero y Miño, veíase en 1809 un magnífico convento, cuyas góticas proporciones aun admirar pudiera hoy el viajero, si el fuego no calcinára y el viento no dispersára hasta sus últimas piedras, de resultas del trágico suceso que vamos á referir.

En un hermoso dia de primavera del citado año, y á la hora en que el sol acababa de sumergirse en las azuladas aguas del Océano, un escuadron de húsares franceses, formándose al frente de la entrada principal, pareció haber escogido aquel santo edificio para rehacerse de sus fatigas.

Constaba esta tropa de unos 100 hombres desenvueltos y robustos, aunque bajos de talla, y en sus enérgicas fisonomías, algo empolvadas y tostadas, resaltaban la inteligente espresion y la bulliciosa viveza de su carácter nacional.

Un ajustado pantalon encarnado, cubierto por una flexible bota, el dolman azul con pelliza airosamente echada á la espalda y un elavado chacó de forma cónica, adornado de plumas negras, componian su vistoso uniforme.

Eran sus armas la carabina y el sable corbo, y por las achicadas cabezas y los recogidos, pero fornidos cuellos, de sus negros caballos, fácilmente se deducia, que serian estos parte de los tributos que á sus improvisados dueños pagáran las fértiles orillas del Rhin.

El gefe de aquella partida era un capitan, jóven todavia, pero que las privaciones y las heridas habian anticipadamente gastado y encanecido.

Soldado requisado por la república una é indivisible, Monet (tal era su nombre) habia marchado al compas del hymno marselles, contra los ejércitos enemigos que entonces se agolpaban á las puertas de su patria, y luego, paseándose tras de Napoleon por Egipto, Italia, Prusia, Austria y Polonia, se hallaba, despues de presenciar la retirada de los ingleses en la Coruña, peleando en Portugal á las órdenes del mariscal Soult; algo enfriado á la verdad en su entusiasmo guerrero, por el inaudito género de resistencia que la Penín-

sula entera oponia á sus invasores, y quizás preocupado, como lo eran muchos de sus compañeros, del presentimiento confuso, de que en aquella tierra nata de libertad, habian de hallar su sepultura, cuantos por dolo ó fuerza quisiesen conquistarla.

Encargado en aquella ocasion de un reconocimiento sobre Peñafiel, ocupada á la sazon por las tropas del general portugués Syeveira, Monet, segun sus instrucciones, debia detenerse algunas horas en un convento, distante solo una legua escasa de la posicion enemiga, para poder verificar su operacion al amanecer con caballos asaz descansados para sostener el aire violento con que quizás fuerzas superiores le obligarian á ejecutar su retirada; asi es que viendo con orgullosa satisfaccion á sus húsares inmóviles y correctamente alineados, los interpeló alegremente diciendo: ¿qué os parece, muchachos, del alojamiento?

Un prolongado murmullo de aprobacion acogió la alocucion del capitan, que, con el mismo tono festivo, añadio: Pie á tierra á discrecion, y que dos ó tres de vosotros ejecuten en la puerta unas variaciones de culatazos, para que con un poco mas de prisa acuda esta gente á cumplir los deberes de la hospitalidad.

Siguió á la ejecucion de esta órden un momento de profundo silencio, durante el cual pareció que tras de las paredes, deliberando estaban sobre la intimacion de tan inesperados huéspedes; pero crugieron luego descomunales cerrojos y abriéndose la puerta, apareció acompañado de algunos frailes un anciano de nevada barba, ancha calva, severo continente, y revistiendo el blanco hábito de la órden de San Benito.

Aunque algo sorprendido por el imponente aspecto de aquel grupo, en cuyos espresivos semblantes y monacales trages, imprimia el rojo resplandor de las hachas de viento, estrañas é indefinibles tintas, dirigió el capitan Monet al prior una exagerada cortesía, diciendo con tono irónico: muy buenas noches, padre mio, traigo para toda esta santa comunidad muchas memorias de parte del Emperador Napoleon, y cuento por consiguiente con una recepcion análoga á la recomendacion. Vuestras bodegas estarán sin duda bien provistas y lo celebraré tanto mas, cuanto que yo y los señores, añadió designando á los oficiales que le rodeaban, venimos con tales carrasperas en la garganta, que, de no tomar cuanto antes unas gárgaras espirituosas, nos ahogamos sin remedio.

A estas palabras, dichas con una volubilidad toda francesa, encendiéronse súbitamente las pálidas y surcadas mejillas del venerable prior, que solo contestó con una ligera inclinacion de cabeza; Monet, sin reparar en su espresiva emocion, continuó volviéndose hácia uno de los suyos: ayudante Monroy, corre por cuenta vuestra la estricta observancia de cuanto para el caso en que nos hallamos, previene el reglamento del servicio en campaña: el escuadron acampará en el patio cuyo piso mandareis al efecto cubrir de paja—los caballos encadenados y la tropa manteniéndose á la inmediacion—una mitad, que se relevará todas las horas, quedará con bridas puestas, centinelas en la puerta y un par de parejas fuera—en caso de alerta todo el mundo á caballo en tres minutos, y formado en columna sobre el camino con el frente á la parte amenazada.

Dadas estas instrucciones, Monet y sus oficiales, atravesando, precedidos del prior, largas y sombrias galerias, y haciendo á fuer de conquistadores, repetir por el eco de aquellas góticas bóvedas, el arrastrar de sus sables sobre las lisas y sonoras baldosas, penetraron en una especie de refectorio ó comedor en donde estaban reunidos los demas frailes, que levantándose saludaron con impasible serenidad á los recienvenidos.

Disimulad; padres mios, esclamó al entrar Monet, si venimos á turbar de esta manera su seráfico quietismo; pero necesitando de un descanso y de un refrigerio, que en estos tiempos se toman en donde se puede, espero, añadió tocando elocuentemente la guarnicion de su sable, que no será menester para obtenerlos, recurrir á esta lógica.

Señor capitan, contestó el prior, vuestros deseos, aun cuando no estuviesen en todo conformes con los nuestros, serian cumplidamente satisfechos.—Sin embargo, padre, creo que si solo fundásemos nuestras esperanzas en vuestra buena voluntad, algo escasa seria la cena de esta noche.

Los hechos van á convenceros de la injusticia de vuestras suposiciones, dijo el prior, que haciendo entonces tomar asiento á sus huéspedes, mandó á algunos frailes que fuesen á preparar con celeridad cuanto existiese de mejor en las alacenas del convento; encargándoles ademas de hacer llevar al patio ocupado por la tropa, todo lo que necesitasen los hombres y los caballos, y no contento con dar estas órdenes, salió en persona á apresurar, segun decia, la ejecucion.

A su vuelta, la mesa fue cubriéndose con lujoso aparato, de sabrosos manjares y de riquísimas vasijas de plata, llenas de un vino al parecer esquisito; y celebrando entonces los franceses con estrepitosos aplausos la conclusion de tan gratos preparativos, dispusiéronse á satisfacer el prodigioso apetito del oficial en campaña.

Decididamente, esclamó Monet al tomar la presidencia de la mesa, estoy pronto á sentar plaza en esta estimable y honrada hermandad, si tal es el régimen dietético que se observa diariamente.

Opíparo banquete en efecto, replicó un jóven y rosado alferez, recien salido del colegio: algo sin embargo falta, y dirigiéndose al prior, añadió: Vamos padre, ¿no teneis escondida por esos rincones, alguna sobrina, ama ó cosa que lo valga y que nos pudiérais prestar á cargo de reintegro, para completar la fiesta.

A esta ultrajante pregunta, el prior, cuyo resignado semblante y pacífico hábito abrigaban una alma de terrible energía, no pudo ocultar una centella de rabia que brilló en sus ojos á manera de relámpago precursor de la tempestad; pero conteniendo al punto su indignacion, contestó con amarga sonrisa al imprudente oficial: descuidad, señor: nada de lo que la religion permite faltará á nuestros obsequios, y ellos serán tales que quizás en lo sucesivo no recibais otros mejores; pero gracias á Dios, no alberga este santo techo, ninguna criatura de esta especie.

No hagais caso ni os ofendais, padre prior, prorumpió Monet, de los disparates del alferez que con sus 20 años, tiene todavia á las mujeres por el asunto mas serio de la vida, y para probaros todo nuestro deseo de que no se altere entre nosotros la buena inteligencia, quiero que, segun la moda de mi pais, choquemos los vasos: permitidme, pues, que os eche de beber. Una estraña pero casi imperceptible emocion estremeció entonces las facciones del prior, que no obstante contestó con calma y naturalidad. Mucho siento no poder daros este gusto; pero no ignorais que la regla de nuestra órden nos prohibe el uso del vino y de los licores.

Sonriose Monet irónicamente, como si tuviera por pura hipocresia semejante recelo, y llevó el vaso á sus labios; pero atravesando luego por su mente una idea repentina, lo devolvió intacto sobre la mesa.

A esta inesperada accion, todos miráronse atónitos como esperando una explicacion.

Amigos mios, prosiguió este, no probeis el vino hasta asegurarnos de que

no está envenenado. No seria la primera hazaña de semejante género que nos ha sucedido, pero si asi fuese, bien pueden encomendar sus almas á quien quieran, porque juro que su hora ha llegado.

A estas palabras, frailes y oficiales dirigieron sus interrogativas miradas sobre el prior, cuyo desdeñoso y sereno continente parecia desmentir victoriosamente la sospechas emitidas.

Bebed vos y los vuestros, añadió el capitan, ó sino os acuchillamos aqui sin piedad.

Levantó entonces el prior los ojos hácia el cielo, y despues de un corto momento de silencio, consagrado al parecer á la meditacion, tomó el vaso y lo apuró con mano firme y tranquila. Llenáronse otros vasos y siguieron todos los frailes el ejemplo de su superior, que dirigiéndose entonces al capitan, le dijo: estareis ahora satisfecho, y vuestras tan poco generosas sospechas se habrán sin duda desvanecido.

Si, padre, contestó el capitan, y hé aquí la prueba, añadió sorbiéndose un largo trago; accion que á fuer de subordinados, imitaron al momento los demas oficiales.

Restablecida de este modo la confianza y la concordia en el refectorio, prosiguióse la cena con una vivaracha alegria y bulliciosa algazara; y hubiera sido ciertamente obra digna del pincel de Rembrandt ó de algun otro gran maestro, la fiel reproduccion del estraño cuadrado que ofrecian aquellos seis jóvenes de francas y risueñas facciones, elegantes y marciales formas, engalanados y pintorescos trajes; bulliciosamente agrupados en derredor de una resplandeciente mesa, y formando tan singular contraste con las sombrias y macilentas fisonomías de los frailes que les rodeaban, inmóviles y mudos en sus escaños, cual invisible areópago de blancas fantasmas.

Comunicándose simpáticamente al cerebro el calor de los estómagos, y creciendo por parte de los franceses el buen humor, sin que pudiera contener su loca espansion el taciturno aspecto de sus encapuchados patrones, empezaba á convertirse la cena en verdadera orgia, cuando Monet, queriendo evitar tal escándalo, se levantó diciendo: Señores, no es esta la hora ni el lugar mas á propósito para emborracharnos, bebamos pues el último trago, demos las gracias á estos buenos padres por su hospitalaria recepcion, y vamos á buscar entre nuestros soldados algunas horas de descanso.

Al oir esto, el prior que despues de beber el vaso de vino habia permanecido silencioso y en actitud profundamente reflexiva, se levantó repentinamente y con los ojos despidiendo llamas y un acento terrible en la voz, gritó á los franceses. En vano iriais á buscar un reposo y una quietud que ya no os es permitido gozar en este mundo, porque vosotros y vuestros soldados teneis la muerte en las entrañas. La religion y el amor patrio han impelido mis manos al poner el arsénico en el vino que todos hemos bebido, y si al cumplimiento de este santo deber he tenido que sacrificar mi vida y la de estos servidores de Dios, el cielo me recompensará, y nuestra agonia será dulce, pues ella será tambien la de nuestros enemigos.

A estas aterradoras palabras, á esta horrible declaracion, los franceses, rugiendo como fieras, se precipitaron desesperados sobre sus asesinos, y comunicándose con rapidez eléctrica aquella tremenda noticia, del refectorio al patio, elevóse en el silencio de la noche, un espantoso é infernal concierto de lastimeros ayes, agudos gritos de dolor, mezclados con horrorosas imprecaciones y furiosas convulsiones... lució la aurora, y ni uno de cuantos habian entrado la

víspera, volvió á salir del convento.

A las pocas horas una columna de vanguardia que precedia al ejército francés, puesto en marcha sobre Amarante, encontraba mezclados y tendidos por las galerías y los patios del convento, los lívidos cadáveres de los frailes y de los húsares, el fuego, devorando cual instrumento de venganza las paredes del edificio, alzábase por el aire en enrojecidas y humeantes espirales.

EDUARDO PERROTTE.

EL EJÉRCITO INGLES.

Uno de los órganos mas influyentes de la prensa inglesa, el *Quarterly Review*, publica varios detalles relativos al ejército de la Gran Bretaña, que derraman grande luz sobre una materia tan interesante como poco conocida.

La constitucion del ejército británico presenta las mas notables diferencias respecto de las que se conocen entre todas las grandes potencias del continente, en donde se halla un sistema de conscripcion modificado segun el estado social del pais. En Rusia, todo individuo que llega á la edad de tomar las armas y no se halla consagrado al servicio eclesiástico, está á disposicion del Czar, que decreta, segun las exigencias del momento, alistamientos mas ó menos fuertes. En los estados austriacos, los nobles están exentos, por derecho de nacimiento, de todo servicio militar; pero la costumbre ha modificado notablemente este privilegio que hubiera sido funesto á las clases altas, privándolas de influencia y menguando su consideracion. Los oficiales de artilleria y caballeria, los que en la infanteria ocupan grados elevados pertenecen á la nobleza. La Prusia es un vasto cuartel; todos los jóvenes de 18 años, sin distincion de fortuna ni rango, deben abandonar su palacio ó su cabaña para tomar el fusil ó el sable.

En Inglaterra no hay quintas, el alistamiento es voluntario; el ejército solo debe sus reemplazos á los jóvenes de buena voluntad seducidos por la casaca encarnada y atraidos por algunas monedas de oro que se dan al que se presenta á ofrecer sus servicios á la patria. Un noventa y nueve por ciento de estos voluntarios son gentes de conducta bastante ambigua, á quienes repugnan los trabajos agrícolas ó de los talleres. Los que se alistan lo hacen por toda su vida: pero la costumbre ha modificado algun tanto lo duro de este empeño, y pasados algunos años de servicio se facilita la compra de la licencia absoluta. Al cabo de 15 años, un militar puede pedir su licencia; y una regla, que no existe en ninguna parte, pero que no por eso deja de estar en observancia, prescribe que no le sea negada.

Es muy raro el hallar en el ejército inglés soldados que hayan servido mas de veinte ó veinte y dos años. El Austria ha reducido á ocho años el tiempo de servicio, que era antes de catorce. En Prusia; el servicio dura á lo sumo tres años, y á menudo uno solo en el ejército de línea, aunque es verdad que salen de aquel servicio para ingresar en el *landvver*, desde donde pasan, á medida que adelantan en edad, á la última reserva.

El sistema de promocion á oficiales en el ejército inglés no difiere menos de lo que se practica en otras partes; confiérense los grados segun el beneplácito del soberano, ó, cosa que sucede con frecuencia, son debidos á una transaccion pecuniaria. Un despacho de capitan ó teniente es un título que se vende

allí, cual en Francia una notaria ó una agencia de camino, resultando de esa venalidad que es preciso ser rico para lucir las charreteras. Casi todos los jóvenes que son oficiales pertenecen á familias opulentas, y muchas veces son hijos de padres millonarios. Así es que arrastran un lujo que forma un gran contraste con la sencillez de los oficiales del ejército español y del francés, hija de una posicion en lo general muy diferente. Los oficiales de un mismo cuerpo comen todos juntos, siempre que no sean casados.

Desafiamos, dice el *Quarterly Review*, al duque de Nortumberland ó al baron de Rothschild, á que ostenten en su mesa un servicio de plata mas suntuoso, ó una cristalería mas esquisita que la que presenta la mesa ordinaria del estado mayor de casi todos los regimientos. Los manjares cotidianos son de los mas delicados: los vinos de los mas costosos y afamados: el desayuno no desmerece nada de la comida; y la colacion *ó luncheon*, que sirve para facilitar la dijestion del primero y cobrar fuerzas para aguardar al segundo, es por el mismo estilo. Su género de vida es análogo á la parte alimenticia: caballos, carruajes, perros, son objetos indispensables y que ocasionan enormes gastos; las cuentas de los sastres llegan á formar guarismos espantosos: jamás visten uniforme fuera de los actos de servicio. Hay regimientos que se erigen en protectores de las artes y de los artistas, y esto es un negocio terrible para el bolsillo del capitan.

Aquí se organizan corridas de caballos, allí se fomenta el pujilato, mas allá se cultivan los combates de perros y gallos, y se cruzan apuestas enormes, allá se dan bailes á las damas de la ciudad en que están de guarnicion; acullá representan comedias de aficionados, y para proporcionarse todo el dinero que semejante método de vida exige, los oficiales multiplican sus deudas sin término ni medida.

El ejército inglés no pasa de 120,000 hombres; de estos, como unos 50,000 ocupan los tres reynos, y mas de la mitad de estos velan por la tranquilidad de la Irlanda, manteniendo los demas el órden en los distritos fabriles; los 70,000 restantes forman las guarniciones de las inmensas posesiones de la Inglaterra, desparramadas sobre el globo: en la Nueva Zelandia, en las embocaduras del Elba, del Nijer, del Orinoco, en todos los grados de latitud y longitud, en todas partes se vé la casaca encarnada del soldado inglés. Verdad es que para defender tantos puertos y fuertes, la Inglaterra cuenta principalmente con las ciudadelas flotantes, cuyo pabellon hondea en todos los mares.

El gobierno envia á viajar alternativamente todos los regimientos, de la una á la otra parte del mundo, y los deja tres años en cada estacion. Un soldado vá sucesivamente á los puertos del Mediterráneo, á Malta y á Corfú, de allí á las Antillas, de las Antillas al Canadá, al Cabo de Buena-Esperanza y á la isla Mauricio: estos viajes son negocio de 12 años. Cuando vuelve un regimiento á Inglaterra, despues de haber hecho un viaje tan variado, permanece en ella cinco años.

En cuanto á los regimientos que pasan á las indias orientales, están sujetos á un régimen diferente. Semejante viaje es muy dispendioso para hacerlo á menudo; los soldados se estacionan en las orillas del Ganges y del Indo por espacio de quince, veinte ó veinticinco años, y hasta hay algunos que no han vuelto hasta pasado cerca de medio siglo, despues de haber sido reemplazado muchas veces su total efectivo.

RELACION

de las cataratas mas notables DE EUROPA.

Si la superficie de nuestro globo fuera generalmente llana, como nos inclinamos á suponer era acaso despues de la creacion del mundo, no se verian tajos perpendiculares como el de Ronda en España, ni montes escabrosos como los Pirineos. La tierra se elevaria suavemente por una parte, deprimiéndose por otra con un descenso regular; ora formando colinas altas con una falda estensa, ora bajando en valles profundos, y formando cañadas dilatadas, mientras que por otras partes se levantaria en montes magestuosos para dar realce á las vegas circunvecinas. En este caso las fuentes que brotarian al pie de los cerros correrian plácidamente por las cañadas, y aumentándose los raudales con las sucesivas confluencias formarian rios apacibles, lagos y lagunas á proporcionadas distancias y en sitios convenientes para variacion, hermosura y utilidad, corriendo apaciblemente el resto de las aguas al mar, como un centro comun. Pero la Providencia habia decretado que el aspecto del globo fuese subsiguientemente alterado por grandes cataclismos y tremendas convulsiones, ya formando nuevas islas en la mar, ya empinados promontorios en las costas; ora golfos espaciosos de agua salada en el interior, ora quebradas espantosas en las montañas que atraviesan los continentes. En nada aparece mas manifiesta esta desigualdad ó irregularidad en la superficie de la tierra que en el curso de los rios, formando cascadas y cataratas de las que nos proponemos tratar en este artículo.

Casi todos los rios tienen su orígen en los paises montuosos, y como el fluido no puede mantenerse sino en su nivel, el agua del primer manantial corre por el primer valle, encontrándose con otras vertientes; y siguiendo el raudal en su carrera, suele hallarse impedido en su curso por eminencias montañosas, en cuyo caso da una vuelta por el paraje mas bajo, y si se halla rodeado, forma un lago y va subiendo su nivel hasta superar el obstáculo, vencido el cual se precipitan las aguas sobre otras rocas, ó hasta la profundidad de algun valle con una fuerza y ruido proporcionado á la altura y cantidad del líquido. Unas veces corre con mucha velocidad sobre un plano de piedra inclinado, como sucede en muchos molinos, sin precipitarse, y entonces se llama *Descenso;* otras veces la caida del agua es corta, y entonces se llama *Cascada;* y otras veces se precipita de mucha altura del modo mas impetuoso, y entonces se llama *Catarata.* El primer modo llama poco la atencion, y á veces sirve como de puente ó vado; el segundo modo es mas curioso que sorprendente, y por esto es se da el nombre de cascada á todas las caidas de agua artificiales; el tercer modo presenta á la vista un objeto grande, sublime, sorprendente, de los que hay varios ejemplos en todas las partes del globo, aun cuando nos circunscribimos aqui á hablar solo de las de Europa.

Suiza.

Siendo los Alpes los montes mas elevados de Europa dan nacimiento á los rios mas principales de Alemania, Francia é Italia; y estando tan llena de precipicios, la naturaleza alpina de los distritos que componen la Suiza y la Saboya, ofrece gran variedad de cataratas,

y algunas de las mas elevadas que se conocen.

Staub Bach. Esta celebrada catarata está junto á la villa de Lauterbrunn. La caida de las aguas es de trescientas á cuatrocientas varas, precipitándose en la forma de un pilar, y luego se dispersa en una especie de aguacero, por lo que el ruido al precipitarse no es tan grande como el de la siguiente.

Catarata del Rhin. Durante el curso de este magnífico rio en la Suiza, presenta escenas las mas encantadoras al espectador; pero la catarata en la villa de Lauffen, como una legua distante de Schaffhausen, es muy singular, no tanto por su elevacion como por la cantidad de agua. El rio tiene en aquel parage ciento y sesenta varas de ancho, y encanalándose por entre rocas se precipita perpendicularmente á una elevacion de veinte y cinco varas. La caida es tan rápida que el agua se levanta á una grande altura en la forma de una nube; y el estrépito causado en su precipitacion es tan fuerte que se oye, en tiempo de calma, á la distancia de tres leguas. Considerada la enorme cantidad de agua que desciende en este parage, la catarata del Rhin es, si no la mas elevada, la mas grande, ruidosa y sorprendente de todas las de Europa.

Nacimiento del Ródano. El manantial de este hermoso rio está en la parte mas alta de la Suiza, al pie del Monte Furca, y menos de dos leguas distante del nacimiento del Rhin. El Ródano nace de un estupendo ventisquero, once mil pies sobre el nivel de la mar, precipitándose con grande ruido en un valle á la profundidad de tres mil y quinientos pies, y aunque su caida no es perpendicular, las varias cascadas son tan seguidas que parecen formar una sola catarata antes de llegar al lago de Ginebra, desde donde sigue aumentando y corriendo hácia el Mediterráneo. Cinco leguas mas abajo de Ginebra se precipita en una caverna de roca pasando por debajo de tierra la distancia de sesenta pasos.

Nun de Arpena. La Saboya no es menos montañosa que la Suisa, con la particularidad de consistir en montañas peladas é inaccesibles, que parecen haber sido espresamente rajadas para dar paso al rio Arve, cuyas rápidas aguas corren cayendo por entre rocas escarpadas con tanto ruido que causan ecos, que reverberando á la vez tres, cuatro y hasta siete veces, producen el mas horrísono estruendo que puede imaginarse. Entre las varias cataratas de este rio, hay una muy notable llamada por los naturales Nun de Arpena, la cual se precipita desde la prodigiosa altura de mil y doscientos pies con tanta violencia y ruido que causa horror al que se acerca.

Ceresoli. En el mismo pais de Saboya hay un rio llamado Oreo, que nace en el Monte Rosa, y creciendo con varias vertientes del San Gotardo, Monte Cenis, y otras montañas de los Apeninos, llega al lugar llamado Cerisoli, en donde se precipita verticalmente á la profundidad de cerca de mil varas. Esta catarata es la mas alta que se conoce en Europa y quizás en todo el mundo.

Puente del diablo. Otra catarata muy hermosa hay en Suiza, á la que se ha dado el nombre de Puente del Diablo, por haber efectivamente un puente en lo mas alto, por la parte en que se aproximan mas las rocas de los dos lados. En el monte de San Gotardo hay un pequeño lago llamado Luzendro, del cual fluye el Reuss, un rio de los mas considerables de la Suiza, y haciendo su curso por un pais sumamente montañoso, abunda en cascadas muy pintorescas. En el canton de Uri corre el Reuss por una cañada entre rocas, desde donde se precipita en un valle muy



Salto del Rhin.

profundo, formando una catarata de treinta y ocho varas, al principio con alguna inclinacion, y cayendo despues casi perpendicularmente. A una cuarta parte de su caida el torrente ha cavado un canal por entre las rocas, y sobre este canal se ha echado un puente que por lo pintoresco de su situacion le han dado aquel nombre. Es, á la verdad, una obra muy atrevida, componiendose de un solo arco, como de treinta varas de largo, y no es estraño que los paisanos no pudiendo concebir la practicabilidad de su ejecucion lo hayan atribuido á la agencia sobrenatural del diablo; númen á quien los italianos, suelen atribuir todo lo que es estraordinario.

Italia.

Caduta delle Mármora. Esta catarata está en el Evelino, y su nombre *(Cascada de los Mármoles)* se deriva de la montaña por donde se precipita el rio, la cual es enteramente de mármol. Está situada como una legua de Terni, y se sube á la cumbre por un camino cortado á un lado de la quebrada, siguiendo siempre la orilla de un precipicio espantoso, cuya fatiga queda recompensada con la vista de esta estupenda catarata, cuyas aguas cristalinas caen perpendicularmente mas de cien varas con un ruido indescribible. Como el fondo sobre que se precipita el rio es de mármol, la fuerza de la caida es tan prodigiosa que la rociadura y vapor causado por el golpe sube mucho mas alto que el principio de la catarata, de modo que el agua vuelve á caer como lluvia en los valles vecinos.

Caduta del Teverone. El rio Teverone, llamado antiguamente Anio, corre plácidamente por la ciudad de Tívoli, hasta que llegando al borde de un tajo se precipita en una masa de piedra á mas de cien pies. Lo mas singular de esta catarata no consiste en su elevacion ni en su fuerza, sino en las grutas que en el curso de muchos siglos ha cavado el agua en el centro de la roca. Estas grutas son de varios tamaños y hechuras, y tan hermosamente pintorescas que causan admiracion, y la pluma no puede describirlas por falta de imágenes que las representen. La *Gruta de Neptuno* es la mas celebrada entre ellas. Despues de esta catarata el Teverone forma tres cascadas menores; pasando despues la vertiente por entre las ruinas de la famosa granja de Mecenas hasta ir á formar el Lago de los Baños.

Suecia.

Catarata de Trolhetta. A distancia de diez y seis leguas de la ciudad de Gottemburgo se halla esta célebre catarata. El rio Gotta, de considerable magnitud, se precipita en un hoyo profundísimo con un ruido tan terrífico y con tanta fuerza, que los árboles que flotando por el rio llegan á caer allí son hechos pedazos, y los mas fuertes son sumerjidos en aquel inmenso pozo, sin volver á aparecer por una hora. La caida de esta catarata está estimada en treinta y cinco varas. Su rapidez es muy grande; una nube de espuma cubre la caida, y el ruido se oye á grande distancia. El hoyo donde se precipita el torrente ha sido sondeado con una linea de trescientas brazas sin hallar fondo.

En la Noruega hay gran multitud de manantiales que descienden de las altas montañas de que abunda aquel inclemente país. Masas enormes de nieve se acumulan en sus cumbres durante el invierno, las cuales, disolviéndose en la primavera forman lagos numerosos, y un número considerable de rios, entre los que sobresale el *Glomme*; pero ninguno de ellos es navegable en el interior á causa de las muchas cataratas, de las cuales las mas se precipitan de alturas hasta de quinientos pies.

Inglaterra.

En el norte de Inglaterra se hallan cataratas de tanta magnificencia como las mas celebradas de Europa, aunque se habla tan poco de ellas que apenas se encuentra alguna descripcion; y aun son ignoradas de la mayor parte de los ingleses que viajan en paises estraños para ver otras inferiores, verificándose en ellos el dicho de los antiguos:

«Aliena nobis, nostra plus aliis placent.»

Catarata de los Foyers. Esta catarata cerca del *Loch Ness* está situada en un valle sombrío de una profundidad estupenda. Consiste en dos caidas, la Alta y la Baja, como mil varas de distancia la una de la otra. Encajonado el rio de los Foyers entre rocas escarpadas, se precipita con grande velocidad en tres saltos sobre otros tantos precipicios, cuya profundidad es de mas de ochenta varas. Esta se llama la caida Alta por ser la primera. A distancia de algo menos de un cuarto de legua se forma la caida Baja, llamada asi por ser la segunda. Despues de haber corrido el agua por un estrecho canal de roca, se precipita repentinamente á una profundidad algo mayor de la Alta. La apariencia de esta segunda catarata es verdaderamente grande, superior quizas á todas las de Europa, con la excepcion de la del Evelino, ó del Mármol en Italia. Una llovizna densa se eleva constantemente del golpe de las aguas, oyendose el ruido á una distancia muy considerable. Vistas estas cataratas despues de una lluvia grande, la escena que presenta es bastante terrible; pero en tiempo de seca, el pequeño raudal desciende sin estrépito por todo el precipicio en la forma de una larga tela blanca.

Cascada Marina. Esta cascada está situada en la pequeña provincia de Argyle, y es mas conocida por el nombre de Loch Etif. Este loch ó lago forma una ensenada navegable, y está rodeado con una pequeña eminencia de una apariencia sumamente pintoresca. El Etif, á dos leguas de su comunicacion con la mar se estrecha en un canal muy angosto, llamado en lengua celtica, *Connel*, que significa furia ó rabia; nombre muy bien adaptado al lugar, porque estrechándose dos masas de roca por mas de dos tercios de este canal hace correr las aguas de la marea con gran rápidez. En tiempo de las mareas equinociales, que en aquellas costas suben hasta veinte y siete pies, el inmenso cuerpo de agua que ha entrado durante el flujo, se descarga al tiempo del reflujo con una violencia y estruendo mucho mas fuerte que el de las cataratas hasta ahora conocidas.

Cascada de Tees. Las cataratas ó cascadas acabadas de mencionar pertenecen propiamente á Escocia, comprendida bajo el nombre de Gran-Bretaña, pero hay otras en las provincias del norte de Inglaterra, particularmente en Cumberland y Westmoreland, que omitimos por brevedad, y solo mencionaremos la de Tees en el condado de Durham. Obstruido este rio, y dividido por una roca perpendicular, desciende en dos brazos, los que uniéndose á la mitad de la distancia, se precipitan juntos en el lago que está abajo con un grado de grandeza y sublimidad en nada inferior á ninguna catarata de la Suiza.



EL CALENDARIO.

Las divisiones del tiempo que se hallan en todos los calendarios y almanaques están clasificadas en dias, semanas, meses y años; pero el modo de determinar estas divisiones es muy diferente entre las naciones de la antigüedad, y aun entre algunas de las modernas. Los judios antiguos, asi como los que ahora se hallan esparcidos por varias partes del mundo, cuentan el dia principiando á una cierta hora de la tarde, que concluye á la misma hora de la tarde del dia siguiente; esta misma costumbre se usa en el ritual y oficios de la Iglesia católica. Los italianos, asi como los polacos y bohemios, principian á contar el dia media hora despues de ponerse el sol, y siguen contando 24 horas, hasta media hora despues de ponerse el sol del dia siguiente; asi en 21 de marzo y setiembre la una principia á las seis y media de la tarde entre nosotros; á las doce y media de la noche llaman ellos las seis; á nuestras seis y media de la mañana, llaman las doce; á las doce y media del dia llaman las diez y ocho, y á las seis y media de la tarde concluyen las 24 horas. En junio la una en Italia es á las nueve de la noche entre nosotros, al mediodia llaman las diez y seis: en diciembre la una de los italianos principia á las cinco entre nosotros, y á media noche cuentan las siete; á nuestro mediodia llaman las diez y nueve, y á las dos de la tarde llaman las veinte y una.

Este modo de contar las horas del dia, por estraño que parezca á los demas europeos y americanos, es considerado conveniente en Italia, diciendo que asi sabe cada uno lo que le queda del dia para sus negocios; tal es el efecto del hábito ó de las primeras impresiones. En Roma, Florencia y Milan, la mayor parte de los relojes públicos señalan ahora las horas como los nuestros.

A escepcion de Italia, Polonia y Bohemia, todas las naciones que profesan la religion cristiana comienzan el dia civil á las doce de la noche, concluyendo á la media noche siguiente. El dia astronómico en los almanaques náuticos, comienza á las doce del dia, cuando el sol llega al meridiano, y concluye á las doce del dia siguiente; esta advertencia será útil á alguno de nuestros lectores, si llegare á leer cálculos astronómicos para eclipses, tránsitos de planetas, &c. Por ejemplo, si se leyere que un astro estará en conjuncion con otro en 10 de enero á las quince horas, deberá entender el lector que la conjuncion ocurrirá en 11 de enero á las tres de la mañana.

Los antiguos romanos dividian el dia en cuatro partes principales: la prima, que duraba desde las seis de la mañana hasta las nueve; la tercia, desde las nueve hasta las doce; la sesta, desde las doce hasta las tres de la tarde; y la nona, desde las tres hasta las seis. Este modo de contar el espacio del dia se ha conservado en la Biblia Vulgata, particularmente en la Pasion de Cristo. La noche era dividida en las mismas cuatro partes.

Los mahometanos dividen la noche en doce horas; la una principia al ponerse el sol, y dan las doce al salir por la mañana; y luego cuentan otras doce horas hasta volverse á ocultar el luminar. En setiembre y marzo las horas del dia y de la noche son iguales; pero en invierno las horas de la noche son mucho mas largas que las del dia, y en verano las horas del dia duran mas que las de la noche.

Los chinos dividen el dia en solo doce horas, principiando la una á las once

de la noche; á las once del dia llaman las seis, y á las once de la noche siguiente concluyen las doce. Este método es algo semejante al nuestro, con la diferencia de principiar el dia civil una hora antes que nosotros, y dar á cada hora el espacio de 120 minutos; dividiendo cada hora en cuatro cuartos, cada uno de los cuales es tan largo como media hora nuestra.

El modo de medir la duracion de una hora fue sin duda muy imperfecto en los tiempos muy remotos, no habiendo quedado ninguna tradicion de mecanismo alguno que sirviese de reloj; y aunque habria sin duda muchos climas hermosos con un cielo casi siempre sereno, donde la sombra de un gnomon, ú otro cuerpo fijo, pudiera señalar exactamente el curso del sol, no se sabe que hubiese sido inventado instrumento alguno para medir el progreso de la sombra; por lo que es probable que la única division del tiempo usada por los antediluvianos, era la distincion palpable del amanecer, del mediodia y del anochecer; porque si hubiera habido algun otro método, Noé y su descendencia le hubieran perpetuado. El primer instrumento que se halla mencionado en la historia antigua para medir el tiempo es la elepsidra. Esta era sin duda una vasija con un pequeño agujero en el fondo, por el cual corria una cierta cantidad de agua, durante una hora, por ejemplo, volviéndola á llenar sucesivamente. Este método seria semejante á nuestros relojes de arena: pero careciendo los primitivos habitantes del cristal trasparente, la vasija del agua estaria abierta. Los habitantes del Indostan usan todavia una especie de reloj semejante, porque la variacion en la duracion de las horas, de las ocho velas en que dividen el dia civil, no les permite el uso de nuestros relojes. Las ocho velas estan divididas en 60 goríes, cada gorie tiene 24 minutos. Una copa de metal con un agujerito en el centro, puesta en una vasija de agua, que se va llenando por su propio peso, hasta que cae al fondo, marca el tiempo de un gorí ó 24 minutos: entonces la persona que hace la vela golpea una vasija grande de cobre, como una paila, y cada golpe denota un gori; este es su reloj de campana, suficiente para un pueblo pequeño; pero muy inconveniente porque se necesitan seis ú ocho hombres para el manejo de cada uno de estos relojes goriales.

Casi todas las naciones antiguas y modernas han arreglado el mes por las revoluciones de la luna, siendo el período mas fácil de averiguar por el solo aspecto de este satélite. Los primeros habitantes de la tierra no podian dejar de haber observado muy pronto la regularidad y frecuencia de los varios cuartos de la luna: los que tenian la tradicion de descansar en el séptimo dia, como los israelitas, hallarian una señal simple, exacta y universal en el nacimiento, la creciente, el lleno y la menguante de este segundo luminar; y aun aquellos que no habian recibido esta tradicion, arreglaron sus periodos por las lunas nuevas que contaban.

Los caldeos, griegos y romanos antiguos, los mahometanos y árabes, las naciones africanas y tribus americanas no tienen hasta ahora otros cálculos de tiempo que las lunas, y las noches de cada cuarto.

Los egipcios y atenienses contaban los meses tambien por lunas, y para seguir al mismo tiempo al año solar añadian los dias de diferencia al fin de cada año, ó daban 13 meses á cada tercer año; pero como este método, aunque simple en la division, está sujeto á variaciones en algunos años, las naciones modernas mas instruidas en la astronomía, han adoptado la division de los meses por las revoluciones del sol.

La division del mes en semanas es

muy antigua, y ha sido adoptada por casi todas las naciones, á escepcion de los antiguos griegos, de los persas y de los mejicanos. La semana tuvo principio entre los caldeos, los que dieron á cada dia el nombre de uno de los siete planetas: al primer dia le llamaron el dia del Sol, apelacion que los ingleses conservan todavia; pero habiéndole cambiado los primeros cristianos en el de dominica, ó domingo en español, este nombre ha sido mas generalmente adoptado por las naciones europeas; el segundo dia es lúnes, ó dia de la Luna; el tercero es mártes, ó dia de Márte; el cuarto es miércoles, ó dia de Mercurio; el quinto es juéves, ó dia de Júpiter; el sesto es viernes; ó dia de Venus; y el séptimo es sábado, ó dia de Saturno. Los judios principian la semana por el sábado, y como la noche es entre ellos la primera mitad del dia redondo, segun el sentido literal de la narracion de Moises, la fiesta del sábado principia á las seis de la tarde del viérnes. Los mahometanos principian la semana en el viérnes, siendo el juéves el último dia. La liturgia romana, distingue los dias de la semana con el nombre de feria primera, segunda etc. Los romanos dividian el mes en calendas, nonas, é idus, llamando al primer dia de cada mes Calendas, nombre derivado de una palabra que significaba llamada, porque los Pontífices tenian la práctica de llamar al pueblo en el primer dia de cada mes, para informarles de los dias de fiesta que habian de guardar en el curso de aquel.

Concluiremos este artículo manifestando la diversidad que se nota en cuanto á los dias festivos ó de descanso en varias naciones ó paises. Los peguanes observan el lúnes, los malabares el mártes, en Guinea el miércoles, los habitantes del Indostan el juéves, los mahometanos el viérnes, el sábado los judios y nosotros los cristianos el domingo.

Es imposible averiguar el exacto tiempo en que empezó el verdadero año solar, ni quien fue su inventor. Los sacerdotes tebanos pretendieron la gloria de haber hecho este descubrimiento; lo cierto es que este método fue introducido en Grecia por Platon, á quien un sacerdote egipcio se lo habia revelado. Los griegos sin embargo no se sirvieron del año solar para arreglar su año civil, como se hizo despues en Roma en tiempo de Numa Pompilio; Rómulo dividió el año en 10 meses, cuatro de 31 y seis de 30, haciendo todo el año 304 dias. Un método tan poco acertado no podia durar por largo tiempo, y asi Numa añadió poco despues 50 dias, y tomando otro dia de cada mes de los de 30, formó otros dos meses mas. Luego se advirtió la conveniencia de dar 365 dias al año, y con las seis horas que restaban en cada año se hacian varias intercalaciones. Algunas de estas intercalaciones fueron olvidadas por la negligencia de los Pontífices, á cuyo cargo estaba el cuidado del calendario; de modo que el año civil en tiempo de Julio César, habia retrocedido el espacio de 90 dias del verdadero tiempo del año solar.

El sábio Sosígenes se ofreció á aquel Emperador para hacer la correccion, y aprobado su plan, se reformó el calendario el año 46, antes de Cristo, llamándole el primer año juliano. El año, asi reformado, constaba de doce meses, haciendo 365 dias, y con el esceso de las seis horas, que hacian un dia en cuatro años, habia un año compuesto de 366 dias, llamado por los romanos bissextile, y bisiesto por nosotros. Esta correccion del calendario, aunque estremadamente simple é ingeniosa, estaba todavia imperfecta, estando fundada en la suposicion de que el año solar consistia en 365 dias y seis horas, en lugar de 365 dias, cinco horas, 48 minutos y 45 1/2 segundos. La diferencia entre el año juliano y el año solar verdadero

era de 11 minutos y 14 1/2 segundos, formando un dia de diferencia en el espacio de 130 años. Esta imperfeccion del calendario Juliano fue considerada en el concilio Niceno, congregado en 325, y se halló que el equinoccio de marzo en aquel año ocurrió el 25 de marzo, en lugar del 21, adonde fue fijado aquel año por el concilio. La necesidad, pues, de alguna reforma en el calendario era ya tan manifiesta, que se consideraba indispensable; y aunque varias veces se tomó en consideracion, no fue efectuado este objeto tan deseado hasta fin del siglo XVI.

El Papa Gregorio XIII llamó á Roma á los astrónomos y matemáticos mas hábiles en aquel tiempo para tratar sobre este asunto tan importante, y despues de 10 años de conferencias fue preferido el plan propuesto por Luis y Antonio Lilio, dos hermanos de Verona, mandando copias de este plan á todas las universidades de los paises católicos en 1577. No habiéndose hallado en el espacio de cinco años dificultad alguna contra el método de reforma propuesto, el nuevo Calendario Gregoriano fue sustituido al antiguo Juliano en virtud de un breve pontificio, decretando que el equinoccio vernal fuese puesto en el dia 21 de marzo de aquel año en lugar del dia 11, donde caeria, segun el calendario Juliano; y que los 10 dias de diferencia que habia por esta mudanza fuesen quitados del mes de octubre de 1582. Al mismo tiempo era necesario tomar algun medio para evitar en cuanto fuese posible toda la diferencia que pudiera ocurrir en lo sucesivo entre el año civil y el año solar; y para esto quedó determinado que en lugar de intercalar un año en cada siglo, no se intercalase sino de cuatro en cuatro siglos, hallándose que por este arbitrio todo el error ó diferencia que podrá ocurrir en el largo espacio de 5,000 años no será mas que de un dia y medio.

Esta reforma fue inmediatamente introducida en España, Portugal y parte de Italia; pero en Francia no fue adoptada hasta el mes de diciembre del mismo año, suprimiendo diez dias en aquel mes. Los estados católicos de Alemania adoptaron el nuevo calendario en 1583; pero los estados protestantes, movidos de un celo ciego y pueril contra todo lo que dimanaba de la Iglesia católica, resistieron la nueva reforma, hasta que la inconveniencia continua del método antiguo, indujo á los protestantes alemanes á adoptar el calendario Gregoriano.

Los ingleses, preocupados de un odio aun mas implacable contra los Papas y nombre de Roma, continuaron el estilo antiguo hasta el año de 1752, cuando el Parlamento, no sin grande oposicion del público, pasó un acta mandando que el dia 3 de setiembre fuese contado el 14, y asi quedó introducido el mismo estilo; y Dinamarca y Suecia hicieron lo mismo al año siguiente de 1753. Los rusos son los únicos que siguen todavia el estilo antiguo; pero la progresiva civilizacion de aquel pais y las estrechas relaciones que la corte de Petersburgo tiene con las demas naciones europeas desde el principio de este siglo, les inclinarán de aquí á pocos años á conformarse con un estilo universalmente adoptado en todo el cristianismo.

(*G.*)

FIN.

INDICE.

Los cazadores de los Alpes. . . . 3
Estudios históricos. Biografía de don Antonio de Leyva. 6
Lorenzo Lamporicchi. 8
Escursiones á las márgenes del Rhin. 13
Costumbres andaluzas. Loja y su feria. 16
Biografía de don Juan Lopez Pinto. 22
Pequeñas causas célebres. Los dulces. 23
Modas. 31
Viajes. La isla de la Madera. . . . 33
El Poder del Marido. Novela de costumbres 36
Meteorología. Truenos y relámpagos. 48
Leyenda del Judio Errante de F. C. Schubart. (*Poesía*). 50
Napoleon y David, anécdota. . . 52
El Escorial. 59
Los dos Capitanes. (*Novela*) . . . 64
Hombres célebres contemporáneos. Mr. Guizot. 78
Asamblea general de los caballeros y damas de Triana, y toma de hábito en la órden, de cierta Rubia bailadora. 85
A la memoria de una Madre (*Poesía*). 89
Descripcion de la Basílica de S. Pedro en Roma. 91
Padre y Madre. Novela por Maria Aycard. 95
La Semana Santa en Roma. . . . 100
Unas Máscaras (1814). Novela. . . 118
Biografía. Estanilao Augusto Poniatowiski, último Rey de Polonia. 127
Ciencias naturales. Color de los negros. 128
Dolora. Nada de nada. Nada por nada. 129
Viajes. Unas elecciones en Nueva-York. 130
El Valle del Lirio. Novela. . . . 134
Estudios históricos. Guerra civil de la Suiza. 152
A Jesus crucificado. (*Poesía*). . . 157
Estudios morales. El Suicidio. . . 158
Las segundas nupcias. Novela. . . 169
Un episodio de la vida de Alfieri. 175
¿Quien engaña á quien? Novela. . 186
Biografía de Silvio Pellico. . . . 207
Sobre el vestir. 212
El Estrangero. Novela Veneciana. 216
Costumbres alemanas. 224
Estudios históricos. Argel. Su conquista por los franceses. 229
Estudios morales. El Algedor. Leyenda. 236
Dolora. Herir por los mismos filos. 254
La hora maldita. Novela. 255
Viajes. Dos noches en Méjico. . . 276
El hombre, el Angel bueno y el Angel malo (*Poesía*). 288
Guillelmo el del gorro encarnado. Episodio de la revolucion francesa. 292
Una aventura sucedida al infante don Juan I de Aragon. (*Leyenda histórica*). 299
Las Chinas. (*Costumbres*). 306
El Castillo de Kolineras. Novela. 316
Casamiento de la Princesa de Rusia. *Leyenda histórica* 331
La Mancha del Turbante; leyenda Arabe. (*Poesía*). 335
Viajes. Las islas Borromeas. Venecia. 339
Antigüedades Romanas. Reynado de Tejada. 343
Estudios literarios. Decadencia de la literatura francesa. 344
El Hachisch. 350
El Conde de Barcelona. *Leyenda.* . 354

Un dia de Luis XIV.. 370
Cárlos y Susana. Novela. 375
Modas antiguas. 380
Estudios geográficos. República de Andorra. 382
Sátira á una dama.. 383
Historia de las Trece (*Episodio del Cólera*). 384
Apuntes biográficos de Mr. Alejandro Dumas, escritos por él mismo. 388
Reflexiones sueltas sobre política. . 396
La Pata de palo. Anécdota. 398
Un episodio de la guerra de Portugal. 401
Noticia sobre el ejército inglés. . 405
Estudios geográficos. Relacion de las Cataratas mas notables de Europa. 407
El Calendario. (*Su historia*). . . . 411

ORDEN PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Modas de Paris.. 31
Vista general del Monasterio del Escorial.. 59
Vista esterior de la Basílica de S. Pedro en Roma.. 91
El Papa en el balcon del Vaticano dando la bendicion 117
Combate de Lucerna.. 156
Ya os he dicho, exclamó Isabel turbada, que las apariencias están en contra mia.. 197
Adelantándose la Gitana á Emma toma el extremo de su velo y lo lleva á sus labios. 239
La Carabana en marcha. Paisage Mejicano. 282
Paisage Chino. Infanticidio. . . . 307
Vista de la Plaza de S. Marcos en Venecia. 341
Luis XIV en su cámara. 374
Salto del Rhin.. 480

NOTA. Las láminas deben estar mirando á los mismos folios que se citan.

REVISTA

SEMANAL.

1846.

1141
19
B3
1-2